FRANCISCO R. ADRADOS

# LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

Francisco R. Adrados

## LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA

Acaso extrañe que estos dos nutridos tomos sean considerados por su autor como un «manual». Es que —agregamos nosotros— se trata de un manual como debían serlo todos, o sea, de una síntesis original, y en él se recoge no sólo el estado actual de las investigaciones sobre el indoeuropeo, sino las cuantiosas aportaciones personales de Adrados, ya anticipadas en otros libros suyos. Materia tan compleja y dilatada —fonología, morfología y sintaxis del indoeuropeo— mal podría caber en unas pocas páginas.

Caracteriza al presente libro un rigor científico incansable, enemigo de las simplificaciones usuales. Ha llovido mucho desde que los neogramáticos sentaron las bases para la reconstrucción del indoeuropeo. A estas alturas era necesario emplear nuevos métodos, aplicar las últimas concepciones de la lingüística, tener en cuenta recientes descubrimientos, textos mejor descifrados. Y eso es lo que ha hecho Adrados. No encontraremos aquí un indoeuropeo único, un bloque enterizo de paradigmas reconstruidos casi exclusivamente sobre el griego y el indo-iranio, sino varios indoeuropeos (distinguidos según sus estadios y dialectos, con sus grupos y sus zonas de transición): protoindoeuropeo,

*(Pasa a la solapa siguiente)*

*(Viene de la solapa anterior)*

indoeuropeo clásico, etc. La visión ha ganado enormemente en profundidad geográfica e histórica. Y lo mismo revelarían otros aspectos. Adrados desarrolla su tema en los dos planos, el sincrónico (sistema) y el diacrónico (evolución), concediendo gran importancia a los alófonos y a los alomorfos. Respecto a las laringales, o respecto al verbo, ha llegado a precisiones antes desconocidas. Y toma como unidad morfológica la palabra (no el morfema). Basten tales botones de muestra.

Qué ilimitado taller de experimentación el de estas lenguas euroasiáticas, milenios antes de Cristo. Vemos cómo el indoeuropeo va fragmentándose sucesivamente. Pasa de un estadio preflexional —donde las distinciones son funcionales, no formales— a otro flexional, buscando nuevas marcas con que caracterizar diferencias y sin lograrlo de modo sistemático absoluto. La flexión suele tender a lo más complejo y recargado. Unos sistemas sustituyen a otros, sin que se borren completamente las huellas antiguas. Pugnan entre sí tensiones y equilibrios, innovaciones y arcaísmos. No satisface representar toda esa evolución —como bien dice Adrados— por un árbol genealógico. Son lentos, muy lentos procesos históricos, y no siempre coincidentes ni previsibles, los que ahí intervienen. Que podamos sentirlos y sorprender su vida —formas y contenidos en tumultuosa ebullición— lo debemos a este extraordinario manual.

# LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA

TOMO II

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

I. TRATADOS Y MONOGRAFÍAS, 15

FRANCISCO R. ADRADOS

# LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

**EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España.

Depósito Legal: M. 19006-1975.

ISBN 84-249-0049-9. O. C. Rústica.
ISBN 84-249-0050-2. O. C. Tela.
ISBN 84-249-0053-7. Vol. II. Rústica.
ISBN 84-249-0054-5. Vol. II. Tela.

**Gráficas Cóndor, S. A.,** Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1975. — 4296.

## III

# DESCRIPCIÓN DE LA FLEXIÓN VERBAL INDOEUROPEA. EL SISTEMA DESINENCIAL Y LAS CATEGORÍAS QUE EXPRESA

### 1. EL SISTEMA REGULAR DE LAS DESINENCIAS

1. Ya en hetita existe un sistema de desinencias verbales de la voz activa que responde al que llamamos el sistema regular de las desinencias: sg. 1.ª *-mi,* 2.ª *-si,* 3.ª *-zi,* pl. 3.ª *-nzi* (< **-mi, *-si, *-ti, *-nti*) en las primarias. Como se ve, prescindimos de las desinencias de las otras personas y números, que estudiaremos aparte, y del factor constituido por la presencia o ausencia de la vocal temática, acerca de la cual hemos dicho ya algunas cosas en las páginas anteriores; nos ocuparemos de ellas nuevamente a propósito de los temas de presente. Hay que notar que el hetita posee, al lado de esta conjugación en *-mi,* una conjugación en *-ḫi* de la que también hemos de hablar.

Estas desinencias primarias se caracterizan por un final *-i,* procedente de una *-i* indoeuropea que es la misma que hallamos en los pronombres y adverbios demostrativos (V.II.5.14): marca el presente por oposición al pretérito,

donde falta (salvo su inclusión secundaria en algunas formas del de la voz media en het.). Ḫay que reconstruir, pues, como básicas desinencias *-m, -s, -t, -nt,* en principio indiferentes a la oposición temporal y frente a las cuales *-mi, -si, -ti, -nti* se han caracterizado como de presente. Las formas *-m, -s, -t, -nt* es lógico que, de rechazo, quedaran polarizadas como de pretérito, aunque conservando a veces usos indiferentes a la oposición y pudiendo, por tanto, aparecer aquí o allá en indicativo de presente; y, por supuesto, en subjuntivo y optativo, cuando se crearon, puesto que los modos eran en principio atemporales.

2. Sin embargo, no es en hetita donde encontramos la oposición más pura entre la serie secundaria *-m, -s, -t, -nt* y la primaria *-mi, -si, -ti, -nti.* El hetita, que distingue en el presente una conjugación en *-mi* y una en *-ḫi,* las confunde en el pretérito. En él aparece en 1.ª sg. *-un* (*-ḫun* en la conjugación en *-ḫi*; *-ḫa* en luvita), que proviene sin duda de **-m̥,* igual que la *-a* del luvita (que no es *-a* de perf.); en 2.ª y 3.ª hallamos, desde luego, huella de *-š, -t,* pero también se encuentra en ambas personas *-t* y sobre todo *-ta, -šta.* Esto plantea cuestiones sobre la antigüedad del reparto de **-s* y **-t* entre 2.ª y 3.ª persona y sobre el valor antiguo de la **-o* que a veces se añade a estas desinencias; pero no altera el esquema general según el cual *-m, -s, -t* se polarizan como de pasado (desinencias secundarias) frente a las formas *-mi, -si, -ti* de presente. En cuanto a la 3.ª pl., el hetita no nos presenta el *-nt* que esperaríamos y que, efectivamente, encontramos en el indoeuropeo posterior; hay sólo *-er* o *-ir,* que a su vez hallan correspondencias fuera del anatolio. Una de dos: o el hetita ha eliminado *-nt* del sistema de sus desinencias secundarias, generalizando *-r*; o *-nti* de presente es una creación reciente para la 3.ª pl. primaria, lo que

supone que en fecha antigua *-r* marcaba la 3.ª pl. sin distinción de tiempo.

3. En casi todo el indoeuropeo no anatolio está testimoniado el sistema que opone *-mi, -si, -ti* como desinencias primarias a *-m, -s, -t, -nt* como secundarias. Este sistema aparece especialmente claro y dotado de una validez general en ai., tanto para los verbos temáticos como para los atemáticos:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Pres. | Sg. 1.ª | *bhárāmi, émi* | Pl. | |
| | 2.ª | *bhárasi, ési* | | |
| | 3.ª | *bhárati, éti* | | *bháranti, yánti* |
| Pret. | Sg. 1.ª | *ábharam, ā́yam* | Pl. | |
| | 2.ª | *ábharas, áis* | | |
| | 3.ª | *ábharat, áit* | | 3.ª *ábharan, ā́yan* |

Esta estructuración tan rigurosa debe remontar al indoeuropeo más antiguo, con la duda relativa a la 3.ª pl. y con las otras dos, ya apuntadas, relativas a la antigua distribución de *-s* y *-t* y a la forma paralela *-to,* aparentemente un alomorfo libre de *-t* sin diferencia de sentido. Lo que es extremadamente dudoso es que este tipo de flexión fuera el único existente. En los verbos temáticos encontramos en un grupo muy amplio de lenguas una 1.ª sg. en *-ō* y en otro grupo más reducido formas en *-e* u *-o* usadas en 2.ª y 3.ª: cf. en gr., por ejemplo, φέρω, φέρεις (*-e* + *-i,* diferenciado luego con una *-s*), φέρει. En todo el indoeuropeo, incluido el hetita, es general, por otra parte, el uso del tema puro con vocal temática como imperativo, con una especialización secundaria a favor de la 2.ª sg. Estas formas con tema en *-e/-o* han sido utilizadas, de otra parte, por el ai.

para marcar la voz media. De todo ello hablaremos más adelante. En suma, se trata de temas puros incluidos secundariamente en el sistema desinencial, pero eliminados de él, seguramente, por el ai. (en avéstico hay *-ā* y *-āmi* en 1.ª sg., cf. IV.II.4.10).

Pero no son éstos los únicos temas puros que se han incluido secundariamente en un paradigma para marcar tal o cual persona. Hemos visto que ello ocurre en het. con los temas en consonante (IV.II.1.5), pero que es especialmente frecuente con los en **-H*, sobre todo los en **-eHᵘ*, que se usan, ya en 1.ª, ya en 3.ª sg.; ya en presente, ya en pretérito, introduciéndose diferenciaciones, a veces, mediante el aprovechamiento morfológico de dobletes fonéticos (het. *daḫḫi/dai*, 1.ª/3.ª; toc. A *-au/-ā*, pres./pret.). Otras veces subsiste la indiferencia temporal así en báltico, cf. sobre todo ello *supra*, IV.II.1.3. O bien la diferenciación se logra secundariamente mediante alargamientos diversos.

4. Pensamos, pues, que dentro del grupo del griego y el indo-iranio, que eliminó la flexión semitemática y, con ella, el uso de los temas puros en laringal, el indio avanzó en el sentido de eliminar, igualmente (salvo en el imperativo), los temas puros en vocal temática.

De la oposición de tipo *-mi.../-m...* hay huellas, por otra parte, en casi todo el grupo no anatolio. Forma excepción el báltico, donde se ha generalizado, a partir de los casos citados, una flexión única para el pres. y el pret.; y las lenguas donde el pretérito ha generalizado las antiguas desinencias de perfecto, tal el germánico. En latín ocurre lo mismo, pero el imperfecto mantiene, en cambio, las desinencias secundarias, que, aunque por efecto de la caída fonética de *-i* en las primarias se han confundido con éstas, hay datos en el sentido de que mantenían la diferencia en

fecha antigua: hay restos de primarias diferentes (*tremonti*, en el canto de los Salios), hay huellas igualmente de una ley fonética que convertía en *-d* la *-t* final de 3.ª sg. Fuera de aquí, hay huellas claras de la oposición primarias/secundarias en otras ramas, por ejemplo en eslavo: pres. sg. 1.ª *-ǫ*, 2.ª *-ši*, 3.ª *-tъ*, pl. 3.ª *-ǫtъ* / aor. (temático) *-ъ*, *-e*, *-e*, *-ǫ* (< **-om*, **-es*, **-et*, **-ont*). Nótese tan sólo que *-ši*, *-tъ* vienen no de *-si*, *-ti*, sino de **-sei*, **-to*.

La única rama que, conociendo la oposición del tipo *-mi...*/*-m...*, ha hecho de ella un uso diferente del mencionado hasta aquí, es el celta. Aquí se opone la flexión conjunta de los verbos compuestos con preverbio, que toman un valor terminativo, y la absoluta de los simples: pues bien, la flexión absoluta procede de las desinencias con *-i* y la conjunta de las sin *-i*. El uso de las desinencias sin *-i* en presente nada tiene de extraño, puesto que en el comienzo eran atemporales; pero la independencia del contenido de la oposición con las con *-i* respecto al resto del indoeuropeo demuestra probablemente que todavía existía posibilidad de una cierta laxitud en el uso de la *-i*.

Así, en definitiva, el sistema que oponía el tipo desinencial *-ti* respecto al *-t* como primarias/secundarias es panindoeuropeo, aunque no era el único sistema que el indoeuropeo desarrolló: sólo el ai. lo hizo exclusivo. Por otra parte, las des. secundarias siguieron usándose fuera del pretérito: en optativo como únicas, en subj. alternando con la otra serie, en el mismo indicativo. Aparte del celta, se pueden señalar hechos griegos, como 2.ª sg. τίθης, ἕρπες.

5. El sistema regular de las desinencias que estamos estudiando incluye también formas de voz media, caracterizadas por añadir *-o*; dentro de ellas, hay formas primarias con *-i* y formas secundarias sin *-i*. Hay que advertir que no

existen desinencias de este tipo para la 1.ª sg. Tenemos, pues:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Sg. Prim. | 2.ª *-soi* | Pl. | |
| | 3.ª *-toi* | | 3.ª *-ntoi* |
| Sg. Sec. | 2.ª *-so* | | |
| | 3.ª *-to* | | 3.ª *-nto* |

Hay que anotar que la reconstrucción **-soi, *-toi, *-ntoi* sustituye a una reconstrucción tradicional **-sai, *-tai, *-ntai* basada en el griego. En realidad, los datos del griego son dobles: junto al *-sai, -tai, -ntai* general las formas con *o* se encuentran en arcadio y micénico. Otras lenguas como el i.-i., el germánico y el tocario dan testimonios ambiguos por causa de la confusión del timbre de las vocales: puede interpretarse que hay *o* o que hay *a*. En estas circunstancias resulta claro que la decisión debe ser a favor de *o*: *-soi* es a *-so* lo que *-si* a *-s*, y lo mismo *-toi, -ntoi*. Por otra parte, en las lenguas que no emplean o emplean mínimamente *-i* como característica primaria en la voz media, hallamos esta forma con *o* (y *e*) incluso en desinencias primarias: lat. *-re* < **-se, -tor* < **-tor* (osco *-ter*), etc.

Es claro, pues, que en el sistema regular de las desinencias un alargamiento *e/o* ha sido empleado para marcar la voz media por oposición a la activa, añadiéndose dicha *e/o* a las desinencias regulares. Ello sobre el modelo, sin duda, de una gramaticalización de *e/o* como indicando voz media en temas puros, por oposición a los mismos temas sin *e/o*: de ello hablaremos.

6. El sistema que hemos descrito funciona principalmente en indo-iranio, en griego y en germánico; pero en griego, salvo en los dialectos indicados, encontramos *-sai, -tai, -ntai,* según queda dicho, sin duda alguna por influjo

de la 1.ª sg. *-mai,* a su vez construida sobre la activa *-mi* y un más antiguo *-ai* de que hemos de hablar. En ai. el resultado fonético es *-se, -te, -nte;* en gót. la pasiva en *-sa, -da, -nda* procede de la antigua media en **-soi, *-toi, *-ntoi*:

| | AI. | | GR. | | GÓT. | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | *Act.* | *Med.* | *Act.* | *Med.* | *Act.* | *Pas.* |
| 2.ª sg. | *bhárasi* | *bhárase* | ἐσσί | λύῃ < λύεσαι | *baíris* | *baíraza* |
| 3.ª sg. | *bhárati* | *bhárate* | ἐστί | λύεται | *baíriþ* | *baírada* |
| 3.ª pl. | *bháranti* | *bhárante* | φέρουσι | λύονται | *baírand* | *baíranda* |

En otras partes hay pequeñas huellas del sistema. Concretamente, dentro de las des. tocarias de pret., forma que proviene de un antiguo perfecto, hay determinadas oposiciones entre activa y media que recuerdan a éstas. El cuadro es el siguiente:

| | | ACTIVA | MEDIA |
|---|---|---|---|
| 2.ª sg. | A | *-ṣt* | *-te* |
| | B | *-ṣta* | *-tai* |
| 3.ª sg. | A | Ø | *-t* |
| | B | Ø | *-te* |
| 3.ª pl. | A | *-r* | *-nt* |
| | B | *-er, -r* | *-nt* |

Prescindiendo del uso indistinto de *-t* en 2.ª 3.ª sg. y de una serie de oscuridades, a más de la presencia de *-r* en 3.ª pl. act., al menos en la 2.ª sg. parece haber huella de **-toi;* de **-toi* o **-to,* seguramente, también en otras personas de voz media, aunque *-sto* es activa (cf. *supra,* IV.I.16). Se trata de un paradigma desdoblado secundariamente en uno activo y otro medio, sin duda sobre el modelo de la oposición de las desinencias regulares; pero sólo parcialmente se sigue este modelo, pues la oposición **-to/*-toi* no es exactamente igual, recuerda la oposición **-a/*-ai* como perf. activo/medio en ai. (*infra,* IV.III.3.1).

7. En realidad, prescindiendo de la *-i*, están más próximas al esquema indoeuropeo regular oposiciones como las de lat. *amat/amatur* y otras paralelas del itálico y del celta. Su antigüedad queda bien clara a la luz de los hechos hetitas, donde en voz media encontramos 2.ª 3.ª sg. *-ta* (y *-tati*, *-tari*) de **-to* y 3.ª pl. *-ntari* de **-nto*. A estas desinencias primarias responden otras secundarias diferenciadas de ellas, pero iguales en el punto de partida: 2.ª sg. *-tat*, *-tati*, 3.ª sg. *-tat*, 3.ª pl. *-ntat(i)*. Resulta claro que a formas de activa con *-s*, *-t*, *-nt* repartidas entre las personas según las conjugaciones (en la en *-mi* precisamente de modo regular), la media oponía formas con **-o*; la excepción es la forma **-(s)to*, que hemos encontrado en 2.ª 3.ª sg. pret.

Este procedimiento, no universal, pero sí bastante desarrollado, de oponer una des. sin *o* a otra con *o* (también *e*) para marcar la oposición activa/media, está, pues, testimoniado en una amplia área, aunque no parece darse en báltico ni eslavo; sólo secundariamente en tocario. Ahora bien, si dentro de la activa la oposición des. primarias/íd. secundarias, en la medida en que se creó, se apoyó en la oposición *-i/Ø*, en la media este desarrollo fue más tardío e irregular. El griego, indo-iranio y germánico desarrollaron la oposición con ayuda del mismo recurso formal de oponer *-i/Ø*: ésta era una de las varias tendencias que se abrían paso ya desde el protoindoeuropeo, porque en hetita hay huellas de ella. Su generalización es un hecho secundario, lo que se echa de ver claramente porque estas desinencias de tipo **-toi* representan el máximo de relación inequívoca significante / significado: son totalmente analizables, sin amalgamas ni sincretismos. Por otra parte, el hetita ha utilizado otros recursos para distinguir primarias de secundarias; y otras lenguas, incluso de las que tienen desinen-

cias medias, no las distinguieron nunca (lat. *-tur, -ntur* en ambas funciones).

8. Lo dicho hasta aquí apunta en la dirección de que oposiciones del tipo **-t(i)/*-to(i, r)* para marcar la oposición voz activa / voz media son secundarias. Lo confirma claramente la presencia de una desinencia **-(s)to* en hetita y tocario en 2.ª 3.ª sg. act. pret., en esl. en 2.ª 3.ª sg. pret. sin voz, en los casos de extensión máxima. Esta misma desinencia se encuentra en gr. 3.ª sg. pret. φάτο, donde no se ve diferencia de voz con ἔφη, aunque convencionalmente se hable de una forma media frente a una activa: Homero usa una u otra según conveniencias métricas. El mismo **-(s)to* hemos visto que en hetita se encuentra también en la voz media, en formas primarias y secundarias; y lo mismo **-nto*. Por otra parte, tanto en báltico como en eslavo encontramos huellas de desinencias primarias que no distinguen la voz y que equivalen formalmente, ya a las activas, ya a las medias con **-e/o*: en realidad, se trata de formas con **-e/o* aún no clasificadas como medias. Concretamente, ante el reflexivo se encuentran en lenguas bálticas formas cuyo prototipo remonta a *-sie, -ti*, es decir, a **-soi* o **-sei* y a *-ti*; en eslavo hay *-ši, -tъ* (también *-ti*) que remontan a **-sei, *-to*, así como *-ntъ* < **-nto*. En latín, itálico y celta, en cambio, el tipo **-to, *-te, *-nto, *-nte* ha sido ya circunscrito a la media, primaria y secundaria. En definitiva: **-o/e* añadido a las desinencias regulares (y a *-t* irregular de 2.ª sg.) era en principio indiferente a las oposiciones activa/media y presente/pretérito. Sólo por polarización frente a *-s, -t, -nt* tendió a convertirse en marca de voz media, quedando usos neutros empleados en la activa; en cuanto a su adscripción, dentro de la media, al presente o el pretérito, conseguida mediante ciertas oposiciones (frente a *-r* en 3.ª pl.

tiende al presente) o ciertas ampliaciones (*-i*, etc. en el presente), es también un fenómeno secundario.

9. Nada de extraño tiene esto si se reconoce en la*-*e/o* a que nos referimos la vocal temática. En capítulos anteriores de este libro hemos explicado —y más adelante insistiremos en ello— que la vocal temática no es otra cosa que una abstracción a partir de desinencias del tipo *-o/es*, *-o/em*, etcétera, que lleva, en un momento dado, a interpretar que la desinencia es *-s*, *-m*, etc. y la *-e/o* un elemento final del tema; a partir de ahí se ha estimado que existían temas en *-e/o*: V. del tipo lat. *domine*, impv. del tipo gr. ἄγε, 1.ª sg. pres. del tipo gr. λύω, etc. Si estas formas son secundarias, creaciones a partir de un falso corte, más secundarias han de ser, por fuerza, *-so*, *-to*, etc. En realidad, el tipo *-t/-to* marcando la oposición activa/media sólo se explica por analogía de un tipo tema puro / tema puro + *o* (es decir, un tipo Ø/*-o*) marcando esa misma oposición. Este tipo ha dejado determinadas huellas, de las que vamos a ocuparnos a continuación. Es muy claro que en él el valor de la vocal temática es un desarrollo secundario: un elemento que era parte de diversas desinencias nominales y verbales sin valor alguno de voz no tenía en el origen, indudablemente, valor de voz alguno. La indiferencia de *-(*s*)*to* a que hemos hecho referencia es prueba bien clara de ello. Y la mezcla en eslavo, en presente, de formas con desinencias regulares, con y sin vocal temática, sin que intervenga diferencia alguna de voz (cf. IV.III.1.8) es otra prueba de lo mismo.

## 2. USO DESINENCIAL DEL TEMA PURO, TEMÁTICO O NO

1. Todo esto nos lleva al estudio del uso desinencial de la vocal temática añadida a los temas puros cuando no va seguida de desinencia. Lo cual, a su vez, dado que se trata de una forma secundaria, nos lleva al uso desinencial del elemento final de los demás temas puros, también en el caso de que no vayan seguidos de desinencia. Empezaremos por el primer caso, que testimonia un uso más reciente, y pasaremos luego a ocuparnos del segundo.

Los temas puros sin desinencia no se encuentran en hetita, según hemos dicho ya, más que en la 2.ª sg. impv.; no en el indicativo. Se trata sin duda de una pérdida: así como el i.-i. y el griego han generalizado la oposición de dos flexiones, atemática y temática, el hetita ha generalizado la de los verbos con desinencias del tipo regular (*-mi*, etc.) y los con desinencias del tipo en *-ḫi*: los primeros pueden ser temáticos o atemáticos (en *-mi* y en *-emi*), los segundos atemáticos, temáticos o semitemáticos. Decimos que se trata de una pérdida, de una parte, porque sin el modelo Ø/**e/o* = act./med., no se comprende el tipo **-t*/**-te/o* = act./med.; de otra parte, porque es claro a todas luces que la flexión en *-ḫi* es una generalización a partir de una base bastante estrecha (verbos de tema en laringal) y, por otra parte, es fácilmente admisible que las desinencias regulares sólo secundariamente se hayan añadido a una serie de verbos. Por otra parte, hay algún resto de *-a* < **-o* desinencial de voz media, cf. *infra*; cf. también *infra*, 3.1 sobre la *-a* de perfecto.

Fuera del hetita, el uso del tema puro provisto de vocal temática para marcar determinadas personas o voces está bien testimoniado. Hay huellas clarísimas, a saber, esta misma funcionalidad, de que esos significados sólo secundariamente, mediante hechos diversos de polarización, los adquirió. Formalmente, por otra parte, hay que distinguir dos casos. En uno de ellos encontramos la vocal temática en sus diversos timbres y cantidades (*ĕ/ŏ/ō*), usados con fines de distintividad, aunque no siempre igual en las diferentes lenguas. En el otro tipo encontramos *a*: procede originalmente de añadir la vocal temática a un tema en *-$H_2$ y a partir de aquí se ha generalizado *a*, considerada ya como desinencia.

2. Hay huellas de una oposición entre ∅ y **-e/o* indicando oposición activa/media; y ello refiriéndose **e/o*, ya a la 1.ª 3.ª sg., ya, sin duda secundariamente, sólo a una de estas dos personas. Muy concretamente, en het. tenemos una oposición de este tipo en la 3.ª sg.: *ešzi/eša(ri)* de *eš* 'sentarse'; en ai. la hay en la 1.ª: *dóhmi/duhé*, de *duh* 'mamar', pero en des. secundarias hay también la misma oposición, cf. *ádhok* < **é-dheugh-t/áduha* (más antiguo que *áduhat*). Por otra parte, la 1.ª sg. impf. med. *áduhe* presenta también vocal temática, pero ésta seguida de *-i*. Así surge en ai. el siguiente sistema, por lo que a la vocal temática se refiere:

| | | DES. ACTIVAS | DES. MEDIAS |
|---|---|---|---|
| Primarias . . . . | 1.ª | ∅ | *-e* < **-oi* |
| Secundarias . . . | 3.ª | ∅ | *-a* < **-e* |

Es decir: en 1.ª sg. primaria y 3.ª secundaria hallamos la oposición ∅/**e/o* para distinguir activa y media, absoluta-

mente igual que en 3.ª sg. primaria del hetita: es claro que la escisión entre 1.ª/3.ª sg. primaria es un fenómeno reciente, lo que se confirma por hechos del germánico. Efectivamente, aquí encontramos restos de voz media en *-e*, procedente de **-e/o + i*, con valor tanto de 1.ª como 3.ª: cf. ags. *hātte* 'me llamo', 'se llama', an. *heita* 'íd.'.

3. Ahora bien, lo mismo que encontramos huellas en las desinencias regulares de un uso prediatético de la vocal temática, que llega a asignarla, por oposición a otras formas, a la voz activa, también aquí ocurre lo mismo.

En la 1.ª sg. temática el ai. nos presenta activa *bhávāmi* / media *bháve*. Aquí la oposición activa/media se realiza como **-ō(mi)/*-o-i*. Es curioso que la *-i*, cuyo uso original consiste en marcar el presente, tiende a convertirse en una marca de voz media: la hay en las des. secundarias atemáticas (ai. *ádoham/ádhukṣi*) y temáticas (*ábhavam/ábhave*); y en hetita la *-i* se extiende ampliamente en la voz media tanto en primarias como en secundarias. Es, indudablemente, una función secundaria de este antiguo elemento deíctico. Cf. también *supra* sobre ai. *cakára/cakré* (< **-ai*).

No sólo esto, sino que, curiosamente, el tema puro terminado en vocal temática se ha convertido, por oposición a formas con desinencia específica de voz media, en de voz activa. Esto sucede en 1.ª sg. en el frecuente tipo en **-ō* en griego (φέρω), báltico (lit. *liekù*), lat. (*lego*), o.-u. (u. *sestu*), celta (ir. *-biur, biru*), germ. (gót. *baíra*); se trata de una forma anterior a la oposición indicativo/subjuntivo, de donde φέρω tiene ambos usos en gr. y hallamos *bhárā(ni)* en el subj. del ai. Que era también anterior a la oposición de las voces se demuestra, por ejemplo, por el lat., que ha tenido que caracterizarla con *-r* en su voz medio-pasiva (*legor*). Esta forma en *-ō* no la hallamos en hetita, tocario

ni armenio: seguramente por un proceso secundario, como el del ai., según decíamos (IV.II.4.10).

Lo curioso es que *-*ō* se ha convertido en característica de la 1.ª sg. de activa por oposición a una forma *-*ai* de media; forma *-*ai* que supone una difusión a partir de temas en *-$H_2$, como en el perfecto. Al hablar de éste nos ocuparemos de estas formas. En realidad, *-e* de ai. *bháve* (cf. *supra*) es quizá una de ellas, pero no puede demostrarse.

4. También activos son los temas puros en vocal temática de la 2.ª y 3.ª sg. Ya hemos explicado que el gr. ha opuesto *-e* (impv.) a *-ei* (2.ª 3.ª ind.) y que secundariamente ha reservado *-ai* para la 3.ª, añadiendo analógicamente *-s* en la 2.ª: φέρω, φέρεις, φέρει. Un poco diferente es el proceder del báltico, cuyo más antiguo paradigma, ante reflexivos, es reconstruido para los temáticos de la siguiente forma: *-úo, -íe, -a,* lo que hoy se interpreta como *-*ō,* *-*ai,* *-*a,* remontando a un indoeuropeo *-*ō,* *-*oi,* *-*o*. Aquí es el timbre *o* el que se ha impuesto; y la distinción de 2.ª/3.ª sg. se logra mediante la oposición de *-i* y *Ø*.

Pensamos que, pese a la escasa difusión del tipo en 2.ª 3.ª sg., representa un resto muy antiguo, pues imita el modelo de los temas puros sin vocal temática de que nos ocupamos a continuación. Ciertamente, *-e/o* es una abstracción de *-e/o-s, -e/o-t,* donde un falso corte sobre el modelo de los aludidos temas puros dejaba libre un nuevo tema en *-e/o*. Tendríamos estos estadios:

1.º Tema puro, conservado en el impv. hetita (*eš, ep*).
2.º Formas con *-e/os, -e/ot* (junto a otras con *-s, -t*).
3.º Nuevos temas puros, por falso corte, en *-e/o*.

Estos dos últimos estadios debieron de coexistir uno al lado del otro; el 3.º tendió a eliminarse luego.

5. Con esto pasamos a hablar del uso personal de temas puros terminados en laringal, sin o con vocal temática. Comenzamos por los primeros, sobre los que ya hemos adelantado algunas cosas (cf. IV.II.1.3).

Se trata en general de temas en **-eH*$^{u̯}_{1}$, **-eH*$^{u̯}_{2}$, **-eH*$^{u̯}_{3}$, aunque también los hay en laringal palatal (1.ª sg. impf. arm. *berei* < **-eH*$^{i̯}_{1}$, 2.ª 3.ª sg. pret. aesl. *moli*, 2.ª sg. en **-ai* del lit., 1.ª sg. *segge* < **seggi* del prus., 2.ª sg. 3.ª *turri, turei* de igual dialecto). Dichas formas en **-eH*$^{u̯}$ dan soluciones, ya en vocal larga, ya en vocal larga seguida de *-u̯*, lo que a veces se utiliza en gramaticalizaciones diversas (*supra*, IV. II.1.3); en hetita, sin embargo, lo normal es que ante *-i* la laringal se mantenga, geminada, marcando la 1.ª sg.; ante **-m̥* se mantiene también, dando *-ḫḫun*. En uno y otro caso el apéndice desaparece.

Naturalmente, estos temas en laringal se dividen en dos clases: aquellos en que la laringal es radical y aquellos otros en que es sufijal, convirtiéndose luego en desinencial. Por otra parte, desde fecha antigua hay una tendencia a difundir precisamente el tipo en **-H*$_{2}$ y a proveerlo de unas determinadas características: da ciertas 1.ª sg. med. (en **-ai*) y la totalidad del perfecto. Antes de llegar a hablar de este tipo especial, nos ocuparemos de los temas en *-H* en general.

En hetita tenemos las formas *daḫḫi/dai*, prototipo de 1.ª y 3.ª sg. de la conjugación en *-ḫi*: la geminación y la caída de *ḫ* se han gramaticalizado como indicios, respectivamente, de 1.ª y 3.ª sg. Correspondientemente, en voz media encontramos en 1.ª sg. *-ḫa* (a veces alargado) y en 3.ª *-a*. Se trata de un ejemplo de la utilización de la oposición *Ø/*o* para oponer voz activa y voz media.

Temas puros en *-a, -i, -ĕ* procedentes de **-eH*$_{2}$, **-H*$^{i̯}$, **-eH*$_{1}$ se encuentran en 2.ª 3.ª sg. en el paradigma de los aoristos sigmáticos del aesl. (cf. IV.II.1.3). En cambio, el báltico

generaliza *-iaũ, -aũ* en 1.ª sg. pres. y pret., mientras que obtiene la 2.ª con *-e, -o* y la 3.ª añadiendo una *-i* (*-eĩ, -aĩ*); en definitiva, morfologiza dos tratamientos fonéticos del grupo vocal + laringal, así como el elemento *-i*. Con los mismos elementos las gramaticalizaciones son diferentes en otras lenguas: en lat. *amā-s / amāu-isti* oponen presente / pretérito, e igual toc. A *-au/-ā* (1.ª sg.; hay restos de *-u* en pret.). Claro está, el latín no usa en el ejemplo citado temas puros, sino que los ha adicionado con desinencias; pero **amā* era sin duda la forma de 1.ª sg., cambiada luego en *amo*. Esta forma en *-ā* se halla también en gót. *salbō* 'yo unjo', y es paralela a *-ē* en subj. lat. arc. *dice*. Podrían aducirse muchos datos más, pero pensamos que con éstos son suficientes.

Hay que advertir que estas formas, que eran indiferentes a la oposición presente/pretérito y a la oposición entre las personas del sg. (las del plural sólo secundariamente se marcaron con desinencias), lo eran también a la voz, lo que se ve porque el báltico y eslavo las usan sin especialización de voz, que no existe en esas lenguas; porque el lat. presenta *amor*, etc., es decir, deduce la voz media de una forma previa indiferenciada; etc. Sobre la diferenciación secundaria de la media del pret. tocario, cf. *supra*, IV.III.1.6. Tampoco, por supuesto, marcaban estas formas el presente con relación al perfecto. En gr. tenemos todavía testimoniado un perf. πέφη y había evidentemente perfectos en *-ēu, -āu*, de los que derivaron luego formas como τεθνηϜώς.

En realidad, sólo gracias a la adición de una **-e/o* y por oposición a las formas sin **-e/o* se han convertido los temas en **-eH* en hetita en de activa, según hemos dicho. Pero aún esta oposición tiene, de acuerdo con lo que vamos viendo, un carácter secundario: el uso sin diferencia de voz tanto de la forma sin como de la con vocal temática es el

más antiguo. Y con esto llegamos a los orígenes de los temas en *-$H_2$e/o*, de los que nace el perfecto indoeuropeo.

### 3. VOZ MEDIA EN *-Ho* Y DESINENCIAS DE PERFECTO

1. A partir, sin duda, de temas en *-$H_2$*, y por un falso corte, se ha difundido una desinencia *-$H_2$-e/o* con dos finalidades:

*a*) La encontramos en una antigua des. de 1.ª sg. med. *-*ai*, quizá testimoniada en el ai. *bhave* (cf. *supra*, IV.III.2.3) y equivalente sin duda alguna a la 1.ª sg. del hetita *-ha*, propia, nótese bien, de todos los verbos, no sólo de la conjugación en *-ḫi*. La des. *-mai* testimonia en gr. -μαι (donde por analogía ha modificado en -σαι, -ται, -νται las antiguas desinencias **soi*, *-*toi*, *-*ntoi*), aprus. *-mai*, toc. B *-mai* se interpreta comúnmente como el resultado de contaminar este *-ai* con el *-mi* activo.

*b*) La encontramos sobre todo en el perfecto del grupo no anatolio, cuya 1.ª sg. es en *-*a* (gr. οἶδα, ai. *véda*, gót. *wait*, air. *ro cechan* 'canté' < **kekona*); hay igualmente *-*ai* en lat. *uīdi* < **u̯oidai*. Estas formas sólo secundariamente se convierten en de activa en aquellas lenguas que crean una media frente a la activa. Esto sucede en griego y ai. (aunque no en este verbo) mediante analogía de la media de presente; también en lat. (*uīdi* act. frente a *uīsus sum*). Es curioso que el ai. opone a la *-*a* act. una *-*ai* polarizada ahora como media (cf. *supra*, IV.III.1.6, IV.III.2.3).

Junto a la 1.ª sg. de v. med. en *-*ai* no existe forma paralela en 3.ª salvo el *-a* < *-*o* del het. a que nos hemos referido y que se explica por una generalización de la pérdida de *-*H* en 3.ª sg. A este mismo fenómeno responde el

hecho de que, en el perfecto, la 3.ª sg. sea en *-e*, también con caída de **-H*: gr. οἶδε, ai. *véda*, lat. *uidīt* < **u̯oideiti* (también *fēced* < **-e-t*), gót. *wait*.

2. La casi identidad entre las desinencias del grupo no anatolio de 1.ª y 3.ª de perf., de un lado, las des. hetitas 1.ª y 3.ª de voz media, de otro, y la des. de 1.ª sg. med. primaria en diversas lenguas no anatolias, es un hecho evidente. La evidencia aumenta si se compara también la 2.ª sg. med. del hetita (*-ta*, a veces también en 3.ª) y la 2.ª sg. del perfecto, *-tha* (ai. *véttha*, gr. οἶσθα):

| | V. MED. HETITA | V. MED. NO ANATOLIA | PERFECTO |
|---|---|---|---|
| 1.ª | *-ḫa* | *-ai* | *-a, -ai* |
| 2.ª | *-ta* | | *-tha* |
| 3.ª | *-a* | | *-e, -ei* |

Las diferencias que aparentemente subsisten se explican muy fácilmente. Las dos posibilidades del timbre de la vocal temática *-e/o* las conocemos ya. En cuanto al *-tha* del perf. en 2.ª sg. se explica por una metátesis:

$*\text{-}H_2o >$ het. *-ḫa*, no anat. *-a*
$*\text{-}H_2to > *tH_2o >$ het. *-ta*, no anat. *-tha*
$*\text{-}(H_2)e/o >$ het. *-a*, no anat. *-e*

Otro punto de comunidad es que, como es normal en los temas puros con o sin *-e/o* y en las formas con *-to* (cf. IV. II.1.4), estas desinencias son indiferentes al tiempo. Hemos visto que el pret. med. del het. lleva desinencias derivadas secundariamente de las primarias; hemos hallado formas de pret. en *-e/o* en el grupo no anatolio (cf. IV.III.1.8); en cuanto al perfecto, también era en principio indiferente al tiempo: la creación de un pluscuamperfecto se considera

como una innovación del grupo del indo-iranio y el griego.

Resulta, pues, claro que desde antes de la escisión del anatolio se difundían temas en *-*H* y muy concretamente en *-$H_2$, que llevaban vocal temática y marcaban las personas 1.ª y 3.ª, diferenciadas secundariamente; y que estas formas se asociaban a otras también con *-$H_2$ y seguidas de *t* que marcaban la 2.ª. Se trataba, a juzgar por el hetita, de un tema de presente entre otros tantos, en sustancia, de verbos con una flexión peculiar. Tendían a llevar un vocalismo radical *o* o largo (cf. IV.II.3.4) y a tomar un valor de estado; luego, a tomar reduplicación. Pero, cuando estos temas se usaron para suministrar una 1.ª sg. media a toda clase de verbos, todavía no habían generalizado la *-$H_2$ ni la *o* radical ni el valor de estado ni la reduplicación. Éste es un proceso que se llevó a cabo luego gradualmente.

3. Ahora bien, la gran diferencia del perfecto del indoeuropeo no anatolio y de las otras formas del cuadro de arriba, aparte de las mencionadas, es que el perfecto era una forma sin voz: sólo por oposición a formas medias creadas secundariamente, hemos dicho, el perfecto se convirtió en de activa. En cambio, las otras formas que a él se comparan son de voz media. Lo es el *-ai* de 1.ª sg. med. que se oponía a una 1.ª sg. act. de varios tipos; y el *-ḫa*, *-ta*, *-a* del het., que análogamente son las únicas formas medias de que disponía esta lengua y se oponían ya a formas activas en *-ḫi* ya en *-mi*. Por lo demás, formalmente y desde el punto de vista del origen, es a las en *-ḫi* a las que se oponen. Pues estas desinencias *-ḫi*, *-ti*, *-i* proceden de **-Hi*, **-Hti*, **-Hi*, es decir, son exactamente proporcionales a las de media, distintas de ellas por la ausencia de la vocal temática, según el sistema ya conocido por nosotros.

En esta circunstancia, no es lógico concluir ni que el perfecto indoeuropeo, sin voz, proceda de la voz media del hetita, ni que la voz media del hetita (y, según ha podido verse, también del postanatolio en la 1.ª sg.) proceda del perfecto, de características formales mucho más precisas y procedente de un estadio del indoeuropeo más reciente, en el que el perfecto se opone a otros temas de la misma raíz, cosa que no ocurre en absoluto en hetita, donde los verbos en *-ḫi* se conjugan, como los demás, sobre un solo tema.

La solución debe más bien sentarse dentro de la línea que hemos seguido hasta ahora. La extensión de los temas con **-H* y, dentro de ellos, de los con **$H_2$*, sólo secundariamente ha llevado a los sistemas arriba mencionados. En principio, debemos pensar, estos temas no comportaban diferencia significativa llevaran o no llevaran adicionada la vocal temática. Este estado antiguo fue conservado por estos temas cuando se convirtieron en de perfecto: sólo frente a formas recientes de voz media los perfectos se hicieron activos. Y entre ellos, junto a los aquí estudiados en **-a*, **-tha*, **-e*, había otros en vocal temática: tipo ya mencionado de gr. πέφη, de ai. *jajñaú, jajnấtha, jajñaú*, en definitiva, todos los tipos en *-ē, -ā*, que a veces se añadían a raíces con grado vocálico de perfecto.

La conversión de las formas en **-$H_2$o, *-$H_2$to, *-($H_2$)e/o* en formas de perfecto es independiente del otro desarrollo sufrido por las formas en **-H* (no sólo en **-$H_2$*): escindirse en formas de activa y formas de voz media, logradas éstas mediante **-e/o*. Esto es lo que sucedió en hetita; en lo relativo a la 1.ª sg., en el restante indoeuropeo también. Es un proceso idéntico a otros que hemos estudiado. Respecto a él, la falta de voz del antiguo perfecto es un arcaísmo; pero es una innovación su oposición a otros temas de la misma raíz. Innovación que, por otra parte, estaba ya

presagiada en hetita por el significado especial de estos temas.

### 4. LAS DES. -M, -S, -T, -NT: SU ORIGEN

1. Otro punto que necesita aclaración a este respecto es el relativo a la des. *-tha* (het. *-ta*) de 2.ª sg.: tema que nos lleva al aludido al principio de este capítulo, a saber, la antigua vacilación en el uso desinencial de la *-s* y la *-t*. Pues el asociar *-t* como desinencia de 2.ª sg. a un tema en *-H* (verbos en *-ḫi* del hetita, perfectos del grupo no anatolio) es un desarrollo ya antiguo, anterior a la escisión del anatolio. Pero se apoya en un estadio más antiguo aún, la posibilidad de usar libremente *-s* y *-t* en las desinencias 2.ª y 3.ª sg. Pues *-t* en 2.ª sg. no está ligado exclusivamente ni a la conjugación hetita en *-ḫi* ni al perfecto: ésta es una asociación secundaria.

Efectivamente, encontramos de una parte, huellas de temas puros, a veces seguidos de vocal temática, que se usan, ya como 1.ª, ya como 2.ª, ya como 3.ª sg.: las diferenciaciones son secundarias. Ahora bien, cuando esas diferenciaciones se logran con ayuda de desinencias, es fijo que la des. *-m* corresponde a la 1.ª sg., mientras que la atribución de *-s* a la 2.ª y *-t* a la 3.ª junto a la 1.ª en *-m* y de *-t* a la 2.ª cuando la 1.ª es radical, es solamente eso: una tendencia. Los verbos hetitas en *-ḫi* llevan *-š*, *-iš* en 2.ª 3.ª sg. sec. (*šakkiš* al lado de *šakta*); *-s* aparece en 2.ª 3.ª sg. en el precativo y otras formas del i.-i. Por otra parte, cuando la *-s* da un tema, ello no sucede indistintamente en todas las personas, lo que demuestra su antigua libertad. En aesl. hemos visto que los aor. sigmáticos llevan al lado temas puros en 2.ª 3.ª sg. En tocario los pretéritos de la clase III

llevan *-s-ā* en 3.ª sg. act. y en toda la media; sobre el precativo del ai. cf. IV.VI.3.4.

Existen luego las des. *-sto, -to,* de que nos hemos ocupado ya a propósito de su indiferencia respecto a la voz y al tiempo. También la tienen respecto a la persona. El het. presenta *-ta, -šta,* en 2.ª 3.ª sg. pret. de ambas conjugaciones, así como en la voz media tanto en pres. como en pret. En aesl. *-tъ* y *-stъ* dan 2.ª 3.ª secundaria, mientras que en tocario *-sta* ha quedado reducido a la 2.ª sg. Lo mismo ocurre en el gr. ἦσθα, con timbre *a* como en el perfecto del het.; y en 2.ª sg. pres. de todos los verbos del tocario. Lo mismo puede decirse de *-t*: la encontramos en la 2.ª sg. pret. het. (junto a *-š, -šta, -ta*) en los verbos en *-mi* y en ai. 2.ª sg. sec. *-thās*. Por otra parte, *-to* demuestra un uso antiguo paralelo de *-t*. Téngase en cuenta que, así como de *-s* no sólo salen desinencias, sino también temas extendidos a todas las personas, lo mismo ocurre con *-t*. Estos temas en *-t* se encuentran en itálico y celta, cf. IV.IV.1.14.

2. Parece, pues, que en fecha arcaica había en la 1.ª sg. una vacilación entre tema puro y forma con *-m*; y en 2.ª 3.ª sg. otra entre tema puro y formas con *-s, -t, -to, -sto.* Junto a una 1.ª en *-m* se tendía a una 2.ª en *-s* y una 3.ª en *-t*; frente a una 1.ª de tema puro en laringal, a una 2.ª en *-t, -to, -sto* y una 3.ª también de tema puro. Este modelo es el que se desarrolló luego en el perfecto, después de haberse puesto sus bases en el anatolio. Pero sólo las bases: incluso en el indoeuropeo posterior quedaron huellas de la antigua indiferencia de *-s* y *-t* a la oposición 2.ª/3.ª.

Remontándonos a una fecha muy arcaica, tenemos que los temas puros, que podían funcionar, ya como nombres, ya como verbos, tendían a caracterizarse como nombres con *-s* y *-m* para notar la oposición sujeto/complemento; y como

verbos con *-m* para 1.ª sg. y *-s/-t* para 2.ª 3.ª El peligro de ambigüedad se eliminaba sin duda mediante varios procedimientos, aparte de que no todos los temas daban simultáneamente un nombre y un verbo. Factores semánticos evitaban determinadas interpretaciones y otros de orden de palabras y de acento, también: nos ocuparemos de esto en otro capítulo. Por otra parte, hay que pensar que un verbo en 1.ª sg. no llevaba sujeto o llevaba como tal un pronombre personal, bien caracterizado: junto a él, una forma con *-m* era un verbo en 1.ª sg. Lo mismo puede decirse respecto a la 2.ª sg.; junto al pronombre personal correspondiente, la forma en *-s/-t* es un verbo en 2.ª sg. Inversamente, una forma con *-m* junto a una forma verbal de este tipo correspondía a un complemento directo. Y, finalmente, la forma verbal en *-s/-t* era de 3.ª sg. junto a un nombre caracterizado como sujeto: aquí quedaba la única ambigüedad posible, la ofrecida por los nombres de nom. sg. en *-(o)s*, ambigüedad salvada mediante los recursos mencionados. La generalización en 3.ª sg. de *-t* en un caso y de Ø en otro fue sin duda un nuevo recurso para evitar la ambigüedad nombre/verbo: una forma en *-(o)s* frente a una en *-t* o Ø era un nombre sujeto y una en *-m* un nombre complemento.

3. Todo lo dicho anteriormente se refiere a las desinencias de sg. Pero hay razones para pensar que las formas hasta aquí estudiadas no correspondían en principio ni al sg. ni al pl. ni menos al dual, sino que eran indiferentes al número y sólo secundariamente quedaron polarizadas como de sg., por oposición a las des. de pl. y du. que se crearon. Estudiaremos esto a continuación para la 1.ª 2.ª pl. y el dual, pero conviene que antes digamos algo sobre la 3.ª pl. en *-nt(i)*, puesto que hemos hablado de ella dentro del sistema de las desinencias regulares.

La serie *-nti/-nt/-ntoi/-nto* funciona más irregularmente que las paralelas de 2.ª 3.ª sg. porque, como hemos dicho, cuenta con un competidor *-r*, *-er* sobre todo en 3.ª pl. sec., así como en la 3.ª pl. de la media hetita primaria y del perfecto. Bien es cierto que a veces se llega a compromisos, de los que luego hablaremos (formas en *-ntor*, *-ntro*, *-ront*, etcétera). En suma, da la impresión de que *-nt* es un recurso para marcar la 3.ª pl. independientemente de la sg., recurso que cuando comienza a emplearse choca con un competidor de otro origen, con el que ha de repartirse el campo, o bien contaminarse; también se crean secundariamente formas *-ro*, *-ero*, *-roi*, etc. Por otra parte, es sabido que el báltico no tiene forma especial de 3.ª pl., lo cual no debe necesariamente interpretarse como resultado de una pérdida secundaria: la 3.ª sg. usada con indiferencia de número puede representar un arcaísmo.

El sufijo *-nt*, luego completado con *-e/o* e *-i*, es evidentemente el mismo sufijo *-n* alargado con *-t* que hemos aprendido a conocer en el nombre, el adjetivo y (a partir de aquí) en el participio. También la *-r* a que hemos hecho alusión es la misma que la de tantos nombres en *-r*. En suma, un tema en *-nt* o *-r*, en sí indiferente a la oposición nombre/verbo, ha sido secundariamente utilizado como un verbo en 3.ª pl. Nada de extraño tiene esto si se recuerda que *-nt* da los plurales del luvita, habiendo huellas de su empleo como pl. también en tocario; en el mismo hetita hay usos colectivos. En cuanto a la adscripción a la 3.ª pers., es allí donde esta necesidad se sintió más urgentemente desde el momento en que se creó la oposición sg./pl. en los nombres, lograda trabajosamente y sin demasiada distintividad; en las otras personas, era suficiente emplear los pronombres personales de sg. y pl., que son de distinta raíz. Por otra parte, convertida la *-t* en característica de 3.ª sg., *-nt*

tendía a hacerse característica de pl.: es notable que cuando no hay *-t* en 3.ª sg. tiende a no haber tampoco *-nt* en 3.ª pl., así en el perfecto.

5. LAS DES. DE 1.ª PL., 2.ª PL. Y DE DUAL

1. Estas desinencias sólo en forma muy incompleta han entrado en el sistema de oposiciones sg./pl. y primarias/secundarias. Empecemos por las de pl.

Aquí, frente al cuadro del ai. que distingue en la activa entre 1.ª pl. primaria *-masi* / 1.ª sec. *-me*, 2.ª pl. prim. *-tha* / sec. *-ta*, las lenguas indoeuropeas en general no diferencian la primaria de la secundaria. El ai. ha evidentemente innovado, así como el hetita cuando opone *-meni*/*-men*, *-teni*/*-ten*: el modelo en las personas hasta aquí estudiadas es bien evidente. Sin embargo, tampoco podemos decir que existiera una forma única para cada persona: había formas varias, entre las que las distintas lenguas (e incluso los dialectos: en gr. en general -μεν, dor. -μες) elegían. En líneas generales, tenemos:

1.ª Pl.: **-men*, **-me/os*, **-u̯en*, **-mn̥*: cf. het. *-men(i)*, gr. -μεν, ai. (hecho sec.) *-ma*; lat. *-mus*, gr. dor. -μες, gót. *-m*, lit. *-me*; het. *-wen(i)*.
2.ª Pl.: **-te*, **-ten*: cf. het. *-(š)ten(i)*, gr. -τε, ai. (conservado sólo como sec.) *-ta*, gót. *-þ*, aesl. *-te*, lit. *-te*.

Parece claro que se trata de ampliaciones diversas de la *-m* y la *-t* (*-st*) de 1.ª y 2.ª sg., destinadas a diferenciar los números. Ya se añade *-e* (y no *-o*, usada en sg. act y med.), ya *-an*, ya *-e/os*. La única discordancia es el *-wen* del hetita, forma general salvo tras *-u*, en cuyo caso hay

*-man*. Se ha pensado en un fenómeno fonético, pero más bien aquí y en diversas formas nominales del verbo (sust. verbal *-war/-mar*, inf. *-wanzi/-manzi*, supino *-wan/-man*) hay un uso alternativo de dos formas etimológicamente distintas. Las con *-u* provienen de temas en laringal: es notable que en luvita exista una 1.ª sg. en *-wi*, evidentemente comparable a las formas de tema puro en **-H*$^{u̯}$ y derivada de ellas. A esta 1.ª sg. corresponde la 1.ª pl. en *-wen*(*i*).

En cuanto a la voz media, dado el carácter secundario de su diferenciación en las demás personas, no es esperable la existencia de desinencias independientes en 1.ª y 2.ª pl. La oposición del ai. 1.ª pl. *-mahe/-mahi*, 2.ª pl. *-dhve/-dhvam* es una innovación más del i.-i. para diferenciar sistemáticamente des. activas y medias, primarias y secundarias. Pero ni siquiera formas únicas de voz media son reconstruibles. Las formas del ai. citadas de 1.ª pl. y el gr. -μεθα se asemejan, pero no se corresponden exactamente; ni las de 2.ª pl. del ai. y el gr. -σθε. Tampoco hay responsión exacta con el het. 1.ª *-wašta*, 2.ª *-duma*, si bien la **-s-* de *-wašta* recuerda curiosamente la de la des. gr. -μεσθα, usada por los poetas. En definitiva, nos hallamos ante reelaboraciones individuales de las formas de activa (mejor dicho, de las formas luego relegadas a la activa) por parte de diversas lenguas.

2. En cuanto al dual, debe considerarse, al igual que en el nombre, como una innovación de algunas ramas lingüísticas del indoeuropeo no anatolio: lo encontramos concretamente en indo-iranio, báltico, eslavo, germánico y griego. Sólo en indo-iranio se ha llegado a un sistema de desinencias con las cuatro variantes en cada persona: así en ai. tenemos 1.ª *-vas, -va, -vahe, -vahi*; 2.ª *-thas, -tam, -the, -thām*; 3.ª *-tas, -tām, -te, -tām*. Es claro que este sistema

está modelado sobre el de las correspondientes personas de pl., con las que riman casi todas las formas indicadas para cada persona siguiendo el orden activa primaria y secundaria, media primaria y secundaria. Sin embargo, hay algunas correspondencias estrictas con el griego y otras, más generales, con otras lenguas.

La presencia de *-u* en la 1.ª se encuentra también fuera del i.-i.: cf., por ejemplo, gót. *-va* en opt. *baíraiva*, aesl. *-vě*, lit. *-va*. Se trata de especializaciones varias en el sentido del dual de formas de 1.ª pers. en *-u*, que ya nos son conocidas.

Donde existe la correspondencia más exacta es entre el ai. y el gr. en las des. secundarias activas: 2.ª ai. *-tam* = gr. -τον, 3.ª ai. *-tām* = gr. -τᾱν (jon. -τηv). La correspondencia no se extiende a las primarias en que el gr. lleva -τον prim. y sec. (las formas del ai., *supra*). En otras lenguas no hay correspondencia exacta en ningún caso, pero cuando existen formas activas de 2.ª y 3.ª de dual en todo caso comienzan por *-t*: se trata de reelaboraciones de la antigua *-t* de la 2.ª 3.ª. Cf., por ejemplo, 2.ª du. gót. *-ts*, 3.ª du. aesl. *-te*.

En la voz media, sólo el i.-i. presenta un sistema completo, que hemos calificado de secundario. También lo es el del griego, con -σθον en 2.ª y -σθον, -σθην en 3.ª: contamina el dual activo y el plural medio. Y no posee desinencia de 1.ª du. medio. Las demás lenguas no ofrecen huellas de desinencias de dual medio.

## 6. LAS DES. EN -R

1. El tipo más antiguo de desinencias en *-r* es el de aquellas que se añaden directamente al tema puro. A veces la *-r* es precedida de *-ē* (het. *-ēr*, lat. *-ēre*) o de **-$H_2$o* (het. *-ḫari*); y puede ir seguida de *-o/e*, ya sin valor de

voz, ya polarizada como de voz media. Conviene que demos un repaso a estas formas, advirtiendo que son, ya de 1.ª sg., ya de 3.ª sg. o pl.; que en principio son indiferentes a la voz, pero algunas se polarizan como de voz media (también hay impersonales); e indiferentes al tiempo, aunque también aquí se introducen distinciones. En total, con mayores o menores coincidencias y especializaciones, hallamos rastros de estas desinencias en hetita, tocario, indoiranio, frigio, itálico, celta, latín: eran sin duda un tipo arcaico que fue eliminado en la zona central del indoeuropeo, la del griego, báltico, eslavo y germánico (con alguna pequeña excepción, aaa. *skrirun*). Sobre las diversas especializaciones y el problema del reparto de funciones y las contaminaciones con *-nt*, hablaremos luego, así como sobre su combinación con las desinencias regulares. Ahora presentamos lo más esencial del material relativo a *-r* y sus variantes cuando se añaden a los temas puros, incluyendo las formas hetitas en *-ḫari* y en *-ari*, por más que aquí *-ḫa* y *-a* hayan pasado a ser desinencias.

2. Distinguimos tres empleos de la *-r* tras tema puro:

*a*) Como 3.ª sg. El uso impersonal se encuentra en británico (bret. *karer* 'se ama') y o.-u. (u. *loufir*). En air. hallamos también una 3.ª sg. medio-pasiva (*-berar*, *-nascar*); y lo mismo en u. *ferar*, sólo que ha pasado al subjuntivo. En het. *-a* y *-ari* son medio-pasivas de 3.ª sg. (*eša*, *ešari*, con *-i* primaria).

*b*) Como 3.ª pl. secundaria. Se encuentra en indo-iranio en diversos imperfectos, aoristos y optativos, que secundariamente han quedado clasificados como de voz activa: ai. impf. *adadhur*, *ajahur*, aor. sigm. *amatsur*, opt. *bhareyur*.

Esta atribución de la *-r* a 3.ª pl. secundaria la encontramos igualmente en hetita, donde la 3.ª pl. del pret. es en *-er*

(*-ir*), frente a una des. primaria *-anzi*; en otras lenguas anatolias como el luvita, sin embargo, *-nt* da también la 3.ª secundaria. Por otra parte, en ai. hay formas innovadas en *-ran* < **-r-ont* (*aduhran*) que testimonian una vez más la antigua capacidad de esta forma para la 3.ª pl. Así, es clara la antigua indiferencia al número: en het., celta y o.-u. *-r* es 3.ª sg., en het. e i.-i. es plural: lo uno y lo otro en función de diversas polarizaciones, como veremos. También a ello se debe el que estas 3.ªs pl. sean activas: el het. usa para 3.ª pl. med. *-anta*(*ti*), el i.-i. formas también derivadas de *-nto*, así como otras rehechas *-ranta*, *-rata* junto a *-ran*.

*c*) Como 3.ª pl. de primaria. Éste es el uso de *-r* en 3.ª pl. del perfecto: en ai. *cakrúr*, etc., donde *-r* queda polarizada como de perf. activo frente a *-re* < **-roi* (*cakriré*); en tocario B *-re*, *-r*, A *-r* (formas de pretérito, antiguo perfecto), polarizadas como de activa frente al B *-nte*, A *-nt* de la media; en lat. *implēre*, *uidēre*, formas en *-ri*, *-ēri* polarizadas como activas frente a *uīsus sum*, etc. y *uidĕrunt*, forma ampliada con **-$H_1$-r-ont* (*uidērunt* es contaminado). La utilización de *-r* como 3.ª pl. responde a la utilización de otras formas como 3.ª sg.; e inversamente.

3. Así se resuelve, pensamos, el viejo problema de por qué la *-r* aparece, ya en 3.ª sg., ya en 3.ª pl.: *-r* es en el origen un competidor de las otras desinencias, concretamente de las de 3.ª, que luego es utilizado para marcar la 3.ª pl. Pero como para la 3.ª pl. hay al tiempo una forma específica, *-nt*, puede ocurrir que, inversamente, *-r* se reserve al sg.: bien para una voz determinada (impersonal o medio-pasiva en celta e itálico), o un tiempo determinado (el pretérito activo hetita: pero el hetita conoce también *-r* de 3.ª sg. medio-pasiva primaria). O sea, que también la clasificación de *-r* como marca de impersonal o media debe considerarse

secundaria: ello es absolutamente claro desde el momento en que no sólo hay formas activas en *-r*, sino que sabemos que el perfecto era indiferente a la oposición activa/media. O sea, no es que una *-r* impersonal se haya extendido de un lado a la 3.ª sg. y de otro a la 3.ª pl., es que *-r* era en principio indiferente a estas oposiciones. Baste comparar los temas nominales en *-r*, que son uno y lo mismo, en principio, para darse cuenta de que esto tuvo que ser así.

Ni hemos de rechazar tampoco, pensamos, la antigüedad del uso de *-r* con tema puro para marcar la 1.ª sg., que sería el cuarto uso:

*d*) *-r* como 1.ª sg. Lo encontramos en het. *-ḫari*; en lat. *amor, amabar*. Se trata de un intento poco difundido de utilizar los mismos temas en *-r*: evidentemente, ya lo explicamos, era la 3.ª persona la que más necesitaba marcas especiales, pero eso no quiere decir que las mismas no pudieran emplearse en algunos casos en 1.ª. Concretamente, la comparación del lat. y o.-u. hace pensar que las formas en *-ār, -ēr* sólo secundariamente, por polarización, quedaron definidas como de 1.ª o 3.ª. El hetita, donde *-r* está en ambas personas, que se distinguen por la conservación (1.ª en *-ḫari*) o caída (3.ª en *-ari*) de la *H*, confirma este punto de vista.

4. Con todo esto, la principal tendencia del indoeuropeo en lo que respecta a estas desinencias era la que llevaba a convertirlas en formas de voz media generalizándolas en todas las personas con esta finalidad. Para ello acudió a contaminarlas con las desinencias específicas de voz media que hemos estudiado más arriba, creando formas contaminadas. Ya en het. *-r* es forma característica de varias personas de la media primaria, pues, aparte de 1.ª en *-ḫari*, 3.ª en *-ari*, hay una 3.ª pl. en *-antari*, mientras que *-r* falta en las

secundarias. Pero falta también en las personas primarias no mencionadas, y en las mismas mencionadas su uso es puramente opcional: a **-o* (het. *-a*) se puede añadir *-r* o no. Aquí se ve el origen del fenómeno: a partir de la posibilidad de añadir *-r* a los temas en *-o*, caracterizados ya de por sí como medios, se añade también a *-nto* de 3.ª pl.

Otras lenguas han llevado más lejos este proceder: concretamente, el grupo del latín, itálico y celta, a lo cual hay que añadir diversas formas del tocario y un -τορ testimoniado en frigio. Evidentemente, una posibilidad del indoeuropeo ya conocida por el anatolio, el tocario y el frigio, fue llevada a sus últimas consecuencias sólo en el indoeuropeo occidental. Expondremos algunos datos sobre los alargamientos en *-r* de las desinencias ya conocidas con objeto de transformarlas en de voz media o medio-pasiva.

1.ª sg. Hallamos en toc. A *-mār*, B *-mar*.
1.ª pl. Lat. *-mur*, air. *-mmar*, *-mmir*.
2.ª sg. Air. *-ther*.
2.ª pl. Toc. A *-cär*, B *-cer*.
3.ª sg. Lat. *-tur*, o. *-ter* (*uincter*, *sakarater*), het. *-tari*, air. *-th(a)ir*, *-thir*, *-tir*. Mientras que para el lat. y het. parece clara la etimología a partir de *-to-r*, para el itálico y celta se postula **-t-ro*.
3.ª pl. Het. *-ntari*, lat. *-ntur*, itál. *-nter*, air. *-tar*. Paralelamente, se postula, ya **-nto-r*, ya **-nt-ro*.

En 3.ª pers., como puede verse, nos hallamos ante formas contaminadas de la des. regular de voz media y *-r*; en 1.ª 2.ª pl. se diferencia (raramente) como media una forma indiferente a la voz; en 1.ª sg. del tocario se aplica para el mismo problema una solución diferente a la que en otras lenguas da *-mai*. En principio nos hallamos ante desinencias

indiferentes a la oposición de tiempo, pero recuérdese lo dicho antes respecto al hetita.

## 7. CATEGORÍAS EXPRESADAS POR LAS DESINENCIAS

1. La historia del sistema desinencial nos ha hecho ver cómo nacieron en indoeuropeo cuatro categorías: las de la persona, número, tiempo y voz. Diremos sobre ellas algunas cosas. La categoría de la persona estaba preparada, sin duda, por el uso como sujetos de los pronombres personales de 1.ª y 2.ª y de ciertos otros pronombres, así como de los nombres en general, que exigen 3.ª persona. La existencia de un plural de los pronombres y nombres es a su vez solidaria de la oposición verbal sg./pl., que es a todas luces más reciente. Ahora bien, dentro de las personas, la que conserva huellas de la antigua indiferencia es la 3.ª y dentro de los números es el sg. Es decir, existen usos impersonales, indiferentes a la persona y la voz, de lo que formalmente es una 3.ª sg. Hay testimonio de ello en diversas lenguas indoeuropeas. De todas formas, la diferenciación de personas y números sg./pl. es antigua, anterior a la escisión del anatolio; si bien para el pl. hay diferencias notables de lengua a lengua en la utilización de las marcas formales, lo que prueba que, en parte, sólo en forma independiente y paralela llegaron las lenguas a notar las personas de pl.; el báltico no llegó a escindir una 3.ª pl. En términos generales, ha habido primero una escisión 1.ª pers. / 2.ª 3.ª y luego una 2.ª/3.ª; luego el pl. se crea por modificación de las des. de sg., con excepción de la 3.ª pl., que usa un elemento propio (*-nt*) y otro que tenía diversas funciones (*-r*). En cuanto al dual, es una innovación de un pequeño grupo de

lenguas, el del indo-iranio, griego, báltico, eslavo y germánico. En definitiva, lo que hicieron es especializar para el dual ciertas desinencias (*-u* y *-t*) de los otros números, en parte independientes, pero con alguna coincidencia importante entre gr. e i.-i.

La categoría del tiempo se marcó mediante un elemento propio, la partícula deíctica *-i*, tomada del sistema pronominal-adverbial de la lengua. Frente a las formas con *-i*, que en principio eran opcionales, las sin *-i* quedaron definidas como de pasado, si bien a veces mantuvieron su antigua indiferencia temporal, por lo que se encuentran incluso en el presente y, desde luego, en los modos. Nótese que en este estudio *-i* indica no sólo presente, sino también futuro, así como indicativo frente a los modos, con excepción de un cierto uso en el subjuntivo. Indica más que estrictamente tiempo presente, actualización y realidad. Pero a partir de aquí se desarrolló luego un futuro, que llena la casilla vacía creada al oponerse a las formas con *-i* otras sin *-i* de pasado.

Entre el presente con *-i* y el pasado sin *-i* era éste, decíamos, el término negativo. Pero ha habido desde pronto, sin duda, un desarrollo por el que tanto un término como el otro pueden usarse neutralmente (oposición equipolente): esto se ve en las lenguas históricas por el uso, por ejemplo, de presentes históricos del tipo llamado *tabulare*: el tipo *Pericles moritur*, que indica la muerte de Pericles sin necesidad de marcar formalmente el pasado. Como existe igualmente un uso neutro del pretérito (aoristo gnómico del gr. y eslavo).

Es de notar que la *-i*, secundariamente, quedó en algunos casos adscrita a otras funciones: sobre todo, la de marcar la voz medio-pasiva, así en hetita y en casos especiales aludidos arriba (V.III.2.3).

2. Que una partícula deíctica se convierta en marca de presente y sea el núcleo en torno al cual se cree el sistema del tiempo, es para nosotros fácil de comprender, como lo es el nacimiento del sistema de la persona y el número. En celta hay algunas otras partículas que se aglutinan al verbo a veces en determinadas personas (cf. V.I.1.4). Más complejo es lo relativo a la voz.

Aquí los dos elementos formales que se utilizan para marcar la media, a saber, la vocal temática *-e/o* y la *-r* —ya el uno del otro, ya ambos a la vez— son en su origen completamente independientes de toda oposición de voz. Frente a ellos las formas sin *-e/o* o sin *-r* han quedado polarizadas como de activa, aunque subsisten muchas formas con *-e/o* o *-r* que, inversamente, fueron polarizadas como activas. Por otra parte, hay fenómenos importantes que hasta el momento no hemos mencionado: no sólo existen verbos que tienen una voz activa y una media, sino otros con sólo activa (*actiua tantum*) o sólo media (*media tantum*). Esto orienta la investigación sobre cómo *-e/o* y *-r* llegaron a convertirse en marca de voz media: llegaron a convertirse, entiéndase bien, en ciertas lenguas, porque en báltico y eslavo la oposición activa/media no llegó a producirse.

La voz media indica, por oposición a la activa, una orientación de la acción con relación al sujeto: es decir, la acción recae sobre el sujeto o sobre algo perteneciente al sujeto o algo que entra así en la esfera del sujeto; o bien se trata de una acción en cuya ejecución la intervención del sujeto queda destacada. Es un término positivo: la activa puede usarse para oponerse a la media haciendo que el verbo pierda el matiz diferencial de ésta, puede también ser indiferente a la oposición.

Si formas de tema puro y de tema puro + *e/o* o *-r* (en *-t* o *-to, -tor*) se usaban en principio como equivalentes, según hemos postulado, es claro que la adscripción de algunas de ellas a la voz media ha debido de tener lugar con ayuda de una infección en contacto con raíces cuyo significado fuera el punto de arranque del del significado de la media. Así como ciertos *media tantum* no se ve en qué pueden diferenciarse de ciertos *actiua tantum* (en gr. κεῖμαι respecto a εἰμί, ἔρχομαι respecto a φεύγω, etc.), otros *media tantum* son verbos de afecto del tipo de gr. αἴδομαι 'avergonzarse', ὀργίζομαι 'airarse'. Es una hipótesis verosímil que fuera en contacto con verbos de este tipo donde *-o/e, -to/e, -r,* etc. quedaron convertidos en características de voz media, frente a las cuales las formas sin estos elementos se polarizaban como activas; e incluso las formas con ellos, cuando entraban en una oposición que las caracterizaba como activas, según hemos hecho ver: por ejemplo, cuando *-r* se opone a *-ro* o a *-nto.*

3. Hay que señalar, finalmente, que el indoeuropeo no posee una serie de desinencias pasivas, lo que corresponde a la inexistencia de la pasiva en él. Son precisamente las desinencias medias las que en las lenguas individuales tienden a tomar el valor pasivo, perdiendo a veces secundariamente el medio o considerándolo como un matiz del pasivo. Así sucede en het., griego, latín, itálico, celta, armenio y también, a partir de un tema especial en *-ya,* en ai. Otras veces se crean pasivas a partir de temas especiales, intransitivos en fecha antigua, que llevan desinencias activas: así los aor. pas. griegos en -θην. Todo esto son desarrollos postindoeuropeos, aunque potencialmente posibles desde fecha antigua desde el momento en que la distribución (indica-

ción de un agente, sobre todo) era favorable a la interpretación pasiva.

## 8. EL AUMENTO

1. En un grupo dialectal constituido por el gr., i.-i. y arm., en los tiempos de pasado las des. secundarias pueden estar reforzadas en su función de indicarlo por el aumento (cf. IV.II.3.18).

El aumento es una *é-* (a veces *ē-*) que facultativamente podía colocarse ante la forma personal del verbo, indicando, como queda dicho, el pasado. Se encuentra, pues, en imperfecto, aoristo y pluscuamperfecto.

El aumento es opcional en Homero y védico; en armenio sólo se usaba en los aoristos que, en otro caso, habrían sido monosilábicos. Así tenemos, de ide. **ébheret*, impf. véd. *ábharat*, gr. ἔφερε, aor. arm. *eber*.

En el origen el aumento era sin duda una partícula tónica, junto a la cual el verbo aparecía en su forma átona (enclítica).

Secundariamente, el aumento se generalizó en griego en los tiempos de pasado.

# IV

# TEMAS GENERALES (LUEGO TEMAS DE PRESENTE)

## 1. DESCRIPCIÓN DE LOS TIPOS BÁSICOS

### a) *Generalidades*

1. Según ha quedado, pensamos, suficientemente aclarado, en el más antiguo indoeuropeo cada tema de los varios que podían obtenerse de una raíz era un verbo, como también era un nombre. Esos verbos independientes eran provistos, en una segunda fase, de desinencias primarias y secundarias; en cuanto al posible significado diferencial de los diversos sufijos o elementos formativos, hay que decir que a veces existía desde el principio (en los temas reduplicados), otras podía haberse desarrollado más o menos claramente, otras no llegó nunca a existir. En todo caso, en esta fase no debieron existir oposiciones sistemáticas entre dos tipos de temas obtenidos de una misma raíz. Cuando se llegó a esto —sin por ello abolirse el sistema anterior, que continuó siendo el caso general—, uno de los dos temas se considera como derivado, deverbativo de otro; y de un mismo tema base podían derivarse varios deverbativos de forma y sentido diferentes.

Vamos a ocuparnos primeramente del estadio antiguo, anterior a esta última fase y luego coexistente con ella dentro de los temas de presente. Pues estos temas generales de que estamos hablando y que llevaban dos series de desinencias, dentro del indoeuropeo no anatolio quedaron reducidos a temas de presente por el hecho de que algunos de ellos, provistos de una sola serie, se opusieron a los demás como de aoristo o perfecto. Concretamente, el perfecto lleva una serie de desinencias en principio indiferente a la voz y el tiempo; el aoristo, una serie secundaria. Todo ello sin tocar de momento la escisión de estos temas en diversos temas modales.

Por tanto, la descripción de los antiguos temas generales, uno por verbo y provistos de las dos series de desinencias, ha de hacerse sobre la base de los temas generales del anatolio y de los temas de presente del indoeuropeo posterior. Pero considerando que estos últimos han experimentado determinadas reducciones, dado que algunos de ellos se han constituido en temas de perfecto, aoristo y, luego, futuro. Hemos indicado que es lo normal que a pesar de todo el tema de presente conserve rastros de temas formalmente idénticos a estos otros desgajados; pero no es menos cierto que hay tendencia a especializaciones formales, así ciertos tipos, antiguos o desarrollados luego sobre tipos antiguos, se han reservado principalmente para los temas de fuera del presente. Por tanto, al hacer la descripción de los temas generales sobre la base de los de presente, no hay que olvidar completar el cuadro con alusiones a los temas desgajados: cosa que, en realidad, hemos hecho ya en el segundo capítulo de esta Parte. Por otro lado, no hay que olvidar que, en el caso de diferencias de significado dentro de los temas de presente, no siempre estamos seguros de la fecha a que debemos atribuirlas: muchas son, sin

duda, de fecha posterior a la constitución de la flexión sobre varios temas y haríamos mal en proyectarlas al indoeuropeo anterior a la escisión del anatolio.

2. Así, el cuadro relativo a los temas generales presenta ambigüedades: por un lado, arriesga ser incompleto; por otro, introducir elementos secundarios. Puede, ciertamente, intentarse hacer una descripción escalonada cronológicamente; pero no siempre tenemos base firme para ello.

Por otra parte, hay que tener en cuenta lo relativo a las diferencias de flexión. Los datos ya expuestos sobre la existencia de tipos de flexión atemáticos, temáticos y semitemáticos, con la eliminación de éstos en el grupo del griego e indo-iranio, deben ser recordados. Sucede a veces que en determinadas lenguas la combinación de estas diferencias de flexión con morfologizaciones de diversos resultados de las laringales y con hechos analógicos producen tipos especiales de flexión, que no pueden ser expuestos aquí detenidamente, pero a los que habremos de hacer alusión.

Los tipos de temas generales que deben ser atribuidos al más antiguo indoeuropeo son seis: radicales, reduplicados radicales (a veces también no radicales), en *-H*, en *-s*, en oclusiva, en nasal. Estos temas, aparte de las diferencias de tipo de flexión a que acabamos de aludir, pueden presentar otras relativas al vocalismo radical, a las variantes de los sufijos, etc.: con ello se pasa de seis temas a un número elevado de posibilidades, algunas indoeuropeas, otras de las lenguas particulares. Aquí pasaremos revista solamente a las más importantes.

b) *Temas radicales*

3. Como ya sabemos, funcionan ya como atemáticos, con vocalismo P/Ø: P en sg. act., Ø en el resto; ya como semitemáticos, con grado Ø de la raíz ante las des. con vocal temática y P ante las otras; ya como temáticos, con vocalismo fijo de la raíz. Hemos estudiado el origen de estas alternancias, así como hechos de colocación del acento correlativos con ellas (cf. IV.II.4).

El tipo atemático con vocalismo P/Ø es bien conocido en la forma en que el P está representado por *e*: con mucha frecuencia, la 3.ª pl. tiene *-enti, -onti,* no *-nti.* En ai. y gr. da flexiones completas: ai. *émi, éti / imás, ithá, yánti, ivás, ithás, ithás*; gr. εἶμι, εἶ, εἶσι, ἴμεν, ἴτε, ἴασι, ἴτον, ἴτον. En het. hay paralelismo en raíces como *eš, ep,* que presentan en 3.ª pl. *ašanzi, appanzi* (con *a* representando el grado Ø), pero tiene *e* en ocasiones en que se esperaría *a*. Cf. también le tipo *kuenzi/kunanzi.* Formas aisladas de este tipo, a veces sustituyendo sin duda a uno semitemático, se encuentran aquí y allá: por ejemplo, aesl. *jesmь, ješi, jestъ, jesmъ, jeste, sǫtъ, jesvě, jesta, jeste,* de 'ser', con *e* generalizada.

También existen temas con laringal radical que son atemáticos: hay que suponer, por ejemplo, *$*deH_3$/$*dH_3$*, de donde lat. *dō/dămus,* aesl. *damь/damъ* (con generalización del grado pleno), het. *daḫḫi/daweni* (también con generalización). Como puede verse no son de rigor las desinencias regulares: hay también formas de tema puro, así en la conjugación hetita en *-ḫi.* Estos temas radicales con laringal tienden, sin embargo, a reservarse al aoristo.

Este tipo, por lo demás, es idéntico al anterior, si es que es buena la reconstrucción con *e*. En otro caso, sería idén-

tico al tipo con *o*, que también hemos de atribuir al indoeuropeo. Lo testimonia directamente el hetita en verbos como *kar-ap-mi* / *karpmi*, *wa-al-aḫ-mi* / *walḫmi*, que, ciertamente, no presentan huella de alternancia *o*/∅ entre sg./pl.: en caso de que la hubiera, el resultado era en hetita igualmente *a*. Lo testimonia también en los verbos en *-ḫi*, en que predomina, como decíamos (IV.II.3.4), el vocalismo *a* < **o* (*e* en pl.); e indirectamente el grupo no anatolio en el perfecto, que deriva de estos temas, según sabemos. Además, en diversas lenguas existen una serie de deverbativos procedentes de temas en **-eH*, **-H*, que también suelen llevar vocalismo radical *o*: es sin duda un derivado de antiguos temas de vocalismo radical *o*. Finalmente, recordamos que hemos hecho alusión a presentes temáticos con *o* radical (IV.II.4.9), escasos ciertamente en número. No es verosímil que existiera una flexión temática de este tipo sin otra atemática y semitemática al lado.

Parece, pues, que junto al vocalismo *e*, el más frecuente en el verbo, los temas verbales podían llevar también *o*; pero debió de ser un elemento poco frecuente, que se aprovechó precisamente con finalidades de distintividad, difundiéndose en el perf. y los deverbativos. En el nombre, en cambio, *o* es normal, *e* distintiva (cf. VI.V.1.3). Cf. también IV.VI.2.2 sobre el subjuntivo tocario. En cambio, hemos postulado en otro lugar (IV.II.4.11) que los temas, temáticos y atemáticos, con vocalismo alargado, proceden secundariamente de temas de perfecto.

4. Tan antiguos tipológicamente como los atemáticos y quizá más son los verbos semitemáticos, según hemos ya estudiado; en realidad, lo más antiguo debió de ser una posibilidad siempre abierta de flexionar la misma persona de un verbo, ya temática, ya atemáticamente. Sin embargo,

en los temas radicales son escasos los restos de flexión semitemática del tipo que hemos ejemplificado con el lat. *sum, es, est, sumus, estis, sunt,* het. *teḫḫi / tiyaweni, tiyanzi,* así como por ejemplo vacilaciones como la del gr. φέρετε/φέρτε (cf. IV.II.4.3). Lo que es máximamente frecuente es una 3.ª pl. en *-enti, -onti* en los atemáticos, con vocalismo radical Ø por supuesto: gót. *sind* de *im* 'ser' atemático, por ejemplo. Hay que observar de todos modos que en hetita la mezcla de formas temáticas y atemáticas es mayor que en otras lenguas: por ejemplo, de *kuemi* 'matar', no sólo hay 3.ª pl. *kunanzi,* sino también 2.ª pl. *kuenatteni* (pero 1.ª pl. *kuennummeni*); de *link* 'jurar' hay en 3.ª sg. *lingazi* y *likzi*; etc. Da la impresión de que, a partir de estas vacilaciones, la flexión semitemática que se creó tendió a arraigarse sobre todo en los temas en **-H,* la mayoría derivados; en los radicales se hizo más frecuente la atemática generalizada, que se perdió luego casi totalmente en indoeuropeo occidental. Pero tampoco en ellos faltan las formas semitemáticas.

En cuanto a los temas radicales temáticos, ya hemos hecho ver que el más antiguo es el con grado Ø de la raíz, pero que desde pronto se creó a su lado uno con grado *e* y ocasionalmente con *o*. En ai. los dos tipos *tudáti* y *bhárati* coexisten en el presente, con aspecto durativo y puntual respectivamente, pero sin oponerse dentro de una misma raíz: esta oposición, cuando se creó, es la que prefiguró la oposición de los temas de presente y aoristo. El tipo con vocalismo radical Ø se encuentra raramente en presente, debido sin duda a haberse desplazado el aoristo, pero existen sin embargo ejemplos que, o no llegaron a adquirir, o perdieron todo matiz de aspecto: gr. γράφω, γλύφω, lat. *gradior,* gót. *gagga,* afris. *gunga.*

c) *Temas reduplicados*

5. A los datos relativos a los distintos tipos de reduplicación de los temas generales del hetita, con valor que tiende al iterativo, hay que añadir otros relativos a las distintas lenguas. Ya advertimos que la tendencia común es a emplear en el tema de presente la reduplicación con *i*, pero que también hay huellas de la reduplicación completa.

Existen algunos temas radicales en laringal de uso muy frecuente que llevan reduplicación: ai. *dádhāti*, gr. τίθησι / *dadhimás*, τίθεμεν. Más frecuentes y conservados a veces fuera del área del griego e indo-iranio son los temas de presente reduplicados temáticos, que llevan habitualmente grado Ø de la raíz: gr. γίγνομαι, lat. *gigno*, de **gen*; ai. *tíṣṭhati*, lat. *sisto* de **steH₂*, que es atemático en gr. ἵστᾱμι; gr. μίμνω junto a μένω. Una oposición de este tipo, es decir, sobre la base de una misma raíz, representa ya un fenómeno de oposición de dos temas, igual que a veces veíamos que sucedía en hetita.

Con las reduplicaciones completas crea el ai. toda la flexión de segundo nivel, la que opone un intensivo a un verbo base: cf. *infra*, IV.IV.2.5. Pero los orígenes de esa oposición en la existencia de temas reduplicados independientes es clara: cf., por ejemplo, lat. *murmurare*, aesl. *glagoljǫ* < **gol-gol-*, gr. μαιμάω, etc. Puede admitirse en fecha antigua la existencia esporádica de formas reduplicadas al lado de las simples, tal en gr. φαίνω / παμφαίνω: a partir de aquí puede comprenderse una organización sistemática como la que opone en ai. el intensivo al verbo base. A medio camino está un pequeño sistema como el que opone en griego no sólo μίμνω a μένω, sino también ἴσχω a ἔχω.

d) *Temas en -H*

6. Los temas en **-H* no son solamente radicales: este alargamiento se ha utilizado ampliamente como sufijo en los temas de presente, así como, según adelantamos ya, en todos los demás. Ahora bien, las laringales que han proliferado para formar temas, de presente y luego otros, no radicales, son precisamente $*H_1$ y $*\text{-}H_2$, de donde temas en *-ē* y *-ā* en el caso de grado pleno del alargamiento laringal. Estas dos laringales podían ser tanto con apéndice palatal ($*H^{i}_1$, $*H^{i}_2$) como con apéndice labial ($*H^{u}_1$, $*H^{u}_2$): pero la tendencia es, en los temas de presente, a generalizar los sufijos derivados de las primeras. Hay, por tanto, sufijos alternantes *-ē/-i, -ā/-i* y también los hay de grado vocálico fijo (*-i̯*, aparte de *-ē, -ā*, ya mencionados). Por otra parte, también se dan, por efecto de fenómenos fonéticos que ya conocemos, formas diversas del grado pleno: *-ēi, -ei* junto a *-ē, -āi, -ei* junto a *-ā*. Por otra parte, el presente conserva huellas de un sufijo con laringal provista de apéndice labial: presentes en *-eu̯, -u̯*, etc.

Estos presentes se han difundido muy ampliamente a partir de las formas radicales y es lógico que sólo en parte conserven la huella de los tipos de alternancia antigua. El tipo atemático con alternancia P/Ø entre act. sg. / act. pl. du., v. med., puede decirse que no existe: cuando lo hay se trata de formas radicales (tipo griego πίμπλημι/πίμπλᾰμεν). En cambio, responden a un grado vocálico de tipo arcaico el tipo temático en *-i̯e/o* y el en *-u̯e/o*; así como las oposiciones *-ē/-i̯* y otras comparables en la flexión semitemática según siguiera desinencia atemática o vocal temática *-e/o*. Pero las formas atemáticas con vocal larga sistemática (*-ē, -ā*) y las temáticas también con vocal larga (*-ēi̯, -āi̯*) son

sin duda reelaboraciones recientes. Un problema es el de las flexiones que, como la del gót. *haba, habais,* presentan ya una forma sin alargamiento laringal (*haba*), ya una con *-ē.* El problema es si las primeras carecen realmente de alargamiento y la *-ē* se ha usado sólo en determinadas personas o si en las primeras hay una caída de **-H*; por otro lado, *-ai* puede quizá venir de un grado ∅ (**-ºHi̯ > ai,* cf. II.II.2.13).

Hay que notar que de entre estas diversas posibilidades los temas de presente escogen unas u otras de forma que se diferencien de los de aoristo y, también, de los de subjuntivo con **-H.* Antes de la escisión, las posibilidades de formación de temas en **-H* en cada lengua eran mucho más amplias que las que subsistieron luego en los de presente. Pero combinando los datos de las diversas lenguas, tomándolos incluso solamente de los temas de presente, se reconstruyen para el indoeuropeo todas las posibilidades.

7. Otro punto que conviene tocar antes de pasar revista a los diferentes temas es que sólo en las fases más antiguas hay que contar con alargamientos laringales: luego los distintos sufijos de ellos derivados, a saber, *-i̯, -ē,* etc., se transportan a diversos temas, difundiéndose con diversas funciones sin que se recuerde el antiguo uso laringal. Por ejemplo, se puede obtener un denominativo de cualquier nombre en *-ā* añadiéndole, bien las desinencias atemáticas (gr. eol. τίμᾱμι, lat. *plantās,* gót. *salbōs*), bien *-i̯-* seguida de las desinencias provistas de vocal temática (ai. *pr̥tanāyati,* gr. *τιμαί̯ω, aesl. *delajǫ*). Pero esta *-i̯-*, en el origen, era un resultado fonético de la laringal final del tema en verbos radicales como gr. *μναί̯ομαι de **gᵘ̯neHi̯₂*. Se difundió luego a denominativos derivados de nombres temáticos, en que no había laringal: gr. *φιλεί̯ω de φιλε/ο-, lat. *albeo* de *albus.* Pero no sólo la *-i̯-* de los denominativos es transportada a

ellos secundariamente: lo mismo ocurre con otras muchas. En este caso, las alternancias antiguas, cuando subsisten, se conservan por pura imitación.

Puede decirse que la difusión de estos temas ha procedido a partir de los radicales monosilábicos (*$dheH_1$*, *$deH_3$*, etcétera), para pasar a los disilábicos en sonante, en que se dan los grados normales C/P y P/C sobre todo (*$genH_1$*, *$mneH_1$*, etc.) todavía en época indoeuropea: en ellos el alargamiento con *-*H* es fijo en toda o casi toda la flexión. Carácter ya plenamente secundario tiene el tipo P/P (lat. *moneo*, por ej.), así como el disilábico con raíces en oclusiva, salvo en el caso de la raíz *$petH_1$*/*$pteH_1$* en que parece que el alargamiento es antiguo. Y, por supuesto, el alargamiento añadido solamente a algunas personas, a que aludimos más arriba.

8. Otro punto importante es el sentido antiguo del alargamiento laringal. Siendo difusión de un tipo radical, es bien evidente que no tenía significado alguno específico; y su empleo con varios timbres o grados vocálicos o alargamientos secundarios para oponer presente a aoristo, indicativo a subjuntivo y unas personas a otras, confirma esta antigua indiferencia. Sin embargo, es bien claro que desde antiguo hubo una tendencia a cargar algunos de estos temas de un significado específico: hemos aludido ya a los temas del hetita flexionados en *-ḫi*, que tendían al valor de estado. Este valor de estado es propio también de otros temas en laringal de diversas lenguas. Así, de los presentes en *-ję/-iši* y *-ję/-ješi* (semitemáticos y temáticos, respectivamente), del antiguo eslavo; del tipo semitemático *guliù* (inf. *gulëti*), del báltico; de los verbos de la clase III, con *-ē* y otras formas, del germánico; de algunos en *-ē* y *-ā*, del latín (*iacēre* 'estar echado' junto a *iacĕre* 'lanzar', *durāre*); de los presentes

en *-i*, del armenio. En griego pueden referirse aquí los temas en *-ē* que dieron un aor. pasivo, no un presente. En suma, en algún momento después de la escisión del anatolio, cuando los temas de estado con **-H* dieron un perfecto, según sabemos, se tendió a desarrollar nuevos temas en **-H* de estado: el indo-iranio no parece haber estado presente en este movimiento. Pero, entiéndase bien, sólo en raras ocasiones se creaban pares del tipo latino mencionado *iacĕre/iacēre* o el lit. *gulti* 'acostarse' / *gulëti* 'estar acostado'. Lo que hacía normalmente era continuar el estadio en que cada verbo estaba formado por un único tema y se mantenía en relación con los demás por oposiciones meramente lexicales, no gramaticales con exacta proporcionalidad de forma y contenido. Sin embargo, es claro que debía de haber una tendencia a constituir pares de verbos proporcionales, considerándose uno de cada par como básico y otro como derivado (deverbativos). Esto es lo que ocurrió en un cierto tipo deverbativo que estudiaremos más adelante.

9. Otro punto importante, todavía, es la cronología de la difusión de estos temas en relación con las lenguas particulares y en relación, al propio tiempo, con los temas que luego fueron a dar los de perfecto.

En hetita encontramos datos que nos interesan en los verbos en *-ḫi* y en *-mi*. En los primeros no solamente aparecen temas con *-ḫ* radical (*teḫḫi, memaḫḫi*), que presentan ante vocal temática el grado Ø del sufijo (*tiyanzi, memiyanzi*). Otras veces hay *-aḫḫi* sufijal, así en *pedaḫḫi* 'llevar', *eššaḫḫi*, iterativo de *iya-* 'hacer'; y también alternancia *-aḫḫ / -iya-* (*dalaḫḫi / daliyanzi* 'dejar'). Con vocal temática, tenemos verbos en *-iya*: radicales como *tiyami*, derivados como *daliyami*. Incluso se encuentran junto a formas medias de una raíz *weš* 'vestirse' otras activas *waššiya-* y

*wašai-* 'vestir'. Por tanto, ya el hetita difundía los sufijos laringales y ello no sólo en la conjugación en *-ḫi*. Si bien sabemos que de los temas en ésta comprendidos nacen luego los perfectos del grupo no anatolio, no es ésta su única derivación; también salen temas de presente en laringal, algunos de ellos especializados luego como deverbativos; otros suministraron modelos a los denominativos. La creación de estos dos tipos es posthetita. Hay que añadir todavía, dentro del hetita, lo verbos en *-naḫḫi* (que estudiaremos al hablar del tema en nasal).

El griego o indo-iranio, con su eliminación de la flexión semitemática, dejaron muy disminuidos los temas en **-H* del presente. Los tipos productivos fueron los en *-i̯e/o*, que si unas veces son radicales (ai. *jā̆yate* de ***$g^{o}nH^{i}_{3}$ 'nacer'; *dháyate* de ***$dheH^{i}_{1}$ 'mamar'; gr. μναί̯ομαι, cf. *supra*), otras no lo son (ai. *páśyati* 'mirar', gr. κράζω < **krag-i̯o* 'gritar'). Estos verbos e igual los con sufijo de vocalismo pleno, arriba aludidos, dan denominativos y deverbativos, de los que luego hablaremos. Pero el indo-iranio y el griego, a diferencia de otras lenguas, apenas tienen verbos con sufijo ***$-eH^{i}$ aparte de denominativos y deverbativos: todavía en ai. hay algún ejemplo de estos temas sin valor especial (*gr̥bhāya-* 'coger', cf. apers. *garbāyatiy*), pero no en griego, salvo en la medida en que los deverbativos puedan considerarse desprovistos aún de él (cf. IV.IV.2.6-7). En suma, el indo-iranio y el griego utilizan los sufijos de origen laringal en denominativos y deverbativos, como casi todo el indoeuropeo no anatolio, lo que es una innovación respecto al anatolio, que sólo presenta indicios de este sistema; pero, fuera de estos nuevos tipos y de los verbos con laringal radical, apenas utilizan temas en laringal en grado pleno, que sin duda han perdido: la coincidencia de los hechos del hetita y los

del indoeuropeo occidental así lo testimonia. Sí utilizan, en cambio, ampliamente los temas temáticos en *-i̯e/o*.

El indoeuropeo occidental, en cambio, ha desarrollado ampliamente las formaciones en laringal: en mayor medida que el hetita, pero a partir del estadio testimoniado por aquél, más desarrollos que también están en griego e indoiranio (temas frecuentes en *-i̯e/o*, deverbativos y denominativos); conservan además, según dijimos, los tipos con **-eH*$^{i}$ perdidos por esta lenguas y, por supuesto, la flexión semitemática.

El tocario también ha desarrollado ampliamente los temas en *-ē* y *-ā*, pero en menor grado los en *-i̯e/o*: los deverbativos, como en hetita, tienen un origen diferente. Y hay que observar que, aunque sean raros, hay temas en *-i̯e/o* en hetita: así en *waššiya* 'vestir' junto a *weš* 'llevar vestidos'

10. A partir de este momento estamos ya en condiciones de pasar una revista a los distintos tipos de temas de presente en **-H*$^{i}$ (y luego en **-H*$^{u}$) que están testimoniados para el indoeuropeo, aunque hay que advertir que el detalle puede provenir de innovaciones de las distintas lenguas. Hay que advertir que no nos interesa de momento el carácter deverbativo o no de los distintos tipos; sobre los deverbativos en **-H*$^{i}$ insistiremos luego más detalladamente. Tampoco tocamos ya los tipos radicales.

Es frecuente, como decimos, la generalización de *-i̯e/o* temático como sufijo de presente. Junto a muchísimos casos en que éste es radical, resulta claro en otros muchos que no lo es, sino analógico: así en verbos como aesl. *dajǫ* 'doy', *znajǫ* 'conozco', *orjǫ* 'aro', lit. como *sëju* 'sembrar', *stóju* 'colocarse' y tantos comparables de otras lenguas cuando hay raíces en **-H*$^{u}$; otros temas derivados con *-i̯e/o* añadida a la *-u̯* < **-H*$^{u}$ radical: gr. καϝίω, δαϝίω, lat. *pauio*,

ags. *stōwian*, verbos lituanos en *-iáuju, -áuju*, los griegos en *-*ēu̯iō* > -εύω, etc. Por supuesto, hay que añadir la masa de los casos de las raíces que terminan en consonante: tipo ya citado del ai. *páśyati*, lat. *specio*.

En cambio, *-u̯e/o* aparece en presente en raíces en *-Hᵘ: gr. πλέϝω, el tipo anglosajón de *sāwan* 'sembrar', *blāwan* 'soplar', ai. *dhāvati* 'correr', aesl. *kovǫ* 'golpear', etc. Sin embargo, el aesl. especializa un tipo en *-ujǫ* que da un deverbativo: el imperfectivo. Y en todo el indoeuropeo existen los temas de presente en *-neu*, de los que hablaremos al ocuparnos de los nasales.

El grado vocálico original de la raíz de los verbos temáticos en *-i̯e/o* es sin duda el Ø: tipo del aesl. *biždǫ, mьnjǫ*, gr. μαίνομαι, ai. *kupyati, yudhyati*; lat. *capio, cupio*; lit. *budžiù*. Y hay que notar que junto al tipo temático hay el semitemático, testimoniado por el lat. *capio/capis, audio/audīs*, el gót. *sokja/sokeis*, el aesl. *mьnjǫ/mьniši*. Sobre la fluctuación *i/ī* cf. II.I.2.20 y II.II.2.

11. Encontramos muy ampliamente difundido el tema de presente en *-ā*, a veces sin valor específico, otras de estado (cf. *supra*), otras aún deverbativo (*infra*, IV.IV.2.7) o denominativo. Las desinencias son ya las regulares, ya hay formas de tema puro: las variantes fonéticas de *-ā, -āi* y *-ei*, aunque sólo se encuentra en temáticos. Hay, aunque raramente, un grado Ø *-i*.

Prescindiendo ahora del significado propio de cada formación en esta o aquella lengua, que en este contexto carece de interés, encontramos los siguientes tipos flexivos con alargamiento laringal *-*eH*ʲ₂.

Hay *-ā* sin alternancias ni variantes en los verbos latinos del tipo *amo/amās*, góticos del tipo *salbō/salbōs*, griegos (eolio) como τίμᾱμι, aesl. *imamь*, verbos tocarios en *-ami*.

Hay que observar que la primera persona *amo* lleva una -*ō* analógica de los temáticos: igual air. -*caru* 'amo' (junto a *carim* < *-*āmi*), o.-u. *suboco*.

Pero en ocasiones al lado de la forma en -*ā* hay otra en -*āi*, puro doblete fonético procedente de *-*eH*$^{i}_{2}$*H*$^{io}_{2}$. Esto es habitual en hetita, tanto en los verbos en -*ami* como en los en -*ahhi*, dos variantes flexionales de los temas en -*ā*: cf., por ejemplo, *hatrami/hatraši/hatraizzi*; pret. *laun/laiš/lait* de *lami*: *dalaḫḫi/dalaizzi*; etc. En báltico hallamos igualmente formas en -*āi*: cf., por ejemplo, aprus. *ettrāi* 'él contesta', *attraite* 'vosotros contestáis', pero inf. *attratwei*. En osco y umbro hay huella de esta dualidad en un verbo radical, el correspondiente a la raíz del lat. *stāre*: u. *stahitu* 'stato', o. *stait*. Otras veces se ha producido una morfologización, en virtud de la cual las formas en -*āi* caracterizan el subjuntivo: 3.ª pl. u. *staians*, etc.

Encontramos también formas de grado Ø en -*i*, bien atemáticas, bien ante vocal temática. Ya hemos dado ejemplos del hetita del tipo *dalaḫḫi/daliyanzi*, por prescindir del tipo con -*iya* generalizado. En báltico hay hechos semejantes: así, del verbo radical de la raíz *gnō* tenemos en letón 1.ª sg. *zinu* / 1.ª pl. *zinim* (al lado de *zinām*). Hay que observar que se trata de formas radicales; pero también en los temas en *-*n*-*eH*$_2$ sucede lo mismo (*infra*, III.IV.1.17). De otra parte, existe en muchas lenguas un tema -*āi̯* generalizado ante la vocal temática: tipo del gr. τιμάω, ai. *pr̥tanāyati*, aesl. *dělają*, lit. *luokōju*. Y junto a -*āi* la forma esperada -*ei̯* (cf. II.II.2.13) la encontramos en gr. hom. συλέω en vez de συλάω y en formas del ai. en -*ayati* derivadas de raíces o palabras en -*ē*.

12. Mayor es aún la difusión del tema en -*ē*. Existe a veces en atemáticos una -*ē* generalizada, así en el tipo del

aaa. *habēm*, gr. eol. φιλήω, arm. *gorcem*. El tipo latino *moneịō/monēs* es idéntico, salvo que junto a la solución -*ē* de *-$eH^{i}_{1}$ hay una solución -*eị* ante vocal temática. Posiblemente las formas con -*ai* que aparecen en temas en *-$eH^{i}_{1}$ del het. (*teḫḫi/daitti*: no parecen haberse creado verbos derivados) y sobre todo germánico (*vide infra*) proceden igualmente de -*ei*. Pero todavía hay una tercera solución fonética, -*ēi*, que es la habitual en la flexión temática: gr. eól. φίλημι, aesl. *věję*, lit. *skendëju*.

También en este caso hay huella clara de la oposición P/Ø dentro del mismo paradigma, por no hablar de la que opone un tema en *-$eH^{i}_{1}$ a uno en *-$H^{i}_{1}$ (gr. μαίνομαι/ἐμάνην, lit. *guliù/gulëti, mьnjǫ/mьněti*, etc.). Existen, efectivamente, presentes del tipo del anglosajón *hebbiu/hab̄es, hab̄ed*, que oponen -*ịe/o* y -*ē*. Al lado de estos verbos, hay que citar el tipo gótico *haba/habais, habaiþ*, en que ante la vocal temática no existe rastro de **H*, mientras que *-$eH^{i}_{1}$ (o quizá también, a veces, *-$eH^{i}_{2}$) da -*ai*; queda dicho, sin embargo, que quizá se trate de *-$H^{i}$ (grado Ø). Para explicar la ausencia de -*H* puede acudirse a fenómenos analógicos o, más probablemente, hay que asumir que existen uno al lado de otro un tema radical y un tema alargado: igual que en oposiciones de temas como lit. *degù* / pret. *degiaũ*, lat. *lego* / impf. *legēbam*, gr. τρίβω / aor. pas. ἐτρίβην, cf. IV. II.3.9.

El tipo más antiguo con -*ē* es el con vocalismo radical Ø, como era de esperar y como se ve en varios de los ejemplos de arriba.

e) *Temas en -s*

13. Aunque en los temas de presente la -*s* sea rara, por haberse preferido en general utilizarla como característica

de aoristo y de subjuntivo, aparece en ellos, sin embargo: ya como simple alargamiento sin valor diferenciado, ya formando deverbativos o denominativos, uso a todas luces secundario y sobre el que nos detendremos más despacio al hablar de estos temas.

Como corresponde al hecho de que los temas de fuera del presente se han desgajado de estos oponiéndose a ellos, la característica *-s* aparece ampliada fuera del presente mucho más que dentro de él: temas en *-sā, -sē, -is* o *-es* (de **-Hs*), *-ās, -ēs*. En presente (incluyendo en él los desiderativos y los temas de futuro de ellos derivados) encontramos ya *-s* atemática, ya *-se/o* o *-si̯e/o*; también hay *-es* e *-is*, pero no las ampliaciones con *-a, -ē*.

El hetita nos presenta un panorama interesante al ofrecernos entre sus temas generales algunos en *-s* sin valor específico atribuible a la *-s* y que generalmente alternan en el mismo paradigma con formas sin *-s*: *auš-/au-* 'ver', formas como *ištamašmi* 'oigo' de *ištaman-* 'oído'. Es un arcaísmo notable, porque fuera de aquí, salvo raras excepciones, las formas atemáticas de los temas en *-s* sólo como aoristos se conservan. Un caso curioso en que una forma en *-s* atemática sólo secundariamente se ha incluido en el paradigma del aoristo, es el de los imperativos del ai. en *-si*, que presentan una serie de indicios de su antigua adscripción al aoristo. Por otra parte, el hetita presenta un segundo tema atemático en *-s*: los temas en *-eš*, que dan denominativos, tal *ḫarkiyeš-* 'hacerse blanco' de *ḫarki* 'blanco'.

Existen luego los temas en **-se/o*, a veces alargados en **-Hise/o* por efecto analógico de su derivación de temas en laringal. En ocasiones, se trata de un simple alargamiento sin valor especial alguno, tal en gr. αὔξω frente a gót. *aukan* o en determinados ejemplos tocarios. Pero también a partir de estos temas se crean otros de causativo, tal en ai. y en

tocario, o de iterativo, tal en hetita (*etšai* 'él come', de *ed*), o de desiderativo, tal en ai. y sin duda en fecha antigua en báltico y griego, puesto que de aquí derivaron su futuro. Hay que observar que este futuro es en griego con **-se/o* o **-*$H^{i}$*se/o* (λύσω, μενῶ < *μενέσω), pero es en ai. y lit. con **-si̯e/o*: ai. *dāsyati, bhaviṣyati*, lit. *lìksiu*. De esta formación quedan rastros en griego en el llamado futuro dórico de tipo **-sei̯e/o* (át. πλευσοῦμαι de **pleusei̯omai*, formas dorias en -σίω); como, inversamente, en lituano hay huella de formas con *-s* (*dúos* < **dōst*). O sea, debía de haber junto a *-s* una forma alargada con **-s-*$H^{i}$: el ai. las distribuyó atribuyendo una al desiderativo, otra al futuro. Compárese en la morfología nominal la existencia de dobletes como los representados por los genitivos en *-so* y *-si̯o*.

Es bien clara, pues, la existencia de temas en *-a* atemáticos o temáticos y ampliados o no. Y es claro que las diversas morfologizaciones para crear deverbativos de tipos iterativos, causativos, desiderativos, son secundarias. En latín encontramos algunos intentos de este sentido (*uīso* junto a *uideo*, *quaeso* junto a *quaero*), que hay que colocar al lado de la atribución de un tema en *-se/o* a formas de fuera del presente (fut. perf. *amasso, faxo*). Pero son sólo intentos sin una definición clara del significado.

### f) *Temas en oclusiva*

14. El que más se ha difundido en indoeuropeo para formar temas de presente, casi exclusivamente temas de presente (cf. IV.II.3.10), es uno que en realidad es un alargamiento de los en *-s*: el tema en *-sk*, flexionado temáticamente, a veces con el sufijo previamente alargado (*-iske/o* < **-*$H^{i}$*ske/o*). Como corresponde a su carácter temá-

tico, este sufijo provoca el grado cero de la raíz precedente: así **$g^{\text{u̯}}$m̥-ske/o* da ai. *gacchati*, gr. βάσκω; **gn̥$H^{\text{i̯}}_{1}$* da lat. *nāscor*; en het. son también grado Ø *daškimi* de **de$H^{\text{u̯}}_{3}$*, *akkuškimi* de *ekumi* 'beber'. Claro está, existen luego formas en que la raíz no se altera o incluso se parte de un nombre (gr. γηράσκω, lat. *senesco*).

Estos temas se consideran comúnmente como de valor iterativo, lo que resulta claro en la formación del hetita, que es deverbativa, y menos en formas aisladas de otras lenguas: pero no es imposible que βάσκω, φάσκω, etc. indicaran en fecha antigua una acción iterativa o durativa, y de ahí la permanencia de estos temas en el presente y su asociación con los temas reduplicados (gr. γιγνώσκω, διδάσκω). Sin embargo, tratándose de derivados de temas en *-s*, ese valor no puede tampoco ser original; y buena prueba de ello es que, cuando el tocario B sacó un deverbativo de los temas en *-ske/o*, este deverbativo tomó el valor causativo, siendo sinónimo de los en *-se/o*. En cambio, el valor incoativo de verbos latinos, como el citado *senesco*, parece derivado del iterativo.

Hay todavía algunos alargamientos en oclusiva, aunque empleados con carácter poco sistemático. Uno de estos alargamientos, *-t*, se ha usado para oponer temas de pretérito al de presente en itálico y celta (cf. IV.V.1.10). Los demás se dan sólo en temas de presente. Y es difícil atribuir a estas formaciones un valor especial, aunque se ha intentado a veces, por ejemplo, para la en *-dh*. Ocurre, pues, más o menos lo mismo que en el nombre, donde, sin embargo, *-t* tiene alguna mayor autonomía.

Es fácil encontrar dobletes, comparando dos lenguas o dentro de una misma, del tipo gr. εἶμι / aesl. *idǫ* 'ir'; gr. μένω, lat. *manēre* / het. *mat-* 'mantenerse en pie'; gr. πέκω / lat. *pecto*; gr. τείνω / lat. *tendo*; gr. πίμπλημι / πλήθω,

στένω / στενάχω, etc. En realidad, en muchos de estos casos no puede decirse propiamente que existe un sufijo formador de temas verbales: se trata de la conocida capacidad de las raíces indoeuropeas de presentar formas con alargamiento. Hay huellas, sin embargo, de una cierta tendencia a un empleo más sistemático, sobre todo en el caso de *dh* (y quizá *d*) y de *gh*. Cf., por ejemplo, los tipos del gr. ἔχω / σχέθω y στένω / στενάχω, ya nombrado: saliendo del griego, se puede comparar gr. γᾱθέω con lat. *gaudeo*.

g) *Temas en -n*

15. Finalmente, en presente y casi solamente en presente (cf. IV.II.3.10) encontramos una serie de temas alargados con la nasal *-n*. En realidad, se trata de varios tipos:

*a*) Un tipo atemático en que **-ne-/*-n-* aparece antes de la consonante final de la raíz (ai. *riṇákti/riñcánti*).

*b*) Un tipo en **-nā/*-nə* < **-neH*$_2$/**-nH*$_2$ (ai. *mṛṇāti/mṛṇīmás*, gr. δάμνᾱμι/δάμνᾰμεν).

*c*) Un tipo en **-neu/*-nu* (ai. *sṭṛṇóti/sṭṛṇumás*, gr. ὄνῡμι/ὄρνῠμεν), que consideramos de origen laringal igual que el anterior.

*d*) Finalmente, existen varios tipos temáticos y otros más o menos alterados.

Todos los temas mencionados se caracterizan porque la *-n* no aparece sola, sino alargada, ya por un elemento oclusivo (**-n-ekᵘ̯*, **-n-eg*, etc.), ya por uno laringal (**-n-eH*$_2$, **-n-eu* < **-n-eHᵘ̯*). Una *-n* pura como alargamiento la encontramos solamente en algunas formas atemáticas del indoiranio (av. *fryąnmahī* 'amamos', véd. *kṛṇmahe* 'hacemos') y el báltico (inf. *alsìnti* de *alsinù*). Pues las formas temáticas en **-ne/o* se consideran generalmente como derivacio-

nes secundarias de los tipos con laringal; de ellas hablaremos al final. Y haremos ver que esta interpretación no es forzosamente imprescindible.

Evidentemente, esta norma de alargar la *-n* para formar verbos ha de tener una explicación. Ésta es, posiblemente, que un tema alargado simplemente con *-n* era interpretado automáticamente como un nombre: se trata, pues, de un recurso para diferenciar formalmente al verbo del nombre. Lo cual no quiere decir que no quedaran formas ambiguas: algunas con *-n* atemáticas y, seguramente, bastantes temáticas.

16. El tipo del ai. *yunákti/yuñjánti, riṇákti/riñcánti* debe interpretarse como una antigua raíz que va en grado Ø al ir seguida de dos alargamientos: uno *-n* también en Ø; y otro en oclusiva en grado *e*: **i̯u-n-eg, *li-n-ekᵘ̯*. Ahora bien, en una flexión atemática automáticamente el segundo alargamiento pasaba en pl. y du. (y en toda la voz media) al grado Ø: **i̯ung, *linkᵘ̯*. La interpretación de *-n-* (otros, erróneamente, segmentan *-ne-/-n-*) como un infijo choca con todo lo que sabemos de morfología indoeuropea: hay que postular, pues, repetimos, doble sufijación, como en el caso del sufijo *-ske/o* y en otros varios. La impresión de que se trata de un infijo sólo surgió cuando se relacionaron sistemáticamente, como presente y otros temas, las formas **i̯uneg, *linekᵘ̯*, de un lado, y **i̯ug, *likᵘ̯* (y grados vocálicos **i̯eug, *leikᵘ̯* y otros), de otro lado.

Formas atemáticas comparables a éstas del indo-iranio las encontramos solamente, fuera de aquí, en hetita, pero, como suele suceder en esta lengua, sin la alternancia P/Ø. Encontramos, efectivamente, verbos causativos del tipo *šar-nin-k-* 'reparar' al lado de *šark* 'levantarse' (cf. lat. *sarcio*), *ḫarnink* 'destruir' junto a *ḫark* 'perecer', flexionado con las

desinencias regulares *-mi, -ši, -ti*. Se trata, sin duda, de una contaminación del tipo con *-n-ek* y el con *-n-k*: resulta *-nen-k* > *-nink*. El carácter deverbativo causativo es a todas luces secundario.

El tocario tiene también una clase de presentes con «infijo» nasal: son del tipo *kättaṅkäṃ* junto a *kätk*, generalmente temático, pero con huellas de flexión por la clase I de presente (atemático). Nótese que tras vocal de la raíz no hay *-an-*, sino *-n-*: *pinkeṃ* 'pingunt'. Tras consonante, **n̥* > *-an*; en het., a fin de evitar una vocalización semejante que provocaría disimetría del paradigma, se creó la forma contaminada que sabemos, mientras que en toc. la disimetría se evitó generalizando *-an-*. Otras lenguas, en formas temáticas, generalizan la forma con *-n-* en temas en que el «infijo» sigue a la vocal (lat. *rumpo*, lit. *švintù*, etc.), que son las únicas que se conservan, desde luego, en flexión temática.

17. Junto al tipo conocido como de nasal infijada, en que ésta va seguida en realidad de un alargamiento oclusivo, está muy generalizado en indoeuropeo el tipo de alargamiento laringal con **-eH₂/*-H₂*, tipo atemático.

En este tipo, perfectamente conservado en indo-iranio y griego y con un paralelo hetita muy próximo, existe en el sg. act. una forma en **-n-eH₂* > **-nā* y en pl. du. y en voz media una forma **-n-H₂* > gr. -νᾰ, ai. *-nī*: así gr. δάμνᾱμι / δάμνᾰμεν (sin duda por δαμ- < **d°m-*), ai. *mṛṇā́mi/mṛṇīmás*. Dado que existen igualmente formas sin *-n-* (por ejemplo, aor. gr. ἐδάμασσα < **e-d°m°H₂-*), hay tanta o tan poca razón como en el caso anterior para hablar de *-n-* infijada: en realidad, se trata de *-n* seguida de un sufijo laringal. Como se ve, lleva grado Ø en la raíz.

En hetita corresponden a este tipo verbos como *tarnaḫḫi, tarnatti, tarnai / tarnummeni, tarnatteni, tarnanzi.* Prescindiendo de la *u* de 1.ª pl., de que hablaremos a continuación, aquí no se distinguen cantidades de la *a*: es sin duda breve siempre, pues en sg. ya está conservada la laringal (en 1.ª sg.; asimilada sin duda en 2.ª), ya ha caído sin dejar huella (en 3.ª). Junto a *tarnaḫḫi* hay *taraḫmi,* es decir, también aquí hay la forma con y sin nasal.

El tercer tipo, finalmente, también atemático en i.-i. y gr. y también con grado Ø de la raíz ante la *-n-* y el nuevo alargamiento, es el que presenta **-neu/*-nu,* si bien el griego analógicamente tiene en sg. -νῡ y no -νευ. Tenemos así, por ejemplo, ai. *stṛṇómi / stṛṇumás,* gr. στόρνῡμι / στόρνῠμεν. También aquí hay huellas de que *-eu/-u* es un segundo alargamiento: hay formas sin *-n* como lat. *struo* y otras sin *-n* ni *-eu/-u,* como gr. στρᾰτός. El tipo está en het., con vocalismo unificado: *arnumi.*

18. El desarrollo de la teoría laringal ha permitido reducir los dos últimos tipos a uno solo en el origen; o, mejor dicho, hacer ver que al menos una parte de sus formaciones les son comunes. Concretamente, de una aglutinación de sufijos **-n-eH*$^{u}_{2}$ pueden obtenerse, en virtud de posibilidades fonéticas que ya hemos expuesto, tanto *-nā* (tratamiento monosilábico) como *-neu* (íd. disilábico), mientras que de la forma **-n-H*$^{u}_{2}$ hay que esperar tanto gr. -νᾰ, ai. *-nī* como gr. ai. *-nu*: nada más lógico que se estableciera una correlación analógica *-nā-/-nă* (ai. *-nī*) y otra *-neu/-nu.* Por supuesto, posibles sufijos **-neH*$^{u}_{1}$ / **-n-H*$^{u}_{1}$ y **-neH*$^{u}_{3}$ / **-n-H*$^{u}_{3}$ podían dar *-neu/-nu,* pero no *-nā/-nă* (ai. *-nī*); un posible sufijo **-n-eH*$^{i}_{2}$ podía dar, inversamente, *-nā/-nă* (ai. *-nī*), pero no *-neu/-nu*; mientras que posibles sufijos **-neH*$^{i}_{1}$, **-neH*$^{i}_{3}$ no podían dar ni una ni otra solución.

Son, por tanto, las dobles posibilidades de evolución de *-neHu̯2/*-n-Hu̯2 las que, al interferirse a veces, hacen ver la comunidad de origen de los dos tipos que estamos estudiando. Efectivamente, hallamos verbos en que una formación está en una lengua y otra en otra o alternan ambas en la misma; verbos en *-neu* con huellas de laringal también.

Así, en ai. hay *dhunóti/dhunā́ti, str̥ṇóti/str̥ṇā́ti*, cf. vacilaciones entre dos lenguas como ai. *kr̥ṇāti* y arus. *krъnuti* 'hacer', ai. *riṇā́ti* y gót. *rinnan* < *-nu̯-*, aesl. *rinǫti.*

Más importante es la demostración directa de la presencia de una laringal en el tipo en *-neu.* En hetita no sólo encontramos formas con *-nu* dentro de la conjugación en *-naḫḫi* (1.ª pl. *tarnummeni,* pret. *tarnumen,* inf. *tarnummar,* supino *tarnummanzi*), sino que a verbos en *-neu* de otras lenguas corresponde una conjugación con *ḫ*: cf., por ejemplo, ai. *sanóti,* gr. ἄνυμαι junto a het. *šanḫzi.*

Fuera del hetita, se encuentran hechos semejantes. En ai., por ejemplo, el part. pas. de *sanóti* es *sātá-*, el de *vanóti, vātá-*: se trata de formas que implican *-nH-*, mientras que de *str̥ṇóti* hay ya *stīrṇá-*, ya *str̥̄tá-*, que responden, respectivamente, a formas con y sin *-H*. Por otra parte, en ai. en los verbos en *-nóti* falta ocasionalmente la *-n* ante vocal, lo que responde a la caída de una *-H*: así, por, ejemplo, 1.ª pl. *sunmás* de *sunóti*; anólogamente, el tipo en *-nā* presenta una 3.ª pl. en *-nanti.*

19. Conviene anotar que, si la mayor parte de los temas en *-nā* y *-neu* provienen verosímilmente de *-n-eHu̯2, puede demostrarse que también intervinieron en las formaciones nasales otras laringales. Hay, concretamente, testimonio de una laringal $*H_1$, de apéndice indefinido: el ai. *pr̥ṇā́ti* responde precisamente a un ide. **pl̥nēti,* a juzgar por formas **plē-* de la raíz; cf. también el lat. *polleo,* de aquí derivado.

Igualmente, lat. *sperno* debe suponer un antiguo verbo en *-nēmi,* a juzgar por *sprēui,* etc.

Hay huellas, de otra parte, de verbos en **-n-eH*$^{i}_{2}$: así, en hetita tenemos formas en *-niya* dentro de la conjugación de los en *-naḫḫi,* así como hay otros con *-niya-* generalizado. Cierto que puede proponerse la analogía de verbos radicales o sufijales en **-eH*$^{i}$ sin infijo nasal: pero más verosímil resulta que entre estos últimos hubiera verbos con **-eH*$^{u}$ y con **-eH*$^{i}$, aunque las soluciones con *i* se perdieran, salvo en ai., donde *-ī* se generaliza en el pl. de los en *-nāmi* (en realidad, es la solución normal de cualquier **H* vocalizada, extendida por analogía, cf. II.II.2.14; bien que lo normal es la breve). Sin embargo, también en báltico encontramos huella de **-H*$^{i}_{2}$: ya hemos mencionado en letón 1.ª pl. *zinim* junto a 1.ª sg. *zinu,* cf. ai. *jānāti/jānīmás.* Hay toda una serie de presentes en *-ina(i),* con una 1.ª pl. *-innimai.* En germánico, igualmente, junto a formas temáticas del tipo gótico *fullna, -is, -iþ,* encontramos en dialectos occidentales un tipo en *-nai,* que se ha demostrado que es antiguo. Cf. también los verbos tocarios en *-ññ-* y *-ñ-* < **-nH*$^{i}$*-* y verbos griegos como ἰαίνω, φαίνομαι, etc.

20. Salvo en het., i.-i. y gr., es raro encontrar temas de los tipos anteriores flexionados atemáticamente: hay huellas, sin embargo, aquí y allá de formas atemáticas, que suelen estar incluidas en flexiones semitemáticas: así en los tipos báltico y germánico occidental a que acabamos de referirnos. Lo más normal es, sin embargo, que nos hallemos ante una flexión temática.

Del tipo de «infijo» nasal encontramos formas temáticas en lat. *fingo,* lit. *švintù,* ai. *vindáti,* en tocario (cf. *supra,* IV.IV.1.16), etc. En gr. lo corriente es que un verbo tenga infijo nasal y también un sufijo *-an*: tipo μανθάνω, λαμ-

βάνω, en que no queda claro si tras la *-n* del sufijo había una laringal, hipótesis que creemos más bien innecesaria.

Es claro, de todos modos, que los verbos en *-nāmi* y *-neumi* se tematizaban en las diversas lenguas. Así en el caso de los verbos en -νϝω y -νύω del griego (cf. φθίνϝω / φθινύθω), los del tipo *winnan, rinnan* del gótico, los en *-nǫ* del aesl. (con huellas de **-neu*), etc. Otras tematizaciones provienen del tipo en *-nā*: cf. ai. *śámnāti/śámnīte* y, al lado, gr. κάμνω. Pero el griego tematiza también estos verbos en -ύω. Otras veces es difícil o imposible determinar si las formas tematizadas corresponden a verbos en *-nā* o *-neu*: así lat. *sterno*, que tiene al lado ai. *str̥ṇóti* y *str̥ṇâti*. Posiblemente, algunas tematizaciones son más antiguas que esta escisión.

### 2. DEVERBATIVOS Y DENOMINATIVOS

1. Ha quedado claro en toda la exposición anterior, pensamos, que la primera oposición de temas utilizada en la flexión verbal indoeuropea es la de dos temas de la misma raíz susceptibles ambos de usar las desinencias primarias y secundarias. Si lo normal en fecha antigua era que cada raíz apareciera con un sufijo diferente, es decir, el tipo $R_1$-$S_1$, $R_2$-$S_2$, $R_3$-$S_3$, ..., sin que hubiera por lo demás relación fija entre un sufijo y un tipo especial de raíz, desde antiguo era también excepcionalmente posible que hubiera más de una formación de una misma raíz: $R_1$-$S_1$, $R_1$-$S_2$, $R_1$ (tipo radical)... Podía llegar un momento en que un sufijo $S_2$, por ejemplo, adquiriera un significado especial por oposición a otro u otros sufijos o a una falta de sufijo, es decir, a un tema radical: así, sucedía que a un tema $R_1$ (o $R_1$-$S_1$, $R_1$-$S_3$, ...) se opusiera un tema $R_1$-$S_2$, que comportaba un matiz diferencial, por ejemplo, iterativo, causativo o desiderativo. Esto

exige que se trate de un hecho sistemático: que no sólo haya una oposición como la indicada, pues si sólo hubiera ésta se trataría de un hecho lexical, sino que paralelamente haya $R_2$ ($R_2$-$S_1$, $R_2$-$S_3$, ...) / $R_2$-$S_2$; $R_3$ ($R_3$-$S_1$, $R_3$-$S_3$, ...) / $R_3$-$S_2$; etc.

Decimos que esto exige un proceso por el que un sufijo cualquiera, $S_2$ por ejemplo (para utilizar un simbolismo generalizante), adquiere un matiz específico; cierto que existe al menos un caso, no de un sufijo, sino el de la reduplicación, en que ese sentido específico, iterativo o intensivo, es original, según hemos hecho ver. En los demás, el arranque de la evolución está en un hecho de infección seguido de otro de polarización. Por poner un ejemplo: frente a **leikᵘ̯* 'dejar', **leikᵘ̯-s-* ha debido comenzar a significar 'querer dejar' en un contexto en el que 'dejar' era, más que una acción realizada, un conato, una intención o deseo. La expresión de este deseo se atribuyó secundariamente a la *-s*; y frente a ella, **leikᵘ̯* sin *-s* quedó reducido a 'dejar' simplemente, aunque, como término neutro, es en realidad indiferente a la oposición. Luego **leikᵘ̯-s* pasó en griego, por una nueva evolución, a significar el futuro.

Desde el momento en que en una lengua hay sistemáticamente, lado a lado, dos temas idénticos, salvo que uno de ellos añade un sufijo y posee un significado diferencial, la interpretación que se impone es la de que éste es un derivado del primero. Desde aquí se llega a otro estadio en que, efectivamente, de cualquier tema se puede deducir mediante reglas simples un derivado o deverbativo. Estos deverbativos tienden a marcarse formalmente de una manera redundante, introduciendo no sólo un sufijo, sino también un vocalismo radical especial. Ello es tanto más necesario cuanto que, a veces, el sufijo sigue usándose en ciertos temas sin matiz deverbativo.

2. Como la presencia ocasional de dos temas derivados de la misma raíz es sin duda antigua en indoeuropeo, no siempre que ello ocurre debe hablarse de deverbativo. Por ejemplo, formaciones como las del gr., lat., aesl. y germ. con vocalismo radical *o* y sufijo *-ei* o *-i* pueden ser un resto de un sistema bien desarrollado de deverbativos de valor causativo o iterativo, como el del ai., pero también pueden representar los primeros indicios de un sistema de este tipo, todavía no desarrollado formalmente más que en unos pocos verbos y con frecuencia sin que se haya desarrollado una diferencia de significado entre los dos verbos. La presencia del «deverbativo» no implica tampoco la antigua existencia de «un verbo base»: lat. *moneo* no implica forzosamente un **meno* 'pensar', por más que nos sería muy útil para explicar *moneo* como 'hacer pensar' > 'aconsejar'. Hemos visto que en el caso de los reduplicados hetitas (cf. IV.II.2.4) ya aparece sólo verbo simple, ya reduplicado, ya simple y reduplicado uno al lado de otro; y que, a su vez, los reduplicados son de varios tipos. Lo que sí es claro, de todos modos, es que los deverbativos más o menos desarrollados que se encuentran en diversas lenguas indoeuropeas, por más que tengan base indoeuropea según estamos explicando, se han desarrollado independientemente en las diversas lenguas o grupos de lenguas: no se puede reconstruir para el indoeuropeo, ni siquiera para el indoeuropeo posterior, un solo deverbativo de forma única. Hay, sí, determinadas tendencias ampliamente difundidas. La única excepción la constituyen los temas reduplicados, que en el grupo no anatolio tienden, sin embargo, a perder el valor iterativo de la reduplicación y ser su tema un tema de presente más; puede pensarse, esto sí, que han contribuido a dar valor durativo a todos los temas de presente. En otros casos, los

temas reduplicados se han opuesto a los de presente como de aoristo o perfecto, sin valor iterativo, en general.

3. Este último hecho hace verosímil la idea de que la tendencia a crear deverbativos dentro del tema de presente, colocando junto a cada tema base varios deverbativos de diversos significados, es una tendencia del protoindoeuropeo que quedó rota por la difusión de un sistema que tuvo más éxito: el de oponer a un tema de presente otros de aoristo y perfecto. No sólo ciertos deverbativos tendían a subsumirse en éstos, sino que los del tema de presente se unificaban en cuanto a sus significados con los demás temas de presente, opuestos en su conjunto a los de aoristo o perfecto. Desde el punto de vista del griego, τίθημι en nada se distingue de φημί, por ejemplo. La rareza de los causativos en las lenguas europeas arriba citadas proviene seguramente de una regresión debida a la circunstancia dada, aunque tampoco es seguro que en un estadio antiguo los causativos fueran tan frecuentes como en el ai. Por otra parte, es importante notar que es un arcaísmo del ai. el presentar sus deverbativos solamente en tema de presente, continuador del antiguo tema general en que se oponían verbo base y deverbativo. El griego y las demás lenguas, en la medida en que han conservado deverbativos, han creado una flexión completa de los mismos. Por lo demás, el mismo ai. tiende a asociar a los temas de presente deverbativo otras formas ajenas al mismo: así, presenta un aor. reduplicado con valor causativo.

De todas formas, es seguro que nunca llegaron a organizarse rígidamente los temas generales en el sentido de que cada raíz produjera un tema base (radical o no) y una serie de deverbativos de sentidos y formas bien marcados. En hetita esto es la excepción. Lo normal es que el sistema

antiguo, en que cada raíz suministra un solo tema o, si más de uno, temas sin diferencia de sentido, y el nuevo que opone tema base y deverbativo o deverbativos, coexistan el uno al lado del otro. Donde se llega a un máximo de sistematización de los deverbativos es, como quedó dicho, en ai., y ello por un desarrollo secundario, ciertamente sobre base antigua.

4. Las lenguas en que la oposición de verbo base y deverbativo o deverbativos juega mayor papel son, según queda dicho, el hetita, tocario y el indo-iranio. En los tres grupos aparecen deverbativos con *-s* y en los dos primeros también con *-sk*; formaciones ambas de las que en otras lenguas hay solamente huellas de un antiguo valor deverbativo. Por otra parte, los significados no coinciden más que en parte: *-sk* es, ciertamente, iterativo-durativo en hetita y, en cierta medida, en i.-i. y lenguas europeas; pero es caus. en tocario. *-se/o* es iterativo en het. (*-šša*), pero caus. en tocario, desiderativo en indo-iranio y lenguas occidentales. Hay también huellas, bastante discordantes, de deverbativos nasales en diversas lenguas; y de otros con sufijos *-ei*, *-i*, derivados de **-H*$^{i}$, siempre con las mismas fluctuaciones en el significado. Parece ello demostrar que los deverbativos se podían formar de varias maneras y su sentido no estaba fijado, sino que implicaba solamente un matiz diferencial respecto al verbo base: matiz diferencial que se definía en cada distribución en sentido iterativo-durativo, causativo o desiderativo. La excepción, una vez más, son los deverbativos reduplicados, con sentido bastante fijo, aunque sólo en i.-i. se estabilizó un tipo claro de intensivos.

El cuadro general de la situación es el siguiente:

El hetita presenta iterativos en *-šk* y (raramente) en *-šša*, también reduplicados y en *-annai*; causativos en *-nu*

y *-nin-*, también en *-aḫḫ*. El tocario B tiene causativos en **-sk* (que da *-ṣṣ-*) y (raramente) en *-s*; el A, solamente en *-s*. El i.-i. posee intensivos reduplicados, desiderativos con **-se/o* (que generalizan la reduplicación), iterativo-causativos en *-aya-* (de **ei̯-e/o*), pasivos en *-ja* (de **-i̯e/o*): formación ésta sin correspondencia en los otros grupos con este sentido. En las otras ramas lingüísticas hay huellas de iterativos o intensivos con reduplicación, de causativos con *-n-* (raros: se testimonian en alb. y lit.), de iterativo-causativos en *-ei* o *-i*. Salvo el indo-iranio, las demás lenguas, cuando presentan deverbativos, han creado para ellos toda una flexión verbal completa.

Igual que la pasiva indo-irania, pueden considerarse deverbativas algunas formaciones recientes, como los imperfectivos del eslavo cuando se oponen a los perfectivos con ayuda de sufijos. Esto cae fuera de nuestro tema, aunque en uno y otro caso se trate, en definitiva, de morfologizaciones comparables de temas en **-Hⁱ*.

5. Tras el cuadro anterior, organizado por lenguas, conviene pasar una revista a las formaciones aludidas siguiendo criterios formales.

La *-s* tematizada ha sido utilizada para dar deverbativos en het. (*ešša-* 'hacer repetidamente' de *iya-* 'hacer'), luvita, tocario (causativo: B *tsmetär* 'crece' / *tsamṣäṃ*), indo-iranio y lenguas occidentales. En ai. hay una especialización: la forma reduplicada es desiderativo (*didṛkṣate* de *darś* 'ver', con grado Ø de la raíz), la normal futuro (*bhaviṣyáti*). En gr. y lit. se ha cumplido con generalidad la evolución hacia el futuro (cf. IV.II.3.13), pero el antiguo valor desiderativo se trasluce con frecuencia, sobre todo, en griego, en participios e infinitivos. Por otra parte, en gr. hay **-sei̯e/o* en desiderativos del tipo de δρασείω 'desear hacer'; es fácil

que de estos desiderativos, con desinencias secundarias, procediera una forma δράσειε y sobre ella se haya construido el opt. llamado eolio (δράσεια, δράσειες, δράσειε). En cuanto al latín, formas como *quaeso, uiso* junto a *quaero, uideo* pueden calificarse de deverbativos esporádicos con valor conativo o frecuentativo; *faxo, amasso,* etc. es, por el contrario, verosímil que partan de una *-s* sin valor específica todavía.

La variedad de los usos de *-sk,* que no es más que una ampliación de *-s,* es una nueva prueba del carácter secundario de los varios significados de la *-s* deverbativa. *-sk* es temático y lleva, como quedó dicho más arriba, grado Ø de la raíz. En het. de *daḫḫi* 'tomar' sale *daškimi* 'tomar repetidamente'; de *epmi* 'coger', *appiškimi* 'coger repetidamente'. En cambio, las formas paralelas del tocario son causativos: B *rittetär* 'está unido' / *rittäṣsaṃ.* Las formas con *-sk* de las demás lenguas, o no tienen valor especial (pero puede suceder que lo hayan perdido), o lo tienen iterativo: así todavía es claro en los iterativos jonios del tipo ἔσκον y es verosímil en fecha antigua para verbos como **gm̥-skéti* (ai. *gácchati,* gr. βάσκω 'andar paso a paso', **pr̥kskéti* (lat. *posco,* ai. *pr̥ccháti,* aaa. *forscon,* lit. *pir̃szti*) 'buscar una y otra vez', etc. Hay también, a veces, un valor incoativo derivado sin duda del iterativo (cf. IV.IV.1.14).

En cuanto al tema reduplicado, lo esencial queda dicho, para el hetita y otras lenguas, en IV.II.2. Ahora bien, es claro que el i.-i., a diferencia del hetita, separa las formaciones con reduplicación completa de las de reduplicación simple con *i* o *e*: las primeras tienen un valor intensivo, e igual ocurre en otras lenguas indoeuropeas. Cf., por ejemplo, *námnamīti* junto a *námati* 'inclinarse', *johavīti* junto a *hvayati* 'llamar'; y los ejemplos de IV.IV.1.5. Es claro que la reduplicación con *i, e,* sentida como menos

fuerte, debió de quedar reducida a un valor puramente iterativo o durativo, que luego se fundió con el valor durativo general de los temas de presente y se perdió en otros temas. El valor diferencial antiguo es claro en ἵστᾱμι frente a lat. *stāre*, gr. βίβημι, etc.

Respecto a los temas en nasal, no es posible, pese a lo que a veces se ha afirmado, establecer un sentido antiguo general de todos ellos; pero acá y allá hay gramaticalizaciones en el sentido de convertirlos en deverbativos. Ello ocurre sobre todo en hetita, según hemos dicho: *ar-* 'alcanzar' / *arnu-* 'traer' y otros pares de opuestos testimonian un valor causativo; *-nin-* tiene a veces igual función (cf. IV.IV. 1.16); y *-annai* (*walḫ* 'golpear' / *walḫannai* 'seguir golpeando') es durativo o iterativo. En lituano hay formaciones causativas: *auginù* 'hacer crecer' junto a *áugu* 'crecer'. Hay también huella de ellas en griego y albanés, pero se trata más bien de factitivos derivados de nombres o adjetivos (gr. αὑαίνω de αὗος, alb. tosc. *nxinj* 'ennegrecer' de *nxi* 'negro').

6. Este carácter particular de los desarrollos de los temas deverbativos, que varían de significado de lengua a lengua, cede un tanto en los de tema en **-eH*. Aquí, a partir de ciertos precedentes ya presentes en el anatolio, el indoeuropeo posterior desarrolló una formación iterativo-causativa bastante uniforme.

Hemos hablado de los verbos hetitas de flexión en *-ḫi*, formados sobre temas en laringal y que llevaban con frecuencia vocalismo *o* de la raíz y valor de estado; decíamos que la creación de una flexión activa y una media como opuestas es una innovación hetita. Pues bien, en esta formación está el origen no sólo del perfecto, sino de otras formaciones más.

El perfecto, en efecto, no responde más que a una parte de los temas flexionados en *-ḫi*, que en el grupo no anatolio se opusieron a los demás temas, convertidos ahora en «de presente». Sólo van a parar al perfecto en la medida en que llevan *-$H_2$; y, salvo excepción, en la medida en que generalizan la flexión en *-e/o* y la reduplicación, así como el vocalismo *o* o largo de la raíz y el valor de estado. Hay que insistir en que los verbos en *-ḫi* no eran en hetita deverbativos, sino verbos autónomos no opuestos a un verbo base.

Hemos visto que en el grupo no anatolio los temas en *-*eH* se desarrollaron ampliamente y tomaron varios valores, entre ellos los de verbos denominativos y verbos de estado no deverbativos; valor este último muy generalizado con la excepción del indo-iranio, pero que tampoco absorbía, ni mucho menos, el significado de la clase. Pues bien, todavía ha habido otra formación, ésta con tendencia a convertirse en deverbativa, que se ha desarrollado en el grupo no anatolio a partir de estos temas: son los verbos en *-$eH^{i}_{1}$ y *-$eH^{i}_{2}$ flexionados como temáticos o semitemáticos, e incluso los en *-$H^{i}$. Como estos mismos verbos otras veces carecen de valor especial y no son deverbativos, se ha tendido a diferenciar los deverbativos mediante un grado especial de la raíz, sobre todo el *o*, pero también el largo: la conexión con el perfecto y, en definitiva, con los verbos hetitas en *-ḫi* es innegable. Su valor más frecuente es el causativo, pero también son, a veces, iterativos.

El tipo más corriente es el que lleva sufijo *-ei* flexionado temáticamente (en gr. e i.-i.) o semitemáticamente (en lat., con flutuación *-ei/-ē*), o bien un sufijo *-i* flexionado temática o atemáticamente (aesl., germ., lat., huellas en griego). Pero también los hay con *-ā* semitemático o temático (*-āi̯e/o*). En todos los casos, el vocalismo puede ser de los tipos indica-

dos, pero también se da el mantenimiento del vocalismo del verbo base. Veamos algunos ejemplos.

7. Ejemplos con grado *o* y sufijo *-ei* se encuentran claramente en griego: φέβομαι junto a φοβέω (causativo), πέτομαι, φέρω junto a ποτέομαι, φορέω (iterativos); también hay formas con vocal larga, así κηλέω, πωλέω, ὠθέω. En algunos casos, falta la forma reputada básica; igual ocurre en latín, cf. *spondeo, tondeo, moneo.* En ai. existen los causativos en *-ayati,* cuya vocal radical fluctúa entre *a* y *ā.* En eslavo hay unos llamados causativos cuyo sentido no siempre es exactamente éste: tipo semitemático de *vraštǫ, vožǫ, ložǫ* de las raíces **uert, *uegh, *legh.* El gótico tiene, análogamente, *sitan* y *satjan, ligan* y *lagjan, gawigan* y *wagjan,* etcétera. Los límites de sentido no son, insistimos, fijos frente a otros tipos con *-i̯*; en aesl. hay algunos temáticos que se aproximan a estos deverbativos. En gr. una forma rehecha es νομίζω de νέμω.

Pero también existen tipos en *-ā, -āi.* En gr. hay στρωφάω (junto a στρέφω), πηδάω (sin forma básica al lado); en lit. hay un tipo *laĩko, laĩke, laikýti* que es iterativo-causativo; y a veces son intensivo-iterativo el *kýbo, kýboti* y el temático en *-oja.* El tipo en *-ā* existe igualmente en tocario y en latín (*occupāre* junto a *capio*).

Las gradaciones entre estos verbos y los que hemos llamado de estado, más otros que a veces no se ve si son denominativos o no, son infinitas; la existencia de una forma básica al lado de la «deverbativa» es más bien rara. Esta creación del indoeuropeo no anatolio sólo secundaria e independientemente se fijó en las diversas lenguas, por una diferenciación, por otra parte incompleta, de los temas en **-Hi*, propios ya del indoeuropeo más antiguo.

8. Tras hablar de las formaciones deverbativas, queremos insistir brevemente en las denominativas, de las que ya hemos dicho (cf. IV.II.3.2-3) que en el origen no existen: simplemente, una misma raíz o tema podían ser nombre o verbo según la función, expresada por las desinencias o, cuando se trataba de temas puros, determinada indirectamente. Ahora bien, posiblemente por el hecho de que en la flexión nominal continuaron siendo frecuentes las formas de tema puro, se tendió a interpretar ciertos verbos como derivados de nombres; y ello tanto más cuanto que se producían fenómenos fonéticos que daban al tema verbal una forma distinta de la del nominal, que aparentemente resultaba «ampliado». Así, junto a un nombre en *-ā* el tema *-āi̯e/o* no difiere etimológicamente por otra cosa que por la vocal temática, pero es inevitable que se produjera la impresión de que nos hallábamos ante un sufijo verbalizante *-i̯e/o*; y que, consecuentemente, *-i̯e/o* se usara luego como sufijo verbalizante allí donde etimológicamente no tiene lugar.

En realidad, el uso de *-i̯e/o* como sufijo denominativo no hace más que heredar un uso denominativo de **-Hⁱ*, **-eHⁱ*. En el mismo hetita encontramos ya denominativos en *-aḫḫ*: de *sarazzi-* 'superior', *sarazziyaḫḫ-* 'hacer superior'; *idalu-* 'mal', *idalawaḫḫ-* 'hacer mal'.

Un uso denominativo muy extendido fuera del hetita y que comporta huellas de **-Hⁱ* es el de gr. φιλέω junto a φίλος (lat. *albeo* junto a *albus*, ai. *vasnayáti* junto a *vasnás*, gót. *haúrnjan* junto a *haúrn*). Aquí es de sobra evidente que la *-i̯* no es etimológica y que existe un desarrollo común; evidente también que lat. *albēs* lo hace remontar a una fecha en que la laringal todavía existía y tenía capacidad de alargar vocales. Por otra parte, la forma es idéntica a la de los deverbativos en *-ei*: existen junto a las

temáticas otras semitemáticas, así en gót. (*haúrnja, haúrneis*) y eslavo (donde también se da la temática). Y hay otros verbos formalmente comparables que no podemos calificar de denominativos ni deverbativos.

Estamos, pues, otra vez ante el gran desarrollo de los temas en **-Hⁱ*, que se especializaron después variamente y de una manera en conjunto poco clara, por la indiferencia formal entre denominativos y otros temas y la sólo parcial diferenciación de deverbativos, por otro lado, de formas y significados cambiantes. La impresión que causa este panorama es que el proceso de creación de deverbativos se detuvo y hasta dio marcha atrás por causa del nuevo sistema de oposición de temas de presente, aoristo y perfecto; y que los denominativos se fijaron más claramente, seleccionando cada lengua diversos tipos. El griego, por ejemplo, a los en **-āi̯e/o* y **-ei̯e/o* añadió los en **-oi̯e/o*.

Por otra parte, es comprensible que, igual que un elemento laringal y sus derivados se convirtieron en elemento de formación de denominativos, lo mismo pudiera suceder con otros sufijos. Concretamente, en hetita tenemos un sufijo denominativo *-eš*, de sentido diferente del de *-aḫḫ*: *idalaweš-* 'hacerse malo' de *idalu-* 'malo', *parkueš-* 'purificarse' de *parkui* 'puro'. Pero también *-nu* crea denominativos con el sentido de *-aḫḫ*: *mališkunu-* 'debilitar' de *mališku-* 'débil'. Hay que entender que en un principio diversos temas derivados eran entendidos como relacionados con el nombre sin el sufijo en cuestión, que se convertía luego en marca de la derivación, aplicada libremente. El grupo no anatolio ha reducido esta amplia libertad de formación de denominativos, limitándolos, según queda dicho, al elemento **-Hⁱ*. Hay que hacer constar, de todas formas, que subsisten muchos denominativos cuya **-Hⁱ* o los fonemas resultantes pertenecen todavía al tema: así los atemáticos en *-ā* del

tipo gr. eól. τίμᾱμι, lat. *plantās,* gót. *salbōs,* así como los temáticos como gr. τιμάι̯ω, ai. *pṛtanāyati,* aesl. *vonjajǫ;* y los verbos en **-i̯o, *-ii̯o,* así ai. *janiyati* 'desea una esposa', de *jani-* 'mujer'; lat. *finio* de *finis,* gr. μητίομαι de μῆτις, etcétera.

# V

# TEMAS DE PRETÉRITO Y AORISTO, DE PERFECTO Y DE FUTURO

## 1. TEMAS DE PRETÉRITO Y AORISTO

1. Los términos «pretérito» y «aoristo» tienen una cierta dosis de ambigüedad y por ello hemos de, antes de nada, intentar aclararlos. Entendemos por pretérito, en un sentido general, todo tema de pasado: un imperfecto, un aoristo de indicativo, un pluscuamperfecto; el pretérito del hetita, distinto del presente por las desinencias, pero que propiamente no podemos llamar imperfecto porque no se opone a ningún aoristo ni perfecto. Ahora bien, estos pretéritos, a más de su valor temporal, pueden tener uno aspectual y esto no debe perderse de vista. A su vez, el aoristo es un tema opuesto al de presente y con un valor aspectual propio: puntual en vez de durativo, en términos generales. Pero el aoristo de indicativo es al tiempo un pasado y recibe por tanto con justicia el nombre de pretérito.

Precisamente en este pretérito está el origen del aoristo. Se trataba de crear, al lado del pretérito formado del tema de presente (general) con las desinencias secundarias, otro pretérito provisto de las mismas desinencias, pero aplicadas

a otro tema. El procedimiento era bien claro: para una misma raíz, junto a un tema A provisto de un determinado sufijo ($S_1$) seguido ya de desinencias primarias ($D_{pr}$) ya de desinencias secundarias ($D_s$), se coloca un tema B provisto de otro sufijo ($S_2$) que sólo para este empleo queda limitado al uso con desinencias secundarias ($D_s$). Se trataba, evidentemente, de un intento de caracterizar mejor el pretérito con un tema especial; ello sin duda porque las desinencias secundarias conservaban en cierta medida su antiguo valor indiferente al tiempo.

Pero a partir de aquí quedaba abierto el camino para una evolución posterior.

*a*) En todas partes se produce la tendencia a que los temas B, temas de pretérito, queden eliminados entre las formaciones verbales autónomas; es decir, a que si la *-s* se usa como sufijo de pretérito, por ejemplo, no haya verbos con *-s* independientes, con su presente y su pretérito. Hemos visto, sin embargo (IV.II.3.9), que esta tendencia comporta excepciones; excepciones que ayudan a reconstruir cómo sucedieron los hechos.

*b*) La coexistencia de dos formas de pretérito, A-$D_s$ y B-$D_s$, tiende a resolverse de alguna manera: en general, eliminando A-$D_s$, la antigua forma que sólo por las desinencias se distinguía del presente, de la que sólo hay pequeñas huellas en los pretéritos de las lenguas occidentales. Pero también se ha recurrido a oponer A-$D_s$ y B-$D_s$ como imperfecto y aoristo: ambos son pretéritos, pero comportan una diferencia aspectual entre duración y puntualidad (o acción pura y simple). Puede ocurrir, por otra parte, que estas dos soluciones no sean alternativas, sino consecutivas: que la oposición presente/aoristo haya desaparecido secundariamente, subsistiendo sólo una de las dos formas. Ésta es, presicamente, la hipótesis tradicional según la cual han

existido en todas las lenguas indoeuropeas un imperfecto y un aoristo, luego fusionados en el pretérito de las lenguas occidentales, en el que también confluye el perfecto. Hipótesis indemostrable, pero que puede aproximarse a la verdad en ciertos casos.

2. Dado que dentro del presente ciertos temas ya en fecha anterior a la escisión del anatolio habían comenzado a diferenciarse en cuanto a su significado, según se ha expuesto en páginas anteriores, es posible que la oposición temporal A-$D_s$ / B-$D_s$ se doblara en ciertos casos con una diferencia de significado; y que el significado no temporal de A-$D_s$ se encontrara también en el presente A-$D_{pr}$. Muy concretamente, existen algunos puntos de partida que produjeron una oposición aspectual presente/aoristo, oposición que luego, por atracción, se atribuyó también a los demás temas de presente y de aoristo que originariamente carecían de la misma:

*a*) Cuando A es un tema reduplicado y B un tema puro, el presente tendía a definirse como iterativo o durativo y el aoristo se polarizaba como puntual. Así en gr. γιγνώσκω, ἐγίγνωσκον / ἔγνων, etc.

*b*) Cuando A era un tema en *-sk* o un iterativo en *-ei̯*, etcétera, y B un tema puro, se tendía a la misma polarización.

*c*) Cuando A era un tema puro radical con grado *e* y el aoristo otro idéntico, pero con grado Ø, se tendía otra vez a lo mismo: el ai. nos presenta dentro del tema de presente una oposición durativo/puntual en los tipos *bhárati*/ *tudáti* (cf. IV.II.3.8).

Esta confluencia de datos iniciales y de polarizaciones es la que creó el aoristo del griego y del indo-iranio en cuanto forma puntual o de acción pura y simple frente a un pre-

sente que es un durativo o, a veces, indiferente a la oposición. En otros términos: la oposición aspectual presente/aoristo es equipolente, se basa en los conceptos duración/puntualidad, con una zona neutra en ambos términos. Temas que no tenían relación con esta oposición, tales una serie de ellos de presente y los con *-s* de aoristo, quedaron secundariamente, por atracción, implicados en la misma. La oposición aspectual es mucho más clara en griego, pero suficientemente explícita en indio.

3. Pero con esto no acaba la evolución del aoristo; o, mejor dicho, hay motivos para creer que la consumación de la oposición aspectual sólo se produjo cuando medió otro proceso, la conversión del aoristo en un tema completo (salvo que no tiene presente), es decir, provisto de modos. O sea, cuando se llegó (en las lenguas en que se llegó) a una flexión de tercer nivel sobre la base de la oposición entre los dos temas referidos.

El arranque del proceso consiste en que determinados temas se utilizaron para crear una oposición entre indicativo y subjuntivo. En realidad, pueden distinguirse tres fases:

*a*) A un tema único de indicativo (con desinencias primarias y secundarias) se opuso, verbo a verbo, un tema único de subjuntivo (con desinencias primarias o secundarias indistintamente).

*b*) Una vez creada la oposición presente/aoristo en indicativo sobre la base de dos temas diferentes, se mantenía un subjuntivo único, de un tema diferente de los otros dos.

*c*) Una tercera fase consiste, finalmente, en que se atribuye un subjuntivo a cada uno de los dos temas de indicativo (y también al perfecto), poniendo en correlación tipos de indicativo y otros de subjuntivo que ahora se consideran

derivados de ellos; finalmente, derivando realmente al subjuntivo del indicativo con ayuda de determinados sufijos.

El paso a la tercera fase estaba en cierto modo presagiado por la existencia antigua, anterior a la escisión del anatolio, de un imperativo en cada verbo: no de un tema diferente del del verbo, pero sí con diferencias de flexión (cf. IV.VI.1). A partir de ahí es claro que en la fase *b*) de arriba los dos temas de presente y aoristo tenían cada uno a su lado una variante flexional, el imperativo. Este modelo es, sin duda, el seguido por el subjuntivo al adscribirse a los temas de presente y aoristo. Lo cual a su vez debió provocar la adscripción a los mismos de un optativo, un infinitivo y un participio, en vez de haber optativos, infinitivos y participios únicos.

4. Cuando este nuevo tipo de flexión de tres niveles se creó, es claro que el imperativo, subjuntivo, optativo, infinitivo y participio, que carecían de valor temporal, hicieron destacar más claramente los elementos aspectuales de la semántica de los temas implicados. El pretérito-aoristo de que hemos hablado, un tiempo secundario que además tendía a una cierta oposición aspectual con el presente, se convirtió en un aoristo-pretérito: en un aoristo que además tenía, en este caso particularísimo, valores de tiempo pasado.

En realidad, sólo en el grupo del gr. e i.-i. (y en arm., pero aquí el subj. es derivado con *-iç̣* < **isk* de los temas de pres. y aor.): otras veces se mantiene la independencia del subjuntivo respecto a los temas de presente y aoristo (así en tocario y en parte en celta, con huellas en otras partes, cf. IV.VI.2.4): el imperativo puede adscribirse a un solo tema (al «segundo tema» en lituano, al de presente en aesl., al de pretérito o al de subj. en tocario); el infinitivo

y participio pueden ser únicos, sin adscribirse al presente o al aoristo (cf. IV.VII). Incluso en lenguas en que las formas no indicativas de la flexión verbal están adscritas a éstas, las cosas son un tanto diferentes de lo que son en griego e indo-iranio, donde cada uno de los dos temas de presente y aoristo dan una serie de formas o temas modales. En latín, itálico y gótico, concretamente, el imperativo queda restringido al tema de presente. El subjuntivo se adscribe ciertamente en latín, lenguas itálicas y celta a los dos temas de presente y perfecto, forma ésta en la que confluyen antiguos aoristos, perfectos e imperfectos: pero el latín, el osco-umbro y celta no poseen una oposición aspectual del tipo presente/aoristo, ni es nada seguro que la hayan tenido algún día, todo el sistema del subjuntivo está acoplado secundariamente al del presente/perfecto, lo presupone. La oposición presente/perfecto, por otra parte, sólo en escasa medida, en lo que respecta a la oposición imperfecto (un imperfecto reciente cf. IV.V.1.1) / perfecto ha desarrollado valores aspectuales, el imperfecto es durativo y el perfecto más bien neutro. Lo que opone el presente de indicativo al perfecto es fundamentalmente el tiempo; y los subjuntivos, que son dos por tema, se refieren a él y no al aspecto. Lo mismo ocurre con los subjuntivos (antiguos optativos) de presente y perfecto en gótico.

5. Por tanto, si es cierto que todas las lenguas no anatolias participaron en el movimiento que expresaba el pretérito por un tema diferente del presente, no es nada seguro que dicho tema se hubiera opuesto aspectualmente al último antes de sincretizarse con el imperfecto (aunque quedan pocos rastros de él) y el aoristo (este sincretismo no ocurrió en armenio). Otra cosa es que secundariamente se hayan creado nuevos imperfectos: los antiguos sólo el celta, aparte

del griego e indo-iranio, los conserva independientes. Por tanto, cuando a continuación pasamos revista a los antiguos temas de aoristo, lo que hacemos es buscar fuera del griego e indo-iranio temas comparables a los de aoristo de estas lenguas, pero englobados ya en el nuevo pretérito sincrético. Y no postulamos que estos temas tuvieran un aspecto sistemático en fecha antigua, aunque algunos pudieran conservar los valores especiales que habían desarrollado en la fecha en que eran temas generales: lo que reconstruimos, en suma, es un sistema de antiguos pretéritos con un tema distinto del de presente y con desinencias secundarias; todo lo más, tenían junto a sí un imperativo atemporal.

Por otra parte, conviene aclarar que, una vez sincretizados aoristos y perfectos, sus temas tienden a combinarse. Es decir, que podemos encontrar temas de aoristo, en estas lenguas, que poseen efectivamente un sufijo que aparece en los aoristos, pero cuyo vocalismo radical es de perfecto (con *e* o vocal alargada): así, por ejemplo, en formas lituanas como *drė̃skiaũ* frente a *dreskiũ*, toc. B *kautā̃wa*, etc. Como pueden deducirse unas formaciones de aoristo de otras. Hemos visto, por ejemplo, que en el pretérito eslavo coexisten en un mismo paradigma formas radicales (*mьně*, 2.ª y 3.ª sg.) y otras sigmáticas (*mьněxъ*); formas como lit. *likaũ*, gr. ἐλίπην pueden ser analógicas de temas en *-eH* a partir del tipo temático de gr. ἔλιπον; etc. Finalmente, el sincretismo aoristo/perfecto hace que temas originariamente de aoristo aparezcan con desinencias de perfecto: así en todo el pretérito latino (*dixi, monui*, etc.).

6. Sobre la base de estas explicaciones previas, podemos iniciar la exposición de los temas que se utilizaron en el grupo no anatolio para dar los pretérito-aoristos de que nos estamos ocupando. Sobre su identidad fundamental,

salvo diferenciaciones secundarias, con los de presente, cf. *supra*, IV.V.1. Sobre los tipos de oposición presente/aoristo, cf. IV.V.1.1-2.

Se trata de temas radicales atemáticos y temáticos; reduplicados atemáticos y temáticos; en *-s* atemáticos, temáticos y con alargamientos; en *-t*; en **-Hu̯* (es decir, en **-eHu̯₁*, **-eHu̯₂*, **-Hu̯₁*, **-Hu̯₂*); en **-Hi̯*; y temas compuestos. Los temas en laringal tienen diversos tratamientos diferenciadores, pues como temas son, algunos, idénticos a los presentes, es decir, son originariamente imperfectos (cf. IV.IV. 1.6 y IV.V.1.10).

En IV.II.3.8 dimos ya ejemplos de temas radicales, temáticos y atemáticos, incluidos algunos en laringal, que se usan como aoristos; en IV.II.4.2 añadimos detalles sobre los problemas de la alternancia vocálica en los atemáticos. Respecto a los temáticos, en IV.II.4.6 dejamos constancia de que existe un tipo de oposición presente radical con vocalismo *e* / aoristo radical con vocalismo Ø: gr. λείπω, ἔλειπον / ἔλιπον, tipo que, hemos visto más arriba, procede de temas ya diferenciados en cuanto al significado en fecha antigua y cuya oposición ha contribuido a establecer la oposición aspectual presente/aoristo; pero también indicamos que el grado Ø no es una forzosidad de estos aoristos, pues también hay *e* (gr. ἐγενόμην: el presente es γίγνομαι; en ai. *ajanata* es impf., porque el presente es *janata*). Pero en las lenguas que han sincretizado los tiempos de pretérito, una forma radical puede ser un antiguo imperfecto: así el aor. aesl. *padъ* de *padǫ*, el aor. arm. *ber* 'él llevó' de *berem*.

La falta de aoristos semitemáticos se debe, sin duda, a que nuestro material es fundamentalmente del griego e indoiranio, donde esta clase de flexión quedó eliminada. Pero es posible, de todos modos, que la difusión de la oposición

flexión temática / atemática con las desinencias secundarias fuera muy grande: la flexión semitemática, tal como la conocemos, es fundamentalmente una flexión de formas indiferentes al tiempo, tal las de perfecto, aunque secundariamente se añadiera *-i* del presente; ya el het. tiene en pres. *daḫḫi* (tema puro + *i*), pero pret. *daḫḫun* < **deH$^{u̯}_3$H$^{u̯}_3$-m̥*. Cf., por ejemplo, fuera del griego e indo-iranio, flexiones temáticas de aoristo tales como la del aesl. *dvigъ, dviže, dviže* y atemáticas tales como los antiguos aoristos del lat. (luego imperfectos) *eram, eras, erat* y el elemento final *-bam, -bas, -bat*.

Un caso especial, por lo demás ya apuntado arriba (IV.II.3.5), es el de los temas radicales en *-H* que diferencian fonéticamente presente y pretérito: un antiguo imperfecto, según decíamos. Ya se trata de oponer un presente sin *-u* a un pretérito con *-u* (*flā-/flāu-*), ya un presente con *-i* a un pretérito sin ella (aesl. *spejǫ/spě*); en los temas derivados con **-H* ocurren, como veremos, las mismas cosas, y además se producen generalizaciones analógicas diferenciadoras. Esta diferenciación puede ser redundante de otros rasgos de vocalismo, desinencias, etc. (lat. *gigno/genui*).

Los temas radicales fueron poco productivos. Fuera del griego e indo-iranio se acudió un recurso ya presente en estas lenguas: ampliar los temas radicales mediante **-eH* y **-s* sobre todo, o mediante una combinación de ambos elementos. Ya lo hemos indicado en varias ocasiones: gr. ἐστόρεσα, ai. *astariṣam* y tantos temas más son ampliaciones de temas puros; y lo mismo temas diversos en *-ē, -ā* de que hemos de ocuparnos, incluidos los primeros términos de los pretéritos compuestos.

7. De los temas reduplicados usados como aoristos nos hemos ocupado ya en IV.II.2.2. Hay los aoristos con redu-

plicación V-S (y a veces consonante) como ai. *āmamat* de *am* 'dañar', gr. inf. ἀραρεῖν, ἀλαλκεῖν, ἀγαγεῖν, arm. *arari* 'hice'. Los hay en gr. e indo-iranio con C-*e* en el tipo temático gr. ἔπεφνε, ἔειπε < **e-u̯e-uku̯-o-m*; ai. *ajijanat, adudu-ṣam,* con valor causativo. El hecho de que a veces no sea fácil señalar si ciertos temas reduplicados son presentes o aoristos (cf. IV.II.2.2), es un dato que hace ver que la diferenciación y oposición de temas es, como siempre, secundaria.

Y también hemos hecho referencia en varias ocasiones a la utilización de los temas en *-s* para marcar el aoristo por oposición a un presente de tema idéntico, pero sin *-s,* o a un presente de un tema diferente; el primer tipo presenta variantes en que, además de la presencia o ausencia de la *-s,* existe el rasgo redundante de una diferencia de vocalismo o hay una diferencia atribuible a fenómenos fonéticos. Además, ya lo decíamos, la *-s* puede ir ampliada por la vocal temática o un alargamiento. De todas maneras, lo esencial, insistimos, es que las formas con desinencias primarias no existen, o bien son interpretadas como de futuro; normalmente, existen determinadas diferencias formales, por ejemplo, el aoristo es atemático y el futuro temático, o hay grado vocálico diferente. Cuando esto no sucedía, como en los pares griegos δύσετο/δύσεται, βήσετο/βήσεται, la interpretación era vacilante para el sentido lingüístico de los mismos hablantes de la lengua en cuestión. Hay que notar que los temas en *-s* han dado también subjuntivos, interpretados luego en griego e indo-iranio como subjuntivos de aoristo; de una u otra manera, se logra introducir diferencias formales respecto a los indicativos.

8. El tema sigmático más frecuente es el atemático, acompañado de vocalismo alargado de la raíz. Es el tipo

de ai. *áraikṣam* de la raíz **leik$^{u̯}$*, *áchān* (2.ª y 3.ª sg. de **-ndss*, **-ndst*), lat. *rego/rēxi, ueho/uēxi,* aesl. *vedǫ/věsъ,* toc. *lut-* / B *lyautwa, lyautsa,* también en celta. En griego se supone que esto es lo antiguo y en verbos como ἔλειψα de λείπω ello es posible (abreviación **-ēi-* > *-ei-*). Evidentemente, el alargamiento se ha utilizado redundantemente para caracterizar el tema de aoristo, si bien en tocario, que mezcla formas con y sin *-s*, procede del perfecto; otra caracterización secundaria es la del griego, que a partir de ἔλυσα < **elusm̥* ha extendido un sufijo, con lo que logra que se diferencien las personas 2.ª 3.ª sg., que si no se confundirían (*ἔλυς < **eluss, *elust*) como se confunden en ai., según hemos visto en *áchān*. El alargamiento aparece en toda la activa, frente a Ø en la media en ai.

Pero no es en absoluto seguro que el alargamiento sea en todos los verbos lo más antiguo y que, por ejemplo, gr. ἔπεμψα, aesl. *mrěxъ* (< **mers-*) de *mьrǫ,* lat. *dixi* y el mismo gr. ἔλειψα reposen sobre grados alargados secundariamente abreviados. Representan, por el contrario, un tipo antiguo en que el mismo tema sin y con *-s* queda definido como de, respectivamente, presente y aoristo. Por otra parte, hay aoristos sigmáticos en raíces con laringal, monosilábicas, en que no hay huella alguna de vocal larga antigua: gr. ἔδρᾱσα, aesl. *pluxъ*: puede haber, solamente, diferencias procedentes del tratamiento fonético de una misma raíz (gr. *δραί̯ω, aesl. *plovǫ*). En las disilábicas, la cosa es más clara todavía: ai. *astariṣam,* gr. ἐπέτασα, grado P/Ø. En temas derivados existen aoristos sigmáticos comparables: los en *-ēs- -ās-* correspondientes a varios presentes, entre ellos denominativos y deverbativos, de temas en *-ē, -ei; -ā, -āi;* e *-i̯,* descritos en IV.IV.1.11-12. A veces presentan alternancia vocálica, heredada del tema antiguo sin la *-s*: aesl. *bьrǫ/bьraxъ, steljǫ/stьlaxъ;* pero en general tienen el

mismo vocalismo del presente, sea ello heredado (aesl. *mьnjǫ/mьněxъ*: en ambos casos se esperaba el ø de la raíz), sea uno que se mantiene ya fijo: gr. φιλέω / ἐφίλησα, aesl. *dălajǫ/dělaxъ*.

Evidentemente, existen tanto el tipo en que la *-s* se añadía al mismo tema de presente y aquel en que se añadía a otro tema o en que el mismo alteraba su vocalismo; ambos tipos fueron imitados en las derivaciones secundarias, así en aesl. hay *rinǫ, rinoxъ*. Pero también sucede, como hemos advertido, que la *-s* se añadiera a temas de aoristo anteriores: aesl. *bьraxъ, mьněxъ*, por ejemplo, suponen éstos, cf. 2.ª 3.ª sg. *bьra, mně* y lit. *likaũ*, arm. *lik'ay*, gr. ἔλιπην; hay incluso, en fecha reciente, *dvigoxъ*, derivado de un aor. temático *dvigъ*.

9. Sin embargo, la antigüedad del tipo que añade *-s* a un tema en laringal, radical o no, se demuestra por el tratamiento fonético especial de la *-s*. Efectivamente, el mantenimiento de la σ intervocálica en griego y los resultados fonéticos *-s-* > *-x-* en aesl. y *-s-* > *-ç-* en armenio (pres. *gitem* / aor. *gitaç* 'saber') deben atribuirse a que en realidad seguían a una **-H*. Y ello todavía en el grupo no anatolio. Hay que notar que, contrariamente a otras lenguas, el i.-i. no desarrolló estos temas en *-ēs-, -ās-*, como tampoco el germánico ni báltico; otras lenguas sí los desarrollaron, pero como subjuntivos y no como aoristos, así el latín (en celta hay ambos usos).

Por otra parte, también se difunde un alargamiento *-is*, procedente evidentemente de añadir *-s* a temas en laringal; también hay *-es*. En general, estas formas se han especializado en el futuro; en lat. e itálico, en el subjuntivo. Pero también las hay en aoristo: en ai. tenemos *ájaniṣṭa, ápaviṣur* con *-i* radical, pero también todo un aor. atemático en *-iṣ*,

cf. por ejemplo, de *vṛṣ* 'hacer llover' un aor. 2.ª sg. *ávarṣīs*. Cf. también los pluscuamperfectos latinos como *amāuerām* de *-*isā-*. También la *-s* desinencial lleva con frecuencia una *-i* del mismo origen: lat. *amauisti.*

Estos pluscuamperfectos son variantes de formas como *amarām, amarās*: sin duda, analógicos de la 1.ª sg. *amāui,* con un tratamiento diferente de la laringal. En ellas hay que partir de *-sā,* es decir, de una *-s* ampliada. La ampliación de la *-s* con un sufijo laringal es propia más bien de subjuntivos; pero la hallamos también en el indicativo fuera de aquí, concretamente, en tocario. Aquí hay pretéritos que llevan en 3.ª sg. act. y en toda la media una *-s* seguida de *-ā*: 3.ª sg. act. *neṣā,* 1.ª sg. med. *lyutsāmai,* pero cf. 2.ª sg. en *-sta* (en realidad, desinencial, cf. IV.III.4.2).

El alargamiento *-*Hⁱ* > *-i, e* de estos temas en *-s* se ha especializado en el futuro, cf. IV.IV.1.13.

En cambio, encontramos en aoristo, así como en presente y futuro, *-s* seguida de la vocal temática. Por más que sea una formación de difusión reciente en ai., sus orígenes son indoeuropeos: cf. ai. *ávakṣam, -as, -at,* gr. δύσετο, etc. (cf. IV.V.1.7), los aoristos del aesl. del tipo *něsъ,* 2.ª 3.ª *něse,* arm. *gorceaç.*

10. Aunque no sea frecuente, el elemento *-t,* que hemos encontrado, aunque raramente en presentes, se utilizó, al menos en una cierta área del indoeuropeo, para formar aoristos. Nada tiene de extraño que un alargamiento que se usó para las desinencias de 2.ª 3.ª sg. formara también temas, al igual que *-s,* que ya hemos especificado que tuvo ambas funciones, siendo secundaria la distinción entre *-s* y *-t* para marcar 2.ª y 3.ª sg. en un tipo de conjugación (*-t* 2.ª en otro).

Es en osco y celta donde encontramos *-t* como formante de temas de aoristo, que fueron a parar al pretérito único de estas lenguas. Es interesante hacer observar que en air. el pretérito en *-t* se forma de raíces en *-g, -r, -l, -m,* que también presentan una forma sigmática, la cual da el subjuntivo. Cf., por ejemplo, 3.ª sg. pret. *bert* de *berid* 'él lleva'. En cambio, *-t-, -tt-* dan el pretérito de la conjugación de tema en *-ā*: cf., por ejemplo, o. *prúfatted* 'probauit'.

11. El uso de *-$H^{u̯}$, *-$eH^{u̯}$ como característica de pretérito, sobre todo cuando en su evolución fonética desarrolla una *-u* (aunque a veces no en todo el paradigma, cf. lat. *amāui/amāsti,* toc. B *kälpāwa/kälpāsta*), es frecuente: nótese que a veces se trata de un elemento radical, otras de un sufijo difundido a raíces en que no es original. En presente puede haber el mismo tema con distinto tratamiento fonético o con otro grado vocálico; puede también haber *-*i̯*, por generalización de ésta en el presente o de *-*u̯* en el pretérito. Pero también hay, ocasionalmente, *-$H^{i̯}$ en el pretérito. Y hay *-ē, -ā* < *-$eH_1$, *-$eH_2$, sin que pueda precisarse si se trata de *$H^{u̯}$ o *$H^{i̯}$. Ya hemos visto que varios de estos temas pueden secundariamente alargarse con *-s*. Y que ya presentan vocalismos arcaicos (P/Ø y Ø/P) o se han estabilizado en grados fijos. Por otra parte, volveremos a encontrar estos temas al hablar de los temas compuestos. También hemos de recordar que a veces están formados sobre antiguos perfectos; y que, por sincretismo con los perfectos, pueden adoptar las desinencias de éstos (lat. *amāui*).

Es más cómodo proceder distinguiendo entre los aoristos en *-*H*, vengan de *-$H^{u̯}$ o *-$H^{i̯}$ (o difusión secundaria de *-u, -i*), y los en *-$eH_1$, *-$eH_2$, vengan de *-$H^{u̯}$ o no haya huella de *-u*; en algún caso, la hay de *-i*. Esta comodidad se debe

a que el primer tipo es mucho menos frecuente y es práctico dejarlo tratado primeramente.

El perf. en *-u* es el del lat. *genui, monui*: en este segundo, o el pretérito o el presente innovan, pues en este tema encontramos *-i*: *moneo*. A este tipo responde el del toc. B *nekwa*, A *arwā*. Se trata de temas puros —e imitaciones analógicas de éstos— interpretables, según los casos, como antiguos imperfectos o aoristos. Es una formación rara, según decimos.

En cuanto a *-$H^i$, aparte de las formas radicales, normalmente alargadas con *-s* (cf. IV.IV.1.13), sólo se ha convertido en característica de aoristo en el aor. pas. del ai., con sólo 3.ª sg.: *ájani*. Como en ai. *-i* es una solución común de todas las laringales cuando vocalizan, no es seguro que sea precisamente -$H^i$ la que en todos los casos se utilizó con esta función. El presente a que corresponden estos aoristos es, claro está, de tema diferente. Cf. también en aesl. el tipo *moljǫ* / aor. 2.ª 3.ª sg. *moli*.

12. Respecto a los aoristos con **-eH*, existen dos tipos por lo que se refiere a su oposición al presente:

*a*) A un presente con *-i̯* temático o semitemático responde un aoristo con *-ē* o *-ā*, en los tipos antiguos con la raíz en grado Ø. En todo el tema o en algunas personas puede haber, en vez de *-ē, -ā*, formas con *-u*: *-ēu, -āu*. Esto implica que, o bien la *-i̯* de presente, o bien la *-u* de aoristo (también de perfecto, a veces), es una innovación, por morfologizarse una y otra como marca de uno y otro tema respectivamente. Pero existen, sin embargo, huellas de aoristos en *-i* del mismo modo que hay presentes con *-u* (cf. IV.IV.1.9). Por otra parte, hay un tipo en que el aor. en *-ē, -ā* responde a uno temático sin resto ninguno de laringal.

Podemos ejemplificar este panorama con oposiciones de temas presente/aoristo como las siguientes:

Gr. χαίρω/ἐχάρην, aesl. *mьnjǫ/mьněxъ, steljǫ/stьla,* lit. *dreskiù/drèskiaũ,* cf. en lat. *audio/audiēbam* (por *audē-*).

Gr. λείπω/ἐλίπην, aesl. *berǫ/bъra,* lit. *degù/degiaũ, liekù/likaũ.*

Gót. *haba/habai-da,* lat. *lego/legē-bam,* aesl. *vedǫ* / impf. *vedě(j)axъ.*

Lit. *guliù/gulëjau, miegù/miegójau* (en ambos casos con ampliación).

*b*) A un presente con *-ē, -ā, -ēi, -āi,* es decir, con grado P del elemento final del tema, responden aoristos del mismo tipo, pero con diferencias fonéticas o alargamientos:

Gr. *φιλεί̯ω/ἐφίλησα, *τιμαί̯ω/ἐτίμᾱσα, lat. *amas/amaui, sum/erām,* aesl. *dělajǫ/děla, uměјǫ/umě,* lit. *kýbau/kýbojau, senëju/senëjau* (alargados estos dos), lat. **monei̯o/monēbam.*

Son, como se ve, el griego, báltico, eslavo, germánico y latín las lenguas que más han desarrollado estos tipos. Pero también, según hemos visto, existen estos aoristos en tocario, en relación con muy diversos temas de presente; y hay huellas en osco-umbro y en los temas en *-ā* sigmáticos del celta. Además, en armenio el aor. medio-pasivo *beray* viene de *-ā* y el aor. act. *beri* y el impf. *berei* parecen provenir de *-ē.*

Hay aquí un hecho de reclasificación, como hay otros en la conversión del tema en *-ē* del gr. en aor. pasivo y en la conversión de varios temas compuestos con primer ele-

mento en *-ē*, en imperfectos. Nos ocuparemos de estos hechos más adelante.

13. Como ha quedado anticipado, existe un último tipo de temas de aoristo, el de los temas compuestos: eran, evidentemente, temas creados para oponer al presente un pretérito, es decir, el tipo mismo de los aoristos más primitivos. Si luego en alguna ocasión por presiones del sistema quedaron reclasificados como opuestos aspectualmente a los pretéritos procedentes de aoristos y perfectos, es decir, como imperfectos, éste es un hecho secundario que de momento no nos afecta.

Llamamos pretéritos compuestos al grupo formado por los siguientes temas:

Aoristos pasivos griegos en -θην.
Imperfectos latinos en *-bam*.
Perfectos débiles germánicos en *-da* (gót.), *-ta* (aaa.).
Imperfectos del aesl. en *-axъ*.
Imperfectos del lit. en *-davau*.

Todos estos pretéritos están formados por un tema casi siempre en laringal y una segunda raíz flexionada personalmente: la raíz **dheH*$_1$ 'hacer, poner' en el caso del griego y germánico; **deH*$_3$ 'dar' en el lituano; **bheuH*$^{\underset{\frown}{u}}$ 'llegar a ser' en el del latín; **es* 'ser' en el del eslavo. En cuanto al tema del primer elemento, es idéntico a tantos otros que, sin ampliación, dan ellos solos el pretérito:

*a*) **-eH*$_1$ > *-ē* (gót. *ai*): gr. ἐφιλήθην, lat. *legēbam*, gót. *habaida*, aaa. *habeta*, aesl. *vidě(j)axъ*, lit. *penëdavau*.

*b*) **-eH*$_2$ > *-ā*: gr. ἐτιμάθην, lat. *amābam*, aesl. *zna(j)axъ*, lit. *jednódavau*.

*c*) *$\text{-}H^{i}$ > *-ī*: gót. *nasida,* lit. *darýdavau,* lat. *scībam.* En lat. y aesl. hay formas rehechas: lat. *ueniēbam, faciēbam;* aesl. *xval'jaaxъ* de *xvaliti* 'alabar'.

*d*) *$\text{-}H$ > ∅, si no se trata de formas analógicas: aaa. *hapta* (junto a *habeta*), lit. *krĩpdavau* de *kreipiù.*

*e*) *$\text{-}H$ > *-ă,* etc.: gr. ἐστάθην.

*f*) Sin *$\text{-}H$: gr. ἐλείφθην, lit. *dìrbdavau* de *dirbù,* gót. *skulda.*

14. Este último grupo es sin duda analógico, pero hay que derivar los demás de temas en laringal de tipos bien conocidos, que podían, en principio, funcionar ellos solos, sin alargamiento o composición, como pretéritos. Esto no sólo es verdad en los radicales, por ejemplo gr. ἔγνων junto a ἐγνώθην, sino también en los demás. Pues lat. *legē-* es comparable a lit. *degiaũ,* gót. *salbō-* a lat. *amāu-, amā-,* lat. *scī* a aesl. *moli.* Otras veces, ya lo hemos visto, estos mismos temas se alargan con *-s.*

El proceso en virtud del cual estos antiguos pretéritos asigmáticos se convirtieron en primer término de un pretérito compuesto cuyo segundo término procede de las raíces 'poner', 'dar', 'llegar a ser', 'ser', puede imaginarse como sigue. En una serie de casos, esos primeros términos, además de ser un tema verbal, eran un nombre: bien una palabra raíz (*$g^{w}neH^{i}_{2}$ da en gr. el nombre γυνή 'mujer' y el verbo μναίομαι, aor. pas. ἐμνάθην), bien una derivada (cf. τιμά y ἐτιμάθην). El hecho de que temas que pueden ser nominales se compongan con los temas verbales 'poner', 'ser', etc., sin duda con sentidos como, por ej., ἐπειράθην 'hice experiencia', *albēbat* 'era blanco', llevó a facilitar la composición de temas en laringal preferentemente verbales, aunque también a veces nominales. En realidad, el primer término se extendía a modo de una palabra raíz o un tema

general, ni nominal ni verbal: ya como nombre, ya como una representación no personal del verbo. Así aesl. *dělaaxъ* era algo así como 'estaba trabajando', lat. *amabam* 'estaba amando'. Pero a partir de un momento dado hay que admitir simplemente que cualquier pretérito en laringal era susceptible de componerse del modo citado: a veces era un pretérito que continuó su existencia independiente, a veces uno que ya sólo se usó en composición, al menos en una lengua determinada.

Hay que hacer notar que el pretérito compuesto es característica de un grupo dialectal: de las lenguas europeas incluyendo el griego. Falta completamente en indo-iranio. Sobre el celta, cf. *infra,* IV.V.1.16.

15. Con esto queda completada la revista que hemos pasado a los pretéritos del grupo no anatolio, es decir, al indicativo de aoristo en cuanto marcado por un tema diferente del de presente. Pero sucede que algunos de estos temas, en esta o aquella lengua, han continuado marcando el pasado, pero han introducido especificaciones dentro de esa marca, reservándose a determinados aspectos, creados así, o a determinadas voces.

Efectivamente, la riqueza de medios de que potencialmente disponían las lenguas indoeuropeas para marcar el aoristo era tan parcamente utilizada en cada verbo como la riqueza de medios del presente. Lo normal era que a cada presente correspondiera un solo aoristo, en fecha antigua y antes de difundirse en ciertas lenguas diversas conjugaciones, en forma imprevisible; si había más de uno, podían ser sinónimos o conservar alguna diferencia de matiz procedente de su antiguo uso en los temas generales: o sea, el aoristo radical temático con grado Ø podía ser puntual, por ejemplo, mientras que el sigmático no tenía aspecto espe-

cial. En las lenguas en que se creó un aspecto de aoristo la cosa varió, evidentemente; pero en éstas y las otras los posibles dos o tres aoristos de un presente tendían a hacerse sinónimos, ya con valor aspectual (griego, i.-i.), ya sin él.

16. Algunas veces, sin embargo, desde puntos de partida diferentes se especializaron algunos temas de aoristo para, por oposición a otros, indicar un aspecto o voz diferente o un valor transitivo o intransitivo del verbo o dos valores de pasado diferentes.

*a*) Oposiciones de aspecto. Bien para suplir una oposición aoristo/imperfecto perdida, bien por un desarrollo sin precedentes, en diversas lenguas se tiende a oponer un imperfecto durativo al pretérito, de valor aspectual neutro. Así, en eslavo se oponen varios pretéritos al imperfecto compuesto en *-axъ* y lo mismo ocurre en báltico con el impf. en *-davau* y en latín con el en *-bam*; en celta hay huellas igualmente de un imperfecto con **-est*, aunque los hechos son confusos. El tocario B usa como imperfecto un tema en *-i*, antiguo optativo. Otras veces los antiguos temas de aoristo son reclasificados entre el aoristo y el imperfecto: así ocurre en tocario A; en lat. *eram* (y el mismo *-bam* de los compuestos); y en armenio (imperfecto en **-ē* y aor. activo temático y medio-pasivo en **-ā*).

Nótese que la composición con las raíces 'ser', 'llegar a ser' debió de favorecer el valor durativo; pero que además intervienen razones formales. Lat. *erām* quedaba aislado del tema de pret. *fui*, como *amābam* de *amāui*: esto separaba a estas formas del pretérito y llevaba a oponerlas a él. Cosas semejantes ocurren en las demás lenguas. La abundancia de temas de pretérito lleva, a partir de aquí, a la reclasificación.

*b*) Oposiciones de voz y transitividad. El griego utiliza los aoristos en -η y -θη para oponer a la activa y media una voz pasiva, si bien con frecuencia son más bien intransitivos. En ai. hay temas pasivos en *-i* en el pretérito. Y el armenio convierte el tema en **-ā* del pretérito en un tema medio-pasivo, por oposición al temático, que es activo. Por otra parte, el griego opone un aoristo radical a otro sigmático como intransitivo y transitivo: ἔστην 'me levanté / ἔστησα 'levanté'.

*c*) El latín utiliza un tema ampliado, el pluscuamperfecto, para oponer un pasado más remoto a otro más próximo. Frente a *amāui*, efectivamente, tenemos *amāueram*, que añade secundariamente **-is-ā* al tema puro; también hay *amārām*, de **-s-ā*.

## 2. TEMAS DE PERFECTO

1. A más del presente y pretérito-aoristo, el indoeuropeo desarrolló otro tema obtenido igual que aquellos de cada raíz o, mejor dicho, de muchas de ellas: el de perfecto. Decimos de muchas de ellas porque puede suceder que presente y aoristo pertenezcan a diferentes raíces, y lo mismo puede diferir la del perfecto; además, puede suceder que de una raíz se obtenga un perfecto, pero no un aoristo o un presente, caso, por ejemplo, de **u̯oida* (gr. ϝοῖδα, lat. *uīdi*, gót. *wait*, aesl. *vědě*).

Este último caso es evidentemente un arcaísmo: se trata, en realidad, de un verbo independiente, como los verbos hetitas en *-ḫi*, que, sabemos, tienen relación con los orígenes del perfecto. Un arcaísmo también de este perfecto es la falta de aumento, como es usual en la conjugación hetita en *-ḫi*.

El perfecto indoeuropeo, como formación que habitualmente se opone a un tema de presente, se ha difundido, sin embargo, por todo el grupo no anatolio. Pero, a diferencia de los pretéritos (aoristos) con un tema también independiente, difundidos a su vez en todo el grupo, tiene raíces, según hemos explicado en detalle, en el indoeuropeo más antiguo. No vamos a repetir esta explicación: cf. IV.III.3. El resumen es que un tema en **-H*, generalmente con vocalismo *o* o alargado, tendía a usarse atemporalmente y sin las desinencias «regulares» y a tomar un valor de estado; tampoco tenía valor de voz. A partir de aquí, el hetita crea su conjugación en *-ḫi*: crea verbos independientes que oponen activa y media (*-ḫi* activa / *-ḫa* media). El restante indoeuropeo, por el contrario, opone estos temas a los temas generales, ahora temas de presente, y a los temas de aoristo, con lo cual se crea el tipo de flexión de dos niveles, gr. λείπω/ἔλιπον/λέλοιπα. Ya tenemos a los temas en **-H* con vocal radical *o* o larga convertidos en de perfecto. Entre ellos los que se han impuesto, al lado de determinados restos de temas radicales en **-eH*$_1$, **-eH*$_2$, **-eH*$_3$, son los temas en **-H*$_2$*o*. En vez de ser clasificados como medios, como en el hetita, se han clasificado, igual que los otros, como activos por oposición a perfectos medios que se crearon sobre la analogía de los presentes medios (gr. λέλειμμαι, ai. *cakré*; también en tocario) o de otras maneras (lat. *uidi* frente *uisus sum*). Pero puede mantenerse, en lenguas sin oposición activa/media, la antigua indiferencia: éste es el caso del báltico y eslavo. El gótico, que presenta oposición de voces en presente, no la tiene en perfecto.

2. Sobre las desinencias especiales del perfecto, sg. *-a*, *-tha*, *-e*, 3.ª pl. *-r* no insistimos: cf. IV.III.3 y 4. Tampoco sobre la tendencia a generalizar en el perfecto la reduplica-

ción y, concretamente, el timbre *e* de la misma (*i, u* en ai. y lat. en raíces con estas mismas vocales): cf. IV.II.2.2. Es bien claro en hetita que los verbos en *-ḫi* podían llevar o no reduplicación, marcando la misma un carácter iterativo. Lo mismo debió de suceder en fases arcaicas del perfecto. Luego, la presencia de una reduplicación del tipo indicado se convirtió en una verdadera característica del perfecto en indo-iranio y griego, salvo en ciertas excepciones como **u̯oida*, que hemos citado y, sobre todo, los verbos de inicial en vocal, sobre los que insistiremos. Ahora bien, en otras lenguas la reduplicación aparece en una minoría de verbos o ni siquiera aparece: puede ser que en algunos casos se haya perdido por razones fonéticas, pero más frecuentemente se trata de un arcaísmo, a partir del carácter opcional de la reduplicación en indoeuropeo se ha fijado en unos verbos sí y en otros no. Por ejemplo, en lat. encontramos a veces la reduplicación: *cecini, tutudi,* pero más frecuentemente no y puede haber también vacilación (*tetuli/tuli,* cf. el prenestino *fefakéd* frente a lat. *fēcit*). En germánico hallamos igual panorama: por ejemplo, en gót. hay *haíhald* de *haldan, saíslēp* de *slēpan,* pero con frecuencia falta la reduplicación y a veces hay fluctuaciones en las diferentes lenguas (gót. *haíhait* frente an. *hēt*). Igual, una vez más, en celta. En tocario la reduplicación falta casi totalmente: la encontramos tan sólo en los perfectos causativos del dialecto A; sin embargo, la reduplicación se ha generalizado en el participio. No encontramos reduplicación en eslavo ni báltico, donde hay en el pretérito huella de antiguos perfectos.

3. Ya hemos indicado en varias ocasiones que una característica muy general del perfecto es el vocalismo *o*: a juzgar por el i.-i., por ciertos restos del griego y por el

germánico, sobre todo, dicho vocalismo era originariamente propio del sg., llevando el pl. y du. Ø; los nuevos perfectos medios del gr. e i.-i. llevan también Ø. Cf. algunos ejemplos a añadir a **u̯oida* (pl. ai. *vidmá,* gr. ϝίδμεν, gót. *witum*): nótese que en ai., por un fenómeno mal explicado, quizá simple mezcla del tipo con *o* y el con vocal larga, en 1.ª sg. el vocalismo es *a,* en 3.ª *ā.*

Gr. λείπω / λέλοιπα, γίγνομαι / γέγονα / γέγᾰμεν (< **gn̥-*); ai. *kr̥nóti/cakāra/cakr̥má* (v. med. *cakré*); gót. *binda/band/bundum, -biuda/-bauþ/-budum*; lat. *cano/cecini* (< **kekonai*); air. *canid/cechan-.*

Junto a este tema de perfecto, es usual otro en que el vocalismo de la raíz es largo: *ē* u *ō.* Es el tipo *sedo / sēdi, uenio / uēni* y también *ago / ēgi* del latín, que en germ. aparece en pl. en ciertos tipos de perfecto (*nima/nam/nēmum*). De este perfecto hay huellas en griego (εἴωθα < **se-su̯ōdha* junto a ἐθίζω, pero sobre todo las formas sin reduplicación como ἦχα < *ᾶχα junto a ἄγω) y ai. (part. perf. *sāhvaṃs-* y formas comparables; quizá las 3.ª sg. del tipo *cakāra,* cf. *supra*; y formas sin reduplicar como *āsa* junto a *asti* 'ser'). Es el usual en tocario, se da también en celta (air. *tāch-* de *techid* 'huye') y ha dejado huellas en aesl. (*sedǫ* / pret. *sědě*), lit. (*drėskiaũ,* cf. *supra,* IV.II.4.11) y albanés. Como sabemos (II.II.7.3), se trata de un recurso paralelo al vocalismo *o,* pero de fecha más reciente para diferenciar, con hipercaracterización, estos temas, igual que otros.

En raíces con laringal el vocalismo del perfecto es igual al del presente: gr. πήγνυμι / πέπηγα; o, al menos, es difícil decidir si bajo la vocal larga hay grado *e* u *o* (así, por ej., en gr. τεθνηϝ-, ai. *jajñáu*).

4. Otro punto que necesita precisiones dentro de la teoría del perfecto es que, como hemos apuntado, junto

a la flexión **-a, *-tha, *-e* se han conservado aquí y allá formas de tema puro en laringal: formas radicales, a veces luego utilizadas como modelo en formaciones nuevas. Al menos en ciertas personas ha tendido a estabilizar una *-u* final fonética; y en 2.ª sg. una *-t* desinencial que ya conocemos. Son formas a veces difíciles de distinguir del tema de aoristo; por otra parte, a veces están profundamente rehechas.

Perfectos como los del ai. 1.ª 3.ª sg. *jajñaú, dadaú, tasthaú, papraú* junto a los cuales hay una 2.ª sg. en *-tha* y una 3.ª pl. en *-úr*, pueden servirnos de modelo. Junto a ellos hay formas griegas como πέφη y sin duda *βέβλη, *τέθνᾰ; en el part. perf. se conservan formas en **-ēu̯, *-āu̯* (τεθνᾱϝώς). En verbos como éstos, el perfecto habitual del griego es en -κα: se trata de una forma rehecha, que se explica por el encuentro de la laringal final de la raíz y la inicial de la desinencia, es decir, por **-H-$H_2$o* > -κα; luego -κα se difunde a toda clase de raíces.

Los pretéritos bálticos y tocarios en **-ēu, *-āu*, que ya hemos explicado como derivados de pretéritos con **-eH$^{u̯}$*, pero que hemos dicho igualmente que a veces tienen un vocalismo radical alargado, de perfecto, pueden en ocasiones proceder directamente del perfecto: la otra explicación es que **-ēu, *-āu* se añade al perfecto procedente del aoristo, pero con frecuencia no es necesaria. Efectivamente, en las raíces en que la laringal **-eH* es radical y en las demás se concibe fácilmente que el perfecto, tema en **-H*, pudiera llevar también **-eH*: cf. gr. plusc. ᾔδη junto a οἶδα. De todas maneras, es imposible decidir si, por ejemplo, un lit. *pyliaũ* e incluso un lat. *plēui* y un ai. *papraú* deben considerarse en el origen como perfectos o pretéritos, como gr. ἔπλην. Hay una cierta zona de verbos radicales en que la distinción entre pretérito y perfecto no era posible: las

formas con desinencias regulares tendían a clasificarse como pretéritos, las otras como perfectos, pero luego pretérito y perfecto se sincretizaron en el nuevo pretérito único. Ésta es sin duda la razón de que *-ē(u), *-ā(u) se difundieran tanto, añadiéndose lo mismo a la raíz de los antiguos pretéritos (aoristos) que a la de los perfectos.

Todo esto puede repetirse a propósito de los pretéritos latinos en *-ui* como *plēui, flēui, strāui, sēui,* etc., que son el modelo para el tipo *amāui, audīui.* Si es más verosímil la tesis de que se trata de antiguos perfectos es por no llevar las desinencias regulares: pero cf. la identidad de tema entre lat. perf. *gnōui* / gr. aor. ἔγνων. Ahora bien, estas formas latinas quedaron secundariamente llevadas a la conjugación del tipo *uīdi*: y ello sin un accidente fonético como el del griego, debido, sin duda, a tratarse de un fenómeno más reciente.

El latín tendió a generalizar la *-u* a toda la flexión del pretérito (sea cual sea su origen, en un perfecto o un aoristo): *amāui, amāuisti,* etc. Pero lo antiguo es *amāui/amāsti,* que responde a ai. *-au/-ātha,* toc. B *-āwă/-āṣta.* Otras veces la oposición *-āu / -ā, -ēu / -ē* se ha utilizado para oponer la 1.ª a la 3.ª sg.: así en lit. *áugau / áugo* (también *-o* en las demás personas, salvo 2.ª sg. *áugai*) y en toc. (*-āwă / -ā*).

5. Tanto el perfecto en *-a* como el radical en laringal, como las formas rehechas de éste han corrido en cada lengua la misma suerte (y la misma, por supuesto, los perfectos con *o* y los con vocal larga; los reduplicados y no) en cuanto a su colocación dentro del sistema de las voces y de los tiempos.

Del primer punto ya hemos hablado: hemos tocado además la diferenciación a veces entre *-a* act. / *-ai* med. (cf. IV.III.3.1) y la que ha intervenido en las des. del toca-

rio (IV.III.1.6). Se trata de fenómenos diversos de polarización que han creado un perfecto medio, en algunas lenguas que hemos mencionado, frente al cual el antiguo perfecto ha pasado a activo. Hay que insistir, por tanto, en que el perf. med. del ai. del tipo *cakré, cakṛsé, cakré* y del gr. del tipo λέλυμαι, λέλυσαι, λέλυται son una innovación común de este grupo dialectal. El ai., sin embargo, conserva el arcaísmo de no introducir la *-m* en 1.ª sg. y la *-t* en 3.ª sg. como el griego.

Conviene insistir, en cambio, en lo relativo al tiempo. Hemos hecho observar que las formas de tema puro y de desinencia «no regular» del perfecto eran en principio atemporales (cf. IV.III.2.5); en hetita han quedado reducidas al presente activo por oposición a formas con des. regular (aunque con vacilaciones), pero en la media sólo en fecha muy reciente se crea una oposición temporal.

En suma, temas de perfecto como los que estudiamos han quedado en diversas lenguas clasificados como presentes frente a pretéritos de varios orígenes. Esto es lo que ocurre muy especialmente con los llamados pretérito-presentes del germánico: tales *wait, lais, daug, kann, man* y otros en gót., los cuales conservan bien la antigua flexión del perfecto (*wait, waist, wait*); se crea junto a ellos un nuevo pretérito en *-a* o *-ta*. Lo mismo puede decirse de gr. μέμνημαι, que lleva junto a sí un imperfecto ἐμεμνήμην y de otros verbos más; y de los verbos latinos como *nōui, memini, ōdi* que llevan al lado pluscuamperfectos como *nōueram* con valor de pretéritos.

El indo-iranio y el griego han desarrollado con carácter general un pluscuamperfecto que deja reducido el perfecto al uso de presente. Hay elementos comunes en los pluscuamperfectos de ambos grupos lingüísticos y que hay que atribuir a una evolución común. Así, el uso de las des. se-

cundarias *-m, -s, -t, -nt*; la existencia de formas atemáticas (ai. *aviveśīs* de *viś* 'entrar'; gr. ἐπέπιθμεν) y temáticas (ai. *vividat*, gr. ἄνωγον, μέμηκον); la existencia de un pluscuamperfecto medio (ai. *aśeta* de *śe-* 'estar echado', gr. ἐλελύμην). Pero hay diferencias también. El griego tiene un pluscuamperfecto, ya mencionado, en -η (ᾔδη); y una forma innovada en -κειν.

Por otra parte, el valor de estado del sujeto que tiene el perfecto le hacía propio para pasar, en algunas lenguas, al tiempo pasado a través del valor resultativo, de estado, del complemento: gr. γέγραφε καὶ ταῦτα ὁ αὐτὸς Θουκιδίδης «el mismo Tucídides ha escrito estas cosas» indica ya más bien una acción pasada con consecuencias en el presente. De ahí el sincretismo de aoristo y perfecto en todas las lenguas europeas, incluido el griego moderno (apenas quedan en él huellas del perfecto antiguo); en el mismo ai. con frecuencia es difícil encontrar diferencia de matiz entre perfecto y aoristo. De este modo, el verbo indoeuropeo volvía a destacar como categoría fundamental el tiempo: la oposición de tres temas con valor fundamental aspectual fue un estadio transitorio. Si acaso, creó un nuevo imperfecto, según hemos indicado.

### 3. TEMAS DE FUTURO

1. El cuarto tema de indicativo que algunas lenguas indoeuropeas presentan al lado de los de presente, aoristo y perfecto, es el de futuro. Se trata de un tema en *-s*, simple o reduplicado, dotado de características formales que tienden a diferenciarlo de los de aoristo también sigmáticos, según hemos explicado ya: normalmente, el futuro sigmático es temático y, además, tiene un vocalismo pleno que

con frecuencia le diferencia del aoristo y el presente; la presencia o ausencia de una reduplicación puede ser también un factor diferenciador frente a otros temas.

Si bien los presentes sigmáticos son, como sabemos, raros, es de ellos de donde hay que hacer arrancar tanto el aoristo como el futuro sigmático, pese a las diferenciaciones formales de referencia. Pero, mientras los aoristos son formas de estos temas provistas de desinencias secundarias y sin matiz significativo especial, los futuros son formas provistas de desinencias primarias y que, además, se habían especializado como desiderativas. De ahí claras huellas del valor desiderativo de los futuros sigmáticos del griego, indo-iranio y báltico, que son los grupos lingüísticos que principalmente presentan esta formación. Este valor desiderativo o voluntativo es especialmente notable en los participios de futuro del ai. y gr. Por ejemplo, cuando, al comienzo de la *Ilíada*, llega el sacerdote Crises para rescatar a su hija, se dice ὁ γὰρ ἦλθε... λυσόμενός τε θύγατρα φέρων τε... ἄποινα. Aquí λυσόμενος es paralelo a un presente φέρων: lo mismo se puede traducir 'deseando rescatar... y trayendo' que 'para rescatar... y trayendo'. Ahora bien, cuando Agamenón, pocos versos más allá, contesta en indicativo τὴν δ' ἐγὼ οὐ λύσω, podemos seguir traduciendo 'no quiero dejarla libre', pero nos resulta más familiar la traducción por futuro: 'no la dejaré libre'. Si Agamenón dice en presente que no quiere dejar libre a Criseida, eso puede traducirse al futuro: su voluntad en el presente corresponde a un hecho futuro, no la dejará libre.

2. Lo que ha sucedido es que, una vez desarrollado el esquema temporal que oponía el presente al pasado, quedaba abierta una casilla vacía, el futuro: junto al tiempo de «ahora» y el anterior a «ahora» hay el de después de

«ahora». Cualquier presente que implicara una realización en el futuro podía entenderse como futuro: perdía su valor subjetivo y cobraba uno objetivo de futuro. No sólo el desiderativo; también otros presentes no desiderativos, así como subjuntivos y como presentes perifrásticos diversos indicando conato, voluntad u obligación, eran susceptibles de la interpretación futural y, luego, de la interpretación como futuros.

La conversión de un desiderativo sigmático en futuro quedó ya prácticamente decidida desde el momento en que su tema perdió la capacidad de llevar las desinencias secundarias: un fenómeno inverso al que hemos descrito para la creación del pretérito. Claro está, continuaba habiendo temas sigmáticos con desinencias secundarias, los pretéritos o aoristos: pero se tendía a diferenciarlos del modo que hemos expuesto: por ejemplo, junto al fut. λύσω el aor. es ἔλυσα (atemático). Cuando ambos temas coincidían, el análisis era difícil (cf. IV.II.3.13). El ai., en este caso, atribuye el valor de condicional a la forma con desinencias secundarias: *abhaviṣyat* junto a *bhaviṣyati*; también, quizá, éste es el origen de δράσειε, de que viene el optativo llamado «eolio».

Así se han ido constituyendo, en fechas diversas, futuros diversos, que a veces daban en un tercer nivel formas modales derivadas. Cuando ello no era así y cuando el futuro conservaba su relación con el subjuntivo, su carácter de tema básico junto a los de presente, aoristo y perfecto estaba mucho menos marcado.

Así, en definitiva, el futuro, incluso el futuro compuesto o perifrástico, nace de indicativos que se oponían temporalmente al pretérito y que luego se especializaban en el futuro; los demás indicativos, frente a ellos, quedaban limi-

tados al presente, aunque suelen conservar una zona de neutralización: todavía hoy en español puede seguirse diciendo «mañana voy a Barcelona» para indicar el futuro. En el caso de los futuros derivados del subjuntivo, hay que partir del origen temporal de éste.

El uso del presente indiferente a la oposición presente/futuro, y, por tanto, susceptible de ser empleado para expresar acciones futuras, se conserva prácticamente en todas las lenguas indoeuropeas: hemos dado un ejemplo del español. En lenguas indoeuropeas antiguas hay que notar que, incluso aquellas que tienen ya futuro, conservan presentes usados frecuentísimamente por el futuro: así en gr. νέομαι, εἶμι 'iré'. El hetita y gótico están todavía en el estadio en que no hay futuro, el presente es un presente-futuro. En eslavo el estadio antiguo se transparenta en el hecho de que determinados presentes simples y muchos compuestos con preposición se hayan convertido secundariamente en futuros: primero han desarrollado un valor perfectivo, de limitación en la extensión de la acción, y este perfectivo ha cobrado un valor de futuro; frente a él el imperfectivo, diversos verbos simples, en general derivados, hace función de presente. Así, por ejemplo, aesl. *padǫ, damь* son perfectivos y futuros ('caeré', 'daré'); mientras que *nesǫ, mьnjǫ* ('llevo', 'pienso') son imperfectivos y presentes. En cambio, en tocario el presente ha quedado en general limitado a este valor temporal por expresarse mediante el subjuntivo (pero también mediante formas perifrásticas de presente) lo que nosotros expresaríamos mediante el futuro. Ésta ha debido de ser durante un cierto tiempo la situación de las lenguas que convirtieron un subjuntivo en futuro, caso del latín.

3. Veamos ahora más de cerca los futuros sigmáticos, a que antes nos hemos referido. En primer término, los del indo-iranio, griego y báltico.

En estas lenguas encontramos una raíz pura con vocalismo pleno (*e*) en el caso de las sin laringal; con vocalismo irreconocible (vocal larga del timbre de la raíz en cuestión), en las con laringal monosilábicas; y con vocalismo P/Ø (llevando *e* el grado P), en las con laringal disilábicas. Todo ello, salvo en el caso de generalización del vocalismo de presente. A estas raíces se añade **-se/o* (griego), **-si̯e/o* (ai., lit.), **-sei̯e/o* (futuro llamado dórico del griego).

Así, de verbos λέγω, πέρθω, τέρπομαι tenemos en griego futuros λέξω, πέρσω (Hom.), τέρψομαι; pero el vocalismo del presente se mantiene en λύσω junto a λύω. Ejemplos de raíces monosilábicas con laringal son δώσω, πήξω, etcétera: seguramente de **-eH*$_3$, **-eH*$_1$. En cuanto a las disilábicas, futuros como τεμῶ de τεμέω suponen un *-Hse/o*, con vocalización ε de la laringal ante la *-s*. Este tipo se extiende a todos los verbos líquidos.

Sobre el llamado futuro dórico del tipo πλευσοῦμαι, θυσέοντι, etc., cf. IV.IV.1.13.

Este panorama se repite aproximadamente en ai., pero con sufijo *-sya* < **-si̯e/o*, como queda dicho. Así, de *váhati* el fut. es *vakṣyáti*, de *dádāti*, *dāsyáti*, de *bhávati*, *bháviṣyáti*. Y coincide con el del lituano: *dúosiu*, *búsiu*.

En lituano se encuentran también formas atemáticas de futuro como *duõs* 'dará', que hacen ver el carácter secundario de la diferenciación de los temas sigmáticos.

Nótese que frente a estos futuros sigmáticos el presente, aparte de la frecuente diferencia de vocalismo, se distingue también por llevar los diversos sufijos propios de este tema (gr. λαμβάνω / λήψομαι, etc.), o bien la reduplicación. También es importante notar que una oposición como la de

gr. *δραί̯ω / δράσω utiliza dos resultados fonéticos de *-e*$H_2$, como en otros casos ya vistos: así, se produce una coincidencia de un tema δρᾱ- de aoristo, perfecto y futuro, tema del que se derivan éstos y que se opone al de presente *δραί̯-.

Como cualesquiera otros, los temas de futuro sigmáticos podían llevar al lado otros reduplicados. El griego presenta algunos casos: πιθήσω / πεπιθήσω, δώσω / διδώσω. Pero en general sus futuros reduplicados están derivados, por una conexión establecida secundariamente, bien del tema de aoristo (πεφιδήσεται, κεκαδήσει), bien del de perfecto (ἑστήξω, τεθνήξω; γεγράψεται, πεπαύσεται). De esta manera se introducen dentro del futuro oposiciones aspectuales que normalmente le son ajenas.

El indo-iranio, en cambio, procede de otra manera. Ha reclasificado sus temas sigmáticos con desinencias primarias: los con *-sya* sin reduplicar son futuros, como acabamos de ver; los con *-sa* reduplicados continúan manteniendo su antiguo valor de desiderativos, según hemos visto ya (cf. IV.IV.1.13).

4. Existen también futuros sigmáticos en itálico, latín y celta; pero aquí se presenta el problema de si proceden realmente del desiderativo o del subjuntivo, o bien de un tema en *-s* no diferenciado en cuanto al significado. Por otra parte, estos futuros se ligan a veces a los otros temas.

El osco y el umbro presentan un futuro de presente y otro de pretérito, ambos sigmáticos. El de presente lleva *-s* tras vocal (o. *deiuast*), *-es* tras consonante (u. *ferest*) sufijo éste procedente de **-Hs*. El atemático de estas formas es probablemente originario; la adscripción al tema de presente, secundaria, por oposición al de pretérito.

Estas lenguas tienen también un futuro II o de pretérito derivado de este tema y provisto de *-us,* que significa la generalización de un tratamiento de **-Hs* en ciertos contextos. Cf., por ejemplo, u. *teřust,* de la raíz de 'dar'. La oposición de los dos futuros lleva al futuro la oposición temporal presente/pretérito: el futuro II es un futuro anterior al futuro I. Pero la adscripción del tema sigmático a un tema de presente o pretérito es secundaria. Todavía o.-u. *fust* es indiferente a la oposición presente/pretérito.

A diferencia del o.-u., el latín presenta temas en *-s* solamente en el futuro II o de pretérito, debido a que el futuro I lo deriva de un subjuntivo con vocal larga, como veremos. Este futuro II es el de los tipos *faxo* (resto arcaico), *amasso* (íd., con geminación expresiva en principio) y *lēgero* (tipo normal, con **-is* < **-Hs*). Su adscripción al perfecto es secundaria, como lo demuestran los dos primeros tipos. Y tampoco hay prueba clara de derivación a partir de subjuntivos o aoristos, pues los temas no son los mismos. En suma, es lo más probable que los temas en *-s* atemáticos del o.-u. y los temáticos del latín procedan simplemente de antiguos presentes, desiderativos o no. La adscripción a diversos temas es siempre secundaria.

En cambio, parece claro que el futuro sigmático reduplicado del celta deriva de un tema de subjuntivo, por formarse de las mismas raíces (en consonante dental o posterior) y tener iguales desinencias; el vocalismo original es difícil de determinar.

5. Según decíamos, los futuros compuestos o perifrásticos coinciden con los sigmáticos (salvo los que vienen del subjuntivo) en proceder de un indicativo con desinencias primarias. El proceso de formación es en definitiva el mis-

mo: interpretación temporal de un tema o sintagma de significado subjetivo.

El futuro compuesto es el de lat. *amābo, monēbo,* verbos que no disponían de un subjuntivo de vocal larga del cual pudieran crear el futuro como en el caso de las demás conjugaciones. El procedimiento es idéntico al que produce pretéritos compuestos: un tema en laringal se compone con una forma del verbo 'llegar a ser' conjugada en indicativo. Viene a tratarse de un 'voy a amar' convertido en 'amaré'.

Futuros perifrásticos los desarrollan independientemente las diversas lenguas. El del ai. de tipo *dātâsmi* 'soy dador', 'daré, se convierte en realidad en un compuesto. Y lo mismo los de las lenguas románicas, a base de perífrasis del tipo *amare habeo* (esp. *amaré*), *teneo, uolo.* En cambio, las lenguas germánicas no han llegado a la aglutinación. Así como el gót. formaba sus futuros (cuando no usaba como tales los presentes) a base de perífrasis de *duginna* 'comienzo', *haba* 'tengo que', *skal* 'debo', *wairþa* 'llego a ser', seguidas de infinitivo, el alemán moderno forma el futuro con *werden* e infinitivo y el inglés moderno con *will* y *shall* igualmente con infinitivo.

6. El estudio de los futuros derivados del subjuntivo (ya ha sido aludido el del celta, derivado de un subjuntivo sigmático) debería hacerse, en realidad, dentro del capítulo dedicado al subjuntivo. Pero parece conveniente dejar hecha aquí su descripción.

No nos referimos aquí al problema de la homonimia: que una forma se haya utilizado alternativamente como subjuntivo y futuro, tal gr. δείξω: dentro del sistema pudo adquirir estos dos significados. Se trata, por el contrario, de futuros como πίομαι, ἔδομαι o lat. *eris* (< **eseti*), que

son antiguos subjuntivos, en este caso de vocal breve, transformados en futuros. El grupo más importante de los mismos, aparte de los aludidos, es el de los subjuntivos de vocal larga del latín: *legām, legās*. Dado que en estos verbos el presente era temático y el subjuntivo con *-ā*, las formas con *-ē* pudieron pasarse del subj. al futuro; *-ām* de 1.ª sg. quedó ambigua. De la misma manera, el subj. de *sum* (*ero*) quedó disponible para el fut. al haber formas propias del ind. (*sum*) y el subj. (*sīm*, antiguo optativo). En cambio, en la primera conjugación, al ser la forma con *-ā* indicativo, la con *-ē* forzosamente quedó reservada al subjuntivo. Son, según sabemos, las mismas formas que, a veces con modificaciones fonéticas o alargamientos o composición, se utilizaron también en temas de pretérito. Estos futuros del latín quedaron secundariamente adscritos al tema de presente, por oposición a los de pretérito que hemos estudiado más arriba. No hay, pues, ni en este caso ni en otros anteriores, un tema propio del futuro, como lo hay en el grupo del i.-i., gr. y báltico y en cierto modo en los futuros perifrásticos. También el futuro en *-bo* se interpretó como de presente, frente a *amauero*.

La evolución arranca del valor eventual del subjuntivo; cf. sobre él IV.VI.4.2.

# VI

# TEMAS MODALES

## 1. EL IMPERATIVO

1. El anatolio nos hace ver que cada verbo consistía, en esta rama del Indoeuropeo, en un tema flexionado con las desinencias primarias y secundarias en indicativo y provisto además de un imperativo. El grupo no anatolio, que ha organizado una flexión de dos niveles combinando en un sistema tres o cuatro de los antiguos temas, hace ver que el esquema en cuestión es más antiguo que la escisión de las dos ramas del indoeuropeo: pues los temas verbales en general van, ya en indicativo, ya en imperativo. Decíamos arriba, precisamente (cf. IV.I.1.10-11), que es la existencia de un imperativo junto a cada indicativo la que ha dado el modelo para que, igualmente, haya junto a cada indicativo un subjuntivo, un optativo, un participio y un infinitivo: nuevo sistema al que las diversas lenguas llegaron o no llegaron, quedándose a medio camino, según los casos.

La diferenciación del imperativo a partir del indicativo es fácil de comprender si se tiene en cuenta que se trata del mismo tema. La diferencia está en la flexión del mismo. Hay los siguientes casos:

*a*) El imperativo lleva el tema puro frente a una forma de ind. con desinencia, o bien, en todo caso, a una forma de indicativo provisto de alguna marca especial. También puede suceder que el impvo. añada al tema puro un alargamiento propio de este modo.

*b*) El imperativo y el indicativo son idénticos en cuanto a tema y desinencia: o sea, se trata de una antigua forma indiferenciada modalmente (el llamado injuntivo) que cuando entra en un paradigma de indicativo se considera indicativo y cuando en uno de imperativo, imperativo.

*c*) El sincretismo indicativo/imperativo del caso anterior se resuelve a veces añadiendo a la forma en cuestión un alargamiento propio de imperativo o al indicativo uno propio de este modo.

Hay que hacer observar que, por más que todo tema pueda en principio tener desde fecha antigua un indicativo, eso no quiere decir que todos y cada uno de los indicativos derivados de los temas de las lenguas históricas sean antiguos. Es claro que, sobre el modelo antiguo, los temas rehechos de pretérito y perfecto, con hipercaracterizaciones, alargamientos, etc., han recibido en un momento dado un imperativo. Y también puede haber sucedido que en una determinada rama lingüística ciertos temas hayan perdido secundariamente la capacidad de llevar imperativos.

2. La creación del imperativo debe, pues, comprenderse de la siguiente manera. Un tema cualquiera tenía en fecha antigua indiferencia entre el valor representativo (indicativo) y el impresivo o apelativo (imperativo): podía, según los contextos, tener uno u otro. En fecha posterior, ciertas formas generalizaron el valor indicativo, ciertas otras el imperativo: sobre todo, el tema puro de tipo **bhére* es impvo. (gr. φέρε, ai. *bhára,* etc.), mientras que *bhéreti,*

*bhérei* (ai. *bhárati,* gr. φέρει) es indicativo. Es el caso *a*) de los mencionados arriba. Otras formas, en cambio, continuaron con el valor indiferenciado; son los injuntivos de *b*), que pueden tener valor de indicativo de presente / íd. de pretérito / imperativo (las con desinencia indiferente al tiempo: gr. λύετε), o bien sólo indicativo de pretérito e imperativo (con des. secundaria). Como decimos, son entendidas como indicativos o imperativos según su situación en el paradigma y su distribución. Finalmente [caso *c*)], algunas de estas formas que sincretizan indicativo e imperativo son secundariamente escindidas en un indicativo y un imperativo caracterizados formalmente.

Esto quiere decir que el imperativo es el término positivo de la oposición. Un indicativo cualquiera puede, por tanto, en un contexto adecuado, usarse con el valor neutro del término negativo: en otras palabras, puede emplearse allí donde podría también caber un imperativo. Todavía en español podemos decir *vas al puesto y me compras el periódico,* en vez de *ve al puesto y cómprame el periódico.* En lenguas indoeuropeas antiguas se conservan ciertos indicativos con valor modal llamados injuntivos a los cuales hemos hecho referencia en la medida en que son admitidos en el paradigma del imperativo: hay otros que caen fuera de dicho paradigma y de los que nos ocuparemos a continuación de hablar del imperativo. Se trata de una ejemplificación más del doble valor, polarizado o neutro, del término negativo de una oposición lingüística.

El imperativo no tiene primera persona: a veces, en fecha tardía, se da como tal en una lengua (así en sánscrito) la 1.ª de subjuntivo. Su misma adaptación a la categoría de la persona (2.ª/3.ª) y el número, con utilización de los usos neutros del indicativo y de caracterizaciones formales secundarias, tiene aspecto de ser producto de una reelaboración

que une en un mismo paradigma el término positivo de una oposición y, como queda dicho, el uso neutro del negativo. La adscripción del imperativo a la categoría de la voz es igualmente secundaria, propia sólo de algunas lenguas: en otras, neutraliza la oposición.

El imperativo, finalmente, es indiferente a la oposición temporal presente/pasado: el imperativo de pretérito (aoristo) no es un pretérito, tiene el valor aspectual del indicativo correspondiente, así en i.-i. y griego. En lenguas en que el pretérito es sólo pretérito, o bien no existe un imperativo de pretérito (caso del latín, del celta y del aesl.), o si existe, es en cuanto tema general opuesto al de presente, pero sin valor de tiempo (caso del lituano y tocario: es el único imperativo, no lo hay de presente; en tocario el imperativo sale a veces del tema del subjuntivo y en lituano también a veces de uno independiente). En cambio, en latín y osco-umbro se ha creado junto al imperativo normal un imperativo de futuro, referido a acción más remota.

3. Para describir el imperativo prescindimos de los temas, que son, según hemos dicho, los mismos de los indicativos, sean éstos antiguos o rehechos; prescindimos de que en tal o cual lengua se haya generalizado tal o cual tema como único del que se obtiene un imperativo, según acabamos de decir: esto no afecta, insistimos, al tiempo. Y prescindimos del aspecto del imperativo en las lenguas con un imperativo por tema, indo-iranio y griego. No entramos tampoco en las formas incorporadas en fecha reciente al imperativo, sean los subjuntivos del sánscrito arriba aludidos o los optativos que dan el imperativo eslavo (cf. IV. VI.3.1).

Nos interesan exclusivamente las desinencias (o falta de desinencias, lo que es igual), en cuya descripción seguimos la clasificación tripartita esbozada arriba.

El tipo *a*) se refiere a los temas puros sin desinencia, que secundariamente han sido adscritos a la 2.ª sg. y, en algunas lenguas, a la voz activa. En het. pueden citarse formas como *eš, et, walḫ, uwate, tarna, dai,* de *ešmi, edmi, walḫmi, uwatemi, tarnaḫḫi, daḫḫi*: siempre 2.ªs sg. act. de tema puro. A veces se añade un alargamiento *-t* (*arnut* de *arnumi*) y *-i* (*kuen*(*n*)*i* de *kuemi*). Frente a estas formas están las de indicativo que ya conocemos: con *-ši* en la conjugación en *-mi,* con *-ti* en la en *-ḫi.* La forma de voz media atestigua que está rehecha: es en *-ḫut,* es decir, con la *-ḫ* propia de la media, una *-u* que entra como alargamiento en todos los imperativos de voz media y en algunos activos (3.ª sg. act. del het. y ai.) y el alargamiento *-t* que ya conocemos.

El panorama del postanatolio es comparable, aunque las formas atemáticas sean raras. Cf., por ejemplo, gr. ἔξει, lat. *ei, ī,* gr. ἵστη, lat. *cedo* (lit. 'aquí da'), *planta, ama,* gót. *salbō.* A veces hay alargamiento: *-k* en lit. *eĩk* 'ven', *pavydėk* 'envidia'; *-dhi* en ai. *viddhí, ihí,* gr. ἴθι; *-s* e *-i* en gr. δός, δίδοι. Las formas temáticas con *-e* están muy extendidas: ai. *bhára,* gr. φέρε, gót. *baír.* Los alargamientos proceden del sistema pronominal-adverbial: son elementos deícticos de refuerzo.

Estos temas puros son el arranque del imperativo. Aunque arcaicos, los con vocal temática son, como sabemos, secundarios: se abstraen a partir de formas con desinencia (*-em, -es, -et*), igual que el vocativo.

Según decíamos, la adscripción a la voz activa es secundaria: se trata de una polarización que surge cuando se crea una forma especial de voz media, como hemos visto en el

caso del hetita. En ai. la v. med. *bhárasva* es la forma de activa con un *-sva* emparentado con el reflexivo; en gr. τίθεσο es una forma de injuntivo; en tocario, formas con *-r* (toc. B *(p)kalar* junto a act. *kāla*). En báltico el imperativo neutraliza, como todo el verbo, la oposición activa/media; y lo mismo en gótico, pese a que aquí esta oposición existe en indicativo. En griego todavía se puede usar παῦε en el sentido de παύου 'cesa' (sentido de la voz media, frente al 'hacer cesar' de la activa).

Igualmente secundaria es la adscripción del tema puro a la 2.ª persona, forzada por una polarización frente a la 3.ª. En gr. se usa todavía, a veces, neutralmente respecto a la oposición de las personas: cf. Eurípides, *Bacantes* 1, 73 ἴτω τις, εἰσάγγελλε 'que vaya uno y anuncie'. Cf. también los antiguos imperativos convertidos en interjecciones: gr. ἄγε, lat. *age* 'ea', lat. *cedo* 'aquí'.

4. Existen, por otra parte, temas puros alargados con *-tōd*, quizá el ablativo del pronombre, que tienden a reservarse para la 3.ª sg., pero conservan huellas de su antigua indiferencia respecto a la persona: se dan sólo en el indoeuropeo no anatolio.

Cf., por ejemplo, 3.ªs sg. como ai. *vittād, śṛṇutād, bharatād*, gr. ἴστω, ὀμνύτω, φερέτω, lat. *amato, legito*. Pero *amato, legito* son al propio tiempo 2.ªs personas: por otra parte, se han diferenciado para indicar un indicativo de futuro. En gr. se conserva también huella de la indiferencia personal de esta forma: una glosa ἐλθετῶς· ἐλθέ, referida a Salamina de Chipre. La antigua indiferencia a la voz se descubre por el hecho de que en latín clásico a un verbo *arbitror* puede responder aún un impvo. *arbitrato*.

Sobre estas formas en *-tōd* se han creado otras de 3.ª pl. (gr. ἔστων, φερόντων, lat. *agunto*) e incluso de 2.ª pl. (lat.

*amatote*). Sobre ellas se han creado también desinencias medias: gr. 3.ª sg. φερέσθω (que en algún dialecto funciona como 3.ª pl. también), 3.ª pl. φερέσθων, φερέσθωσαν; formas ocasionales en ai., 2.ª pl. *vārayadhvād.*

5. Los injuntivos y los injuntivos alargados (tipos *b* y *c*) pueden estudiarse juntos. El tipo más frecuente es el de 2.ª pl. en *-te,* que se encuentra en ai. *bharata,* gr. φέρετε, lat. *amate,* gót. *baíriþ,* lit. *veȓstite*: en las lenguas que no han modificado esta desinencia en indicativo hay coincidencia, según decíamos: así, gr. λύετε tiene los tres valores a que nos referíamos arriba (IV.VI.1.2), mientras que en ai. sólo coincide la forma secundaria (*a*)*bharata* y en lat. no coincide ninguna (hay *-tis*). Tal vez para evitar esta coincidencia usa el aesl. una forma de optativo (*berite* frente a ind. *berete*).

Otras veces se acude a una desinencia solamente secundaria. Así el het., que forma la 2.ª pl. impvo. en *-ten,* como el pretérito (ind. pres. *-teni*). Y el het. y ai. en su 3.ª sg. y pl. impvo., que llevan *-t* y *-nt,* como el imperfecto, pero con alargamiento *-u*: het. *ešdu, ašandu,* ai. *bháratu, bhárantu.* De un injuntivo vienen gr. φερόντων, lat. *agunto,* aludidos ya. Para la voz media puede hacerse referencia a la forma en -σο del griego (τίθεσο, λύου < λύεσο) en 2.ª sg.; *-dhavam* del ai. en 2.ª pl.; *-re* < **-se* del lat. *sequere*; formas de dual como ai. 2.ª *bhavatam,* 3.ª *bhavatām,* gr. 2.ª λύετον; etcétera.

Existen luego y conviene mencionarlos aquí, aunque no se incluyan en los paradigmas del imperativo, otros injuntivos, es decir, usos modales del indicativo con desinencias secundarias. Concretamente, la 2.ª sg. en *-s* no se usa imperativamente, puesto que lo que existe es el tema puro. Pero en ai. se puede decir en prohibiciones *mā́ dhās* 'no pongas';

el subj. con negación prohibitiva en latín y en griego (en aoristo) deben de ser continuaciones del injuntivo. El problema del reparto de funciones entre el imperativo propio (tema puro), el injuntivo incorporado a él y el no incorporado, el subjuntivo e incluso el indicativo con desinencias primarias, es complejo y no puede ser dilucidado aquí.

6. Tampoco podemos exponer en detalle el desarrollo del sistema del imperativo en las diversas lenguas hasta crear formas para todas las personas en las dos voces (allí donde el imperativo expresa voz). Habría que añadir el estudio de formas nominales como *-mini*, antiguo participio o infinitivo que en latín ha dado la 2.ª pl. impvo. mediopasivo; del *-dau* de 3.ª sg. en gótico; de las formas mediopasivas con *-r* del hetita, latín, itálico y tocario; de los diversos recursos analógicos usados por los dialectos griegos y el i.-i. para crear toda una flexión media del impvo., incluidas formas de dual; etc., etc. Y, luego, de desinencias especiales de los imperativos de ciertos temas, tal el imperativo de aor. gr. de tipo λῦσον, med. λῦσαι. La reelaboración del imperativo suele ser reciente, con diferencias dialectales a veces. Sólo en griego y en i.-i. queda adscrito totalmente a todas las categorías del verbo, lo cual es un arcaísmo al haber un imperativo por tema, pero también comporta muchas innovaciones. El núcleo antiguo es una forma de mandato, con tema puro, indiferente a la persona (aunque fundamentalmente se refería a la 2.ª), al número, al tiempo y la voz. Luego el subjuntivo hizo la competencia a esta forma, mientras que el injuntivo, o se fundió con ella, o desapareció. Fuera del griego e i.-i., quedó reducido a un solo tema y al uso en la oración principal; el latín lo insertó en la oposición presente/futuro.

## 2. EL SUBJUNTIVO

1. En IV.I.1.10 quedó ya indicado el proceso por el que, verbo a verbo, se opone un tema de subjuntivo a otro de indicativo; mejor dicho, a la totalidad de los temas de indicativo, aunque en una fase posterior se oponga a cada tema de indicativo una variante del mismo con valor subjuntivo, tendiéndose, además, a fijar determinadas relaciones formales indicativo/subjuntivo y aun a especializar determinados sufijos como indicio, sin más, de subjuntivo. No sólo a especializarlos, sino a caracterizarlos formalmente con alargamientos o vocalismos propios; además, las desinencias pueden también contribuir a la distinción.

El detalle varía grandemente de lengua a lengua, dado que las circunstancias de las mismas son diferentes. Pero las líneas generales son idénticas e incluso hay coincidencia en las formaciones que se tiende a especializar como de subjuntivo. Se trata de un desarrollo posterior al postanatolio y que tampoco ha afectado al grupo del báltico y eslavo; muy levemente al del germánico. En una fase en que sólo un indicativo se oponía al imperativo, como es la protoindoeuropea, ese «indicativo» incluía, evidentemente, todos los valores que posteriormente se distribuyeron entre el indicativo y el subjuntivo (y también el optativo). Quedan huellas clarísimas de ello no sólo en hetita (donde, por ejemplo, se usa la negación prohibitiva *le* con indicativo) y en balto-eslavo (donde se crean luego, por derivación o perífrasis, un subjuntivo y un condicional, respectivamente), sino también en indicativos de las demás lenguas: ya en los llamados injuntivos, de que acabamos de ocuparnos, y que son indicativos con desinencias secundarias y valor modal, ya en temas con desinencias primarias o en temas

puros que habitualmente funcionan como presentes de indicativo.

Pues bien, a partir de ese uso de indistinción modal de todos los indicativos, se llegó en un momento a una escisión: para un determinado verbo se utilizan, junto a uno o varios temas cuyo valor queda limitado al de indicativo, otro cuyo valor se reduce al de subjuntivo. Ello sin duda por un fenómeno de infección: un tema adquiere valor de subjuntivo en un contexto adecuado a ello y, frente a él, otro y otros quedan polarizados como indicativos. De verbo a verbo la situación puede variar: *amās* es ind. frente a *amēs* subj., pero *monēs* es ind. frente a un subj. secundario *moneas*. La distinción se logra en distribución y en sistema: exactamente igual que la distinción de tema de presente y de pretérito-aoristo. Pero, al igual que allí, se tiende a especializaciones formales a que hemos hecho referencia. Especializaciones que, en lenguas que tienen tanto aoristo como subjuntivo, tienen que no confundir estos dos temas, claro está.

2. Conviene antes que nada pasar una rápida revista a temas que dentro de una determinada lengua son ambiguos entre indicativo y subjuntivo: bien se trata de formas difíciles de clasificar, bien de formas que se encuentran tanto en el paradigma del indicativo como en el del subjuntivo.

El primer caso se encuentra, según decíamos, no sólo en hetita, báltico y eslavo, sino también en lenguas que han desarrollado un subjuntivo: concretamente, en indo-iranio. Los temas en *-a* (temáticos) son en védico, efectivamente, ambiguos a veces, cabiendo según los casos la interpretación por el indicativo o el subjuntivo; ello sobre todo cuando están mal integradas en el sistema morfológico, tal *kárat*, *kárati*, junto al cual no hay *kárti*, sino *kr̥ṇóti*. Igual-

mente, el injuntivo tiene en védico un valor mucho más amplio que el de aquellas formas que se integran luego en el imperativo o van sólo tras la negación prohibitiva: su valor es esencialmente indicativo, pero también tiene matices modales varios.

Más interesante es, sin embargo, para nosotros el segundo caso: formas que por su doble valor aparecen en los dos paradigmas de indicativo y subjuntivo, a veces con diferenciaciones formales secundarias. Estas diferenciaciones pueden proceder de aprovechar variantes de la evolución fonética; de oposiciones del vocalismo; y del uso de distintas desinencias o alargamientos.

En ai. hay formas como *dā́ti, pṛṇā́ti* y otras más que aparecen en los paradigmas citados sin que haya que suponer que las de subjuntivo presenten una contracción. En 1.ª sg. temática -*ō* se ha hecho subj. (*bhavā*, también *bhavāni*) frente al ind. en -*āmi*. En griego hallamos coincidencia en la 1.ª sg. de los temáticos (tipo φέρω) y en algunos verbos en **-H* (subj. mes. προτιθηντι, cret. νυνᾶται, cf. también ind. λίπη / subj. λίπῃ, diferenciados secundariamente). Pero esto que aquí es la excepción es habitual en germánico, donde la conjugación de gót. *salbō, -ōs* es propiamente un indicativo-subjuntivo: la diferencia se logra sólo en la 1.ª pl. ind. *salbōm* / subj. *salbōma*, 3.ª pl. *salbōnd* / *salbōna*. En los temas en -*ē* del aaa. hay igualmente tan sólo diferencias de este tipo: 1.ª sg. ind. *habēm* / subj. *habe*, 3.ª *habēt*/*habe*, etcétera. La diferencia 1.ª sg. ind. *fullna* / subj. *fullnau* se logra mediante un recurso fonético (cf. IV.III.2.5). Los temas en -*ā* mantienen la misma indiferencia esencial en celta y osco-umbro: bien que en celta se ha introducido en parte una diferencia con ayuda de la flexión, mientras que en osco-umbro se especializa para el subj. la forma en -*ai*, procedente de una evolución de **-eH*$^{i}_{2}$ ante -*s*, -*t*.

Pero es, sobre todo, en tocario B donde mejor se ve la indiferencia de determinados temas respecto a la oposición indicativo/subjuntivo. Ello ocurre en verbos de las clases I (atemáticos), II (temáticos), V (en *-ā*), IX (en *-sk*), X (*-nask*) y XII (*-ññ* < **-nHi*). Sin embargo, dado que tiende a crearse una oposición de vocalismo entre indicativo y subjuntivo, según hemos expuesto en IV.II.4.7-10, a veces se logra de este modo una distinción, llevando el subj. vocalismo **o*.

3. Junto a esta huella de una época en que todos los temas reunían las funciones que luego se repartieron el indicativo y el subjuntivo, hay otras que nos hacen ver que, cuando se creó un subjuntivo, se creó un único subjuntivo por verbo. Incluso en las lenguas en que un determinado subjuntivo se considera propio de tal o cual tema de indicativo, es fácil ver que ello representa tan sólo una interpretación secundaria. Efectivamente, atribuir *amēs* al pres. de subj., es decir, relacionarlo con *amās,* sólo pudo hacerse a partir del momento en que se creó un subj. *amāuerim,* derivado del tema de pretérito: desde este momento se creó incluso un subj. *moneas,* realmente obtenido de *monēs.* Lo mismo hay que decir de *amārēs* frente a *amāuissēs.* Paralelamente, en gr. φέρῃς, ἴομεν se oponen a indicativos φέρεις, ἴμεν, que eran temas generales, con sólo presente y pretérito con des. secundarias: también los subjuntivos eran generales y sólo fueron sentidos como de presente cuando se crearon aoristos y perfectos de otras raíces.

En definitiva, el sistema del subjuntivo se creaba sobre elementos morfológicos que no debían confundirse con los indicativos: ni de presente, ni de aoristo, ni de perfecto. Pero a partir de un momento dado y en determinadas lenguas se produjo un doble proceso, desencadenado sin duda por la presencia de un imperativo junto a cada indicativo

(cf. IV.I.1.10-11): de un lado, los subjuntivos se atribuían al indicativo más próximo formalmente; de otro, se creaban subjuntivos, por derivación, de todos los indicativos. Ambos procesos se condicionan recíprocamente.

4. Es el tocario B la lengua donde más clara queda la independencia del subjuntivo respecto a los demás temas. Cada verbo tiene un subjuntivo: cuando éste procede de un tema independiente del de los indicativos (cf. _supra_ y recuérdense también casos de coincidencia subj./ind. pret., en A), lleva uno de entre los varios sufijos que se usan en éstos, lográndose la distinción por proporción, aunque también pueden entrar en juego las diferencias de vocalismo a que nos hemos referido. Por ejemplo, puede haber un subj. atemático junto a indicativos atemáticos, temáticos, con _*-s_ o _*-sk_, con _-nask_ < _*ne/osk_; un subj. temático junto a un ind. con _*-s_, _*-sk_, _-nask_ < _*ne/osk_, _*-s-sk_; un subj. con _-ā_ frente a múltiples tipos de indicativo. Nos estamos refiriendo a indicativos de presente, pero igual podríamos referirnos a los de pretérito, que están en relación irregular con aquéllos. Es muy común, hablando en términos generales, que el subjuntivo, sobre todo el con _-ā_, derive directamente de la raíz mientras que los indicativos son derivados. Cf. ind. _alpanaṃ_ / subj. _ālpam_.

De esta situación quedan huellas en latín arcaico, donde se encuentra un subj. _attigam_, _aduenam_ de _tango_, _aduenio_; y es lo normal en antiguo irlandés (salvo en el caso de identidad original indicativo/subjuntivo, aludido arriba). Es, en efecto, frecuente que el subjuntivo, luego adscrito al presente (hay un imperfecto de subj. secundario), se obtenga de la raíz mediante un sufijo _-ā_ o _-s_, mientras que los indicativos de presente y pretérito tienen formas independientes: cf., por ejemplo, air. ind. _mairnid_ / subj. _mera-_. Ahora

bien, también podía suceder otras veces que el subjuntivo se formara mediante un tema derivado: en toc. B existen subjuntivos con _*-nā, -nask_ < _*ne/osk, -ññ_ < _-ni̯, *s-sk_. En realidad, el tipo que opone un tema puro temático como indicativo a uno con sufijo _*-ā_ o _*-ē_, tipo frecuentísimo, es este caso.

Incluso en las lenguas que han subordinado los temas de subjuntivo a los de indicativo, introduciendo así lo que hemos llamado el tercer nivel de la flexión (cf. IV.I.1.10), es fácil ver con frecuencia que la relación de unos y otros es secundaria. Y ello no sólo cuando esa relación se ha establecido por un hecho de sistema, que ha unido dos formas sin relación formal alguna. Incluso si en ind. y subj. hay el mismo sufijo, la diferencia de vocalismo hace ver que se trata de formas originariamente independientes: así, el ai. lleva grado alargado en los ind. sigmáticos, pleno en los subjuntivos (_ávākṣam/vákṣati_), el gr. lleva _e_ en el perf. subj. εἴδῃς frente a la _o_ del ind. οἶδα. Es igualmente claro que las formas en _-si_ del subj. védico son antiguos imperativos con este alargamiento (tipo _párṣi, yákṣi_). Más clara es la cosa aún en caso de discrepancia: lat. _fēci/faxo, monui/monĕrim_. Por otra parte, si en los subjuntivos de aoristo sigmáticos del gr. y ai. la _-s_ se siente como aorística, ésta es una interpretación secundaria: en general, se usó _*-s_ para el aoristo y _*-se/o_ para el subjuntivo, pero luego _*-se/o_ (y _*-sē_) se sintió como subj. de aoristo. Se llegó así incluso a formaciones latinas como _dixerim_, con _*-s-is_, para lograr mayor distintividad y, al tiempo, una relación clara de subjuntivo e indicativo.

5. Los sufijos que se usaron para marcar el subjuntivo fueron en principio muy variados, como habrá podido apreciarse por lo que llevamos dicho sobre el tocario B, que

presenta a este respecto el estadio más arcaico. Pero incluso en este dialecto hay una tendencia clara a oponer un indicativo atemático a un subjuntivo temático y un indicativo temático a un subjuntivo de vocal larga: bien en **-ē*, bien en **-ā*. El subj. en **-ē* está ampliamente difundido; el en **-ā* lo conocemos por el latín, osco-umbro y celta, aunque es posible que haya existido en i.-i. y toc., cuya *-ā* es ambigua. En cambio, está descartado un subj. en **-ō*: gr. φέρωμεν, φέρωσι está rehecho a partir de *φέρημεν, *φέρησι (cf. lat. *ferēmus, ferēnt*) sobre el modelo del ind. temático y, concretamente, del ind./subj. φέρω.

Estos dos tipos de oposición a que hacemos referencia pueden ejemplificarse fuera del toc. con casos como éstos:

*a*) Ind. atemático / subj. temático:

Ai. *ásti* / *ásati*, gr. ἐστί / ἔσεται (hecho fut.), lat. *est* / *erit* (íd.).

Ai. *éti* / *áyati*, gr. ἴμεν / ἴομεν.

*b*) Ind. temático / subj. con vocal larga:

Ai. *bhárati* / *bhárāti*, gr. φέρεις / φέρῃς (por *φέρης), lat. *dicis* / *dicās*.

Sin embargo, esta relación, aunque la más frecuente, no es exclusiva. Sin necesidad de acudir al tocario, en el mismo latín encontramos que a veces, según hemos ya indicado, a un ind. con vocal larga se opone un subj. también con vocal larga, pero diferente: *amās/amēs*. Otras veces había indudablemente dos subjuntivos: junto a *dicis* había *dicās* y *dicēs*, convertido este último en futuro, si bien *dicām* quedó ambiguo entre subjuntivo y futuro (uso sincrético). El problema era que no se confundiera el tema de subjun-

tivo con vocal larga con un tema de pretérito con la misma vocal: por eso el lat. usa *erās* como imperfecto al lado de *ero* (subj. antiguo), pero en cambio junto a subj. *dicās* hubo de crear un imperfecto *dicēbās*. El lit., que no tiene subj. antiguo, pudo usar íntegramente los temas en **-ē, *-ā* en el pretérito. El lat. y otras lenguas hubieron, en cambio, de llegar a diferenciaciones secundarias: *amā-* es subj., *amāu-* es ind. pretérito.

Por otra parte, la vocal larga se usó ampliamente para añadirse a toda clase de temas como marca de subjuntivo: lat. *moneās, audiās*; gr. δείξῃς, etc.

6. Un tipo de subjuntivo usado también muy frecuentemente es el con *-s*. Se trata de los temas en *-s*, bien conocidos por nosotros, usados esta vez para oponer subjuntivo a indicativo. Así, el air. usa temas en gutural o dental alargados por una *-s* para marcar el subjuntivo, marcando estos temas el pretérito con una *-t* (cf. IV.IV.1.10), mientras que la *-s* marca el pretérito en los temas que tienen ind. y subj. en *-ā*. En otras lenguas, los temas en *-s* se usan para el subj. allí donde no son usados para el pretérito (tipo *amo/amaui/amarēs* < **ama-s-ē-s*), o bien se llega al sistema que interpreta la *-s* como marca de pretérito o aoristo, distinguiéndose el subj. por el alargamiento de la misma: caso del griego δείξῃ junto a ἔδειξε, del ai. *vakṣati* junto a *ávākṣam*, del lat. *dixerim* junto a *dixi* (cf. *supra*). Esta *-s* va provista, efectivamente, de alargamientos diversos, como queda dicho. Por lo demás, es difícil a veces decir si una forma determinada proviene de un subjuntivo con *-s* o de un desiderativo o, simplemente, de un tema en *-s* sin valor especial: cf. *supra*, IV.V.3.4 sobre lat. *faxo, amasso*.

7. Al tercer nivel de la flexión llegan, según queda dicho, el indo-iranio, el griego y el latín; también el armenio, que posee un subj. de presente y dos (activo y medio) de aoristo, formados con **-ēse/o* el de presente y aor. act., y con **-ēsē* el de aor. medio, todo ello (y la oposición de los dos primeros) resultado de procesos secundarios. En cambio, en toc. A sólo en cierta medida se adscribe al pretérito el único subjuntivo.

Esta ascensión al tercer nivel presupone una serie de reestructuraciones del sistema a que ya hemos hecho referencia: atribución a un determinado indicativo de un subjuntivo que no tenía relación especial con él, diferenciación de una forma única con ayuda de procesos fonéticos, alargamientos o desinencias. Pero también se han creado formas especiales para los diversos temas. Esto es lo que ha ocurrido, muy notablemente, en latín y osco-umbro. El latín concretamente no sólo ha adscrito *amēs* y *amārēs* al presente, sino que ha creado dos formas paralelas sobre el tema de pretérito: *amāueris* (que lleva como alargamiento una característica de optativo, cf. *infra*) y *amāuissēs* (con *-ss-* geminada, y *-ē*); es notable que la forma con **-is-ā* ha quedado clasificada como pluscuamperfecto de indicativo.

La comunidad de todas estas lenguas se acaba en la existencia de un tercer nivel en la flexión. Pues mientras que el indo-iranio y el griego lo que logran en una serie de subjuntivos provistos de los aspectos verbales de los indicativos, pero no de su valor temporal, en latín y osco-umbro es precisamente subjuntivos con valor temporal lo que se logra. Y se va por un camino independiente en la medida en que en realidad hay dos subjuntivos: un potencial (*amēs, amāueris,* presente y perfecto de subjuntivo) y un irreal (*amārēs, amāuissēs,* imperfecto y pluscuamperfecto de subjuntivo), si bien el osco-umbro va menos lejos que el latín,

pues no tiene un pluscuamperfecto de subjuntivo (el perfecto lo crea con -*ē* añadida al tema de pretérito: *fefaked*).

8. Convendría insistir en el hecho de que el subjuntivo presenta a veces un segundo rasgo distintivo respecto al indicativo, además de la diferencia de tema: el poseer desinencias en parte independientes. Es normal la presencia en él de las desinencias secundarias en vez de las primarias, que se reservaban al indicativo, que marca el tiempo. Sin embargo, en ai. se encuentran también las desinencias primarias; y Homero conoce, al lado de las normales, formas en -ωμι, -ησθα, -ησι. En otras lenguas, así en las germánicas y en el mismo ai., hemos hallado otras diferencias ind./subj.: aaa. ind. -*ēm* / subj. -*ē* en 1.ª sg. e, inversamente, en ai. ind. *bhárāmi* / subj. *bhárā*, sin des.; gót. ind. -*a* / subj. -*au*; etc. Estos y otros recursos son perfectamente secundarios; cf. en lat. ind. *amō* (por **amā*) / subj. *dicām*. Tanto las formas de tema puro (gr. φέρω) como las con des. secundarias y aun primarias se encuentran usadas en uno y otro modo.

Finalmente, adelantando cosas que se dirán a propósito del optativo, conviene hacer notar que las lenguas indoeuropeas acabaron por sincretizar subjuntivo y optativo, tomando formas ya de uno ya de otro para el modo único resultante. Así, el llamado subjuntivo latino contiene formas del antiguo optativo (*sīm, edīm*); el subjuntivo del védico sólo en 1.ª sg. se conserva en sánscrito clásico, en el paradigma del imperativo; el llamado subjuntivo de las lenguas germánicas es muy principalmente un optativo, al cual se añaden algunas formas en realidad idénticas a las de indicativo, salvo algunas diferenciaciones secundarias que hemos notado. Puede decirse, en realidad, que el germánico no tuvo nunca subjuntivo, aunque adicionara al paradigma del

optativo algunas formas del indicativo usadas modalmente. En cuanto al griego, es el optativo el modo que se pierde, ya en época helenística. También insistimos en que las lenguas que carecen de subjuntivo tienden a crearse en fecha reciente modos diversos, de sentido más o menos próximo: así el báltico, el eslavo y el propio germánico, que utiliza perífrasis con verbos auxiliares.

### 3. EL OPTATIVO

1. Todo el grupo no anatolio, a excepción del báltico, el armenio y el celta presentan un optativo caracterizado por un sufijo *-i̯ē/*-ī en los temas atemáticos y un sufijo *-oi* en los temáticos: es fácil, a partir de aquí, postular un antiguo sufijo único *-i̯eH$_1$/-iH$_1$, que con la vocal temática *-o* llevaría el grado ∅, dando *-oi.* Hay que observar que el optativo en ocasiones ha alterado gravemente su posición en el sistema: en eslavo se ha convertido en un imperativo; en germánico se ha sincretizado con el subjuntivo, entrando en paradigmas mixtos cuya primera persona viene del subjuntivo o, mejor, de una forma indiferenciada indicativo-subjuntivo (gót. subj. pres. *nimau / nimais,* subj. pret. en *-dēdjau* / 3.ª *-dēdi*): en latín también se ha sincretizado con el subjuntivo, derivándose el nuevo subjuntivo ya del antiguo ya del optativo (así *sīm, edīm*); en tocario el optativo persiste, pero algunos de ellos, derivándose de temas de presente, han tomado el nuevo valor de imperfectos.

Nos encontramos, pues, con una característica única para marcar el tema de optativo; tema que en las lenguas que han desarrollado el tercer nivel de la flexión deriva alternativamente de los distintos temas de presente, aoristo y perfecto. Esto es lo que sucede en védico y en griego: el germánico deriva a su vez su subjuntivo (fundamental-

mente un optativo, por el origen) de ambos temas de presente y pretérito, como acabamos de ver; e igual sucede en latín, donde hay *sīm,* derivado de un presente, pero *amāuerīm,* de un pretérito. Pero hemos de ver que, igual que en el caso de subjuntivo, esto es resultado de una evolución secundaria y que en principio había sólo un optativo por verbo.

2. La característica *-i̯e$H_1$/*-i$H_1$ a la cual hemos hecho referencia, funcionaba en los verbos atemáticos absolutamente igual que cualquier otra predesinencial, es decir, con grado pleno en el sg. y ∅ en el pl., du. y voz media. Se había adherido, pues, a la flexión antes del momento en que comenzó a perderse el tipo atemático: sin duda, en el momento en que este tipo, todavía en anatolio no bien desarrollado a efectos de la alternancia vocálica, estaba en su momento de apogeo. Sucedía además que la característica en cuestión se añadía a una raíz en grado ∅: junto a ind. *ásti* hay en ai. opt. *syā́t,* junto a *véda, vidyā́t,* etc. Ese grado ∅ era normal también en pl., du. y voz media, conforme a lo propio de los atemáticos, que evidentemente son el modelo: en sí, esperaríamos, por ejemplo, 3.ª pl. lat. **es-ī-nt,* no *sīnt.*

Dado que, por otra parte, la característica de optativo no aparece en la Morfología indoeuropea más que como tal característica de optativo, se deduce claramente que es un elemento originariamente autónomo con un valor próximo a éste: no el resultado de una gramaticalización dentro del sistema de una forma de sentido indiferenciado. O sea: sobre el modelo **ésmi/*éssi/*ésti/*smén* (-*s*), **sté, *sń̥ti* (**se/ónti*), se ha creado un tema **si̯ē-/*sī-* provisto de idéntica flexión, pero con desinencias secundarias (salvo excepciones, cf. gr. φέροιμι). El punto de partida para esta aparente infijación está, sin duda, en la existencia de temas

puros sin desinencias, que a veces se aglutinaban con **-i̯ē*. El sentido original de esta característica debe ser tal que explique la diferencia de sentido, en época histórica, entre indicativo y optativo. Hay que pensar en una partícula tónica delante de la cual el verbo aparecía como proclítico: una partícula cuyo sentido debía oscilar entre el de 'ojalá' y el de 'quizá', de donde salen, respectivamente, los valores cupitivo y potencial del optativo.

A su vez, los optativos con *-oi-* presuponen la existencia de temas absolutamente temáticos, con posibilidad de usar el tema puro terminado en dicha vocal temática. A estos temas puros secundarios se añadiría la *-ī*, resultando **-oī* > *-oi*. Téngase en cuenta que formas del tipo **bhéroim*, **bhérois*, **bhéroit* son absolutamente anómalas: llevan una vocal temática autónoma y no la que iba ante la desinencia; llevan ante ésta un grado Ø (*-ī-*), cuando ante *-m*, etc. se esperaba, contrariamente, uno pleno. Éste está quizá testimoniado por gr. át. φιλοίην, σχοίην, lésb. φανοίην, considerados en general analógicos.

3. Antes de entrar en el problema de la adscripción del optativo al tema puro o a varios temas, conviene que veamos en detalle algunos ejemplos de optativos en lenguas históricas. Sucede que con frecuencia tienen lugar tendencias analógicas que, en el atemático, generalizan un vocalismo: en ai. en 1.ª 2.ª pl. act. desde época antigua, en otras lenguas en fecha más reciente. He aquí el paradigma del optativo de **es* 'ser' en ai., gr. y lat. (entre paréntesis, las formas analógicas recientes):

| | AI. | GR. | LAT. |
|---|---|---|---|
| 1.ª | *syā́m* | εἴην | *siēm* (*sīm*) |
| 2.ª | *syā́s* | εἴης | *siēs* (*sīs*) |

| | AI. | GR. | LAT. |
|---|---|---|---|
| 3.ª | *syā́t* | εἴη | *siēt* (*sīt*) |
| 1.ª | *syā́ma* | εἶμεν (εἴημεν) | *sīmus* |
| 2.ª | *syā́ta* | εἶτε (εἴητε) | *sītis* |
| 3.ª | *syúr* | εἶεν (εἴησαν) | *sīnt* |

Como podrá observarse, el griego, aparte de llevar el grado pleno en la raíz por imitación del indicativo, ha tendido a extender al plural el vocalismo del singular: así han hecho el jónico y la *koiné*. El latín, por el contrario, ha eliminado el vocalismo antiguo del sg. (testimoniado en Plauto) a favor del del plural. Esto mismo sucede en algunos ejemplos germánicos como gót. *witeis, witi* y aaa. *sīs, sī* (1.ª pl. *sīm*). En cambio, este problema no se presenta en eslavo, donde, al haber ido a parar el opt. al impvo. dual y pl. (el sg. viene del tema puro), hay siempre la *-i* esperada (*dadimъ, znajimъ*); pero a veces la *-i* de estas formas puede venir del tema puro, así en impvo. 1.ª pl. *molimъ*, de *moljǫ*. En cuanto al tocario, es dudoso si la característica *-ī* procede de **-ī* o de **-oi*; cuando hay *-oy*, a saber, en los verbos en *-ā* y *-nā*, es bien claro que hay el grado Ø de la característica, generalizado.

El grado Ø de la voz melia puede ejemplificarse fácilmente con ejemplos como ai. *dadhītá* (pres.), *dikṣītá* (aor.), gr. τιθείμην (pres.), θείμην (aor.).

En cuanto al optativo temático, ya hemos dicho que su característica es *-oi*, de donde ai. *-e*, gr. -οι, aesl. *-ě*, gót. *ai*. El ai. presenta problemas en 1.ª sg. *bhareyam*, 3.ª pl. *bhareyur*, donde esperaríamos *-ayam, -ayur*: la *e* es sin duda analógica, extendida a partir de *bhares, bharet, bharema*, etc. En gr. hay una des. *-mi* en 1.ª sg., donde esperaríamos *-m*: pero cf. arc. ἐξελαύνοια; además, enviamos a IV.IV.2.5

sobre el optativo llamado «eolio». En aesl. el antiguo optativo (luego imperativo) temático se ejemplifica con formas como pl. *iděmъ, iděte,* du. *iděve, iděta* de *idǫ.* En germ. este optativo se emplea en el llamado subjuntivo de presente, a diferencia del de pretérito, que lleva el otro tipo. En él, como ya se ha dicho, la 1.ª sg. es el antiguo indicativo-subjuntivo: así tenemos *baírau, báirais, baíraiþ,* etc.

4. Pasando ahora a los temas de que se deduce el optativo, hay que hacer constar que sólo en ai., gr., lat. y germ. se deduce más de un optativo por verbo, según hemos expuesto. En realidad, es fácil que de todos los temas generales se pudiera obtener un optativo, pero, dado que algunos de ellos se usaron sólo para obtener pretéritos (los que pasaron a ser «temas de aoristo»), es lo más verosímil que el estado antiguo del postanatolio sea el de una lengua en que sólo de los temas puros, no alargados, e independientemente de que de ellos se obtuvieran un presente o un aoristo, se formaba un optativo.

El precativo del ai., cuya voz media deriva de un aoristo sigmático en *-s* o *-iṣ,* al que añade la característica *-ī* de optativo y en algunas personas una *-s,* presenta en la voz activa, en védico, formas que etimológicamente son optativos de la raíz pura, construidas sobre el grado Ø de la misma. Concretamente, de *bódhati* hay una 2.ª 3.ª sg. prec. *budhyā́s,* de las cuales la 2.ª coincide exactamente con el optativo; en la 3.ª hay *-s* en vez de la *-t* de optativo (que luego invade, en sánscrito clásico, esta forma de precativo), y a partir de estas dos personas en *-s* se añade la *-s* a las demás (1.ª sg. *budhyā́sam,* 1.ª pl. *budhyā́sma,* etc.). Es el proceso por el cual un elemento desinencial, la *-s* de 2.ª 3.ª (cf. IV.III.4.2) se convierte en sufijal. Pero lo que aquí nos interesa es la derivación de una forma en definitiva de

optativo de la raíz. Claro está, cuando el presente es radical, el optativo propiamente dicho se obtiene del mismo y queda definido como optativo de presente: así en el mismo *budhyā́t* citado. Pero resulta ahora claro que esa adscripción de un optativo a un tema radical es secundaria: lo original es que el optativo llevara raíz pura en grado Ø, fueran cuales fueran los temas de indicativo. Naturalmente, hay que considerar doblemente secundario el precativo de aoristo *bodhiṣīṣṭhā́s*, etcétera.

5. Sobre esta base resulta claro que los optativos construidos sobre la raíz pura en grado Ø son antiguos e independientes de los llamados temas temporales, se refieran en época histórica a cualquiera de ellos. Es decir: ai. *syā́t* sólo secundariamente se adscribe al presente (*ásti*), *vidyā́t* al perfecto (*véda*), *dheyā́t* (cf. gr. θείη) al aoristo; y optativos de presente como *dadhyā́t*, de aor. como *bhakṣīmáhi* (de *dádhāti* y *bhajáti*, respectivamente), deben de ser forzosamente secundarios. En el aor. griego la extensión de -σα hace palpable ese carácter reciente (λύσαιμι, etc.).

A partir de un cierto momento, en efecto, el optativo puede ligarse a diversos temas y no solamente a la raíz pura: es lo que ya hemos adelantado. Pero las lenguas proceden de tres maneras diferentes:

*a*) Crean un solo optativo por verbo, unido a un tema determinado. El aesl. procede así cuando deriva sus optativos (luego imperativos) del tema de presente. Y lo mismo el tocario, solamente que aquí la derivación es a partir de un tema de subjuntivo: ello proviene de una clara conciencia de que subjuntivo y optativo se oponen en conjunto, como modos de la subjetividad, al indicativo. Ahora bien: dado que los temas de subjuntivo son, en líneas generales, iguales a los de indicativo (cf. IV.VI.2.1), ello implica una

previa extensión de las formas de optativo a temas diversos. Por otra parte, de los temas de indicativo, adicionados con la característica de optativo *-ī* y *-oi* (cf. *supra*, IV.VI.3.1), se obtiene un imperfecto en tocario B y en dos verbos también en tocario A; este dialecto obtiene en general el imperfecto mediante un tema en *-ā*, que se opone al tema de pretérito a la manera del lat. *erām/fui*. Es decir, hay una evolución que convierte en imperfectos ciertos optativos salidos del tema de indicativo de presente y ciertos pretéritos con *-ā* también de dicho tema. Pues bien, dado que indicativo y subjuntivo, según sabemos, a veces coinciden, en estos casos el optativo, deducido del subjuntivo, y el imperfecto, deducido del indicativo, no se distinguen.

*b*) En indo-iranio y griego se da el proceso de que ya hemos hablado: se crea un optativo por tema, igual que en el caso del subjuntivo, pero no por ello estos optativos y subjuntivos tienen valor temporal, lo tienen solamente aspectual: herencia de su antigua independencia de los indicativos.

*c*) El germánico, latín e itálico van por otro camino. al reducir los temas de indicativo a dos, que se distinguen solamente por el tiempo (hacemos abstracción del nuevo imperfecto), los subjuntivos y optativos que se deducen de estos temas tienden a tomar valor temporal. En realidad, se trata de un solo modo, llamado convencionalmente subjuntivo, que procede, según hemos explicado, ya del subjuntivo o del indicativo-subjuntivo, ya del optativo. Pero este modo está ya en clara conexión con el tiempo: lat. *amem* y *amarem* son subj. de presente, *amauerim* y *amauissem*, de pretérito; gót. *nimau, nimais* es un subj. presente (cf. *nima*), *nemjau, nemeis* y *salbodedjau, -eis*, de pretérito (cf. *nam* y *salboda*).

## 4. EL SISTEMA DE LOS MODOS

1. De esta manera, la oposición indicativo/imperativo, en que este último era el mismo tema pero sin desinencia y usado con valor impresivo y sin especificación personal, se aplicó a todas las personas mediante una serie de desarrollos secundarios, que incluyen la adscripción al imperativo de formas de indicativo con desinencias secundarias (injuntivos); y luego este embrión de sistema modal se amplió mediante la oposición de otros dos modos, construidos sobre temas propios: el subjuntivo y el optativo. Hay que contar con que, en principio, solamente existían, por verbo, un subjuntivo y un optativo: en el primer caso, un tema de los normalmente usados en indicativo, pero que opuesto a los indicativos de un verbo dado pasaba al valor subjuntivo; en el segundo, un tema radical seguido de una característica especial. Luego, en las lenguas que llevaron más lejos este desarrollo, se llegó a formar un subjuntivo y un optativo por tema, dándoles valor aspectual; y en las lenguas de dos temas en que se mantenían estos modos, cobraron valor temporal. Por lo demás, la coexistencia de subjuntivo y optativo nunca fue larga: en realidad, sólo el indo-iranio, el griego y el tocario nos testimonian la presencia simultánea de ambos. Pero en sánscrito clásico desaparece el subjuntivo (salvo la 1.ª sg., usada en el paradigma del imperativo); en griego, desde la koiné, desaparece el optativo; en latín, osco-umbro y germánico aparecen ya sincretizados desde los primeros textos; en aesl. el optativo (no hay subjuntivo, como tampoco en báltico) toma un valor imperativo; en tocario, en cambio, una parte del optativo toma valor de imperfecto.

2. Remontándonos al más antiguo protoindoeuropeo, en el que el verbo coincidía formalmente con el nombre, hay que contar evidentemente con que no había diferencia modal. Ese verbo arcaico con una sola forma y aun el verbo un poco posterior con comienzos de distinción de personas, tenía tanto funciones representativas como impresivas: es decir, podía ya relatar ya tratar de influir sobre otras personas. La creación de la oposición indicativo / imperativo logró aislar la función representativa de la impresiva; en el nombre, un fenómeno paralelo es, dentro del antiguo nominativo, el desgajamiento de una forma especial de vocativo. Ahora bien, hemos dicho que en esta oposición el indicativo era el término negativo, que, por tanto, podía seguir usándose, pese a la creación de una forma especializada, el imperativo, con función impresiva. Es lo que ocurre en restos dispersos que hemos estudiado: sobre todo en el caso de desinencias secundarias, o bien indiferentes a la oposición presente/pretérito, es decir, en el caso de los llamados injuntivos, algunos de los cuales (pero no todos) se integraron en el paradigma del imperativo.

Este hecho de que el indicativo conservara funciones tanto representativas como impresivas es el que explica que acabara por escindirse en indicativo y subjuntivo: quedando definitivamente reservado el primero a las representativas, mientras que el subjuntivo, cuyos temas en definitiva son originalmente los mismos, se convertía en un nuevo término positivo, de valor predominantemente impresivo, pero con matices diferentes del imperativo. Ciertamente, algunas formas en que indicativo y subjuntivo entran o entraron antiguamente en sincretismo (tipo gr. λύω), hacen ver bien claramente hasta qué punto es secundaria la diferenciación. Pero cuando ésta sucede es a base de conferir al subjuntivo dos valores fundamentales: el voluntativo o de deseo y el

prospectivo o eventual. El primero es evidentemente un valor impresivo; en el segundo debería hablarse más bien de un valor expresivo de la subjetividad. Se trata de una espera del sujeto, que conduce finalmente, en algunas lenguas, a la creación del futuro, según hemos visto. También en el Vocativo, forma no representativa, los valores impresivos o de actuación coexisten con los expresivos; e igual en la interjección

Imposible entrar aquí en los ulteriores desarrollos del subjuntivo en las distintas lenguas, por ejemplo en su conversión en modo de subordinación. Cf. VII.III.8.

En cuanto al optativo, hemos visto que su origen es muy diferente: se trata de un tema puro adicionado con una partícula, ante la cual funciona como un enclítico; una partícula a la que pueden atribuirse conjeturalmente los significados 'ojalá', 'quizás'. Es interesante que, siendo de origen diferente, entró en claro sistema con el subjuntivo, a su vez opuesto al indicativo.

Los dos usos fundamentales del optativo, el cupitivo y el potencial, son en cierto modo paralelos a los del subjuntivo. Voluntativo y cupitivo tienen una diferencia meramente de grado: el objeto del segundo se considera más alejado de las posibilidades del sujeto, se trata de un deseo cuyo cumplimiento está en manos de los dioses o, en todo caso, depende de circunstancias ajenas. Lo mismo puede decirse del potencial respecto al prospectivo: en éste el sujeto espera la realización de la acción, en el primero la considera posible. Expresamos todo esto diciendo que subjuntivo y optativo están en una oposición gradual; oposición de matices tan finos que es comprensible que llegara a eliminarse, antes o después, en todas las lenguas.

3. Al hablar de potencial, con referencia al más antiguo período, lo hacemos comprendiendo dentro de esta denominación los matices de irrealidad. Así ocurre, por ejemplo, en ai. y el gótico. Si en griego ello no es así (salvo en Homero) es porque se ha creado secundariamente una nueva forma de expresar el irreal, a saber, el uso de indicativos de pretérito en esta función (de imperfectos y aoristos). Lo más curioso es lo que ha sucedido en latín y en osco-umbro, aunque aquí en forma menos completa. El sincretismo de subjuntivo y optativo parece que debería haber dado por resultado un modo único, como en germánico, con dos variantes, una de presente y otra de pretérito. Pues bien, utilizando la posibilidad de usar varias características de subjuntivo, más la de optativo, adicionadas unas y otra a diversos temas, el latín ha distinguido dos modos, que no tienen relación formal exclusiva ni con el antiguo subjuntivo ni con el antiguo optativo: hay un potencial y un irreal. El primero está constituido por un modo de presente (el llamado subjuntivo de presente) y uno de pretérito (el subjuntivo de pretérito); el segundo igualmente por un modo de presente (el imperfecto de subjuntivo) y uno de pretérito (el pluscuamperfecto de subjuntivo). Este último no existe en osco-umbro y hay huella clara de la falta de adscripción del irreal al tiempo.

# VII

# PARTICIPIO E INFINITIVO

## 1. PARTICIPIOS

1. Participios e infinitivos son adjetivos y nombres, respectivamente, que han sido secundariamente atraídos por el sistema del verbo, hasta llegar, en los casos de mayor desarrollo, a atribuirse uno a cada tema en cada una de las dos voces, con participación en los valores aspectuales de los temas referidos: así, en lenguas como el ai. y el griego, hay participios e infinitivos de presente, aoristo, perfecto y futuro en activa y media. Comenzamos por el estudio de los participios.

Los sufijos participiales aparecen en número reducido y con mucha uniformidad, lo que garantiza la antigüedad relativa de la formación. Tenemos:

*a*) **-ent, *-nt, *-n̥t*: aparece en los temas de presente, futuro (antiguos presentes) y aoristo de la voz activa. En hetita es, sin embargo, indiferente a la oposición de las voces. Cf., por ejemplo, **bhéro-nt* 'que lleva': ai. *bhárant-*, gr. φέρων, lat. *ferens*, gót. *baírands*, aesl. *bery* (paralelo de un temático en het.: *pehudant-*); **s-ént, *s-n̥t* 'que es': het. *ašant-*, ai. *sánt-*, dor. ἔντες, lat. *prae-sens* para el presente;

gr. λύσων, ai. *bhaviṣyánt-*, lit. dial. *duósius* para el fut.; ai. *dhákṣat-* (de *-ṇt) de *dah* 'querer', gr. δείξας (de *-s-ṇt-s), para el aor. sigmático.

*b*) *-u̯es, *-u̯os, *-us y *-u̯et, *-u̯ot para el part. perf. activo. Se trata de una flexión sobre dos temas en los sufijos referidos (véanse en el cuadro de VII.VI.2.3). En ai. hay N. *vidvā́n*, Ac. *vidvā́ṁsam* (casos fuertes) de *-u̯es o *-u̯os, G. *vidúṣas* (con *-uṣ* en los casos débiles antevocálicos); y casos oblicuos de pl. con *-u̯ot (I. *vidvádbhis*), que también está en el N.-Ac.-V. n. *vidvát*. En griego la distribución es algo distinta: hay N. sg. εἰδώς (de *-ōs o de *-u̯ōt-s), formas con *-u̯ot* en los demás casos del masc. y en n. pl. (εἰδότες, εἰδότα, etc.), *-u̯os en el N.-V.-Ac. n. (εἰδός), *-us en el f. (ἰδυῖα). También es un participio vivo en balto-eslavo: aesl. *jadъ*, G. *jadъša* (de 'comer'), lit. G. *sùkusio* (de 'girar'). Se citan formas sueltas del germánico: gót. *bērusjōs* 'padres' (pl. de un f. en *-usī), *weitwōþs* 'testigo' (cf. gr. εἰδώς). No hay paralelo en hetita.

*c*) Existe un sufijo *-meno-, *-mno- de voz media y, secundariamente, de pasiva. Es el que se encuentra en ai. como *-māna-* (*bódhāmanas*, fut. *bhotsyámānas*), en gr. como -μενος (λυόμενος, etc.). Formas latinas como *sequimini*, 2.ª pl. med., y otras aisladas como *femina* 'la que amamanta', *alumnus* 'que se alimenta', suelen atribuirse al mismo.

*d*) Hay una serie de participios medios y pasivos con sufijo nasal y lateral. Así los part. med. de los verbos atemáticos del ai. en *-āna-*: *duhānás* de *duh* 'amamantar'; estos participios se dan en todos los temas. Hay luego participios en *-no que han solido adscribirse a la voz pasiva y, concretamente, al tiempo pasado: gót. *waúrþans* 'hecho', *bitans* 'mordido', sobre el tema de pretérito fuerte; aesl. *nesenъ* 'llevado'; ai. *uttānás* 'extendido', de *tan*, *bhinnás* 'cortado', de *bhid*. Igualmente, los hay en *-lo, activos, sobre todo en

eslavo: aesl. *neslъ* 'que ha llevado', y en armenio: y en **-mo* (aesl. part. pres. pas. *jadomъ* 'que está siendo comido').

*e*) Finalmente, conviene citar los participios en **-tó*, generalmente pasivos de pretérito: en griego no son propiamente participios, sino adjetivos verbales con valor ya de pasiva, ya de posibilidad. Con valor participial se puede citar, por ejemplo, **si̯ūtós* 'cosido', cf. ai. *syūtás*, gr. νεοκάττυτος 'con suelas nuevas', lat. *sūtus*, lit. *siútas*, aesl. *šitъ*; en verbos en vocal larga (denominativos o no) lat. *amātus*, gót. *salbōþs* 'ungido', pero gr. τιμᾱτός 'digno de honor'. El germ. forma así el part. pasivo de los verbos débiles.

2. En todos los casos nos encontramos ante sufijos adjetivales, que pueden también, en general, funcionar como nominales, dada la distinción formal sólo parcial entre nombre y adjetivo. De entre ellos el que, evidentemente, más pronto se adscribió al verbo es *-nt*, que en hetita todavía es indiferente a la oposición activa/media y luego en el grupo no anatolio quedó reducido a la función activa por polarización frente a los demás sufijos adjetivales mencionados; en hetita no aparecen todavía, sólo **-nt*.

Este sufijo **-nt* hemos aprendido a conocerlo en nuestro estudio del nombre y adjetivo. Es, igualmente, el sufijo *-n* alargado con *-t*. Dando nombres se ha especializado en hetita principalmente como marca del género animado; en luvita, del plural. En otras lenguas ha tendido a quedar reducido al uso adjetival, que, por lo demás, existía ya en anatolio; pero la gran amplitud del uso nominal en fecha antigua se testimonia, entre otras cosas, porque sólo a partir de él se especializa **-nt* como desinencia de 3.ª pl. del verbo (cf. IV.III.4.4).

En cuanto al uso adjetival, origen del participial, consiste ya en derivar un adjetivo de un nombre (het. *perunant-*

'rocoso', de *peruna-* 'roca'), ya de otro adjetivo (*aššuwant-* 'bueno', de *aššuš*, de igual sentido). Igual ocurre con **-me/ont*, **-u̯e/ont*, ampliaciones del mismo sufijo. Ahora bien, remontándonos hasta la fecha más remota, en que no existía distinción formal nombre / adjetivo ni, menos, nombre / verbo, es claro que, si se añadía **-nt* a una raíz o a un tema puro que fuera al tiempo nombre y verbo, el tema resultante, si se usaba adjetivamente, podía considerarse, ya como derivado de un nombre, ya como derivado de un verbo. Así ai. *bṛhánt-* 'alto' se considera adjetival sólo porque dicha raíz no es un tema verbal; gr. λιπόντ- es, al contrario, un participio, porque no hay un nombre *λίψ.

En suma, a partir de raíces y temas que eran al tiempo nominales y verbales, **-nt* se ha extendido a raíces y temas puramente verbales. En principio, cualquier tema verbal podía tener un adjetivo (participio en **-nt*), como se ve por el hetita: esto es ya un desarrollo secundario, que luego continuó el postanatolio en su sistema verbal de temas múltiples, aunque eliminando **-nt* del perfecto activo y de toda la voz media. Estos participios se caracterizan porque llevan rección verbal, es decir, rigen igual caso que el verbo correspondiente: es este hecho el que los ha adscrito definitivamente al sistema del verbo, así como el fenómeno de la regularidad con que aparecen en todos los temas y el de que, con muy pocas excepciones, **-nt* queda reservado al participio. Además adquieren, decíamos, las categorías verbales: la del aspecto, cuando éste es expresado por la oposición de temas; la del modo en griego, gracias al empleo de la partícula ἄν; la del tiempo en todos los futuros y en presente y pretérito, en las lenguas en que el sistema de la flexión se monta sobre dos temas de estos dos valores temporales (aunque sólo se ha llegado a sistemas terriblemente

incompletos, así el lat. tiene un part. pret. sólo en pas., de pres. sólo en activa).

3. A partir de aquí, no son difíciles de explicar los demás sufijos participiales. Los dos de perfecto representan ampliaciones con *-u* (a partir de raíces en **-Hu̯*: cf. gr. βεβληϝώς, ἑστᾱϝώς) de sufijos **-e/ot, *-e/os*, bien conocidos como dando nombres y adjetivos. Las ampliaciones **-u̯e/ot, *-u̯e/os* han tendido a quedar reservadas en indoeuropeo posterior, según hemos dicho, al participio de perfecto; toma éste, claro está, valor aspectual de perfecto, salvo en las lenguas en que el perfecto entra a formar parte del pretérito, es decir, de un tema temporal (el báltico y eslavo). Ahora bien, no tenemos garantía alguna de que usos como gót. *bērusjōs, weitwōþs*, citados arriba, sean restos de un uso participial: más bien pueden ser, al contrario, usos adjetivales todavía no incorporados del todo al sistema del verbo. El mismo *vidvā́n* del ai. se usa todavía en forma más bien adjetival, es decir, como 'cuidadoso', 'vigilante'.

Mucho más claro todavía es el hecho de que **-meno* es una adjetivización de **-me/on*. También aquí hay que pensar que las formas aisladas pueden representar restos del antiguo estadio puramente adjetival. Luego se adscribió al verbo y se polarizó como de voz media por oposición a la activa.

En cuanto a **-no, *-lo, *-mo* y **-to*, polarizados variamente, pero en general como participios pasivos de pretérito (incluso en lenguas como el ai. en que **-no, *-to* se añaden con este valor a la raíz y se distinguen así de los participios de activa y media de los distintos temas), es evidente su identidad con los adjetivos correspondientes. No por ello ha de decirse que, por ejemplo, gr. τέκνον sea huella de un participio en **-no* luego desaparecido ('lo pro-

ducido'); más bien hay que decir lo contrario, que en griego el adjetivo en **-no* no llegó a adscribirse al sistema del verbo, no se hizo participio. Pues así como **-nt* es panindoeuropeo como participio y **-u̯e/ot*, **-u̯e/os* y **-meno* están bastante difundidos en el grupo no anatolio, estos otros participios están todavía muy próximos a sus orígenes adjetivales y sólo en las diversas lenguas lograron quedar adscritos, en formas cambiantes, al sistema del verbo. Lo más general es el part. pasivo de pretérito en **-nó* y **-tó*. El lat. *tacitus, potus* nos hace ver claramente que en el origen se trata de adjetivos sin valor, naturalmente, de voz: nosotros entendemos simplemente que uno es silencioso, que ha bebido, no hay pasividad ni pasado. Lo mismo es bien claro en los adjetivos verbales griegos en -τός: λυτός 'suelto' o 'soltable', sin oposiciones temporales ni de voz. En realidad, estos sufijos adjetivales lo único que indicaban era que el nombre que determinaban estaba modificado, afectado, por la idea de su propia raíz: *sextus* era el hijo afectado por la noción del «seis» (el nacido en sexto lugar), *amātus* alguien afectado por la idea de «amar». Una ley estadística hace que, a partir de aquí, se tendiera al tiempo pasado y a la voz pasiva: esa afección es normalmente transitiva y así de *amāre aliquem* nace *amātus* (*ab aliquo*), amado antes de ahora por alguno. Pero otras veces son los valores activos o los medios, o bien los de presente, los que se han impuesto, según hemos visto en nuestros ejemplos. O bien ha resultado indiferencia o vacilación respecto a las oposiciones en cuestión. Cada lengua organiza el sistema a su manera.

## 2. INFINITIVO

1. El infinitivo es un nombre de acción que ha sido atraído por el sistema del verbo, hasta el punto de adquirir

rección verbal y, en los casos de desarrollo más completo, de derivarse de los distintos temas verbales y adquirir valor de voz y de aspecto, o bien de tiempo. El griego, efectivamente, deriva infinitivos de sus cuatro temas, en voz activa y media, infinitivos que tienen valor de voz y aspecto (y de modo, con ayuda de la partícula ἄν); el latín deriva infinitivos de sus dos temas en ambas voces, infinitivos que tienen valor de voz y de tiempo; las demás lenguas poseen un solo infinitivo por verbo, infinitivo que neutraliza las oposiciones de voz, tiempo y aspecto. Pero este infinitivo único es un producto tan secundario como los múltiples infinitivos adscritos a cada tema. Se trata de que, de entre los múltiples nombres de acción de temas diferentes, se escogió uno solo y se adscribió a un solo tema, sea el de presente (germánico: gót. *niman* de *nima*; toc. A), sea el de pretérito (lit.: *sėdėti, bildėti*; aesl.: *mьněti, alkati*), sea el de subjuntivo (toc. B). Pero esto es secundario: en sánscrito el único infinitivo, en *-tum*, se añade directamente a la raíz; en air. hay todavía posibilidad de derivar el infinitivo de un verbo de otra raíz diferente; y en lit. hay huellas de la antigua independencia (*liekù/likaũ/lìkti*, etc.). Es más, nuestro conocimiento del védico nos hace ver que el inf. del sánscrito es sólo una de las formas posibles más antiguamente; en las demás lenguas, o bien se usó la riqueza de formas disponibles asignando cada una a un tema, o bien se redujo y se estabilizó una sola como infinitivo, ya a partir de un tema independiente, ya de uno fijo de los del verbo.

2. Es fácil reconstruir el camino seguido por los nombres de acción, sobre todo los radicales, en **-i, *-ti, *-tu, *-o* y **-no*, para convertirse en infinitivos. En una primera fase dichos nombres se usan en el caso que exige la frase a que

pertenecen: normalmente, Dativo o Locativo, también Genitivo y Ablativo (en las lenguas que lo tienen). Así ocurre, por ejemplo, en el caso de los infinitivos del védico: así en el D.-infinitivo con valor final *jīváse, srávitave* ('para vivir', 'para fluir' con **-ei* y **-teuei*); en el Ac.-infinitivo de extensión o compl. dir. *pratíram, kártum* ('para prolongar a', 'para hacer'); en el Ab.-infinitivo *visrásas* (*té mā rákṣantu visrásaś carítrād* 'que ellos me libren del deslizamiento del pie'). Ocurre también así en los llamados supinos del latín: *abire piscatum* 'ir de pesca, a pescar', *dignum memoratu* 'digno de recuerdo', *istaec lepida sunt memoratui* (Plauto) 'éstas son cosas agradables para ser recordadas'; y en los infinitivos del tocario.

El paso decisivo para la conversión de estas formas en verdaderos infinitivos consiste en que se pierda conciencia de que se trata de Dativos, Acusativos, Locativos o Ablativos: en general, por quedar aisladas y no usarse ya esos sufijos con esas formas causales en la flexión nominal o no sentirse la relación con las mismas. Por ejemplo, ya el véd. *-tavai, -se* y *-sani* son puramente infinitivos y no dativos de nombres de acción; ni se ve el nombre de acción en el inf. *-ti* del báltico y eslavo, probablemente un antiguo Locativo, o en la forma en *-an* del gótico donde *itan* 'comer' (cf. también el inf. het. en *-anna*) es etimológicamente idéntico a ai. *adanam* 'comida', o en toda una serie de infinitivos del griego y el latín. Ahora bien, tiene que añadirse una segunda condición: que el antiguo nombre, que era determinado por un nombre en Genitivo, sea ahora una forma verbal que lleva Acusativo o Dativo o los otros casos adverbales. Los dos pasos no se dan necesariamente en orden sucesivo. Hay, efectivamente, infinitivos o nombres verbales cuyo carácter casual ya no se percibe y que, sin embargo, llévan todavía un genitivo adnominal: así en het. el inf. o

nombre verbal en *-uwar* y el en *-atar,* antiguos temas puros en *-r*; así el infinitivo del air. Inversamente, los infinitivos o semiinfinitivos del védico y los supinos del latín llevan ya rección verbal. El védico, efectivamente, dice *ā́ tvā... huyé... Índra sómasya pītáye* 'te llamo, oh Indra, para beber (= que bebas) el soma', llevando *pītáye* G., es decir, 'para la bebida del soma': pero más frecuente es que el infinitivo lleve ya Acusativo. Así ocurre con el supino latino: *Romam... uenisse auxilium postulatum* 'que (César) había venido a Roma para pedir auxilio'.

3. Cuando la forma del infinitivo se siente como independiente de todo caso nominal y lleva la misma rección o construcción que el verbo, cuando además se deriva de un tema verbal o de cada uno de los temas verbales, tenemos ya el verdadero infinitivo. La multiplicidad de formaciones es grande: a las mencionadas en **-ti* o **-tei* y **tei̯ei, *-tum* y **-tou, *-teu̯ei; *-nom; *-u̯or; *-tor; *-es-ei, *-es-os,* hay que añadir muchas más. Lat. *agī* viene de **agei,* es decir, es el antiguo D. de una raíz pura; *uīuere* de **g$^{u}$īues-i* es el antiguo L. de un tema en **-es*; u. *erom* es el antiguo Ac. de una forma temática; hay **-men* en véd. *vidmáne* (antiguo D.), gr. ἴδμεν (antiguo L.) y en gr. -μέναι, sin duda alargado con una partícula; gr. -ναι viene de un tema en *-n* también alargado con una partícula; het. *-uwanzi* es antiguo L. de **-u̯ent*; y hay formas como ai. *-dhyai,* gr. -σθαι, -εν (en ἔχειν, mic. *eke-e*: ¿de **-sen*?) y otras que son de origen oscuro.

Si a esta multiplicidad de sufijos se añade la de los temas a que se añaden, ya aludida, y la del encaje dentro del sistema del verbo, se deduce con la mayor facilidad que la tendencia a asimilar los nombres de acción al verbo y convertirlos en infinitivos es antigua en indoeuropeo, pero que

sólo las lenguas individuales han explotado esta tendencia hasta constituir verdaderos infinitivos, diferentes unos de otros en el detalle.

El griego y el latín son, según decíamos, las lenguas que han avanzado más lejos, sobre todo el griego, que ha creado un sistema de ocho infinitivos. Este sistema arranca de una fase del verbo comparable a la anatolia, en que, a partir de una aún más antigua de independencia al menos parcial entre tema verbal y tema de infinitivo, se llegó a derivar un infinitivo de cada uno de los verbos: es decir, de todo tema que podía dar un verbo se dedujo un infinitivo (mejor dicho, dos: el nombre verbal en *-uwar* o *-atar* y el infinitivo propiamente dicho en *-anna-* o *-uwanzi*). Desde aquí se procedió, o bien a dar un infinitivo a cada tema en el segundo nivel de la flexión (caso del griego y, con reducción a dos temas, del latín), o bien a escoger un infinitivo por verbo.

Con los ocho infinitivos (diez con los de aor. y fut. pasivos) del griego y los cuatro del latín (seis si se cuentan los de futuro *amaturum esse* y *amaturum iri*, perifrásticos como ya *amatum esse*) se llega a un sistema en que, contrariamente a lo que ocurre en otras lenguas, el infinitivo marca la voz; además, en griego marca el aspecto en presente, aoristo y perfecto y el tiempo en futuro; en latín, el tiempo siempre:

| | GRIEGO | | LATÍN | |
|---|---|---|---|---|
| | *Activa* | *Media* | *Activa* | *Media* |
| *Pres.* | λύειν | λύεσθαι | *amāre* | *amāri* |
| *Aor.* | λῦσαι | λύσασθαι | | |
| *Perf.* | λελυκέναι | λελύσθαι | | |
| *Pret.* | | | *amauisse* | *amatum esse* |
| *Fut.* | λύσειν | λύσεσθαι | *amaturum esse* | *amaturum iri* |

El cuadro dista de ser completo por lo que respecta al griego, que presenta diferencias entre infinitivos de verbos temáticos (λύειν) y atemáticos (εἶναι), así como entre los

dialectos (át. δοῦναι / lesb., etc. δόμεν / Hom. δόμεναι). Muestra de todos modos el sistematismo que han logrado estas lenguas. El griego, concretamente, completa así sus sistemas de formas derivadas de cada uno de los cuatro temas de presente, aoristo, perfecto y futuro: no sólo son indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo y participio como en el védico, sino también infinitivo.

4. Resulta clarísimo que este sistema es secundario no sólo por lo que respecta a la adscripción de un infinitivo a cada tema, sino también por lo relativo a la adscripción de los distintos sufijos a los distintos temas y voces. Piénsese que el inf. act. griego se usa todavía como indiferente a la oposición de las voces: ἄξιος θαυμάζειν es 'digno de ser admirado'. Si λύειν y *amāre* han sido restringidos a la activa, ello es por un hecho de sistema, que a su vez ha llevado, por ejemplo, a *agī*, un antiguo D. de palabra-raíz, a la pasiva. Por otra parte, la adscripción de -ναι y -σθαι a temas de aoristo y futuro pasivos hace que λυθῆναι y λυθήσεσθαι sean, respectivamente, infinitivos de aor. y fut. pasivos, en la medida en que estos temas son pasivos y no simplemente intransitivos. En lat. la oposición más que entre infinitivos activos y medios es, como en todo el verbo, entre formas activas y otras predominantemente pasivas.

Gracias al amplio desarrollo del infinitivo, el griego y el latín se aseguraron un elemento valiosísimo para expresar sustantivamente la idea del verbo: ya no se trata de un nombre de acción, sino de un verdadero abstracto. Y se aseguraron, sobre todo, un recurso para relacionar dos verbos entre sí con subordinación de uno a otro: de donde el desarrollo de las oraciones de infinitivo, pieza fundamental en la Sintaxis de la subordinación.

# VIII

## RASGOS GENERALES DE LA EVOLUCIÓN DE LA FLEXIÓN VERBAL

1. A lo largo de la historia de las lenguas indoeuropeas hemos visto pasar al verbo de un estadio preflexivo, en que su distinción funcional respecto al nombre se marca formalmente por medios no flexivos (orden de palabras y distribución de las clases y subclases de palabras; acento) a otro flexivo. La flexión verbal se organiza a base, sobre todo, de sufijos y desinencias, que en último término son (con raras excepciones) el resultado de la morfologización de alargamientos de la raíz; son raros los elementos añadidos delante de la raíz, a saber, las distintas reduplicaciones y el aumento (éste sólo en el grupo de indo-iranio, griego y armenio), o dentro de la raíz, a saber, el infijo nasal, que en el origen es en realidad un sufijo. A estos elementos flexivos hay que añadir los morfemas alternativos: el uso morfológico de las alternancias vocálicas. Y los suprasegmentales: en los verbos atemáticos, la posición del acento, en el uso tónico del verbo, es una marca morfológica más.

La historia del verbo indoeuropeo ha consistido en crear una serie de parámetros opositivos: en las lenguas que más

lejos han llevado esta tendencia, el indo-iranio y el griego, el de la persona (con tres términos), el número (con otros tres), el tiempo (con tres igualmente), la voz (con tres también), el aspecto (otra vez tres términos) y el modo (cuatro términos); además, ha desarrollado nombres y adjetivos verbales (infinitivos y participios) que participan de parte de estos parámetros, que exponemos a continuación más explícitamente:

*Persona:* primera, segunda, tercera.
*Número:* singular, plural, dual.
*Tiempo:* presente, pretérito, futuro.
*Voz:* activa, media, pasiva.
*Aspecto:* de presente, aoristo, perfecto.
*Modo:* indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo.

2. El anatolio, según sabemos, sólo desarrolla los parámetros de la persona, número (sin dual), tiempo (sin futuro), voz (sin oposición media/pasiva) y modo (sólo indicativo/imperativo). De las lenguas del grupo no anatolio, algunas de ellas, que hemos indicado en el momento oportuno, no desarrollaron el número dual, el tiempo futuro, la oposición media/pasiva, el aspecto presente/aoristo (aunque esto es dudoso), los modos subjuntivo u optativo; o bien la oposición entre aoristo de pretérito y perfecto fue subsumida en un nuevo pretérito o se fundieron subjuntivo y optativo en un «subjuntivo» que luego (así en inglés) pudo desaparecer. No sólo no alcanzaron estas lenguas el máximo desarrollo del indo-iranio y griego, sino que hubo en ellas incluso un cierto retroceso en busca de una restricción del número de categorías, una vuelta aproximada al estadio del anatolio, cuyo sistema de oposiciones es exactamente el del inglés, si se prescinde de las formas perifrásticas (de pre-

sente, futurales, modales) de éste y se establece el sistema de las voces como basado en una oposición activa/pasiva.

Hemos insistido, por otra parte, en el hecho de que el cuadro de parámetros y de categorías o funciones incluidas en ellos, que hemos dado arriba, no es completo. No figuran en él oposiciones dentro de los temas de presente del tipo verbo base/causativo (o intensivo, desiderativo, etc.), que se hallan sobre todo en tocario, indo-iranio y eslavo (me refiero a la oposición imperfectivo/perfectivo), pero de las cuales hay huellas en todas las lenguas, huellas reducidas, bien porque las oposiciones no se hayan desarrollado plenamente, bien porque se haya tendido a eliminarlas. Tampoco figura en el cuadro el tiempo relativo (tal como se marca en latín) o especializaciones diversas de los modos, tal la de los dos subjuntivos del latín. Por otra parte, las lenguas europeas, que tienden a quedarse con un solo pretérito y a reducir los modos subjuntivo y optativo a uno solo o incluso a eliminarlos, a veces crean por vía perifrástica categorías o funciones de las propias del griego y el indo-iranio: imperfectos y futuros compuestos, futuros y modos perifrásticos, variantes perifrásticas con diferencias aspectuales dentro del presente, del tipo ingl. *I write / I am writing.*

3. Convendría insistir un poco más, antes de comenzar el estudio de los problemas de la forma, en el contenido de las categorías y funciones de los seis parámetros opositivos enunciados y de algunos otros de los desarrollados dentro del tema de presente.

En la categoría de la persona, la tercera es el término negativo de la oposición, testigo su uso impersonal; y dentro del término positivo, constituido por el conjunto de la primera y la segunda, es a su vez la segunda el término

negativo, usado en impersonales. Se trata de oposiciones privativas.

La categoría del número se basa, en el nombre, en dos oposiciones que se entrecruzan: hay ya oposición de la unidad y la multiplicidad, ya de lo continuo y lo discontinuo. Pero el número del verbo es un puro fenómeno de concordancia. Considerado así y prescindiendo del contenido, hay que decir que el dual es un término positivo respecto al plural: una dualidad (seres u objetos pares o ya conocidos como siendo dos) se expresa en dual, pero también puede emplearse el plural. Pero a su vez el singular está en relación equipolente con el plural: en ambos hay usos neutros (2.ª y 3.ª sg., 3.ª pl. impersonales).

En cuanto al tiempo, cuando hay futuro éste representa un término positivo, inequívoco (aunque pueden quedar zonas dependientes de su antiguo valor desiderativo o del orden que sea). Frente a él, presente y pretérito constituyen una oposición equipolente, con zonas neutras en ambos: presente histórico y aoristo gnómico (en griego y eslavo); hay incluso un *praesens pro futuro*. Sin duda esta relación equipolente es resultado de una evolución; cuando presente y pretérito se distinguían solamente por la oposición *-ti/-t*, etcétera, es bien claro que el presente era un término positivo y la oposición privativa.

Entre la voz media, que indica que la acción recae de algún modo sobre el sujeto, y la activa hay una oposición privativa, siendo la media el término positivo: puede sustituirse por la activa en una misma situación, simplemente así no se insiste en el matiz referido. Pero en verbos *media tantum* e incluso en algunos con las dos voces, hay huellas de un valor neutro de la media. En cuanto a la pasiva, en general mal diferenciada formalmente, viene a ser una subespecie de la media que marca el agente de la acción sufrida

por el sujeto: término positivo frente a uno negativo o neutro.

4. El sistema del aspecto se basa en una oposición entre el perfecto y el resto de los temas: en un momento dado se oponía a un tema único en cada verbo sobre la base de la oposición estado/acción. Hay ciertas huellas del valor de estado fuera del perfecto, lo cual aconseja concebir la oposición como equipolente. En cuanto a la oposición presente/aoristo, lo es sin duda también: hay presentes con un valor durativo poco claro, hay aoristos complexivos (de acción pura y simple), junto a los puntuales. Es el griego la lengua en que más clara se ve esta oposición. Pero en ai., aunque con matices diferenciales, hay huella clara de ella. Hay que apuntar que las lenguas que no llegan a desarrollar o suprimen esta oposición, la reintroducen a veces en el pretérito creando un imperfecto compuesto: así en latín, aesl., lit. y celta. Este imperfecto es un durativo, pero con matices en parte diferentes de los del antiguo durativo (presente e imperfecto).

Del sistema de los modos ya hemos hablado más arriba (IV.VI.4). Al indicativo, modo representativo, se opone el imperativo, modo impresivo, que es un término positivo: quedan restos impresivos en el indicativo. Pero luego el sistema se amplía con el subjuntivo y optativo. El subjuntivo se opone realmente al conjunto de indicativo e imperativo de una forma no del todo clara: tiene valores impresivos (subjuntivo de voluntad), en parte diferentes de los del imperativo, pero lo suficientemente próximos como para que pueda llegarse a una fusión; y valores expresivos o subjuntivos (subjuntivo prospectivo). E igualmente a indicativo e imperativo se opone el optativo, que se distingue del subjuntivo por sólo una oposición gradual: hay un valor

impresivo, el cupitivo (que a veces se convirtió en imperativo) y otro expresivo o subjetivo, el potencial. Un ulterior desarrollo del sistema de los modos, que tiene lugar independientemente en varias lenguas y con ayuda de recursos formales varios, es la creación de un irreal. Por el contrario, otras veces, tras fundirse subjuntivo y optativo, bien el nuevo «subjuntivo» resultante desaparece, bien se convierte en un puro instrumento de subordinación: función principal del subjuntivo en español, por ejemplo.

Finalmente, dentro del presente tendían a crearse, según hemos dicho, oposiciones diversas entre una forma básica, evidentemente el término negativo, y una especializada. Ya hemos hablado de cómo a veces este sistema se halla solamente en estado de tendencia, habiendo, por ej., verbos de estado o causativos, pero no derivados sistemáticamente de un verbo base; o cómo otras puede pensarse que ha retrocedido a partir de un mayor desarrollo. Se encuentran, sobre todo, formaciones con valor ya iterativo, ya causativo; y otras intensivas y desiderativas. Todas ellas pueden ya ir, ya no, junto a un verbo base. La máxima regularidad se halla en el indo-iranio, donde cada verbo tiene en principio al lado un iterativo-causativo, un desiderativo y un intensivo; en hetita, donde el iterativo en *-sk* deriva directamente de verbos base (pero hay al lado causativos, desiderativos, intensivos), y en tocario, donde hay una derivación regular de causativos en **-sk* de cada verbo. Es fácil que el aesl., que ha desarrollado, mediante una combinación del uso de distintas raíces, de preverbios y de sufijos, una oposición imperfectivo/perfectivo dentro de cada verbo, siga en definitiva un modelo de este tipo. En lo que hay que tener cuidado es en no identificar la oposición aspectual imperfectivo / perfectivo del eslavo con la presente / aoristo del griego e indo-iranio y con oposiciones entre forma simple y forma perifrástica en

inglés o español. Las nociones de las oposiciones no tienen por qué coincidir. Concretamente, el aspecto del eslavo parece centrarse en torno a si la acción se considera o no como limitada dentro de un determinado espacio temporal.

5. Éste es el verbo indoeuropeo en las fases de su mayor desarrollo morfológico mediante procedimientos flexivos: un verbo subjetivo que apunta a quién realiza la acción (persona y número), apunta también a características internas de la acción (aspectos presente / aorísto / perfecto y otros dentro del tema de presente), a su definición respecto a las funciones de la lengua, con varios matices (modos), a su orientación respecto al sujeto (voces), a su localización en el tiempo con relación al momento presente del sujeto (tiempo). No es un verbo objetivo: ninguna marca formal indica si se usa absolutamente o lleva Acusativo o Dativo u otro caso, aunque en lenguas individuales haya habido tendencias en este sentido (por ej., en gr. el aor. y perf. radicales opuestos a los con -σα y -κα indican intransitividad frente a transitividad; en esp.: *se lo diré todo a tu madre*, *se* y *lo* son en realidad características objetivas del verbo). Por otra parte, es importante la adscripción al verbo y a muchos de sus parámetros, de nombres y adjetivos como infinitivos y participios; incluso a veces de adverbios (los gerundios).

Todo este sistema de parámetros, aun limitándonos a los seis de IV.VIII.1, es un sistema máximo, que no se aplica a todas y cada una de las formas, ni siquiera después de resolver los problemas de sincretismo, alianza y amalgama. Los modos y las formas nominales y adjetivales no admiten el parámetro del tiempo (salvo en futuro), salvo en lenguas que, como el latín, itálico, germánico y celta innovan en esto claramente. El futuro no admite el del aspecto (pero

sí en griego moderno). Las formas nominales no admiten la persona ni el modo (éste lo admite, en escala limitada, en griego, cf. IV.VII.1.2), a más de no admitir el tiempo; en algunas lenguas no admiten ninguno de los parámetros.

6. Pasamos ahora al estudio de las relaciones entre forma y contenido, objeto más directo de este libro. Sin insistir en ello, recordamos la enorme frecuencia, en el verbo indoeuropeo, de los fenómenos de la amalgama, el sincretismo y de la definición puramente proporcional de las categorías y funciones. La explicación de estos varios fenómenos, cuyo común resultado es que las formas no quedan con demasiada frecuencia definidas desde dentro de sí mismas, sino desde el sistema o la distribución o ambas cosas a la vez, es siempre la misma: los elementos formales que se utilizan para caracterizar las oposiciones dentro de un parámetro o las categorías y funciones de diversos parámetros, son más antiguos que dichos parámetros, categorías y funciones. Con dos excepciones (el aumento y la característica de optativo), se trata siempre de morfologizaciones varias de alargamientos: un mismo alargamiento puede haber sido morfologizado para indicar presente o pretérito, indicativo o subjuntivo. Por otro lado, el gran número de alomorfos, así como ciertas definiciones redundantes (mediante sufijo, vocalismo y lugar del acento), vienen a parar a lo mismo: se ha llegado a marcar las nuevas oposiciones arrancando de muy diversos puntos de partida, constituyéndose núcleos o puntos de cristalización que luego, por atracción, se han ampliado con materiales varios.

Resulta de este modo que una bella construcción funcional, por lo que al sistema de los contenidos se refiere, se expresa mediante una forma compleja, ya redundante, ya precisada de definición en sistema o distribución, ya,

en todo caso, llena de irregularidades. Desde fecha antigua se ha tratado, ciertamente, de lograr un mayor sistematismo de la forma, restringiendo ciertos elementos a la significación de determinadas categorías o funciones, a veces modificándolos por vía de desarrollos fonéticos especiales o de alargamientos: así, hay ciertos sufijos que dan presentes y no aoristos, el perfecto está bien definido desde antiguo, etc. O bien, al menos, se establecen tipos fijos de relación, como los que unen indicativo atemático / subjuntivo temático, indicativo temático / subjuntivo con vocal larga. Pero ello es insuficiente y ni el indo-iranio ni el griego (salvo en los verbos contractos) han alcanzado jamás el estadio de construir una verdadera conjugación: un sistema en el cual a partir de cada forma puedan deducirse las demás. Siempre subsiste incertidumbre sobre cuál será el aoristo de tal presente o si habrá realmente un aoristo o no procederá tal vez de otra raíz (verbos polirrizos); y en tantos casos más.

7. Esta incertidumbre ha sido aumentada, indudablemente, por la variación de los esquemas evolutivos que ha seguido el verbo indoeuropeo: es como una casa durante cuya construcción se ha cambiado de plano varias veces, quedando siempre huella de los proyectos fallidos. Para darnos cuenta de esto es preciso que repasemos las tres etapas que hemos, simplistamente sin duda, distinguido en la construcción del indoeuropeo flexional:

*a*) Primer nivel: el verbo consiste en un solo tema, provisto de desinencias bien primarias bien secundarias (lo que da un presente y un pretérito), o desprovisto de desinencias (lo que da un imperativo; también algunas formas del presente). Junto a estas formas, hay otras paralelas de voz media, también marcadas mediante desinencias. Es el esta-

dio del anatolio; aquel al que, curiosamente, por un proceso de degradación de la flexión, ha vuelto el inglés, si se prescinde de sus formas perifrásticas y del hecho de que tiene voz pasiva, no media. En este estadio hay ya formas nominales.

*b*) Segundo nivel: el verbo consiste en el conjunto de tres antiguos verbos, uno con desinencias primarias y secundarias (presente), otro con sólo secundarias (aoristo: es un segundo pretérito), otro con desinencias indiferentes a la oposición temporal (perfecto). Siguen sin existir subjuntivo y optativo. En un grupo dialectal se crea un cuarto tiempo mediante un cuarto verbo que se agrega: el desiderativo se convierte en futuro. Esta evolución, salvo lo relativo al futuro, es característica de todo el grupo no anatolio.

*c*) Tercer nivel. Cada uno de los tres o cuatro temas que forman sistema en el nivel anterior presenta subvariantes con los distintos valores modales, con participios y (en griego y latín) infinitivos. Los modos se han creado por procesos de oposición entre verbos independientes, e igualmente las formas nominales y adjetivales; luego ha habido regularizaciones analógicas. En algunas lenguas el tercer nivel es diferente: junto a los temas de indicativo hay en cada verbo un solo representante de cada modo: ya deducido de la raíz (y entonces se trata, más bien, todavía de un segundo nivel), ya de uno de los temas de indicativo solamente, ya de un tema especial (el optativo obtenido del subjuntivo en tocario). Donde el sistema de tercer nivel descrito en primer término mayor desarrollo alcanzó fue en indo-iranio, griego, latín e itálico; hay huellas de él, antiguas o tal vez desarrollos recientes, en germánico. Desde el punto de vista de estas lenguas, las formas modales o nominales y adjetivales derivan precisamente del tema de indicativo, aunque sepamos que originariamente esto no era

así: es precisamente por ello por lo que hablamos de tercer nivel. No puede postularse, ciertamente, que al tercer nivel sólo se llegara una vez alcanzado el segundo: pudieron en algún área del indoeuropeo desarrollarse más o menos simultáneamente. Por eso decíamos que nuestra exposición era esquemática.

8. Pero es esquemática, también, por esos cambios en los planes o tendencias evolutivas del indoeuropeo de que hablábamos. Ya desde el protoindoeuropeo había una clara tendencia a oponer en sistema varios verbos, definidos como verbo base y derivados (iterativos, causativos...), todos ellos provistos de desinencias primarias y secundarias, alternativamente. Pero esta tendencia acabó por ser abandonada, no sin dejar en todas partes huellas que a veces se confunden con diferencias semánticas entre verbos diferentes que fueron, precisamente, su punto de partida. Por tanto, aquí y allá hay huellas de este sistema verbal de segundo nivel junto al del segundo nivel que triunfó: oponer, sí, tres temas, pero sólo uno con desinencias primarias y secundarias (el presente), pues el otro llevaba sólo secundarias (el aoristo) y el tercero era atemporal (el perfecto). Resultó un sistema mixto, que en parte oponía valor de estado (perfecto) a otros valores (valores indiferenciados, iterativo, causativo...); en parte, fuera del perfecto, oponía simplemente un pasado caracterizado por las desinencias a otro caracterizado por las desinencias y el tema. Ahora bien, este segundo pasado podía en ocasiones tener, además, valores aspectuales propios del tema en cuestión, desarrollados en la fase en que era un verbo opuesto a otros verbos: a partir de aquí hay dos vías, la de lograr la diferenciación aspectual presente/aoristo (como en indo-iranio y griego) y la de reducir los dos pasados a uno, sin valor aspectual especial (como

en las demás lenguas; aunque a veces, luego, se creara un nuevo imperfecto). La oposición aspectual presente/aoristo tendía a dejar en la sombra y disminuir las antiguas oposiciones aspectuales dentro del presente, del tipo del iterativo, etc.; pero, la hubiera o no la hubiera, se tendió otras veces, por el contrario, a extenderlas al pretérito y hacer que también en éste hubiera una forma propia para el causativo o los verbos de estado.

9. En todo caso, es bien claro que la tendencia que llevó a la creación del tercer nivel de la flexión, fuera cual fuera el detalle de su estructuración, representa un cambio de plan respecto a la que creó el segundo nivel, por más que se apoyara en hechos antiguos como la posibilidad de derivar un imperativo de cualquier tema, así como en la existencia de subjuntivos, infinitivos y participios derivados de algunos de los mismos temas que dan indicativos. Pero la tendencia central es diferente. Porque ahora no se emplean los temas para marcar diferencias de tiempo (oposición presente/pretérito, es decir, aoristo de indicativo) ni siquiera de aspecto (diversos temas frente al perfecto), sino para marcar el modo y las transformaciones nominales y adjetivales del verbo. Al ponerse en conexión los dos hechos y crearse el tercer nivel, derivándose las formas modales y nominal-adjetivales de los temas de indicativo, tienden a pasar a aquéllas los valores de tales indicativos: en ciertas lenguas el aspecto, en otras el tiempo, según sabemos. E, inversamente, el indicativo ve restringido su valor modal y, en indo-iranio y griego, se destacan sus valores aspectuales junto a los temporales. De ahí la duplicidad de los valores, temporales y aspectuales, de los indicativos: situación de desequilibrio frente a los modos, en principio ni aspectuales ni temporales. Las soluciones son múltiples, como sabe-

mos: hay lenguas que dan a los modos valor temporal y eliminan en los mismos y en el indicativo el aspectual, si alguna vez lo han tenido.

10. Pero hay otras nuevas tendencias que se abren paso junto a éstas. En indo-iranio y griego se busca una nueva regularidad de un sistema amplio de parámetros que se hace que se interfieran cada vez más, con algunas excepciones como la limitación del tiempo al indicativo. De cada indicativo de activa y de media se deduce ahora un imperativo, un subjuntivo, un optativo, un participio y (en griego) un infinitivo. Se crea el pluscuamperfecto; se trata de dar expresión formal independiente a la pasiva frente a la media (mediante dos procedimientos distintos en indo-iranio y griego); se tiende a regularizar la relación forma/contenido mediante la reducción del alomorfismo (eliminación de la flexión semitemática) y de los sincretismos (desarrollo de desinencias independientes para cada persona, tiempo y voz en ai.), la reducción a límites tolerables de las definiciones opositivas de categorías y funciones. Incluso se llega, en griego, a una conjugación regular en el caso de los verbos contractos.

En las lenguas europeas, en cambio, así como en tocario, se busca una reducción de los parámetros: a veces se trata, sin duda, de que el tercer nivel se había desarrollado menos y las diferencias entre las múltiples formas del pretérito se habían explotado menos. El hecho es que los modos, fuera del indicativo e imperativo, se reducen a uno e incluso, luego, a ninguno: insistimos, de todas formas, en que el báltico y eslavo no tienen huellas de subjuntivo y el báltico no las tiene siquiera de optativo. Pero, sobre todo, la gran innovación consistió en convertir el perfecto en un pretérito y, luego, sincretizar los tres pretéritos, im-

perfecto, aoristo y perfecto, en uno solo; ello en forma diferente en cada lengua. El sistema del aspecto quedaba así destruido, aunque en parte se reconstruyó con la creación de los nuevos imperfectos. Y otra vez se volvía a la simple oposición presente/pretérito, bien que construida sobre dos temas; secundariamente, también sobre la oposición de desinencias primarias/secundarias. Cuando, pese a la tendencia reseñada arriba, se conservaban formas modales, éstas, y a veces las nominales y adjetivales, tendían a subordinarse a los dos temas de presente y pretérito en cuestión. Así se creaba un nuevo tipo de verbo. En la culminación del sistema en latín, itálico, germánico y celta, los modos se subordinaban al tiempo: mejor dicho, un único modo, el «subjuntivo». Pero en latín incluso participios e infinitivos se obtienen de los dos temas de presente y pretérito en las dos voces.

11. Así se creó el sistema de la flexión verbal sobre dos temas, propio de casi todas las lenguas europeas y en parte del tocario; con algunos precedentes ya, en griego. En este sistema los modos y formas nominales, e incluso ciertas formas de indicativo secundarias (nuevos imperfectos, futuros segundos, pluscuamperfectos), se obtienen de uno u otro de los dos temas de presente y pretérito; ello con ciertas excepciones, como los temas independientes de subjuntivo del tocario B. Entiéndase: a veces la derivación no es más que un sentimiento de los hablantes, porque en sí lat. *amēs* no deriva de *amās*, sino que se considera de presente por simple oposición a *amāuerīm*, como igualmente *amārēs* es presente por oposición a *amāuissēm*; *amābām* presente por oposición a *amāui*; etc. Otras veces hay, sí, verdadera derivación para completar por vía analógica el sistema: de *monēs, audīs* se crea *moneās, audiās*.

Esta flexión sobre dos temas tendió a convertirse en una conjugación o un grupo de conjugaciones sobre dos temas, desde el momento en que ambos se sintieron ligados sistemáticamente, bien como resultado de una interpretación fundada en el sistema, bien de una derivación; y desde el momento en que, igualmente, las formas que se deducían de cada uno de los dos temas se sintieron ligados a ellos con relaciones necesarias. Desde este momento, un tema de presente de un determinado tipo supone uno de pretérito de un tipo determinado; y cada uno de ellos presupone subjuntivos, etc. fijados automáticamente. Aquellos verbos o aquellas formas verbales que no encajan en este sistema son dejadas aparte como elementos residuales, memorizados como el léxico: son los verbos irregulares. La evolución es a reducir éstos al máximo y a simplificar y unificar al máximo las conjugaciones, llegándose, en el caso más favorable —ideal nunca alcanzado— a una sola conjugación con ausencia total de formas irregulares independientes de ella. Éste es el panorama del verbo europeo y, en cierta medida, ya el del tocario, según hemos expuesto. Pero también señalamos que tiene ciertos precedentes en el griego, lengua fronteriza.

12. La flexión bitemática existe en aquellas lenguas en que toda la flexión verbal está centrada en un tema de presente y otro de pretérito y de cada uno de éstos se derivan a su vez los demás temas. Por tanto, una cosa es la existencia de una conjugación que relaciona sistemáticamente presente y pretérito y otra diferente que el resto de la flexión esté constituido sobre este esquema bitemático. Por ejemplo, en antiguo irlandés hay en buena medida una conjugación: a determinados presentes responden determinados aoristos; pero no puede hablarse propiamente de flexión

bitemática, dado que el imperfecto y pluscuamperfecto son en realidad un presente y un pretérito normales, sólo que provistos de desinencias especiales, seguramente derivadas de **est*, mientras que el subjuntivo y el futuro son sustancialmente independientes (aunque el primero se asocia al pres. al crearse, sobre el subj. con *-s*, un impf. de subj.) y en una buena medida también el infinitivo. En armenio hay un estado intermedio: el imperativo y el subjuntivo dependen de los temas de presente y aoristo, pero el imperfecto no depende del primero. Algo parecido ocurre en el tocario. Aquí sucede que la relación presente/pretérito es muy asistemática, nada regular; que, de otra parte, el subjuntivo (y con él el optativo y, a veces, el imperativo) procede de un tema independiente; y que el imperfecto con vocal larga del tocario A es un antiguo pretérito sólo secundariamente opuesto al otro, es decir, que también es independiente. Sin embargo, el imperfecto en *-i* del toc. B (y dos verbos del A) está ya derivado del tema de presente; y el imperativo deriva generalmente del de pretérito.

Por otra parte, ciertos verbos griegos, como anticipábamos, presentan ya un esbozo del sistema bitemático: son verbos en laringal, radicales o derivados, incluidos entre estos últimos los denominativos y deverbativos. En verbos de presente reduplicado como ἵστημι, podemos considerar este tema ἱστη- como opuesto a un tema στη- del que derivan todos los demás (aor. στη-, στησα-, perf. ἑστη-, fut. στησε/ο-). En verbos del tipo contracto, en fecha antigua se oponía un tema *τιμαἰ̯- por ejemplo, del presente, a un tema τιμᾱ- de las formas de fuera del presente; y todavía en época histórica se encuentra una oposición τιμα- / τιμη- (en ático), φιλε- / φιλη-, δηλο- / δηλω-. Se trata, ciertamente, de un accidente fonético: pero también en las lenguas

europeas occidentales se aprovechan a veces accidentes fonéticos comparables para oponer los dos temas.

Decimos los dos temas porque en griego, en realidad, lo que se opone es un tema de presente a un tema general del que luego salen aoristo, futuro y perfecto, mientras que en estas otras lenguas hay, de un lado, un tema de presente y, de otro, uno de pretérito, y de cada uno de los dos derivan luego las distintas formas verbales. Pero hay un punto de partida común: ello se ve porque son precisamente los temas en laringal los que más se utilizan para derivar estos dos temas uno de otro y porque el griego, en los verbos contractos, posee ya una conjugación: al presente con *-i̯ responde automáticamente un aor. con -σα, un fut. con -σω y un perfecto con -κα.

13. El grupo de las lenguas europeas con flexión bitemática propiamente dicha al que nos estamos refiriendo, es decir, el del latín, osco-umbro, germánico y eslavo, reúne todas estas características: tiene un solo presente y un solo pretérito por verbo, relacionándolos de manera sistemática, a excepción de los verbos fuertes o irregulares, según el modelo de varias conjugaciones; de esos dos temas derivan todos los demás del verbo, o al menos se consideran derivados a efectos de aspecto y tiempo, aunque algunos originalmente fueran independientes. El báltico participa del primer rasgo, pero sólo en parte del segundo.

El latín, por ejemplo, presenta los cuatro modelos principales que son conocidos: *amā-/amāu-*; **monei-, monē-/monu-*; *dic-/dix-*; *audi-/audiu-*. En la primera conjugación se utilizan dos variantes fonéticas de un mismo tema; en la segunda y cuarta se extiende analógicamente la *-i* como marca de presente y la *-u* como marca de pretérito; en la tercera se utiliza la oposición presente radical temático/

aoristo sigmático. Naturalmente, hay verbos irregulares con varios presentes derivados o atemáticos y con pretéritos procedentes del antiguo perfecto o los antiguos imperfecto o aoristo radicales: pero el núcleo del verbo latino va por las citadas conjugaciones. Al tema del presente se restringe el imperativo y se adscriben secundariamente (cf. IV.VIII.11) el imperfecto (*amābām, erām*) y el futuro (*amābo, dicām*), sin duda aprovechando la coincidencia formal; del pretérito se derivan el pluscuamperfecto (*amāuerām*) y el futuro segundo (*amāuero*); el subjuntivo, el infinitivo y el participio se derivan de uno y otro tema, participando de su tiempo. Es bien claro que la asignación de *amēm* y *amārēm* al presente es secundaria, hecho de sistema.

Lo mismo puede decirse del osco-umbro, aunque aquí la conjugación bitemática está más incompleta: por ejemplo, no hay pluscuamperfecto ni de ind. ni de subj. y el imperfecto sólo está testimoniado mediante un ejemplo que queda fuera del sistema normal del verbo.

El germánico presenta una conjugación fuerte, que opone al presente un antiguo perfecto radical convertido en pretérito, y una débil, que le opone un pretérito compuesto (en gót. en *-da*: *salbō/salbōda*). Pero incluso en los verbos fuertes el pretérito es deducible del presente mediante reglas simples: hay el tipo de presente con *-i* + sonante + consonante al que responde en pret. sg. *a*, pl. *∅* (*steiga/staig, stigum, binda/band, bundum*); el tipo *i* + consonante o sonante, idéntico salvo que en pl. del pret. hay *ē* (*nima/nam, nēmum, giba/gaf, gēbum*); el tipo con *a*, al que responde el pret. con *ō* (*fara/fōr, fōrum*). Existe, ciertamente, algunas irregularidades. Aparte de estas formas, tenemos un imperativo y un infinitivo, ligados al tema de presente, un subjuntivo y participio que van con ambos.

En báltico y eslavo encontramos, igualmente, oposición de un tema de presente a otro de pretérito derivado, ya del antiguo imperfecto, ya del antiguo aoristo, ya del antiguo perfecto; en báltico se han unificado en cuanto que todos terminan en vocal larga y tienen una flexión idéntica a la del presente. La relación entre los dos temas se rige por una serie de correlaciones bastante fijas, aunque no siempre es factible, a partir de un presente, deducir cuál es su pretérito. De todos modos, hay muchos tipos de relación claros, generalmente aquellos en que se parte de temas en laringal. Junto a algunos casos de tema único en todo el verbo, hay oposiciones tan claras como aesl. *spěj-/spě-*, *dělaj-/děla-* (de origen fonético); *mьnj-/mьně-*, *alč-/alka-* (sobre *-$H^{i}$/*-$eH^{i}$), *ber-/bьra-* (sobre ∅/*-$eH_2$); etc. Cf. en lit. *guli-/gulë-* (< *$H^{i}_{1}$/*-$eH^{i}_{1}$), *daraũ/dariaũ* (< *-$eH_2$/*-$eH_1$), *kráuju/króviau* (con *-j* secundaria en el presente), etc., etc. Cf. más detalles en IV.V.1.6 ss.

De estos dos temas derivan otros. En aesl. el imperativo es siempre de presente y el infinitivo de pretérito; en lit., sin embargo, el infinitivo, con frecuencia derivado del pretérito, conserva otras veces su independencia y de él derivan el imperativo, futuro e imperfecto. En aesl. el imperfecto deriva del tema de pretérito o de un tema aparte, con *-ē. En suma, en eslavo hay una verdadera conjugación bitemática, mientras que el báltico está próximo al estadio del tocario, pero en muchos verbos ha alcanzado el del eslavo.

14. Con esto termina nuestro repaso de las líneas generales de la evolución del verbo indoeuropeo. No nos corresponde estudiar las fases más recientes de la evolución: de un lado, tendencia a la desaparición del subjuntivo o a su reducción a un útil de subordinación; de otro, gran desarrollo de formas perifrásticas para indicar aspectos del presente o crear nuevos futuros o nuevos modos o, final-

mente, un nuevo pretérito, a veces con un valor próximo al del antiguo perfecto. Puede decirse que el modelo de conjugación sobre dos temas, uno de presente y otro de pretérito, se ha difundido incluso en el área del indio y del griego en fecha reciente; y que con ello y el retroceso del subjuntivo y el sentirse a veces el tema de pretérito como una variante desinencial del de presente, se ha vuelto en ciertos casos a un estadio más o menos comparable al del antiguo anatolio: el inglés, por ejemplo, tiene un presente, un pretérito, un imperativo, un infinitivo y un participio en cada una de las dos voces, igual que el hetita; y logrado todo ello mediante lo que, desde un punto de vista sincrónico, bien puede denominarse desinencias (sufijos en el caso del infinitivo y participio): igual, otra vez, que el hetita. Es más, por efecto de la caída de ciertas desinencias, se ha vuelto en cierta medida a la indiferencia entre las personas: esp. *amaba*, 1.ª y 3.ª sg.; presentes ingleses con sólo dos formas personales, así, por ejemplo, *I, you, they want / he wants*; verbos franceses como *j'aime, tu aimes, il aime* en que en la pronunciación las tres personas son idénticas y sólo difieren por un prefijo. En ciertos casos, se llega incluso a una forma única para todas las personas (*must, ought*) o al menos para todas las personas del presente (*can, may...*) frente a otra forma de pasado (*could, might...*). Estas formas apenas flexionadas o no flexionadas pueden confundirse formalmente con el nombre, igual que en el más antiguo indoeuropeo, al cual, en cierto modo, se ha vuelto a través de un largo rodeo.

15. Sin embargo, junto esta tendencia a la reducción de formas y a construir el verbo sobre un solo tema, con dos tiempos de presente y pretérito y un imperativo, tendencia que lenguas más conservadoras como el español siguen muy

de lejos, hemos visto que existe el gran desarrollo de las formas perifrásticas. Estas formas reconstruyen en gran medida las formas sintéticas perdidas: futuros, perfectos, variantes aspectuales del presente, modos. Incluso en indio se han desarrollado; en griego tienen, desde antiguo, más importancia de la que generalmente se les reconoce. Se trata de la tendencia a pasar a un cuarto nivel de conjugación, a base de sintagmas y no de formas sintéticas; pero un cuarto nivel que aporta poco desde el punto de vista de los contenidos, que permanecen en líneas generales estabilizados allí donde quedaron en griego e indo-iranio —aunque, naturalmente, no sean idénticos los nuevos aspectos y los antiguos, ni el nuevo «pretérito perfecto» y el antiguo perfecto, ni los nuevos modos y los antiguos—. Se trata más bien de una recuperación de la antigua multiplicidad de parámetros, pero, sobre todo, de una formalización más simple y más regular de los mismos. De todos modos, hay que recordar que existe una tendencia a aglutinar estas formas para constituir formas sintéticas: es lo que pasó, por ejemplo, en formas románicas del tipo de esp. *amaré* < *amare habeo*. Pero la nueva forma sintética tiende a su vez a dar paso a formas perifrásticas: *voy a amar*, sobre todo. Así, parece haber un círculo que lleva de las formas sintéticas a las perifrásticas y viceversa: aunque sea la primera tendencia la que, a partir de un cierto momento, haya pesado más en la evolución de las lenguas indoeuropeas.

# PARTE V

# PRONOMBRES, ADVERBIOS Y NUMERALES

# I

# IDEAS GENERALES

## 1. LAS RAÍCES DEÍCTICAS O PRONOMINAL - ADVERBIALES

1. Las dos partes morfológicas precedentes, la relativa al nombre y adjetivo y la referente al verbo, se refieren a clases de palabras que sólo gradualmente han ido formalizándose, según hemos podido observar en detalle. Retrocediendo a la fase más arcaica del indoeuropeo que nos es dado alcanzar, nos encontramos con una indistinción formal entre las tres clases. El concepto de raíz y el de palabra coinciden en esa fase preflexional; se trata de morfemas monosilábicos que su función y no marcas flexionales definen, ya como nombres, ya como adjetivos, ya como verbos. Bien que antes de la etapa flexional existían otras marcas formales que contribuían a esa definición, a saber, el orden de palabras, las alternancias, el lugar del acento, etc., según estudiaremos en la Parte próxima, de la cual no hacemos aquí más que anticipar algunas cosas.

Pero, en definitiva, una misma forma podía desempeñar funciones de nombre, adjetivo o verbo, según los casos. Como herencia de esto, nombres, adjetivos y verbos tienen

en las lenguas indoeuropeas iguales raíces, aunque algunas puedan haberse especializado para una o dos de estas clases de palabras. Son raíces cuyas características fundamentales se han visto en el curso de las exposiciones precedentes, aunque han de ser completadas en el próximo capítulo. En definitiva, se trata de raíces monosilábicas de dos, tres, cuatro, raramente de cinco fonemas, sometidas a alternancias vocálicas que conocemos. La única vocal de estas raíces puede ser *e* y *o* o no aparecer, lo que tiene trascendencia léxica y morfológica. Pueden estas raíces comenzar por vocal, sonante o consonante; terminan indefectiblemente por consonante o sonante; y a veces llevan, además, una sonante, que aparece ante o tras la vocal y siguiendo o precediendo, respectivamente, a una sonante o consonante precedente o siguiente.

Por otra parte, estas raíces son ampliables mediante alargamientos que luego se morfologizan en ocasiones. Pero, así como las raíces pueden aparecer sin alargamiento, caso de las palabras-raíces que en definitiva representan el tipo más arcaico, el concepto de un alargamiento sin raíz no responde a realidad alguna; tampoco el de desinencia sin raíz. Por otra parte, alargamientos, sufijos y desinencias siguen un sistema silábico y de alternancias del mismo orden que las raíces.

2. Podríamos decir que el sistema que tan someramente describimos aquí y que está en la base de las tres clases de palabras nombre, adjetivo y verbo representa el sistema semántico del indoeuropeo. Se trata de signos lingüísticos con su significante y su significado; signos en principio lexicales, pero que en cierta medida se gramaticalizan (o desarrollan signos propiamente gramaticales) para someterse a tipos de regularidad que es lo que constituye la Gramá-

tica. Prescindiendo de lo que podemos entrever sobre un tipo de regularidad más arcaico, el protoindoeuropeo desarrolló ya en una medida importante un sistema flexional: sufijos y desinencias, que, junto con unas pocas formas aglutinadas (prefijos y algún sufijo), palabras gramaticales y un cierto uso de las alternancias vocálicas, el lugar del acento y el orden de palabras, es decir, de recursos de origen muy arcaico, constituyeron las marcas gramaticales más importantes del protoindoeuropeo y del indoeuropeo clásico.

Junto a este sistema semántico el protoindoeuropeo poseía un sistema deíctico, también preflexivo. Es el que está en la base de palabras no flexivas posteriores tales como los adverbios y partículas (y sus derivados los preverbios, preposiciones y conjunciones), así como de palabras flexivas: los pronombres, con sus subclases de personales, posesivos (en realidad son simples adjetivos de los primeros), demostrativos e interrogativo-indefinidos (luego también de los relativos). Todas estas clases y subclases responden a clasificaciones posteriores, al menos por lo que a la parte formal se refiere; de entre ellas, sólo los pronombres alcanzaron el estadio flexivo, en parte con recursos propios del protoindoeuropeo, del indoeuropeo o de los diversos grupos dialectales de éste. Pero ni siquiera rasgos tan generales como las oposiciones N./Ac. **egŏ* (y variantes) / **mĕ, *tŭ/*tĕ* o como el demostrativo heteróclito **so/*to* son comunes al indoeuropeo no anatolio; y menos el detalle de las flexiones, que sólo se construyó lengua a lengua, lo que hace imposible reconstruir «una» flexión indoeuropea de los pronombres, como en cierta medida se consigue para el nombre. La flexión de los antiguos elementos deícticos, es decir, la flexión pronominal, se desarrolló más tarde y con mayores diferencias locales que la de nombres, adjetivos y pronom-

bres; y estuvo amplísimamente sometida al influjo de la flexión nominal y adjetival.

3. La unidad original de todas estas clases y subclases de palabras se deduce del hecho de que todas ellas representan derivaciones de un tipo de raíces, que llamamos adverbial-pronominal, diferente del nominal-verbal a que arriba nos referíamos. Las mismas raíces aparecen en uso adverbial y pronominal; en los pronombres demostrativos y en los personales (el interrogativo-indefinido tiene a su vez una raíz adverbial; los posesivos son, como queda dicho, derivación de los personales).

Las raíces a que ahora nos referimos no eran signos en el sentido común. Se referían a la localización en el espacio de un referente no nombrado, sólo aludido por esa localización, es decir, deícticamente. La localización se puede referir secundariamente al tiempo e incluso a datos más abstractos: indica si el referente aludido es ya conocido o no o ha sido nombrado anteriormente (anafóricos), puede indicar incluso el modo cómo se realiza una acción. Por ejemplo, un «aquí» si se provee de flexión se convierte en un «éste»; y el demostrativo a su vez puede interpretarse como un personal, un «yo» o un «tú» o un «él». No podemos reconstruir si el indoeuropeo notaba tres deixis al modo del español *éste/ése/aquél* o dos al modo del francés *celui-ci/celui-là*: los elementos deícticos se desgastan enormemente y pasan de unos valores a otros. Lo único que podemos hacer es establecer una lista de los mismos, señalar el valor antiguo de primera y segunda persona de algunos de ellos, la deixis alejada («ése» o «aquél») de otros. A veces es fácil seguir la evolución de los sentidos dentro de los sistemas que se crean; vemos, por ejemplo, ante nuestros ojos en diversas lenguas cómo un demostrativo de deixis alejada

se transforma en personal de tercera persona, como más antiguamente se habían creado los personales de primera y segunda; o vemos la conversión de los demostrativos en artículos o en relativos, así como la reestructuración de los sistemas deícticos; cómo, por ejemplo, al pasarse del latín al castellano *iste* pasa de la segunda a la primera deixis (*éste*), mientras que la segunda es ocupada por *ipse* (*ése*) y la tercera por una forma reforzada *ecce ille* (*aquél*), en tanto que *ille* se transforma, según queda dicho, ya en personal (*él*), ya en artículo (*el*). Todo está dominado por hechos de sistema; y con frecuencia las tendencias de sistematización no cristalizan totalmente. En griego, por ejemplo, dos demostrativos de igual raíz, ὅδε y οὗτος, tienden a ocupar la primera y la segunda deixis, respectivamente; pero también se mantiene una vasta zona de uso neutro o de uso definido de manera diferente.

4. La existencia de un sistema deíctico junto a un sistema semántico domina todo el indoeuropeo; tenía sin duda mayor relieve en época preflexional. Téngase en cuenta que las clases y subclases de palabras que hemos referido a uno y otro sistema en parte son recientes, incluso funcionalmente; y que la de los adverbios y partículas en realidad es mixta en las lenguas históricas, pues muchos adverbios (y sus derivados: preverbios, etc.) son por su origen raíces nominal-verbales que se han mantenido sin flexionar, o bien formas flexionadas de las mismas que secundariamente se han fosilizado como indeclinables.

Por otra parte, hay que admitir desde siempre un juego complejo entre ambos sistemas. El verbo era seguido de elementos deícticos: éste es el origen de la *-i* y *-u* convertidas luego en desinencias verbales. Tenían un efecto de refuerzo o intensificación, como las llamadas «partículas

augentes» del celta, muchas veces idénticas a formas pronominales. El pronombre personal enclítico que sigue o precede al verbo en las lenguas indoeuropeas en general, pertenece en origen a este mismo tipo. Por otra parte, los pronombres tónicos que preceden como sujeto al verbo eran, indudablemente, el solo procedimiento efectivo para marcar la persona en una época preflexional. Son más antiguos, evidentemente, «yo» y «tú» (con sus plurales, sin duda más antiguos que el plural del verbo); la tercera persona quedaba notada por la presencia de un sujeto cualquiera (sólo en su defecto intervendría un «él») o por la simple no presencia de «yo» o «tú» como sujetos. También los adverbios de origen nominal-verbal eran determinados por partículas o pronombres personales: es un tipo muy normal en celta y conocido en otras lenguas (lat. *mecum*).

5. Anticipando cosas que iremos exponiendo más despacio, conviene hacer notar que el sistema deíctico se apoya en raíces —palabras-raíces en realidad— cuya estructura es muy diferente de las nominal-verbales, cuyo esquema hemos dado arriba. Estas raíces presentan formas disilábicas del tipo *eke*: formas terminadas en vocal, pero que presentan variantes sin la misma o con falta igualmente de la vocal inicial. Estos fenómenos estaban en conexión originariamente, sin duda, con el carácter tónico o átono de las mismas: todavía en griego ἐμέ es tónico, με átono; a la falta de la vocal final contribuye, a más de la atonía (ocurre, por ejemplo, en los personales proclíticos del celta, pero puede tratarse de un hecho celta), el carácter final (cf. lat. *hic*: pero también aquí puede haber innovación). De todos modos, es claro que ante los alargamientos *-i*, *-u* falta sistemáticamente la vocal final.

Esta diferente estructura hacía que las raíces deícticas fueran inconfundibles con las semánticas: únicamente en caso de falta de la vocal final podían confundirse, por ejemplo, *ei/i* 'ir' y *ei/i* 'éste, ése'. Esa diferencia de estructura se refleja todavía en otros rasgos. Salvo excepciones como la mencionada, la alternancia vocálica parece jugar escaso papel en estas raíces. En inicial *e/o* alternan indiscriminadamente; en final, es preponderante *-e*, *-o* parece forma rehecha cuando hay tematización. Pero encontramos al lado *-a*, sin razón aparente: tipo griego γα junto a γε. Ello parece indicar que el sistema fonológico de las raíces deícticas es especial, lo que se compagina bien con su carácter expresivo. Por otro lado, quedan abundantes huellas de la vacilación en la cantidad de las vocales: hemos reconstruido arriba formas como **egŏ̄*, **tŭ̄* apareciendo una u otra cantidad según las lenguas o dialectos, lo que indica la adaptación secundaria a un sistema vocálico con dos cantidades de otro en que la cantidad no era relevante fonológicamente, sólo tenía valor expresivo. Finalmente, incluso en las consonantes hay vacilaciones, sin duda por iguales razones. Y hay geminaciones del tipo het. *ugga* 'yo', lat. *ecce*, etc. De todo esto hemos hablado ya en nuestro capítulo de Fonología (cf. II.I.4.3-4).

6. Pero no se trata sólo de la estructura de las raíces y de las peculiaridades del sistema fonológico expresivo o deíctico que de su estudio pueden deducirse. Hay, además, un hecho morfológico capital que las diferencia de las de tipo semántico. A diferencia de éstas, aquí no se encuentra una oposición entre raíz y alargamiento o sufijo. Las raíces deícticas son alargadas con muchísima frecuencia: con *-i*, *-u*, *-ke*, etc., etc. Pero los mismos alargamientos aparecen otras veces como raíces: *i-*, *u-*, *ke-* y tantas otras. Así como

las raíces nominal-verbales han producido por su final una serie de elementos morfológicos procedentes de alargar unas por la analogía de otras, éstas se han aglutinado variamente, en combinaciones cambiantes, según se desgastaban y necesitaban reforzar su expresividad y su carácter deíctico.

Por otra parte, aunque entre los dos tipos de raíces ha habido un juego constante —alargamiento de las nominal-verbales con ayuda de las deícticas, flexión de éstas sobre el modelo de las primeras—, la evolución, en parte, ha transcurrido independientemente y, como arranca de estructuras diferentes, presenta diferencias notables. Hay un arcaísmo mayor en el mantenimiento de temas puros y de una flexión heteroclítica; en rastrearse todavía un estadio con sólo dos casos, un N. y un oblicuo (Ac. con valor de D., etc.); en usarse más ampliamente la oposición de formas tónicas y átonas, ya por razones de expresividad, ya gramaticales (posición del interrogativo tónico y el indefinido átono). Además, existen desinencias especiales o usadas con una función diferente: así la *-d* del N.-Ac. n. de los demostrativos (y con uso más amplio que el Ab. en los personales), el *-os* de G. usado en hetita para el G. de los posesivos y no para el N., etc. Los alargamientos deícticos a veces se han gramaticalizado como desinencias: así *-i* crea un N. pl. en los demostrativos.

## 2. LOS NUMERALES

1. Los numerales no constituyen una tercera serie de raíces, pero merecen ser tratados aparte porque contienen características especiales que remontan al protoindoeuropeo. En realidad, sus raíces son del tipo de la nominal-verbales, aunque añaden ciertos alargamientos procedentes de la otra serie en ocasiones; pero se trata de raíces especiales, que

no identificamos con las de nombres, adjetivos y verbos (salvo en el caso de 'uno', en que innova cada lengua). Por otra parte, a veces se trata de raíces de forma muy arcaica (en 'tres' hay **trei*, terminado en una *-i* no de laringal), o bien de raíces combinadas o alargadas en forma original y única. Se trata, en definitiva, de palabras del protoindoeuropeo (o el indoeuropeo al menos, en otros casos) que se han conservado inalteradas formando un sistema. Si este sistema, edificado sobre base decimal, es arcaico en sí, las palabras que son propiamente arcaicas son los numerales de dos a diez (y las de las decenas y la centena), indeclinables salvo dos, tres y cuatro. Este sistema, junto con el de las raíces deícticas, ayudaba sin duda a funcionar al de las nominal-verbales, haciendo no absolutamente necesaria la categoría del número.

# II

# PRONOMBRES

## 1. PERSONALES Y REFLEXIVOS. EL SG.

### a) *Exposición de los datos*

1. Se trata de las formas del sistema deíctico que en fecha más antigua se integraron en un sistema gramatical, más que flexivo, heteroclítico. Conviene antes que nada dar las formas de los mismos en las principales lenguas indoeuropeas. Se excluyen el arm., tocario y celta por los graves problemas que presentan; el último, además, por su complejidad. Pero luego se aducirán algunas formas interesantes.

2. Estos cuadros son esquemáticos: no incluyen la cronología o el reparto dialectal cuando hay varias formas ni otros detalles múltiples. Los casos de sincretismo, en que varios casos no están diferenciados, forzosamente han de indicarse como igualdad de un caso con el que primero figura en el cuadro, cuando en realidad no existen oposi-

ciones entre esos casos. En el cuadro de pronombres enclíticos, la raya puede indicar simplemente que en determinadas lenguas, al haberse restringido la libertad de acento, no hay huella de una oposición tónico/átono, lo cual no quiere decir que no la hubiera en fecha anterior. No se indican detalles como el uso ocasional del D. como G. en griego, que confirma el testimonio del ai.; o como las variantes de escritura de las formas átonas del lit., que a veces, como en hetita, no se separan de la palabra anterior. Faltan, por supuesto, datos interesantes de lenguas no recogidas en los cuadros.

3. Los cuadros siguientes nos presentan:

*a*) Una flexión del personal de 1.ª sg., en forma heteróclita, fundamentalmente sobre la oposición de una forma variable *ĕg*, **ĕgh*, **ĕk*, **ŏg*, **ŏk*, que funciona como N. sg., y otra forma **mē*, **mĕ*, **ĕmĕ*, que aparece en Ac. sg. y otros casos (en G. en arm. *im*). Sin embargo, en hetita la primera forma es sustituida por **u*; no hay huella de ella tampoco en toc. ni celta, aquí el N. sg. es *mē*.

*b*) Una flexión del personal de 2.ª sg., no heteróclita. A un N. sg. *tū*, *tŭ* se oponen en Ac. y otros casos formas **tē*, **tĕ*, **tu̯ĕ*, **tĕu̯ĕ* emparentadas con ella. Sin embargo, también aquí el hetita presenta un panorama distinto: **te* en N. sg., **tu* en los demás casos (cf. igualmente ai. D. sg. *túbhyam*). Hay huella de **tu* fuera del N. en gr. (dor. Ac. τύ) y celta. Aquí las formas tras preposición dejan reconocer un Ac. **tu*; y no hay rastro de **te*.

*c*) Un reflexivo que originariamente se refería a la persona principal de la frase (ordinariamente el sujeto), es

SINGULAR

| CASO | PERS. | HET. | AI. |
| --- | --- | --- | --- |
| N. | 1<br>2 | *uk, ugga, ammuk*<br>*zik, zigga* | *ahám*<br>*tvám* |
| Ac. | 1<br><br>2<br>ref. | *ammuk, ammugga,*<br>*ammukka*<br>*tuk, tugga*<br>— | *mā́m*<br><br>*tvā́m*<br>— |
| G. | 1<br>2<br>ref. | *ammel*<br>*tuel*<br>*šel* | *máma*<br>*táva*<br>— |
| Ab. | 1<br>2<br>ref. | *ammedaz(a)*<br>*tuedaz(a)*<br>*šez* | *mád*<br>*tvád*<br>— |
| D. | 1<br>2<br>ref. | *ammuk, uga*<br>*tuk, tuga*<br>*šetani* | *máhyam*<br>*túbhyam*<br>— |
| L. | 1<br>2<br><br>ref. | = D.<br>= D.<br><br>= D. | *máyi*<br>*tváyi, tvé* |
| I. | 1<br>2<br>ref. | = D.<br>= D.<br>— | *máyā*<br>*tváyā, tvā́*<br>— |

FORMAS TÓNICAS

| GR. | LAT. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|
| ἐγώ, ἐγών | *egŏ̄* | *ik* | *àš, éš* | *azъ* |
| τύ, σύ | *tū* | *þu* | *tù* | *ty* |
| ἐμέ | *mē(d)* | *mik* | *manè* | *mene* |
| τύ, σέ, τέ | *tē(d)* | *þuk* | *tavè* | *tebe* |
| ἕ, ἑέ | *sē(d)* | *sik* | *savè* | *sebe* |
| ἐμοῦ, ἐμέος, ἐμέθεν | *meī* | *meina* | *manę̃s* | = Ac. |
| σοῦ, τέος, σέθεν | *tuī* | *þeina* | *tavę̃s* | = Ac. |
| οὗ, Ϝέος, Ϝέθεν | *suī* | *seina* | *savę̃s* | = Ac. |
| = G. | = Ac. | *mis* | = G. | = Ac. |
| = G. | = Ac. | *þus* | = G. | = Ac. |
| = G. | = Ac. | *sis* | = G. | = Ac. |
| ἐμοί, ἐμίν | *mihĭ* | = Ab. | *mán(ei)* | *mъně* |
| σοί, τίν, τεΐν | *tibĭ* | = Ab. | *táv(ei)* | *tebě* |
| οἷ, ἑοί, ἑίν | *sibĭ* | = Ab. | *sáv(ei)* | *sebě* |
| = D. | = Ac. | = D. | *manyj(è)* | = D. |
| = D. | = Ac. | = D. | *tavyj(è)* | = D. |
| = D. | | | | |
| | = Ac. | = D. | *savyj(è)* | = D. |
| = D. | = Ac. | =D. | *manimì* | *mъnoją* |
| = D. | = Ac. | =D. | *tavimì* | *toboją* |
| σφί(ν) | = Ac. | =D. | *savimì* | *soboją* |

## SINGULAR: FORMAS ATONAS

| CASO | PERS. | HET. | AI. | GR. | LAT. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Ac. | 1 | *-mu* | *mā* | με | — | — | *mi* | *mę* |
| | 2 | *-ta* | *tvā* | σε, τϜε, τυ | — | — | *ti* | *tę* |
| | ref. | — | —[1] | ἑ, σϜε, Ϝε | — | — | *si* | *sę* |
| D. | 1 | = Ac. | *me* | μοι | *mi* (cf. *fili* | — | = Ac. | *mi* |
| | 2 | = Ac. | *te* | τοι, σοι | *mī*) | — | = Ac. | *ti* |
| | ref. | *-ši* | —[2] | οἱ, Ϝιν | — | — | = Ac. | *si* |
| G. | 1 | — | = D. | — | — | — | — | — |
| | 2 | — | = D. | — | — | — | — | — |
| | ref. | — | — | — | — | — | — | — |

---

[1] Cf. ap. *-šim*.
[2] Cf. ap. *-šaiy*.

decir, no entraba en la oposición de personas. Así ha continuado en aesl. y el derivado tematizado llamado posesivo conserva en aesl., ai. y gr. igual propiedad. Luego, el reflexivo se ha restringido a la 3.ª persona. También hay que notar que originariamente no admitía diferencias de número (cf. lat. *se* 'a él, ellos'); gr. σφεῖς, σφᾶς, etc. es una innovación seguramente a partir de σφί. La flexión, carente de N. sg., es por lo demás paralela a la del pronombre de 2.ª sg., con el cual, como con el de 1.ª, es sinónimo en ocasiones, según queda dicho. Hay las formas **sē, *sĕ, *su̯ĕ, *sĕu̯ĕ*.

4. Los tres pronombres en cuestión presentan algunas características fonéticas y morfológicas que les son comunes y que explican su flexión, de todos modos menos desarrollada que la de los nombres; algunas, que también están en los demostrativos, han sido ya mencionadas.

*a*) Fonéticamente, se encuentra a veces indistinción entre los fonemas *g, gh, k,* según hemos visto en N. sg. del de 1.ª pers. (cf. V.II.1.3). El D. sg. ai. de 1.ª *máhyam* presenta *gh* donde esperaríamos *bh.* Hay también variaciones de cantidad no usadas con fines morfológicos: ya en una misma lengua se mantienen, ya se reparten según las lenguas. Todo esto son hechos marginales dentro del sistema morfológico ide., que se explican por la conexión de estos pronombres con adverbios de lugar fuertemente deícticos. A ello hay que atribuir, como queda dicho, las geminaciones de origen expresivo: het. *ugga, ammuk,* etc.

*b*) Es un hecho al tiempo fonético y morfológico la existencia de formas tónicas y átonas, éstas sólo en Ac., G., D. Ya tienen igual forma que las tónicas, ya una diferente. Se trata de diferencias de énfasis y relieve, con reper-

cusión en el orden de palabras. Las formas átonas son enclíticas o proclíticas, a veces escritas como parte de la palabra tónica: caso de las enclíticas del het., lit., apérs., celta y de las antiguas proclíticas de éste y del latín (*mecum*).

*c*) Es notable el uso de partículas, casi siempre con las formas C-V, o bien sólo C; sólo hay una excepción, *-om*. Estas partículas no tienen originariamente relación alguna con los casos, su adscripción a unos u otros es una morfologización secundaria. Son, limitándonos de momento a las formas tónicas de los pronombres, las siguientes:

*-om*: N. de 'yo' en ai., aesl., de 'tú' en ai., toc. B (*twe*); D. sg. de 'yo', 'tū' en ai. El *-ō* del gr. y lat. es independiente, seguramente analógico del verbo: **eg bherō* > **egō bherō*, cf. it. *eglino* y otros ejemplos con des. pers. en el pron.

*-g, -ge, -ga*: N. de 'yo' en het. *uk, ugga*, gót. *ik*; Ac. y D.-L.-I. de ambas pers. en het., Ac. de ambas y el ref. en gót.; N. sg. de 'tú' en het. *zik, zigga*. Cf. también ἔγωγε, ἐγώνγα, etc.

*-d*: Ac. y Ab.-L.-I. de las tres formas en lat.; Ab. *mád, tvád* en ai. y también en het., aquí alargado luego por analogía del Ab. nominal (*ammed-aza, tued-aza*).

*-ne*: G. sg. aesl. *mene*, av. *mana* (innovado en ai. *mama*); parece que está en el origen de las tres formas del G. en gótico.

*-s*: D.-Ab. del gót. en sus tres formas; formas reforzadas del air. como N. *messe*, etc.

*-l*: G. het. Se ha convertido en des. de G. de todos los pronombres en esta lengua.

*-dhe(n)*: G. del gr. ἐμέθεν, σέθεν.

5. Los tres pronombres presentan en todas las lenguas una serie de innovaciones, por analogía casi siempre de la flexión nominal, que tienden a aproximarlos a los nombres en formas y número de casos.

En algunas ocasiones estas desinencias se toman del fondo antiguo indoeuropeo, por lo que la coincidencia con el nombre puede no ser exacta. Así sucede con las des. **-ghi* y **-bhi* usadas en ai., lat. y aesl. en D. sg., siendo así que en el nombre se ha usado *-bhi* como I. sg., pero no como D. ni en estas lenguas. Por otra parte, aparecen innovaciones: *-am* añadido en ai., cantidad fluctuante de la *-i* en lat., forma en *-ě* en aesl. Esta lengua extiende la *-b-* por contaminación al Ac. *tebe, sebe.*

También *-in,* que hallamos en el D.-L.-I. del gr., es antiguo: aparece igualmente en los demostrativos (ai. L. sg. *tásmin*) y en gr. lo encontramos otra vez en el pl. de los personales.

Mucho más frecuentemente, los casos de la flexión nominal han sido simplemente imitados. Así, en casi todas las formas del lit., en el D.-L. e I. eslavo, en el G. gr. (que sigue ya la flexión temática, ya la atemática, según los dialectos), en el Ac., L. e I. del ai., en el Ab. del het.

El lat. *meī, tuī, suī* representa el uso del adj. posesivo por el personal y reflexivo. En gót. *meina,* etc. son también posesivos; sin duda el posesivo ha influido analógicamente sobre **meno, *teno, *seno.*

Gr. ἐμοί, etc. son antiguas formas átonas; cf. *infra.*

6. Todas estas innovaciones, así como las morfologizaciones logradas con ayuda de partículas, no logran ocultar el hecho fundamental de las originalidades y el carácter reciente de la flexión de personales y reflexivo. Frente a la forma de N. (inexistente, por supuesto, en el reflexivo), exis-

tía en fecha antigua simplemente una forma única para los demás casos. Pese a las innovaciones posteriores, todavía encontramos en het. una forma única para Ac., D., L. e I.; en lat. una forma única para Ac., Ab., L. e I.; en aesl. una forma única para Ac., G. y Ab. Debajo de las formas especiales para ciertos casos oblicuos creadas en determinadas lenguas siempre aparece, bien una especialización de dos alomorfos del mismo tema (ai. G. *táva* < **teu̯e*, mgal. G. *teu* < **teu̯e*; lit. Ac. *tavè, savè*, aesl. *tebě, sebě*, con determinadas innovaciones); bien una morfologización de alargamientos con partícula (het. N. *zik* < **te-g*, Ac. *tuk* < **tu-g*; gót. *mik, þuk* < **me-ge, *tu-ge*; lat. *mēd, tēd, sēd*, het. *ammed-, tued-* con *-d*, aesl. *mene* con *-ne*, etc.); bien una forma analógica de la flexión nominal o de los adjetivos posesivos, según queda indicado. Por ejemplo, gr. ἐμοῦ < *ἐμει̯ο, etc. presupone un ἐμέ idéntico al del Ac.; y puede verse que, paralelamente, todos los G. de las demás lenguas son recientes. De igual modo, el Ac. ai. *mā̃m*, etc. es igualmente reciente y la forma base es la que ha quedado restringida como átona (*mā*, etc.).

La flexión pronominal que estamos estudiando difiere en cuanto a sus orígenes de la nominal. Ésta estaba constituida sobre una doble oposición originaria, N./Ac. y N./G.: ambas oposiciones se expresaban fundamentalmente con desinencias, sólo raramente aparecía el tema puro; y sobre el modelo del G. se morfologizaron diversos temas puros, a veces alargados, constituyendo los casos oblicuos. En cambio, para los pronombres personales y el reflexivo sólo hay una oposición fundamental, N./Ac. (éste con todos los usos no de N.) y ésta se expresaba primitivamente por una oposición de temas; sólo luego se añaden otros recursos, que también se aplican, a veces, a crear un G. y demás casos oblicuos sobre el modelo del nombre.

En realidad, es difícilmente admisible que un pronombre personal no pudiera usarse para determinar un nombre. Ocurre simplemente que la forma que determinaba al nombre era, aquí, exactamente la misma que hacía el papel de c. d. con el verbo. De ella derivan luego, bien los nuevos Genitivos, bien, con adjetivización, los llamados pronombres posesivos, que no son otra cosa que adjetivos de los personales y reflexivo.

Por otra parte, algunas lenguas muestran en los pronombres átonos una forma especial de G.-D.: el ai. y, en huellas solamente, el gr. (κλῦθί μοι, con un verbo que normalmente lleva G.); el mismo lat. *filī mī*; el caso oblicuo del toc. B *ci* (2.ª pers.). En cambio, en het. y lit. no hay forma especial de G. y la de Ac. vale también para D., como originariamente en los tónicos.

7. Conviene ahora estudiar la oposición de temas N./Ac. Pero ello no puede realizarse sin añadir a lo dicho hasta aquí algunos datos tomados de la flexión átona. Estos datos no añaden nada a las raíces pronominales, pero sí a los temas de ellas derivados con ayuda de alargamientos.

El Ac.-D. *-mu* del het. nos lleva a añadir un alargamiento *-u* a la lista de V.II.1.4. Este alargamiento lo reencontramos en los demostrativos: ai. *asaú* 'aquél', gr. οὗτος, etc. Esto nos lleva a analizar **tu* como **t-u*, con el mismo alargamiento, y a encontrarlo de una manera u otra en las formas **tu̯e*, **teu̯e*. Pero es al mismo tiempo, sin duda, la raíz de het. *uk*, N. de 'yo', así como del demostrativo **ou̯os* 'aquél': cf. aesl. *ovъ*, ap. *ava*. El que una misma forma aparezca como raíz y como alargamiento es una característica de las raíces pronominal-adverbiales, sobre las que hemos de insistir.

El Ac.-D. *-ta* del het. nos lleva a su vez a reconstruir, al lado de **te*, una forma **ta*. Por otra parte, también en las partículas se encuentra **ga* junto a **ge* (het. *ugga*, etc.). Pero también puede tratarse de **to*, como en los demostrativos.

Sobre todo, los pronombres personales átonos nos suministran dos series de formas, con *-i* y con *-oi*, que encuentran igualmente paralelo en los demostrativos. La *-i* aparece con frecuencia siguiendo inmediatamente a la consonante: junto a gr. ὅδε hay ὁδί. Pero también puede añadirse a la vocal. De un lado, tenemos formas con *-i* alargadas de otras sin *-i*, cf. lat. *hic* < **ho-i-ce*; de otro, morfologizaciones, que en los demostrativos son precisamente N. pl. Esta *-i* es la misma que hemos encontrado en las desinencias verbales (*-ti* frente a *-t*, morfologizado como presente). Y se encuentra igualmente como raíz pronominal demostrativa *-ei/i* en ai. *ayám, iyám, idám*, lat. *is, ea, id*; la forma temática **i̯o* es la que luego pasó a ser relativo.

Hay que insistir en el hecho de que estos alargamientos presentan una *-i* no procedente de laringal. Efectivamente, no existen fluctuaciones del tipo *-oi* / vocal larga: las vocales largas de **mē*, etc. son alófonos libres de las breves, restos de una fluctuación antigua.

Una conclusión que se impone después de todo esto es considerar la raíz **eg* (con variantes alofónicas) de N. sg. de 1.ª como idéntica con el alargamiento *-ge*; la forma **ek* es a su vez la misma que el alargamiento *-ke* de lat. *hic*, etc., que a su vez es raíz demostrativa en gr. ἐκεῖνος, κεῖνος, o. *ekas* 'hae', etc. Del mismo modo, el alargamiento *-ne* se reencuentra en la raíz demostrativa **eno*, **ono* de ai. *anás* 'éste', aesl. *onъ*, arm. *ayn* 'aquél', y el alargamiento *-el* del het. en lat. *ollus, ille* < **el*, **ol* + **no*, **ne*, aesl. *lani* 'el año pasado', de *olnī*.

8. Nos hallamos, en definitiva, ante un sistema de partículas que pueden aglutinarse variamente. En esta aglutinación, una misma puede funcionar como raíz (N. **eg, *u-*; cf. *infra* sobre el pl.) o como alargamiento. Estas partículas se conservan a veces en función de tales o de adverbios, pero otras veces se incluyen en un sistema de declinación: bien sobre el modelo nominal (pronombres personales y reflexivos), bien sobre el adjetival (los demás). Ahora bien, hay dos partículas que funcionan solamente como raíces y no como alargamientos: son *me, te* y sus variantes. Sobre ellas está construida la mayor parte de las formas de los pronombres de 1.ª y 2.ª que estamos estudiando. En cambio, *se*, a más de como reflexivo (y demostrativo), aparece como partícula en celta (air. *messe, mese*; también tras verbos); igual ocurre con raíces del pl. de los personales, cf. V.II.2.4.

Es la oposición de formas varias de estas raíces la que ha constituido el sistema inicial de los pronombres personales y el reflexivo: la oposición N. / otros casos, faltando el N. en el reflexivo; a lo cual se añade en el indoeuropeo no anatolio una forma especial de D.-G. con *-oi*. Estas formas **mĕ̄, *tĕ̄, *sĕ̄* no son propias solamente de los personales y reflexivo: con otro vocalismo hallamos en ai. *amas* 'éste' (Ac. *amúm*) y en casi todo el indoeuropeo no anatolio **so* y **to* combinados en el demostrativo **so, *sā, *tod*: la heteroclisis de **so* y **to* no es de extrañar, si se tiene en cuenta que el reflexivo **sĕ̄*, etc. originalmente se refiere a cualquiera de las tres personas.

La organización del sistema mínimo a que nos hemos referido tiene lugar en forma muy diversa en hetita y en indoeuropeo posterior.

b) *Sistema del hetita*

*1.ª pers.* Opone un N. *u* a un Ac., etc. **ommu,* ambos provistos de alargamientos. Esta última forma debía alternar con **emu, *omu* que se hallan en licio y lidio (respectivamente) como N.; seguramente se trata de una igualación secundaria N.-Ac., igual que en het. posterior *ammuk* es también N. y *uk* es Ac. Junto a estas formas de Ac.-D.-L. *amu, emu* había igualmente *mu,* que se ha mantenido en het. como átono. Nótese que la *u* de N. se encuentra también en pl., cf. *infra.* Y también que se podía prescindir de *-u* en los casos no Nominativos: prueba, las formas derivadas del G. y Ab.

*2.ª pers.* Aquí la oposición se ha creado sobre dos temas obtenidos de la misma raíz: N. **te* / Ac., etc. **tu.* Es exactamente la oposición inversa de la desarrollada por el indoeuropeo posterior (pero cf. *infra*) y está conservada en palaico (*ti*/*tu*); en hetita se añade *-k* a los dos términos (*zik*/*tuk*). No hay razón alguna para pensar que el indoeuropeo posterior conserve el estado antiguo y el anatolio invierta los temas; pero tampoco para lo contrario. Ambas ramas han estabilizado posibilidades de oposición que sin duda se usaban alternativamente en protoindoeuropeo.

c) *Sistema del indoeuropeo posterior*

*1.ª sing.* La oposición es entre **eg* (**egh, *ek, *ogh, *ok*) como N. y **eme, *me* y sus variantes en los otros casos. **Eme* está, a más de en gr., en arm. (G. *im*). La cantidad de la *-e* es breve o larga según las lenguas, lo que es el

resultado de regularizaciones secundarias. Hay luego el uso de los diversos alargamientos, morfologizados variamente, y el influjo de la flexión nominal. Y hay _*moi_ en D.-G. átono (en gr., luego, también tónico).

_2.ª sing._ Como queda dicho, la oposición es inversa a la del anatolio: N. _*tu_ / Ac., etc. _*te, *tu̯e, *teu̯e,_ con variantes de cantidad; hay huella del antiguo valor no casual en Ac. τύ en dorio, cf. también V.II.1.3 sobre el celta. En cuanto a _*te, *tu̯e, *teu̯e,_ ya funcionan como alomorfos, ya se reparten según las lenguas o dialectos, ya se morfologizan: cf. ai. G. _táva,_ mgal. G. _tou_ < _*teu̯e,_ lit. y aesl. Ac. _tavè, tebe._ Hay además el D.-G. _*toi, *tu̯oi_ átono (en gr. hecho también tónico).

_Reflexivo._ Salvo la falta de N., todo transcurre en exacto paralelismo con la 2.ª sg., a partir de la raíz _s-_: tema _*se, *su̯e, *seu̯e_ y formas _*soi, *su̯oi._

9. Estudiamos a continuación la relación entre las diversas formas

_eme/me/mu/mi/moi_
_te/tu/tu̯e/teu̯e/ti/toi_
_se/su̯e/seu̯e/si/soi_

estrictamente paralelas, aunque hay _to_ o _ta_ y faltan _mo, so_ (aparecen en demostrativos); _su_; y, desde luego, formas _et-_, _es-_. Recordamos las variantes de cantidad de la _-ĕ, -ŭ_ finales. Las formas _mi, ti, si,_ aquí anticipadas, son las de los posesivos del hetita.

La frecuencia y el testimonio del hetita, donde son las únicas existentes, garantizan que las formas más antiguas son _(e)me/mu/mi, te/tu/ti, se/si._ De estas formas, las con _-u, -i_ deben considerarse provistas de los alargamientos que ya conocemos, que, por otra parte, funcionan otras veces

como raíces, mientras que la inversa no es cierta, salvo para *-s*. Evidentemente, ante *-u*, *-i* desaparece la vocal *-e*.

Las demás formas son innovadas:

*a*) *-o* aparece ya en het. D. 2.ª sg. *ta*, sin duda analógico de los nombres temáticos, si es que no representa **ta*; aparece también, en hetita y en postanatolio, en todos los demostrativos, indudablemente por influjo de la flexión de los adjetivos. Como en éstos y los nombres **e* y **o* alternaban, de los temas en *-e* se obtuvieron secundariamente temas en *-o*; pero incluso en los demostrativos la antigüedad de la *-e* está bien testimoniada (lat. *ille, iste*). Por otra parte, se conserva huella del estadio antiguo en cuanto en demostrativos e interrogativo-indefinidos las formas con *-o* alternan con otras con *-i*, cf. *infra*, V.II.5.6 ss.

*b*) *-oi* en el D.-G. átono del indoeuropeo posterior es igualmente una innovación, con *-i* añadida sin caída de la vocal y con posterior morfologización. En los demostrativos hay, como hemos dicho, una morfologización diferente, pero sólo en indoeuropeo: como N. pl. masc.

*c*) Las formas **tu̯e, *teu̯e* y **su̯e, seue* que fuera del anatolio se encuentran al lado de **te, *tu* y **se* constituyen una innovación que no alcanzó a la 1.ª sg. pese a que el punto de partida para la misma (la existencia de *me* y *mu*) estaba bien a la mano. Una forma *-ue* del alargamiento *-u* (cf. *ge/g, ke/k*) podía añadirse a *te*, dando *teu̯e*. Ahora bien, la existencia del doblete **tu/*te* hizo surgir fácilmente, junto a **teu̯e*, por analogía, una forma **tu̯e*; análogamente, hay **su̯e* junto a **seu̯e*, alargado de **se*. No de otro modo junto a un demostrativo **so, *to* y al lado de formas **si, *ti*, se crean otras **si̯o, *ti̯o* (ai. *syá, syā́, tyád*, aaa. *siu* 'aquél').

10. Todo esto releva un sistema de formación de palabras muy distinto del de las raíces nominal-verbales. No

solamente muchas de estas que estamos ahora estudiando se usan tanto como raíces como en función de alargamientos, aunque no, insistimos, **me, *te*; cosa, por lo demás, comparable en cierto modo al uso de las otras raíces como segundo término de palabras compuestas, aunque en el fondo el caso es diferente, pues aquí hay un sentido general deíctico y expresivo, precisado luego en las oposiciones. Las diferencias principales, sin embargo, son de otro orden. Nos hallamos ante partículas que sólo secundariamente han entrado en un sistema de flexión y que, de todas formas, continúan existiendo con frecuencia como tales partículas, cf., por ej., gr. ἐκεῖ. Constan de un máximo de tres fonemas, *V-C-V*, pudiendo faltar la primera o la segunda de las vocales o ambas a la vez. La última es *-e*; la primera *e* u *o* (cf. *eg/og, em/om, el/ol, en/on,* etc.). Al menos la última es de cantidad fluctuante, reflejo de la creación de la oposición fonológica larga/breve, que en fecha anterior evidentemente no existía.

La falta de las formas esperadas **et, *es* no debe hacernos pensar en que aquí tuviera vigencia una ley del equilibrio silábico, como en las raíces nominal-verbales. Formas como **eme* y numerosos demostrativos demuestran que esto no era así. Cuando se crearon las formas innovadas **teu̯e, *seu̯e,* tampoco intervino la ley del equilibrio silábico; ni tampoco en formas alargadas como gr. ἐμέγε, gót. *mik* < **mege,* etc. En cambio, la vocal *-e* final se elidía ante los alargamientos vocálicos *-u, -i.*

Sería inútil intentar reducir este sistema al de las raíces nominal-verbales viendo en **me, *te,* etc. formas temáticas abstraídas de un Ac. ai. *mā̆m,* lat. *mēd,* gót. *mik,* un G. het. *ammel,* etc., como se abstrayeron formas del tipo *domine,* etcétera. Todo indica que las formas en *-e* (no en *-o*) son más antiguas que las provistas de *-m, -d,* etc. De otra parte,

en los nombres, adjetivos y demostrativos los temas puros en *-e/o* son, como sabemos, muy raros en hetita: apenas si se puede citar el impvo. en *-e* y algunas formas de los demostrativos (no *-oi*). En lo esencial se trata de una creación del indoeuropeo posterior. Por otra parte, el argumento de que el grado Ø de **te*, **se* se debe a esa supuesta vocal temática, se refuta con la existencia de las formas **eme*, etc. sin huellas de influjo de ninguna ley de equilibrio silábico. Tampoco hay huella de alternancia vocálica tras la consonante: la presencia de *-o* es sin duda secundaria y analógica, como hemos dicho.

d) *Conclusiones*

11. De esta manera y en definitiva hemos reducido el sistema de los personales y el reflexivo, en sg., a una creación paralela del anatolio y el indoeuropeo, sobre base protoindoeuropea, que sólo las distintas lenguas perfeccionaron. Una serie de partículas deícticas, cuyo uso adverbial por lo demás quedó con frecuencia preservado, se organizaron en un sistema de oposiciones casuales: ya creando personales y un reflexivo, ya demostrativos. En los personales y reflexivos dominan las partículas **me*, **te*, **se*; esta última, equivaliendo ya a cualquiera de las dos primeras, ya indicando tercera persona; *me* para 1.ª, *te* para 2.ª. En realidad, la concatenación entre las tres personas, tres series de demostrativos y tres series de adverbios de lugar no se perdió nunca en lenguas indoeuropeas. Todavía en español tenemos *yo/éste/aquí*, *tú/ése/ahí*, *él/aquél/allí*. La fusión de **so* y **to* en una sola flexión heteróclita es en ide. un fenómeno secundario; y ni siquiera es seguro que fuera universal (en celta hay *s-* sin heteroclisis, en balt. y esl. *t-*: puede tratarse,

ciertamente, de regularizaciones secundarias). En diversas lenguas de un modo u otro se reconstruyeron tres series de demostrativos, con deixis de las tres personas: la «ich-Deixis», «du-Deixis» y «jener-Deixis», en la terminología de Brugmann; en otras se establecen solamente dos deixis.

En cambio, el relacionar los personales con las desinencias verbales *-mi, -si, -ti,* como se ha hecho muchas veces, aunque sugestivo, parece equivocado. Estas desinencias proceden de alargamientos en los que actúa el equilibrio vocálico. Pueden llevar, ciertamente, *-i* y *-u,* pero, salvo en celta, no los demás alargamientos; una expansión temprana del tipo C + *e* + alargamiento, como la que hay que atribuir a los personales indoeuropeos, no parece justificable a partir de aquí y menos contando con que existe un tipo paralelo V + C + *e* + alargamiento, sin equilibrio silábico. En definitiva, deducir la totalidad de los pronombres, personales, demostrativos, etc., de una flexión secundaria como es la verbal, no parece acertado; y romper las conexiones de los mismos con los adverbios, tampoco. Inversamente, ver en *-mi,* etc. formas aglutinadas de los pronombres es ir más allá de los datos y aislar estas desinencias de elementos finales de tema que son idénticos. Aunque no puede negarse una cierta dosis de aglutinación del verbo con las raíces pronominal-adverbiales: de ahí vienen *-i, -u* y el uso enclítico de partículas en celta, sin duda sobre base antigua.

## 2. PERSONALES Y REFLEXIVOS. EL PL.

2. Conviene ahora aplicar esta doctrina a la flexión del plural y dual de los pronombres personales. Demos primero el cuadro del plural tónico y átono.

PLURAL:

| CASO | PERS. | HET. | AI. |
| --- | --- | --- | --- |
| N. | 1<br>2 | *weš, anzaš*<br>*šumeš, šumaš* | *vayám*<br>*yūyám* |
| Ac. | 1<br>2 | *anzaš*<br>*šumaš, šumeš* | *asmā́n*<br>*yuṣmā́n* |
| G. | 1<br>2 | *anzel*<br>*šumel, šumenzan* | *asmā́kam*<br>*yuṣmā́kam* |
| Ab. | 1<br>2 | *ammedaz(a)*<br>*tuedaz(a)* | *asmád*<br>*yuṣmád* |
| D. | 1<br>2 | *anzaš*<br>*šumaš, šumeš* | *asmábhyam*<br>*yuṣmábhyam* |
| L. | 1<br>2 | = D.<br>= D. | *asmā́su, asmé*<br>*yuṣmā́su, yuṣmé* |
| I. | 1<br>2 | = D.<br>= D. | *asmā́bhis*<br>*yuṣmā́bhis, yuṣmé* |

ORMAS TÓNICAS

| GR. | LAT. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|
| ἄμμες, ἀμές, ἡμεῖς<br>ὔμμες, ὑμές, ὑμεῖς | *nōs*<br>*uōs* | *weis*<br>*jūs* | *mẽs*<br>*jũs* | *my*<br>*vy* |
| ἄμμε, ἀμέ, ἡμᾶς<br>ὔμμε, ὑμέ, ὑμᾶς | = N.<br>= N. | *uns(is)*<br>*izwis* | *mùs*<br>*jùs* | *nasъ*<br>*vasъ* |
| ἀμμέων, ἀμέων, ἡμῶν<br>ὑμμέων, ὑμέων, ὑμῶν | *nostrī, nostrum*<br>*uestrī*<br>*uestrum* | *unsara*<br><br>*izwara* | *músų*<br>*jūsų* | = Ac.<br>= Ac. |
| = G.<br>= G. | *nōbīs*<br>*uōbīs* | *uns(is)*<br>*izwis* | = G.<br>= G. | = Ac.<br>= Ac. |
| ἄμμι(ν), ἀμίν, ἡμῖν<br>ὔμμι(ν), ὑμίν, ὑμῖν | = Ab.<br>= Ab. | = Ab.<br>= Ab. | *mùms*<br>*jùms* | *namъ*<br>*vamъ* |
| = D.<br>= D. | = Ab.<br>= Ab. | = Ab.<br>= Ab. | *mūmysè*<br>*jūmysè* | = Ac.<br>= Ac. |
| = D.<br>= D. | = Ab.<br>= Ab. | = Ab.<br>= Ab. | *mumìs*<br>*jumìs* | *nami*<br>*vami* |

PLURAL: FORMAS ATONAS

| CASOS | PERS. | HET. | AI. | GR. | LAT. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Ac. | 1 | *-naš* | *nas* | ἥμας, ἥμεας | — | — | — | *ny* |
| | 2 | *-šmaš* | *vas* | ὕμας | — | — | — | *vy* |
| D. | 1 | *-naš* | *nas* | ἆμιν, ἧμιν, ἥμιν | — | — | — | |
| | 2 | *-šmaš* | *vas* | ὖμιν, ὕμιν | — | — | — | |
| | ref. | *-šmaš* | — | — | — | — | — | |
| G. | 1 | — | *nas* | — | — | — | — | |
| | 2 | — | *vas* | — | — | — | — | |

2. Los presentes cuadros ofrecen, igual que los de singular, el panorama de flexiones muy rehechas. Son patentes las formas analógicas de las nominales, sobre todo en ai., gr., lit. y aesl.; en lat. *nobis, uobis* se ha usado para D.-Ab. una des. que en los nombres suele dar un I. (pero en celta D.-L.). Hay una des. pronominal especial en gr. ἡμῖν, ὑμῖν, etcétera, cf. ai. *tásmin* e *infra,* V.II.5.15. En arm. hay *-r* en G. (*mer, jer*: quizá es comparable a la *-l* del lit., ya mencionadas). Han influido o se han copiado las formas de los posesivos en el G. del lat. y gót. Las desinencias de sg. se han copiado en el Ab. y L. de ai. y en el Ab. del het. las formas mismas de sg. La des. del G. pl. het. es la misma que en el sg. Por otra parte, el lit. y aesl. han formado el N. de la 1.ª analógicamente del tema **me*; y lo mismo el arm. (*mek', duk'*).

Más notable, en cuanto a innovaciones, es la constante presencia, con pocas excepciones, de desinencias *-s, -es* y *-os* en el N. y Ac. de estos pronombres. En general, se opone *-es* N. a *-os* Ac., aunque hay tendencias igualatorias. Dado que la distribución de las raíces entre las dos personas y los dos grupos de casos es poco clara, solamente con este recurso, más las innovaciones analógicas a que hemos aludido, pueden establecerse las oposiciones de las formas. Todo ello ofrece la impresión de reelaboraciones muy recientes de un sistema muy fluctuante.

Prescindiendo de estas innovaciones, existen oposiciones fundamentales entre N. de un lado y Ac. y otros casos del otro. Pero estas oposiciones han quedado obliteradas secundariamente en gr. (donde sólo las desinencias distinguen), en lat. (donde *nos, uos* son antiguos Ac. átonos), en het. (donde *anzaš* se ha introducido secundariamente en el N. de la 1.ª, *šumeš* en el Ac. de la 2.ª, *šumaš* en el N. de esta misma). El sistema del lit. y aesl. está también rehecho.

En cuanto a alargamientos, el panorama es más pobre que en el sg. Hay *-om* en el N. del ai. y el Ac.-G. del aesl. Hay, sobre todo, una forma *-sme* que también encontramos como raíz en la 2.ª pers. del het., bajo la forma *šume-* (átona *šme-*); además, en el Ab. ai. de 1.ª y otros lugares.

3. La primera persona ofrece fundamentalmente, en N., una raíz *u*, a veces alargada en *-ei* y secundariamente en *-s*, es decir, **u̯ei* o **u̯eis*; otras veces a la *u* se le añade directamente *-es* de pl. Cf. het. *weš*, ai. *vay-ám*, gót. *weis*. Son evidentemente las dos raíces pronominal-adverbiales *u, i* que conocemos. La *u*, que da N. sg. de 1.ª, caracterizada de otro modo proporciona igualmente el de pl.

El Ac., en cambio, se obtiene de *n-*, sin duda de la raíz pronominal-adverbial que hemos encontrado en el alargamiento *-ne* de sg. y el demostrativo **ono*. Aquí hay, una vez más, diferencias entre el hetita y el indoeuropeo posterior, que revelan una cronología diferente en el establecimiento de los sitemas de ambos grupos:

*a*) El het. *anzaš* presenta **ontions*, una forma alargada de *on* caracterizada además con *-os* de Ac. pl.

*b*) En las demás lenguas hallamos como forma átona de Ac.-D. **nŏs*, que en lat. se ha convertido en tónica; las formas tónicas normales son derivados o alargamientos de **nos* (aesl. *nasъ*), **n̥s* (gót. *uns* y *unsis*) e incluso de **n-* (ai. y gr. **n̥-sme*, de donde ai. *asmā́n* con flexión de tipo nominal, gr. eol. ἄμμε, dor. ἁμέ y formas flexionadas como át. ἡμᾶς).

Las formas del N. del gr. y lat. deben considerarse como procedentes del Ac., y las del lit., aesl. y arm. como derivadas de *me*, según queda dicho. El air. *snī* presupone seguramente **snēs*; se usa también como partícula con refuerzo

(*snisni* y, como *ni,* en 1.ª pl. del verbo). Supone una aglutinación de *s-* y *n-*, ya original, ya extensión desde el Ac.

4. Aunque compleja, la flexión de la 1.ª pl. remonta en definitiva a una oposición **u̯-ei/*on-, *n-*. Más compleja es la de 2.ª pl., que posee fundamentalmente las mismas raíces en N. y Ac., algunas de ellas incluso las mismas que aparecen en la 1.ª (**u* y **sme,* que en la 1.ª es alargamiento de Ac.).

El het. opone *šumeš* a *šumaš* como N./Ac., aunque secundariamente tiendan ambos casos a unificarse y las dos formas se usen indistintamente. Se ha querido ver en ellas una metátesis por **usme-*, que encontramos en gr., pero la existencia de la forma átona *-šmaš* Ac.-D. de 2.ª pl. y D. del reflexivo pl., hace preferible la otra hipótesis que se ha emitido, a saber, que se trata de dos tratamientos fonéticos diferentes del grupo **sme* de sonante tras consonante, con regulación subsiguiente. Dicha forma está testimoniada por el gr. en 1.ª y 2.ª pl.; en el posesivo hetita hay otras derivadas de ella que ya llevan *šm-*, ya *šum-*, ya *šim-*: se trata de fluctuaciones en el tratamiento fonético, que en los personales se han estabilizado en forma diversa en las formas tónicas y átonas. Aquí nos encontramos, una vez más, con el hecho de que lo que a veces es un alargamiento, en otras ocasiones es una raíz. No es el hetita, sin embargo, la única lengua en que **sme* figura como una raíz. Cf. ai. *asmai,* u. *esmei,* gót. *imma* 'a éste'.

Fuera de aquí encontramos como Ac.-D. átono en ai. y como Ac. en aesl. una forma **u̯ōs* paralela a **nōs,* que, igual que ésta, ha ocupado en lat. las casillas del N. y Ac., tónicos los dos. Evidentemente, *u,* que con el alargamiento **u̯-ei* da el N. de 1.ª, con *-os* da el Ac.-D. átono de 2.ª. De esta misma *u* se obtiene, alargada con *-sme,* el Ac. tónico gr. eol. ὔμμε, dor. ὑμέ y (flexionado) át. ὑμᾶς; sobre él se

construyen el N., así como los demás, y secundariamente todas estas formas pueden usarse también como átonas. Paralelamente a *snī* < *snē̆s* tenemos en air. *sī* < **su̯ēs*.

Hay, de otra parte, fuertes indicios de una antigua forma tónica del indoeuropeo posterior que no distinguía originariamente N. y Ac. Se trata de **i̯us* (el Toc. B *yes* < **i̯os* parece contaminado con **u̯os*). El i.-i. oponía **i̯ūs* en N. (gático *yūs*, av. *yūžəm*; el ai. lleva *-y-* analógica de *vayám*) a **i̯us-sme* en Ac., de donde, flexionado, *yuṣmā́n*. También el gót. ha distinguido N. y Ac. mediante un alargamiento del segundo; *izwis* se suele interpretar como una forma metalizada por **i̯us-is*, cf. *unsis*. El lit. distingue N. y Ac. por el acento. Esta forma **i̯us* debe analizarse como *i* + *u*, seguido de la *-s* de pl.: es decir, se trata de los mismos elementos de* *u̯-ei-*, pero en orden inverso, distinguiéndose así 1.ª y 2.ª pl.

3. PERSONALES Y REFLEXIVOS. EL DU.

1. *Dual: formas tónicas.*

| CASOS | PERS. | AI. | GR. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|---|---|
| N. | 1 | *āvā́m, vā́m, āvám* | νώ, νῶϊ | *wit* | *mùdu, vèdu,* f. *mùdvi* | *vě* |
| | 2 | *yuvā́m, yuvám* | σφώ, σφῶϊ | *jut* | *jùdu,* f. *jùdvi* | *va* |
| Ac. | 1 | *āvā́m* | = N. | *ugkis* | = N. | *na* |
| | 2 | *yuvā́m* | = N. | *igqis* | = N. | *va* |
| G. | 1 | *āváyos* | νῶιν, νῷν | *ugkara* | *mùdviejų* | *naju* |
| | 2 | *yuváyos, yuvós* | σφώ, σφῶϊ | *iggara* | *judviejų* | *vaju* |

| CASOS | PERS. | AI. | GR. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Ab. | 1 | *ānā̆bhyām* *āvát* | = G. | = Ac. | = G. | = G. |
| | 2 | *yuvā̆bhyām* *yuvát* | = G. | = Ac. | = G. | = G. |
| D. | 1 | *āvā̆bhyām* | = G. | = Ac. | *mùdviem* | *nama* |
| | 2 | *yuvā̆bhyām* | = G. | = Ac. | *jùdviem* | *vama* |
| L. | 1 | = G. | = G. | = Ac. | *mùdviese* | = G. |
| | 2 | = G. | = G. | = Ac. | *jùdviese* | = G. |
| I. | 1 | = D. | = G. | = Ac. | = D. | = D. |
| | 2 | = D. | = G. | = Ac. | = D. | = D. |

*Dual: formas átonas.*

| CASO | PERS. | AI. | GR. | GÓT. | LIT. | AESL. |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Ac.-G.-D. | 1 | *nau* | — | — | — | *na* |
| | 2 | *vām* | — | — | — | *va* |

Toda esta flexión es en una gran medida una creación de las lenguas individuales. Está llena de formas analógicas de la flexión nominal, de otras aglutinadas con el numeral 'dos' (en lit., en gót. *wit*) o diferenciadas secundariamente de modos diferentes. Normalmente la raíz usada es la misma a lo largo de toda la flexión de cada una de las dos personas: la excepción la forman el gót. y el aesl. en 1.ª:

gót. *wit/ugkis,* aesl. *vě/na,* oponiéndose en definitiva una forma con *u-* y otra con *n-*, como en 1.ª pl. La forma con *u-* es la que, con diversas variantes, proporciona toda la flexión en las demás lenguas salvo el griego, cuyas formas νώ, νῶϊ deben provenir de un Ac. átono (cf. ai. *nau,* aesl. *na*). Por tanto, en definitiva, nos hallamos ante una distribución de raíces idéntica a la de 2.ª pl., de la que deriva la creación reciente que es el dual.

Idéntico es el caso en 2.ª dual, donde encontramos derivados de **i̯u,* como en pl., al lado de formas emparentadas con el **u̯os* enclítico también de la 2.ª.

2. La formación del plural y dual de los personales confirma, en definitiva, el cuadro logrado en el estudio de los singulares, pero se trata de formas más recientes, que no incluyen el reflexivo salvo una innovación del griego (σφε, etcétera) y el uso de *-šmaš* en het., derivado de la ambigüedad reflexivo / 2.ª persona en sg. Este carácter reciente se deduce de la mayor variabilidad de las formas de lengua a lengua y de las huellas, con frecuencia, de verdadera oposición N./Ac.; el dual, por otra parte, deriva claramente del plural.

Es notable en todo el cuadro de los pronombres personales que, así como los temas **me* y **te,* junto con los demás emparentados con ellos, quedaron desde el mismo indoeuropeo adscritos a las personas 1.ª y 2.ª sg. (y **se* al reflexivo), en cambio otros elementos radicales, por no hablar de los derivativos o de los usos derivativos de los que también son radicales, oscilan grandemente en su uso. Hallamos **u* en 1.ª sg. N., en 1.ª pl. N. (**u-*, **u̯-ei*), en 2.ª pl. N. (**i̯-u*) y Ac.-D. átono (**u̯os*), por no hablar del uso dual. Son los alargamientos, más hechos opositivos dentro de cada lengua, más la flexión, lo que distingue. De **i* (en

**u̯-ei*, **i̯-u*), ha de decirse lo mismo. A su vez, **sme* figura como raíz en 2.ª pl. N. y Ac. en het., pero como alargamiento interviene tanto en la 1.ª como en la 2.ª pl. Finalmente, **n* lo encontramos, con diversos alargamientos, en 1.ª pl. Ac. y Ac.-D. átonos. Es la forma más estable. Hay que añadir, todavía, **eg*, etc. en 1.ª sg. N. en indoeuropeo posterior.

Todo esto, que puede parecer extraño, lo es menos si se piensa que nos encontramos ante elementos demostrativos o deícticos, adverbios locales si se prefiere, que pueden interpretarse personalmente de varias maneras, con fijaciones secundarias. Más secundaria es, naturalmente, la fijación del número.

### 4. PERSONALES Y REFLEXIVOS: CONCLUSIONES

1. Así, la flexión de los pronombres, si por un lado se basa en recursos sumamente arcaicos, como es la serie de raíces pronominal-adverbiales con las características que les son propias y que más arriba hemos detallado, por otro es más reciente que la de los nombres. Incluso el esquema opositivo N. / otros casos no coincide más que muy parcialmente entre el anatolio y el indoeuropeo posterior. Los elementos con que ambas ramas trabajan son, sin embargo, en lo esencial los mismos. Al menos la adscripción de **me*, **te*, **se* a las dos personas y al reflexivo es anterior a la escisión; también los intentos de oposición N. / otros casos y sg. / pl., aunque mediante el recurso a formas varias, siendo la estabilización posterior.

Una prueba más del carácter reciente de la creación de estas flexiones es la no intervención en ellas de las laringales, salvo en la medida en que toman desinencias nominales creadas a base de las mismas: es un préstamo secun-

dario. Pero véase que no se usan alargamientos laringales, que habrían dejado rastros de formas alternantes que no se encuentran en estos pronombres.

Finalmente, conviene llamar la atención sobre el hecho de que, aunque el desarrollo de la flexión pronominal personal tiene un arranque diferente de la flexión verbal, hay que admitir que la existencia de ésta hubo por fuerza de influir, ya en el indoeuropeo, en su creación. La estabilización de que hemos hablado de las raíces **me*, **te*, **se* exije una relación con las desinencias indoeuropeas: *-m* en 1.ª sg., *-s* y *-t* fluctuando entre 2.ª y 3.ª, como en realidad fluctúa el **se* pronominal, según hemos dicho. Podemos imaginar que es precisamente la existencia del grupo pronombre personal-verbo no flexionado la que dio la base para que, adscribiéndose sistemáticamente las formas verbales con alargamiento *-m* a la 1.ª sg., etc., se creara una flexión del verbo: como hemos dicho, era más fácil usar la 3.ª sin sujeto pronominal. La misma existencia de tres personas en el verbo es el resultado de la organización de las partículas deícticas en una oposición 1.ª/2.ª pers., a veces completada por la creación de una 3.ª, que suple ocasionalmente a un nombre.

La existencia en el verbo de tres personas de pl. frente a tres de singular ha de considerarse igualmente como el resultado de extender al verbo un sistema que, sobre la oposición de temas, se había creado en el pronombre.

Y lo mismo puede decirse del dual, dentro ya del post-anatolio. A este respecto es muy notable el hecho de que el germánico, que no ha desarrollado un dual en el nombre, ni tampoco en los demostrativos ni relativos, sí lo posee, en cambio, tanto en el verbo como en los pronombres personales.

Lo notable del pronombre personal es que, siendo su flexión en gran parte reciente, resultado del influjo de la de los nombres y elaborada en detalle en forma diversa por las lenguas individuales, su núcleo central, a saber, la oposición de las tres personas y dentro de cada una de dos números y de dos casos, oposición basada en el empleo alternativo de temas diferentes, es muy antiguo. Más antiguo, sin duda alguna, que la flexión del nombre y del verbo, que utilizan un sistema completamente diferente de éste, el de la gramaticalización de alargamientos. La flexión de los pronombres se ha anticipado, suministrando un modelo que luego ha sido superado y ha quedado sometido a toda clase de influencias.

### 5. POSESIVOS, DEMOSTRATIVOS, INTERROGATIVO - INDEFINIDOS

1. Decíamos que, a diferencia de lo que ocurre en la flexión nominal, la de los pronombres personales no ofrecía en fecha antigua formas independientes con relacionador, de las que luego pudieran obtenerse un G. y un adjetivo; sólo determinadas formas átonas hacían excepción, en cierto modo, como dotadas de una función de G.-D., pero tampoco se trata exactamente de lo mismo. Son más bien variantes de los mismos temas con otros alargamientos (**moi*, **toi*...) que se han especializado para establecer relaciones diferentes de las del Ac., no en primer término de determinación nominal.

Pero hay que admitir que incluso los temas puros de los personales, cualquiera de ellos, podía desempeñar esta última función. De ahí su adjetivización secundaria en los llamados posesivos, que no son sino adjetivos de los personales. Esta adjetivización arranca, ya de **me*, ya de **moi*;

de **te, *t̯ue, *teu̯e, *ted, *tu̯oi*; de **su̯e, *seu̯e*; en plural igualmente, de las formas que no dan un N. Por otra parte, sobre esas mismas formas de no Nominativo se construyen secundariamente, según hemos visto, Genitivos.

Ahora bien, el que los temas puros no nominativos pudieran actuar como determinantes, no quiere decir que no hubiera determinantes especialmente marcados. Sucede solamente que no han dejado huella en la flexión de los personales y sí solamente en la de los posesivos.

2. Una ojeada a la flexión de los posesivos del hetita nos pondrá en condiciones de hacernos cargo de la problemática de estos pronombres. Presenta rasgos arcaicos de los que en el indoeuropeo posterior hay solamente huella. En primer lugar, encontramos flexiones adjetivales construidas sobre los temas *-mi* 'mío', *-ti* 'tuyo', *-ši* 'suyo', *šmi* 'vuestro', 'de ellos'. Se trata de una especialización secundaria: cf. *-ši* como reflexivo átono en ap. y het., V.II.1.1; y también gr. νιν, μιν 'a él', 'a ellos', así como varios demostrativos, *infra*, V.II.5.6. La flexión se realiza en líneas generales sobre la de los adjetivos en *-i*; incluso los D.-L. *-ma, -ta, -ša, -šma* se justifican así, aunque no puede desconocerse que aquí son formas únicas y allí excepcionales. Pero tienen un mayor interés los G. sg. *-maš, -taš, -šaš* e incluso los Ac. sg. ocasionales *-man, -šan.*

Las formas de G. se explican fácilmente a partir de *m-, t-, s-,* y el relacionador *-os,* igual que en los nombres. Demuestran que *-i* es un simple alargamiento, que puede faltar; en realidad, en los nombres y adjetivos en *-i* hay igualmente un G. en *-aš* (*šalliš/šallaš*), aunque lo normal allí es la generalización de la *-i* (G. *šallayaš*). Por otra parte, ese G. en *-aš* explica analógicamente el D. en *-a,* Ac. en *-an*

(que aparece junto a *-in*). Se tiende, en definitiva, a partir de él, a introducir junto a un tema en *-i* otro en **-o*, temático.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en los nombres, a partir del relacionador en *-os* no se crea un N. adjetival y, luego, toda una flexión de tipo temático. Aunque bien podría postularse que *-maš*, *-taš*, *-šaš* son, de una parte, G. del personal ('de mí', 'de ti', 'de él') y, de otra, N. del posesivo ('mío', 'tuyo', 'suyo'). En el origen es claro que había indiferencia entre estos dos conceptos, como, por ej., lat. *cuius* adj. y *cuius* G. de *qui* son originariamente una misma forma.

Sin embargo, el hecho de que haya un G. propio del personal, un N. en *-iš* del posesivo y ninguna forma aparte de *-maš*, etc. para el G. de éste, hace que tenga justificación, desde el punto de vista del estadio lingüístico del hetita que ha llegado a nosotros, esa clasificación de *-maš*, etc. como G. del posesivo.

Ahora bien, la forma que esperamos de N. sg. del adj. posesivo se encuentra en el indoeuropeo posterior, que aquí conserva un arcaísmo borrado por el hetita. Efectivamente, formas como gr. ἐμός, μός 'mío'; ai. *tvás*, gr. τεός, σός, lat. *tuus*, lit. *tavas*; ai. *svás*, gr. ἑός, ὅς, lat. *suus*, son sin duda alguna adjetivizaciones de la forma con relacionador, considerada como N. sg. Sobre ella se ha constituido toda una flexión temática.

3. Así, pues, a partir de la forma con relacionador se ha creado una flexión del adjetivo posesivo de tipo temático, flexión que en hetita todavía ha respetado las formas en *-i* especializadas para dar al personal el valor de determinante, pero que en el indoeuropeo posterior se ha generalizado totalmente. Así como aquí la flexión del posesivo es idéntica a la de los adjetivos normales del tipo lat. *bonus*, *bona*,

*bonum*, en het. comparte con otras flexiones pronominales la *-d* en N.-Ac. n. no sólo de sg., sino también de pl. (*-mit* o *-met*).

La creación de una flexión temática al lado de una de tema en *-i* procedente de **-i*, no de laringal, vamos a volver a encontrarla en los demostrativos. Conviene que, a propósito de los posesivos, insistamos más en el detalle de la misma. Se trata, insistimos, de desarrollos del indoeuropeo posterior, sobre los diversos temas de los personales, los más desconocidos del hetita. En éste es notable la indiferencia de *-šmi* entre 'vuestro' y 'de ellos', que prueba una vez más el carácter secundario de la especialización personal de las raíces.

Encontramos, en el indoeuropeo posterior, tres estadios sucesivos en la evolución del posesivo, posteriores los tres al ejemplificado por gr. ἐμός, etc. Entiéndase bien, los tres han coexistido a partir de un cierto momento y han dejado huellas en unas lenguas u otras, según las fijaciones.

4. *a*) Formas antiguas en *-e*, procedentes de los alargamientos no flexivos que conocemos, han dado secundariamente, por analogía, adjetivos en *-os*. Puede ejemplificarse con av. *ahma*, gr. ἅμμος, ὕμμος, ἁμός, ὑμός. De igual modo, gót. *meina* está hecho sobre *mene* y luego ha pasado a ser también G. del personal y lo mismo *þeina, seina*. Podría proponerse, ciertamente, que en estos casos se ha partido directamente de un relacionador con *-os* añadido al tema sin *-e*, pero tratándose de formas de indoeuropeo posterior parece más prudente admitir la analogía de ἐμός, etc.

*b*) Esta analogía se expande desde el momento en que *-o* se añade como sufijo de adjetivación, proceso que ya hemos encontrado antes (III.III.4.5). Así, hay que comprender aesl. *mojь*, *tvojь*, *svojь*, hechos sobre la forma en *-oi*;

también ai. *asmā́kas, yuṣmā́kas,* sobre la forma del G. pl. o, mejor, sobre una antigua forma en *-ke* de la que también deriva dicho G. Y aesl. *nasъ, vasъ.*

*c*) Pero hay también adjetivización sobre sufijos que amplían la vocal temática. En primer lugar, *-i̯o, -ii̯o,* bien a partir de las formas en *-oi̯-o,* bien, más probablemente, imitando simplemente su amplia difusión como adjetivador. De él salen lat. *meus* < **mei̯os* y ai. *madīyas, tvadīyas, asmadīyas, yuṣmadīyas,* de las formas alargadas con *-d.* Hay luego el sufijo *-ka* en ai. *mámakas,* sin duda analógico de *asmā́kas.* Y las formas con *-tero,* con valor opositivo (cf. III.VII.2.3) que se imponen en gr. át. ἡμέτερος, ὑμέτερος, lat. *noster, uester;* también en *-ero* en germ. (gót. *unsara, izwara*) y celta (air. *athar, sethar* < **n̥serōm, *su̯eserōm*).

5. Todas estas formas, insistimos, tienen en común haber tematizado otras que antiguamente eran invariables, terminadas en *-i* o en *-e* principalmente. Nos presentan un panorama totalmente transparente a la hora de interpretar los demostrativos.

Éstos están formados por una serie de raíces que ya hemos citado en su mayor parte: son las mismas que han ido a dar los pronombres personales y reflexivos. Son, según hemos dicho, raíces sobre el esquema V-C-V, pudiendo faltar una u otra vocal o las dos; con frecuencia se alargan mediante los alargamientos que ya conocemos y que son los mismos que otras veces aparecen como raíces. Los temas así constituidos terminan con frecuencia en *-e* o ∅: se trata de formas indeclinables que sólo secundariamente han sido consideradas como miembros de un paradigma. Más frecuente es que haya una flexión completa, bien sobre un tema en *-i,* es decir, con uno de los alargamientos en cuestión, bien sobre uno en *-o,* es decir, sobre una tema-

tización idéntica a las que acabamos de estudiar. También ocurre que haya huellas de *-i* y *-o* en los diversos casos del mismo paradigma, cosa que no se da en los nombres ni adjetivos.

La identidad de estos temas con los personales es con frecuencia absolutamente evidente. Puede incluso suceder que una forma que en una lengua entra en una flexión demostrativa, en otra aparezca en la personal: así ai. *ásmai, ámas, amúm,* ya señalados como equivaliendo formalmente a formas hetitas del personal y posesivo de 2.ª 3.ª pl. y de primera persona; formas como ap. *-šaiy,* pracr. *se,* ap. Ac. sg. *-šim,* pl. *-šiš* que se vacila entre clasificar como reflexivos o como demostrativos. El paso de 'a éste' a 'a mí' o del anafórico al reflexivo es de una facilidad elemental. También hay coincidencias en la flexión, de las que luego hablaremos.

También es clara la identidad con partículas diversas, con formas en *-e, -i, -u* y también en Ø, cf. V.III.2. Y también la aglutinación con partículas que en definitiva son las mismas.

6. Al pasar una revista a los principales temas de los demostrativos, echamos de ver rápidamente la diferencia que existe, una vez más, entre el anatolio y el indoeuropeo posterior. Estas diferencias se refieren principalmente a la ausencia en hetita de algunos demostrativos muy frecuentes en otras lenguas, sobre todo **so, *sā, *tod,* cuya flexión heteróclita es a todas luces una innovación de época posterior (cf. *infra,* 13). Por lo demás, son tan numerosas las innovaciones de las diversas lenguas, que es imposible establecer una sistematización de las deixis en fecha antigua: hay huella de sistemas de dos deixis (1.ª/2.ª 3.ª personas) y de tres.

Pasamos revista, a continuación, a las raíces principales, ejemplificando su uso en diversas lenguas sin aspirar en absoluto a ser completos. Los esquemas de tipo EKE deben entenderse en el sentido de que la primera vocal puede ser *e, o* o Ø; y la segunda puede ser sustituida por *-i, -u* o la forma tematizada.

ESE / ETE. Como hemos dicho, el postanatolio ha desarrollado un paradigma mixto, con **so, *sā* en N. sg. masc. y fem. y formas de **to* en el resto: ai. *sa, sā́, tad,* gr. ὁ, ἡ, τό, gót. *sa, sō, þata;* suele indicar la segunda o tercera deixis y en gr. y germ. da lugar a un artículo definido; en griego, incluso a un relativo. Es notable el N. sg. masc. **so* (también **sos*: gr. ὅς), que posiblemente hereda la forma sin tematizar **se,* cf. lat. *ipse.*

Pese a que la antigüedad de la heteroclisis no puede negarse, se mantienen usos independientes de ESE y ETE. Tenemos de ESE formas del lat. arc. como *sapsa* 'ea ipsa', con *sa* dos veces (*sa-p-sa*), Ac. *sum, sos* 'eum, eos'; lat. *ipsum,* etc.; hay formas alargadas con *-u* en gr. οὗτος, ap. *hauv,* ai. *asaú,* todas con supletismo, pero no siempre con **to* (ai. n. *adás* de *asaú*). En celta, como queda indicado, no hay heteroclisis: toda la flexión es con *s-*, con valor principalmente de artículo. Lo mismo en arm. *ayd* 'ése'. Resulta notable que en tocario, mediante alargamientos, y una forma sin ellos, se deducen del mismo tema **so* tres pronombres con tres deixis diferentes (toc. B *su, se* y *seṃ* en N. sg. masc.). Análogamente, en gr. se obtiene del mismo **so,* ya ὅδε, ya οὗτος, con dos deixis diferentes, a más del artículo.

Junto a estas formas con *-e,* temáticas o alargadas con *-u,* y bien empezando por *-s,* bien por *es-*, están las con *-i,* que sabemos pasadas a los personales y posesivos (V.II. 5.2). Un fem. **sī* en gr. ἵ, gót. *si,* ai. Ac. *sīm* está sin

duda rehecho sobre este mismo **si* agenérico. Por su parte, ETE ocupa la totalidad el paradigma en lit. *tàs, tà, tai,* aesl. *tъ, ta, to*: no hay razón para pensar que se trate de una generalización secundaria. En lat. *iste* tenemos todavía la forma indeclinable *-te,* tematizada sin embargo en Ac. *istum* y otras formas.

ESIE / ETIE. Se trata de una variante del pronombre anterior: junto a **si, *ti* y **se, *te* se han creado estas formas, igual que **tu̯e, *su̯e* (cf. V.II.1.9). Cf. ai. *syá, syā́, tyád* 'aquél', aaa. *siu* = ai. *syā́,* ap. *hya* (convertido en relativo), luvita *zaš* 'éste < **ti̯os* y quizá el *-za* refl. del hetita.

7. EKE. La forma con *-e* está todavía en gr. ἐκεῖνος < *ἐκε-ενος, en varias formas de la declinación de *kaš* en hetita y, por supuesto, en el uso como alargamiento en lat. *-ce* (en *hic*) y en formas adverbiales (lat. *cedo*). Hay, además, formas tematizadas y formas con *-i*:

*a*) Tematizadas. Cf. het. *kaš* 'éste', o. *ekas* 'hae'.

*b*) Con *-i.* Se encuentran huellas en derivados del het.: *kiššan* 'así', *kiššuwant* 'tal'. Además, está en lit. *šìs, šì* 'éste', aesl. *sь* 'íd.', formas diversas del germánico: gót. *hina* 'hunc', n. *hita,* etc.; y, por supuesto, formas adverbiales del tipo de lat. *cis.* No es restituible el final de arm. *ays* 'éste'.

8. EDE. Es más bien raro, pero se pueden citar formas hetitas como D.-L. *edani,* Ab. *ediz* 'ése', que se suelen derivar de *e* (pero cf. *infra*); ai. *adás,* n. de *asáu*; y diversas formas con *di,* así ap. *-dim,* prus. *din* 'a él, a ella'.

EGHE. Tal vez sea ésta la raíz de lat. *hic, haec, hoc,* con tematización *-o* y alargamientos *-i* y *-c*(*e*). Habría que relacionar esta forma con la raíz **eg, *egh* del pronombre de 1.ª, N. sg. y la part. del ai. *gha, ha,* variante de **ge, *ga.*

EPE. Está testimoniado sobre todo por het. *apaš* 'ése, aquél', tematizado pero conservando formas con *-e* (N.-Ac. n. pl. *ape*, etc.); en derivados hay huellas de *api-*: cf. *apidda* 'hacia allí'. Quizá tenga relación con este pronombre el lat. *ipse*, que se suele analizar como *is-pse*, es decir, *is-p-se*.

ENE. Hay formas con *-i*, las tres variantes hetitas *eni, anni, uni* 'aquél', es decir, **eni*, **onni*, *°*ni*; en gr. νιν 'a él, a ellos', lat. (convertido en adverbio) *enim*. Y también formas tematizadas: ai. *aná-* 'éste, él', aesl. *onъ*, lit. *anàs* 'aquél, él', gr. **enos* en ἐκεῖνος, τῆνος, cf. también ἔνη, originalmente 'aquel día'. Por otra parte, **on* figura en derivados como ai. *ántaras*, lit. *añtras*, gót. *anþar* 'otro, segundo', ai. *ányas* 'otro' y **n̥-* en gr. ἅτερος. Inversamente, forma derivados de otras raíces: de **oi* y **el*, **ol*, cf. *infra*; cf. también el uso aglutinado de *-*ne* (lat. *ille* < **el-ne*), *-*ni* (en air.).

9. EME. Ya hemos mencionado ai. *ámas* 'éste' y sobre todo la forma con *-u*, *amu-*, que interviene en la flexión de *asáu*. Con *-i* hay gr. μιν 'a él, a ella'.

ELE. Tenemos lat. *ille* < **el-ne*, *ollus* < **ol-nos*; aesl. *lani* 'el año pasado', de una forma feminizada **olnī*. De formas *°*l* vienen gr. ἄλλος, lat. *alius*, de **ol* gót. *aljis* 'otro'.

EIE. Existen formas **ei*/**i* en ai. *ay-ám, i-d-ám*, Ac. hipercaracterizado *imám* (de donde sale una serie de formas rehechas) 'éste'; en lat. *is, ea, id* (y Ac. *im*), gót. *is, ita*, air. (*h*)*ē, sī, ē*, lit. *jìs*; en formas caracterizadas como fems. (con *-ī*): ai. *īm*, lit. *jì* 'ella', también gr. ἴα 'una sola'. Forma tematizada con *-o* es lat. *eum* < **ei-om*, sin duda construido sobre el G. *eius*. Por otra parte, hay que considerar como perteneciente a esta raíz al relativo **i̯o*, que encontramos en ai .*yás*, gr. ὅς, aesl. *je-* (en *jiže*, G. *jegože*). Se trata, efectivamente, de un antiguo demostrativo, como se ve por

el hecho de que se usa como enclítico de los adjetivos en eslavo y báltico, convirtiéndolos en determinados: aesl. *dobrъjь*, lit. *geràsis*, adjetivos que significan 'bueno' y determinan el nombre. Una forma de esta raíz es alargamiento *i*: por ello propiamente, **ki*, **di*, **si*, etc. son formas aglutinadas con esta raíz. Cf. también las formas con **oi* seguido de **no*: cf. ai. *énas* 'él', lat. **oinos* < *ūnus* 'uno', gót. *jains* 'aquél'.

EUE. Ap. *ava*, aesl. *ovъ* 'aquél'; además el alargamiento *-u* ya mencionado.

Finalmente, es lo más probable que no exista una raíz pronominal **e/o*, pese a formas que se indican tales como ai. *asyá* (G. de *ayám*), u. *esmei* y otras, a las que podrían añadirse het. N. *-aš*, Ac. *-an*, N.-Ac. n. *-at* y los plurales correspondientes junto al D. *-ši* y en pl. *-šmaš*. En realidad, *asyá* toma su *-a* de *asmai*, *asmā̆d*, *asmín*, a su vez formas de la raíz pronominal que conocemos, la misma del umbro, que debe ser añadida, en consecuencia, a la relación anterior bajo la forma ESME. Las formas mencionadas del hetita admiten varias explicaciones: al alternar con *-ši*, posiblemente se explican a partir del N. *-aš*, una variante de esta misma forma. Quizá esta raíz precede de un falso corte de las anteriores; por ej., en ai. G. *asyá* puede haber un antiguo *as* (como en *tasya* un *tas*, cf. V.II.5.13), cortándose luego *a-sya*; en u. *esmei*, un antiguo **es*. Así se explicaría el origen de *-si̯o* y *-sme* en los pronombres.

10. Es fácil ver que, aun tratándose de raíces que, salvo escasas excepciones, han sido también utilizadas en los personales y reflexivos, se ha introducido una cierta especialización, por lo que las coincidencias, que existen, son raras; especialización que ha sido completada con las diferencias de flexión. El uso de EME se ha hecho raro en los demos-

trativos; ESE y ETE se han combinado en general en un pronombre demostrativo único bien caracterizado. EIE y EUE sólo se emplean en los personales, como raíces, en formas muy caracterizadas (**u̯-ei, *i̯-u, *u̯-os*) y lo mismo ENE (**n-os, *n̥-sme*), por lo que el uso demostrativo no ofrece dificultad y es el predominante. ESME se usa en los personales sólo como alargamiento (salvo en hetita), por lo que no hay peligro de confusión con uso radical en demostrativos. Lo mismo ocurre con EKE.

En cuanto al sentido antiguo de los demostrativos, ya hemos dicho que no es fácil fijarlo, pues ha sido alterado en las distintas lenguas en función de los diversos sistemas en que entran. De todas maneras, EKE, EGHE, EME y EIE tienen deixis de 1.ª persona, con excepciones como EIE en lat. *is*, gót. *is*. La deixis oscila entre 2.ª y 3.ª en ESE / ETE, entre 1.ª y 2.ª en EUE; tienen deixis de 3.ª, designando el objeto alejado, ENE, ELE, EPE, EDE. En realidad, como decíamos más arriba, la fijación de las deixis se produce en las lenguas individuales por razones de sistema: ESE, por ejemplo, hemos visto que podía definirse con varias deixis, según los alargamientos, dentro de una misma lengua. Sin embargo, hay una fijación antigua, la de EME y ETE en los personales de 1.ª y 2.ª; y se entrevé algo sobre otras de entre las mencionadas.

11. Antes de entrar en la flexión de los pronombres, es preciso presentar el tema del interrogativo-indefinido, que es común para todo el indoeuropeo. Aparece en las formas **k$^{u̯}$i* y **k$^{u̯}$o* (tematizado), dualidad que no tiene por qué extrañar después de lo que hemos visto en los demostrativos. Una y otra pueden, en principio, funcionar ya como interrogativo (con acento), ya como indefinido (con atonía). Hay huellas de la forma antigua **k$^{u̯}$e*, como se verá en el

estudio de la flexión; también en una u otra de las dos funciones.

En algunas lenguas un mismo paradigma reúne formas con *-i* y con *-e/o,* así en gr. N. τίς, τί, G. τέο, D. τέῳ junto a las formas rehechas τίνος, τίνι; al lado de estas formas tónicas las hay átonas. Análogamente, el ai. flexiona el int. *kás, kā́, kím,* el lat. tiene *quī* < **kᵘ̯oi* o *quis.* Pero lo más frecuente es que la existencia de una doble forma se utilice para expresar oposiciones gramaticales. El aesl. tiene *kъto* 'quién'/*čьto* 'qué'. El arm. procede al revés: *ov* < **kᵘ̯o* para personas / *i* < **kᵘ̯i* para cosas. El lat. especializa en el sg. las formas temáticas como de relativo (*qui, quae, quod*) y las con *-i* como interrogativo-indefinido (*quis, quid*), pero con excepciones: *quae* interr., *quem* Ac. en todos los usos, lo mismo las formas temáticas G. *quoius* (*cuius*) y Ab. *quo, qua, quo.* El ai., por el contrario, especializa como interrogativa la forma con *-o* (*kás*) y como indefinida la con *-i* (n. *cid,* usado como partícula), pero hay *kíd* 'qué', con tratamiento fonético analógico de la labiovelar. Por otra parte, la diferencia del uso indefinido suele subrayarse precisamente con partículas: gót. *hwas* 'quién' / *hwazuh* 'cada uno' (de **-kᵘ̯e,* cf. lat. *quisque*); lit. *kàs* 'quién' / *kas kìtas* 'algún otro'; ai. *káścid* 'cualquiera', lat. *quispiam, aliquis,* etcétera. La partícula **kᵘ̯e,* ya mencionada, pertenece sin duda precisamente a la raíz de que deriva el interrogativo-indefinido.

12. La flexión de los demostrativos, posesivos e interrogativo-indefinidos, tiene algunas particularidades notables, en parte ya adelantadas por nosotros. Llamamos la atención, sobre todo, sobre el G. **mos, *tos, *sos* de los personales (cf. V.II.5.2).

En hetita aparece ya un rasgo importante, compartido por el indoeuropeo posterior y, por tanto, procedente del protoindoeuropeo: el uso de una des. *-d* en N.-Ac. n.: cf. *mit, tit, šit, kuit*. Pero es un uso que no está estabilizado en los demostrativos: hallamos *apat*, como *tod*, pero es más frecuente una forma en *-e* indiferente a la oposición sg./pl. en *ke* y designando precisamente el pl. en *ape* por oposición a *apat*. Se trata evidentemente de la antigua forma indeclinable en *-e*, la misma de lat. *ille, iste, ipse*, gr. ἐκέ-ενος, que ha quedado conservada como n. frente a la forma tematizada *kaš, apaš* de masc.-fem. En cuanto a *apat*, es una forma alargada con *-d* que ha sufrido el influjo de la tematización. Su gramaticalización como N.-Ac. n. en vez de la *-m* de nombres y adjetivos busca, quizá, una distinción con el Ac. animado. Piénsese que la forma con *-d* se opone en los personales del lat. al N. como Ac.-Ab.-L.-I., mientras en hetita es Ab.-L.-I. y en ai. Ab.; en dichos pronombres, *-m* no aparece más que en formas rehechas como ai. Ac. *mām*.

Por otra parte, la forma en *-e* se mantiene al propio tiempo en el N. y Ac. pl. animado de los demostrativos: *ke, ape*, junto a las formas flexionadas *kuš, apuš*, originariamente de Ac. El hetita ha procedido aquí independientemente del postanatolio, que usa *-oi* para el N. pl. temático. La forma en *-e* ha quedado relegada, pues, al pl. N.-Ac. sin distinción de género, aunque en los animados alterna con *-uš*; pero que nada tiene que ver originariamente con el pl. se ve porque, como acabamos de decir, también funciona como N.-Ac. sg. n.

En los posesivos y el interrogativo indefinido, el N. pl. animado ha aceptado, sin embargo, la des. en *-es* de nombres y adjetivos: *-miš, kueš*, etc.

La forma con *-e*, finalmente, se mantiene con alargamiento en prácticamente todos los casos oblicuos de los

demostrativos y el int.-indefinido del het., formados en general sobre el modelo de los adjetivos. Es original y merece atención el G. sg. en *-l* (*kel, apel*); las formas alargadas con **-on* (D.-L. *kedani, kuedani* comparable a adverbios como ai. *idânīm* 'ahora', *tadânīm* 'entonces') y en **-nt* (G. pl. *kenzan, apenzan*); los Ac. sg. *kun, apun* (junto a *kan, apan*), tal vez analógicos de los de pl. *kuš, apuš,* pero tal vez también derivados directamente de *k-, p-*.

Es, pues, el hetita un buen testimonio de la antigüedad de la forma pronominal-adverbial, no flexionada, en *-e*. Y del carácter secundario de la tematización, ausente del interrogativo-indefinido *kuiš,* iniciada sólo en los posesivos (cf. V.II. 5.2) y limitada en los demostrativos a los N. sg. *kaš, apaš* y a los Ac. analógicos *kan, apan.*

13. Salvo las formas ocasionales en *-e* y la *-d* del N.-Ac. sg. n., las características de la flexión de los demostrativos y demás en indoeuropeo posterior son independientes: por tanto de origen o de fijación, según los casos, posterior a la escisión. Lo más notable es la extensión de la tematización. Hemos visto que a los G. sg. hetitas *maš,* etc. responden N. del tipo gr. ἐμός y que aquí está el origen de la tematización, por lo demás ya presente en het. en los N. sg. *kaš* y *apaš*. Después de lo dicho, resulta claro que *ke* y *ape* fueron sustituidos en el N. sg. animado por *kaš* y *apaš,* antiguas formas con relacionador, mientras que, a su vez, este fenómeno provocó la creación de un nuevo G. con *-l* (*kel, apel*). Análogamente, debe pensarse que en lat. *illius, istius, ipsius* hallamos, recaracterizadas como G., formas con relacionador que, si en estos pronombres no dieron un N., manteniéndose los antiguos *ille* (pero cf. *ollus*), *iste, ipse,* en otros de esta u otras lenguas sí que lo dieron. Cf. también *quius* junto a *qui* < **quoi* y *cuius* (cf. V.II.5.2).

De este modo se explican una serie de problemas en la flexión de estos pronombres. Puede llegar a pensarse, por ejemplo, que ai. *tásya* es un alargamiento de **tas*, absolutamente igual que hemos postulado en el caso de los nombres temáticos; y que la difusión de **so* (con excepciociones, cf. V.II.5.6) en el N. animado tuvo por finalidad, precisamente, diferenciar mejor N. y G. Por otro lado, hay numerosas huellas de un G. del interrogativo-indefinido con la forma **kᵘ̯e*, es decir, el tema antiguo, seguido de las mismas desinencias del G. sg. de los nombres, *-si̯o* o *-so*, según las lenguas: gr. τέο, gót. *hwes*, aesl. *česo*. Podría postularse que este *-si̯o* o *-so* del G. pronominal es en el origen una forma aglutinada «reforzada» como las del air., y como tantas formas pronominales alargadas de las distintas lenguas. Evidentemente, estas formas fueron rehechas como **kᵘ̯-os* (cf. ai. *kásya* y también la dualidad **tos-*/**tes-*, cf. G. gót. *þis*), convertido en N. sg. En el caso de lat. *eius* < **ei̯-os*, la forma así caracterizada permaneció como G. sg., extendiéndose la tematización a Ac. *eum*, Ab. *eo*; ello fue posible porque el N. sg. se mantuvo atemático (*i-s*).

14. Pasamos rápidamente revista a las principales características especiales de la flexión que nos ocupa en indoeuropeo posterior, limitándonos ahora ya a las desinencias.

La falta de des. en N. sg. masc. en **so* (gr. ὁ, ai. *sá*, gót. *sa* y lat. *ho-i-c*) debe ahora interpretarse como heredada de la antigua forma invariable en *-e*, conservada en los pronombres latinos tan mencionados ya *ille*, etc. Por lo demás, triunfa *-os*, cuyo origen ya hemos expuesto, o bien *-s* (**kᵘ̯i-s*, lat. gót. *is*, etc.). Pero cf. también temas puros como ai. *ay-ám*.

La *-d* del N.-Ac. sg. n. se ha extendido en indoeuropeo a todos los pronombres con excepción de los posesivos. Y tam-

bién afecta a algunos adjetivos de raíz demostrativa, como gr. ἄλλο, lat. *alius*, ai. *anyad*; pero no, por ejemplo, a lat. *ūnum*.

No tiene nada de notable el G. sg., después de lo ya dicho sobre las formas con tema *-e*, las con *-os*, las hipercaracterizadas del lat. y las con des. *-so* o *-si̯o*. Sin embargo, hay que añadir que, junto a *-e-s*, *-os* ha debido de haber *-oi̯-os*, derivado del tema en *-oi*, cf. lat. *quoius*, *cuius*, ya citado.

Es notable el N. pl. masc. en *-oi* ya citado. No hay otra posibilidad de explicación que una gramaticalización del tema en *-oi*, que en los personales funciona como D.-G. sg.: es decir, de un tema alargado con *-i*. En het. ya hemos dicho que hay *-e* o formas analógicas; también *-eš* (*kueš*, seguramente una morfologización del G., con influjo además del nombre). Es imposible relacionar *-oi* con las desinencias nominales con **-Hi* por dos razones: falta precisamente en los temas en *-i*; y no hay formas alternantes que exijan la explicación a base de laringales. Por lo demás, el alargamiento *-o-i* se halla también en N. sg. (lat. *hic* < **ho-i-c*).

15. En realidad, esta forma en *-oi* puede detectarse también en diversas formas de pl.: G. **toisōm* (ai. *téṣam*, aesl. *těxъ*, cf. también gót. *blindaizē*), L. **toisu*, *-i* (ai. *téṣu*, aesl. *těxъ*, gr. τοῖσι), I. y otros casos **tōis*, **tois* (ai. *tais*, gr. τοῖς, lat. *istis*). La cosa parece segura para el G., en que no hay paralelo en el nombre; para los otros casos, sí lo hay (cf. III.VI.3), tratándose sin duda de derivaciones de formas de sg. *-ōi*, *-oi* en que interviene una laringal; en el pronombre es más verosímil que confluya la presencia de los temas en *-oi* con el influjo nominal.

El G. pl. en cuestión presenta respecto al nombre una segunda originalidad: la des. *-sōm*. En realidad, hay que

ver en ella la des. nominal *-ŏm* añadida a una forma *-ois*: es decir, hay que postular que en un momento dado se ha caracterizado la forma en *-oi* con *-s* como pl. y de aquí se ha derivado el G.; pero esa caracterización no prosperó y *-oi* simplemente se gramaticalizó como N. pl. Posiblemente, el modelo vino de los temas en *-ā*. Aquí una forma *-ās* era al tiempo G. sg. y N. pl. y de aquí se derivó el G. pl. (ai. *tā́sām,* gr. τάων, lat. *istarum,* etc.). Hay que comparar en G. pl. gót. *þizē,* derivado del G. sg. *þis.*

Estos G. pl. en *-sŏm* se reencuentran en los nombres en lat. y gr. para los en *-ā* (*rosārum,* χωράων) y en lat. para los en *-o* (*dominōrum*). Se interpreta habitualmente que se trata de influencias del pronombre y ello es lo más verosímil, dado el desigual reparto de las formas; pero tampoco puede excluirse que *-āsōm* esté hecho directamente sobre el G. sg. / N. pl. *-ās* y *-ōsōm* sobre el N. pl. *-ōs.* De todas maneras, lo primero sigue siendo lo más probable; cf. la extensión de *-oi* e incluso *-āi* al N. pl. de los nombres, a partir de los nombres (III.IV.1.3-4). Anotemos en arm. un G. pl. en *-r* (*nor-in* 'de aquéllos').

La flexión que se difundió fue, salvo excepciones, la de los adjetivos del tipo *bonus, bona, bonum.* Entre esas excepciones pueden contarse, a más de las mencionadas, un alargamiento **-ne* en el I. sg. del ai. **téna* —que nos devuelve, bajo el alargamiento, un tema **toi*— y, sobre todo, las formas alargadas con **-sme.*

Efectivamente, en el D.-Ab. y L. sg. hallamos en varias lenguas este alargamiento, que hemos visto ya que en los personales funciona como raíz. Cf. formas como D.-L. o D. ai. *tásmai,* u. *pusmei* 'cui', gót. *þamma, hwamma,* apr. *stesmu,* aesl. *tomu,* lit. *tamui,* arm. *nm-in,* de *ayn* 'aquél'; de Ab. como ai. *tásmād;* de L. como ai. *tásmin,* aesl. *tomь,* quizá cret. ὅτιμι, si aquí y en otros lugares no tenemos *-me* en

vez de *-sme*. En todo caso, nos hallamos otra vez en un dominio idéntico en el origen al de los pronombres personales, en que hallamos iguales elementos. Incluso la forma de L. sg. en **-in* que acabamos de mencionar es idéntica al D.-L.-I. gr. en -ιν de los personales (cf. V.II.2.2).

Junto a estas formas con **-sme* y quizá **-me,* se encuentran para los casos oblicuos del fem. sg. otras paralelas con alargamiento **-se* o **si̯e*: D. o D.-L. ai. *tásyai,* gót. *þizai,* apr. *stessiei,* L. ai. *tásyām,* G. ai. *tásyās,* gót. *þizōs,* apr. *stessias*. Da la impresión de que se trata de formas rehechas que contaminan G. masc. **tósi̯o,* **toso* y la flexión de los nombres y adj. en *-ā*.

16. De esta forma, mediante un complejo proceso, a partir de raíces pronominal-adverbiales en *-e* que al tiempo llevaban formas en *-u,* *-i* y otras más alargadas que a su vez podían actuar como raíces, se crearon los cuatro sistemas de los personales y reflexivo, posesivos, demostrativos e interrogativo-indefinidos, perfectamente diferenciados entre sí, para lo cual, ciertamente, influyó mucho la analogía de los adjetivos y la creación de formas tematizadas a partir de una forma con relacionador *-os* análoga a todas luces de la de los G. nominales y los adjetivales. El sistema evolucionó lentamente y presenta en hetita un grado de desarrollo muy inferior al alcanzado después: ya por una selección diferente de los temas opuestos entre sí (en los personales), ya por un avance muy inferior de la tematización, ya por una mayor conservación de la forma en *-os* actuando como G. y de formas no alargadas en *-e,* ya, finalmente, por una selección diferente de los demostrativos y por la falta de algunos rasgos de la flexión de éstos (el N. pl. en *-oi* y el alargamiento **sme,* sobre todo), que luego fueron característicos. También la creación de los temas **tu̯e,* **teu̯e,* **su̯e,*

**seu̯e*, la derivación de posesivos con diversos sufijos temáticos y la renovación constante de los demostrativos con diversos alargamientos son característicos del indoeuropeo posterior. Por otra parte, anatolio e indoeuropeo marchan paralelamente, aunque con independencia, en la creación de una flexión sistemática de todos los pronombres en los casos oblicuos, sobre el modelo de sus respectivas flexiones nominal y adjetival. Luego, las lenguas particulares establecen sistemas independientes, eligiendo entre los distintos demostrativos y organizándolos en sistema, eligiendo igualmente entre los distintos temas derivados de **te* y **se*, entre **k^u̯o* y **k^u̯i*, etc. Así, todo el sistema de los pronombres, aunque partiendo de elementos muy arcaicos, sólo en fecha reciente y por etapas se ha constituido. Lo más notable es que no utiliza alargamientos especiales, derivados de las mismas raíces por un proceso analógico, como es el caso de la flexión nominal y adjetival, sino que las raíces actúan a la vez como alargamientos, aglutinándose según hemos dicho que es característico para las pronominal-adverbiales; y que así se constituyen oposiciones de formas, luego perfeccionadas y ampliadas del modo que sumariamente hemos expuesto.

17. El triple sistema de pronombres personales y deixis, según hemos dicho, está en conexión con la existencia de una flexión verbal: sólo el interrogativo-indefinido, cuya raíz es diferente de todas las demás y no interviene en los personales, posesivos ni demostrativos y que, además, tiene el rasgo aparte de su uso del acento y la atonía para diferenciar en realidad dos pronombres distintos, queda aparte. En lo concerniente a la flexión, sin embargo, marcha paralelamente a los demostrativos : si hay alguna diferencia, es el mayor conservadurismo que ha mantenido casi en todas

partes una flexión sobre tema en *-i*. Y también la serie de variantes indefinidas con los sentidos 'cualquier', 'uno', 'cada uno', etc., que se forman añadiendo a la forma flexionada variantes de la misma raíz (**k^u̯e, *k^u̯i*) flexionadas o no.

En cambio, los relativos no tienen raíces propias en indoeuropeo: se trata de nuevos usos, surgidos en el curso de la evolución, de los demostrativos **i̯o* y **to* y del interrogativo-indefinido **k^u̯o*: usos recientes de formas que, a juzgar por su tematismo, son ya recientes. En la Sintaxis expondremos cómo ha tenido lugar este proceso.

Toda la anterior exposición necesita, de todos modos, un complemento, a saber, la exposición del sistema de las partículas de que ha salido, y ello tanto en cuanto a su forma como en cuanto a su significado. Pues la conversión de dichas partículas, alargadas variamente, en formas de un paradigma, no ha excluido su conservación como tales, aunque sea modificando posteriormente su sentido por razones sistemáticas y paradigmáticas. Del mismo modo que la conservación de raíces o temas puros con des. Ø en la serie nominal-verbal es importante para establecer los orígenes de dichas flexiones, así ocurre aquí con lo relativo a la pronominal.

18. Los pronombres suelen, en la mayoría de las lenguas, presentar categorías que no poseen los nombres y adjetivos e inversamente; y también diferencias formales. Debido al fuerte influjo de dichas flexiones, coinciden con ellas en general en lo relativo al número y el caso, por limitarnos a hablar de categorías y funciones, dado que de la forma ya hemos hablado. Pero hay, de todas maneras, algunas diferencias, sobre las que conviene llamar explícitamente la atención:

*a*) Los personales, que lógicamente carecen del género inanimado, no llegaron en el indoeuropeo a desarrollar una oposición masc.-fem. paralela a la de los adjetivos. Es excepcional una forma de fem. en el de 1.ª en toc. A. El reflexivo, a su vez, carece de la oposición del número, aunque luego la desarrolla. Y personales y reflexivo oponían en un principio sólo un caso N. (y V.) y otro Ac. de valor muy amplio; si bien podemos postular un antiguo G. que ha dado origen al posesivo.

*b*) Los personales participan, por influjo del verbo según hemos expuesto, de una categoría ajena al nombre y el adjetivo: la de la persona. Y esa categoría, que se transmite naturalmente a los posesivos, la hallamos igualmente en los demostrativos, con sus deixis, aunque no seamos capaces de reconstruir su sistema en las diferentes etapas y dialectos del indoeuropeo.

*c*) Finalmente, hay que hacer notar que solamente en la oposición de personales (y reflexivo) y posesivos halla reflejo la oposición nombre/adjetivo. También aquí unas mismas raíces se han estabilizado, ya en formas nominales, ya adjetivales; estabilización que sólo gradualmente ha sido alcanzada, como se ve entre otros por el hecho de que **nos*, **u̯os* han quedado como personales y **mos*, **tos*, **sos* como posesivos: ya G. (het.), ya N. (otras lenguas). Pues bien, en los demostrativos y el interrogativo-indefinido no se ha llegado a esa escisión y pueden actuar indistintamente como nombre o adjetivo. Con ello, en realidad, no hacen más que continuar la indiferencia a esa oposición de las partículas de que derivan que, según hemos dicho, ya pueden funcionar como raíces susceptibles de modificación, ya como modificadoras de otras: es decir, como nombres o adjetivos. Pero también podríamos decir como adverbios o adverbios modificadores: pues en el uso de las partículas hay indife-

rencia entre el uso nominal y el adverbial ('este' y 'aquí) y el modificador de nombre y modificador de adverbio.

19. Conviene ahora dar algunas precisiones más sobre el sistema de los pronombres en su conjunto, tanto en anatolio como en indoeuropeo: prescindiendo de los hechos formales, las bases de ambos sistemas son las mismas, heredadas del protoindoeuropeo pero desarrolladas diversamente en las diferentes lenguas.

A partir de un sistema de partículas o adverbios, se ha desarrollado un doble sistema:

*a*) El de los interrogativos e indefinidos, que se distinguen por la acentuación: se refieren a alguien o algo no precisado, como pregunta o como simple referencia, respectivamente. Los primeros sólo aparecen en un tipo especial de oración, las interrogativas, caracterizadas por una entonación ascendente.

*b*) El de los demás pronombres, que es sustancialmente un sistema deíctico. Esta deixis puede referirse a un «mostrar» un objeto o ser caracterizado por una cierta localización (secundariamente, también localización temporal y nocional). En principio, se trata de referencias a una definición extraverbal: a un ser u objeto que «está ahí» o estuvo en cierto tiempo o es de otro modo conocido. Pero el pronombre también puede referirse a algo ya mencionado en la oración o que va a mencionarse después: es una insistencia o bien un evitar una repetición. En todo caso, el pronombre en todas sus funciones y especializaciones suprime rasgos del nombre o adjetivo (a veces el género o el número, los rasgos lexicales), pero puede añadir, en cambio, otros. Todo esto ha quedado ya expuesto.

20. Estos pronombres deícticos han quedado conservados por los demostrativos, si bien sometidos a determinadas evoluciones, pero de otro lado han dado origen a los personales. Es claro que en época flexional el verbo indoeuropeo no necesitaba un sujeto más que cuando con ello se lograba una precisión ulterior; un sujeto «yo», «él» era propiamente redundante, dada la existencia de un sistema de desinencias. En realidad, el N. de estos pronombres es exactamente redundante en las lenguas indoeuropeas antiguas: como ocurre todavía en español, se usaban solamente cuando se quería añadir un énfasis especial, lo cual confirma el valor de agente del más antiguo núcleo del N. Hemos visto que «yo» y «tú» provienen en una fecha antigua de las raíces demostrativas; «él» procede de las mismas, pero en fecha más reciente. Evidentemente, ha sido creado por paralelismo a «yo» y «tú» como sujeto de la 3.ª persona; mientras que «yo» y «tú» existían sin duda desde la época preflexional, como especializaciones de ciertos demostrativos para marcar el sujeto, lo que en una época sin flexión era imprescindible. Creada la flexión precisamente, como hemos dicho (V.II.4.1), sobre la base de la anterior existencia de los personales, se convirtieron en redundantes gramaticalmente, pero con un valor de insistencia y énfasis.

Junto al N. de «yo» y «tú» hemos visto que, aunque por diversos procedimientos, se usaba un Ac.; y que este Ac., al faltar los demás casos, debía cubrir todo su campo. Como determinante del nombre se usó sin duda la misma forma, aunque también hubo una especial, origen de los posesivos según hemos visto. Luego toda la flexión se remodeló sobre la del nombre, por lo que no hay que insistir sobre los usos sintácticos de los casos; sólo recordar que el pronombre ha guardado sincretismos de casos que remontan a una fecha antigua.

Más interés tiene que destaquemos que los personales de 1.ª y 2.ª persona, aparte de referirse a realidades externas al contexto verbal e insertas por medio suyo en éste, podían al tiempo referirse a un nombre ya mencionado en la frase, es decir, podían hacer función de anafóricos. Pero el Ac. de los personales en función anafórica normalmente hace, más concretamente, función de reflexivo: «a mí», «a ti», refiriéndose a la mención anterior de esas personas mediante un nombre o mediante un pronombre otra vez. Sólo en las lenguas individuales se llegó, a veces, a una escisión entre el personal y el reflexivo en estas personas: así en griego. Pero hemos visto que ya en el protoindoeuropeo existía un reflexivo de tercera, carente no sólo de género (como en 1.ª y 2.ª), sino también de número.

21. Después de haber servido de punto de arranque para la creación del sistema de los personales y el reflexivo, los demostrativos han mantenido su existencia en anatolio e indoeuropeo, experimentando diversas evoluciones. Una de ellas ya la hemos indicado: constituyen un sujeto pronominal de la 3.ª persona. Aparte de ello, el sistema está sometido a cuatro tendencias que cristalizan en las diversas lenguas en hechos diversos:

*a*) El cúmulo de raíces demostrativas de que hemos dado una lista tiende a organizarse, ya en un sistema de dos deixis, ya en uno de tres. El primero es el sistema del ingl. *this/that* o del fr. *celui-ci/celui-là*; el segundo es el del español *éste/ése/aquél*. Uno y otro sistema dependen del verbo, pero el primero opone a la 1.ª persona el conjunto de la 2.ª y 3.ª, el segundo opone las tres personas. Las diversas lenguas han creado estos sistemas con materiales diferentes dentro de los que hemos expuesto y de otros más, a veces con alomorfismo dentro de cada tipo o con

diferencias dentro de él sobre rasgos diversos. Hemos dado detalles de ello. También sucede que se mezclen los dos sistemas o que en los diversos pronombres subsistan rasgos que nada tienen que ver con la oposición de las personas. Así, la descripción de los valores de los demostrativos es particularmente difícil; el uso de las mismas raíces es muy diferente en las diversas lenguas, constantemente se refuerzan con nuevos alargamientos y se reestructuran los sistemas. Por ejemplo, la oposición de ὅδε y οὗτος en griego como referente a la 1.ª y 2.ª persona, respectivamente, es cierta en unos ejemplos, pero otros no tienen nada que ver con esto; *iste*, pron. latino de 2.ª pers., pasa a la 1.ª en español; etc. (cf. V.I.1.3).

*b*) A veces se especializa una forma para el anafórico: así lat. *is* (en otras lenguas las correspondencias son simples demostrativos), gr. αὐτός. Las formas con *-i* (**dim, *min, *nin, *sim, *im*) se especializan con frecuencia en esta función.

*c*) Los demostrativos pueden también pasar a ser artículos, por debilitación; así ocurre con **to* en griego y germánico, con **so* en celta y tocario. El artículo determina el nombre como conocido o aparte de los demás (actualización); y también puede hacer otras funciones, como sustantivar el adjetivo. El proceso vuelve a repetirse en lenguas diversas: cf., por ejemplo, la conversión del demostrativo latino *ille* en el art. español *el*.

*d*) Finalmente, el demostrativo puede funcionar al tiempo como anafórico y como sujeto de un verbo: puede, dicho de otro modo, convertirse en relativo. Esto sucede con **to* en dialectos griegos y en germánico, cf. V.II.5.6; y ha sucedido en época indoeuropea con EIE, convertido en relativo (cf. *supra*, V.II.5.9). Los demostrativos han conservado el arcaísmo de no conocer la oposición nombre/adjetivo,

con excepción de los relativos, que la introducen. Recordemos que los personales son nombres, pero que crean una forma especial adjetiva, los posesivos, que en realidad son simples adjetivos que pueden tener, además de la función determinativa, otra anafórica.

22. El sistema de los interrogativos e indefinidos tiene también algunas peculiaridades notables. Junto a las nociones básicas de interrogación o indefinición, pueden introducir otras varias de cantidad, cualidad, indefinición de varios tipos. Ello ampliando las mismas raíces mediante diversos sufijos o partículas. Un pronombre **k$^{w}$oteros*, por ejemplo (gr. πότερος, gót. *hwaþar*, ai. *kátaras*) es 'cuál de los dos'; una mayor indefinición se logra con partículas añadidas en lat. *quisquam, quisque,* ai. *káśca, káś caná,* gót. *hwaþuh*; o con una repetición de la raíz en het. *kiškuiš,* lat. *quisquis* (los sentidos oscilan entre 'uno cualquiera' y 'cada uno'). En algunas lenguas se llega a sistemas regulares que relacionan a los demostrativos, interrogativos, indefinidos y relativos, pero esto entra ya en el campo de las evoluciones individuales de las lenguas. El arranque es, sin embargo, común, como se ve.

A partir del interrogativo e indefinido se crean pronombres relativos en latín, itálico, tocario, báltico y eslavo.

## III

## PARTÍCULAS, ADVERBIOS Y PREPOSICIONES

### 1. IDEAS GENERALES

1. En todas las lenguas indoeuropeas se encuentran palabras indeclinables que formalmente pertenecen a varios tipos y tienen varios orígenes y que en cuanto al contenido y función suelen clasificarse en los grupos de partículas, adverbios y preposiciones (que hacen también de preverbios). Se trata de clases de palabras que no son sustituibles, en principio, por el nombre, adjetivo, pronombre o verbo.

Las partículas las conocemos ya como determinando o modificando al verbo (caso del aumento, de *-i, -u,* de la característica del optativo, de diversas partículas más en celta) y al pronombre; también modifican al nombre y al adjetivo (cf., por ej., -θι, -θεν, -δε, etc. en gr. y sus correspondientes en otras lenguas); y a partir de diversos usos autónomos en que se añaden el nombre, adjetivo o verbo sin aglutinarse con ellos, pasando a relacionar entre sí nombres, adjetivos y verbos: en el último caso, también oraciones. Se trata de palabras de poco cuerpo, dos fonemas o tres como máximo, que pertenecen las más veces al tipo

que hemos llamado pronominal-adverbial; normalmente son enclíticas, aunque eventualmente algunas pueden desligarse y llevar acento. Su función en la aglutinación es normalmente intensiva y restrictiva al mismo tiempo: ἔγωγε es 'yo por mi parte, yo en verdad', lo que pone de relieve el 'yo' y a la vez introduce una restricción; también tienen valor local o deíctico, emparentado con el de insistencia. Cuando unen entre sí palabras u oraciones, desarrollan valores continuativos, copulativos, disyuntivos y adversativos principalmente. Por ejemplo, el prototipo antiguo de lat. *senatus populusque* era una aposición asindética de *senatus* y *populus*, insistiendo el *-que* en esta última palabra: algo así como 'el senado (y) el pueblo en verdad, también', de donde *-que* 'y'. Pero otras veces los adverbios y conjunciones vienen de las raíces nominal-verbales y en su sentido suele quedar huella del valor originario; incluso, raramente, estas raíces se aglutinan como las otras y toman un valor semejante (tipo lat. *parumper*). Por otra parte, el valor de insistencia de una partícula, acompañado de la entonación interrogativa, puede constituirse en marca de las oraciones interrogativas.

No es preciso ejemplificar el uso aglutinado postpronominal de partículas como *-i, -u, -ke, -ge,* etc., que ha quedado suficientemente explícito en el capítulo anterior: ni tampoco el postverbal o postnominal. Pero damos algunos ejemplos de partículas pronominal-adverbiales que, ya desde el protoindoeuropeo o el indoeuropeo posterior, han desarrollado, junto a la función de insistencia y restricción aplicada a una palabra, la de relacionar palabras u oraciones o marcar la clase de éstas. Estas partículas poseen una autonomía que, al menos en las lenguas históricas, no poseían las otras, aunque etimológicamente son, con frecuencia, las mismas.

**nŭ* es 'y' en het., pero levemente adversativa y luego temporal ('ahora') en postanatolio: ai. *nú,* gr. νυ, νῦν, lat. *nu-* (*nudius*), *nunc,* air. *nu, no,* aaa. *nu, no,* lit. *nù,* aesl. *нъ*. Ese sentido 'en verdad', 'pero' es el primodial.

**kᵘ̯e*: ai. *ca,* gr. τε, lat. *-que,* air. *-ch,* gót. *-h*; conserva valores intensivos en lat. *quisque,* gr. mic. *ekeqe* 'tiene', etc.

**uĕ* 'o': ai. *vā,* gr. ἠϝέ, lat. *ue,* toc. B *wa-t.*

**r̥*: gr. ἄρ, ἄρα, ῥα (continuativa), ἆρα (comenzando interrogación), lit. *iř* 'y'.

**an*: gr. ἄν (modificador del verbo), gót. *an,* lat. *an* (comienza interrogación). De un valor 'en cierto modo, quizá' salen los otros dos.

La estabilización de estas y otras partículas con sentidos determinados pertenecen a diversos estadios cronológicos y dialectales. Las del het. son raras y, salvo *nu* (con otro sentido que en postanatolio), diferentes: *ta, šu* 'y', *ma* 'y, pero', etc. El uso de *-pat, -pit, -pe* 'incluso, sólo, pese a' se ha difundido en forma diversa que en postanatolio, donde es postpronominal (lat. *quippe*) y preposicional.

2. No hay diferencia esencial entre estas partículas y las que se añadían aglutinadas como alargamientos del pronombre, el nombre y el verbo; según queda indicado para algunas de ellas, son en el origen las mismas (pero es excepción el **i̯eH*$_1$ del optativo y hay otras aún). Cf. también, por ejemplo, el uso como partícula independiente de **u,* que da en ai. una *u* adversativa, en gót. *-u* interrogativa, en ai. otra vez *u-tá... u-tá* 'de un lado..., de otro', en gr. y lat. αὖ, *au-t* 'o', en gót. *au-k* 'porque'. A veces el uso autónomo es

sólo junto al verbo, no introduce oraciones: así, en gr. κε, idéntico al **-ke* postpronominal.

Los límites con los adverbios son fluidos. Con frecuencia se califica de adverbios a las partículas coordinativas; y los autores vacilan entre clasificar las negaciones **nĕ̄* objetiva y **mē* subjetiva (het. *le*) como partículas o adverbios. En realidad, se suelen incluir en los adverbios las palabras cuyo sentido único o fundamental está bien claramente definido, no presenta huellas de un valor de pura insistencia. Se trata principalmente de valores locales, también, secundariamente, temporales y modales. Intervienen además factores formales: se consideran partículas palabras de un reducido número de fonemas, en general con el esquema C-V, que forman una clase cerrada, no sometida a ampliación; muy frecuentemente, son enclíticas, y a veces también proclíticas: **dus-* 'mal', **n̥-* 'no', etc. En cambio, los adverbios son en principio autónomos y tónicos, con frecuencia pertenecen al tipo nominal-verbal y se han incrementado constantemente con casos fosilizados del nombre; otras veces poseen alargamientos en *-s, -os* y otros que apenas se dan en las partículas. Por esto es por lo que las negaciones suelen clasificarse como adverbios. En realidad, los valores locales, los más característicos de los adverbios, y los deícticos y de insistencia, originales de las partículas, vienen a coincidir porque en las partículas hay también valores locales derivados de los otros, como hemos visto ya a propósito de los pronombres demostrativos. Así, junto a una partícula **ke* que acabamos de mencionar, en gr. hay un adverbio ἐκεῖ 'allí' y **ke* tiene también valor local allí donde se clasifica como partícula por su falta de independencia: lat. *ci-tra*, gr. σήμερον 'hoy' < **ki̯*-ημερον (variante **ki*). Paralelamente, hemos visto que el **nu* restrictivo o adversativo no ha desaparecido por el desarrollo de un valor temporal,

que podríamos calificar de adverbial, en diversas lenguas. En suma, en los adverbios se incluyen, junto a usos evolucionados de las raíces pronominal-adverbiales, raíces nominal-verbales en su forma no flexionada, otras con alargamientos y otras todavía fosilizadas a partir de los casos; lo cual no quiere decir que las raíces nominal-verbales no hayan pasado a veces secundariamente al estadio de partículas, aglutinadas o no.

3. Si vamos a las preposiciones, tampoco encontramos diferencias originales. Es sabido que una preposición puede funcionar también como preverbio y como adverbio; y que éste es el valor primitivo. Pero sólo algunos adverbios (de origen pronominal-adverbial o nominal-verbal) han sido susceptibles de este empleo; a veces presentan formas emparentadas que son propiamente partículas. Se trata de adverbios que indicaban lugar y que a veces precisaban así el valor del verbo o el del nombre; en el uso autónomo son tónicos, mientras que como modificadores del nombre y del verbo son, ya tónicos, ya átonos, y a veces pierden su autonomía formando palabras compuestas: raramente en el grupo preposición + nombre, regularmente, a partir de un cierto momento del indoeuropeo, en el grupo preverbio + verbo. Todo esto ha sido ya estudiado, cf. V.I.1.

En las más antiguas fases del ai. y gr., sobre todo, se ve muy bien esa oscilación entre el uso de las mismas palabras como adverbio, preposición y preverbio. En gr. (Hom.) ἀλλ' ἄνα, μηδ' ἔτι κεῖσο 'arriba, no sigas echado', πάρα γὰρ μενοιεικέα πολλά '(hay) aquí muchas cosas que alegran el corazón', ai. *kím ít pári* '¿qué (hay) en torno?' (es decir, como obstáculo), se trata de claros usos adverbiales. En una frase como σύν ῥ' ἔβαλον ῥινούς, σὺν δ' ἔγχεα *Il.* IV 447 se ve muy claramente cómo del uso adver-

bial se pasa al de modificación del verbo (preverbio). Pero el uso preverbial es una fijación secundaria, pues es posible no sólo usar el preverbio antes del verbo y separarado de él por otra palabra, sino también después del verbo en la llamada anástrofe: cf. V.III.5.2. Es éste el único uso de las preposiciones en hetita.

En cuanto al uso preposicional, no hace más que precisar el sentido del caso, añadiendo, por ejemplo, si el «movimiento hacia» indicado por el Ac. debe precisarse en el sentido de *ad, apud, in, circum,* etc., por poner ejemplos latinos.

Efectivamente, si nos remontamos al protoindoeuropeo, dentro de la fase ya flexional, un verbo + Ac. de un nombre de espacio era suficiente para indicar la «dirección hacia». Las preposiciones no hacen más que precisar, yendo antes o después del nombre. Es un recurso ya conocido del indoeuropeo anterior a la escisión del anatolio, aunque hasta fecha muy reciente no desplazó el uso antiguo de usar también los casos sin preposición. Por otra parte, el valor local de las preposiciones era en fecha antigua muy impreciso: algunas de ellas solamente por llevar Ac. o Ab. especializaban los sentidos de 'de' o 'a', como se ve para πρός todavía en griego clásico. Para especializaciones anteriores, daremos ejemplos. En cuanto a los usos más abstractos, temporales y modales, de preposiciones y preverbios, son secundarios.

Por otra parte, a veces queda en la duda cuál de los tres valores es el que hay que atribuir a una de estas palabras: cf., por ejemplo, Hom. κεφαλῆς ἄπο φᾶρος ἕλεσκε, donde el ἄπο lo mismo puede ir con el verbo (ἀφαιρέω) que con el nombre (ἀπὸ κεφαλῆς) e incluso es admisible el valor adverbial (κεφαλῆς dependería de ἕλεσκε).

De todos modos, es claro que desde el indoeuropeo una serie de adverbios relativamente coherente se había espe-

cializado en los usos preposicional y preverbial, tendiendo a perder el propiamente adverbial. A veces se trata de especializaciones locales de las partículas: por ejemplo, etimológicamente hay que relacionar con gr. δέ 'y, pero' y δή de insistencia la prep. latina *de,* así como el gr. -δε 'hacia' (οἶκόνδε 'a casa'), aaa. *zuo,* etc. Los distintos valores locales de estas preposiciones —lat. *de* indica origen, las otras citadas dirección hacia— se explican por el caso del nombre que determinan. Piénsese que gr. -δε todavía no es una preposición plena, se clasifica preferentemente entre las partículas porque no funciona como preverbio y con el nombre es siempre enclítica.

Pero el grupo de los adverbios, preposiciones y preverbios es más variado que el de las partículas. A formar parte de él han llegado una serie de raíces nominal-verbales, ya puras, ya con alargamientos; y también casos fosilizados, aunque con frecuencia éstos han ido a parar a las preposiciones impropias, es decir, a usarse sólo como preverbios. Hay, todavía, otras preposiciones difíciles de catalogar formalmente y en cuanto al origen.

4. Partículas, adverbios y preposiciones son una clasificación más o menos fluctuante e incompleta que, de todos modos, llega al protoindoeuropeo; ciertas palabras han quedado, desde él o desde el indoeuoropeo no anatolio, incluidas en uno de los tres grupos. En cambio, las conjunciones sólo se han desarrollado en las lenguas particulares, como parte del fenómeno de la creación de la subordinación; serán estudiadas, pues, en la Sintaxis.

Aquí nos interesa ahora, retrocediendo más allá de las lenguas históricamente atestiguadas, investigar el origen de las palabras incluidas luego en las tres clases reseñadas. Pues se trata, ya lo hemos hecho ver, de una clasificación

secundaria. Los valores intensivos y locales de estas palabras son los primarios; luego están, ya los de coordinación, ya los preverbiales y preposicionales y en éstos y en los adverbiales sentidos derivados temporales y modales.

Ahora bien, estudiando en conjunto todas estas palabras, para evitar los cortes y separaciones de origen secundario, pronto se echa de ver que hay en ellas varios estratos, cosa que, por lo demás, ya hemos anticipado al hacer ver que en algunas de las clases de palabras que luego se establecieron sólo parcialmente fueron recogidos esos estratos. Por otra parte, no podemos establecer una diferencia cronológica entre el uso de las raíces pronominal-adverbiales y el de las nominal-verbales, que coincidían con aquéllas en sus valores locales, pero no en los intensivos.

5. El primer dato que hay que tener en cuenta para reconstruir la historia de las palabras adverbiales que estamos estudiando es que, remonten a raíces nominal-verbales o pronominal-adverbiales, en su primer estadio no constituían una clase adverbial de palabras. La clases de palabras se establecían, en todo caso, funcionalmente. Cualquier raíz nominal-verbal podía funcionar como nombre (determinando al verbo) o adjetivo (determinando al nombre) o verbo (determinando a su vez al nombre: es una determinación recíproca) o como adverbio (determinando de una manera laxa y con sentido predominantemente espacial toda la frase; o bien determinando de maneras especiales las otras palabras). Estos usos adverbiales eran predominantemente locales desde el momento en que los gramaticales quedaron expresados mediante formas flexionadas: de ahí que se llegara a una cierta coincidencia con las raíces pronominal-adverbiales, cuyo valor deíctico admitía una fácil interpretación local. Por otra parte, es bien claro que hay transi-

ciones entre la función nominal y la adverbial, como se ve luego por la equivalencia al menos parcial de adverbios y casos oblicuos. Por su parte, cualquier raíz pronominal-adverbial podía desempeñar en su uso autónomo funciones de nombre o adjetivo (es decir, se constituían en pronombres) y también de adverbio; el uso aglutinado, por su parte, equivale a una función adjetival o adverbial. Este uso aglutinado no falta absolutamente en las raíces nominal-verbales, pero es raro su empleo con valor de partículas o adverbios, siendo sólo frecuente la composición nominal.

Hemos visto que posteriormente unas y otras raíces quedan incorporadas a sistemas flexivos, generalmente con ayuda de formalizaciones logradas por medio de sufijos y desinencias de origen analógico, o bien por medio del uso aglutinado de las raíces pronominal-adverbiales y aun de las nominal-verbales. El resto que queda sin sistematizar en paradigmas es el que se mantiene como integrando la clase no flexiva de los adverbios; clase no uniforme, aunque también en ella se dan tendencias a la tipificación de sentidos y la especialización formal y aunque secundariamente recibe nuevas formaciones procedentes de la fosilización de los casos oblicuos. Estamos usando ahora la palabra adverbio en un sentido amplio, que incluye los adverbios y partículas de todo tipo, incluidos entre los primeros los que produjeron preposiciones y preverbios.

Por lo tanto, los adverbios en este sentido amplio no son sino temas puros usados en una conexión oracional libre, dando una determinación espacial y luego otras derivadas de ésta; usados otras veces como determinantes de cualquier palabra, bien con sentido de insistencia, bien espacial. Podían tener formas tónicas y átonas, siendo éstas a su vez enclíticas (que es lo normal) o proclíticas; las átonas tendían a la aglutinación. En realidad, no hay en nada de esto

novedad respecto a lo dicho en un capítulo anterior sobre el acento de nombres y verbos, que también tenían en indoeuropeo posibilidad de atonía, precisamente cuando eran acompañados de preposición en su función determinante. Nada es, pues, original en los adverbios, sino el arcaísmo de que, procedan de unas u otras raíces, sus temas puros o alargados se han mantenido sin entrar en paradigma para los usos de no-nombre, no-adjetivo, no-verbo, no-pronombre. Y luego, claro está, las innovaciones de significado y también las formales, que acompañaban a las nuevas palabras englobadas en la clase, que se añadieron en el curso de su historia. Se añadió la división en las clases mencionadas, cuyas características definitorias, no demasiado claras por otra parte, se refieren en parte al contenido y en parte a la forma.

6. Prescindiendo de la subdivisión de los antiguos adverbios en partículas, adverbios y preposiciones —clasificación a la que, sin embargo, se hará alusión siempre que haga falta—, vamos a hacer un análisis de los mismos que establezca las aportaciones que se han integrado en esta clase residual, sin intentar por ello fijar una estratigrafía más que en lo relativo al carácter reciente de los casos fosilizados. Nos limitamos a dar algunos ejemplos entre los más claros y transparentes, aunque a nadie ha de ocultarse que establecer relaciones etimológicas entre formas aisladas de poco volumen fonético es siempre arriesgado.

La clasificación establece un primer tipo de formación: el mantenimiento del tema puro de las raíces pronominal-adverbiales, junto al cual se encuentran formas alargadas con *-i*, *-u* y, también, otras con *-s*, *-os*, etc. Las raíces nominal-verbales constituyen el segundo tipo de formación, pero aquí hay que distinguir entre los temas puros, los alargados

y los casos fosilizados, aunque no siempre es fácil distinguir entre los dos últimos subtipos. Finalmente, un tipo tercero, cuya unidad procede en realidad de nuestra ignorancia, se refiere a las formas difícilmente reducibles al primero o al segundo, o bien con problemas especiales.

## 2. RAÍCES PRONOMINAL-ADVERBIALES

1. Según hemos dicho, presentan en principio esquemas de tipo EUE, ETE, etc., pudiendo faltar una vocal o las dos y alternar en la primera *e* y *o*. Lo que hay de nuevo, sobre todo en las preposiciones, es que la última vocal, normalmente *-ĕ̄* (sobre la fluctuación de la cantidad cf. V.I.1.6), es a veces *-o*. Esto no puede explicarse, evidentemente, como resultado de una tematización; más bien parece tratarse de una difusión de dicho timbre como característica precisamente de ciertos adverbios. En las raíces nominal-verbales hallamos en los adverbios formas con *-ō*, que suelen entenderse como antiguos Instrumentales, pero a veces es probable que sean más antiguas que los Instrumentales, cf. *infra*, V.III.3.3.

Damos una lista de algunas de estas raíces, ejemplificando sus usos adverbiales no aglutinados; los pronominales fueron citados en el capítulo correspondiente en muchos casos. Como podrá verse, junto a la forma base se dan las alargadas. En cuanto al sentido, la mayor parte de ellas pertenecen al grupo deíctico. Pero hay que advertir que esta deixis es muy amplia, pudiendo referirse al tiempo, modo, etc., mucho más libremente que cuando surge la flexión, esto es, en el uso pronominal.

1) EIE. Cf. derivados como ai. *iti* 'así', *ihá* (cf. gr. ἰθαιγενής) 'aquí', lat. *iterum* 'de nuevo'; la relación con el

_i_ pronominal es clara, cf. ai. _itara-_ 'el otro'. Sin alargamiento, tienen sin duda relación het. _-i̯a_ 'y' < _*i̯o_ 'y', gr. εἰ 'si' (también en εἶτα 'después'), aesl. _i_ 'y', gót. _-ei_, partícula relativa.

2) EUE. Cf. las formas derivadas de _*u, supra,_ V.III. 1.2; de _*uĕ, supra,_ V.III.1.1. Se pueden añadir formas alargadas que han tomado varios sentidos locales: _*ud,_ cf. ai. _úd_ 'arriba', gót. _ūt_ 'de'; _*ŭpo_: ai. _úpa_ 'de abajo de', gót. _uf_ 'bajo, aaa. _ūf_ 'sobre'; _*ks-up(o)_: gr. ὑπό, lat. _sub_ 'bajo'; _*ks-up-er_: lat. _super_ 'sobre'; _*uperi_: ai. _upári_ 'sobre'.

3) EME. Junto a _*mo_ > het. _ma_ 'y, pero' hay que citar sobre todo la negación subjetiva _*mē̆_: ai. _mā́,_ gr. μή, arm. _mi._ Hay también un _*me_ 'en medio, con', de donde _*medhi,_ que a su vez ha dado _*medhi̯os_ (ai. _mádhyas,_ lat. _medius_) y gr. μετά, gót. _miþ,_ aaa. _miti_ 'entre, en medio de'.

4) ENE. Esta raíz, bien conocida en los pronombres, aparece como adverbio y preposición con valores locales muy diversos bajo la forma _*en,_ también las alargadas _*eni,_ _*ens._ Cf., por ejemplo, lat. gót. _in,_ gr. ἐν; en gr. se encuentra también ἔνι, ἔνς con su resultado jónico-ático εἰς, ἐς; en lit. _į_ < _*n̥,_ cf. también ai. _ádharas,_ lat. _inferus_ 'de abajo'. Por otra parte, se encuentra _*ne, *n_ en alargamientos: ai. _-cana_ (en indefinidos), het. _kan_ y _šan_ (modificadores del valor del preverbio), cf. también V.II.5.8. Tal vez tenga relación _ní_ 'abajo' en ai. (y en lat. _*nisdos_ > _nīdus_) y sin duda alguna la tiene _*nŭ̄,_ de que ya nos hemos ocupado (cf. V.III.1.1).

5) ELE. Relativamente frecuente en pronombres, aquí no podemos citar más que het. _le,_ negación subjetiva.

6) ERE. Existe la partícula *r̥ (cf. V.III.1.1), así como ciertos alargamientos: ai. *kárhi* '¿cuándo?', lat. *quŏr, cur* '¿por qué?', gót. *hwar* '¿dónde?', etc. Tal vez se trate de una analogía del alargamiento nominal-verbal.

7) EGE, EGHE. Visto ya como raíz pronominal **eg/* **egh* y partícula aglutinada *-*ge*. Pero γε, γα en gr. es una partícula autónoma; cf. **ghe* en ai. *viśvá-ha* 'siempre'.

8) EKE. Esta raíz, suficientemente atestiguada en los pronombres (como raíz y partícula aglutinada), la encontramos en gr. en un adv. ἐκεῖ 'allí'; también hemos citado la forma adverbial **ki*, que va alargada o como proclítica (lat. *cis, citra*). Además, hemos de atribuir a esta raíz la preposición **ek*, **eks*, cuyo valor 'de' proviene del uso con G. o Ab. Cf. gr. ἐκ, ἐξ, lat. *ex*, galo *ex-*. Suele ser 'sobre' o 'hacia'.

9) EK$^{u}$E. Esta raíz, que es la que dio el intorrogativo-indefinido, se halla sobre todo en **k*$^{u}$*e*, cf. V.III.1.1. En lit. hay una forma *-ki*. Cf. en gr. el adv. πεῖ.

10) EBHE. Hay huella solamente de **obhi* (ai. *abhí*, lat. *ob*), **bhi* (gót. *bi*), **obhs* (lat. *obs-*). Significa 'sobre' o 'hacia, contra'. No parece haber derivados pronominales.

11) EPE. Raíz que ya hemos testimoniado en los pronombres, en formas enclíticas como lat. *quippe* (cf. también *-pi* en *quispiam*), en la partícula hetita *pat, pit, pe* (es decir, *po-t, pe-t pe*). Además tiene un uso preposicional abundante. Hay **epi* en gr. ἐπί, ai. *api* (si no es de **opi*); **opi* en gr. ὄπισθεν, **op* en lat. *operio*, **pi* en gr. πιέζω, quizá **opo* en het. *appa* 'tras'.

Nótese también una forma alargada **poti* en gr. ποτί, av. *paiti* 'hacia' y **p-os* en derivados como lat. *post.*

12) EDE. Raro en pronombres, se encuentra en la preposición *dē* del lat., en gr. δέ, δή, aesl. *da* y en las formas mencionadas en V.III.1.3. Cf. también het. *and* 'dentro, a'.

13) ETE. Tan frecuente en adverbios como en pronombres. **Eti* está en gr. ἔτι 'aún', lat. *et* 'y', ai. *áti* 'más allá', si no es de **oti* como aesl. *otъ* 'de'. Como se ve, adverbios y preposiciones son una misma cosa. Hay también un adverbio dor. τεῖδε, alargamientos **-te* (gr. αὖτε), **-ti* (ai. *iti*); la forma *ta* < **to* 'y' del het.; la partícula *tú* 'pero' del ai. Y la forma **-tos,* finalmente, cf. lat. *intus,* gr. ἐντός 'de dentro', ai. *tátas* 'desde entonces'.

14) ESE. En ai. se usa *sa* < **so* adverbialmente, 'allí'. Con varias formas es frecuentísima como partícula de «refuerzo» de personales y verbos en celta. La forma *šu* se encuentra en het., significando 'y'. Cf. también lat. *sī* < **sei* 'en ese caso, si' y *sic* 'así'.

2. No hay motivo, pensamos, para calificar de locativos las formas en *-ei* (cf., a más de las citadas, lat. *hīc, illic*) o en *-i.* No hay huella de laringal en estos temas. La coincidencia de los locativos en *-ei, -i* de las raíces nominal-verbales es puramente casual.

Más dudosos son otros adverbios. Het. *ket* 'de aquí', *kez* 'de este lado', *kuwapid* 'dónde' coinciden exactamente con formas de Instr. y Ab. de los demostrativos: gr. πη, πω, οὕτω, lat. *quō, eō,* gót. *hwē* 'con qué', etc. suelen considerarse como I. y podría añadirse en het. *ka* 'aquí', que no tiene forma correspondiente en la declinación de *kaš;* res-

tos de un antiguo Ab. se consideran gr. cret. τῶδε 'de aquí', del f. ϝοίκω 'de casa'. Pero el hecho de que haya una coincidencia con casos de la declinación pronominal y a veces con los de la nominal no hace seguro que se trate de formas fosilizadas. Más bien deben verse en formas como estas modificaciones de la raíz pronominal-adverbial con fines de caracterización diferente de la del N. y Ac., y a partir de aquí se llegó a constituir, ya adverbios, ya casos oblicuos; hemos visto en el lugar correspondiente que los I. en *-ō*, Ab. en *-ōd* más que restos de casos son inicios de constitución de casos que en algunas lenguas no llegaron a consolidarse. Del mismo modo, adverbios como gr. πόθεν no derivan de un G., sino que son, inversamente, la base de donde se constituyeron G. como ἐμέθεν, σέθεν.

Lo mismo hay que decir, y con más razón todavía, de las formas en *-os*. No podemos creer que **entos* sea un G.: es **en-t* con un alargamiento. Ciertamente, este alargamiento *-os* coincide con el *-os* de las raíces nominal-verbales, que ha dado en los pronombres un G. y un N. Es coincidencia que la proposición **pos* esté con **pe* y **opo* en la misma relación que el N. het. *kaš* con *ke* o el G. *maš* con *me*: aquí pensamos que *-os* es analógico de las flexiones nominal y adverbial.

De todas maneras, hay un camino de ida y vuelta entre adverbios y casos oblicuos: los temas alargados dan adverbios que forman el núcleo de futuros casos oblicuos, pero otras veces no llegan a constituirlos; y los casos oblicuos a su vez, aislados del paradigma, dan adverbios. Con frecuencia, es difícil decidir si la forma que ha dado un adverbio es la base de arranque del paradigma nominal o el resultado de su desintegración. En realidad, casos oblicuos y adverbios no hacen más que caracterizar formalmente temas puros que, en fecha antigua, eran susceptibles de los

predominantemente espaciales que caracterizan a unos y otros. Esto es mucho más visible en las raíces nominal-verbales, de las que nos ocupamos a continuación.

### 3. RAÍCES NOMINAL-VERBALES

1. Un tema puro, en el caso de estas raíces, se ha conservado con frecuencia dentro del paradigma flexional: ya como N. animado, ya como N.-Ac. inanimado (sg. o pl.), ya como D.-L. o L., ya como I. Estos temas puros también se hallan funcionando como adverbios. Cuando la forma del adverbio y el caso es coincidente, suele interpretarse que el adverbio deriva del caso: que es un antiguo L. o un antiguo N.-Ac., pues los animados, especialmente caracterizados por el vocalismo y acento en fecha reciente, no hallan correspondencias en los adverbios. Ahora bien, sucede que una determinada palabra presenta un tema puro adverbial sin que haya en el paradigma nominal uno idéntico. En uno y otro caso, pero sobre todo en el segundo, es dudosa la mayor antigüedad del uso casual respecto al adverbial.

Así, lat. *noctū,* un tema puro que en paradigma es Ab.-L.-I., puede tener igual o mayor antigüedad en su uso adverbial 'de noche'. Lo mismo het. *mekki* 'muy', *hattuga* 'terriblemente', que coinciden con formas de N.-Ac. (sg. y pl., respectivamente). Cf. ai. *purú* 'mucho, muy', lat. *facile* 'fácil, fácilmente', lat. *magis, plūs,* gót. *haldis* 'más'. Si vamos ahora al ai. *áhar* 'de día', vemos que no es en modo alguno un antiguo L., como se dice, pues los casos oblicuos se forman con *ahn-*: en sí es un tema puro que no llegó a incluirse en el paradigma como N.-Ac., según lo esperado en los heteróclitos: llamarlo L. es más bien convencional. La cosa está aún mucho más clara en gr. νύκτωρ 'de noche',

que es sólo adverbio. El nombre se declina sobre **nukt-* y el tema ampliado con *-r* podía haber llegado a constituir una flexión nominal igual que, por ejemplo, ὕδωρ, pero no llegó. Paralelamente, adverbios con *-r* que hemos mencionado más arriba son igualmente temas puros que no han constituido flexión.

No es menos cierto, sin embargo, que los temas puros de N.-Ac. y los L. se adverbializan secundariamente: cf., por ejemplo, πολύ 'muy' en gr. moderno, siendo uso desconocido en el antiguo; la larga serie de N.-Ac. n. pl. adverbializados en gr. y lat.; etc.

2. Las raíces nominal-verbales dan también adverbios con ayuda de alargamientos. A veces se trata del alargamiento *-i.*, mucho más usual en las otras, cf. gr. διπλεῖ 'doblemente', πανταχοῖ 'a todas partes', todos los adverbios modales en *-i*; aesl. *dobrě* 'bien', *zъlě* 'mal'.

Más frecuentemente se trata del alargamiento *-s* o *-os* y entonces surge la duda de si se trata de antiguos N. o G. Formas como gr. νυκτός e incluso lat. *nox* suelen considerarse como G., cosa que para la segunda es dudosa. En realidad, el uso de *-s* en adverbios rebasa mucho el uso casual: cf. los diversos ejemplos ya dados sobre raíces pronominal-adverbiales y otros muchos como gr. χωρίς 'aparte', εὐθύς 'al punto', ἐγγύς 'cerca', ai. *bahís* 'excepto', *āvís* 'evidentemente'. Parece una hipótesis plausible la de que han llegado a confundirse la *-s, -os* nominal-verbal y la pronominal-adverbial: ésta es un ejemplo de aglutinación de la raíz ESE, de que nos hemos ocupado en V.II.5.6. Tal aglutinación se da en pronombres y verbos e incluso nombres en air.; en gr. pueden añadirse formas verbales como δός.

Los temas en *-ō, -ē* suelen ser calificados de instrumentales; la coincidencia con el I. es a veces completa. Pero lo mismo en estas raíces que en las anteriores parece que *-ō, -ē* especializaban un uso adverbial del tema, eran un alargamiento previo a los casos; la interpretación como una forma de tema puro con vocal temática y su extensión como I. en los temáticos debió de ser posterior. Así, decíamos, no es nada seguro que *bene, modo* representen restos del I. latino en vez de adverbios que no llegaron a cristalizar en una forma casual. Igual debe decirse de supuestos L. como gr. οἶκοι, οἴκει.

Sería incluso discutible si en todos los casos los adv. en *-m* (tipo lat. *primum*) vienen secundariamente del N.-Ac. (más antiguo el Ac.) n. o si, a veces, el uso adverbial es igualmente antiguo; pero esto es imposible de decidir y, de otra parte, es claro que históricamente hay con frecuencia paso del uso adjetival al adverbial; también del Ac. del nombre al adverbio (lat. *statim* 'al punto').

3. Donde más categóricamente puede probarse la fosilización de un caso para dar un adverbio es, aparte de allí donde hay testimonio histórico del proceso, cuando se trata de formaciones casuales recientes o bien de temas complejos y recientes. Cf., por ejemplo, adv. de G. en gr. en formas como ἀγχοῦ, ὑψοῦ; de D. en ai. en *várāya* 'a capricho', *aparā̃ya* 'en el futuro'; de I. también en ai. en *sáhasā* 'con violencia', as. *wundrum* 'admirablemente', lat. *multimodis*. La creación de adverbios o formas semiadverbiales es constante a lo largo de la historia lingüística: cf. gr. πρόφασιν 'pretendidamente', δωρεάν 'gratis', lat. *gratiis, gratis* 'gratis'. También formaciones románicas como *loco* 'luego', *hanc horam* 'ahora'; o germánicas recientes: cf. aaa. *hiu tagu* 'en este día', de donde al. *heute* 'hoy'.

Estos adverbios derivados de casos pueden alcanzar el estadio de las preposiciones y preverbios. Por ejemplo, gr. χάριν, lat. *tenus* pertenecen a las preposiciones llamadas impropias, que llevan sólo caso; pero lat. *circum*, que no es originariamente otra cosa que el Ac. sg. de *circus*, funciona tanto como preposición como en calidad de preverbio.

Estos derivados claramente casuales se incluyen en las clases de los adverbios y preposiciones, no en la de las partículas. En éstas, incluso son raras las raíces nominal-verbales. Pero se dan algunos ejemplos, como veremos a continuación.

4. Existen adverbios, preposiciones e incluso partículas derivadas de raíces que podemos reconocer como nominal-verbales, pero de las cuales no existe o no se conserva un tema puro funcionando como nombre. Aquí el problema de si el adverbio deriva de un caso o si se trata de alargamientos que no llegaron a constituir caso es más agudo que nunca.

Desde el punto de vista del significado, lo característico de estas raíces frente a las otras es que no son originariamente intensivas ni deícticas, sino provistas de un significado especializado. Lo más frecuente es que se trate de significados concretos, de tipo local o, al menos, fáciles de especializar en ese sentido, aunque luego a su vez los adverbios derivados evolucionen semánticamente en dos direcciones. Pero otras veces debió de suceder como cuando, después, se derivaron adverbios de casos: cualquier raíz podía derivar adverbios.

Un buen ejemplo es el que nos ofrece la raíz **perH*$^{u}_{3}$ 'sobre, más allá', a la cual hay que atribuir formas como gr. περάω, πόρος, ai. *párvan-* 'articulación', lat. *portus*, gót. *faran*, etc. En uso adverbial —en el sentido amplio de la

palabra— podemos señalar los siguientes prototipos principales (incluimos entre los ejemplos formas aglutinadas o compuestas):

1) **per*: gr. καίπερ, lat. *per, parumper, permagnus*, gót. *faír-*, lit. *per̃*, aesl. *prě-*.
2) **peri*: ai. *pári*, gr. πέρι; cf. alat. *pri-*, galo *are-* < **p°ri*.
3) **pr̥Hu̯*, *pr̥*: gr. παρ, παρά, lat. *por-*, gót. *faúr*, ai. *pr̥ṣṭhám* 'cumbre'.
4) **prai*: lat. *prae*, aesl. *pri* 'junto a', lit. *priẽ̯* 'íd.'.
5) **prō*, **pro*: gr. πρω-, lit. *prõ*; aesl. *pra-*, gr. προ, lat. *pro*, gót. *fra-*, aesl. *pro*, air. *ro-*. De ahí **pro-ti*, **pre-ti*: ai. *práti*, gr. πρότι, lat. *pretium*.
6) **p°r-ō*: ai. *purā̃*, gót. *faúra*, het. quizá *para* 'de'.
7) **pros*: gr. πρός. También **pr-es*: gr. πρέσβυς 'viejo' (que va delante en edad), gót. *fris-ahts* 'imagen'.
8) **p°r-os*, **p°r-on*: ai. *purás*, gr. πάρος, het. *piran* 'delante'.

Todas estas formas se ordenan más fácilmente de lo que a primera vista parece. Hay que partir de que la *-i* es la partícula que conocemos, no el derivado de la laringal, dado que ésta es *$H^{u̯}_3$: cf. gr. πέρϜας, πρωϜί, aaa. *frō* 'señor' < **frawan* y, sobre todo, el adjetivo 'primero' de aquí derivado: ai. *pū̃rvas*, lat. *prāuus*, etc. Por otra parte, a veces la laringal, puro alargamiento, falta simplemente. Las formas de arriba, que son ya partículas, ya adverbios, ya preposiciones, forman los siguientes grupos:

*a*) **per* (y su alargamiento **peri*), **pr̥* (y **prei*, que es *pr̥*$H^{u̯}_3$ con vocalización y alargamiento, cf. también **pru-* en gr. πρυμνός), **prō*, **pro* (que son **pre*$H^{u̯}_3$, el segundo con tratamiento heterosilábico), **p°rō* (de igual forma base, pero

con tratamiento heterosilábico de la *r*) son temas puros, a veces, según queda dicho, alargados con *-i*. Las diferencias estriban en si hay vocalismo P/Ø o Ø/P; en si el tratamiento de la *r* y la $H^{u̯}_3$ es tauto o heterosilábico; en si la laringal cae (en _*per_, _*peri_).

*b*) _*pros_, _*pres_, _*p°ros_ son, con dos tratamientos de la *r*, el resultado de añadir al grado Ø/Ø un alargamiento *-es*, *-os*. Falta la laringal.

5. El sentido de esta raíz, en usos adverbiales y preposicionales, fluctúa entre 'a través de', 'adelante', 'alrededor', 'hacia', 'de'; evidentemente, ha sido determinado por el contexto y, muy concretamente, por el caso. Los usos adjetivales suelen llevar el sentido de 'primero, delantero', derivado de uno de los adverbiales; mientras que los nominales a veces continúan éste, pero otras veces tienen relación directa con el uso verbal 'a través', del cual, por lo demás, puede derivarse también una parte de los usos adverbiales y preposicionales; en cuanto al uso como partícula, es intensivo. Ha habido, pues, una escisión de sentidos, para lo cual se han utilizado las múltiples realizaciones formales. Por ejemplo, en griego παρά es 'junto a, a lo largo de', προ 'delante de' (pero cf. πρω- en πρωπέρυσι, πρωϜ- en πρωϜί), περί 'en torno a', πρός 'hacia' o 'de'; pero en otras lenguas hay diferencias, por ejemplo en lat. *per* es 'a través de' Las lenguas eligen entre las formas con o sin tratamiento disilábico de *r*: pero en gr. hay ambos en πάρος y πρός, que se especializan, respectivamente, como adv. y preposición (en micénico *pa-ro* = πάρος es aún preposición).

Podría postularse una palabra-raíz _*perH_$^{u̯}_3$ / _*preH_$^{u̯}_3$_-os_, admitiendo al lado formas alargadas con *-i* y, además, soluciones con distintos tratamientos de la *r* y la laringal y otras sin laringal simplemente. Hay huellas del uso nominal: lat.

*pars* < **pr̥-ti-s*, gr. πέρϝ-ας, ai. *párvan-* suponen un **peru̯-* < **perH*$^{u̯}_{3}$. De lo que no hay evidencia es de que esa palabra se flexionase casualmente: posiblemente, las tres formas básicas aparecían unas al lado de otras, quizá la primera como determinada y las otras dos como determinantes. La palabra en cuestión, por lo demás, podía aglutinarse con otras, tanto en la forma **per-* como en la Ø/Ø **pr̥*. Era neutra a la oposición nombre/adjetivo: **pri* es adj. en lat. *prior* < **pri-i̯os, pridie,* **per* en *permagnus,* **pr̥* en ai. *pr̥ṣṭhám,* etc. Por otra parte, **pr̥H*$^{u̯}_{3}$*-os* da un adj. ai. *pū́rvas,* lat. *prāuus,* que se distinguen de los adverbios ai. *purás,* gr. πάρος sólo por la falta en éstos de la *H*. Otras veces, el adj. se logra por derivación secundaria: gr. πρᾶτος, lat. *prīmus* < **pri-smos*; y lo mismo el nombre, así aaa. *frō* 'señor' ya citado. También se obtienen verbos, bien radicales (ai. *píparti* 'atravesar', gr. πέπαρμαι), bien derivativos (lat. *porto,* lit. *perkú,* gr. πέρνημι).

6. Hemos puesto este ejemplo para que se vean las posibilidades que hay de que, desde época muy antigua, una raíz se escinda múltiplemente y produzca formas pertenecientes a diversas clases de palabras, entre ellas las adverbiales; formas múltiples y de sentido cambiante, determinado por los sistemas de las diferentes lenguas. En definitiva, los adverbios derivan de temas puros o alargados, posiblemente sin que haya habido previamente inclusión de unos ni otros en un paradigma nominal estricto. Como se ve, desde fecha muy antigua, indoeuropea, las raíces nominal-verbales se han añadido a las pronominal-adverbiales para dar adverbios.

Pero conviene poner algunos ejemplos más, pues no sólo **perH*$^{u̯}_{3}$ produce adverbios desde fecha antigua.

El adverbio y preposición **anti* (gr. ἀντί, lat. *ante*) es sin duda idéntico a un nombre **H₂enti*, pues en het. *ḫanti* es ya un adverbio 'aparte', ya aparece en un verbo compuesto *ḫanti tiya-* 'mostrar'. Este nombre podía designar cualquier cosa delantera: rostro, frente, etc. Una vez más, la forma alargada con *-os* puede ser, o bien adj. (gr. ἀντίος 'delantero'), o bien nombre (*antos* > ai. *ántas* 'frontera', **antion* > anord. *enni, andi* 'frente'), o bien adv. (het. *andaš* 'según'). Un estadio anterior puede hallarse en **an*, cf. gr. Ac. ἄντα en εἰς ἄντα ἰδεῖν; pues junto a **anti* se encuentra **ant* en los derivados (**ant-os* y **anti-os*, como se ha visto) y además es la forma normal en varias lenguas (lit. *añt* 'sobre', gót. *and* 'a lo largo de', etc.). La *-i* es en este caso quizá el alargamiento de origen laringal frecuente en las raíces nominal-verbales: **anti* junto a **ant* es como lat. *nāuis* frente a **nāus*, pero puede haber contaminación con el alargamiento pronominal-adverbial *-i* y lo mismo puede postularse para *-os*. También hay una forma **n̥t* en gót. *und* 'por'.

Del mismo modo, **sem*/**som*/**sm̥* dan adverbios, preposiciones y partículas, tratándose de una raíz nominal-verbal. Cf. el prev. ai. *sám* 'junto con' y su alargamiento la prep. *smat* 'con'; el prev. del aesl. *sъn-*, *sъ-* 'con'; el adv. gr. ἅμα, que funciona también como preposición; un adv. ampliado como lat. *semel* 'una vez', *semper*; y la partícula **som-* o **sm̥-* en aesl. *sǫ-logъ*, gr. ἄλοχος (con disimilación de aspiración) 'que comparte un lecho, esposa', ai. *sakṛ́t* 'una sola vez', etc. La misma raíz, con sólo las desinencias, da en gr. el numeral 'uno' (εἷς, μία, ἕν < **sems*, **smi̯ə*, **sem*) y otro adjetivo deriva del grado *o* con el alargamiento *-os* (gr. ὁμός 'semejante'); cf. también los derivados lat. *similis*, gr. ὁμαλός. En ai. *samás* es 'alguno', indefinido, es decir, puede hacer papel de nombre. Otros nombres se forman por derivación: ai. *sāman-* 'buena acogida', *samád-* 'lucha',

gr. ὅμαδος 'multitud', etc. Y no faltan verbos: anord. *sama* 'ajustar', gót. *samja* 'gustar', etc.

La preposición y adv. gr. ἀμφί, gall. *ambi-* (< **ambhi* < **H₂embhi*), aaa. *umbi*, ai. *abhí* (< **m̥bhi*) 'de ambos lados', tiene sin duda relación con el numeral gr. ἄμφω, lat. *ambo*, ai. *ubhaú* 'ambos'. Estas raíces de los numerales son del tipo nominal-verbal. Nos hallamos ante dos alargamientos distintos que ya conocemos: *-i* y *-ō*; pero la forma de 'ambos' ha sido rehecha sobre el modelo de 'dos' y declinada como adjetivo, cf. III.IV.5.2.

También, verosímilmente, viene de una raíz nominal-verbal **kom* 'con' en lat. *cum*, o.-u. *com*, celta *kom*, a cuyas formas de grado ∅ se atribuye, con alargamiento, el gr. κατά, air. *cēt* 'junto a, con', het. *katta* 'hacia abajo'. Se suele relacionar con gr. κοινός < **kom-i̯ós*.

Los ejemplos que hemos puesto se refieren principalmente a preposiciones y adverbios de la misma forma. No siempre es así. Una forma como ai. *hyás*, gr. χθές, lat. *herī* (alargado con **-ei* de L.) junto con varios derivados, nos lleva a una raíz alargada en *-es/-os* que no encontramos fuera de aquí. Son pocas las veces que se conserva un adverbio sin que quede huella de la raíz original de la cual ha salido mediante un alargamiento; una raíz, evidentemente, del tipo nominal-verbal.

## 4. RAÍCES DE DEFINICIÓN DUDOSA

1. Quedan todavía una serie de raíces que son de definición dudosa. En primer lugar, nos referimos a una serie de adverbios y preposiciones, también partículas a veces, que comienzan por *a-*. He aquí algunos casos:

**apa*: gr. ἀπό, het. *appa*, ai. *apa* 'de, lejos de'; **po*: av. *pa-*, lat. **po-* en *po-sino* > *pōno*; **ap-s*: gr. ἄψ 'hacia atrás', lat. *abs*.

**ana*: gr. ἀνά, av. gót. *ana*; **an*: gr. ἄν, quizá lat. *anēlare*; también **no* en aesl. *na*, lit. *nuõ*; y **anō* en gr. ἄνω.

**au̯e*: ai. *áva*, lat. *au-*, aesl. *u*, prus. *au* 'de, lejos de'. Parece relacionado con **uē̆*, cf. lat. *uēscor*, *uēcors*, al. *West*, etc., que por su parte puede tener relación con EUE de V.II.5.9.

*ad*: lat. *ad*, gót. *at*, celta *ad-*; *d-* en aaa. *z-ougen* 'mostrar'.

El problema de estas palabras no está en la *-a* inicial, que se explica fácilmente a partir de *$H_2e$- o *$H_2o$-: el que en het. *appa* falte la *ḫ-* no es ningún obstáculo. Pero una estructura del tipo *$H_2ep$, *$H_2en$, normal en las raíces de tipo nominal-verbal, presenta ciertas dificultades para explicar las formas disilábicas. Esperaríamos junto a **ap* una forma **pō* (*$H_2epH_3$/*$H_2peH_3$), pero no **apŏ*: tenemos que pensar en contaminación con, por ejemplo, **prŏ*. Comprendemos bien **an* y **nō*, pero mal **anō* (contaminado sin duda) y peor **ana*, influido quizá por las formas con *-a* de que luego hablaremos. Las formas del tipo **au̯e* alternando con **u̯e* lo más fácil es derivarlas de **Hu̯e*, pero no hay testimonio directo de la *H*. En cuanto a **ad*, hay que postular *$H_2ed$ y lo mismo *$H_2en$ para **an*.

De todas maneras, para las palabras que se reducen al tipo nominal-verbal surge un inconveniente ulterior: que no son reconocibles derivados nominales y verbales. Nos hallamos, posiblemente, ante restos de raíces perdidas, por otra parte sometidos al influjo del sistema de las preposiciones en general, que tendía al esquema V-C-V incluso

cuando originalmente algunas de ellas derivaban de raíces nominal-verbales.

2. Otro problema, probablemente más grave, es el de la existencia en los alargamientos que hemos reconocido como de origen pronominal-adverbial de formas terminadas en *-a*. En estas raíces hemos encontrado, efectivamente, formas en *-e*, que hemos reputado como las originales: algunas en *-ō*, que han dado adverbios; y otras con *-o* secundaria, procedente de tematizaciones. Pues bien, hallamos también, aquí y allá, formas con *-a*. Está, por ejemplo, γε junto a γα (en dorio) y a su lado hay **gha* (gr. δίχα, ai. *gha* junto a *ha*). Al lado de *-te*, tan frecuente, ciertos dialectos griegos prefieren *-ta* (lesb. ὅτα junto a gr. ὅτε), que también puede aparecer en todos (εἶτα). Este mismo **-ta* está en una preposición **meta*, que rebasa el ámbito del griego. Hay **-na* en ἵνα, **dha* en ai. *ihá* 'aquí', *kúha* 'dónde', cf. gr. ἰθαγενής; κα en dor. frente al κε eolio. Decíamos que quizá la *-a* de **ana* venga de influjo analógico de estas formas. Es fácil, de otra parte, que ciertas *-a* hetitas que hemos interpretado como **-o* (por ej., en *ugga*) sean en relidad **-a*.

Como se ve, se trata de un problema de las raíces pronominal-adverbiales, aunque en algún caso pueda repercutir sobre las otras. No sabemos realmente explicarlo. Puede sugerirse tal vez, sin embargo, que se trata de una vocal expresiva, igual que en determinadas raíces del tipo nominal-verbal (cf. II.I.4.1). En este caso, tendríamos en estas raíces en realidad un esquema *e/o-C-e/a*, sustituible esta última vocal por los alargamientos *-i*, *-u* y *-ō*.

### 5. LA CLASIFICACIÓN DE PARTÍCULAS, ADVERBIOS Y PREPOSICIONES

1. Las palabras indeclinables a que nos venimos refiriendo, procedentes las más veces de las raíces pronominal-adverbiales, pero otras de las nominal-verbales, se han ido clasificando gradualmente en los grupos conocidos de los adverbios, conjunciones y preposiciones. A veces se habla también de partículas, para referirse a palabras que, según los casos, tienen valor de adverbios con matices poco definidos, más bien de insistencia o deixis, o de conjunciones coordinativas; incluso se llama partículas, a veces, a las simples conjunciones coordinativas. Cf. *supra,* V.III.1.1.

Los puntos de arranque de estas clases de palabras son claramente dos: las raíces pronominal-adverbiales de tipo deíctico y de insistencia y las nominal-verbales que se refieren a determinaciones de tiempo, lugar, modo, etc.; determinaciones que también alcanzan con frecuencia, por un proceso evolutivo, a las primeras: por ejemplo, **nu* aparece ya como 'ahora', ya como simple refuerzo, ya como conjunción coordinativa. De todos modos, en el punto de arranque hay que admitir diferencias: las raíces pronominal-adverbiales se usaban principalmente como determinaciones de otras clases de palabras (nombres, adjetivos, verbos) añadidas al final de ellas; las nominal-verbales eran determinaciones ya de palabras, ya de toda la frase.

El proceso por el cual estos dos tipos de palabras-raíces se convierten en ocasiones en conjunciones o partículas coordinativas será descrito en nuestro estudio de la Sintaxis oracional (cf. VII.III). En el caso de las primeras, el refuerzo de valor deíctico, expresivo o restrictivo de una palabra se convierte en lazo de unión, con distintos matices,

entre la misma y otra; y también entre verbos, esto es, entre oraciones. En el caso de las segundas, una debilitación del significado convierte lo que es originariamente la indicación de una adición, alternativa u objeción, en una conjunción copulativa, disyuntiva o adversativa. El sentido de las conjunciones puede modificarse variamente en las diferentes distribuciones y estas modificaciones pueden variar de lengua a lengua; como puede también, con frecuencia, conservarse el uso adverbial o el deíctico-expresivo. En términos generales, son las lenguas individuales las que crean las diversas clasificaciones de las conjunciones; aunque hay algunas ya antiguas, al menos de fecha del indoeuropeo no anatolio, cf. V.III.1.1.

Por otra parte, las conjunciones así creadas reciben la nueva aportación de otra serie de ellas, las conjunciones de subordinación. Algunas derivan directamente de adverbios. Pero es lo más frecuente que arranquen bien de casos de los pronombres, bien de formas especialmente derivadas de los mismos: cf. VII.III.7. Es bien claro que la subordinación es más reciente que la coordinación: de ahí que haya ciertas coincidencias en las conjunciones coordinativas y no las haya en las de subordinación.

2. Tan antiguo o más como el proceso de la conversión en conjunciones de algunas raíces pronominal-adverbiales es otro por el cual ciertas raíces de este tipo o del otro, sin llegar a perder su función de adverbios, se adscriben sistemáticamente bien al verbo bien al nombre y se convierten en preverbios en el primer caso, en preposiciones en el segundo. Su valor más antiguo es el local. Es corrientísimo hallar todavía, en las lenguas indoeuropeas más antiguas como el het., ai. o el gr., pero también en otras, una misma palabra desempeñando alternativamente las tres funciones.

Pueden encontrarse ejemplos en los derivados de la raíz **perH$\overset{u}{e}_3$* recogidos en V.III.3.4.

Los preverbios no son otra cosa que adverbios que determinan al verbo y que tienden, por ello, a colocarse delante del mismo; con frecuencia su sentido pierde carácter concreto, para indicar, en términos generales, arranque o fin de la acción, duración, etc.: en ciertas lenguas, sobre todo en eslavo, acaban por convertirse en exponentes de categorías gramaticales relativas a la concepción de la acción del verbo. Concretamente, el eslavo caracteriza con ciertos preverbios a sus verbos perfectivos (*nesti/ponesti*), pero también fuera de allí encontramos matices aspectuales: lat. *conficere* 'cumplir' / *facere* 'hacer', gr. ἐκφεύγω 'escapar' / φεύγω 'huir', al. *erjagen* 'matar en la caza' / *jagen* 'cazar'.

Lo normal en fecha antigua es, según hemos dicho, la posición previa al verbo, que indica el determinante, con un acento que insiste en el mismo valor; el acento puede faltar en el preverbio e ir en cambio en el verbo, cf. VI. IV.3.18. Pero a veces existe lo que los gramáticos griegos llamaron la anástrofe: el «preverbio» va detrás, se trata de un recurso de estilo en virtud del cual la posición inesperada sirve para insistir en la función. Así, en ἔχεν κάτα γαῖα (*Il.* II 699) 'le cubría la tierra' o en tantos verbos ingleses seguidos de *in, out*... Aunque a veces hay duda de si todavía se conserva el valor adverbial ('le tenía debajo la tierra'). Este valor es también alternativo, a veces, con el de preverbio inicial: cf. *supra*, V.III.1.3.

En protoindoeuropeo el preverbio inicial era todavía una palabra independiente, que podía ir separada del verbo por otras palabras: esto es lo habitual en hetita y ai. , frecuente también en Homero y posible en otras varias lenguas, cf. V.III.1.3. La fusión de preverbio y verbo en una sola palabra

tuvo lugar primeramente en el caso de los derivados nominales del verbo, cf. VI.IV.3.17.

3. La conversión de los mismos adverbios que dieron preverbios —es decir, no de todos, lo que marca una diferenciación antigua— en preposiciones o determinantes nominales comenzó también en protoindoeuropeo: salvo raros ejemplos (cf. IV.IV.3.18), no produjo composición de palabras. Se trataba en el origen, simplemente, de que el significado de un caso era determinado por uno de estos adverbios locales, que luego fueron cobrando otros significados (temporales y abstractos). En una segunda fase se concibe el caso como dependiente o regido por la preposición, con lo que el grupo preposición + caso llega a convertirse en un verdadero complemento de ciertos verbos. Otra fase posterior, alcanzada en varias ramas lingüísticas, es que el caso, hecho redundante, se pierde, y son los grupos preposición + nombre los que determinan a muchos verbos, así en español.

La posición más frecuente en fecha antigua en el grupo no anatolio es la previa al nombre, a veces con palabras interpuestas; también existe la posterior al nombre, cf., por ejemplo, ai. Rg-Veda I 159, 4 *diví samudré antár* 'entre el cielo y el mar', gr. *Il.* V 479 Ξάνθῳ ἔπι δινήεντι 'junto al Janto arremolinado'. Ésta es precisamente la propia del hetita: sin duda, por una generalización de una de las dos posibilidades existentes, en principio aquella que, con la inversión del orden habitual, lograba una mayor expresividad.

En el grupo normal preposición + nombre, se hizo regla general el acento en el nombre, pero hay excepciones (cf. VI.VI.3.3). En el caso de anástrofe, se tendió a la independencia de las dos palabras, acentuadas ambas. Por otra parte, existen ejemplos en que es dudoso si debemos traducir por adverbio o preposición o incluso preverbio: cf. *supra,* V.III.1.3.

# IV

# LOS NUMERALES

## 1. GENERALIDADES

1. El indoeuropeo posee un sistema de numerales, formado sobre el sistema decimal, que es anterior a la existencia del número gramatical. En hetita concretamente, donde hay muchos restos de formas casuales que no oponen un pl. a un sg., se distingue aquél por la presencia a su lado de los numerales o de otras palabras que indican cuantificación. Desgraciadamente, el hetita es muy poco explícito en sus datos sobre los numerales, pues se dan siempre con los números seguidos, en el caso de 1, 2, 3 y 4, de desinencias del tipo de las de los demostrativos. Los pocos datos que pueden deducirse indirectamente sobre la forma de los numerales 2 y 3 serán dados en el lugar adecuado (el 4 *meu-* parece no indoeuropeo); pero la descripción del sistema ha de hacerse forzosamente sobre la base del indoeuropeo no anatolio, quedando en duda en qué medida continúa el sistema del protoindoeuropeo o en qué otra contiene innovaciones.

El sistema de los numerales cardinales consta de una serie de palabras para los números del 1 al 10, palabras en que coinciden sustancialmente todas las lenguas, si se hace excepción del numeral 1; otra serie de palabras para las decenas, otra palabra para 100 y otra para 1.000 (mucho menos difundida que las demás); y palabras compuestas de las anteriores para indicar las unidades comprendidas entre las decenas (11, 12...; 21, 22...; 101, 102...) y para indicar las centenas. No todas las partes de este sistema son de idéntica antigüedad y difusión, según iremos viendo; pero hay coincidencia en las líneas generales y en los nombres de las unidades 2-10, las decenas, 100 y en parte 1.000. De estas palabras, son declinables 2 (en dual), 3 y 4 (en pl.); las demás, son indeclinables. Los cardinales declinables (los mencionados, y algunos otros en lenguas particulares) son tratados como adjetivos; los indeclinables, como adjetivos del 5 al 10; como nombres (con G. de la cosa contada), las decenas y la centena.

Junto a los cardinales están los ordinales, adjetivos derivados con ayuda de los sufijos que ya conocemos. La formación remonta al postanatolio, aunque presenta diferencias de lengua a lengua. También son antiguos, aunque de extensión dialectal más reducida, los adjetivos distributivos del tipo de lat. *bini*; y los adverbios multiplicativos con el significado de 'tantas veces'.

El sistema de los numerales es, pues, fuera del verbo, el más organizado del indoeuropeo, uniendo entre sí nombres, adjetivos y adverbios en correspondencias regulares. Presenta grandes arcaísmos, sobre todo la conservación de palabras indeclinables; pero también grandes innovaciones por obra de la analogía. Hay que distinguir en todo caso entre el sistema en sí, que es arcaico, y su realización for-

mal aquí o allá, que puede presentar grandes innovaciones o diferencias por hechos de elección.

## 2. CARDINALES DEL 1 AL 10

1. Los cardinales del 2 al 10 tienen, como decimos, nombres antiguos, que se reencuentran en todas las lenguas. La falta de flexión de 5-10 nos lleva a una época arcaica del protoindoeuropeo; y la flexión de 2-4 debe considerarse secundaria. Al construirse, según decimos, los numerales invariables como adjetivos, surge la tendencia a flexionarlos del mismo modo que en las lenguas históricas se introduce la flexión en 5-10 (así en ai., en lit., en gót., en lesbio). Pero la flexión de 2-4 es ya indoeuropea, sin duda protoindoeuropea incluso. El hetita, en efecto, testimonia esta flexión: cf., por ejemplo, un G. *teriyaš* < **trios*, sin duda de pl. a juzgar por el N. en *-eš*, dado además que raramente distingue formalmente esta lengua el G. de pl. del de sg.

Pasamos revista a continuación a los cardinales 2-9 y seguidamente al 1.

2. *Dos*. La forma **du̯ō*, **du̯ōu* < **duoH*$^{u}_{3}$ está testimoniada ampliamente: ai. *duvaú, duvā́, dvaú, dvā́*, gr. δύω, δϝώ (en δώδεκα), air. *dau, dā*, lat. *duo, dō-* (en *dōdecimoi, CIL* V 1791), aesl. *dъva, dva*, arm. *erku*, toc. A *wu*, gót. *twai* (forma pluralizada), etc. Hemos postulado que precisamente a partir de aquí se creó la forma de N.-Ac. du. de los nombres temáticos (III.IV.5.2) y que también parte de aquí una analogía sobre la palabra que significa ‘ambos’ (cf. V.III.3.6). Por lo demás, het. *dauš* (deducido del ordinal *dan* y la forma 2 *-uš*) representa una pluralización de una antigua forma indeclinable **dau/*da*, lo cual nos remonta a una fecha en que

el dual no había sido creado todavía. Junto a estas formas, que son las antiguas indoeuropeas, tenemos en algunas lenguas huellas de un fem. *_duai_, que solamente como analogía del fem. dual en _-ai_ de los temas en _-ā_ (cf. III.II.3.3) se explica: son formas como lat. _duae_, ai. _dvé_, toc. A _we_, aesl. _dъvě, dvě_, lit. _dvì_, air. _dī_ (gót. _twōs_, plural, es un tipo más moderno); lo mismo hay que decir del n. ai. _duvé, dvé_, aesl. _dъvě, dvě_ (cf. ai. _yugám/yugé_, III.IV.6.1, mientras que gót. _twa_ es un pl.). Hay, por otra parte, huella de una forma no flexionada _dui-_ o _di-_ que se reencuentra en las palabras compuestas y también, con _-s_, en el adverbio multiplicativo (lat. _bis_, ai. _dviṣ_, etc.). Esta forma, o bien es analógica de _tris_ (cf. _infra_), o bien lleva el alargamiento _-i_ que ya conocemos, añadido a *_duH_$^{\text{u̯}}_{3}$.

En las formas hasta aquí recogidas alterna una inicial _du̯-_ con _d-_; también es notable la presencia de formas que empiezan simplemente con _u̯-_ (gr. Ϝίκατι, ai. _viṃśati_, lat. _uīginti_, quizá las del tocario citadas y _wi_ en toc. B).

Sobre el dúplice tratamiento mono y disilábico de la _u_, cf. II.I.4.14; sobre la oscilación _-ōu/-ō_, cf. II.II.2.9-11; las formas ocasionales con _-o_ (gr. δύο, por ejemplo), proceden de un tratamiento heterosilábico de la _-H_$^{\text{u̯}}_{3}$, cf. II.I.4.9.

3. _Tres_. Aquí la palabra ide. era *_trei_, sin huella de *_teri_ al lado, pero sí de *_tri-_ (grado Ø/Ø) en el primer término de compuestos (gr. τρίπους, etc.) y en el adverbio *_trís_. Esta palabra se nos presenta flexionada como plural, según el modelo normal de los temas en _-i_, es decir, N. *_trei̯es_ en ai. _tráyas_, gr. gort. τρέες, át. τρεῖς, lat. _trēs_, gót. _þreis_, aesl. _trъje_, arm. _erek'_, toc. B _trai_. El grado Ø/Ø se halla en G. pl. *_triōm_ (pero het. *_trios_, cf. _supra_) y demás casos oblicuos. Por otra parte, existe un n. pl. *_triH_, de donde gr. τρία, lat. _tria_ y _trī-_ en lat. _trīginta_, véd. _trī̂_, air. _trī_; y el

i.-i., celta y toc. presentan una forma femenina, ai. *tisrás,* air. *teoir,* toc. B *tarya,* evidentemente innovada.

4. *Cuatro.* Este numeral, flexionado también en pl., presenta tres grados vocálicos diferentes, sin duda procedentes de distintas formas flexionadas:

P/Ø: **k$^{u̯}$etur, *k$^{u̯}$etu̯$^{o}$r*: ai. Ac. *catúras,* aesl. *četyre,* gr. τέτταρες, lit. *ketyrì.*
Ø/P: **k$^{u̯}$tu̯or, *k$^{u̯o}$tu̯or*: lat. *quattuor.*
Ø/Ø: eol. πίσυρες, gr. τρα- en τράπεζα.

Hay también P/P secundario en ai. *catvā́ras,* gót. *fidwōr,* arm. *çorek'-,* air. *cethir,* dor. τέτορες, jón. τέσσερες, toc. B *śtwer,* los colectivos ai. *catváram,* aesl. *četvori,* lit. *ketverì.* El numeral es indeclinable en lat. y gót., por arcaísmo o innovación; cuando se declina, admite el género n. en ai. *catvari,* equiparable a los colectivos del balto-eslavo, en gr. τέσσερα; el fem. en ai. *cátasras,* air. *cetheora,* aesl. *četyri,* lit. *kẽturios.*

5. Los numerales indeclinables 5-10 tienen formas fáciles de reconstruir:

*Cinco. *penk$^{u̯}$e*: ai. *páñca,* gr. πέντε, lesb. πέμπε, lat. *quinque* (con la *p-* asimilada a la labiovelar), gót. *fimf* (con el proceso contrario), aesl. *pętь,* lit. *penkì,* arm. *heng,* toc. A *päñ,* br. *pemp.*

*Seis. *seks, *su̯eks, *u̯eks*: ai. *sát,* gr. ἕξ, ϝέξ, lat. *sex,* galés *chwech,* gót. *saíhs,* lit. *šešì,* aesl. *sestь,* arm. *veç,* toc. B *ṣkas.* La fluctuación *su̯-/s-/u̯-* es comparable con la *du̯-/d-/u̯-* en 'dos'; ambas son difíciles de explicar.

*Siete. *septm̥*: ai. *saptá,* gr. ἑπτά, lat. *septem,* gót. *sibun,* aesl. *sedmъ,* lit. *septynì,* arm. *ewt'n,* air. *secht n-.*

*Ocho*. **oktō, *oktōu* < **oktoH*$^{u̯}_{3}$: ai. *aṣṭā́, aṣṭaú*, gr. ὀκτώ, lat. *octo*, gót. *ahtau*, aesl. *osmъ*, lit. *aštuonì*, toc. B *okt*.

*Nueve*. **neu̯n̥, *enu̯n̥*: ai. *náva*, gr. ἐνϝα- en jón. εἰνακόσιοι, gr. ἐνακόσιοι, lat. *nouem*, gót. *niun*; toc. AB *ñu*, air. *nōi n-*, gr. ἐννέα es quizá de *ἐν-νέϝα, cf. arm. *inn*.

*Diez*. **dekm̥*: ai. *dáśa*, gr. δέκα, lat. *decem*, gót. *taíhun*, aesl. *desętь*, lit. *dešim̃t*, arm. *tasn*, toc. A *śäk*, air. *deich n-*.

Una observación general a hacer sobre estos cardinales es, por lo que respecta al báltico y eslavo, la sustitución de la forma antigua por una en *-i* o *-ti*, convirtiéndolos en abstractos. En lit. hay flexión de todas estas formas (salvo *dešim̃t*, pero sí de *dešimtìs*); más o menos esporádicamente la hay en otras lenguas, como hemos adelantado: así en gót., lésb., ai.

6. Todas estas palabras, que remontan al protoindoeuropeo o al menos al indoeuropeo no anatolio, se caracterizan por estar formadas, con la sola duda en lo que respecta a 'dos', sobre raíces nominal-verbales, sin que, sin embargo, las reencontremos fuera de los numerales; pero su estructura es claramente ésa. Esas raíces van seguidas en algunos casos de alargamientos también del tipo nominal-verbal, manteniéndose el equilibrio silábico según los esquemas P/Ø y Ø/P: a veces se nos han conservado formas de los dos, a veces de uno. Hay incluso los esquemas secundarios Ø/Ø y P/P (cf. VI.II.4 y VI.III.6). Pero también hallamos un alargamiento de tipo pronominal-adverbial en *penk*$^{u̯}$*e*.

Hallamos una simple raíz en **trei* (Ø/P), **tri* (Ø/Ø); representa un tipo muy arcaico al terminar en *-i* (cf. VI.VI. 2.7). Junto a esta raíz de cuatro fonemas las hay de tres en

grado P, con un alargamiento en ∅: **sek-s, *dek-m̥, *neu̯-m̥/ *enu̯-m̥-* (la raíz con ∅/P y P/∅). **Sep-tm̥* lleva sin duda un doble alargamiento tras una raíz de tres fonemas. En cuanto a 'cuatro', raíz y alargamiento (que es **u̯or,* cf. VI.VI.2.6) alternan sus grados vocálicos, habiendo también los dos esquemas anómalos. «Cinco», finalmente, es **pen* con el alargamiento pronominal-adverbial **-k$^{u̯}$e.*

Más difícil son 'dos' y 'ocho'. Este último procede de **ok* alargado con *-t,* como 'siete' y una serie de numerales más en báltico y eslavo (también hay huellas en ai., cf. *infra,* V.IV.4.2); y en todas partes en ordinales y en el nombre de las decenas, de 'diez' alargado con *-t.* Pero *-t* lleva a su vez **-o*$H_3^{u̯}$ con un grado vocálico no justificable: como no tiene flexión, no puede pensarse en nivelaciones en el curso de ésta. En realidad, la forma de 'ocho' es claramente de dual: parece remontar a un intento de sistema numeral creado sobre el cuatro, es decir, ser un dual de una palabra equivalente a 'cuatro' y deber, por tanto, su final a 'dos'.

Este numeral es una forma bastante enigmática, cuya estructura fonológica es, sin embargo, irreprochable: grado ∅/P de **du̯o*$H_3^{u̯}$. Si **-o*$H_3^{u̯}$ es un alargamiento que falta en *du̯i-*, podría pensarse en una raíz pronominal-adverbial como base. Pero **-o*$H_3^{u̯}$ no funciona jamás, fuera de aquí, como alargamiento en dichas raíces. Parece más verosímil, pues, interpretar **du̯-i-* como procedente de una forma reducida **du*$H_3^{u̯}$ (tal vez por analogía con **tri-*). Pero hay otra hipótesis posible: que **d(u̯)* lleve ya un alargamiento **-e*$H_3^{u̯}$, ya **-e*$H_3^{i̯}$: tras *u̯,* el apéndice de la laringal no ha podido dejar rastro.

Es notable observar que en estos numerales, así como en 'ciento', conservamos en realidad una serie de palabras indoeuropeas que, pese a proceder de raíces de tipo nomi-

nal-verbal, están aisladas de las mismas. Forman, con las dos series de palabras-raíces, la tercera clase de palabras bien formalizada que podemos atribuir, sin duda, al proto-indoeuropeo. Eran, en la fase más antigua, indeclinables: hemos propuesto, en efecto, que 'dos' es el modelo para la creación del dual y 'ocho' un primer ejemplo de su influjo; que 'tres' era **trei* y sólo secundariamente se le añadió un pl. en *-es*, sobre un esquema reciente de vocalismo P/P. 'Cuatro' es a su vez un derivado con un sufijo conocido: en fecha antigua era indeclinable, a juzgar por compuestos como ai. *cáturdaśa* 'catorce', etc. (cf. *infra*). El arcaísmo de todo el sistema se nota no sólo por la especialización antigua de determinadas raíces que supone y por la estructura arcaica de **trei*, sino también por las vacilaciones fonéticas iniciales *du̯-/d-/u̯-, su̯-/s-/u̯-*.

7. A diferencia de estos numerales, 'uno' se forma independientemente en las lenguas individuales, ya sobre raíces nominal-verbales, ya pronominal-adverbiales. En indoeuropeo debía de haber muchas maneras de expresar la unidad, a partir de puntos de vista diferentes y las diversas lenguas eligieron.

Fundamentalmente, se utilizaron dos raíces, una nominal-verbal (**sem*) y otra pronominal-adverbial (**oi*):

*a*) **sem* indica igualdad y también la unidad, considerada como un todo homogéneo: gr. εἷς, μία, ἕν, toc. B *ṣeme*, arm. *mi*; también se encuentra en compuestos como lat. *sim-plex*, gr. ἁπλόος y en algunos distributivos.

*b*) **oi* es un grado *o* del demostrativo **ei*/**i* (cf. V. II.5.9); a partir de 'ése, precisamente ése' por oposición a otros numerales pasó a significar 'uno'. Lleva diversos alargamientos pronominal-adverbiales, con tematización: **oi-no-* en lat. **oinos* > *ūnus*, gót. *ains*, prus. *aina-*, gr. οἰνή

'el uno en el juego de dados'; **oi-u̯o-* en ap. *aiva,* también gr. οἶος 'solo'; **oi-ko-* en ai. *ékas.* El adv. se conserva en ai. *evá* 'así'. Hay un grado Ø en gr. hom. ἰῷ, lesb. fem. ἴα.

### 3. CARDINALES DEL 11 AL 19

1. En i.-i., y en parte en gr., lat., celta, germánico y armenio son compuestos copulativos formados por los nombres de las unidades seguidos de la palabra 'diez'. Existen determinados hechos analógicos, así como otros de fonética sintáctica:

11: ai. *ḗkā-daśa,* gr. ἕνδεκα, lat. *undecim,* arm. *metasm.*
12: ai. *dvā́-daśa,* gr. δώδεκα, lat. *duodecim,* mgal. *deudec,* arm. *erkotasan.*
13: ai. *tráyo-daśa,* lat. *trēdecim,* aaa. *drī-zehan,* arm. *erek'tasan.*
14: ai. *cátur-daśa,* lat. *quattuor-decim,* gót. *fidwōr-taíhun,* arm. *čorek'tasan.*
15: ai. *páñca-daśa,* lat. *quindecim,* aaa. *finf-zehan,* ncorn. *pymthek.*
16: ai. *ṣṓ-ḍaśa,* lat. *sēdecim,* aaa. *sehs-zehan,* arm. *veš-tasan.*
17: ai. *saptá-daśa,* lat. *septendecim,* as. *sivontein,* ncorn. *seitag.*
18: ai. *aṣṭā́-daśa,* aaa. *ahto-zehan,* ncorn. *eatag.*
19: ai. *náva-daśa,* aaa. *niun-zehan,* ncorn. *nawnzack.*

Son analógicos de *dvā́-daśa* ciertos alargamientos del primer término en ai. No es claro el porqué del final *-decim* en lat.

Fuera del ai. se encuentran aquí y allá otros sistemas más recientes. Así, el gr. a partir del 13 introduce una forma

con καί (τρισκαίδεκα, etc.); el lat. tiene para 18 y 19 *duodeuiginti* y *undeuiginti*; el gót. para 11 y 12 *ain-lif* y *twa-lif*, es decir, 'faltando uno' y 'faltando dos', a saber, a partir del 10.

Estas formas ejemplifican los principales tipos de innovaciones en diversas lenguas. El aesl. tiene numerales como *jedinьna desętь* 'uno sobre diez'; el toc. A *śäk ṣapi* 'diez (y) uno encima', el B *śak ṣe* simplemente; el air. usa la prep. *a* y el G. de 'diez': *a ocht deac* '18'; el lit. sigue el sistema de 11 y 12 en gót., es decir, *vienúolika* '11', *septyniólika* '17'.

### 4. CARDINALES DE LAS DECENAS, CIENTO, MIL

1. Existe un tipo de ordinales compuestos que designan las decenas: al nombre de la unidad se añade un derivado del nombre de '10', a saber, **dkm̥t* o *dkomt* < **km̥t* o **kont*: hay un alargamiento *-t*, que hemos hallado ya en el nombre del '10' en aesl. y lit. Por otra parte, en lit. estos nombres compuestos se forman precisamente con *dešim̃t* '10'. Junto a esta serie, hay en diversas lenguas formas con doble flexión del nombre de la unidad y del de la decena (aesl. *dъva desęti* o *desęte*, etc.; lit. *trìs dešimtas*, gót. Ac. *þrins tiguns*, etcétera), lo cual supone, sin duda, una innovación. Otra innovación son las formas del gót. *sibuntehund* 170, etc., son una variante del nombre de '100'.

Volviendo a la serie formada por las palabras compuestas, hay que distinguir dos tipos: el que alarga **km̥t* como un dual n. para '10' y como un pl. n. para las demás decenas; y el que, en i.-i., lo declina como un fem. *sát-* (cf. gr. τριακάς). En cambio, el primer tipo es indeclinable, siendo su forma la de un N.-Ac. n.: **-km̥t-ī* (gr. dór. -ατῑ, lat. *-gintī*

con una *g-* difícil, mgal. *-geint*, arm. *k'san*, av. *-saⁱti*) para '20', **-kontā̆* (gr. -κοντᾰ, lat. *-gintā*) para las demás decenas. Puede interpretarse que la forma de N.-Ac. du. o pl. n. ha quedado fijada como invariable por analogía con los nombres invariables de las unidades; pero más verosímil es que no llegara a crearse una declinación, es decir, que una forma alargada con *-Hⁱ/-eHⁱ* quedara en un momento dado definida como du. o pl. por analogía con los nombres y adjetivos, sin que se llegara a crear una flexión de los casos oblicuos.

Es notable de todas maneras la forma de dual *-ī*: aunque es una vocalización posible de *-Hⁱ*, el hecho es que fuera del numeral sólo en ai. aparece. Ha intervenido seguramente la analogía con el primer término **u̯ī*, que es el **(d)u̯i* 'dos' que ya conocemos alargado como dual al igual que otros nombres en *-i* (cf. III.IV.5.2).

2. Sobre los primeros términos de los compuestos hay que decir algunas cosas más. Es notable un alargamiento de la vocal final que parece de época predialectal: cf. ai. *pañcāśát*, gr. át. πεντήκοντα. La vocal se añade luego como elemento formativo en gr. ἑξᾱ́κοντα, lat. *sexāgintā*. Es difícil decidir su origen; el lat., sin embargo, da una pista con sus formas *trī-gintā, quadrā-gintā*, cuyos primeros términos presuponen formas con laringal (**triH-*, **kʷtr̥H-*, cf. también gr. τετρώκοντα, posiblemente por τετρᾱ-, cf. át. τετταράκοντα). Parece, pues, que en un momento dado se tendía a extender a los primeros términos, formados por la raíz pura, la *-Hⁱ* o *-eHⁱ* de los segundos. Si es así, el fenómeno viene de muy lejos. Luego *-ā* se extendería como marca del primer término de esta serie.

Aparte de esto, en los primeros términos hay otras innovaciones, como la sustitución en gr. de los cardinales por

los ordinales en ἑβδομήκοντα, ὀγδοήκοντα, cf. también lat. *nonāgintā.*

He aquí algunas de las formas a que nos referimos:

20: gr. dór. ϝίκατι (át. εἴκοσι con prótesis y *o* analógica de 'treinta', etc.), lat. *uīgintī,* av. *visaⁱti* (de donde ai. *viṃśatí*), mgal. *ugeint,* arm. *k'san,* toc. A *wiki.*

30, etc.: gr. τριάκοντα, lat. *trīgintā,* arm. *eresun,* air. *tricha,* dór. jón. τετρώκοντα, át. τετταράκοντα, lat. *quadrāgintā,* ai. *catvāriṁśát*; arm. *k'arasun,* gr. át. πεντήκοντα, lat. *quinquāginta,* ai. *pañcaśát,* etc.

Otro tipo de nombres para las decenas es el que aparece en ai. desde '60': una forma fem. en *-tí*: *ṣaṣṭís, saptatís,* etc. Se trata de derivados de los nombres de las unidades, que en bált. y esl. aparecen también significando unidades (cf. también gr. τριάς, aisl. *fimt,* etc.); por los demás, en ai. *daśatís* significa tanto '10' como '100'.

3. El numeral '100' es **kṃtom,* es decir, un derivado tematizado y neutro de **dekṃt,* lo cual ha provocado el grado cero de la primera sílaba. Es, pues, un 'diez' con un rasgo distintivo respecto al '10' normal: un '10 por 10'. Sus correspondencias son conocidas: ai. *śatám,* av. *satəm,* gr. ἑκατόν 'un ciento', lat. *centum,* gót. *hund,* aesl. *sъto,* lit. *šim̃tas,* galo *cant,* toc. A *känt.* No puede haber testimonio más claro para la vigencia del sistema decimal en indoeuropeo no anatolio sin duda desde el protoindoeuropeo, pero nos falta el testimonio del hetita.

Es mucho menos claro que este sistema se extendiera hasta '1.000' en época predialectal. Hay una palabra común al ai. y gr., **ghéslo*: cf. ai. *sahásram* 'un millar', gr. jón.-át. χείλιοι (y χίλιοι, poco explicable), lesb. χέλλιοι; es una

simple hipótesis que lat. *mille* venga de **smī-ghslī* 'un millar', fem. pasado luego al n. De origen distinto, oscuro por lo demás, es gót. *þusundi*, aesl. *tysǫšta*, prus. *tūsimtons*; en toc. A *wälts*, B *yaltse* hay seguramente una palabra designando originariamente un gran número. Éste es el caso también de gr. μύριοι '10.000': evidentemente, el sistema de numeración indoeuropeo no llegaba tan lejos.

## 5. CARDINALES ENTRE 21 Y 1.000

1. Existen compuestos para designar los nombres de las centenas: ai. *dviśatám*, *triśatám*; lat. *ducentum*, *sescentum*; formas griegas adjetivadas en -κάτιοι (dór.), -κάσιοι (arc.), -κοσιοι (jón.-át., suelen interpretarse como analógicas de las decenas): τριάκόσιοι, πεντηκόσιοι, etc.

Otras veces hay formas flexionadas con el nombre de la unidad y el de '100': ai. *dvé śaté*, gót. *twa hunda*, aesl. *dъvě sъtě*, lit. *dù šimtaĩ*; ai. *trī́ṇi śatā́ni*, gót. *þrija hunda*, aesl. *tri sъta*, lit. *trỹs šimtaĩ*; etc.

No hay, en cambio, palabras compuestas que puedan hacerse remontar a fecha predialectal para designar las unidades comprendidas entre 21 y 99 ni las decenas y unidades comprendidas entre 101 y 999. Cada lengua sigue un sistema propio en que cada numeral está formado por varias palabras, haciendo intervenir casi siempre preposiciones, conjunciones o formas verbales. Incluso dentro de una misma lengua hay a veces varias posibilidades de elección.

## 6. ORDINALES

1. Se trata simplemente de formas tematizadas de los cardinales; pero de la forma alargada en *-t*, que ya conoce-

mos, se ha deducido por un falso corte un sufijo *-tó*, el mismo que hemos visto, de otra parte, formando diversas clases de adjetivos. Hay incluso *-ti̯o*. Por otra parte, los ordinales de '1' y '2' son adjetivos independientes que luego se organizaron en sistema con los ordinales. Comenzamos por éstos nuestro estudio.

*Primero.* — Está formado a partir de la raíz **pr̥H*$^{u̯}_{3}$ (cf. V.III.3.4). De **pr̥H*$^{u̯}_{3}$*-o-* sale ai. *pū́rvas*, aesl. *prъvъ*, lat. *prāuus* (que ha tomado otro sentido), toc. B *pärweṣṣe*; de **pr̥H*$^{u̯}_{3}$*-tos*, gr. (dór.) πρᾶτος (πρῶτος es analógico de πρω-); de **pr̥-mos*, gót. *fruma*, lit. *pìrmas*; de **pri-smos* (cf. V. III.3.4), lat. *prīmus*. Cf. también de **pro-mos* o. Ac. *promom* 'primum', gr. πρόμος 'caudillo'; otro derivado es ai. *prathamás*.

*Segundo.* — Se forma de varias raíces, en general de ELE, ENE con sufijos *-tero-*, *-tro-*, cf. V.II.5.8-9, al lado de otras formas con *-i̯o*. Cf. lat. *alter*, lit. *añtras*, gót. *anþar*. También de EIE: ai. *ítaras*. Se trata de formas deícticas que se oponen a 'primero'. Al lado de ellas hay raíces nominal-verbales: lat. *secundus* de *sequor* ('el siguiente'), gr. δεύτερος de δεύω ('el que falta'). El ai. crea un derivado de 'dos': *dvitī́yas*; pero el adjetivo antiguo de 'dos', gr. δοιός, es 'doble'.

2. Otros ordinales. Separamos los diversos tipos:

*a*) Con *-o*. Éste es el caso de **septm̥-ó-*: ai. *septamás*, gr. ἕβδομος (con *o* y consonantismo anómalos), lat. *septimus*; de **oktōu-o-* (lat. **octōuus*, luego *octāuus*), **oktou̯-o-* (gr. ὄγδοϝος, con tratamiento heterosilábico de la *-H*$^{u̯}$ y consonantismo anómalo); de **nou̯m̥-ó-*, ai. *navamás* con *-m-* analógica), lat. *nōnus* de **nou̯enos*; de **dekm̥-ó-*, ai. *daśamás*,

lat. *decimus.* También se da este tipo en derivados de decenas (ai. *ṣaṣtás*) y centenas (ai. *dviṣatás* 'duocentésimo').

*b*) Con *-tó.* En principio se trata, según queda dicho, de tematizaciones de ordinales alargados en *-t*; pero la comparación del ordinal y del cardinal sin alargar hace que desde el punto de vista de este estadio de lengua el sufijo sea *-tó.* Así **tri-tos,* cf. gr. τρίτος; **kʷetu̯r̥-tos,* cf. gr. hom. τέτρατος, aesl. *četvrъtъ,* lit. *ketvir̃tas,* ai. *caturthás,* aaa. *fiordo,* toc. A *śtärt* (cf. **kʷotu̯r̥-tos,* lat. *quartus*); **penkʷ-tós,* cf. gr. πέμπτος, lat. *quintus,* gót. *fimfta-,* lit. *peñktas,* aesl. *pętъ*; **s(u̯)ek(s)tos,* cf. ai. *ṣaṣṭhás,* gr. ἕκτος, lat. *sextus,* gót. *saíhsta-,* toc. A *ṣkäṣt*; **neun-tos,* cf. gót. *niunda-,* aesl. *devętъ,* lit. *deviñtas* (con *d-* quizá analógica de 'diez') y **enu̯n̥-tos,* cf. gr. jón. εἴνατος, át. ἔνατος; *dekm̥-tós,* cf. gr. δέκατος, gót. *taíhunda,* aesl. *desętъ,* lit. *dešim̃tas.* Cf. también ordinales sacados de las decenas, como beoc. ϝικαστός, át. εἰκοστός, τριακοστός, y centenas (como διακοσιοστός).

*c*) Otros tipos. De *-m-o-* deriva el tipo en *-mo-*: *decimus,* etcétera eran posiblemente sentidos así, cf. ai. *navamás,* donde se esperaría *-nas.* El hecho de que *-mo* y *-to* se sintieran como sufijos de ordinal, llevó a éstos a asimilarse en ai. a los superlativos en *-tama* (ai. *śatatamás* 'centésimo') y en lat. a los en *-simus* (*trīcēsimus, trīgēsimus*). Por otra parte, la existencia de adjetivos en *-ti̯o,* que adjetivizan de una manera más clara que *-to,* llevó a algunos ordinales idénticos: av. *þritya-,* lat. *tertius,* gót. *þridja,* corn. *trysse.* En hetita los ordinales se forman con *-anna,* posiblemente porque aquí la *-m* de varios cardinales se hacía *-n,* por lo que de *-n-o* se dedujo el sufijo *-no*; sufijo que existe también en otras lenguas, pero especializado como distributivos. En arm. el sufijo ordinal es *-r* (*erir* 'tercero').

### 7. DISTRIBUTIVOS Y MULTIPLICATIVOS

1. Existen varias formaciones de distributivos. De un lado, como adjetivos, se emplean formas en *-no*: lat. *bini, terni,* an. pl. *tvenner* 'cada dos'; para el '1' hay en lat. un adj. *singuli* 'uno a uno' con un alargamiento de **sem*. Pero este uso de los adjetivos es sin duda reciente, adaptación de un uso simplemente adjetival. Más antiguo es el uso adverbial de la geminación de los cardinales: ai. *pañca pañca* 'cada cinco', arm. *tasn tasn* 'cada diez', cf. ai. *díve díve* 'cada día', gr. mic. ϝέτει ϝέτει 'cada año'.

También hay adjetivos que se han especializado como multiplicativos. Así derivados con *-i̯o* como gr. δοιός, ai. *dvayás* 'doble'; en *-ko* como lat. *ūnicus*; y sobre todo compuestos como gr. δίπλος, δίπλοος, lat. *duplus*; gr. δίπλαξ, lat. *simplex, duplex*; gr. δίπαλτος, gót. *ainfalþs*. Pero más arcaicos parecen los multiplicativos adverbiales, idénticos a los adverbios en *-i* que ya conocemos y, como ellos, tendiendo a alargarse en *-s*. La *-i* es la partícula deíctica, pero en el numeral '3' es la *-i* radical: ha habido, pues, una confluencia. En lo que respecta al numeral '2', la forma con *-i* se usa también (igual que **tri-*) como primer término de compuesto, según ya sabemos.

He aquí algunos ejemplos de estos adverbios: ai. *dvíṣ*, gr. δίς, lat. *bis*; ai. *tríṣ*, gr. τρίς, lat. *ter*. Sin *-i* puede citarse una forma como ai. *catúr* de **catúrṣ*. Otras veces, inversamente, encontramos *-i* alargado como *-ki*(*s*): es la forma ordinaria en griego y también se dan ejemplos fuera, así aaa. *zwiski, driski* '2, 3 veces'.

La forma en *-is* está testimoniada también en hetita: 2-*is*, 4-*is*, aunque son formas sometidas a duda.

## 8. CONCLUSIONES SOBRE LOS NUMERALES

1. Los numerales forman un sistema muy antiguo, que ha organizado rígidamente un conjunto de raíces nominal-verbales, alargadas a veces variamente. Se trataba de las palabras que designan los números del 2 al 10, junto a las cuales el 'uno' se formaba más libremente. La palabra de 'diez', mediante una derivación, daba '100'; otra derivación de la misma da el nombre de la decena. Y lo mismo el grupo unidad + decena que el grupo unidad + ciento constituían palabras compuestas indeclinables, dando así los numerales de las decenas hasta ciento y de los distintos cientos; además, unidad + primera decena da los numerales de 11 a 19. Los demás se forman variamente, en giros luego gramaticalizados.

Los numerales básicos, que forman palabra o fin de palabra, eran indeclinables; incluso los nombres de las decenas, pese a su alargamiento como N. dual o plurales. Así, en este caso aislado, las palabras invariables indoeuropeas, lejos de sufrir un retroceso, se han expandido ampliamente para formar todo el sistema numeral. Aunque secundariamente se ha comenzado a declinarlas, bien como nombres, bien como adjetivos.

Originariamente, esas palabras invariables fucionaban ya como nombres, ya como adjetivos: son anteriores a la formalización de una oposición entre una y otra clase de palabras, bien que, según queda dicho, aquí y allá tiende a introducirse la distinción en cuestión. También son anteriores a la oposición entre forma flexionada y adverbio: y así sucede que formas alargadas con *-i* funcionan ya como nombres o adjetivos en el primer término de compuestos, ya

como adverbios. Sin embargo, es claro que fue como adverbios como más se expandieron.

Aun siendo los llamados cardinales ya nombres, ya adjetivos, todos ellos fueron considerados como un bloque cuando comenzó a fijarse junto a ellos una serie de adjetivos, los ordinales, y luego otra, los multiplicativos y distributivos. Se trata de especializaciones adjetivales diferentes: para indicar orden, multiplicación o distribución ('cada...'). El sistema es notable por varias razones.

La primera, porque no es simétrico, sino que opone a los cardinales, sèan nombres o adjetivos, adjetivos con varias especializaciones. La segunda, precisamente por esas especializaciones: es mucho más frecuente que a varias subclases de nombres responda un solo adjetivo. La tercera razón se deduce de las otras dos: se ha llegado, en una medida variable según las lenguas, a crear un sistema de temas múltiples, que engloba un nombre o adjetivo (el cardinal), tres adjetivos y un adverbio; una parte de ellos son flexionados, los otros no. Aunque de una manera anómala, se alcanza aquí el segundo nivel, el que es propio de la oposición de varios temas flexionado cada uno independientemente en el nombre, el adjetivo y, sobre todo, el verbo. Por supuesto, la adquisición de este segundo nivel es reciente —igual que en todas partes—. Aquí es ello evidente porque se basa en el desarrollo de adjetivos temáticos, por lo demás semánticamente diferenciados de un modo secundario; y porque presupone la preexistencia de clases de palabras bien formalizadas, no sin conservar al tiempo huella de la indiferencia de esa oposición (en los cardinales).

Pero por mucho que se haya desarrollado luego el sistema de los numerales, sus orígenes en los cardinales organizados decimalmente sobre la base de muy pocas palabras sin otro sentido que éste, son muy arcaicos, protoindoeuro-

peos. Se trata de un hecho cultural importante: la adopción del sistema decimal, no sin ciertas tendencias esporádicas, aquí o allá, al cuadragesimal (a juzgar por el nombre del numeral 'ocho') y el vigesimal, que ha dejado huellas en germánico y celta.

# PARTE VI

# PANORAMA GENERAL DE LA MORFOLOGÍA INDOEUROPEA Y DE SU EVOLUCIÓN

# I

## ESTRUCTURA DE LA PALABRA INDOEUROPEA

1. Apoyándonos en los capítulos anteriores de Fonología y Morfología y añadiendo datos sobre las células primarias con que trabaja ésta, vamos a presentar un panorama general de la Morfología indoeuropea en sus diversas etapas y dialectos, lo que incluye una exposición de los rasgos fundamentales de la evolución de la misma. El centro de esta parte del libro estará en la exposición de los procedimientos morfológicos del indoeuropeo clásico, con atención continua a la fase anterior, que explica su desarrollo, y a la posterior, con frecuencia anticipada ya parcialmente desde fecha antigua. Tendremos también constantemente en cuenta la diferencia entre los hechos del anatolio y los del grupo dialectal del que proceden el griego, i.-i. y arm., pero que con frecuencia coincide con todo el no anatolio; también tendremos en cuenta aquellos datos del grupo no anatolio que difieren del grupo del griego y demás y que presentan aspecto arcaico, coincidiendo a veces con el anatolio. Una panorámica final dejará más claras estas diferencias cronológicas y temporales.

Los capítulos referentes a la flexión nominal, a la pronominal, a la verbal y a los indeclinables han dejado ver claramente que, como ya se había anticipado varias veces, notablemente por Meillet, la Morfología indoeuropea es un desarrollo relativamente reciente, a partir de una fase en que las palabras de esta lengua no se flexionaban, al menos con elementos segmentales. La existencia de diversos tipos de palabras, a saber, las nominal-verbales, las pronominal-adverbiales y los numerales, junto con determinadas reglas en la colocación del acento y algunos hechos más sobre los que hemos de volver, eran los recursos que el protoindoeuropeo, a lo que podemos juzgar, utilizaba para expresar las relaciones entre las palabras. Sin embargo, ya en la fase de comunidad que luego se quebró al escindirse el anatolio, el indoeuropeo era fundamentalmente una lengua que operaba con cuatro clases de palabras flexionadas: nombre, adjetivo, pronombre y verbo. Las palabras no flexionadas, o bien integraban otras clases de palabras por lo demás en esta época mal diferenciadas entre sí (las que luego son adverbios, partículas, conjunciones y preposiciones), o eran interpretadas, dentro de las clases flexionadas, como formas con desinencia cero que, en razón de hechos de sistema, formaban parte de sus paradigmas y expresaban sus categorías. Hay que añadir la serie de los numerales a partir de «cinco» y el primer término de las palabras compuestas, que tampoco se flexionaban.

2. Todo esto da por supuesto un hecho que de puro evidente casi se nos escapa y que, sin embargo, es esencial: la unidad principal con que trabaja la Morfología indoeuropea es la palabra, no el morfema o unidad mínima en que coinciden una forma y un contenido. La palabra está unificada por un acento único, no obstante el hecho marginal

en virtud del cual sucede a veces que una palabra carece de acento: mejor dicho, desde el punto de vista acentual no se trata de una palabra, sino de parte de una palabra que sigue (caso de los proclíticos) o que precede (caso de los enclíticos). Hay que suponer también la existencia de una fuerte juntura en los límites de la palabra; y de una especial debilidad fónica del fin de palabra. Ambos hechos se deducen de la existencia de cambios fonéticos especiales en fin de palabra y, a veces, también en comienzo, en diversas lenguas indoeuropeas: nos hemos ocupado de ellos en el lugar oportuno.

Una palabra indoeuropea consta de un número mínimo y de uno máximo de elementos. Se parte de los casos en que consta de un solo elemento: la raíz. Pero a su vez este caso contiene dos subcasos diferentes:

*a*) La raíz no está incluida en ningún paradigma gramatical, sólo en paradigmas lexicales: por ejemplo, **du̯ō* 'dos', **ek* 'de dentro', **nŭ̆* 'ahora', etc. Pero no todas las palabras indeclinables son raíces puras como éstas: a veces llevan determinados elementos formativos (**eks* junto a **ek*, *ádhi* 'en, sobre' en ai. de **n̥-dhi* junto a **en* 'en', **penk*ᵘ̯*e* 'cinco', a su vez de **pen*; otras veces se trata de fosilizaciones de formas declinadas.

*b*) La raíz pura está incluida en un paradigma, en el cual es conocida como dotada de des. cero: por ejemplo, **ei* (lat. *ī*) 've' es interpretado como provisto de marcas cero que expresan el impvo., el pres. y la 2.ª sg. Ahora bien, desde el punto de vista del protoindoeuropeo más antiguo este caso es idéntico al anterior, se trata de una raíz pura que por supuesto no expresaba categorías que sólo posteriormente surgieron y que no entraba en ningún paradigma gramatical.

Las raíces puras citadas son indistintamente nominal-verbales y pronominal-adverbiales. No hay diferencia en cuanto a su uso antiguo como palabras no flexionadas, del que las formas anteriores son una reliquia. Pero hay diferencia en cuanto a la derivación: la exposición que sigue se refiere, salvo cuando se indica lo contrario, a las raíces nominal-verbales.

3. Estas palabras radicales pueden presentar variantes consistentes en incluir juntas dos raíces:

*a*) Hay el tipo reduplicado, que repite la raíz en forma íntegra o abreviada. Para los nombres y adjetivos se trata más bien de una posibilidad teórica, pues donde aparece la reduplicación es allí donde siguen uno o varios formantes. En los verbos la reduplicación se utiliza gramaticalmente. Los temas reduplicados los hemos encontrado como intensivos o bien como presentes o aoristos o perfectos, según la forma de la reduplicación. Podemos hallar, en los paradigmas verbales, formas con des. cero que son en realidad raíces reduplicadas: gr. ἵστη, 2.ª sg. impvo. de ἵστημι.

*b*) Existe también el tipo compuesto, en que una raíz determina a la otra o bien ambas forman una unidad de sentido: se trata de un adjetivo que determina a otra palabra diferente. El primer término es una raíz o un tema puro; el segundo tiene su flexión, pero se encuentran casos con des. cero. Así en el tipo ai. V. *nṛ-hán* 'que mata a los hombres', *tripád-* 'de tres pies', lat. *crēdo* 'creo' < **krēd-dhō* 'pongo el corazón'. Más frecuente es el caso de compuestos de dos raíces puras que son invariables: numerales del tipo ai. *dvā̆daśa*, gr. δώδεκα, lat. *duodecim* 'doce', adverbios o partículas como gr. οὔπω, πήποκα, etc., nombres indeclinables como lat. *nefas*.

Hay que repetir la observación de arriba sobre los antiguos temas puros que hay que descubrir eliminando las desinencias que posteriormente se les añadieron. Véanse, por ejemplo, del tipo Raíz + Raíz palabras latinas como *iūdex* < **i̯ous-dik-s,* griegas como σύζυξ < **sun-iug-s,* etc. A veces se añade un elemento formativo: cf., por ejemplo, aesl. *medvědъ* 'comedor de miel', 'oso', con añadido de **-i,* debiendo reconstruirse un *medhu-ēd-* anterior.

4. Junto al tipo puramente radical —una sola raíz o raíz reduplicada o dos raíces— el ide. poseía un segundo tipo de palabras en que el tema no era la raíz pura, sino la raíz (eventualmente reduplicada o compuesta con otra) seguida de uno o más morfemas gramaticales que, hablando en términos generales, precisaban su sentido. Estos morfemas se clasifican en:

Primarios, cuando se añaden a una raíz que nunca ha funcionado, que sepamos, como palabra independiente: así *-ter* en **pHtḗr* 'padre'.

Secundarias, cuando se añaden a palabras existentes ya antes: así *-i̯o* en ai. *gávyas,* gr. -βοιος, sobre **gᵘōu* 'vaca' (ai. *gáus,* gr. βοῦς); *-no* en lat. *aenus,* sobre *aes* 'bronce'.

Sin embargo, es seguro que la raíz a que se añadían los morfemas primarios, que para nosotros es una simple abstracción, fue en un tiempo una palabra independiente. El enorme descenso en las lenguas indoeuropeas del uso de palabras-raíces ha provocado este estado de cosas. Sólo arcaísmos como véd. *rāj-,* lat. *rēx* permiten ver en *rā́j-an* un formante secundario; como av. *zəm-* 'tierra' permite un análisis igual de lat. *hom-o* (G. *hominis*), gót. *gum-a* (G. *gumins*) 'hombre'. En realidad, lo que hay es morfemas fósiles, ya no productivos, y morfemas productivos. Entre éstos hay algunos que siempre se añaden a palabras exis-

tentes en las diversas lenguas, normalmente ya no palabras-raíces; al contrario, hay morfemas fósiles, no productivos, que sólo figuran con raíces cuyo uso autónomo ha desaparecido; y existe el caso intermedio de morfemas que tienen uno y otro uso.

Estos morfemas, por otra parte, pueden ser de tipos muy diversos. Pueden indicar la clase de palabras (nombre, adjetivo, pronombre o verbo); indicar clasificaciones más o menos generales (nombres de acción, agente, parentesco, etc.); categorías o funciones gramaticales (género, grado de comparación, tiempo, aspecto, modo, voz); alargar simplemente la raíz o el tema sin añadir matiz alguno o sirviendo, todo lo más, para oponer palabras entre sí (cf. ai. *vāri* 'agua' / *vaṛsa-* 'lluvia'); formar el final del tema, sin añadir en general sentido especial. En este último caso hablamos de vocales temáticas (*e-/o, -i, -u, -ā, -ē*); en los demás, en que no se modifica el sentido o que tienen una función puramente lexical, de alargamientos; cuando hay una modificación genérica del sentido y en los morfemas de género y grado, de sufijos; los morfemas de las categorías verbales se llaman características. Formalmente, sin embargo, no sólo hay transiciones, sino que algunos tienen usos y contenidos muy diferentes, según la distribución o el lugar en el paradigma; todos ellos tienen rasgos comunes y están emparentados entre sí. Se caracterizan no sólo por las consonantes y sonantes que los integran, sino también por el grado vocálico propio y el que imponen al elemento precedente, así como por su relación con el lugar del acento.

5. Tanto las raíces de que hemos hablado hasta ahora como los morfemas a ellas adicionados pertenecen al tipo que hemos llamado nominal-verbal, porque aparecen en principio tanto en nombres como en verbos. Anticipando

algo de la definición más detenida que se dará en VI.II, diremos que es común a raíces y sufijos (y a desinencias) una vocal, a saber, *e* u *o* breve o larga, seguida de una sonante o consonante. Es secundario el tipo temático de raíces y sufijos, en el cual *-en*, por ejemplo, pasa a *-no*: hemos estudiado su origen (cf. III.II.1.4). Pero lo verdaderamente notable es que los sufijos no pueden aparecer autónomamente: sólo se dan añadidos a raíces o temas (antiguas palabras). Sin embargo, una raíz nominal-verbal puede ir seguida de una pronominal-adverbial: raíces de una estructura diferente, de tipo *eke*, pero pudiendo faltar una u otra o las dos vocales y aglutinarse con *i*, *u*, etc. Esto ocurre, por ejemplo, en el caso de ciertas partículas añadidas al imperativo de los verbos (cf. IV.VI.1.3) o añadidas a los nombres y gramaticalizadas allí (así la *-i* de N. pl. de la 2.ª declinación en varias lenguas). Recordamos que el concepto de raíz y el de sufijo se distinguen menos tajantemente en estas otras raíces: una misma forma puede actuar ya en una ya en otra función. Sin embargo, la reduplicación y la composición de las raíces nominal-verbales pertenecen a un orden de fenómenos semejante.

6. Tras estas pequeñas indicaciones sobre los morfemas que en número en principio indefinido pueden seguir a la raíz, volvemos a las palabras que constan de Raíz + Morfemas, careciendo de desinencias: es decir, a los temas puros no radicales. En Sintaxis y en derivación de palabras estos temas puros no radicales desempeñan un papel idéntico al de las raíces puras. Con los mismos recursos con que de las raíces se obtienen temas no radicales, de éstos se obtienen otros a su vez: de ahí que en principio todo morfema que convertía raíces en temas no radicales convierta luego estos temas en otros derivados de ellos. Por ejemplo, la derivación

de verbos a partir de nombres (denominativos) y verbos (deverbativos) es una imitación de su derivación a partir de palabras-raíces, que en principio no eran nominales ni verbales; o, dentro de los nombres, *-ko*, que se añade a la raíz seguida de vocal temática (lat. *unicus*, en realidad de **oin-ok-os*), se añade igualmente a morfemas previos (**dom-es-ti-kos* > **domesticus*; **dom-en-ok-os* > *dominicus*). Cierto que algunos morfemas, como queda dicho, sólo se añaden directamente a la raíz, por haber perdido luego vitalidad; y que existe igualmente el caso contrario.

Los temas puros formados por Raíz + Morfemas presentan dos casos fundamentales:

*a*) El conjunto Raíz + Morfemas no está incluido en ningún paradigma gramatical, sólo en paradigmas lexicales: así, en casos como ai. *ahár* 'de día', gr. νύκτωρ 'de noche', ἑκάτερθεν 'de cada lado' (con *-dhe*(*n*) pronominal-adverbial), etcétera. Formas como éstas se han interpretado luego a veces, secundariamente, como casos de una flexión nominal; y, ciertamente, se han llegado a crear casos nominales de este tipo.

*b*) Este mismo conjunto está incluido en un paradigma, en el cual es concebido como dotado de des. cero: así véd. *udán* es **ud-an*, sin des., pero se interpreta como L. 'en el agua'; gr. πόληι, πόλει es **pol-ēi*, **pol-ei*, también sin des. y entendido como D.-L.-I. Hemos visto muchos más ejemplos en la flexión nominal y en la verbal, con frecuencia con la vocal temática como elemento añadido a la raíz: lo cual, como ya sabemos, es un desarrollo relativamente reciente. Con frecuencia, llevan no uno, sino dos o más formantes: lat. *dom-in-e* es un V. sg.; gr. δεῖκνυ (por **deik-n-eu* < **deik-n-eH*$^{u̯}$), una 2.ª sg. impvo.

7. Él o los morfemas en cuestión pueden estar añadidos no a una simple raíz, sino a una raíz reduplicada o al compuesto formado por dos raíces:

*a*) En los nombres, pueden citarse temas reduplicados como gr. κύκλος < *k$^{u̯o}$k$^{u̯}$l-o-*, lit. *kãklas* 'cuello' junto a aesl. *kolo* 'rueda'; ai. *kar-kar-í-*, un instrumento de música; lat. *gurges* < *g$^{u̯o}$r-g$^{u̯}$-et-*; etc. En los verbos pueden citarse presentes intensivos como gr. διδάσκω, aesl. *glagolję*, desiderativos como ai. *didṛkṣa-* de la raíz 'ver', etc.

*b*) En los compuestos nominales es lo normal que el segundo término vaya alargado por un morfema: la vocal temática y otro. Así, en gr. V. κυνῶπα 'de cara de perro', δέσποτα de **dems-pot-a*. Por otra parte, dado que palabra-raíz y tema puro funcionan como equivalentes, es normal el tipo Raíz + Morfema + Raíz + Morfema: gr. V. ἡδυεπές < **su̯ād-u-u̯ek$^{u̯}$-ês*, aesl. N. *medvědъ* (con caída fonética de la des.) 'comedor de miel', 'oso', lat. N.-V. *agricola* < **agr-o-k$^{u̯}$ol-ā*; etc. En general, el primer nombre está representado por el tema puro, el segundo por el tema sometido a flexión. Pero el primero puede tener un tema especial, por ejemplo, con *-i* en vez de *-r* (κυδιάνειρα de κυδρός) y el segundo también en varios de los ejemplos de arriba.

Naturalmente, la existencia de temas puros es excepcional, aunque no infrecuente, y normalmente el tema se descubre eliminando simplemente las desinencias. Este tema así descubierto ha funcionado con frecuencia en fecha antigua como un tema puro, una palabra independiente, de la misma manera que la raíz descubierta eliminando las desinencias: ello, porque los temas son en definitiva unidades autónomas paralelas a la raíz y equivalentes a ella. Solamente, mientras que hemos de admitir que todas las raíces fueron palabras autónomas, no todos los temas lo fueron: hay tipos de derivación con varios morfemas que no impli-

can que éstos se hayan ido añadiendo uno a uno, sucesivamente, a temas autónomos.

Hay que añadir que los temas puros, tanto los de una raíz como los reduplicados y compuestos, están caracterizados por determinados grados vocálicos y colocaciones del acento, que varían de tipo a tipo. Y que secundariamente su elemento final puede ser interpretado como desinencial: así, la *-ei/-i* de los temas en *-i* se convierte en des. de D. o L., una *-u* radical o sufijal se hace desinencia en ciertos verbos, etc.

8. Junto a los dos tipos de palabras nominal-verbales

1) Raíz
2) Raíz + Morfema

en que la raíz puede ser multiplicada por dos y los morfemas por un número de veces en principio indefinido, existe un tercero

3) Raíz (+ Morfema) + Desinencia

en que raíz y morfema son igualmente multiplicables, pero el morfema puede igualmente faltar; es decir, este tipo 3 deriva tanto del 1 como del 2. Se trata no de palabras, sino de formas flexionadas de palabras; aunque como formas flexionadas se consideran también aquellas de 1 y 2 sentidas como provistas de desinencia Ø, y aunque, inversamente, una forma del tipo 3 puede secundariamente quedar aislada del paradigma y convertirse en invariable: por ejemplo, los adverbios (preposiciones y preverbios) **peri* y **pros* (gr. περί, ai. *pári*; gr. πάρος y πρός, ai. *purás*) son concebidos como fósiles procedentes de un antiguo L. y un antiguo G.-Ab., respectivamente. Hay, pues, un camino que va de

1 y 2 a 3 y vuelve a 1 y 2: a veces es difícil dilucidar el camino exacto de la evolución. Por ejemplo., una forma como gr. αἰεί 'siempre', un adverbio, se considera un antiguo L., de αἰών 'la eternidad', pero es más bien una forma no casual, que no llegó a entrar en el sistema del nombre; son igualmente dudosos los límites entre el Ab. y ciertos adverbios (cf. III.V.3.3-4); etc.

9. Pero, prescindiendo de los casos límite, la diferencia del tipo 3 respecto a 1 y 2 es clara. En 3, decimos, se trata de formas incluidas en paradigmas; formas que se oponen unas a otras de igual raíz y, eventualmente, morfemas, mediante las diferentes desinencias, aunque secundariamente también se utilizan los distintos grados vocálicos y el lugar del acento. En cambio, cuando una forma del tipo 2 se opone a otra, se trata:

*a*) En un primer estadio del ide., que ha persistido siempre al lado del más evolucionado, de una palabra opuesta a otra dentro de sistemas lexicales (**péd-* 'pié' / **pédom* 'llanura', tipo aislado) o de subclases de palabras (ai. *város* 'elección' / *varás* 'elector', tipo repetido) o de clases de palabras (gr. λέγω 'decir' / λόγος 'dicho').

*b*) En un segundo estadio, el que hemos llamado el segundo nivel, una forma de tipo 2 puede oponerse a otra de igual raíz y eventualmente desinencia, pero de distinto morfema, como un diferente tema dentro de una palabra; aoristo frente a presente, masculino frente a femenino.

En cambio, en el caso de 1 se trata siempre de palabras que se oponen unas a otras dentro de sistemas lexicales, irrepetidos en cuanto a forma y contenido. Efectivamente, al retroceder de 3 a 2 y de 2 a 1 nos remontamos a formas tipológicamente más antiguas cada vez, pues la creación de un tipo no ha eliminado los anteriores; retrocedemos de una

Morfología en que una palabra tiene varias formas a una en que cada forma es una palabra. Ahora bien, el tipo 2 *b*) (oposición de temas dentro de una palabra) es más reciente que el 3 (oposición de formas de diversas desinencias).

Adelantando cosas posteriores, podemos decir que la evolución se ha centrado en dos puntos:

*a*) Del tipo 1 (Raíz) ha salido el 2 (Raíz + Morfema), al independizarse y convertirse en morfemas elementos finales de la raíz; de uno y otro ha salido el 3, al independizarse y convertirse en desinencias elementos finales de las raíces o temas.

*b*) Con ayuda de los morfemas y desinencias así creados, las oposiciones lexicales entre palabras se convierten en gramaticales, regulares formalmente. Así, las antiguas palabras de tipo 1 y 2 engendran variantes opuestas en paradigmas gracias a la existencia de diversas desinencias; y luego algunas palabras del tipo 2 entran a su vez en paradigmas cuyos términos son marcados con los diferentes morfemas (segundo nivel de que hemos hablado).

Todo ello significa un aumento en la complejidad de las formas con que trabaja la Morfología indoeuropea y un mayor sistematismo gramatical en las oposiciones que contraen, con la contrapartida de la creación de nuevas categorías. Pero los nuevos estadios, insistimos, no eliminan nunca los antiguos,

10. Así como los morfemas sólo en algunos casos, que hemos indicado, tienen un contenido plenamente gramatical, las desinencias lo tienen siempre. Marcan el caso, número y género en el nombre, adjetivo y pronombre; el número, persona, tiempo, voz y modo en el verbo. Es decir, no sólo categorizan la palabra, sino que indican su relación respecto a otras palabras; si bien el verbo indoeuropeo es sola-

mente subjetivo, no indica el objeto con ayuda de marcas internas. Hay que añadir que la desinencia es ayudada, a veces, para llevar estas cargas significativas por otros dos elementos, el vocalismo de la predesinencial y el lugar del acento; otras, por el tema a que se añade. Sólo en rarísimos casos se cuenta con más de una desinencia: puede analizarse *-m̥s* de Ac. pl. como *-m de* Ac. + *-s* de pl. o *-ti* de 3.ª sg. pres. como *-t* de 3.ª sg. e *-i* de pres., pero se trata siempre de creaciones secundarias que, por otra parte, eran sin duda sentidas como desinencias únicas.

Los tres elementos de que consta, al máximo, una palabra o una forma de una palabra indoeuropea del tipo nominal-verbal se presentan siempre en el orden indicado: Raíz + Morfema + Desinencia. La raíz es indispensable, el morfema y la desinencia, no; la primera es duplicable, el segundo multiplicable un número de veces en principio indefinido, la desinencia es única. Por otra parte, una raíz que duplica a otra funciona en cierto modo como un morfema gramatical, en cuanto modifica su significado; y una raíz o un morfema son interpretados como comportando una desinencia cero.

Lo que no existe en idoeuropeo es un morfema que preceda, no siga a la raíz: no hay prefijos. Se han introducido, sin embargo, secundariamente algunos: los preverbios y aumentos, ciertas preposiciones que se han soldado al caso. Se trata de un proceso de aglutinación, con añadido de palabras (adverbios) de significado concreto que luego, a veces, se han gramaticalizado.

Tampoco hay infijos en indoeuropeo. Sólo en el verbo se ha señalado la presencia de un infijo *-n-* en *-n-eu* < **-n-eHu̯*, *-n-ā* < **-n-e*$H_2$, *-n-eC*. En los dos primeros casos se trata, según sabemos, de acumulación de sufijos; en el tercero, bien de esto o bien de una analogía de los otros dos tipos.

11. Junto a este tipo de formación de palabras no estará de más destacar las características de las palabras pronominal-adverbiales de que nos hemos ocupado en extenso (cf. V.I.1). Existen en estas palabras, ciertamente, el tipo reduplicado (air. *snisni* 'nosotros', lat. *sese* 'él'), así como aquel otro que alarga una raíz con un sufijo: hemos dado ejemplos abundantes. Pero hay que insistir en que un mismo elemento puede hacer alternativamente de raíz y sufijo: el mismo **-ei* o **-i* sufijal forma el demostrativo lat. *is*, ai. *ayám*, el relativo **i̯o-* (cf. V.II.5.9). Excepcionalmente, son raíces nominal-verbales las que se añaden, tal *per-* (cf. V.III.3.4). Y sucede que determinadas formas así logradas, o bien consistentes en la raíz pura, se interpretan secundariamente como casos dentro de un paradigma: así, en gr. με es Ac. de 'yo' y en ciertos dialectos ἐμέθεν se ha convertido en G. El problema de qué adverbios son antiguos casos fosilizados y cuáles otros pertenecen a un estadio previo a la constitución de la flexión, es igual de grave que en el caso de las raíces pronominal-adverbiales.

En cambio, los numerales presentan todas las características de las raíces nominal-verbales, aunque sean formas especializadas sin contacto con nombres y verbos conservados (cf. V.IV.2.6); la declinación de algunos de ellos es también un fenómeno secundario.

De este modo, el protoindoeuropeo trabajaba con tres clases de palabras claramente distintas en lo formal: la nominal-verbal, en que en época preflexional sólo funcionalmente se distinguían nombres, adjetivos y verbos; la de los numerales, emparentada con ella, pero aislada formalmente; y la pronominal-adverbial, de carácter deíctico y local. Hemos notado algunas interferencias y cruces entre las mismas, pero tanto en lo relativo al significado como

a la forma y a la distribución dentro de palabra, son fundamentalmente diferentes.

12. La formación de palabras es, pues, en indoeuropeo un proceso que transcurre de acuerdo de unos modelos claros y terminantes. En realidad, se trata de dos modelos, que por lo demás se contaminan entre sí: el modelo Raíz + Morfema + Desinencia, con sus posibles multiplicaciones y eliminaciones de elementos, y el que no distingue entre Raíz y Morfema (esto, la clase pronominal-adverbial). Se llega así a una tipificación grande, en lo formal, entre diversas clases de palabras, y dentro de ellas entre subclases o simplemente entre palabras; dentro de las palabras flexionadas, entre formas que entran en sistema. Pero la formalización es siempre incompleta y deja traslucir estadios antiguos en que no existía y las clases o subclases de palabras se distinguían por su función, no formalizada dentro de la palabra; y en que las categorías y relaciones indicadas luego por morfemas y desinencias, o bien no estaban organizadas de ese modo, o bien, si lo estaban, se marcaban mediante elementos no flexivos (acento, orden de palabras, etcétera).

13. Incluso cuando nos encontramos ante palabras-raíces, la clase nominal-verbal es fácilmente distinguible porque estas raíces terminan en consonante o sonante, no en vocal (salvo la temática). Por tanto, aunque no haya en las mismas más que esa sola consonante o sonante, la confusión con la clase pronominal-adverbial, terminada en vocal normalmente, es rara. La única posibilidad es cuando esta vocal final desaparece: entonces **ei/*i* es ya pronominal-adverbial ('éste'), ya nominal-verbal ('ir'): pero precisamente sabemos (cf. II.II.3.2) que **ei* es una excepción, dentro

de las raíces nominal-verbales, pues normalmente se espera en éstas una oclusiva o una *H* tras la *i*. Por otra parte, formas del tipo *en, er* son posibles en las raíces nominal-verbales y pueden confundirse con raíces que existen en la otra clase: pero son raros, en la práctica, los casos de verdadera homonimia.

Veamos ahora cómo, dentro de la clase nominal-verbal, se escindieron formalmente las clases de palabras que ya desde el protoindoeuropeo preflexional se distinguían funcionalmente: nombre, verbo y adjetivo. En realidad, no hacemos otra cosa que exponer sumariamente, desde un punto de vista general, cosas ya estudiadas en detalle. La oposición verbo / nombre-adjetivo se logra con la ayuda de los morfemas; luego también se oponen por este procedimiento, al menos en parte, nombre y adjetivo, pero de un modo secundario: frente al verbo, sus morfemas son en esencia comunes.

Los morfemas verbales coinciden en muy escasa medida con los nominales en la forma; en el contenido no coinciden nunca, dado que sólo hay una categoría común, el número, que entra en alianza en el nombre con el caso y en el verbo con la persona. Por otro lado, el verbo, que ha constituido un sistema de dos niveles, confiere valores muy variables a cada morfema según las oposiciones en que interviene: por ejemplo, *-s* puede marcar aoristo, subjuntivo o desiderativo, como usos principales. En el adjetivo ocurre esto igualmente, aunque en menor medida: *-ā̆* indica ya femenino, ya pl. n. En el nombre, que nunca ha pasado de un solo nivel, normalmente cada morfema tiene un significado único, aunque *-ā̆* es una excepción y aunque hay mucha fluctuación entre usos no significativos de los morfemas y usos significativos.

Concretamente, el verbo opera, como morfemas, con la vocal temática, *-s-* (muy raramente *-t-*), *-n-* y elementos laringales: grados cero *-i-*, *-u-* y grados plenos *-ā-*, *-āi-*, *-ei-*, *-ē-*, *-ēi-*. Hay luego morfemas dobles o triples de los tipos *-s-e/o-*, *-s-i̯-e/o-*, *-s-ā-*, *-s-ē-*, *-s-k-e/o*; *n-ā-* < *-n-eH$_2$*, *-n-eu-* < *-n-eH*$^{u̯}$, *-n-eC*; *-i̯-e/o-*, *-u̯-e/o-*, *-āi̯-e/o-*, etc.; *i-s-k-e/o-*, *-ā-s*, etc. Hay, pues, pocos morfemas y no gran complejidad; las más de las combinaciones son de fecha posterior al anatolio, con frecuencia desarrollos más o menos paralelos de las distintas lenguas, dotados de significados diferentes según su posición en los distintos sistemas. Por lo demás, hay que tener en cuenta que junto a estos morfemas segmentales hay los suprasegmentales (lugar del acento) y los replacivos (vocalismo).

Los mismos morfemas segmentales presentan diferencias de grado vocálico, ligadas a la expresión del número o la voz unas veces, otras dependientes de la forma de la desinencia, otras produciendo una escisión que diferencia un morfema en dos, por ejemplo, *-i̯* y *-ē* < **-H*$^{i̯}_1$ / **-eH*$^{i̯}_1$. Finalmente, ya hemos dicho que estos morfemas diferencian a veces temas que son verbos independientes que se oponen, mientras que otras los temas diferenciados forman parte de un mismo verbo.

El panorama de los morfemas del nombre es mucho más rico. Formalmente, coinciden *-s-*, *-t-*, *-n-* y los laringales *-i-*, *-u-*, *-ā-* y sus variantes, *-ē-* y las suyas. Es decir, se trata aproximadamente del mismo elemento inicial, claro está que, como queda dicho, al servicio de significados muy diferentes. Pero la diferenciación mediante el procedimiento de duplicar o multiplicar los morfemas creando morfemas compuestos que en las lenguas individuales se sienten ya como simples, ha ido mucho más lejos. Existen series como *-t-*, *-tā-* y *-tāt-*; *-t-*, *-ter-*, *-tero-* y *-tro-*; *-t-*, *-ti-*, *-tion-*; *-t-*, *-to-*; *-mo-*,

*-men-*, *-ment-* y *-mento-*; etc. A veces estos conjuntos aglutinados son propios de determinadas lenguas, por ejemplo, *-tion-* es propio del latín (*natio, nationis*); pero más frecuentemente remontan a todo el indoeuropeo o al menos al grupo no anatolio. A veces, uno de estos mismos morfemas aglutinados se diferencia en dos o más con ayuda del vocalismo o el acento o el vocalismo que impone a la sílaba precedente.

14. También las desinencias diferencian nombre y verbo. El verbo tiene fundamentalmente *-m, -s, -t, -nt, -r* y variantes de las mismas, sobre todo añadiendo la vocal temática *-e/o* o una partícula deíctica *-i*; también hay formas compuestas *-rn-en, -rn-e/os* y elementos de origen laringal, a saber, *-i* y sobre todo *-u*. El nombre usa ampliamente las desinencias *-s* y *-m* en distintos grados vocálicos; en menor medida, *-d*; además, elementos laringales como **-H$^{i}$*, sobre todo *-ōi, -ei* e *-i*. Si la mayor parte de estas desinencias coinciden con las del verbo en el origen, hay también otras que no; otras veces, la frecuencia es distintiva (casi no hay des. con **-H$^{i}$* en el verbo ni con **-H$^{u}$* en el nombre); pero son sobre todo importantes las modificaciones, mediante grados vocálicos y ampliaciones, de las desinencias comunes: por ejemplo, en el nombre no se han admitido los tipos *-s-o, -t-o*, etc. y menos *-s-o-i, -t-o-i*. Añadiéndose la gran diferencia de significado, dependiente en definitiva de la oposición nombre/verbo, la identidad de origen de las desinencias de una y otra clase de palabras resulta irreconocible desde el punto de vista de las lenguas posteriores.

15. Dentro de la clase general del nombre, se introducen también diferencias formales entre nombre y adjetivo: no en desinencias, salvo hechos secundarios de lenguas indi-

viduales, pero sí en el tema. Pero el problema se complica porque *a*) a veces no hay diferencia formal nombre/adjetivo; *b*) el adjetivo no es otra cosa que una forma derivada de un nombre con relacionador cuya más directa descendencia es el G.: hay, pues, coincidencias adjetivo-Genitivo; *c*) en cuanto forma derivada a partir del nombre, el adjetivo presenta rasgos comunes con nombres animados que desde el punto de vista indoeuropeo son derivados de los inanimados o, mejor dicho, de los pregenéricos. Así, por ejemplo, ciertos adjetivos con acento en la desinencia coinciden desde este punto de vista con el G. e incluso con el N. animado: cf., por ejemplo, ai. *gurús* 'pesado' (adj.), *paśús* 'ganado', G. *paśvás*, frente a *páśu* que es igualmente 'ganado'. Igual sucede con los morfemas segmentales: recuérdese lo dicho en III.III.4.8 sobre la *-n* de adj. y de G. (y casos oblicuos). Todo esto merece un estudio más detallado, que por fuerza ha de hacerse simultáneamente con el de los sufijos nominales, pues sólo en parte hay diferencias.

De todas maneras, resulta claro que, así como nombre y verbo rara vez pueden confundirse formalmente, en las distintas lenguas indoeuropeas se ha mantenido en una gran medida la indistinción formal de nombre y adjetivo; indistinción favorecida porque los sufijos adjetivales no son más que especialización de sufijos originariamente nominales y porque constantemente tiene lugar el proceso de adjetivación de sustantivos y sustantivación de adjetivos.

Dentro de la clase pronominal-adverbial, los pronombres se han aislado por adquirir una flexión, ya original, ya imitada de la nominal. Hemos visto luego que dentro del pronombre existen subclases, definidas ya por las distintas raíces empleadas, ya por características de la flexión: sincretismos, alargamientos, desinencias, uso del acento, etc. También hemos visto que se han constituido, más o menos

formalizadas, subclases de palabras indeclinables. Y que es antigua la clase de los numerales, que ha llegado a constituir un sistema complejo.

16. Con todas las diferencias entre las clases de palabras, la estructura de la palabra indoeuropea de época flexional es clara y coherente. Distingue dos tipos, uno más antiguo, no flexionado, y otro más moderno, flexionado, los cuales se diferencian por la presencia en el segundo de una desinencia, eventualmente una desinencia cero. Esta clasificación se entrecruza con la antigua de palabras nominal-verbales y pronominal-adverbiales. Ambos tipos han suministrado palabras flexionadas (nombres, adjetivos y verbos el primero; pronombres el segundo) y también palabras no flexionadas (adverbios y demás). Por lo demás, estas dos antiguas clases de palabras a veces se han contaminado, según hemos explicado.

Palabras flexionadas y no flexionadas constan de una raíz, que da el significado fundamental de la palabra, y a ella pueden añadirse morfemas diversos. En el caso de las palabras invariables (no flexionadas) y en ocasiones en el de las flexionadas, estos morfemas introducen oposiciones de tipo lexical entre diversas palabras; pero en las palabras variables o flexionadas más frecuentemente los morfemas introducen modificaciones genéricas, del tipo «nombre de acción», «de parentesco», «verbo iterativo», «desiderativo», etcétera. A veces se llega a una gramaticalización total del valor del tema en los sistemas que hemos llamado «de dos niveles»: pueden indicar oposiciones de género (masc./fem.) o grado (en el adj.); en el verbo, de tiempo, modo, aspecto y voz. Pero ésta es una fase secundaria. Y aun cuando se llega a ella subsisten morfemas carentes de significado, así las vocales temáticas *-e/o, -i, -u, -ā*. Otras veces, un morfema

puede tener, según el vocalismo o el lugar del acento o según la distribución o la posición dentro del paradigma, contenidos variables.

A todo este conjunto se añade, en el caso de las palabras flexionadas, la desinencia, que clasifica la palabra dentro de determinadas categorías o indica sus relaciones con otras palabras. Todo esto es común al complejo nombre-adjetivo (en parte también al pronombre) y al verbo; la diferencia está, de un lado, en los contenidos expresados por morfemas y desinencias; de otro, en que sólo en pequeña medida son comunes a los dos grupos los morfemas y desinencias, que por otra parte indican funciones y categorías diferentes (salvo el número). Además, hemos visto en el verbo una mayor pobreza de elementos formativos y un mayor sistematismo. En cuanto al pronombre, su sistema es comparable al del nombre y adjetivo con las diferencias que sabemos.

17. Todos los elementos citados aparecen unificados en la palabra gracias al acento único de la misma y a las junturas que la preceden y siguen, según hemos visto. Pero otros factores de unidad se encuentran en la relación entre los elementos mismos. Veámoslos en relación con nombres, adjetivos y verbos.

*a*) Las desinencias se refieren al total del tema precedente considerado como un todo y dotado de un significado de conjunto: ello independientemente de que el tema sea una raíz pura o una raíz más uno o varios morfemas. Es ese total el que es categorizado o relacionado con otras palabras.

*b*) Los morfemas, y por supuesto la desinencia, no tienen existencia autónoma. Requieren la presencia de una raíz, que va precisamente en cabeza y que es precisada en

su sentido por ellos en la forma ya expuesta. De ahí la irruptibilidad de la palabra indoeuropea. Sólo en caso de aglutinación de prefijos o sufijos (cf. VI.IV.3.17) hay fluctuación en sus límites hasta que esa aglutinación llega a consumarse: tampoco puede, pues, decirse que haya tmesis o partición de la palabra.

*c*) La colocación de los morfemas no es arbitraria. Los hay que sólo funcionan como primer morfema, por haber perdido vitalidad desde fecha arcaica; los hay que son incapaces de ser primer morfema, por la razón contraria; hay los morfemas temáticos, que forman el final del tema; hay aglutinación de morfemas que forman uno nuevo, en el cual figuran los simples en un orden preciso. Hay, pues, un orden fijo de elementos dentro de los morfemas y no sólo dentro de la palabra, aunque algunos morfemas sean susceptibles de admitir más de una colocación.

*d*) Raíz, morfemas y desinencia son interdependientes en lo relativo al grado vocálico. En principio, el grado pleno de un elemento provoca el cero del anterior y aun del que precede a éste. Este panorama se reconoce todavía aquí y allá; lo hemos visto en las Partes anteriores en relación con la flexión y hemos de profundizar en él desde el punto de vista de la derivación; intentaremos, igualmente, penetrar en su origen. Pero chocó para imponerse con grandes obstáculos: la tendencia a crear derivados sin modificar la palabra básica, la que lleva a la igualación de los paradigmas o a la gramaticalización de los diversos grados de formantes y desinencias, etc.

Lo anterior es aplicable en buena medida a las demás clases de palabras. En los pronombres, la desinencia, del origen que sea, se refiere igualmente a todo el tema. En ellos, así como en los adverbios y demás y en los numerales indeclinables, los morfemas no son autónomos y se siguen en

un orden fijo: otra cosa es que en otras formas tengan función diferente, de raíces. Por lo demás, la composición de las raíces nominal-verbales reproduce, ya lo hemos dicho, un tipo esencialmente idéntico.

18. Por otra parte, además de las razones positivas a favor de considerar la palabra como la unidad fundamental del plano significativo de las lenguas indoeuropeas, existen razones que impedirían aceptar como esta unidad fundamental a la única que podría proponerse como recambio: el morfema. Contra lo que parecen pensar los autores de ciertas gramáticas elementales que tratan de simplificar la labor del principiante, el análisis de una palabra de las lenguas indoeuropeas antiguas en morfemas que unen una forma y un contenido, es con frecuencia imposible. Y ello por las siguientes razones:

*a*) Existen en primer lugar los hechos de alianza, por los que número y persona, en el verbo, y número y caso, en el nombre, tienen una expresión única. Así, *-ti* indica 3.ª sg., *-es* N. pl.

*b*) Mediante el sincretismo, un morfema único, según su distribución y su posición en el paradigma, expresa diversos contenidos. Por ejemplo, la oposición de tiempo está sincretizada en el verbo en las des. de 1.ª 2.ª pl. (*-me/os, -te*); la oposición N./Ac. está sincretizada en el nombre en la des. *-m* o *-Ø* del n. Entiéndase que sincretismo no es un concepto diacrónico, sino sincrónico: no es que secundariamente se haya eliminado una oposición formal quedando sólo la de contenido, sino, más frecuentemente, que una oposición que se ha creado no ha hallado expresión formal en todos los temas. Por lo demás, a veces se habla de sincretismo sin razón: la desinencia llamada de D.-Ab. pl. se

refiere a un caso único, por más que en sg. en ciertas lenguas a ella correspondan dos casos.

*c*) La amalgama impide igualmente un análisis por morfemas. Por ejemplo, *-s* añadida a ciertos temas no sólo indica N. sg., sino también género animado; *-si* no sólo es 2.ª s., sino también presente de indicativo (raramente subjuntivo). A veces la amalgama tiene origen en una aglutinación, pero más frecuentemente responde al hecho de que en determinadas circunstancias no se introdujo marca formal para una oposición que se creó.

19. Estas dificultades se refieren a la segmentación de una palabra en morfemas que unen cada uno una forma y un contenido. Otras dificultades se refieren al hecho de que con frecuencia una forma tiene varios contenidos o no tiene ninguno; también se da lo contrario, un contenido con varias formas, a saber, los alomorfos, pero la presencia de alomorfos no presentaría dificultades al análisis.

Los sufijos y características con frecuencia carecen de significado y deben considerarse simples alargamientos. Claro está, puede aislarse una *-ā* sin valor de género y una *-ā* de femenino, una *-s* que alarga la raíz verbal y una de desiderativo o aoristo o subjuntivo. Pero en el origen se trata de una y la misma cosa: un alargamiento morfologizado variamente y que ha dejado rastros de su antigua falta de significado, heredada del hecho de que procede de un falso corte del final de una raíz. Las transiciones entre la falta de significado y los varios significados son infinitas. Y la definición semántica sólo puede hacerse dentro del contenido de la palabra o del paradigma, no aisladamente.

Lo mismo puede decirse en relación con los varios significados de un morfema: con su escisión en varios morfemas, como en el caso de la *-s-* verbal.

Podemos hablar, ciertamente, de homonimia, pero si queremos penetrar hasta los orígenes hemos de llegar al punto en que un alargamiento se gramaticaliza variamente. Y, desde el punto de vista de estadios posteriores, la desambiguación de la homonimia sólo puede realizarse atendiendo a la palabra y el paradigma.

20. El hecho profundo es que los sistemas de oposiciones que introdujo el indoeuropeo cuando creó su nueva Morfología están marcados en forma proporcional, paradigmática. Una raíz pura es presente cuando el aoristo es sigmático, o aoristo cuando el presente es derivado; la vocal temática marca indicativo cuando el subjuntivo es diferente e inversamente; etc. Es cierto que el indoeuropeo desarrolló una tendencia a asignar a cada categoría una marca propia, mediante hechos de redistribución o bien recaracterizando con ayuda del vocalismo, etc. los morfemas disponibles; pero esta tendencia nunca se impuso totalmente, y todavía hoy en español seguimos caracterizando el ind. con *-a-* en *cantamos* y el subj. con *-e-* en *cantemos,* pero *-e-* es de ind. en *tememos* y *-a-* de subj. en *temamos,* continuando fielmente un modelo latino que a su vez hereda un procedimiento indoeuropeo.

Por otra parte, conviene recordar que hemos operado repetidamente con el concepto de morfema cero. Esto es, naturalmente, una manera de hablar para decir que el tema puro, por razones de sistema, se convierte en uno de los términos de un paradigma, cobrando un significado gramatical aparte del suyo propio: indica N. o I. o V., etc. Una vez más, nos hallamos ante el hecho de la prioridad de la palabra y la imposibilidad de operar, de una manera económica y fiel al objeto descrito, con solamente morfemas o principalmente con morfemas.

Incluso en el caso de las nuevas clases de palabras que derivan de la antigua clase pronominal-adverbial, hay que trabajar, desde el punto de vista del indoeuropeo posterior, y aun ya del protoindoeuropeo, sobre la palabra y no sobre el morfema. Aquí se ha llegado, a partir de elementos deícticos, a crear alargamientos y desinencias de sentidos precisos ya gramaticalizados. La *-i*, por ejemplo, se constituye, ya en indicio de presente, ya de pl. Incluso las raíces entran en sistemas gramaticales: así para oponer N. y otros casos en los personales. De éstos ya hemos hablado. Vamos, a continuación, a ocuparnos en detalle, a veces sintetizando exposiciones anteriores, pero llevándolas más lejos, del otro proceso, que es el central de la Morfología indoeuropea: la creación de morfemas a partir de las raíces nominal-verbales. Se trata de un proceso de derivación analógica, mientras que en las raíces pronominal-adverbiales domina la aglutinación.

## II

# LAS RAÍCES NOMINAL-VERBALES Y LA CREACIÓN DE LOS MORFEMAS SEGMENTALES

1. Hecha una presentación de los elementos primarios en que se analiza la palabra indoeuropea, podemos pasar a su descripción más detallada, así como a una investigación de sus orígenes. En realidad, por lo que respecta a las desinencias y a la vocal temática está casi todo dicho, e igualmente hemos hablado en detalle de las características verbales y algunas cosas hemos dicho sobre los sufijos nominales, adjetivales y pronominales. Hemos de centrarnos, pues, principalmente en los sufijos derivativos del nombre y adjetivo, pero al tiempo englobaremos todos los demás morfemas nominal-verbales en una visión de conjunto e insistiremos sobre los problemas del vocalismo y el acento: morfemas replacivos y suprasegmentales que, junto con los segmentales, son los elementos con que construye la Morfología indoeuropea. La creación de toda esta Morfología a partir de una lengua no flexiva y, luego, la evolución en diversos estadios de la lengua flexiva así creada, sólo mediante un estudio pormenorizado del origen de los morfe-

mas y de su organización en diversos sistemas sucesivos, puede hacerse.

Las raíces nominal-verbales, que encabezan la palabra dando su sentido fundamental y que pueden reduplicarse o combinarse en un compuesto, tienen en indoeuropeo una serie de rasgos formales. Cúmplenos repetir que son las antiguas palabras del indoeuropeo, aunque con frecuencia haya desaparecido su uso autónomo y desde el punto de vista de las lenguas posteriores sean meras abstracciones.

2. Las raíces nominal-verbales indoeuropeas tienen como elemento indispensable una vocal seguida de una consonante o sonante: son, pues, monosilábicas y su fórmula mínima es V-C o V-S. Esas vocales son *e* u *o*, breves o largas: aunque hemos de ver que las largas no remontan, probablemente, al indoeuropeo más antiguo. No hay raíces disilábicas: cuando se habla de una raíz disilábica se quiere decir que se trata de una raíz que puede llevar la vocal en uno de dos lugares, por ejemplo, puede haber **genH* o **gneH*, pero nunca en ambos a la vez (**geneH*).

Recogiendo datos de la exposición de VI.1 y simplificando la simbolización de forma que V es vocal, C es consonante o sonante inicial o final, S es sonante intermedia entre C y V, K consonante propiamente dicha y, cuando hay necesidad de distinguir dentro de las sonantes, H simboliza las laringales, I la *i* y *u*, R la *r, l, m, n,* se distinguen los siguientes tipos fundamentales de raíz nominal-verbal (una sigla entre paréntesis indica que un fonema puede presentarse o no):

1) (C)-V-C, advirtiendo que no hay (C)-V-I.
2) C-S-V-C.
3) (C)-V-S-C, donde la C final se resuelve como K, I o H.

El tipo 1 es el de **teg* 'cubrir', **dheH*$^{i}_{1}$ 'mamar' (de donde **dhă̄* y **dhei*), **ter* 'temblar', etc. La fórmula de arriba debe ser especificada en el sentido de que existen determinadas restricciones: no puede haber comienzo y final por sonora sin aspirar (**deg*) o por sonora aspirada y sorda o al revés (**bheut* y **teubh*), salvo si hay *s-* inicial flotante: así tenemos gr. στέγος, lit. *stógas* 'techo', aesl. *o-stegъ* 'toga' y al lado gr. τέγος 'techo', lat. *tego, toga,* aisl. *þak* 'techo'. En cuanto a la falta de I final, hay que observar que siempre hay a continuación, bien *K* (**leik*$^{u}$ 'dejar'), bien *H* (**g*$^{u}$*ei̯H*$^{u}_{3}$ 'vivir'): es decir, nos encontramos con el tipo 3. Junto a **g*$^{u}$*eiH*$^{u}_{3}$ de tipo de 3 hay una variante **g*$^{u}$*i̯eH*$^{u}_{3}$ de tipo 2: ambas monosilábicas, por lo que llamar disilábicas a estas raíces es inadecuado (**g*$^{u}$*ei̯eH*$^{u}_{3}$ no se da nunca en fecha antigua). Pero el tipo en laringal, que acabamos de mencionar, no es el único de 2 y 3: el 2 puede terminar en C (**prek* 'pedir'), el 3 termina a más de en IH en RH, y por supuesto en SK (**perk,* variante de la arriba citada **prek*).

Naturalmente, una raíz de fórmula V-C puede encubrir una raíz más antigua H-V-C: tipo **H*$_{2}$*eg* de donde **ag* (ai. *ájati,* gr. ἄγω, aisl. *aka,* lat. *ago,* etc.). Pero es un apriorismo el postular que en todos los casos una vocal inicial de raíz testimonia la pérdida de una antigua laringal. En cambio, las raíces nominal-verbales no terminan nunca en vocal a diferencia del tipo pronominal-adverbial.

Las particularidades del comienzo y fin de las raíces indoeuropeas no deben extrañarnos. Se trata de restricciones de distribución de las sonantes y consonantes dentro de la raíz y, al propio tiempo, de rasgos de demarcación inicial o final de las mismas, tales como son conocidos en las palabras y otras unidades lingüísticas en numerosas lenguas: no hay que olvidar nunca que las raíces eran origi-

nariamente palabras. Evidentemente, esas restricciones se deben a procesos fonéticos del más antiguo protoindoeuropeo: procesos en los que nos es imposible penetrar. Debemos, pues, limitarnos a describir los hechos, no sin hacer notar que el indoeuropeo posterior fue eliminando esas restricciones en muchas formas de las mismas raíces provistas de alargamientos.

3. La presencia de una vocal, indispensable en la raíz, introduce posibles variaciones dentro de ésta. De un lado, las relativas al timbre y, posteriormente, cantidad: una raíz puede tener, por ejemplo, las variantes *C-e-C, C-o-C, C-ē-C, C-ō-C*; de otro, una misma raíz puede presentar los tipos C-S-V-C o C-V-S-C (tipos 2 y 3); hay, hemos apuntado, variantes **perk/prek, *ters-/*tres-*. Estas variantes pueden combinarse con las anteriores y haber, por ejemplo, **prok-*. Pueden ser, en principio, palabras independientes; pero en otros casos puede suponerse que la forma antigua es solamente una, y las demás han surgido en las raíces derivadas con sufijos y desinencias, en fecha posterior a aquella en que eran palabras-raíces independientes.

Consideramos aquí solamente el problema de la localización de la vocal dentro de la raíz, no los del timbre o cantidad, de que nos ocuparemos más adelante.

Los dos tipos básicos C-S-V-C / C-V-S-C presentan la vocal ya detrás ya delante de una sonante (tipos Ø/P y P/Ø). Hemos de suponer que el acento va sobre la vocal, pero esto es una necesidad y por tanto hay coincidencia entre vocalismo y acento, el primero arrastra el segundo y no puede decirse, en cambio, que un desplazamiento del acento provoque un cambio del vocalismo. La solución de por qué esas dos posibilidades en la localización de la vocal en una misma raíz ha de buscarse por otro camino. Cuando

a una de estas raíces de cuatro fonemas se añade un alargamiento consonántico, ello es siempre tomándola en el tipo Ø/P, esto es, en la fórmula C-S-V-C. Es decir, puede haber **prek-s-*, pero no **perk-s-*. Se trata de evitar la acumulación de tres elementos sonánticos o consonánticos: de ahí que la hipótesis más verosímil sea que un **perk-s-* secundario representa una metátesis de **prek-s-*, siendo **prek-* la forma más antigua. Pero también es posible que hubiera raíces tanto del tipo P/Ø como del Ø/P (cf. *infra,* VI.II.7) —explicación, por lo demás, no incompatible con la de la metátesis— y que de ahí se llegara a prestar ambas posibilidades a una misma raíz, eligiéndose el tipo Ø/P ante alargamiento consonántico o creándolo si no lo había, con objeto de evitar la acumulación de consonantes y sonantes mencionada. He aquí, ahora, algunos ejemplos de la fluctuación mencionada:

gr. δέρκομαι 'mirar' / ai. inf. *draṣṭum,* fut. *drakṣyati* 'íd.'.
ai. *karṣati* 'arar' / ai. inf. *kraṣṭum.*
gót. *hairto,* gr. κῆρ 'corazón'/ ai. *śrad-dhā-* 'creer'.

4. Esta alternancia de los grados Ø/P y P/Ø ha sido de importancia decisiva en toda la Morfología indoeuropea. La oposición de los dos tipos se ha explotado una y otra vez con finalidades de distinción léxica o morfológica. Los dos grados han alternado en los paradigmas gramaticales, en los cuales, ante morfemas de grado P, se ha desarrollado un nuevo tipo Ø/Ø. Otras veces se ha producido escisión, y uno de los tres tipos así alcanzados, P/Ø, Ø/P y Ø/Ø, se ha constituido en palabra-raíz o raíz independiente. Así, de una misma raíz *$*g^{u}enH_2$* / *$*g^{u}neH_2$* tenemos la primera forma en ai. *jani-* y la segunda en ai. *gnā́* (con una diferenciación del sentido: 'mujer de un dios'), gr. γυνή, aisl. *kona.*

Pero, sobre todo, esta alternancia ha sido imitada en grupos de fonemas idénticos a los indicados, es decir, C-S-V-C y C-V-S-C, pero en los cuales hay que considerar que solamente el elemento inicial, a saber, C-V-S o C-S, es raíz, siendo el final, -C o -V-C, un alargamiento. Es decir, al grado P de la raíz corresponde el Ø del alargamiento y viceversa. Por ejemplo, existe una raíz **ter* 'temblar' (ai. *taralás* 'que tiembla') y junto a ella hay variantes del tipo Ø/P como lat. *tr-em-o*, gr. τρέμω; lat. *trepidus*, aesl. *trepetъ* 'temblor'; ai. *trásati* 'temblar', gr. τρέω < *τρέσω; gr. ἀτρεκής. En ellas a la raíz en grado Ø *tr-* se añaden elementos *-em*, *-ep*, *-es*, *-ek* en grado P: evidentemente, se trata de alargamientos diversos sin valor semántico especial, que luego se fijan diversamente según las lenguas y las palabras. Pero hay también el tipo P/Ø: **ter-s-* en lat. *terreo* y gr. ἔτερσεν· ἐφόβησεν Hsq. E incluso Ø/Ø: ai. *tr̥prás* 'agitado', lit. *trišù* 'temblar'. De una manera semejante, junto a **men* 'permanecer' tenemos un grado Ø/P en lat. *manēre*, aesl. *mъněxъ* (< **m°n-e*$H_1$-); de **leik*$^{u̯}$ 'dejar' igualmente un Ø/P en gr. ἐλίπην; etc. Véanse también ejemplos de alargamientos convertidos en desinencias: junto a *es* 'ser' tenemos en lat. 1.ª sg., 1.ª pl., 3.ª pl. Ø/P (**s-om-i*, **s-om-os*, **s-ont-i* > *sum*, *sumus*, *sunt*); y en las otras personas, P/Ø (**es-s*, **es-t*, **es-t-is* > *es*, *est*, *estis*).

5. En estos y otros casos es evidente que la raíz indoeuropea comportaba elementos sólo eventualmente presentes, algunos alternativos entre sí, como *-em*, *-es*, *-e*$H_1$, etc. y sus grados cero; elementos que a veces se han gramaticalizado para expresar diversas categorías, a veces continúan siendo meros alargamientos sin valor significativo. El carácter de alargamiento se prueba con ayuda de las siguientes razones:

*a*) Una misma raíz puede llevar alternativamente unos u otros, o bien ninguno.

*b*) Cuando funcionan como sufijos o desinencias con valor lexical o gramatical, es ya evidente su carácter no radical, es decir, su difusión para caracterizar diversas raíces.

*c*) Con frecuencia, ese carácter lexical o gramatical queda adherido a un determinado grado vocálico del alargamiento, que se añade ahora a raíces o temas sin alterar su vocalismo. Surge así un tipo P/P evidentemente secundario: cf., por ejemplo, lat. *monē-re, tenē-re*; el tipo temático **bher-es, *bher-et*, etc.

*d*) Las raíces provistas de alargamiento no presentan a veces las restricciones de distribución propias de las raíces indoeuropeas. Por ejemplo, las variantes *$pet\text{-}H_1$, *$pt\text{-}eH_1$ (gr. πέτᾰμαι / ἔπτην, etc.) de la raíz **pet* implican una diferencia de sentido ('volar'; **pet* indica simplemente movimiento, cf. lat. *peto*, gr. πίπτω), aparte de que tiene cada una usos gramaticales propios. Pues bien, una prueba, si es que hace falta, del carácter de alargamiento de la *$\text{-}eH_1$ / *$\text{-}H_1$ se encuentra en el hecho de que tanto el grupo inicial C-C- como el final -C-C (-K-H, K-S, K-K) están excluidos de las raíces indoeuropeas. Por tanto, es claro que en **augs*, **preks*, etc. hay un alargamiento. Lo mismo en casos de S-S final como en **ter-m-* (gr. τέρμα de **ter* ya citado; cf. en Ø/Ø gr. τρᾶμις, aaa. *drum* 'trozo').

*e*) Otras restricciones de distribución que fallan cuando la raíz va seguida de alargamiento son las relativas al comienzo y fin por sonora sin aspirar y al tipo que comienza por sorda sin aspirar y termina por sonora aspirada y al revés. Así, por ejemplo, en el diccionario de Pokorny encontramos:

**der-g* 'desgarrar' junto a **der*.
**deld* 'vacilar' junto a **del*.
**dher-k* 'manchar' junto a **dher-g*, etc.
**dheuk* 'hacerse polvo', junto a **dheu*, **dheubh*, etc.
**ger-g*, *ger-d*, *ger-b* 'hacer girar' junto a **ger*, **ger-k*, etc.

Y muchos casos más. Con mayor razón sucede lo mismo en el caso de alargamientos que han cobrado valor de sufijos o desinencias: es bien fácil la ejemplificación.

6. Todas estas diferencias separan los casos en que en un mismo grupo de cuatro fonemas el final -VC o -C es parte de la raíz y aquellos en que es un alargamiento, eventualmente un sufijo o una desinencia: aunque en caso de evolución semántica clara la distinción se impone por sí misma.

Deben, pues, rechazarse los intentos de colocar ambos casos en el mismo plano y postular que toda raíz indoeuropea constaba originariamente de tres fonemas; es decir, que el tipo 1 (C-V-C) era el único, siendo alargamientos todos aquellos fonemas que se añadían a estos e interpretándose toda vocal inicial como indicio de la caída de una laringal que la precedía; sobre esto último ya nos hemos expresado arriba.

La teoría de Benveniste, que postula esta estructura simple de la raíz, no hace justicia a la complejidad de los hechos. Aparte de las diferencias notadas arriba entre grupos de cuatro fonemas aparentemente con igual función, pero algunos de los cuales son raíces puras y otros raíces seguidas de alargamiento, sucede que existen muchísimos casos en que no existe junto a la raíz de cuatro fonemas otra de tres que pueda interpretarse como punto de partida

de la misma: su reconstrucción a partir de la primera es puro apriorismo sin base en los datos.

Una rápida consulta al diccionario de Pokorny lleva al descubrimiento de numerosas raíces de cuatro fonemas junto a las cuales no existen otras de tres de sentido, aunque sea remotamente, próximo, de las cuales pudieran considerarse deducidas las primeras. Por ejemplo, conocemos formas 2 ó 3, pero no 1 para

*_bhendh_ 'atar'
*_denk_ 'morder'
*_draH_ 'trabajar'
*_dhregh_ 'correr'
*_ghrebh_ 'coger'
*_k'ens_ 'ordenar'
*_krep_ 'cuerpo'
*_seng_$^{w}$_h_ 'cantar'
*_serp_ 'arrastrarse'
*_pers-_ 'talón'
*_terp_ 'disfrutar'
*_ters_ 'sacar'
*_melk_ 'húmedo'
*_mems_ 'carne'

Por otra parte, si limitamos las raíces que comienzan por laringal a aquellas en que la laringal está testimoniada con datos fehacientes, las combinaciones para establecer formas básicas luego alargadas resultan las más veces imposibles.

7. Conviene notar que con frecuencia no están testimoniados los dos grados P/Ø y Ø/P, sino que unas raíces presentan el uno y otras el otro. Da la impresión de que la generalización del doble grado es un fenómeno secundario,

al que ya hemos aludido (*supra*, VI.II.5). Es más, hay toda una serie de raíces, aquellas que terminan en *i* o *u* y consonante, que solamente presentan el tipo P/Ø: raíces del tipo de **leik*$^{u̯}$ 'dejar' sin forma paralela **li̯ek*$^{u̯}$. Evidentemente, el grupo final indicado era compatible con un alargamiento consonántico y no tenía lugar la metátesis de que hemos hablado, que hace pasar del grado P/Ø al Ø/P. Ciertamente, en un corto número de raíces de este tipo, entre las cuales se cuenta precisamente **leik*$^{u̯}$, se ha propuesto ver la forma Ø/P en los temas verbales con infijo nasal: **li-n-ek*$^{u̯}$*-ti*. Es más prudente sentar una antigua raíz **lei* luego alargada con nasal y **-ek*$^{u̯}$ en unos casos (lo que provoca la forma **li* de grado Ø) y con **k*$^{u̯}$ en otros: cf. VI.II.2. Otras muchas raíces no presentan este problema: así, por ejemplo, **deik* 'mostrar', **deuk* 'tirar', **leubh* 'amar', etc. Y en algunas de las que lo presentan, la *-n-* se ha introducido secundariamente, así en ai. *bhanákti* 'romper'.

Por otra parte, la existencia desde antiguo tanto de raíces de 2 ó 3 fonemas (tipo 1) como de otras de 4 (tipos 2 y 3) nos ofrece la única oportunidad para explicar el origen de los alargamientos: sobre el modelo de los tipos 2 y 3, raíces del tipo 1 se alargaron analógicamente e incluso pudieron alargarse las de los tipos 2 y 3. En realidad, hay que postular que el fenómeno del desarrollo de los alargamientos tuvo lugar por etapas. Concretamente, el hecho de que no se den raíces del tipo (C)-V-I ni del C-S-V-I (salvo **ei* 'ir' y **trei* 'tres', evidentemente arcaísmos), sino que aparezca siempre a continuación bien K bien H, depende sin duda alguna de que esta K o H son al menos a veces alargamientos sobre el modelo de raíces en K o H. El que haya raíces como **leik*$^{u̯}$, pero no el tipo **li̯ek*$^{u̯}$, debemos explicarlo de la misma manera. El que la I antigua no se utilice en la Morfología hemos de artribuirlo precisamente al hecho de

que cuando se creó la Morfología indoeuropea no quedaban apenas raíces terminadas en I (*i* o *u*), por lo que estos fonemas no pudieron convertirse en alargamientos y, luego, sufijos. En cambio, la *H* proliferó grandemente en esta función, porque se había extendido desde pronto a muchas raíces.

8. Todo esto nos ofrece una perspectiva en profundidad de las raíces y de los grupos de raíz + alargamiento. Determinadas raíces pudieron recibir desde pronto alargamientos que no alteraban sus restricciones de distribución y que se fundían con ellas tan íntimamente que resultaban inanalizables. Las raíces tendían a unificar sus tipos de alternancias, quedando sin embargo restos antiguos de tipos diferentes; y tendían a alargarse, lo que en definitiva representaba una tendencia —nunca completada, por otra parte— a generalizar los tipos de la raíz de cuatro fonemas (el 2 y 3). Estas raíces con alargamiento se convirtieron para algunas lenguas en raíces inanalizables; pero el método comparativo hace posible su análisis. Por otra parte, con la difusión de los alargamientos tienden a aflojarse las restricciones de distribución; y determinados alargamientos tienden a tomar valores lexicales o gramaticales precisos, ya en indoeuropeo, ya en cada grupo lingüístico.

Todo parece indicar que los alargamientos tienen su origen simplemente en el hecho de que ciertas raíces de dos o tres fonemas toman prestado un elemento final de otras de sentido más o menos próximo. Se trata exactamente del mismo fenómeno tantas veces repetido en la historia de las lenguas indoeuropeas. Así, un alargamiento *-t* (originariamente radical, según decimos) se contamina secundariamente con la final de temas diversos, por ejemplo, para dar los sufijos *-tā, -tāt* y *-tāti*; una característica verbal *-i̯* (a su

vez un antiguo alargamiento y, en definitiva, un antiguo elemento radical, como ya sabemos) añadida en griego a temas en *-id* o *-ig* crea un sufijo -ίζω que luego, a través del latín tardío, ha llegado hasta el español (*-ear* e *-izar*). El fenómeno del falso corte, creador de nuevos elementos morfológicos, se repite constantemente. Imposible explicar si no se cuenta con él el origen de los alargamientos, que en indoeuropeo no tienen existencia autónoma y sólo figuran a continuación de la raíz, que en el protoindoeuropeo más antiguo era autosuficiente. Imposible también, sin acudir al falso corte, explicar la amplia difusión de los alargamientos y su conversión en elementos propiamente gramaticales, sufijos o desinencias.

9. De la conversión de los alargamientos en sufijos y desinencias nos hemos ocupado constantemente a lo largo de este libro: es el centro de su teoría. Y algo hemos de añadir, sistematizando lo anterior. Pero en la base está la creación misma de los alargamientos.

Por poner algunos ejemplos, es muy posible que **stei-g* 'pinchar' y **stei-gh* 'marchar', hayan tomado su alargamiento gutural de *steg* 'palo, pincho' y **stegh* 'pinchar', respectivamente: cf. gr. στίγμα 'pinchazo', aisl. *stikell* 'punta' al lado de aisl. *stjaki* 'estaca', lit. *stãgaras* 'aguijón'; gr. στείχω, gót. *steigan* 'subir' al lado de aingl. *stingan* 'pinchar', gr. στόχος. Por su parte, **pl-ek* 'plegar' (cf. gr. πλέκω) procede de una raíz, testimoniada, **pel*, y puede haber tomado su *-ek* de **pek* 'peinar', 'esquilar' (lit. *pešù*); por otra parte, en el nuevo alargamiento **pl-ek-t* (lat. *plecto*, aaa. *flehtan* 'trenzar') deben haber influido las formas *pel-t* de la misma raíz (gót. *falþan* 'plegar', gr. δίπαλτος en grado Ø) y las formas **pek-t* de **pek* (lat. *pecto*, gr. πέκτω): unas y otras formas alargadas por analogía de raíces en *-t*. A su vez, una

variante **bhr-eg* de **bher* 'romper' (gót. *brikan* 'romper', con otro grado lat. *fragilis*) puede deberse al modelo de **bheg* 'romper' (cf. ai. *bhanákti*).

Incluso allí donde no vemos cuáles han podido ser concretamente los modelos, es claro que las terminaciones de las raíces de dos y tres fonemas fueron una y otra vez utilizadas como ampliación con objeto de lograr formas alternativas de cuatro fonemas, que podían utilizarse para oposiciones léxicas y, luego, gramaticales. Y ello tanto más cuanto que existían desde fecha antigua raíces de cuatro fonemas, terminadas precisamente en los mismos que son propios de las de tres. Así, por ejemplo, las llamadas raíces disilábicas en *-eH/-H* imitan, de un lado, las monosilábicas en *-eH/-H*, tan frecuentes (**steH*$^{u̯}_{2}$ 'estar de pie', **seH*$^{i̯}_{1}$ 'sembrar', **dheH*$^{i̯}_{1}$ 'amamantar', etc.); de otro, antiguas raíces de cuatro fonemas en *-eH/-H*.

10. En los casos en que las raíces de cuatro fonemas presentan las restricciones de distribución que ya conocemos, es difícil decidir cuándo son verdaderas raíces antiguas y cuándo se deben a alargamientos ya no sentidos como tales. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de las en *-eH/-H* que venimos mencionando, en las que a este elemento precede sistemáticamente una sonante (con la excepción ya mencionada de **pet-H*). Naturalmente, tienen mayor garantía de antigüedad aquellas en que sistemáticamente hay huellas de *H* que aquellas otras que presentan formas sin *-eH/-H*. Pero aquí se presenta un problema grave: en las formas P/Ø con frecuencia dudamos si ha caído la *-H* ante vocal o ante consonante, o si es que no ha existido jamás y nos hallamos ante la forma antigua de la raíz. ¿Viene gr. γένος, lat. *genus*, ai. *jánas* de **genH*$_1$*-os*? Éste es el problema, que

posiblemente tiene distinta solución según las raíces. Cf., sobre él *supra*, II.II.5.6.

Con los fonemas no laringales es frecuente, desde luego, que podamos registrar una fluctuación, una presencia o no presencia, según los casos, del alargamiento. No nos referimos, naturalmente, a que, según las lenguas o las palabras de una misma lengua, hallemos **ter*, **tr-em* o **tr-ep*, etc., **aug* o **aug-s*, etc. Esto ha quedado ya explicitado. Más llamativo es todavía el hecho de que, allí donde se constituyó una flexión, el alargamiento aparece o no, en forma arbitraria, según las ocasiones. En het., por ejemplo, un verbo 'ver' presenta las variantes *au-/auš-* sin regla fija. Una des. *-šta* de 2.ª 3.ª sg. pret., al figurar al lado de otra des. *-ta* —cosa que tiene paralelos en otras lenguas—, representa en realidad una forma de la raíz alargada con *-s* alternando con otra sin *-s*. Ahora bien, en general es precisamente la alternancia de formas alargadas y no alargadas o alargadas con alargamientos diferentes la que se ha aprovechado para cargar de un significado propio los alargamientos: *-š*, *-šta*, *-ta* que alternan en het. en 2.ª 3.ª sg., tienden a escindirse en el grupo no anatolio, siendo *-s* de 2.ª y *-t* de 3.ª; alternan raíces con *-r* en N.-Ac. y con *-n* en G. y otros casos; con *-n* en N. y *-s* en Ac. (comparativos); etc.

11. Se suele denominar alargamientos a aquellos elementos del tipo -C o -VC que desde el punto de vista de una determinada palabra o serie de palabras son fijos, carecen de funciones morfológicas y de sentido especial. Suele llamarse, en cambio, sufijos a elementos formativos de forma diferente, aunque carezcan también de significado propio: tales *-i*, *-u*, *-ā*, las vocales temáticas.

Por lo demás, el problema del significado de los alargamientos está sujeto a controversia. Posiblemente, algunos

de ellos, en determinadas series de verbos o nombres, comenzaron a cobrar significado, aunque fuera de una manera un tanto vaga. Así, se ha postulado que *-dh* indica en una serie de verbos un estado «acabado» (gr. πλήθω junto a πίμπλημι, etc.). Se atribuye a *-u̯o* una relación con los adjetivos de color (lat. *fuluos*, etc.); *-bho*, *-go*, *-do* serían propios de los nombres de animales (ai. *ṛṣabhá-* 'toro', gr. ἔριφος 'cabrito'; ai. *pataga-* 'pájaro', gót. *ahaks* 'paloma'; etcétera). Evidentemente, ha habido tendencias en estas direcciones: se trata de una primera fase de la creación de sufijos que caracterizan grupos de palabras que se oponen unos a otros. No siempre se trata de alargamientos, a veces son elementos radicales. En uno y otro caso, nos hallamos ante los primeros estadios de la creación de sufijos con significado propio que forman sistema entre sí. Los hechos a veces no han llegado a cristalizar, otras han sido desfigurados por evoluciones posteriores: de ahí nuestras vacilaciones. Hay que afirmar, en líneas generales, que se ha exagerado terriblemente, siguiendo el modelo de los sufijos posteriores, cuando se ha querido establecer significados antiguos uniformes para alargamientos verbales como *-s* y *-n*. Éste es un error fundamental, basado en insuficientes planteamientos metodológicos, como hicimos ver en I.I.3; han sido y continúa siendo un gran obstáculo en la reconstrucción de las fases más antiguas del indoeuropeo.

III

# LAS VOCALES TEMÁTICAS

1. Se llaman vocales temáticas a aquellas que cierran el tema, antes de las desinencias, estando difundidas ampliamente en esta posición y sin tener ningún significado especial. Se trata, concretamente, de *-i, -u, -ā, -ē* y *-e/o,* siendo llamada esta última la vocal temática por antonomasia.

Las cuatro primeras, de las que nos ocupamos brevemente en primer lugar, son, como sabemos, resultado de las laringales. Cuando siguen inmediatamente a la raíz pueden ser, o bien un elemento de ésta, o bien un alargamiento; cuando siguen a un tema no radical, un alargamiento. Por ejemplo, de una raíz *$g^{u̯}erH^{i̯}$* 'monte' se obtiene ai. *girí* 'monte', donde la *-i* es el resultado de la *-$H^{i̯}$* radical; pero lat. *nāuis* presenta ya simplemente un alargamiento destinado a crear un tipo de declinación más regular. Lo mismo puede decirse de gr. δόρυ, het. *taru* de *$derH^{u̯}$* junto a lat. *manus, senatus*; de ai. *gnā́,* gr. γυνᾱ́ (cf. VI.II.4) junto a lat. *agricola,* gr. χώρᾱ; de lat. *diēs* junto a lat. *sedēs.* Estas vocales temáticas se combinan a veces con diversos sufijos, resultando *-ti, -tu, -tā,* etc. Y no está excluido que, aparte

de la función formativa del tema, presenten valores de diferenciación lexical o gramatical: *-ā*, por ejemplo, de femeninos, generalmente abstractos cuando se trata de nombres; sobre *-i*, *-u* cf. *infra*, VI.IV.3.14.

2. La difusión de estas vocales temáticas, y sobre todo de *-e/o*, procede de la tendencia de las lenguas indoeuropeas a formar en los nombres tipos flexionales claros y regulares. Es pareja con la casi eliminación de las palabras-raíces y con la generalización de unos pocos temas consonánticos en *-n*, *-r*, *-s*, *-t* y *-nt*, mientras que los temas en *-m*, *-l* y otros quedan limitados a unos pocos ejemplos, la mayoría de ellos en palabras-raíces. Del mismo modo, el verbo tiende igualmente a generalizar unos pocos tipos de temas: sobre todo en *-i*, *-u*, *-ā*, *-ē*, *-e/o*, es decir, los mismos que los de los nombres. En cambio, los temas radicales tienden, también aquí, a desaparecer. La coincidencia con lo que sucede en el nombre no puede ser más completa. Es que, igual que las mismas raíces eran nombres y verbos según su función, los temas de ellas derivados y que heredan sus funciones son los mismos, en líneas generales, para el nombre y el verbo, aunque en el caso del verbo sus elementos finales adquieran valor de características, al oponerse los temas entre sí dentro de una misma conjugación (como, por lo demás, ocurre en la flexión nominal en el caso de *-ā* fem. y *-e/o* masc.). En principio, no es que los verbos deriven de los nombres, sino que unos y otros proceden de las mismas raíces y temas: de una raíz **gʷnā* tenemos el nombre gr. γυνᾱ́ y el verbo *μνᾱ́i̯ομαι (cf. IV.IV.1.7); de un tema ai. *bhiṣaj-*, el nombre *bhiṣaṭ* 'médico' y el verbo *bhiṣakti* 'curar'; de un tema gr. τιμᾱ́, el nombre τιμᾱ́ y los verbos τιμᾶμι y *τιμᾱ́i̯ω. Sólo en una segunda fase se considera

el verbo como derivado del nombre (denominativo) y, efectivamente, se crea este tipo de derivación.

3. Pero esta función secundaria, temática, de ciertos alargamientos vocálicos que cierran los temas consonánticos, radicales o no, es más frecuentemente desempeñada por la vocal temática por antonomasia *-e/o*. A diferencia de las otras, no tiene origen laringal ni toma origen de elementos radicales difundidos secundariamente con esta función. En realidad, sobre el origen y funciones —funciones gramaticales secundarias, aparte de la temática— de esta vocal hemos hablado repetidamente a lo largo de este libro; pero aquí, hemos de insistir, sistematizando.

Las exposiciones clásicas de la Lingüística indoeuropea señalan la existencia, en la morfología nominal y verbal, de una oposición tajante entre formaciones temáticas y atemáticas. Una declinación como la de lat. *dominus* es considerada como basada en un tema en *-e/o domine/o-*, que aparece sin desinencia en V. *domine*; en otros casos se piensa que hay contracción de vocales (*dominō* < **domino-ōd, deum* < **deo-ōm*). Y la existencia de formas sin vocal temática como G. *dominī* no se tiene en cuenta. Por otra parte, en el verbo las flexiones semitemáticas de het., lat., esl., germ., etc. se consideran un producto secundario, una contaminación de la flexión temática y la atemática.

Nosotros hemos propuesto una interpretación diferente de estos hechos: lo que en la fecha más antigua existe son desinencias en grado P como *-os, -es, -ōd, -ōm,* de las cuales secundariamente se ha abstraído una *-e/o,* creándose así nuevos «temas puros» como *domine.* El hecho es que el fenómeno de abstraer la vocal y tomarla como un morfema independiente se ha producido indudablemente en un momento dado: sobre la base de esos temas puros y de la

interpretación de ciertas formas como resultado de una contracción de la vocal temática con una vocal desinencial, *dominus* es interpretado como **domino-s* e, igualmente, *legis* < **legesi* es interpretada como **leg-e-si*. La prueba de que ello es así es que la vocal temática se ha cargado secundariamente de varios valores morfológicos, dependientes de las oposiciones que ha contraído: indica masc. frente a *-ā* fem., indicativo frente a *-ē* subj., subj. frente al ind. del tema radical, etc.

La vocal temática no es, pues, un elemento inicial de la morfología indoeuropea, sino el resultado de una evolución ya dentro de la fase flexiva. En ciertas lenguas se ha llegado incluso a oponer tajantemente una flexión atemática y una temática: a saber, en el i.-i. y gr. Y en todas allí donde hay una flexión temática con *-e/o* la palabra en cuestión se mantiene idéntica a través de todo el paradigma, sin variar el vocalismo predesinencial ni el lugar del acento.

4. Procediendo de una abstracción a partir del grado P de las desinencias, la vocal temática es antigua en indoeuropeo, pero es reciente su difusión en general y, concretamente, dentro de un mismo paradigma. El carácter relativamente reciente de la flexión temática en los nombres es un hecho bien conocido: afecta en buena medida a elementos culturales recientes y no es raro que se conserven uno junto a otro el tema radical puro y el provisto de vocal temática: gr. οἶκος y οἰκ- (en οἴκαδε); lat. *nix* < **snigᵘh* (cf. gr. νίφα y aesl. *sněgъ*, lit. *sniẽgas*, gót. *snaiws* < **sneigᵘhos*; av. *zəm-* 'tierra' y lat. *humus*. En cuanto a los verbos, puede verse fácilmente a lo largo de la historia del ai. y el gr. la proliferación de las formas temáticas a expensas de las atemáticas; y el descubrimiento del hetita ha confirmado las

opiniones de algunos lingüistas de que el tipo semitemático es tan antiguo o más que el uniformemente temático.

Pero conviene repasar en detalle la explicación del origen del sistema de la flexión temática: del por qué ésta se caracteriza por un acento y un grado vocálico fijos.

5. Si la vocal temática nace de las desinencias y las desinencias a su vez no son otra cosa que gramaticalizaciones de los alargamientos, que por su parte repiten el juego de grados de alternancia de las raíces de cuatro fonemas, el esquema que parecería deber haberse impuesto en los temas de raíz + vocal temática es el Ø/P, con acento en dicha vocal. Es decir, paralelamente a las formas opuestas *g$^{u̯}$énH$^{i̯}_{2}$ / *g$^{u̯}$néH$^{i̯}_{2}$, *tér-s / *tr-és,* etc., esperaríamos en el nombre un tipo como el de gr. νεογνός, ai. *nīḍás* < **ni-sdós,* que efectivamente existe, pero es más bien raro; y en el verbo esperaríamos como único el tipo de ai. *tudáti,* gr. aor. λιπέ/ο-, también relativamente raro.

La realidad de los hechos nos presenta los tipos siguientes:

*a*) Ø/P con acento en el P, de que acabamos de dar ejemplos.

*b*) El mismo tipo con acento en el grado Ø: ide. **u̯l̥k$^{u̯}$os,* cf. ai. *vŕ̥kas,* etc. Cf. en el verbo gr. γλύφε/ο-, sin duda secundario.

*c*) P/P con acento en la segunda sílaba, teniendo la primera timbre *o*: gr. φορός 'que lleva', ai. *varás* 'que elige', lat. *procus* (con el acento alterado). El tipo falta en el verbo salvo ciertos aoristos (gr. τεκέ/ο-).

*d*) P/P con acento en la primera sílaba, que presenta *e* (**sneig$^{u̯}$hos* 'nieve' arriba citado) u *o* (gr. φόρος 'tributo', ai. *váras* 'elección'). En el verbo es un tipo normal en los presentes: ai. *bhárati,* gr. φέρω, etc.

6. Los hechos, así presentados, son todavía indigestos e indominables. Procedamos separando el nombre del verbo y ocupándonos primero de éste, que es más sencillo.

El tipo *a*) es perfectamente comprensible y representa un vocalismo y acento arcaicos, imitados en último término de las alternancias de las raíces de cuatro fonemas: decimos esto para destacar que no es preciso en absoluto postular una caída de vocal en la sílaba átona. En **tud-ét* o **likᵘ̯-ét* simplemente se escogía el alomorfo con grado Ø de la raíz y el con grado P de la desinencia: y Ø y P se seleccionaban recíprocamente conforme a un esquema heredado. Este tipo *a*) es imitado en cuanto al acento en aoristos como gr. τεκέ/ο-, simplemente para caracterizarlos como aoristos.

En cuanto al tipo *d*), esperaríamos encontrar **bhr-ét*, no **bhér-et*, es decir, otra vez el *a*). El grado P/P es evidentemente una innovación, innovación que, por otra parte, ha servido para crear una diferencia gramatical, al tomar el tipo *a*) el valor puntual y *d*) el durativo.

El origen de esta innovación está sin duda en hechos analógicos. En las personas 2.ª 3.ª sg. de una raíz como **bher* debieron alternar las formas **bhér-s*, **bhér-t* y **bhr-és*, **bhr-ét*, según se eligiera el tipo P/Ø o el Ø/P. Del primero hay huella clara: ai. *bhárta*, lat. *fers*, *fert*, gr. φέρτε. Vacilaciones de este género debieron de ser normales antes de la oposición de una flexión temática a otra atemática. De un modo paralelo, el lat. presenta *s-* en *sum*, *sumus*, *sunt* frente a *es-* en *es*, *est*, *estis* (cf. VI.II.4); en ai. hay aor. 3.ª pl. *ágman* junto a 1.ª pl. *ágamma*; en het. hay 3.ª pl. *appanzi* (con grado Ø) frente a 1.ª pl. *appueni*, 2.ª pl. *epteni* 'coger' y muchos casos más; en la flexión semitemática son normales los tipos *-ē-/-i̯o-*, *-ā-/-i̯o*, es decir, *-*eH*$^{i}_{1}$-/*-*H*$^{i}_{1}$*o*-, *-*eH*$^{i}_{2}$-/*-*H*$^{i}_{2}$*o*- (cf. IV.II.4.3). En definitiva, el vocalismo pleno inicial de los temas verbales temáticos con grado P/P no

puede venir más que de una imitación de las formas atemáticas paralelas. A la dualidad **bhér-s/*bhr-és* sucedió la forma generalizada **bhére-* con el vocalismo de la primera y el acento de la segunda. Así se logró una doble diferencia, de vocalismo y acento, respecto al tipo *a*), lo que se aprovechó, como queda dicho, con fines morfológicos. Pero a este respecto el acento es el rasgo relevante de la oposición y el vocalismo solamente el redundante: en gr. hay presentes Ø/P y aoristos P/Ø, pero unos y otros con el acento de los presentes y aoristos habituales, es decir, en la raíz y la vocal temática, respectivamente. Por otra parte, no sólo hay *e* en la raíz del presente, sino también *o* y las vocales largas, cf. IV.II.3.5.

7. Lo que sucede en los nombres y adjetivos sólo se comprende si se tiene en cuenta que frente a lo que sucedía en las palabras-raíces o palabras-raíces con alargamiento, en que el acento iba sobre el grado pleno, aquí entran a veces en contradicción dos principios diferentes: éste y otro al que más arriba hemos hecho alusión, a saber, la existencia de una acentuación final propia de las formas derivadas del relacionador, a saber, el G. (y por analogía los demás casos oblicuos) y el adjetivo. Como, por otra parte, a veces no llega a establecerse diferencia formal entre nombre y adjetivo y se añade que con frecuencia los adjetivos se sustantivizan, surgen toda clase de situaciones conflictivas, de las que nacen regularizaciones diversas.

Si las des. *-os* y *-om* de N. y Ac. no son más que alargamientos añadidos a una palabra-raíz para formalizar su relación con el verbo, según hemos expuesto, es lógico que se manifieste una tendencia a mantener el vocalismo y el acento de la palabra-raíz, rompiendo el principio según el cual *-os* y *-om* sólo se añaden a la forma en grado cero de

la raíz y cargan con el acento. Lo normal en la raíz que funciona como N. o Ac. es, por supuesto, el grado pleno con acento en la vocal, trátese de la fórmula C-V-C, de la C-S-V-C o de la C-V-S-C. Por tanto, no hay en general elección de la forma con grado cero ni, por supuesto, caída de la vocal. Junto a **u̯oík-*, **dóm-* se crean simplemente **u̯oík-os*, **dóm-os* (gr. οἶκος, lat. *uīcus*; gr. δόμος, lat. *domus*, aesl. *domъ*); junto a **bhor-*, igualmente **bhóros*. Estos grados plenos solían llevar *o*, pero también los hay con *e*, como el nombre de la 'nieve'; y los hay, igualmente, alargados.

Ahora bien, *-os* y *-om* tenían una segunda función, la de relacionadores; con su ayuda se creaban formas de las que salieron luego genitivos y adjetivos. En este caso, el acento de *-ós* estaba impuesto no solamente por el esquema de las raíces indoeuropeas de cuatro fonemas, sino también por el hecho de que la palabra determinante se acentuaba en la final. De ahí que la tendencia a mantener este acento, como distintivo frente al N.-Ac., fuera muy fuerte y que se acompañara de la selección de la forma con grado Ø de la raíz. En efecto, son frecuentes los adjetivos en *-ós* con grado cero de la raíz: de ellos derivan las formas sustantivadas gr. νεο-γνός y ai. *nīḍás* mencionadas arriba. Y en los atemáticos se ha conservado como normal, al menos en las palabras-raíces y otros tipos más, el G. en *-ós* y con grado Ø de la raíz (gr. κυνός, ai. *śúnas* con el acento desplazado secundariamente).

8. En los temáticos, en cambio, las cosas sucedieron de manera diferente. Frente a un N. **u̯oík-*, **u̯oíkos* y un Ac. **u̯oík-*, **u̯oíkom*, el G. **u̯ikós* no se mantuvo más que en la flexión atemática (**u̯oík-s/*u̯ik-ós*, con posterior unificación del vocalismo en el grado cero: ai. *vík/viśás*). Roto el sis-

tema que conjuntaba los grados P/Ø e introducido el P/P en el N.-V.-Ac. se quebró también aquí, generalizándose en general el grado P/P, con acento en la sílaba radical, oponiéndose de este modo formalmente nombres y adjetivos. Esta oposición es igualmente clara cuando, ocasionalmente, la unificación de vocalismos se hizo a favor del grado Ø/P (**u̯i̯kᵘ̯os*). También aquí, como en el verbo, el acento es relevante y el vocalismo redundante. Pues los adjetivos llegaron a imitar el vocalismo de los primeros, distinguiéndose suficientemente gracias al acento: **bhorós* frente a **bhóros* (de la forma **bhrós* hay huella en δίφρος, sustantivizado y con acento de compuesto posesivo). Sin duda, ayuda aquí un proceso fonético: **bhᵒrós* > **bhorós* vocalizando la *ᵒ* en *o* por influjo de la *o* final.

Así vemos que la forma de N. y la provista de relacionador, aunque con el mismo morfema, debieron distinguirse en un momento por el vocalismo y el acento, pero se unificaron luego, oponiéndose por el acento al adjetivo: el nombre lo lleva en la raíz, éste en la vocal temática. Esta unificación creó a su vez un problema: la homonimia N.-G. se resolvió en cada lengua de diversas maneras que hemos estudiado en III.III.4.6 ss. Pero lo importante es que la unificación del vocalismo dio la pauta para la difusión de un vocalismo unitario en toda la flexión temática del nombre. El adjetivo daba el modelo, al generalizar el vocalismo y acento de la forma con relacionador, de que nace; aunque no sin influencia del nombre muchas veces, como acabamos de ver. En realidad, si la flexión temática consiste en generalizar las desinencias con vocalismo P, el Ø automático de la raíz provocaba dificultad porque oscurecía todo el sistema de la Morfología. En realidad, tanto en el nombre como en el verbo son en definitiva las formas con vocalismo radical P, es decir, las de fórmula P/P, las que han

predominado. Son relativamente recientes, pero tienen su origen en hechos antiguos.

9. Fases del desarrollo de la flexión temática todavía no alcanzadas en anatolio son el desarrollo de formas terminadas en vocal temática consideradas como temas puros y la creación de tipos dentro de la misma con función gramatical.

Es bien claro el origen del primer proceso. Una vez que todas las formas de un paradigma (salvo rara excepción, como el G. lat.-celta en *-ī*) llevan *-e/o* seguida de consonante, surge un falso análisis en virtud del cual sólo la consonante es la desinencia: *-e/o* se interpreta como final del tema. Del mismo modo que una forma de un paradigma atemático se interpreta como el tema puro (conservado a veces en función de caso) más la desinencia, aquí se deducía que había un tema puro en *-e/o*. Y como el tema puro atemático podía funcionar como V. o impvo., entre otras funciones, aquí se sustituía en esos casos la forma de la raíz o tema puro por la misma seguida de *-e/o*.

Este proceso sigue una cronología que no es uniforme. El V. en *-e* de la 2.ª declinación (lat. *domine*) es posterior al anatolio y lo mismo la *-ō* de la 1.ª sg. Pero en anatolio hallamos en impvo. 2.ª sg. en *-e* (*uwate* 'traer' de *uwatemi*) y también en **-a* (*tiya* de *tiyami* 'tirar'). El primero es usual, como sabemos, en todo el indoeuropeo posterior. Y hay una forma en *-a* (*-ari*) morfologizada como 3.ª sg. med. de la conjugación en *-ḫi*; como hay varias en el grupo no anatolio (cf. IV.III.2). También en desinencias **-Ho*, **-to*, **sto*, morfologizadas variamente, se encuentra el tipo consonante + *e/o* y ello desde el indoeuropeo, pues coinciden el anatolio y el no anatolio. Remitimos para todo esto a los capítulos correspondientes, IV.III.3 y 4. Estas vocales

ciertamente, ya no hacen oficio de temáticas, sino que son interpretadas como desinencias. Pero el origen en la vocal temática está bien claro: representa una adición con finalidades distintivas a *-t,* etc. sobre el modelo de formas de raíz pura seguidas de vocal temática y formas sin la misma (**bhere/*bher*). Como es originariamente una vocal temática la que es considerada como característica de indicativo, subjuntivo, etc. Por otro lado, por influjo de nombres y adjetivos en *-e/o,* hemos visto que los pronombres que originariamente terminaban en *-e* radical (cf. V.I.1.5), pasan a llevar con frecuencia un *-e/o* final considerado vocal temática.

10. Esto nos lleva de nuevo al tema de la morfologización de la vocal temática. Se trata de la oposición de un tema temático y uno atemático o provisto de otro morfema, usada con fines gramaticales. Lo primero que hay que decir es que esta utilización de la vocal temática no se da en el anatolio ni, por tanto, en protoindoeuropeo. Es propia de aquellas lenguas que han alcanzado el segundo nivel, es decir, que oponen temas dentro de una declinación o conjugación: a saber, del grupo no anatolio. Lo cual no obsta para que también en el grupo no anatolio se conserve abundantemente el uso antiguo de la vocal, puramente formativo de temas. Concretamente, en el nombre la clase temática no se opone sistemáticamente a la atemática; en el verbo hay temas de los dos tipos sin que medie entre ellos oposición: temas temáticos y atemáticos se encuentran en presente y aoristo; y el valor gramatical que puedan tener temas en *-n-eu, -n-ā, -ske-/o,* etc., no tiene relación con la presencia o ausencia de la vocal temática. Únicamente en la flexión semitemática, al aparecer la vocal en cuestión en unas personas sí y otras no, hay un comienzo de uso gra-

matical, como rasgo redundante al lado del relevante constituido por las desinencias. Éste es el único uso gramatical de la vocal temática del que hay huellas en el anatolio.

11. Comenzando por la declinación, aquí es donde menos se ha desarrollado el uso gramatical de la vocal temática. En el anatolio, según decimos, no hay testimonio de él, lo cual era esperable desde el momento en que hemos visto que la declinación temática está poco desarrollada —hay homonimia de N. y G. sg., casos idénticos a los de las declinaciones atemáticas, falta el V. en *-e*— y, además, es de uso escaso.

12. Fuera de aquí, hay tres gramaticalizaciones nominales de la vocal temática, la de más trascendencia la tercera, que es la única de segundo nivel; las dos primeras hubieran podido llegar a constituirlo, pero quedaron en simples esbozos.

*a*) Frente a un nombre atemático con acento en la raíz en N.-Ac. sg., un adj. temático con acento en esta vocal. Es un esquema del tipo nombre **sed* (cf. las formas alargadas gr. ἕδος, lat. *sedēs*) / adj. **sd-ós* (cf. ai. *nīḍás*, lat. *nīdus*, citados arriba). Este tipo de oposición gramatical no ha permanecido vivo en ide. debido al desarrollo de nombres temáticos y a la sustantivación de adjetivos, pero está en la base de los numerosos adjetivos en *-ós*, creados luego sobre cualquier tipo de temas, pero muy frecuentemente todavía sobre grados Ø de la raíz: esto último es lo normal en los adj. en *-tó* y *-nó*, cf. *infra*, VI.IV.3.13. Pero incluso con la simple vocal temática hay desplazamiento del acento en ai.: *daśamás* 'décimo' junto a *dáśa* 'diez', *tamasás* 'oscuro' junto a *támas* 'oscuridad', ai. *pivarás*, gr. πιαρός 'gordo' junto a gr. πῖαρ, ai. *udrás* 'un animal marino' junto a gr.

ὕδωρ; etc. Sin embargo, no hay que olvidar que el desplazamiento del acento se da también en nombres: ai. *himás* 'invierno' junto a lat. *hiems,* av. *zyå,* cf. *infra,* VI.IV.3.4.

*b*) Ya ha quedado expuesta la existencia de una oposición del tipo gr. φόρος 'carga, tributo' / φορός 'que lleva', ai. *váras* 'elección' / *varás* 'que elige'. El fem. con acento final al ser considerado un derivado, coincide con el adjetivo; mejor dicho, las formas de nombre y adj. fem. son una y la misma: gr. τομή frente a τόμος.

Este caso es un derivado del anterior, por vía de la difusión de vocalismos innovados y del desplazamiento de la flexión atemática. A veces se conservan diferencias de vocalismo nombre/adjetivo: ai. *várdhas* 'crecimiento'/*vṛdhás* 'que hace crecer', *śókas* 'brillo' / *śucás* 'puro' (pero también *śokás*). En realidad, todo esto cae bajo el apartado de la función morfológica del acento, que volveremos a considerar con más detalle: aquí es la oposición vocal temática átona/tónica la que nos interesa, como marcando la de un nombre y un adjetivo.

*c*) Finalmente, en III.VII.1 hemos explicado el desarrollo de una marca *-ā* de fem. y de una *-o* de masc., que se oponen entre sí en la flexión del adjetivo y luego se implantan también, aunque con menor generalidad, en el nombre. El punto de arranque está seguramente en la *-ā,* resultando el valor de masc. de *-o* de una polarización; por lo demás, con des. *-m* tuvo siempre valor de n., continuación del antiguo inanimado y, en definitiva, de la antigua forma no diferenciada generalmente.

13. En cuanto al verbo, hemos recordado ciertas morfologizaciones de la vocal temática para marcar, como rasgo redundante, determinadas personas; y ello ya desde el anatolio. En hetita es normal en todos los verbos una des. de

3.ª pl. **-onti* con vocal temática y no es infrecuente la vocal temática en 1.ª pl.; me refiero, claro está, a las flexiones que no la han generalizado. Cf., por ej., *kuemi* < **kuen-mi* / *kunanzi* 'matar', *ešmi* / *ašanzi* 'ser', *teḫḫi* / *tiyaweni, tiyanzi* 'poner', *memaḫḫi* / *memaweni, memanzi* y *memiyaweni, memiyanzi* 'hablar'. En formas semitemáticas de otras lenguas lo normal es una flexión del tipo de lat. *sum*: formas temáticas en 1.ª sg. y 1.ª 3.ª pl. Remito a mi exposición en la parte dedicada al verbo, IV.IV.1. Pero también volveremos sobre el tema al ocuparnos (VI.IV) de las funciones morfológicas del acento y los grados vocálicos.

Fuera de este caso, las demás gramaticalizaciones de la vocal temática en la flexión verbal, todas en el grupo no anatolio y propias del segundo nivel, son principalmente las siguientes, que resumimos para dar un cuadro sinóptico de cosas ya expuestas al hablar de la flexión verbal:

*a*) Vocal temática átona/íd. tónica, como expresión de la oposición presente/aoristo, siendo antes dos temas independientes, durativo y puntual respectivamente: tipo pres. λείπε/ο- / aor. λιπέ/ο-, sobre el tipo ai. *bhárati* / *tudáti*. Con frecuencia, el pres. lleva características varias. Cf. IV.II.4.6.

*b*) Presente temático / aor. atemático. Cf. IV.II.4.5.

*c*) Indicativo atemático / subj. temático. Cf. IV.VI.4.7.

*d*) Subj. atemático / ind. temático o con características varias. Cf. IV.II.4.10.

14. Nos queda por considerar, dentro de los usos gramaticales de la vocal temática, una última cuestión: el aprovechamiento para esta función de las alternancias vocálicas *e/o* y breve/larga.

La flexión temática en el nombre arranca en definitiva de un alargamiento *-os*, junto al cual se han preferido, en los casos otros que el N. sg., el grado vocálico *o*. Ha llegado

un momento en que la raíz o tema original han sido sustituidos en la conciencia lingüística por los mismos seguidos de *-o*. Así ha sucedido que el grupo no anatolio ha eliminado formas como el N. pl. en *-es*, el D.-L. sg. en *-i* y el Ac. pl. en *-m̥s* que carecían de dicha *o*, sustituyéndolas por *-ōs*, *-ōi*, *-oms*. Las formas con vocal larga, sea cualquiera su origen —de él nos hemos ocupado en nuestro tratamiento del origen de la declinación—, eran interpretadas como procedentes de contracción de *-o* + *o*: de una *o* temática y una desinencial. Así también en el caso del Ab. en *-ōd* (hay trazas de *-ēd* en diversas lenguas, cf. III.V.2.4) y el G. pl. en *-ōm* (también *-ēm*, cf. III.IV.3.2): en realidad, se empleó el grado alargado para lograr mayor distintividad (cf. III.V. 2.3 y III.IV.3.2).

Sin embargo, la existencia de una alternancia *e/o* era obvia fuera de la flexión así constituida: por ejemplo, sin ir más lejos, en el sufijo y desinencia *-e/os*, donde las dos vocales ya se encontraban en distribución libre, ya condicionada morfológicamente. Cuando se creó secundariamente un «tema puro» del tipo *domine* para marcar el V. (cf. VI. III.9), se utilizó la posibilidad de la alternancia de timbre para marcar mejor el V. Desde el punto de vista sincrónico, era igualmente un tema puro una forma en *-ō* utilizada como I. por algunas lenguas, aunque históricamente venga de la analogía con temas en laringal y sea una mera variante el D. en *-ōi*. Aquí, desde el punto de vista sincrónico una vez más, había un alargamiento, era imposible pensar en una contracción. O sea, que sincrónicamente se ha utilizado ya el cambio de timbre, ya el alargamiento de la vocal temática para diferenciar los nuevos temas puros. El hetita ya usa -it < *-ēd como I., -az < *-ēd-s como Ab., como opone N. sg. *-os a N. pl. *-es. Es decir, en el resto del indoeuropeo el perfeccionamiento de la declinación temática se ha hecho

acudiendo, a partir de un momento dado, a oponer timbres y grados vocálicos con fines de diferenciación gramatical.

15. Por lo que respecta al verbo, no se ha llegado a oponer con funciones gramaticales diversos timbres o grados vocálicos de la vocal temática también diversos. El recurso se ha utilizado solamente para oponer derivados de un mismo tema, esto es, como redundante respecto a las desinencias (incluida la desinencia Ø).

No está presente en hetita, donde hay temas verbales con *-o* > *-a* y otros con *-e*: hay *peḫutemi* 'traer' con *e* fija (salvo 3.ª pl. *peḫudanzi*) frente a *tiyami* 'marchar' con *a* fija. La única morfologización de que puede hablarse es usar sistemáticamente *-anzi* < **-onti* en 3.ª pl. Por otra parte, también en tocario encontramos un tipo que parece provenir de **-e* (en toc. B da *e* en 1.ª sg. pl., *a/ä* en el resto) y otro que parece provenir de **-o* (en toc. B da *-e*). En lit. hay *-a* < *-o* fija (salvo 2.ª sg. en **-e*).

Así, la regularización en virtud de la cual *ō* indica 1.ª sg. / *o* 1.ª 3.ª pl., *e* las demás personas, es propia del grupo no hetita, y aun posiblemente no común a todas estas lenguas, aunque en los hechos del lit. y toc. puede haber regularizaciones secundarias. Da la impresión de que a los hechos registrados en las lenguas históricas subyace un estado antiguo en que *e* y *o* son alomorfos libres o bien en una distribución basada en razones fonéticas, no morfológicas. Téngase en cuenta que la flexión verbal temática tiene una base más amplia que la nominal: ésta arranca simplemente del paralelismo entre formas derivadas en *-os* y *-om*, aquélla usa un número mayor de desinencias. Sin embargo, la coincidencia del hetita y casi todo el restante indoeuropeo en adjudicar **-o-nti* a la 3.ª pl. hace remontar esta gramaticalización, al menos como tendencia, a época muy antigua.

Y no queda excluido que **-ō* de 1.ª sg. sea ya protoindoeuropea, pues el *-aḫḫi* del het. procede de una generalización que arranca de temas en laringal; las demás lenguas, aparte de eliminar la forma en *-e* (het. *-eḫḫi*), han alargado la **o* en **ō* para dotarla de mayor distintividad. Además, hay que hacer notar que en la flexión semitemática del hetita cuando la 1.ª pl. es temática lleva *-e*.

Parece, pues, que se tendía ya en protoindoeuropeo a caracterizar con el timbre *-o* las tres personas mencionadas: pero a veces no llevaban vocal temática o llevaban incluso *e*. Las otras personas, con su *-e*, alternaban con formas atemáticas y, sin duda, también con *-o*. No puede hablarse más que de un comienzo de fijación para aquella época, quizá sobre base fonética (cf. *infra,* VI.III.16). Sólo la eliminación, en ciertas lenguas y en otras al menos para ciertos temas, de la flexión semitemática, llevó a su culminación el sistema de la oposición de timbres, tal como aparece en gr. φέρω, φέρεις, φέρει, φέρομεν, φέρετε, φέρουσι, φέρετον, φέρετον.

16. El uso morfológico de la vocal temática decreció a partir de un momento dado. Las vocales temáticas añadidas a alargamientos o sufijos fueron sentidas como parte de morfemas independientes; igualmente, la de subjuntivo se sintió como un morfema aparte, morfema cuyo uso se difundió poco. Pues la tendencia a diferenciar cada categoría con una marca especial era contraria a la existencia de usos cambiantes de la vocal temática, sólo precisables por razones de sistema: fue la vocal larga la que principalmente se utilizó para caracterizar el subjuntivo. En cuanto a la oposición de presente y aoristo mediante temas ya atemáticos, ya temáticos, tuvo aún menos difusión, precisamente por el hecho de que había tanto presentes como aoristos de los

dos tipos. A pesar de todo, fue su empleo «temático», para marcar el final de un tema antes de las desinencias, el que prevaleció, extendiéndose a un número siempre creciente de nombres, adjetivos y verbos. En éstos, ciertamente, la forma con vocal temática era propiamente de indicativo, pero la de subjuntivo con vocal larga *-ē* (en gr. también *-ō*) era considerada como una contracción de la vocal temática y otras características de subjuntivo.

Las desinencias de tipo *-to, -toi,* aunque creadas sobre la analogía de formas temáticas opuestas a otras atemáticas, fueron a su vez concebidas como morfemas independientes.

# IV

# ACENTO Y VOCALISMO P/Ø

## 1. ORIGEN DE SU USO MORFOLÓGICO

Hemos visto a lo largo de toda la exposición de la Morfología indoeuropea que no sólo los morfemas segmentales, sino también el lugar del acento y el grado vocálico de las diferentes sílabas de una forma son utilizados con fines morfológicos. En realidad, el grado vocálico se descompone en tres tipos diferentes: la oposición P/Ø; dentro del P, la oposición *e*/*o*; además, la oposición P/L (grado alargado), en uno y otro timbre. Por tanto, el esquematizar la totalidad de las alternancias como *ĕ*/*ŏ*/Ø no es más que una abstracción que engloba tres fenómenos de origen diferente.

Por otra parte, hay que recordar que no todas las variaciones entre *e* y *o* o entre P y L en el seno de un mismo elemento morfológico se deben a fenómenos de alternancia; tampoco todos los grados alargados. El timbre, como sabemos, puede estar condicionado por una laringal precedente: $*H_1e/o > e$, $*H_3e/o > o$. Y una laringal siguiente, al tiempo que modifica el timbre, alarga la cantidad: $*e\,/\,oH_1 > \bar{e}$, $*e\,/\,oH_3 > \bar{o}$. En realidad, las laringales encubren parcial-

mente el fenómeno de la alternancia vocálica. Pero hay que recordar los hechos analógicos, que hacen que a veces el timbre esperado se mantenga intacto, pese a la laringal; y el hecho de que el grupo vocal + laringal a veces se resuelve, en los tratamientos heterosilábicos, sin cambio de timbre ni alargamiento. Sobre todo esto, que es necesario recordar ahora, cf. II.I.4.9 y II.II.2.9.

En cuanto al acento, hemos visto que solamente el agudo remonta al indoeuropeo, el circunflejo remonta a desarrollos paralelos del griego, de una parte, y del balto-eslavo, de otra. Ahora bien, el empleo morfológico del acento agudo, indoeuropeo, es de dos tipos: o bien la distinción morfológica se basa en la simple presencia o ausencia de acento en una palabra, o bien, dentro de una palabra con acento, en el lugar que éste ocupa. En las palabras temáticas este acento se refiere a la palabra toda; en las atemáticas, a las diversas formas de la misma, salvo algunos tipos con acento fijo. El acento fijo es una marca de valor léxico en unos casos, de clase o subclase de palabras en otros. El acento móvil diferencia los términos de un paradigma. Pero al propio tiempo la colocación del acento en los términos de un paradigma, en la medida en que no es desinencial, tiene el mismo valor que el acento fijo: es característica de las palabras o sufijos individuales unas veces, o de la clase o subclase a que pertenecen otras. Cf., por ejemplo, **bhrắter-/ *pHtér-*.

2. Vocalismo P o Ø y lugar del acento son, pues, tan importantes como los morfemas segmentales para caracterizar raíces y palabras. Puede suceder que ambos rasgos sean redundantes: así, en ai. *smás, vidmá* bastaría la desinencia, sin necesidad del grado Ø de la raíz ni del acento en la final, para denotar que se trata de primeras personas de

pl., de presente y perfecto, respectivamente; lo mismo en gr. G. κυνός junto a N. κύων. Otras veces es el acento el relevante y el vocalismo el redundante: hay gr. φόρτος 'carga' y ai. *bhr̥tás* 'llevado', donde el grado cero podría faltar. Es frecuente, efectivamente, que solamente el acento lleve la carga significativa: cf. *supra*, VI.III.8.

Vocalismo y lugar del acento discrepan con frecuencia: a veces este último tiene función léxica, a veces morfológica. Hemos visto que, en el caso de los nombres y verbos temáticos, se han producido regularizaciones a partir de un acento originalmente móvil. Así tenemos, por ej., **u̯l̥k$^{u̯}$os* con acento en el grado cero de la raíz, **dómos* con acento en el pleno de la misma, *snusós* (gr. νυός, ai. *snuṣā́*, rehecho) con acento en la des.; en el verbo ciertas palabras han elegido el tipo **bhére/o* y otras el **tudé/o*, luego se explotó morfológicamente la coexistencia de ambos tipos en un verbo. También ha sucedido que un mismo sufijo se escinda en dos, según el acento: sobre todo, es normal la oposición entre sufijos átonos nominales y tónicos adjetivales, así *-'i/-í*, *-'u/ú*, *-'os/-és*, *-'men/-mén*, cf. *infra*, VI.IV.3.14.

Todo esto hace ver que es frecuente la coincidencia de acento y grado P e inversamente de atonía y grado Ø; pero que también puede haber no coincidencia, en cuyo caso es el acento y no el vocalismo el que tiene valor distintivo. Es imposible, pues, estudiar el lugar del acento si no se pone en conexión con el vocalismo; pero hay, además, que explicar las discrepancias entre vocalismo y acento. Sabemos que algunas son producto de regularizaciones secundarias a partir de paradigmas con acento móvil; pero no es seguro que éste sea siempre el caso. Hemos, pues, de estudiar el origen de la función morfológica del lugar del acento y de los grados vocálicos P y Ø, para exponer al tiempo que dicha función, su evolución histórica. Después pasaremos, a modo

de apéndice, a ocuparnos del papel morfológico de la oposición entre palabras tónicas y átonas; y concluiremos volviendo nuestra atención a las variaciones de timbre y cantidad.

3. El lugar del acento en la palabra era libre en indoeuropeo desde el punto de vista fonético, es decir, podía ir en principio sobre cualquier sílaba de la misma: pero, por eso mismo, todo acento colocado en una sílaba determinada era un morfema, distintivo o redundante según los casos, que determinaba bien el valor lexical o gramatical de la misma. Ahora bien, solamente el védico, el griego, el balto-eslavo y el germánico han conservado, al menos en parte, esa antigua libertad. El material para el estudio del acento en cuanto morfema es, por tanto, reducido. Es fundamental el védico. El griego tiene el inconveniente de que las formas personales del verbo solamente dentro de un campo intonable reducido a las tres últimas sílabas si la última es breve y a las dos últimas si la última es larga, ha mantenido esa función morfológica. En cuanto al germánico, su testimonio es indirecto, a través de las huellas dejadas por el antiguo acento al condicionar la evolución de las consonantes (leyes de Grimm y Verner, cf. II.I.2.7). El balto-eslavo ha conservado la movilidad del acento, pero en una gran medida su sistema está rehecho y no puede utilizarse como testimonio del estadio indoeuropeo. Las demás lenguas, o por desconocerse su acentuación (caso del hetita) o por haber fijado variamente, en forma mecánica y no morfológica, el lugar del acento, no son utilizables para este estudio.

4. La teoría más en boga explica la frecuente coincidencia de atonía y grado Ø indoeuropeo como el resultado de la caída de una vocal en sílaba átona, al igual que ocurre,

por ejemplo, en las lenguas románicas. Por ejemplo, **pHtrós* vendría de **pHterós*, lo que supondría que en una fecha muy arcaica, anterior a la existencia del acento de tipo musical, habría habido un acento indoeuropeo de intensidad, que es el que provocaría la síncopa de las vocales átonas.

Pero esto resulta sumamente inverosímil, porque no existe otro testimonio de un acento protoindoeuropeo de intensidad y además es difícil explicarse su conversión en un acento musical, que pasó luego a de intensidad (cf. II. III.6). Además, las alternancias vocálicas están al servicio fundamentalmente de la Morfología, que es relativamente reciente, en buena medida posterior al anatolio, lo que es incompatible con ese supuesto carácter intenso del acento, contra el cual hablan el griego, el ai., el balto-eslavo, etc. Por otra parte, hacer depender absolutamente el vocalismo del acento es no darse cuenta de que los principios en que se fundan ambos sistemas son diferentes: en el nombre el acento final, por oposición al de las sílabas anteriores, indica morfológicamente derivación y sintácticamente determinación: forma Genitivos y casos oblicuos, adjetivos, nombres derivados. En el verbo indica pl. du. y voz media. En cambio, los grados P y Ø se oponen con valor distintivo de una manera más indiscriminada. Sólo en ocasiones coincide, por ejemplo, acento y grado P final (tipo G. *paśvás*, también en el verbo); hay igualmente acento y grado Ø final (N. *paśús*, como derivado frente a *páśu*). Efectivamente, hay que admitir la existencia de grados Ø tónicos, cuando comportaban una sonante vocálica (*i*, *u*, *r̥*, etc.). Y hay inversamente grados plenos átonos. El desfase entre los principios del sistema de grados vocálicos y el acentual explica estas aparentes anomalías.

5. Considerar antiguas las formas con vocalismo pleno de los morfemas y recientes, consecuencia de la caída de una vocal en posición átona, las formas de vocalismo Ø (*-tr-* frente a *-ter-*, en nuestro ejemplo) es puro apriorismo sin base. Todo morfema, y ya los alargamientos, tiene una al lado de otra una forma plena y otra Ø, y lo mismo las raíces de dos y tres fonemas. Las de cuatro presentan, como ya sabemos, las formas P/Ø y Ø/P; y esta consecución de grados opuestos es la que indudablemente fue tomada como modelo para crear las formas derivadas de las raíces. En los dos tipos citados, evidentemente, el acento debía caer antiguamente sobre la sílaba con grado P; de ahí que formas derivadas como **tud-ét* 'él golpea', **kun-ós* 'del perro' lleven acento en la final, mientras **bhér-t* 'él lleva', **pód-m̥* 'al pie' lo llevan en la raíz. El modelo sirvió para relacionar una desinencia con el elemento precedente, aunque éste no fuera una raíz: *-tér-m̥* pero *-tr-ós*.

Por tanto, lugar del acento y vocalismo P/Ø están en conexión desde el origen. Las discrepancias hubieron de surgir desde el momento en que la oposición de los tipos vocálicos P/Ø y Ø/P se usó con finalidades muy varias, mientras que la de la acentuación tónica/átona y átona/tónica tendió a reducirse a las funciones distintivas indicadas arriba. Se añadieron las tendencias regularizadoras del vocalismo, que se extendieron más rápidamente que las que tendían a fijar la posición del acento dentro de cada palabra: efectivamente, desde pronto los derivados tienden a dejar intacto el vocalismo de la raíz base, y allí donde hay movilidad de vocalismo en la flexión tiende luego a fijarse uno solo o a escindirse la palabra en dos con distinto vocalismo.

6. Conviene, antes de seguir, que digamos algunas cosas más sobre la utilización indoeuropea de las alternancias

P/Ø y Ø/P y sobre las alteraciones que en ellas se introducen desde pronto.

Es fácil que en una época muy remota el grado Ø/P se utilizara frente al P/Ø para denotar formas que determinan a otras y que, dado que el P llevaba acento, aquí estuviera el origen del uso del acento desinencial para denotar que la palabra o forma que lo lleva determina a otra. Sin embargo, quizá precisamente porque la variación del acento (acompañada con frecuencia de morfemas segmentales) señalaba esa determinación, la variación del vocalismo sólo redundantemente tenía ese significado, por lo que quedó libre para marcar otras oposiciones varias. En todo caso, el hecho es que desde antiguo las marcó.

Bástenos recordar una vez más el caso del G. sg. en **-éi-s* o **-i̯-ós*, **-éu-s* o **-u̯-ós* (III.III.4.11). Como en otros tantos casos de la Morfología indoeuropea, lo importante es que se marque formalmente una oposición del sistema significativo, pero es irrelevante con qué medios se marque. Cualquiera de estos dos tipos de genitivo es suficiente para distinguir el G. de un N. **-i-s* o **-u-s*, con o sin acento en la final. Cf. en el verbo el tipo **tud-ét* frente al atemático **bhér-t*.

Prescindiendo de las desinencias, la derivación nominal y verbal suministran ejemplos abundantes de cómo ya un tipo de vocalismo, ya otro se utilizan simplemente con fines distintivos. Por ejemplo, el alargamiento laringal **-eH*$^{i}$ y su forma de grado Ø **-H*$^{i}$ dan el uno y el otro presentes y pretéritos, e igual **-eH*$^{u}$ y **-H*$^{u}$; no siempre hay en la sílaba precedente el grado que se esperaría, es decir, el P ante Ø y viceversa, aunque ello es frecuente. Pero existen factores que destruyen a veces, ya desde fecha antigua, ya desde una más reciente, ese equilibrio. Pese a ello, es bien claro que fue imitado durante mucho tiempo y que no sólo en

raíces arcaicas o en raíces seguidas de alargamientos u otros morfemas arcaicos se encuentra, sino también en formaciones mucho más recientes. La tendencia a una derivación que respetara el principio en cuestión fue muy vivaz en indoeuropeo. Si esto es así, los dos tipos de palabras-raíces que hemos llamado 2 y 3 (cf. VI.II.2), el C-S-V-C y el (C)-V-S-C, tendrían en protoindoeuropeo, en su uso nominal, estas dos funciones de determinante y determinado, respectivamente: **prék-* *$g^{u̯}$*i̯éH*$^{u̯}_{3}$ serían determinantes, **pérk*, *$g^{u̯}$*eiH*$^{u̯}_{3}$, determinados. Sin embargo, hay que notar que esto ya implica un estadio flexivo o preflexivo: sea por efectos de una metátesis, sea por la atribución a cada raíz de dos tipos de estructura silábica que otras veces aparecen aislados, se ha logrado ya en este estadio una especie de flexión que ha sido utilizada morfológicamente. Pero no hallamos correspondencia en el dominio del verbo. Por otra parte, hay huellas de otros recursos más antiguos, que utilizan la oposición de formas tónicas y átonas (cf. VI.IV.3.16).

7. Por otra parte, la gramaticalización de las oposiciones acentuales unidas a los grados vocálicos logró desarrollarse solamente en una cierta medida.

Veamos las limitaciones que encuentra desde antiguo y las otras más recientes.

Lo mismo que no debe admitirse que un grado Ø testimonie la caída de una vocal, así igualmente debe rechazarse la hipótesis de que toda vocal en grado pleno situada en sílaba átona es secundaria respecto al antiguo grado Ø. Según esta teoría, un G. lat. *ped-is* procede de un **ped-és* > **pd-és* > **ped-és* > *pedis*. Análogamente, una forma en *-*es*-*os* de un tema en *-o/es*, tal ai. *janasas*, gr. γένεος, lat. *generis* supondría la reintroducción de una vocal caída en la sílaba átona. Concretamente, se reintroduciría la vocal

caída en raíces de tres fonemas con consonante inicial y final y en morfemas con final consonántica que siguen a la raíz.

Es una hipótesis mucho más económica pensar, sobre todo dado que no es admisible la síncopa de vocales para ningún período del indoeuropeo, que desde pronto se prescindió de la combinación de elementos conforme a los esquemas P/Ø y Ø/P cuando *a*) ello no era exigido por razones de distintividad y *b*) el elemento Ø producía dificultades fonéticas. Una raíz del tipo C-V-C no admitió nunca, sencillamente, la forma C-C ante un alargamiento -V-C; y un alargamiento -V-C podía tomar esta forma incluso tras una raíz con vocal (**gen-es-*, **bher-es*).

Una prueba de la antigüedad del procedimiento está en la utilización de estos grados P/P en toda la Morfología. Por ejemplo, el N. pl. **-ei̯-es* es común a todo el ide. y no hay el más mínimo indicio de que sea una forma rehecha sobre **-i̯es* o **-eis*: precisamente **-i̯es*, **-eis* se prestarían a la confusión con un G. sg. Incluso con finalidades distintivas se utilizó el grado P/P desde los comienzos de la construcción de la Morfología indoeuropea. Esto no quiere decir que todos los grados P/P sean antiguos. Al contrario, cada vez proliferaron más por la tendencia a crear derivados sin tocar para nada el vocalismo de las palabras básicas. En el verbo, por ejemplo, un tipo como lat. *moneo*, muy antiguo, presenta este vocalismo.

8. Si de esta forma se introduce desde pronto una excisión entre vocalismo y acento, la creación de los grados Ø/Ø introduce otra. Veamos primero su origen en un fenómeno de equilibrio derivado del que hasta aquí hemos estudiado y luego la posibilidad de combinar simplemente, sin mediar caídas de vocales, dos morfemas en grado Ø.

Junto a las dos posibilidades P/Ø y Ø/P en raíces o temas arcaicos y en sus imitaciones recientes, cuando se trata de un tema de tres elementos se producen las siguientes fórmulas, estrictamente derivadas de las primeras:

1) P / Ø / Ø.
2) Ø / P / Ø.
3) Ø / Ø / P.

Las fórmulas 1) y 2) proceden de añadir a las dos fórmulas disilábicas un morfema en grado Ø. Pero si a una fórmula P/Ø o Ø/P se le añade un morfema en grado P, entonces la ley del equilibrio de las alternancias lleva a la fórmula 3). Ahora bien, si incluso en los temas disilábicos desde la más remota antigüedad se mantenía en ocasiones el grado P de la raíz ante un morfema P (esquema P/P), nada de extraño que en ocasiones bien la raíz, bien el primer morfema que la sigue hayan mantenido su grado P ante una desinencia también en grado P. Por otra parte, a lo largo del desarrollo del indoeuropeo se abrió paso una tendencia a mantener estable el vocalismo tanto de la raíz como de los sufijos y características, con lo cual las fórmulas P/Ø/Ø y Ø/P/Ø fueron cada vez más numerosas, llegándose incluso a las P/P/P. Lo difícil es saber caso a caso la antigüedad de estas fórmulas anómalas.

9. Los tipos 1 y 2 son fáciles de ejemplificar. El P/Ø/Ø se encuentra, por ejemplo, en los nombres en *-i* y *-u* del tipo **ou-i-s* 'oveja', **pek-u-s* 'ganado'; y en formas verbales correspondientes como lat. **spec-i-s*, aesl. *mol-i*. El Ø/P/Ø en el tipo Ac. sg. *pH-tér-m̥*, G. sg. **g$^{u̯o}$r-éu-s* (ai. *gurós*); y en formas verbales como **str̥-neú-mi* (ai. *str̥ṇómi*), **k$^{o}$p-ē-s* (gót. *habais*), **li-k$^{u̯}$-ē-s* (gr. ἐλίπης). En definitiva, nos halla-

mos ante temas normales de fórmula P/Ø o Ø/P a los que se les ha añadido un morfema en grado Ø; y ante imitaciones posteriores de este tipo.

Sin embargo, antes de pasar adelante, hay que dejar en claro que estas fórmulas son, a pesar de todo, minoritarias, bien porque un determinado elemento mantuviera su grado P, fueran cualesquiera las combinaciones en que entrara, bien porque surgieran regularizaciones secundarias. Pero antes de entrar en este tema hemos de ocuparnos de la fórmula 3.

Aquí suponemos, entiéndase bien, no que un tema P/Ø o Ø/P haya sido secundariamente reducido a Ø/Ø/P al añadírsele un morfema P, que ha provocado la caída de la vocal, sino que en la época en que se añadió dicho morfema las raíces y morfemas poseían aún alomorfos con grados P y Ø cuya equivalencia se sentía y cuya distribución estaba determinada por el grado vocálico de los morfemas siguientes. Es decir, que el añadir un morfema P final tenía como consecuencia reemplazar un morfema P precedente por su forma Ø. Pero desde antiguo debía de haber resistencia a efectuar un cambio que alteraba el aspecto de toda la palabra y oscurecía su relación con otras emparentadas o entre formas de la misma palabra, por no hablar de los problemas fonéticos que podían producirse. Andando el tiempo, la tendencia a unificar el grado vocálico de las formas flexionadas y a no alterar el de aquéllas sobre las que se crean derivados, aumentó más y más.

10. De todas maneras, se encuentran claras huellas del tipo 3. He aquí algunos ejemplos:

*Nombres.* Ejemplos como het. *pir/parnaš* 'casa', SA-*ir/kardiyaš* 'corazón', en que se opone un N. **-er* y un G. **-r-n-os*

(**-ert/*-rt-n-os*), o bien **-erd/*rd-i̯i̯-os,* resultan bien claros; hay paralelos fuera del het., por ejemplo, en ai. *dāru/druṇás* 'árbol'. Con cuatro elementos en lugar de tres tenemos en lat., en la misma clase de nombres, N. *iter* / G. *itineris,* forma contaminada que parte de **i-t-ᵒn-es,* fórmula Ø/Ø/Ø/P. De la misma manera, junto a una forma **pHtér-* (Ø/P) hallamos un G. **pHtrós* (Ø/Ø/P). En la derivación actúa el mismo principio: de **pHtḗr* el derivado ide. es **pHtrios* (lat. *patrius*); los superlativos en *-is-tos* llevan normalmente Ø en la raíz (gr. κράτιστος); el morfema compuesto *-ti̯-on* (Ø/P) exige Ø en la raíz en lat. (*nătio*); etc.

Pero este panorama no es el único existente.

Un derivado con *-i̯os,* es decir, originariamente **-Hⁱ-os* (Ø/P) mantiene con frecuencia el P de la raíz, y sin excepción en las raíces C-V-C (**pedi̯ós*); los temas en *-e/os* mantienen intacto el P de la raíz y morfema (**gen-es-os*). Esto no es más que una consecuencia de lo que sucede en los temas disilábicos. De otra parte, resultan irregulares, por ejemplo, **mā-ter-m̥, *mā-tr-ós*: esperaríamos en el primer caso Ø/P/Ø y en el segundo Ø/Ø/P, pero evidentemente la raíz se ha fijado en el P: quizá secundariamente, quizá desde siempre. Igualmente, ai. G. *rājñás* e infinitas formas más testimonian la fijación de un grado vocálico en la raíz. De este modo, a veces se ha generalizado para una raíz la forma Ø (ai. *gurús,* con un Ø/Ø/Ø a todas luces secundario, hecho sobre los grados Ø/P/Ø y Ø/Ø/P) y otras la forma P (**ou-i-s,* que aquí es regular, pero no, por ejemplo, en G. **ou̯-i̯-ós,* ai. *avyás,* gr. οϝἰός, donde se esperaría Ø/Ø/P). Ciertos sufijos se han, igualmente, fijado o se han escindido en dos, de dos grados vocálicos diferentes. Así, en gr. se ha creado junto a *-ter* de parentesco (alternante) un *-ter* de agente que respeta el grado P de la raíz. Los distintos sufijos se han llegado a caracterizar por el grado vocálico

que les precede: *-e/os* sigue a grado pleno y lo mismo el comparativo *-i̯os*, el n. *-mn̥*, *-ti*, etc. A veces se trata de un hecho antiguo, tal el caso de *-mn̥*, de *-e/os*, otras de una innovación unida a una regularización del sufijo (caso de *-i̯os*, del *-ter* de agente griego), otras de una regularización sólo de la raíz: ∅ es normal ante **-tei-s*, por ejemplo (lat. G. *mentīs*), pero no esperable ante *-ti-s*. Esta regularización de las raíces ha alcanzado también a las puras: cf., por ej., ai. *víś/viśás*, *rúk/rucás*.

Por otra parte, hay que insistir en la fijación del vocalismo en los temáticos. Y en que a partir de un cierto momento incluso los derivados con *-tós*, *-nós* respetan el vocalismo de la forma básica.

11. *Verbos*. También en el verbo son frecuentes las formas de fórmula 3, sean antiguas o imitadas de éstas. Un buen ejemplo es el de los temas en *-sk-e/o*, siempre con grado ∅ de la raíz: **g$^{u}$m̥-sk-e/o* > ai. *gacchati*, gr. βάσκω; cf. en het. *daškimi*, *akkuškišši* de **deH$_3$* y **ek$^{u}$*. En los verbos de tema en **-neH/*-nH*, a la fórmula ∅/P/∅ del sg. act. responde la ∅/∅/P del pl. (ai. *r̥numás*, gr. δάμνᾰμεν, etc.), (cf. *infra*). En los temáticos con *-i̯o* y los semitemáticos con *-i/-i̯o* (es decir, en uno y otro caso, con morfemas ∅/P), lo normal es el ∅ de la raíz: lat. *morior*, gr. χαίρω, tipo ai. pas. *budh-yá-te*; lat. *capiunt*, aesl. *mьnjǫ*.

Pero también aquí la fórmula 3 es más bien excepcional. Una alternancia *cap-i-s / cap-i-unt* desde pronto ha cedido a la regularización; otras veces es la forma P la que se ha impuesto. También aquí, desde antiguo, nos encontramos con el grado P/P, que en el grupo no anatolio ha servido para crear determinados temas, por ejemplo los iterativos o causativos como lat. **monei̯-/monē-*. Incluso allí donde alternaban formas temáticas y atemáticas, bien en distribu-

ción libre como en **bher-* (cf. VI.III.6), bien en distintas personas (flexión semitemática), no hay huellas de alternancia de la raíz, sea ello, según los casos, un fenómeno antiguo o bien secundario. Y, sin embargo, a partir de un momento dado se ha creado una alternancia P/Ø de la raíz en los verbos atemáticos, para diferenciar morfológicamente los números y las voces; alternancia originada, por lo demás, en hechos de equilibrio como los que estamos estudiando. Cf. sobre ella *infra*, VI.IV.2.11.

## 2. LA ALTERNANCIA P/Ø EN LA MORFOLOGÍA INDOEUROPEA

1. Pasemos ahora una rápida revista a los usos de alternancia vocálica P/Ø en la Morfología indoeuropea, en la medida en que la reflejan las lenguas más arcaizantes, sin olvidar que con frecuencia es difícil decidir en qué medida los grados vocálicos anómalos son antiguos o producto de regularización reciente.

Las alternancias vocálicas se han usado:

*a*) Para notar diferencias de palabras aisladas o de temas independientes.

*b*) Para notar diferencias entre las formas flexionadas de un paradigma.

*c*) En el segundo nivel, para notar diferencias entre temas opuestos en un mismo paradigma.

Las diferencias de vocalismo entre palabras aisladas son difíciles de retrotraer al indoeuropeo. Prescindiendo de las palabras raíces con grado alargado, de las que nos ocuparemos más adelante, las con grado Ø son probablemente el producto de una extensión secundaria de este grado: cf. *supra* sobre ai. *rúc-*, *víś-*. Lo mismo el grado Ø/Ø en

palabras como *sūs* < **seuH*. En palabras disilábicas, diferencias como las existentes entre **pHter-* y **māter-* son igualmente, sin duda, producto de regularización. En definitiva, el grado vocálico es un rasgo más de la palabra, pero no existen dos formas de la misma raíz diferenciadas entre sí como dos palabras diferentes solamente con ayuda del grado vocálico: cuando esto ocurre, hay al tiempo otras diferencias, normalmente relativas a alargamientos diferentes.

2. Lo que sí es frecuente es el uso de los grados vocálicos P o Ø o de sus combinaciones para notar palabras provistas de unos determinados morfemas. Así, en el nombre y el adjetivo son frecuentes, entre otros, los tipos que siguen:

P-*e/os*: ai. *jánas*, gr. γένος, lat. *genus* 'familia'.

P-*mn̥* (n.), P-*me/on* (m.-f.): ai. *tárma* 'extremidad del pilar de sacrificio', gr. τέρμα, lat. *termen*; gr. τέρμων, lat. *termo*.

P-*ter*: ai. *mantā́* 'el que piensa', gr. Μέντωρ, lat. *mentor*.

P-*tro-*: ai. *mántras* 'fórmula religiosa', lit. *pameñklas* 'monumento'.

Ø-*ei/i*: ai. *múnis* 'sabio', gót. *muns* 'pensamiento'.

Ø-*eu/u*: ai. *gurús*, gr. βαρύς, gót. *kaúrus* 'pesado'.

Ø-*tó*: ai. *matás* 'pensamiento', lit. *miñtas*, gót. *-munds*, gr. αὐτόματος.

Ø-*tei/ti*: ai. *matís*, lat. *mens* < **mn̥tis*, aesl. *pamętь* 'recuerdo'.

Ø-*teu/tu*: lat. *gustus*, gót. *kustus* 'ensayo'.

Ø-*mó*: ai. *dhūmás*, lit. *dúmai* (pl.), lat. *fūmus*, gr. θυμός, aesl. *dymъ* 'humo', de **dheuH*.

Otros temas proceden con mayor irregularidad en cuanto al vocalismo. Así, los en *-ter* de parentesco, de que ya hemos

hablado; los en *-e/on* (lat. *homo* con P/P, pero gót. *guma* con Ø/P); los nombres en *-i* y *-u* (cf. *infra,* 8). Aquí el grado vocálico se fija palabra a palabra.

Por otra parte, hay que advertir que una buena parte de estas formas son posteriores al anatolio. Esto hace ver que no solamente la difusión de los sufijos, sino también la regularización del vocalismo unida a ella continuó después de la escisión del anatolio. Éste presenta importantes diferencias. Concretamente, sabemos que en él no hay formas especiales de género neutro y animado con los sufijos en *-r, -n;* hay sufijos de abstractos en *-tar, -šar,* de agente en *-tara, -talla,* etc. Pero ya en anatolio hay fijaciones del vocalismo radical, a veces propias de cada sufijo, más frecuentemente de cada palabra; hay *lengai-* 'juramento' (P/P) y *ḫurtai-* 'maldición' (Ø/P). Esto prueba que la tendencia que culminó en el indoeuropeo posterior tiene sus orígenes ya en el protoindoeuropeo.

También hay que insistir en la no alteración del vocalismo por los sufijos secundarios y recientes; éste es ya el caso, muy frecuente, en hetita, Conf. fuera de él, por ejemplo, *-nó* secundario que no altera el vocalismo de la base: lat. *aenus* < **ai̯es-no-s,* gr. ἀλγεινός < **alges-nó-s.* Más sobre estos sufijos *infra,* VI.IV.3.4.

3. Existieron igualmente en indoeuropeo desde pronto y luego proliferando abundantemente temas verbales con vocalismos propios, temas que luego se unieron a veces para formar una conjugación (segundo nivel). Pero en el grupo no anatolio existen además, dentro del presente y del aoristo, posibilidades diversas de formar el tema, según hemos visto detenidamente. Lo normal es que cada raíz verbal diera temas varios, en principio verbos independientes: esto es lo que sucede en anatolio y lo que todavía

permanece vivo en indoeuropeo posterior cuando, por ejemplo, de una misma raíz *$bheH^{u}_{2}$* tenemos testimoniados en griego cuatro verbos independientes, φημί, φάσκω, φαίνω y πιφαύσκω. Luego, ciertamente, en el segundo nivel, varios de estos temas formaban un paradigma: pero es sobre la base de su previa existencia independiente. Ahora bien, el estudio de las relaciones formales y, concretamente, de los vocalismos de los distintos temas de una misma conjugación no es un procedimiento enteramente satisfactorio para reconstruir la forma de los antiguos temas independientes, pues la entrada en sistema de los mismos suele ir acompañada de alteraciones formales para lograr una mayor distintividad.

De todas formas, un repaso a la morfología verbal hará recordar algunos tipos de temas verbales en un origen independientes:

P/P con v. temática (tipo **bhére/o*, cf. IV.II.3.8, etc.).
Ø/P íd. íd. (tipo **tudé/o*, cf. *ibid.*).
Ø-*sk-e/o* (cf. IV.IV.1.14).
Ø-**-neH/nH* (cf. IV.IV.1.17).

Un grupo especialmente importante está constituido por los verbos de raíz P (*o*) y alargamiento $H_2$ (Ø), los que luego se hicieron perfectos y que el hetita testimonia todavía en su fase independiente (IV.II.3.5). Son uno de entre los diversos temas en laringal, cuya organización en sistema y diversos tipos de vocalismo son en líneas generales posteriores al anatolio. En nuestra exposición de la Morfología verbal hemos encontrado abundantes ejemplos de estos temas: tanto con grado P/Ø como Ø/P como P/P e incluso Ø/Ø.

4. El uso de las alternancias vocálicas en la flexión es propio de muchas palabras monosilábicas del gr. y ai., cuyo testimonio es confirmado a veces por el hetita; se trata de raíces ya puras, ya alargadas. También se encuentra en atemáticos polisilábicos, pero no en todos los tipos; el testimonio de las lenguas citadas es confirmado con frecuencia por otras, pero cuando hay regularidad en el grado vocálico de la raíz, queda la duda de su antigüedad.

Hay monosílabos sin alternancia vocálica P/Ø, tales los de raíz C-V-C (ai. *pắd/padás* 'pie') y los con grado Ø/Ø de raíz disilábica (tipos con *-ū* e *-ī* radicales gr. σῦς/συός, lat. *sūs/suis*; ai. *dhī́s/dhíyas*). Otros tampoco presentan alternancia por llevar grado Ø sin duda de resultas de una regularización secundaria: cf. *supra,* VI.IV.1.10. Pero lo más normal es una alternancia en que el grado P de la raíz en N.-Ac.-V., eventualmente alargado en el N., se opone al Ø en los demás casos. Esto es lo que sucede en ai. y gr. en los temas en *-r* y *-n,* por ejemplo:

N. **kuōn* 'perro': gr. κύων, ai. *śvắ,* lit. *šuõ.*
G. **kunós*: gr. κυνός, ai. *śúnas,* lit. *suñ*(*e*)*s.*

Es la forma Ø/P normal no sólo en el G. sg. en *-e/os,* sino también en otros casos oblicuos (D. sg. en *-ei,* G. pl. en *-ōm,* etcétera) la que se ha generalizado para los casos oblicuos incluso allí donde no era esperable, por ejemplo ante *-i* de D.-L. sg. (κυνί). Pero es que el G. sg. ha servido de modelo para todas las formas oblicuas no sólo en cuanto al vocalismo, sino también y principalmente en cuanto al acento. Al G. se añadían otros casos oblicuos que llevaban desinencia en grado P, lo que provocaba el Ø de la predesinencial (D.-L. *-ei,* G. pl. *-ōm,* D.-Ab. pl. *-bhos* o *-bhi̯os*). Éste es un modelo de vocalismo indudablemente antiguo, dado que ya

está presente en los monosílabos hetitas *pir/parnaš* y SA-*ir* (léase *kir* < **kert*) / *kardiyaš* (*supra*, VI.IV.1.10), ambos animados, en los que el Ø de la raíz es propio de todos los casos oblicuos, incluso de un D.-L. *parni* donde se esperaría P-Ø. Cf. también *aiš/iššaš*, *išši*, etc. 'boca'.

Por otra parte, dado que las oposiciones N./Ac. así como la N./V. solamente en el grupo no anatolio se impusieron en los temas en *-n* y *-r*, es claro que a ello se debe el que al crearse las oposiciones los tres casos aceptaran el mismo grado P de la forma original. Ello pese a que ante una des. *-om* de Ac., como la que triunfa en ai., el grado esperable en la raíz habría sido el Ø; y lo mismo en N. pl. ante *-es*.

De este modo, el equilibrio puramente mecánico de los grados P/Ø y Ø/P del indoeuropeo ha servido de base para una oposición de casos rectos o fuertes y oblicuos o débiles, es decir, para una oposición gramatical. Al entrecruzarse este criterio con el original indoeuropeo, por otra parte sometido a excepciones en la derivación desde el principio, se han producido alteraciones en el primero. Los casos rectos llevan pleno en la predesinencial aunque la desinencia exija Ø y los oblicuos Ø aunque la desinencia exija P.

Se trata, sin embargo, de una regularización. Un L. sg. ai. *kṣámi* es seguramente antiguo, puesto que continúa una raíz pura en grado P seguida de Ø (*-i*); incluso, quizá, formas P/P como gr. χθονός. Y, desde luego, las raíces monosilábicas en diptongo largo ofrecen alternancias en parte independientes: por ejemplo, el G. de **di̯eH*$^{u}{}_{1}$ es ya Ø/Ø/P (ai. *divás*, gr. ΔιϝόϚ), ya Ø/P/Ø (*dyós*); hay un L. sg. *dyávi*; etc.

5. Se flexionan sin alternancia, sin duda por regularizaciones secundarias, palabras atemáticas en *-ī*, *-ū*, los participios reduplicados como ai. *dádat* 'que da' / *dádatas* < **-n̥t-*, gr. διδούς / διδόντος con P generalizado y los temas en

oclusiva. Los en *-s* presentan solamente alternancias de timbre y la oposición P/alargado.

Son los temas en *-r*, *-n* y *-nt*, de un lado, y los en *-i* y *-u*, del otro, los que más huellas de alternancias presentan: pero no todos ni en forma regular. Nos ocupamos en primer término de los en *-r*, *-n* y *-nt*.

En ellos encontramos una raíz con vocalismo fijo, ya dependiente del sufijo, ya de la palabra; y luego en la predesinencial un grado P en los casos fuertes N.-Ac.-V. (pero en ai. en Ac. pl. lleva Ø, cf. III.IV.2.2), salvo que el N. alarga de no llevar *-s*, y un grado Ø en los oblicuos. Sin embargo, el L. sg. del ai. y el D.-L.-I. del germ., así como formas adverbiales del gr. testimonian un grado P de la predesinencial. Por ejemplo:

| | | | |
|---|---|---|---|
| ai. N. sg. | *rā́jā* | *pitā́* | *bṛhán* < **bhṛghónt-s* (cf. gót. *baírands*, pero gr. φέρων) |
| Ac. sg. | *rā́janam* | *pitáram* | *bṛhántam* |
| C. sg. | *rā́jñas* | *pitúr* < **-ṛs* | *bṛhatás* |
| L. sg. | *rā́jani* | *pitári* | *bṛhatí* |

Encontramos aquí la misma gramaticalización del sistema de alternancias propia de los monosílabos, llevada al extremo de que en los en *-nt* incluso el L. sg. lleva Ø en la predesinencial (en las en *-n* hay *rā́jani* y *rā́jni*).

Fuera del ai. encontramos numerosos hechos coincidentes con éstos. Cf., por ejemplo, una declinación como la griega de πατήρ/πατέρα/πατρός (cf. lat. *pater/patris*, gót. *brōþar/brōþrs*); o formas residuales como lat. *carnis* junto a *caro*, gr. ἀρνός junto a ἀρήν; los casos oblicuos del part. en latín como *ferentis, ferenti*; gót. *auhsnē*, G. pl. de *auhsa* 'buey'; etc.

6. Ahora bien, el problema es si los hechos discrepantes que también encontramos proceden todos de reelaboraciones secundarias. Por ejemplo, el tipo gr. λιμήν/λιμένος, λειμών/λειμῶνος, lat. *homo/hominis, caupō/caupōnis,* gót. *guma/gumins*; formas aberrantes de los temas en *-ter* tales como hom. πατέρων, lat. *patrem,* aesl. G. *matere*; y, desde luego, otras de los temas en *-nt,* tales los casos oblicuos griegos (φέροντος) o los rectos latinos (*ferentem,* cuya fórmula P/Ø/Ø parece arcaica). Es fácil de ver que en estas formas hay unas veces la tendencia a oponer el N. sg. (grado alargado) al resto (P o Ø); otras, a una regularidad total, bien sobre el grado alargado del N., bien sobre el Ø.

En los temas en *-r* y *-n* es posible que la predesinencial de grado P de los casos oblicuos que a veces existe sea antigua en ocasiones, lo cual nos llevaría a un vocalismo uniforme, roto luego por el alargamiento del N. sg. Efectivamente, en het. encontramos una abundante fluctuación en los casos oblicuos de estos temas entre P y Ø. Es posible que el D.-L. en *-i,* que lleva ya P (*paḫḫueni, meḫueni*), ya Ø (*paḫḫuni, meḫuni*) tuviera originariamente P. Por otra parte, en ocasiones, al menos de acuerdo con nuestra documentación, hay palabras que sólo admiten P (*šaḫḫani*) o sólo Ø (*lamni*): se trata de fijaciones secundarias. Pero es que en los otros casos oblicuos ocurren cosas parecidas. Tenemos, por ejemplo, Ab. *paḫḫuenaz / paḫḫunaz,* G. *ḫanneššanaš / ḫannešnaš,* G. sólo *paḫḫuenaš,* pero también con Ø, sólo *meḫunaš.* Puede suceder que las formas con P, que establecen una final P/P, sean secundarias, sobre el N.-Ac. y el D.-L., pero también es posible que representen el uso libre de la forma P del sufijo, como se usa libremente la forma P de la raíz, aunque ello produzca un grado P/P (*tekan* 'tierra', cf. lat. *homo,* etc.), sin duda desde siempre y no por efecto de una reconstrucción analógica: lo cual no

quiere decir que no exista la fórmula Ø/P (ai. *yuvā,* gót. *guma*). Parece hablar a favor de esta posición el que el hetita no conozca la alternancia predesinencial en los temas en *-r,* como el ide. en general no la conoce en los en *-e/os.*

7. Si el P predesinencial fuera antiguo incluso ante des. con P, la escisión de los temas en *-n* en ai. en dos flexiones, una con Ø y otra con P en los oblicuos, resultaría de una regularización secundaria; y la flexión del tipo gr. λιμήν / λιμένος, lat. *homo / hominis,* gót. *guma/gumins,* lit. *akmuõ / akmeñs,* aesl. *kamy / kamene,* procedería de generalizar una de las dos posibilidades existentes. Piénsese que aplicando estrictamente las reglas del equilibrio vocálico las únicas formas admisibles en un G. de un tema en *-n* o *-r* son Ø/Ø/P, es decir, una ínfima minoría (gr. πατρός, lat. *carnis*). Y que estas reglas tuvieron desde siempre al lado la tendencia a utilizar los grados plenos.

Claro está, esto no prejuzga la cronología del fenómeno, pues en cualquier momento pudieron introducirse analógicamente fórmulas P/P. Desde luego, el grado alargado fijo es siempre secundario.

Para los temas en *-nt* el hetita proporciona la gran sorpresa de que no tienen alternancia vocálica. En realidad, toda esta declinación está rehecha para lograr una forma fija de la raíz que, cuando el tema se convierte en un participio, es la del tema verbal, de que deriva. Pero esto es secundario. Habría que postular originariamente un N. sg. Ø/P/Ø (cf. het. *ḫumanza* 'cada uno', ai. *bṛhán* 'alto'); y también Ø/P ante otras des. Ø (het. D.-L. *ḫumanti,* Ac. pl. *ḫumanduš,* ai. N. A. pl. n. *bṛhánti*).

Ante des. P esperamos Ø/Ø, confirmado por G. ai. *bṛhatás,* pero contrario a het. *ḫumandaš* y también, desde luego, a Ac. het. *ḫumandan,* ai. *bṛhántam* y a N. pl. het. *ḫumantes,*

ai. *bṛhántas*. Por otra parte, pueden reputarse como originales formas del tipo P/Ø/Ø como lat. *ferens* y P/Ø/Ø como ai. L. *bhárati*. Pero son anómalas las formas P/P (*bháran*), P/Ø/P (*bharatás*) y P/P/Ø (gr. φέροντι, ai. *bháranti*), que forman el grueso del sistema.

Esa flexión animada en *-nt* es importante porque es más antigua que las en *-r* y *-n*, que sólo en el grupo no anatolio se escinden, dando ya una flexión del inanimado, ya una de animados. Es fácil que la sistematización del vocalismo que hallamos en ai. sea una innovación de esta lengua, sobre el modelo de los temas mencionados, donde la unidad de vocalismo en N.-Ac.-V. es más fácilmente comprensible (cf. *supra*). Y que oscilaciones de los grados según los casos, que oscurecían el sistema, hayan llevado, según las palabras y las lenguas, a generalizar ya la forma fija del sufijo *-ont* (tras raíz Ø e incluso P), así en het., gr., aesl., lit. y germ.; ya un grado fijo Ø (tras raíz P o ante des. P), así en lat.

8. Así, resulta claro que la formalización con ayuda de las alternancias vocálicas de la oposición de casos rectos y oblicuos (con la excepción del L. sg.) no remonta al protoindoeuropeo para los temas alternantes. Es una creación de los temas en *-r*, *-n* a partir de un momento en que aún no diferenciaban el género y en que se tendía a oponer tema puro terminado en P a formas derivadas con Ø de la predesinencial. Faltando los datos del hetita, es aventurado suponer que los temas en *-nt* tenían ya en protoindoeuropeo una oposición de casos idénticos a la del ai., totalmente aislado a este respecto.

Los únicos temas que presentan en protoindoeuropeo una oposición N./Ac./V. y que usan como recurso morfológico los grados alternantes, son los en *-i* y *-u*. Su sistema es mucho menos claro que el de los en *-r* y *-n* del grupo

no anatolio y difiere de él notablemente: lo cual es una prueba más del carácter secundario de éste.

Las formas de N., Ac. sg. y Ac. pl. se caracterizan precisamente por el grado Ø de la predesinencial, que corresponde exactamente a lo esperable tras una raíz en grado P: **ou-i-s, *ou-i-m, *ou-i-ms*; **pek-u-s, *pek-u-m, *pek-u-ms*. Pero esta fórmula P/Ø/Ø no es característica de la totalidad de los casos rectos. En V. sg. hay *-ei* o *-i,* en N. pl. *-ei̯-es,* y lo mismo en los en *-u.* Es decir, se ha extendido un grado P/P, sin duda con fines de lograr una distinción. Por otra parte, la tendencia a fijar un grado vocálico de la raíz lleva con más frecuencia al Ø que al P, tanto en los temas en *-i, -u* como en los en *-ti, -tu* (cf. VI.IV.3.9), lo que sin duda se debe a regularizaciones procedentes de los casos en que a la raíz siguen P/Ø o Ø/P. De una raíz **men-* alargada con *-ei/-i* tanto el G. *-ei-s* como *-i̯-os* exigen la forma de grado Ø **m°n-* (cf. ai. *múnis*); y en la forma con *-tei-/ti-* ocurre lo mismo, de donde **mn̥-ti-s.*

9. Hay, pues, cierta utilización de los grados vocálicos con fines de distinción morfológica, hay corrimientos secundarios también; pero en la base está el equilibrio vocálico indoeuropeo y no hay una unificación del vocalismo de los casos rectos. Tampoco hay sistemáticamente un vocalismo opuesto en los oblicuos. En el G. sg. hay los dos tipos que conocemos, que responden a las fórmulas Ø/P/Ø y Ø/Ø/P. En los otros casos no puede decirse que haya una sistematización indoeuropea del vocalismo. Suele haber, tras la raíz, P en el D.-L. sg. de tema puro (gr. πόλει, πόληι) y en formas derivadas con *-ei* o *-i* (D. ai. *agnáve,* aesl. *synovi*); el G. pl. presenta un final P/P (gr. γλυκέϝων, gót. *suniwe,* aesl. *synovъ*), quizá sobre el N. pl.; hay P predesinencial también en el Ab. e I. de sg. del hetita (*šallaiaz, aššawet*),

pero no siempre (cf. *karuiliyaz, šuppit*). Realmente es Ø lo que efectivamente se esperaba ante **-ōd-s, *-ēd* y se encuentra también ante varias desinencias de casos oblicuos que llevan P: así las formas de D.-Ab. pl. como ai. *-i-bhyas*, lat. *-i-bus*. Por lo demás, la predesinencial Ø se ha extendido en los casos oblicuos, con las excepciones citadas del G. sg. y pl. y el D.-L. sg.: aesl. I. sg. *synъmь*, pl. *synъmi*; ai. I. pl. en *-i-bhis, -u-bhis*, L. pl. *-i-su, -u-su*. Ahora bien, estas formas con Ø en la predesinencial se encuentran también a veces en vez de P en N. pl., G. pl., etc. El dorio y otros dialectos griegos las han generalizado en todo el paradigma.

En suma, los temas en *-i* y *-u*, los que más antiguamente han utilizado el vocalismo predesinencial para marcar los casos, arrancan de los grados vocálicos esperados en virtud del equilibrio vocálico indoeuropeo, aunque añaden determinados grados no esperados. Pero no llegan a oponer sistemáticamente casos rectos y oblicuos. Y mantienen muchas vacilaciones y formas dobles, entre las que luego eligen las lenguas y dialectos particulares. Estas vacilaciones se encuentran ya frecuentemente en hetita.

Por otra parte, no hay que olvidar que los temas en *-i, -u* no son más que regularizaciones a partir de temas en **-Hi̯, *-Hu̯* que otras veces establecen grados vocálicos fijos o casi fijos. Hemos hablado de los temas en *-ā* y en *-ē* del grupo no anatolio, con grado P fijo en la predesinencial (con la excepción de algunas formas en *-ă* < *-ᵒHi̯*). En anatolio encontramos un tipo N. *zaḫḫaiš*, Ac. *zaḫḫain*, G. *zaḫḫiyaš*, D.-L. *zaḫḫiya*, Ab. *zaḫḫiyaz* que generaliza el P en N.-Ac., frente al cual hay en los oblicuos el Ø que es, por lo demás, el esperado ante las desinencias **-os, *-ō, *-ōds*.

10. El uso de la alternancia P/Ø en la flexión verbal tiene las mismas características que el uso nominal: a par-

tir de un fenómeno de equilibrio vocálico se llega, a veces, a una gramaticalización de la oposición, lo que implica fórmulas P/P de origen ya antiguo, ya reciente, y otras Ø/Ø siempre recientes.

Así como en los temas que llevan sistemáticamente la vocal temática hemos visto que hay una fijación del vocalismo de la raíz según los dos tipos **bhér-e/o-* y **tud-é/o-*, también sabemos ya que en la flexión semitemática las personas que llevan *-e/o-* la hacen preceder del grado Ø de la predesinencial: lat. *sum* frente a *est*.

Ahora bien, la des. más frecuente de 3.ª pl. es **-onti* (**-enti*): *-nti* se encuentra regularmente tan sólo tras vocal resultante de vocal + *H*, cf. het. *ḫandanzi* de *ḫandami* 'acoplar', gr. φᾱντι. De ahí que los verbos con sg. atemático presentan en het. normalmente una 3.ª pl. con Ø en la raíz. Así:

| | | | |
|---|---|---|---|
| 3.ª sg. | *ešzi* 'es' | 3.ª pl. | *ašanzi* |
| | *epzi* 'coge' | | *appanzi* |
| | *kuenzi* 'mata' | | *kunanzi* |
| 1.ª sg. | *edmi* 'como' | | *adanzi* |
| | *teḫḫi* 'pongo' | | *tiyanzi* |
| | *memaḫḫi* 'hablo' | | *memiyanzi* |

Las formas con *a* + C representan un grado Ø de *e* + C. Todas las formas de 3.ª pl. deben compararse en grado vocálico con los part. pres. en *-nt*, con los que históricamente tienen relación: *aššant-*, *appant-*, *kunant-*, *adant-*, *tiyant-*, *memiyant-*. Responden igualmente a la fórmula Ø/P, que debía ser la originaria (*supra*, VI.IV.2.7).

Respecto a las formas anteriores hay que añadir dos cosas:

*a*) A veces existen, además de la 3.ª pl., otras personas con *-e/o-* como comienzo de la desinencia, llevando también, por consiguiente, Ø en la predesinencial: así 1.ª pl. *daliyaweni* e incluso 3.ª sg. *daliyazi*. Se trata de los verbos semitemáticos que ya conocemos. Esas formas temáticas, aunque no absolutamente ausentes en sg., son en hetita muchísimo más frecuentes en 1.ª 2.ª pl.: 1.ª pl. *tiyaweni, halziyaweni*, etc.; 2.ª pl. *ḫalziyatteni, azzašteni* (de **ed-*); etc. Normalmente llevan el grado Ø de la predesinencial.

*b*) En el caso de la 1.ª pl. incluso con des. *-weni*, no *-aweni*, encontramos frecuentemente Ø en la predesinencial: *atweni* (de **ed-*), *piweni* y *piyaweni* junto a *piḫḫi* 'doy'. La explicación no puede ser más que una: *-u̯en-* (y la forma paralela *-men-*) es considerada como un grado P, que provoca el Ø de la vocal precedente.

11. En estos hechos está, pensamos, el origen de la alternancia predesinencial P/Ø en los verbos atemáticos, marcando P el sg. y Ø el pl. y du. No sólo la 3.ª pl. *-ont*, sino también la 1.ª, *-me/os, -men, -u̯en-* e incluso la 2.ª *-te* (het. *-ten-*) son tratadas como grados P que provocan el Ø de la predesinencial. Claro está, al lado hay una tendencia, ya conocida por nosotros, a mantener un vocalismo estable. A esta tendencia hemos de atribuir formas hetitas como *eppueni* en vez del **appueni* esperado; la casi totalidad de las 2.as pl., que mantienen el vocalismo del sg. (pero hay *apteni* junto a *epteni*, de *epmi, epsi, epzi*); y formas de 3.ª pl. como *wekanzi* junto a *wekmi* 'desear'. La alternancia P/Ø regularizada en el grupo no anatolio no representa otra cosa que el triunfo de la tendencia a imponer el equilibrio vocálico indoeuropeo, que procuraba así una marca morfológica.

Que la imposición sistemática de la alternancia P/∅ en sg./pl. du. sólo gradualmente fue lograda, puede deducirse de los siguientes hechos:

*a*) El hetita no conoce esta oposición en los temas de raíz en *o* que luego dan los perfectos. Sobre la oposición *o/e*, cf. *infra*, VI.V.1. Ni en los pretéritos de ningún tipo.

*b*) En los aor. atemáticos del ai. lo normal en pl. y du. es el grado P, con excepción de la 3.ª pl.: *ágamma* junto a *ágman, ákarma, ákarta* junto a *ákran*. Cf. gr. ἔφθημεν (Hom.), ἔστημεν, etc.

*c*) La doctrina común de que en aor. sigmático hay grado alargado en sg. y ∅ en pl. y dual presenta problemas en ai.: el ∅ lo encontramos únicamente en 3.ª v. med. Sobre el alargado, cf. *supra*, IV.V.1.8.

Por otra parte, ante las des. de v. med., provistas normalmente de una *-e/o* final, cuando la des. no se reduce precisamente a *-e/o*, es común un grado vocálico ∅ de la predesinencial, como sabemos. A los datos del ai., del gr. y otros hay que añadir los del het., aunque sean raros los verbos que tienen al lado una flexión activa y otra media y existen otras dificultades (confusión de *o* y ∅ en los temas en *-r*, mantenimiento de *e* en *eš* 'estar sentado', etc.). También en otras lenguas hay raíces, sobre todo en los atemáticos, que no admiten el grado ∅, así *kei-* 'yacer' (pero *ki-* en het.): sin duda, porque al tratarse de un deponente ello no era necesario para la distintividad. De todas formas, es claro que la tendencia al ∅ se extendió ampliamente desde muy pronto y que testimonia que cuando se crearon las formas *-se/o, -te/o*, etc. seguía viva la ley del equilibrio vocálico, que exigía ante estas formas con vocal plena un grado ∅. La alternancia fue entendida gramaticalmente, como marcando la voz media.

12. Todo lo anterior se refiere al uso de los grados vocálicos P y Ø, alternando entre sí, para oponer formas diversas dentro de un mismo paradigma, reformando redundantemente el uso distintivo de las desinencias. Pero decíamos que en el segundo nivel de la flexión se oponían temas obtenidos de una misma raíz y distinguidos entre sí tanto con ayuda de morfemas segmentales como de alternancias vocálicas. En principio se trata de temas independientes, que sólo secundariamente formaron sistema. Las diferencias de grado vocálico proceden de la época de su independencia. Pero pueden haberse acentuado para subrayar las oposiciones gramaticales.

En realidad, es difícil decir caso a caso si la fecha de la oposición de los grados vocálicos es anterior al segundo nivel o sólo dentro de él se desarrolló.

Puede hacerse esta segunda hipótesis allí donde el grado vocálico es injustificable de por sí. Por ejemplo, la relación positivo/comparativo en *-i̯e/os* se establece con frecuencia sobre el mismo grado vocálico: ai. *svādú-/svādīyas-*. Esto significa que la raíz se ha mantenido inalterada, pese a la presión de un sufijo con grado P. Ahora bien, otras veces hay relación Ø/P, cf., por ejemplo, ai. *urú-* 'ancho' / *váriyas-*. En este tipo un adjetivo cuya raíz va en grado Ø por seguir P (*tigmá-* 'agudo') o por una regularización (*urú-* frente a gr. εὐρύς) se ha puesto secundariamente en relación con un comparativo con P/P, obtenido de una palabra-raíz cuyo vocalismo no se ha alterado. Pero la relación Ø/P entre la raíz del positivo y la forma de la misma en el comparativo se siente sin duda como marca de la relación positivo/comparativo y es posible que en algunos casos haya sido introducido secundariamente.

En el verbo puede pensarse, por ejemplo, en el grado P del fut. en **-se/o-*, **-si̯e/o* del ai., gr., lit. (cf. IV.V.3.3),

para el que se esperaría Ø (existente en el desiderativo del ai., reduplicado y con **-se/o*). Sin duda, las formas que pasaron a futuros, tales como gr. λείψω, ai. *bhotsyati,* se asimilaron al vocalismo de los presentes de tipo **bhére/o-*. Así se creó, en ai., una oposición entre desiderativo y futuro que se apoya redundantemente en el vocalismo.

De todas formas, son sobre todo las alternancias *e/o* y breve/larga las que se han desarrollado secundariamente para marcar diferencias de temas. Nos ocuparemos de ellas en el lugar adecuado.

## 3. EL ACENTO EN LA MORFOLOGÍA INDOEUROPEA. EL ORDEN DE PALABRAS

1. El indoeuropeo posterior al anatolio, tal como lo conocemos a través de las lenguas que guardan huellas del acento antiguo, usa abundantemente del acento con valor lexical, morfológico y sintáctico; y es completamente verosímil que lo mismo sucediera con el indoeuropeo previo a la escisión del anatolio, por más que en hetita y demás lenguas anatolias no se escribiera el acento. Ahora bien, en todas estas fases del indoeuropeo el acento era casi siempre un rasgo redundante al lado de los morfemas segmentales: es raro el caso en que dos formas sólo se distinguen por el acento (tipo gr. φόρος/φορός, ciertos compuestos, etc.). Paralelamente, el vocalismo, según hemos anticipado, era un rasgo redundante respecto al acento. Pero en el más antiguo indoeuropeo, anterior al desarrollo de la Morfología tal como la conocemos, debe suponerse que esto no era así. Sólo gracias a las oposiciones acentuales —carácter tónico o átono de las palabras, colocación del acento en las mismas— es posible organizar la frase en lenguas monosilábicas no flexionadas; el orden de palabras y algunos otros

recursos, sobre todo la existencia de dos clases de palabras diferentes, podían ser una ayuda.

Los usos significativos del acento en el grupo no anatolio, que deben referirse, pensamos, al protoindoeuropeo, presentan una serie de características comunes que proceden de la fecha más antigua. El acento se usa para distinguir las palabras; los diferentes tipos de palabras (temas); las distintas formas de los paradigmas nominales y verbales; las palabras determinantes y las determinadas; las derivadas y las que sirven de base; el nombre y el verbo; las palabras compuestas y las simples. Una varia gama de usos que se retrotrae a unos cuantos principios fundamentales, de orden gramatical. De otra parte, este principio gramatical se ajusta con mayor o menor facilidad al principio del equilibrio silábico, por el cual una raíz o una raíz + alargamiento presenta dos esquemas alternativos, P/Ø y Ø/P, yendo el acento siempre, en principio, en el grado P. A su vez, de este principio salen gramaticalizaciones de la función del acento distintas de los usos gramaticales antiguos. Concretamente, el verbo desarrolla en los temas atemáticos una oposición entre acento radical (sg.) y final (pl. y du.; voz media) que no tiene relación alguna con el antiguo uso gramatical de acentuar en la última sílaba las formas determinantes y las derivadas. Ni, por supuesto, del uso de la atonía en ciertas formas verbales y pronominales y en uno de los dos términos de los compuestos.

2. El acento es con frecuencia un rasgo más de la forma de las palabras; dentro de una misma clase de palabras un rasgo redundante, salvo cuando introduce diferencias entre tipos de temas, esto es, subclases de palabras distinguidas solamente por el acento.

La comparación de las lenguas indoeuropeas que nos dan testimonio sobre el acento nos hace ver que en una larga serie de palabras éste había sido fijado ya desde fecha antigua. Decíamos que había sido fijado porque sólo en parte nos encontramos ante los esquemas P/Ø o Ø/P con acento en el P; con mucha frecuencia hallamos el P/P, o bien en los regulares el acento está en el Ø.

He aquí algunos ejemplos de palabras con esquema regular y acento en el P:

Temas en *-o*: gr. μισθός, ai. *mīdhá-* (n.) 'salario'.
Temas en *-i*: gr. ὄϝις, ai. *ávis*.
Temas en *-u*: gr. μέθυ, ai. *mádhu* 'bebida alcohólica'.
Temas en *-r*: gr. πατέρα, ai. *pitáram*, gót. *fadar* 'padre'.

Las palabras en que el lugar del acento, aun siendo antiguo, no coincide con lo esperado, se explican de maneras diversas. Nos hemos ocupado de ellas a propósito de los temáticos en VI.III.8: es normal que en ellos, en los nombres, se generalice el acento en la primera sílaba, se trata de un esquema Ø/P (por ej., en **u̯l̥kᵘ̯os* 'lobo') o del P/P (*dómos* 'casa'). Cf., sin embargo, *infra*, VI.IV.3.4. También en los atemáticos hay dificultades. El acento de 'padre' se comprende bien a partir de **pHtér*, del que luego salen N. y Ac.; el del Ac. de 'hermano' (ai. *bhrā́taram*, gót. *brōþar*, gr. φρᾱτέρα) sólo se comprende a partir de **bhrā́tr-*, un tema puro no conservado en la declinación. Sin duda, existían en el indoeuropeo más antiguo dos formas posibles de cada palabra, **pHtér* y **pā́tr*, **bhrHtér* y *bhrā́tr*: no sabemos por qué en un caso triunfó el Ø/P y en otro el P/Ø, luego con P del sufijo en casos rectos y con acento desplazado en los oblicuos; ni si esas formas alternativas tenían funciones propias, por ejemplo sintácticas, al modo de las raíces de

VI.VI.1.2. Por otra parte, una palabra como 'madre' presenta aún un tercer tipo: ai. *mātáram*, gr. μᾱτέρα. Aquí el esquema vocálico es el de 'hermano', pero el acento se ha desplazado en los casos rectos imitando a 'padre'.

En los en *-i* y *-u* hay problemas semejantes: cf., por ejemplo, ai. *áris* o *arís* 'enemigo' (P/∅), *múnis* (∅/∅), gr. πῆχυς frente a ai. *bāhús* 'brazo', etc. Lo mismo en los en *-ti* y *-tu* (véd. *mátis/matís*).

Otras veces hay que admitir, pensamos, que, igual que el grado P de ciertas raíces se mantiene pese a la tendencia al equilibrio vocálico, también se mantiene el acento. Esto es evidente en los temas en *-e/os*, con P/P: ai. *rájas*, gr. ἔρεβος, gót. *riqis*, sin desplazamiento del acento en la flexión (salvo por lo que se refiere a la limitación del griego a las dos últimas sílabas si la última es larga). Pero igual puede pensarse que ésta es la razón de acentuaciones como ai. *tákṣā*, gr. τέκτων; ai. *áśmā*, gr. ἄκμων. Palabras que pudieron ser el modelo para acentuaciones irregulares en el tipo ∅/P: gr. ἄρσην, -ενος, ai. *vŕ̥ṣā*, *vŕ̥ṣṇas* 'varón': aquí se mantiene una acentuación fija incluso en los oblicuos. Pero también hay ai. *ukṣā́* 'toro'; y en los en *-me/on* tanto gr. πυθμήν como ἴδμων, τέρμων como λειμών.

3. En realidad, hay una tendencia general en cuanto a la acentuación de nombres y adjetivos, tendencia que se impone más o menos según los temas. Prescindiendo de estos últimos, que como sabemos llevan normalmente acento final, los nombres se dividen en dos clases:

*a*) Con acento predesinencial, lo que equivale casi siempre a acento radical. Son los nombres neutros en *-e/os*, *-mn̥*, la mayor parte de los en *-i* y *-u*, *-ti* y *-tu*, *-e/on*, varios de parentesco en *-ter*, los temáticos, incluidos los con sufijos *-no*, *-to*, *-i̯o*, *-mo*.

*b*) Con acento final. Los en *-ā* abstractos, la mayoría de los masc.-fem. en *-mé/on,* los de agente en *-tér,* algunos en *-i, -ú,* en *-ó, -tó,* etc.

Se trata de una gramaticalización a que se ha llegado a través de una serie de regularizaciones que arrancan de un estado definido por el equilibrio vocálico. De un lado están temas con acento en la última sílaba del tema, mantenida en forma columnal salvo raras excepciones; de otro, temas con acento en la sílaba penúltima o antepenúltima. Los primeros son animados; más propiamente, tienen valor de agente; los segundos son animados o inanimados. No hay, desde luego, una regularidad absoluta, por causa de la nivelación del acento en paradigmas con desplazamiento del mismo: a veces el acento está en la penúltima cuando lo esperaríamos en la final y también existe el caso contrario. De todos modos, tiene interés el exponer los temas animados con acento en la última, haciendo ver cuándo responden a uno inanimado con acento en la penúltima o antepenúltima; cuándo no tienen al lado una forma opuesta; cuándo la tienen, pero es animada.

En conjunto, el acento de la sílaba última del tema es un recurso paralelo a los que ya conocemos para crear N., Ac. y V. animados a partir de temas indiferenciados genéricamente incapaces de actuar como sujetos. Un paralelo claro está en el hecho de que *-os* da tanto nombres en N. como adjetivos: también el acento final de adjetivos, cf. *infra,* VI.IV.3.12. Pero el acento final del tema no siempre es un elemento redundante, pues indica un grado de actividad superior al del simple sujeto: no todos los animados lo llevan, es propio principalmente de los nombres de agente. Por otro lado, es indicio de tema, no de caso.

4. He aquí algunos temas nominales con acento final. Indicamos los sufijos:

*-ter.* Es el sufijo, de agente del gr. δοτήρ, βοτήρ, ai. *dātā́, yaṣṭā́,* etc. Quizá el acento final de 'padre' y 'madre' (frente a 'hermano', 'hermana') provengan de esta consideración de agentes. Pero no está claro el porqué del acento en la penúltima en gr. δώτωρ, βώτωρ.

*-mé/on.* Junto a neutros en *-mn̥* como *dā́ma* 'don', *várima* 'extensión' hay animados en *-mé/on* (*dāmā́* 'dador', *varimā́* 'extensión'), cf. gr. ἄϝετμα/αὐτμήν. Pero hay también animados con acento en la penúltima, del tipo **ákmōn* 'piedra', testimoniado en varias lenguas. Cf. en gr. λείμων/λιμήν.

*-í, -ú.* El acento en la penúltima es normal en los neutros: ai. *ásthi, páśu.* También se da en los animados (cf. *infra,* 9), sin duda como una continuación de aquél al crearse éstos; pero otras veces el animado está marcado por el acento final: *sūnús* 'hijo', ai. *paśús* 'ganado' junto a n. *páśu, agnís.* Por lo demás, en la colocación del acento ha intervenido también perturbadoramente la nivelación de sus desplazamientos según los casos.

*-ó, -mó, -ló,* etc. Pensamos que el acento final es antiguo y que, cuando falta, actuó como modelo la palabra-raíz sin *-os.* El tipo más claro es el de φόρος/φορός (cf. *supra*); pero cf. también ai. *druṇás* 'árbol' junto a *dā́ru* 'íd.', ide. *dhūmós* (cf. VI.VI.2.7); indudablemente, el árbol y el humo, como el fuego, etc., podían ser considerados como agentes. Con otros sufijos (algunas de las lenguas citadas no conservan el acento, pero hay que suponerlo así): gr. ὀμφαλός (lat. *ombilicus*), lat. *oculus*; ai. *maryakás* 'joven'; aesl. *novakъ* 'íd.'; gr. στρατός 'ejército'; lat. *tacitus* 'que calla'; etcétera. En mayor o menor grado, todos los sufijos formadores de adjetivos de VI.IV.3.12 pueden tener también este uso. Ahora bien, también aquí se dan formas con acento

en la penúltima, cf. VI.III.8, para los en *-o* y nombres sufijados como ai. *svápnas,* lat. *somnus,* lit. *sãpnas,* gr. ὕπνος 'sueño'.

*-ós.* Frente a los neutros del tipo **génos* tenemos animados como ai. *uṣā́s,* gr. hom. ἠώς; gr. αἰδώς. Hay que suponer este acento en lat. *angor* frente a ai. *áṃhas* 'angustia', *honor* junto a *hones-tus,* etc.

5. Todos estos nombres con acento final pueden admitirse en la categoría de los de agente, dentro de la más amplia de los animados; aunque los límites que dentro de ella seleccionan, no son para nosotros totalmente claros. Pero también otros nombres, a los que nosotros habitualmente calificamos de abstractos, llevan un acento final. Ello se debe, sin duda alguna, a que no se trataba de abstractos, sino de hipóstasis concebidas de una forma casi personal.

*-tú.* Frente a los infinitivos en *-tu* del ai. con acento en la penúltima (*dā́tum, dā́tave,* etc.), hay nombres en *-tú*: *gatús* 'camino' y 'canto', *jantús* 'ser vivo', gr. δαιτύς 'comida'. Se trata de acciones, de las que salen nombres concretos; no de abstractos.

*-ā́.* El tipo φορά, ἀμοιβή da «abstractos» correspondientes a nombres de agente. En realidad, en fecha antigua se trata de hipóstasis. En estas formas coinciden los femeninos de los adjetivos en *-ó, -tó,* etc.; pero no siempre.

*-tí.* Quizá así se expliquen acentuaciones como ai. *yuvatís* 'mujer joven', *carkṛtís* 'gloria', *matís* 'pensamiento', etc. Como siempre, se entrecruza la influencia de los casos oblicuos con acento final.

La separación de este tipo y el anterior depende más bien de concepciones nuestras: en los ejemplos del anterior pueden espigarse significados semejantes. Se trata de una clasificación diferente a la nuestra, que sólo vagamente

podemos intuir como referente a una concepción de las palabras en cuestión, sean de persona o no, como dotadas de actividad. Ello, insistimos, sin que dejen de funcionar como sujetos las demás palabras animadas y, a partir de un cierto momento, también las inanimadas.

Las raíces del sistema que hemos descrito son protoindoeuropeas, sin duda, aunque su desarrollo continuó en la época posterior al anatolio. Pero era un sistema confuso, por la interferencia del uso del mismo acento en el adjetivo, la presencia de animados sin él, el intercambio entre adjetivos y nombres, la acción perturbadora de las nivelaciones de los paradigmas con acento móvil, etc. Se tendió a prescindir de él y cuando el acento se mantuvo en su sitio antiguo, se sintió más bien, luego, como caracterización de determinados sufijos, aunque sometida casi siempre a excepciones.

6. También los temas verbales están caracterizados por la posición del acento, en la medida en que no son átonos Pues el verbo indoeuropeo solamente en comienzo de frase, si nos atenemos al testimonio del védico y a ciertos hechos del griego, era tónico.

Resulta difícil distinguir, como hemos hecho antes, entre los temas verbales antes de integrarse en el sistema de la conjugación y los temas verbales ya integrados en él. Por otra parte, en el curso de la flexión el indoeuropeo ha utilizado el acento con una segunda función, de la que nos ocuparemos inmediatamente: distinguir los números y las voces. Ello se logra en las formas atemáticas mediante una alternancia entre acento predesinencial (en general radical) y en la desinencia. Por fuerza ha de oscurecer este sistema la posible oposición entre temas. Son las formas con acento

no desinencial las que, igual que en el nombre, deben utilizarse para estudiar la acentuación característica de los temas.

No encontramos nada semejante a lo que ocurre en el nombre. Las formas verbales atemáticas con acento predesinencial son fundamentalmente los presentes y aoristos radicales y los perfectos radicales: todos ellos con raíz en grado P acentuada. Esto es lo esperable en los presentes y aoristos radicales, cuya fórmula en el sg. es P/Ø; pero no en los perfectos, forma original de voz media con fórmula P/P (cf. IV.III.3). Sin embargo, el testimonio de ai. *véda,* gót. *wait,* etc., es terminante. Posiblemente se mantuvo una acentuación anterior al paso a la voz media. Pero tampoco puede decirse que el acento radical fuera característico del sg. de todos los temas verbales atemáticos, pues los en *-neu* y *-nā* llevan el acento en estas vocales, predesinenciales pero no radicales. Es un hecho antiguo, pues la fórmula es Ø/P (cf. ai. *vṛṇóti* 'cubre'; *punā́ti* 'purifica').

En definitiva, el lugar del acento no ha cobrado ningún significado morfológico especial para oponer unos temas a otros cuando éstos son atemáticos. Otra cosa es con los temáticos. Aquí hemos hablado ya de la existencia de los dos tipos **bhére/o* y **tudé/o,* que oponen dos matices de aspecto y a partir de un cierto momento suministran los tipos para oponer presente y aoristo dentro de un mismo verbo. El origen de la oposición aspectual está en el antiguo equilibrio vocálico, en un caso rehecho sin cambiar el lugar del acento (**bhére/o* por **bhér*). De igual modo, el acento de los temas en *-ké/o* los caracteriza morfológicamente frente a otros temas y lo mismo el de los pasivos del ai. en *-yáte* frente a presentes en *-yati.* Se trata de consecuencias del equilibrio silábico (a veces luego, en el segundo caso,

con introducción del grado P/P) aprovechadas luego con fines de caracterización morfológica.

Finalmente, otros temas cuyo acento es marca característica son aquellos de acento inicial sobre un aumento (formas de pasado, sólo en indicativo) o sobre una reduplicación (por ej., ai. *dádhāti*, desiderativo *dídṛkṣate* de *darś* 'mirar'). En el primer caso se trata de una derivación de un antiguo adverbio tónico seguido de un verbo átono; en el segundo, del acento normal en una raíz reduplicada: pero secundariamente el acento tiene, como en los casos anteriores, un valor de caracterización morfológica.

7. La utilización morfológica del lugar del acento en la flexión nominal ha sido ya indicada: opone los casos rectos, con acento en la predesinencial o en la sílaba anterior, a los oblicuos, con acento en la final. Aquí, dado que ciertos casos son etimológicamente temas puros, su sílaba final es contada como predesinencial: así **pHtḗr*, **pHtérm̥* frente a **pHtrós*. Aquí tenemos, frente a un N. y Ac. terminados en L o P/Ø, un G. en Ø/P y lo mismo sucede en otros casos oblicuos: éste es, pensamos, el origen de la oposición, que se ha generalizado a partir de ahí. Se trata, como se ve, del mismo origen que la oposición de vocalismos; pero hay que advertir que, en el detalle, se han producido varias discrepancias entre ambos sistemas. Por otra parte, nos estamos refiriendo a la acentuación de los temas en *-r*, *-nt* y radicales; las cosas son un tanto diferentes para los en *-i* y *-u*, como ocurre también en el vocalismo, según vimos.

Donde se ha conservado mejor el juego del acento es en los nombres radicales. La comparación de la palabra del 'pie' en ai. y gr. suministra un punto de partida:

| SING. | AI. | GR. |
|---|---|---|
| N. | *pā́t* | πούς (dor. πώς) |
| Ac. | *pā́dam* | πόδα |
| G. | *padás* | ποδός |
| L. | *padí* | ποδί |

| PL. | AI. | GR. |
|---|---|---|
| N. | *pā́das* | πόδες |
| Ac. | *pā́das* | πόδας |
| G. | *padā́m* | ποδῶν |
| L. | *patsú* | Hom. ποσσί |

| DU. | AI. | GR. |
|---|---|---|
| N.-Ac. | *pā́dā* | πόδε |
| G. | *padós* | ποδοῖν |

Precisamente el hecho de que esta palabra no admita el grado ∅ de la raíz (cf. VI.IV.1.7), deja ver más claro el valor independiente del acento para marcar los casos; el origen del desplazamiento, sin embargo, debe de estar en formas del tipo ai. *divás*, gr. ΔιϜός, gr. κυνός, κυνῶν. Junto a la forma con acento final (*padí*), el antiguo D.-L. conserva a veces el acento radical (ai. *kṣámi* de *kṣā́m* 'tierra', *dyávi* de *dyáus* 'cielo'). En cuanto a la *ā* de ai. *pā́dam,* etcétera, cf. *supra,* III.III.1.2. Sobre el Ac. pl. del ai. como caso débil, III.IV.2.4.

8. En los temas no radicales el desplazamiento del acento se conserva mucho peor. El ai. y gr. han generalizado la llamada acentuación columnal, que coloca el acento a una distancia idéntica de la primera sílaba: así a un N. sg. oxítono como ai. *pitā́,* gr. πατήρ, Ac. *pitáram,* gr. πατέρα,

responde un G. sg. ai. *pitúr,* gr. πατρός, D. sg. ai. *pitré,* gr. πατρί, pero son innovadas formas como ai. I. pl. *pitŕ̥bhis,* gr. D. pl. πατράσι. Cf. para los temas en *-e/on* ai. N. *ukṣā́,* G. *ukṣṇás,* lit. *akmuõ,* G. *akmeñs;* precisamente el lit., junto a diversas innovaciones, presenta el arcaísmo de conservar la antigua acentuación de la desinencia allí donde en gr. y ai. se ha desplazado, cf., por ejemplo, I. pl. *akmenimìs.*

De todas formas, en los temas en *-r* y *-n* de acento final en el N. se conserva, aunque sea en forma limitada, el desplazamiento del acento. Hay que añadir que en V. sg. hay una retrotracción del mismo (V. ai. *pítar,* gr. πάτερ), evidentemente arcaica, que sale de la acentuación columnal. Esta acentuación inicial en el V. se da también en otros temas y remonta al indoeuropeo: antes de separarse formalmente del N., era sin duda su única característica. Y conviene señalar que los temas en *-e/on* del gr., al llevar vocalismo pleno de la predesinencial, en virtud de la acentuación columnal no desplazan el acento: N. πυθμήν, G. πυθμένος. Hay, ciertamente, la excepción de ἀρήν, ἀρνός y sin duda el acento final estaba también en las formas que preceden a lat. G. sg. *carnis,* gót. G. pl. *auhsnē.* El principio de la acentuación columnal hace, por otra parte, que en los nombres con acento en la penúltima como **bhrā́ter,* **u̯ŕ̥sen,* éste no se desplace en el curso de la declinación.

También hay desplazamiento del acento en el tipo ai. en *-nt* (*bṛhán/bṛhatás*), en parte sin acentuación columnal. Aunque el vocalismo de algunas formas está reelaborado, acentuaciones como la de *bṛhatás* son seguramente herencia indoeuropea.

9. En los temas en *-i* y *-u* se conservan igualmente huellas, en parte diferentes, del desplazamiento del acento; también en los en *-ā.*

En los en *-i* y *-u* el gr. y véd. han fijado una acentuación columnal, ya sobre la raíz, ya sobre la *-i* o *-u* finales. Sin embargo, las fluctuaciones del védico incluso en palabras que han aceptado el grado Ø de la raíz, como *mátis* y *matís*, nos permiten reconstruir los hechos antiguos: a un N. Ac. *mátis, mátim* correspondía sin duda G. *matés*. En definitiva, los dos tipos de acento de *mátis* y *matís* son dos generalizaciones a partir de casos diferentes; y el vocalismo Ø de la raíz es una generalización, igualmente, a partir del G. **mn̥téis*. En las formas trisilábicas no encontramos en ai., en los oblicuos, acentuación final, sólo *mátibhis, mátiṣu*, en un tipo acentual, *matíbhis, matíṣu* en el otro. Son consecuencias de la acentuación columnal. Que ello es así y en cambio el N. pl. *matáyas* representa lo antiguo (*-es* respeta el vocalismo y el acento precedentes) se demuestra porque en lituano hallamos en estos temas formas como los I. sg. *širdimì*, pl. *širdimìs*. El lituano como el baltoeslavo en general, aunque han reelaborado los desplazamientos de acento en la flexión, conservan huellas del estado arcaico. Lo mismo que presenta Ac. sg. *móterį, dùkterį* (con acento desplazado del sufijo a la raíz), pero G. *moterš, dukteřs*, y mantiene *ãkmenį/akmeñs*, desplaza igualmente el acento en Ac. *nãktį*/ G. *naktiẽs, súnų/sunaũs*. El circunflejo es un desarrollo dialectal.

Nótese el acento retrotraído en el V. sg. ai. *ágne* junto a N. *agnís*.

Los demás temas polisilábicos —en *-t, -ī, -ū, -ā*— presentan acentuación fija. Solamente los en *-ā* presentan algunas particularidades notables. Mantienen a veces un vocativo sg. con acento retrotraído (gr. γύναι, δέσποτα); y el baltoeslavo es testigo de una antigua movilidad del mismo (lit. Ac. sg. *gálvą* / G. *galvõs* / I. pl. *galvomìs*, cf. en gr. γυναῖκα/ γυναικός, de γυνή). En cuanto al uso del circunflejo para

distinguir casos, es una innovación más o menos paralela del gr. y el balto-eslavo.

10. Así, en definitiva, aunque tendiendo a desaparecer en el indoeuropeo posterior, el desplazamiento del acento en el curso de la flexión fue importante en un momento de la historia del indoeuropeo y proviene de su fase flexional más antigua, aunque el hetita no puede ser testigo. Está en relación con el equilibrio silábico, aunque va más lejos que éste y se impone incluso cuando ello supone violarlo: prueba clara de su morfologización. En definitiva, su punto de arranque está en la oposición del G. sg. y otras formas con des. P a temas puros o temas seguidos de des. Ø en N. y Ac. Remontando a un esquema de G. con raíz en grado Ø y des. P, acentuada, alcanzamos un estadio que, si prescindimos de la noción de G. y nos limitamos al hecho formal de la existencia de un alargamiento con acento y de un equilibrio vocálico, nos lleva al indoeuropeo preflexivo o, mejor dicho, a las fases iniciales del tipo flexivo, en que se utilizaba la oposición de P/Ø a Ø/P en palabras-raíces (o raíces alargadas) para oponer determinado a determinante (cf. VI.IV.1.6). Parece verosímil que en esta etapa una raíz alargada de esta forma notara una relación de determinación respecto a otra: pues no hemos de olvidar que el G. no es más que una especialización de la forma con relacionador, cuya otra derivación es el adjetivo. Precisamente la existencia como normal en el adj. del acento final, muchas veces precisamente en N. sg., en *-ós* y tras grado cero de la raíz, es lo que, al coincidir con lo que hemos visto en el G., hace remontar el procedimiento al indoeuropeo más antiguo.

Por tanto, la morfologización del desplazamiento del acento en los nombres procede de hechos formales, pero no

hace más que ampliar un uso morfológico que hemos de atribuir a una determinada fase del protoindoeuropeo. Luego el acento es un rasgo redundante para marcar los casos dentro de unas limitaciones cada vez mayores, salvo en balto-eslavo, donde existen desarrollos propios del procedimiento. Y cuando el acento queda fijado mecánicamente en un determinado lugar de la palabra —así en itálico, eolio, germánico, armenio, lenguas eslavas posteriores, etc.— deja de tener valor morfológico, para convertirse en un rasgo de demarcación de la palabra, aparte de conferirle su unidad.

11. No ocurre así en el verbo, donde el empleo del desplazamiento del acento en la flexión acompaña estrechamente a la alternancia, ya estudiada, de la sílaba predesinencial y depende por tanto de una generalización a partir de formas acentuadas conforme al equilibrio silábico, pero sin que ello tuviera en fecha antigua función morfológica alguna. Decíamos que la flexión atemática sin mezcla de formas temáticas (la *-e/o* de **-e/onti* se entiende ahora ya como puramente desinencial) y con oposición de un vocalismo P y uno Ø de la raíz para marcar sg. act. / pl. du. act., v. med., es un desarrollo secundario. Paralelo a él hay que imaginar este otro por el que el acento va sobre la raíz en el sg. act. y sobre la des. en las otras formas.

El principal testimonio es el véd., pues el gr., con su ley de limitación y retrotracción del acento, lo mantiene uniforme incluso allí donde hay diferencias de vocalismo (οἶδα/ἴδμεν, εἶμι/ἴμεν). Cf. ejemplos del véd. como los que siguen:

*Presente.* 1.ª *émi/imás,* 3.ª *éti/yánti*
1.ª *yunákmi/yuñjmás,* 3.ª *yunákti/yuñjánti*
1.ª *vṛṇómi/vṛṇumás,* 3.ª *vṛṇóti/vṛṇvánti*

*Perfecto.* 1.ª *véda/vidmá*, 3.ª *véda/vidúr*
1.ª *jagrábha/jagṛbhmá, jagrā́bha/jagṛbhúr*
*V. media.* *yuñjé, yunkté; vṛné, vṛṇuté; īṣé, īṣé.*

Hechos del germánico confirman este panorama. Así, en aaa. hay en pretérito (antiguo perfeçto) *zeh/zigun* 'he mostrado' / 'han mostrado', cuyas consonantes demuestran la existencia de un antiguo acento idéntico al de ai. *didéśa / didiśúr.*

La morfologización del acento en la forma indicada es posterior al anatolio muy posiblemente, pues en hetita incluso allí donde hay flexión atemática generalizada el vocalismo no sigue más que en parte el esquema P/∅ en sg. / pl. activa. Y no es nada seguro que la sistematización expuesta haya alcanzado a todas las lenguas, pues la difusión del tipo atemático no parece haber sido muy amplia fuera del perfecto.

12. Otra utilización morfológica del acento, ésta según hemos adelantado derivada del más antiguo indoeuropeo, es la que opone un adjetivo con acento final a un nombre con acento en la penúltima o antepenúltima. Existen en realidad dos grupos: uno en que el adjetivo deriva del relacionador *-ós* y otro que carece de relacionador y se marca solamente con ayuda del acento o, cuando más, de la alternancia vocálica. Pero a su vez el primer grupo comporta también formas con sufijos *-tó, -kó, -i̯ó, -ró, -ló, -mó, -nó*, a veces añadidos directamente a la raíz, otras tras un sufijo precedente. Y hay todavía los sufijos tónicos puramente adjetivales.

*a*) Adjetivos con *-ó, -tó, -kó, -i̯ó, -u̯ó, -ló, -ró, -mó, -nó.*

Los tipos opositivos respecto a los nombres que hemos de imaginar como antiguos son (*-tó* representa a todos los sufijos):

Nom. atemático / Adj. en *-ó*.
Nom. atemático / Adj. en *-tó, -kó,* etc.

Ahora bien, el primer tipo ha desaparecido casi al disminuir el número de palabras-raíces y aumentar el de los nombres temáticos; pueden señalarse algunos ejemplos, cf. *supra,* III.III.4.4. El segundo tipo también es raro: cf., por ejemplo, ai. *rúk* 'brillo' / *rukmás* 'brillante'. Más frecuentemente, la raíz ya no se emplea como independiente, así, por ejemplo, en **pl̥*$H^{i}_{1}$*-nó-* (ai. *pūrṇás,* lit. *pìlnas,* lat. *plēnus,* etc.), **mn̥-tó-* (*supra,* VI.IV.3.4), por lo que el adjetivo a veces no se encuentra enfrente de ningún nombre (caso de ai. *pūrṇás,* etc.) y precisamente los nombres deben derivarse secundariamente de él; a veces se encuentra enfrente de varios nombres (**mn̥-tó-* de **mn̥-tei/ti, *men-ei/i, *men-tró, *men-e/os,* etc.). En definitiva, la forma en *-ó, -tó,* etc. ha perdido la conexión con la correspondiente sin *-ó, -tó,* etc. Se trata ya simplemente de adjetivos que se oponen o no se oponen a uno o varios nombres y que a su vez se especializan en cuanto a su sentido según las lenguas. Téngase en cuenta además que todos estos morfemas dan también nombres: podemos encontrarnos con dobletes nombre/adjetivo de los tipos *-os/-ós, -tos/tós,* etc. Y ello con o sin diferencias de vocalismo; más frecuentemente sin ellas, pues llega un momento en que la forma en *-ós, -tós* puede añadirse a cualquier palabra sin alterarla, aparte de que algunas formas P/P como **ped-i̯ós* > gr. πεζός son sin duda antiguas.

Por todo ello, es preferible exponer el sistema de estos adjetivos sin atender sistemáticamente a sus relaciones opo-

sitivas con los nombres, demasiado complejas e innovadas. Añádase, de otra parte, que la oposición entre *-ó* y los demás es muy relativa. Los sufijos *-i̯ó, -u̯ó* son antiguos elementos *-ó* alargados mediante el falso corte de una *-H*ⁱ o *-H*ᵘ de la raíz o el tema; y los demás igual. En una palabra como lat. *decimus* el sufijo *-mo* toma en realidad su *-m* de la final de **dekm̥*.

*b*) Adjetivos diferenciados del nombre sólo por el acento. Se trata de los en *-és, -í-s, -ú-s,* quizá en fecha antigua los en *-é/ont*. Sólo los en *-és* mantienen una relación estrecha con el nombre correspondiente.

*c*) Adjetivos diferenciados del nombre por un sufijo tónico. Éste es el caso, salvo excepciones derivadas de un estadio arcaico, de *-é/ont, -mé/ont, -u̯é/ont, -u̯ós/-u̯ót, -ī*.

13. A continuación repasamos brevemente algunos de los adjetivos tónicos, clasificados en los tres grupos que hemos establecido.

*a*) *-ó*. Además de lo dicho en VI.IV.3.4, hay que recordar los ordinales **dek°m-ós, *sept°m-ós* y el hecho de que los sufijos que siguen a continuación derivan en definitiva de éste. Pero *-ós* también da nombres, sea por mantenimiento del acento del G., sea por sustantivación de un adjetivo; de ahí la tendencia a derivar los adjetivos con *-tó,* etc. y con otros sufijos más ampliados todavía como *-īnó, -ei̯ó-,* etcétera.

*-tó*. Los más arcaicos se añaden a una raíz en grado Ø, tipo ai. *kr̥tá-*, gr. πιστός, etc. Pero hay adjetivos en *-tó* derivados secundariamente de toda clase de nombres: lat. *scelestus, onustus*; y también de temas verbales (*amātus,* etcétera). En varias lenguas *-tó* se convirtió en morfema de participio pasivo, cf. IV.VII.1.3; es arcaico en todas el uso en los ordinales, cf. ai. *ṣaṣṭhás,* gr. ἕκτος, lat. *sextus,*

aesl. *sestъ*, de **seks* 'seis', sin alterar el vocalismo. Hay que notar que existen nombres en *-tos* (gr. φόρτος, κοῖτος, νόστος, ai. *vâtas*), pero no una oposición sistemática.

*-kó*. Deriva adjetivos de nombres y adjetivos, cf. ai. *sanakás* 'viejo', ai. *tanukás*, aesl. *tьnъkъ* 'delgado', gr. θηλυκός, φυσικός. También hay nombres en *-kós*, quizá sustantivaciones (ai. *maryakás*, aesl. *novakъ* 'joven').

*-i̯ó, -u̯ó*. Frecuentísimo el primero y mucho menos el segundo se caracterizan porque muy raramente son tónicos: prueba de su difusión reciente el que adopten el acento del nombre de que derivan. Así, frente a gr. πεζός el ai. tiene *pádyas*; cf. también ai. *mádhyas*, gr. μέσσος. Para *-u̯ó* cf. ai. *śyāvás* 'castaño', *ūrdhvás* 'de pie', gr. beoc. καλϝός, ὀλοϝός, etc. En μανός, ἀστός (tes. ϝαστϝός) la *-u* proviene del tema (cf. μάνυ, ἄστυ).

*-ló*. Se añade a palabras-raíces, cf. gr. χθαμαλός, lat. *humilis*; también amplía adjetivos, cf. ai. *bahulás*, gr. παχυλός 'grueso' (de ai. *bahús*, gr. παχύς). En aesl. salen de este sufijo participios pasivos: *neslъ, dělalъ*. Este sufijo también da nombres de agente. También hay formas átonas, nombres concretos y adjetivos, éstos sin duda secundarios (gr. δῆλος).

*-ró*. Suelen llevar vocalismo ∅ de la raíz, cf. gr. τυφλός 'ciego', ai. *citrás* 'brillante', *rūrás* 'fuerte', *rudhirás* 'rojo', cf. gr. ἐρυθρός, lat. *ruber*, aesl. *rъdrъ*, y lo mismo sus formas alargadas (gr. κρατερός junto a κρατύς). También llevan vocalismo pleno (aaa. *heitar* 'brillante', de **kᵘ̯oit-rós*) o se derivan secundariamente de toda clase de nombres (gr. φόβος/φοβερός).

*-mó*. Los hay con grado ∅ (ai. *rukmás* 'brillante', *tigmás* 'agudo', o P (gr. θερμός, lat. *formus*, arm. *ǰerm*, aaa. *warm*); raramente los hay átonos (gr. ἔτυμος). El mismo sufijo da también nombres de agente, cf. VI.IV.2.2.

*-nó*. Se añade a raíces en grado P como **pḷHi̯₁nó-*, cf. ai. *tīrnás* 'atravesado', *bhinnás* 'hendido', gr. στυγνός 'odioso'. Esta forma da part. pasivos en ai. y aesl., lo mismo en gót. la forma alargada *-onó* (*waurþans* 'hecho'); en ai. *-āná* da el part. medio. El sufijo también se añade a palabras independientes: ai. *dāruṇás* 'duro', gr. φαεινός < *φαεσνός 'brillante', lat. *aēnus* 'broncíneo' (de *aes*). Secundariamente, hay *-no* átono (ai. *dákṣina-* 'diestro'). Y hay nombres con *-no* (lit. *sãpnas*, lat. *somnus*, gr. ὕπνος). Sobre *-nó* relacionador cf. III.III.4.8.

14. *b*) De entre los adjetivos diferenciados del nombre sólo por el acento, el tipo más regular, como queda dicho, es el que opone un nombre neutro en *-os* (fuera del N.-Ac.-V. sg. *-es*) y un adjetivo en *-és* (*-ḗs* en N. masc.-fem.). Ambas formaciones tienen normalmente grado P de la raíz:

Gr. ψεῦδος / ψευδής, ψευδές.
Ai. *máhas* 'grandeza' / *mahā́s, mahás*.
Ai. *cétas* 'brillo' / *acetā́s, acetás* 'sin brillo'.
Gr. μένος / εὐμενής, εὐμενές.

Es claro que el procedimiento no es sólo propio de las palabras compuestas. El hetita no presenta formaciones parecidas, de modo que debe de tratarse de una extensión reciente: de ahí su regularidad. En los temas en *-i* y *-u*, sean estas vocales procedentes de **-Hi̯* y **-Hu̯* radicales o no, hay huellas de una formación adjetiva en *-í, -ú* al lado de nombres ya en *-i, -u*, ya en *-í, -ú* (cf. *supra*, 9). Los adjetivos en *-ú-s* son una categoría muy frecuente: normalmente, con ∅ en la raíz, cf. ai. *gurús*, gr. βαρύς, gót. *kaúrus*; ai. *tṛṣús*, gót. *þaúrsus* 'seco'; ai. *purús*, gr. πολύς 'mucho'; alguna vez, con P, cf. ai. *svādús*, gr. ἡδύς. En cambio, los

adj. en *-ís* son raros, cf. de todos modos ai. *arís* 'piadoso' y formas secundarias como lat. *suāuis*. Únicamente en hetita son frecuentes: *šalliš* 'grande', *šuppiš* 'puro, *mekkiš* 'grande'. Sin duda se caracterizaban ya por el acento, aunque ello no sea demostrable. En el grupo no anatolio ha prevalecido un nuevo procedimiento para adjetivar los nombres en *-i*: derivar adjetivos de la forma en *-i̯os*, cf. ai. *ávyas* de *ávis*. Ello ha sucedido con desplazamiento del acento.

15. *c*) Otras veces ciertos sufijos tónicos se especializan como adjetivales, con lo que se resuelve por una vía distinta el conflicto resultante del hecho de que el acento final indica, ya adjetivo, ya ciertos tipos de nombre; problema que, por otra parte, es el mismo que se planteaba con *-ós* y *-n-ós*. Esto ha sucedido en los sufijos siguientes (no incluyo, naturalmente, sufijos adjetivales átonos):

*-é/ont*. Es el de ai. *bṛhánt* 'alto', *māhánt-* 'grande' y sin duda el de una larga serie de adjetivos hetitas del tipo de *perunant* 'rocoso' frente a *peruna* 'roca'. Se convirtieron en participios en todo el indoeuropeo, aceptando el vocalismo y acento de los distintos temas verbales. En hetita hay huellas claras del antiguo valor nominal del sufijo (*gima* y *gimant* 'invierno') y hay una evolución propia, a saber, crean masc.-fem. que son sujetos activos de verbos transitivos. Esta ambivalencia de la evolución, que ya produce adjetivos, ya sujetos animados, es la misma que conocemos en el caso de *-ós*, *-nós* y del acento final en general. Es claro que a un estadio en que *-nt* alargaba un nombre sin conferirle valor especial, siguió otro en que hacía de relacionador unas veces (de donde el adjetivo), de característica animada otras.

*-mé/ont*. Es un alargamiento del anterior, derivado de añadirlo a temas en *-m*. El sufijo es productivo en ai.:

*paśumā́n, pitṛmā́n,* etc. Hay huella de él en derivados de otras lenguas: lat. *-mentum,* precelta (?) *Salmant-ica,* etc.

*-u̯é/ont.* Otro derivado del mismo sufijo, con pocas formas tónicas conservadas. Cf. ai. *padvā́n, udanvā́n.* Pero en ai. predomina y en gr. se impone totalmente el mantenimiento del acento del nombre base: ai. *ápavant-,* gr. ὀπόεις. Esto ocurre ya también a veces con *-me/ont,* cf. ai. *mádhumān.*

*-u̯ós, -u̯ót.* Son las formas del part. perfecto, pero quedan huellas de su uso nominal antiguo. Cf. IV.VII.1.3.

*-ī̆.* Posible sufijo antiguo (cf. III.VII.1.7) que se conserva, además de como G., dando nombres femeninos y, sobre todo, adjetivos también femeninos. En este uso el ai. conserva acento final: *svādú-/svādvī́, bṛhánt-/bṛhatī́.* Sin embargo, a veces se impone la acentuación del masc.: *vásu-/vásvī.* Esto es lo normal en griego: ἡδεῖα de **-éu̯-i̯ă,* λείπων/λείπουσα (acentuación columnal).

16. Por otra parte, hay huellas de que en protoindoeuropeo las funciones morfológicas del acento estaban marcadas no solamente por el contraste entre los lugares del acento en dos temas de una raíz o dos formas flexionales de un mismo paradigma: se utilizaba igualmente entre palabras tónicas y átonas. Como siempre, nuestros datos proceden de un reducido grupo de lenguas posteriores al anatolio: pero su carácter residual nos hace atribuirles un origen más remoto. Se trata, sin duda, de un recurso protoindoeuropeo: el atribuir al uso tónico y al átono de nombres y adjetivos, verbos, pronombres y adverbios funciones diferentes. Pensamos que nos encontramos ante un estrato morfosintáctico más antiguo que aquel otro, al que ya hemos hecho referencia, en que el acento final de una palabra le confería carácter de determinante. Pero también creemos

que esta utilización de las oposiciones privativas de acento (forma tónica frente a átona) para marcar relaciones sintácticas es algo secundario. Pues se trata más bien de un hecho redundante respecto al uso con dicho fin del orden de palabras; a veces hay discrepancias respecto a éste y la presencia o ausencia del acento indica un relieve o falta de relieve de la palabra en cuestión. Hay, de otra parte, palabras constantemente átonas, con frecuencia en la misma función que otras tónicas.

Estudiamos, pues, simultáneamente el uso del orden de palabras y el de la oposición palabra tónica / átona para marcar relaciones sintácticas, haciendo referencia cuando hace falta a las disimetrías entre ambos sistemas y al uso puramente estilístico o de relieve del segundo. Hay que hacer notar que en el indoeuropeo histórico el resultado más notable del sistema en que dos palabras relacionadas son una tónica y otra átona es la constitución de palabras compuestas, con un solo acento: bien nombres o adjetivos (composición a su vez de un tema puro, en general, pero no siempre nominal-verbal, y un nombre o adjetivos), bien verbos (composición de preverbio y verbo), bien más raramente adverbios (composición de adverbios o preposiciones y nombres). El análisis de estas palabras es muy útil para la reconstrucción de estadios arcaicos del indoeuropeo; pero a veces sus diversos tipos han desarrollado innovaciones especiales. De otra parte, en ciertas lenguas, aun sin mediar composición, se conservan huellas de la atonía del verbo (normal en védico en oración principal) o de uno de los dos términos del grupo adverbio (preverbio) - verbo y adverbio (preposición) - nombre. Más general es la fluctuación entre el carácter tónico y átono de los pronombres y partículas. Recordemos que en el dominio de las raíces pro-

nominal-adverbiales la aglutinación es normal, comportando normalmente una forma tónica y una átona.

17. Parece verosímil reconstruir un estrato arcaico del protoindoeuropeo en el cual fueran regulares construcciones del tipo complemento tónico - verbo átono, preposición tónica - nombre átono, preverbio tónico - verbo átono. En lo relativo al orden de palabras y acento, este tipo está testimoniado por el normal en védico en construcciones como *Agním īḷe* 'venero a Agni'; hay que suponerlo en ejemplos de otras lenguas en las que sólo el orden de palabras subsiste: gr. Μῆνιν ἄειδε (sobre *ἀειδε) 'canta la ira', lat. *animum aduertere* > *animaduertere*. El Ac., como determinante del verbo, le precedía y llevaba el acento. Es lo mismo que encontramos cuando el determinante es un adverbio o preverbio: así en el tipo gr. οὔ φημι, lat. *ne uolo* > *nolo*, ai. *prá bharati*, gr. πάρειμι, ruso *vý̆nesti* 'sacar', sin duda (aunque el acento no consta) het. *nu har-ši-har-ši u-da-aš* 'ahora una tormenta (ella) se levantó'. Y lo mismo que se da en compuestos nominales de tipo muy arcaico: véd. *candrá-mās-* lit. 'luna brillante', *vā́japati-* lit. 'señor del botín', *devá-kṣatra-* 'imperio de los dioses', gr. ἀκρόπολις 'ciudad alta', 'ciudadela', gót. *hundafaþs* 'centurión' (que presupone acento final del primer término). El acento que se generaliza en el primer término de los compuestos posesivos (gr. ἐν-νεάβοιος 'que vale nueve vacas', ai. *hiraṇya-karṇa-* 'que lleva oro en las orejas') tiene también este origen. Hay que aludir también al acento generalizado en el preverbio en las formas nominales del verbo, unificadas ya desde antiguo (ai. *upá-hita-s*, gr. ὑπόθετος, lat. *subditus*). Y a grupos preposición-nombre como gr. ὑπέρμορος, lat. *denuo* < *de nouo*, ai. *anúvrata-* 'obediente'; en eslavo es normal que la preposición lleve acento ante un nombre átono.

18. Pero hay que entender que en estos grupos el acento era un elemento redundante, que recalcaba la función del determinante, dándole una mayor expresividad. Porque otras veces se conserva el orden determinante-determinado, pero es este último el que recibe el acento: sin duda, por alguna razón, había interés en centrar sobre él el foco de la atención. Así ocurre frecuentísimamente en el grupo preposición-nombre (y de ahí compuestos como ai. *anu-kāmá* 'conforme al deseo'), se da también en el preverbio-verbo (este tipo ha contribuido a la limitación del acento a las tres últimas sílabas en griego). Dentro de los compuestos, este tipo es el normal en los de rección verbal: ai. *havir-ád-* 'que come ofrendas', *nṛ-hán-* 'que mata hombres', gr. συβώτης 'que alimenta cerdos', gr. στρατηγός 'que guía el ejército', así como en compuestos adjetivales como gr. δυσμενής, ai. *durmanā́s* (frente al simple **ménos*) y en compuestos adverbiales como gr. προπέρυσι, ἐκποδών, rus. *ozimé* 'hacia el invierno', etc. También hay que referir a este uso el tipo pronombre personal átono - verbo tónico, bien conocido en griego y otras lenguas y que en air. y brit. ha producido los pronombres personales infijados entre el preverbio y el verbo tónico. Y, originariamente, el tipo pronombre personal átono - adverbio tónico (lat. *mecum*).

El acento, pues, variaba el relieve del sintagma, confiriéndoselo ya al determinante, ya al determinado. Lo normal era lo primero: en el sistema posterior esto se perfeccionó haciendo que el determinante nominal llevara acento precisamente en la sílaba final, pero sólo cuando determinaba a un nombre, no a un verbo. Ahora bien, el acento sobre el determinado presenta a veces la particularidad de que se trata de un compuesto que a su vez determina a un nombre. Por ello, el acento en el segundo término de uno de estos compuestos adjetivales se explica, a más de por

razones de relieve, porque ese término, que es determinado respecto al primer término, es determinante respecto a otra palabra del sintagma Nótese que con frecuencia podemos ver cómo ese acento no va en la sílaba final, o, si va, ello es por la pura coincidencia de que se trataba de una palabra con acento final original. Cf. véd. *uru-kṣáya-* 'que tiene una vasta morada', pero *puru-priyá-* (de *priyá-*) 'muy querido', *sugá-* 'fácil de atravesar'. En cambio, es claro que el tipo ai. *durmanā́s* representa ya la marca de determinante constituida por el acento final.

Precisamente el hecho de que una palabra puede ser determinante de otra y a la vez determinada por una tercera, hacía poco claro un sistema que operaba sólo con dos marcas contrastantes (dos órdenes de palabras y la oposición acento/atonía). Otro nuevo sistema acentual y, sobre todo, la flexión, fueron los sustitutos posteriores del estadio de que ahora nos ocupamos.

Por otra parte, así como sólo se distinguía en protoindoeuropeo un tipo de determinación del nombre, evidentemente se distinguían dos tipos de determinación del verbo, correspondientes a las posteriores funciones del Acusativo y Nominativo, que no hacen más que formalizarlas con ayuda de la flexión. Existía, efectivamente, en época preflexional el problema de cómo se distinguía la función del sujeto (que, por otra parte, tanto se puede decir que es determinado por el verbo como que lo determina) de la del objeto. No podemos dar una respuesta clara: pero es posible que el tipo védico *dvéṣti śvaśrū́s* 'odia la suegra' con el orden verbo-nombre, ambos tónicos, sea el antiguo. Ahora bien, esto introducía un nuevo problema: un uso del nombre tónico como sujeto, cuando el nombre tónico podía tener también otras funciones. Por otra parte, el orden sujeto-

verbo - complemento no es de creer que fuera universal. Si el verbo iba en cabeza como elemento tónico de más relieve, surgían, efectivamente, problemas para la desambiguación del sujeto y el complemento: a veces era fácil de lograr gracias a las clases de palabras (caso del pronombre sujeto) o a las subclases, pero otras no tanto. Son estos problemas los que llevaron progresivamente a una caracterización de las funciones mediante elementos flexionales. En el caso de la oración nominal, con dos nombres en función asimilada al Nominativo, llevaron a una difusión creciente del verbo copulativo.

19. Las excepciones al orden de palabras a que hemos hecho referencia, del tipo verbo - complemento, nombre - preposición, verbo - adverbio, así como los compuestos derivados, deben considerar casos anómalos, destinados a lograr un relieve estilístico del determinante mediante la inversión del orden normal, como otras veces se logra mediante el acento. Así, en el tipo gr. ἀρχέκακος 'que comienza el mal', ai. *sthā-raśman-* 'que sujeta las riendas'; y en el pronombre enclítico tras verbo en gr., ai., air., etc. En la aglutinación de raíces pronominal-adverbiales el tipo es el más frecuente.

Otras veces se tiende ya a la implantación del carácter tónico de la palabra con carácter general. Así en el caso de la anástrofe nombre-preposición en gr. (ποταμοῦ ἄπο). Ello lleva, en definitiva, a conferir con regularidad carácter tónico a todos los nombres y a todos los verbos. Queda una huella del estado antiguo en védico, donde el verbo es normalmente átono (enclítico) en oración principal, mientras que es tónico en la subordinada: regularización de tipo secundario. En griego, los verbos φημί y εἰμί son normalmente átonos y enclíticos: pero en ocasiones llevan acento

y figuran en cabeza de frase, lo que les presta relieve estilístico.

Así, el valor de relieve dado por el acento a la palabra tendió en un momento dado a ser utilizado para marcar el determinante; pero no siempre, pues podía en ocasiones haber más interés en marcar el determinado y existían las interferencias aludidas. Por otra parte, en ciertos grupos nombre-verbo la palabra tónica era el nombre, como hemos dicho: con ello se contribuía a formalizar la diferencia nombre/verbo, pero también en esto había, hemos apuntado, muchas excepciones. La presencia de un verbo tónico en indoeuropeo es innegable: si no, no se comprendería el uso de las variaciones del lugar del acento para marcar las personas, números y voces en fecha posterior.

El sistema del énfasis conferido por el acento al nombre y al verbo tendió de este modo a utilizarse gramaticalmente, pero sometido a una problemática compleja: el valor de énfasis no se perdió del todo. Sin embargo, es en los pronombres y partículas donde mejor se conservó, como hemos apuntado en nuestro estudio de estas clases de palabras. La oposición interrogativo/indefinido, conseguida mediante este recurso, no es más que una gramaticalización del mismo. Otras veces se consiguen diferencias lexicales, cf. gr. νῦν / νυ.

20. Pero hay partículas, así como formas pronominales, que se mantuvieron constantemente como enclíticas, herencia sin duda de su papel subordinado en la frase. Se trata de partículas monosilábicas como **k*ᵘ*e* 'y' (ai. *ca,* gr. τε, lat. *-que,* gót. *-h,* air. *-ch*), *-*uĕ* 'o' (ai. *vā,* gr. ἠϝέ, lat. *ue*), **ge* (gr. γε, het. *-k,* gót. *-k*), **ke* (lat. *-ce*), *r̥ (gr. ἄρ, lit. *ir̃*), etcétera. Estas partículas no solamente servían de refuerzo, sino que enlazaban las palabras y las oraciones entre sí.

No tiene relación con el acento la entonación de la frase, usada para distinguir los varios tipos de la misma, sobre todo las oraciones aseverativas, exclamativas e interrogativas. Nos ocupamos de ella en la parte de Sintaxis.

# V

# ALTERNANCIAS DE TIMBRE Y CANTIDAD

## 1. ALTERNANCIAS DE TIMBRE

1. Nos referimos con esto a las alternancias *e/o*, de una parte, y *ĕ/ē*, *ŏ/ō*, de otra, que se encuentran en indoeuropeo con fines de distinción léxica y, sobre todo, morfológica, completando la alternancia P/Ø de que nos hemos ocupado hasta aquí. Mientras que esta última tiene una estrecha relación con el lugar del acento —coincidencia, hemos dicho, desde el origen, aunque con desarrollos parcialmente diferentes: no hay derivación de la alternancia a partir del acento, con síncopa de sílabas átonas—, en cambio no hay prácticamente relación entre el lugar del acento y estas otras alternancias. A veces existe vocalismo *e* en sílaba tónica y *o* en átona (**pHtér-/su̯ésor-*), pero existe un número igual de grande de ejemplos contrarios. Deben rechazarse, pues, los intentos de postular una evolución *e* > *o* en posición átona en una época de acento musical posterior a la supuesta época de acento de intensidad. Y ninguna relación puede establecerse entre el acento y los grados breve o largo de las vocales alternantes.

2. Una rápida sistematización de hechos ya recogidos a lo largo del libro, relativos a la oposición *e/o* en cuanto indoeuropea arcaica, esto es, no derivada del efecto de las laringales, nos hace ver que las dos vocales figuran ya como alomorfos libres (a veces con elección secundaria en tal o cual lengua), ya como morfemas; y que en este caso tanto se puede decir que *e* introduce una distinción respecto a *o* como, en otros casos, lo contrario. No hay una forma básica o neutra y otra marcada, cosa que tampoco ocurría en la oposición P/Ø: se trata de una oposición equipolente.

Exponemos sucintamente los hechos morfológicos, para pasar luego a los lexicales:

*a*) *Flexión nominal. e* y *o* son alomorfos libres en el G. sg. en *-e/os*, donde luego el gr. elige *-os* y el lat. *-es*, por ejemplo; en el G. pl. *-ōm/-ēm* (cf. la *-ēm* del gótico, III. IV.3.2); en el Ab. sg. en *-ōd/-ēd* (cf. III.V.2.4); en el I. sg. en *-ō/-ē* (cf. III.V.2.5). En cambio, se trata de morfemas diferentes en otros casos: el N. pl. lleva *-es* frente al N. sg. *-os* (pero cf. *-ōs* en N. pl. de los temáticos de todas las lenguas, salvo el hetita); el V. sg. de los temáticos lleva *-e* (*domine*, innovación también postanatolia); el hetita opone Ab. **-ōd-s* / I. **-ēd* (innovación de esta lengua; sobre la cantidad, cf. *infra*, VI.V.2.1).

Hay que añadir el frecuente uso del L. o D.-L. sg. en *-en* o *-eni* en los temas en *-on*: gót. *gumin* frente a *guma*, gr. αἰέν frente a αἰών; de ahí seguramente la oposición N. sg. con *o* / otros casos con *e* en lit. y eslavo: aesl. N. *kamy* / G. *kamene*, lit. *akmuõ* / G. *akmeñs*; también en los en *-r*, cf. lit. *sesuõ* 'hermana' / *seser̃s*. El ai. *áśmā* / N. pl. *áśmānas* / L. sg. *áśmani* testimonia también la *e* del L., cf. III.V.2.11. En cambio, en hetita no hay huella de este recurso morfológico: el hecho de que haya *uttar/uddanaš, uddani* 'cosa' y en cambio *watar/witenaš, weteni* 'agua' es muy diferente,

se trata de una diferencia de temas como las que veremos a continuación. Parece, pues, que la utilización de *e/o* con finalidad morfológica también en este caso es posterior al protoindoeuropeo.

Lo mismo puede decirse, todavía, de la oposición post-anatolia *-es/-os* en la declinación de estos temas. Como es sabido, el nombre neutro lleva *-os* en el N.-Ac.-V. sg. y *-es* en el resto.

3. *b*) *Temas nominales*. Hay cuatro casos principales, todos los cuales son propios del grupo no anatolio:

α) Temas en *-s*. Frente al nombre n. con N.-Ac.-V. en *-os* (**genos*), el adjetivo es en *-es* (**dusgenēs, -és*), estando lograda la distinción no sólo con el cambio de acento (cf. VI.IV.3.14), sino también de timbre. También los nombres animados son normalmente con *-os*, aquí a lo largo de todo el paradigma (gr. ἠώς, ai. *uṣā̂s*, lat. *pudor*, etc.), aunque también hay *-es* (lat. *Ceres*). El alargamiento del N. sg. es común a nombres y adjetivos. Este uso de *e* como marca de adjetivo y *o* de nombre, no se repite.

β) Temas en *-n, -r*. Hay una cierta distinción entre temas en *-ér, -én* y otros en *-or, -on*, es decir, una coincidencia entre acento y timbre. Pero la coincidencia es sólo muy parcial: y en la mayoría de los casos sólo está testimoniada por el griego y aun aquí falta. Tenemos:

Nombres de parentesco: **pHtér-* frente a **su̯ésor-*, pero cf. *bhrā̂ter-*.

Nombres de agente: cf. VI.IV.3.3, tipo gr. en *-tér* frente a otro en *-tor*. En ai. hay ambos tipos acentuales, pero no se ve el timbre; en otras lenguas hay ya uno, ya otro (lat. *-tor*, aesl. *-tel-*).

Nombres en *-en/-on*. Existen los dos tipos, ligados a palabras diferentes y, salvo excepciones, sin que timbre y acento tengan relación: hay, por ej., **ákmōn* 'piedra', **uksṓn* 'toro' (ai. *ukṣā́*, gót. *auhsa*), **u̯ṛ́sen* 'macho', **limḗn* 'puerto', etc. Hay, ciertamente, una tendencia en griego a oponer un tipo λιμήν a otro λειμών; pero también hay un tipo en *-ṓn* (εἰκών, σταγών). En hetita hay también huella de temas en *-en* (cf. *watar / witenaš / weteni*) y *-on* (cf. *uttar / uddanaš / uddani* 'cosa'), sin que se aprecie diferencia.

En líneas generales, se trata de distinciones puramente lexicales. Como en cierta medida las diferencias de timbre coinciden con otras de acento que hemos explicado como caracterizando animados agentes, puede pensarse en una cierta tendencia a usar redundantemente la *e* con esa misma finalidad. Pero la cosa no pasa de ahí.

γ) Temas temáticos y en *-ā́*. Hemos expuesto ya los datos relativos a temas de nombres de acción, de agente y «abstractos» de los tipos **bhóros*, **bhorós* y **bhorā́*, todos ellos del grupo no anatolio. En conjunto, la *o* radical les opone al tipo verbal **bhérō*: cf. gót. *staiga* 'calle' / *steigan* 'ir', lat. *toga/tego*, etc. De todas formas, el papel de la *o* lo realiza otras veces el grado Ø, que era el originario ante el acento de la sílaba final (φεύγω/φυγή); y no faltan formas con *e*. El tipo con *o* (junto a los demás) se encuentra también con los sufijos *-to* (gr. κεῖμαι/κοῖτος), *-nā́* (gr. ποινή, aesl. *cěna* 'precio') y los demás enumerados en VI. IV.2.2.

Se puede atribuir mayor antigüedad al tipo cuando lleva acento en la raíz: **dómos* presupone un antiguo **dóm* (opuesto a **demō*, cf. gr. δέμω). A partir de ahí, *o* se ha

difundido para marcar nombres y adjetivos frente a los verbos, aunque sin llegar a imponerse del todo.

δ) Finalmente, *o* marca a veces el segundo término de compuesto: gr. πατήρ/εὐπάτωρ, lat. *terra/extorris*, etc. También este uso es posterior al anatolio.

4. *c*) *Flexión verbal.* La *e* y la *o* aparecen como alomorfos libres en la desinencia *-mes* o *-mos* de 1.ª pl., dos formas entre las que eligen las distintas lenguas; *-enti/-onti* de 3.ª pl.; *-to/-te*, *-so/-se* en des. de voz media, también con elecciones secundarias. La morfologización más sistematizada es la que opone, en los verbos temáticos, *o* en 1.ª sg., 1.ª 3.ª pl. a *e* en las demás personas. Sabemos, sin embargo, que esta regularidad es seguramente secundaria: en het. hay flexiones independientes de uno y otro timbre, a veces mezcla de ellos; y los hechos del báltico y tocario, así como la presencia ocasional de *-enti* en 3.ª pl. apuntan en la misma dirección. Cf. VI.III.15.

*d*) *Temas verbales.* Hemos estudiado la presencia de *o* como característica de los temas de perfecto y de los iterativo-causativos. Pero también hemos visto que la *o* aparece en temas independientes, no incluidos en una flexión de temas múltiples (tipo *šakhi* del hetita); y, ocasionalmente, en algunos temas de presente. Cf. IV.2.3.5.

5. Los usos morfológicos de *e* y *o* son tan variados que forzosamente han de ser el producto de morfologizaciones secundarias; morfologizaciones, por lo demás, realizadas en época posterior al anatolio y con frecuencia no llevadas a su culminación. No se trata de que con ayuda de *o* se cree una forma derivada de un tema con *e* o inversamente, sino de la sistematización de una situación de alomorfismo libre de la que quedan amplios testimonios; naturalmente una

vez que está establecido que, por ejemplo, la relación presente / perfecto se marca con una oposición *e* / *o*, de un presente con *e* puede deducirse un perfecto con *o* y viceversa.

Parece, pues, claro que el propio no anatolio hereda una amplia fluctuación entre *e* y *o* en sus desinencias y temas, lo que utiliza para precisar su sistema desinencial y para crear el segundo nivel, la oposición entre temas en un mismo paradigma. Ahora bien, ese alomorfismo libre no vemos que se deba en origen a un proceso fonético y que luego, de aquí, nazca la morfologización: no hay datos para ello. De él se pasa directamente, por elección, a la morfologización, del mismo modo que la libertad en los alargamientos de una misma raíz dio paso al uso alternativo de unos u otros con valor ya propiamente morfológico.

Se plantea ahora el origen de ese alomorfismo. Y dado que existen ejemplos de una *o* (y, naturalmente, de una *e*) independiente, no sujeta a alomorfismo, resulta muy verosímil pensar que el alomorfismo es un fenómeno secundario promovido por la analogía: de la misma manera que el uso alternativo de diversos alargamientos lo es. La hipótesis contraria sería, como queda apuntado, pensar que los alomorfos libres *e* y *o* son en el origen alófonos libres, derivados a su vez de alófonos condicionados. No hay el menor resto de ese supuesto condicionamiento. La hipótesis de que *e* y *o* están en dependencia del acento, efectivamente, choca con demasiados obstáculos. Cuando hay una coincidencia entre timbre vocálico y acento, se trata de un hecho tardío. Es notable, además, que el hetita, que presenta ya huellas de una alternancia P/Ø y de su morfologización, no las presenta ni de una alternancia *e*/*o* ni apenas de su morfologización.

6. Son numerosas las raíces indoeuropeas que tienen *o* no alternante. Cf., por ejemplo, **od* 'oler', **oid-* 'hincharse', **okt-eH*$^{u̯}_{3}$ 'ocho', **ok*$^{u̯}$ 'ver', **om* 'amargo', **oms* 'hombro', **ong*$^{u̯}$ 'ungir', **ongh* 'uña', **op* 'escoger', **orbh* 'huérfano', **orgh* 'testículo'. En todas ellas, la *o* es inicial; no hay indicio de que fuera precedida de laringal. Hay otras muchas en que esto no es así. Cf., por ejemplo, **konk* 'vacilar', **konkho* 'concha', **koks* 'cadera', **ghos* 'comer', **bhog* 'estómago', **log* 'vara', **bhok* 'arder'.

Aunque con frecuencia es muy difícil decidir si las raíces para las que el diccionario de Pokorny postula *o* son o no variantes de otras con *e*, resulta claro, en todo caso, que el protoindoeuropeo poseía palabras-raíces y no sólo raíces en el sentido abstracto en que empleamos la palabra, que contenían *o*. No sólo gr. ὄψις, lat. *oculus*, lit. *akìs* 'ojo', het. jer. *-akalas* lleva *o*, sino también gr. ὄψομαι, ὄπωπα; hay que postular una palabra-raíz **ok*$^{u̯}$, testimoniada como nombre (con alargamiento) en dual ai. *akṣī*, gr. ὄσσε. Del mismo modo, gr. ὀδμή, -ώδης, *ὀδσ-φραίνομαι, lat. *odor* son ampliaciones de un *od* del que también sale el verbo gr. ὄζω, lit. *úodžiu* 'oler'. Pero es más frecuente que las raíces con sólo *o* sean exclusivamente nominales. Existen, efectivamente, una serie de nombres y adjetivos junto a los cuales no hay verbos salvo los denominativos y que presentan *o*: puede tratarse ya de palabras-raíces como **kuon* 'pero', ya derivadas con vocal temática como **konkho-* 'concha', con *-ā* con lat. *coxa*, con *-i* como **ou̯i-* 'oveja', **orghi-* 'testículo', con *-ti* como **ghosti-* 'huésped', con otras derivaciones más (gr. ὀρφανός frente a lat. *orbus*). Nótese que, como en el caso de *e*, con frecuencia el vocalismo pleno se mantiene pese a resultar un esquema P/P.

En otras raíces, por el contrario, aparecen ya una al lado de otra *e* y *o*. Ello ocurre a veces de un modo arbi-

trario: no podemos justificar el porqué de la presencia de una u otra vocal. Podemos sospechar que en gr. χθών, ai. *kṣā́s*, het. *tekan* 'tierra', lat. *homo*, se conserva un vocalismo original *o*, alternante ciertamente con ∅ (G. sg. ai. *gmás*, het. *tegmaš*, formas derivadas como lat. *humus*, gr. χθαμαλός, gót. *guma*); aesl. *zemlja*, lit. *žẽmė* pueden ser innovaciones, como lo es sin duda la *e* de het. *tekan* (< **tkan*, metátesis por **ktan*). Otras veces es más verosímil la hipótesis contraria.

El hecho es que *e* y *o* han coexistido en las mismas raíces y palabras o en diversas palabras de una misma raíz, sin que podamos señalar el porqué de la una o de la otra. A veces el resultado de ello han sido repartos dialectales: gr., germ., arm., probablemente ai. *pod-* 'pie' / lat. u. *ped-*; het., lat. *genu* 'rodilla' / gr. γόνυ, probablemente ai. **gonu* 'íd.'. Pero otras veces el resultado ha sido una morfologización: elegir cada una de las dos vocales para caracterizar formas que se quería oponer gramaticalmente. Y ello no sólo en las raíces, sino, sobre todo, en los alargamientos, que adquirieron igual duplicidad.

7. *e* y *o* se han opuesto, efectivamente, según hemos visto, tanto en el sistema desinencial como en el de los temas; tanto en el nombre como en el verbo. En el sistema de los temas, no en el de las desinencias, a partir de un momento dado *o* ha podido considerarse como marca de derivación a partir del tema con *e*: **bhóros*, **bhorós*, **bhorā́* a partir de **bhérō*, los compuestos a partir de los simples, el perfecto a partir del presente, el iterativo a partir del tema básico. En un momento dado ha debido de procederse así, efectivamente, aunque en realidad el indoeuropeo desarrolló pronto procedimientos de derivación que no afectan al vocalismo. Pero en el arranque se trata de oposiciones

de temas independientes. Prueba de ello es que existe *o* en los temas supuestamente básicos: presentes radicales temáticos o no (cf. IV.IV.1.3), nombres radicales atemáticos no compuestos. De otra parte, es el adjetivo en *-es* el que se siente —falsamente— como derivado a partir del tema en *-os* y lo mismo, en la flexión, el N. pl. en *-es* respecto al sg., etc. Otras veces no hay el más leve rastro de jerarquía. Y en la oposición de tipos de nombres ya con *e* ya con *o* hemos visto que hay toda clase de vacilaciones, que se trata de un sistema que no llegó a constituirse plenamente.

Aunque la mayor parte del sistema es posterior al anatolio, según hemos indicado, y desde luego para su aplicación a las desinencias no hay huella alguna de él en el anatolio, debemos postular que al menos sus inicios más remotos proceden de fecha anterior. A fecha anterior remonta, evidentemente, la posibilidad de que unas mismas raíces o morfemas presenten ya *e*, ya *o*. La creación de un grupo de temas verbales con *o* que añaden determinadas características de flexión y un valor de estado, es ya una morfologización de la *o*: está presente en hetita, en los verbos en *-ḫi*, y luego da por resultado el tema de perfecto. Pero hay más. Hemos dicho que la *o* de un importante grupo de nombres, los tipos **bhóros, *bhorós, *bhorā́,* a la que añadimos la de un importante núcleo de nombres en *-i* y *-u,* debe proceder de nombres radicales con *o,* que se oponían así a verbos en *e.*

Efectivamente, un nombre **bhór* no es una construcción: se encuentra en gr. φώρ, lat. *fur* como opuesto a un verbo **bhérō.* Por supuesto, existen también nombres radicales con *e,* como existen verbos con *o*: pero la oposición **bhór / *bhérō* es sin duda antigua. Lo que nos mueve a pensar esto es el hecho arriba señalado de que existen numerosas raíces con *o* no alternante que son exclusivamente nomina-

les. Y otras que llevan *o* cuando usadas como nombres radicales, pero *e* ante *-os*, por ejemplo (ὄψ/ἔπος). Es éste, seguramente, el punto de partida de la evolución: un punto de partida de la más alta antigüedad.

8. Ahora bien, como en otras tantas ocasiones, no hemos de pensar que aquello que difiere del sistema regular es producto de innovación secundaria. Con frecuencia lo es, sin duda, ya que el sistema morfológico basado en las alternancias perdió vigencia creadora rápidamente y aquéllas quedaron convertidas en un residuo del pasado cada vez más erosionado. Pero también es verdad lo contrario: que el sistema nunca llegó a constituirse del todo. Acabamos de insistir sobre ello en lo que se refiere a los tipos morfológicos que usan la oposición *e/o*. Insistimos ahora en que las excepciones que a ellos se oponen, que a veces son más abundantes que el propio tipo regular, son en definitiva hechos lexicales procedentes de un antiguo reparto de *e* y *o*, ya alternantes, para diferenciar palabras y no tipos morfológicos.

Insistamos, por ejemplo, en la raíz **pe/od* 'pie'. Aquí no se da el tipo regular **pód* 'pie' / **pédeti* 'ir'. Tal vez por eso junto a **pod* se encuentran derivados en *-o*, *-i̯o* con vocalismo radical *e*: het. *pedan*, gr. πέδον 'suelo'; gr. πεζός, ai. *pádya-* 'de a pie'. En realidad, estas formas testimonian un antiguo nombre **ped* 'el pie'. La elección fue, pues, secundaria, distinguiendo formaciones que otras veces no se distinguen: puede haber *e* u *o* uniforme en todas ellas, y lo primero es precisamente lo que encontramos en latín (*pes*, *pedis*, etc.). Por el contrario, en eslavo encontramos un verbo *podǫ* 'caer', con vocalismo *o*: sin duda, porque la raíz no se mantiene en el uso nominal. Así, las distintas lenguas utilizan variamente la oposición *e/o*, en función de

las palabras que con ellas quieren distinguir. El nombre radical con *o*, atemático o temático, no es más que una posibilidad.

De la misma manera, junto a nombres con *-i*, *-u* y vocalismo radical *o*, los hay con vocalismo radical *e*: cf. gr. ὄφις / ἔχις, aesl. *ognь* / lat. *ignis* 'fuego'. Podría proponerse que el vocalismo *e* proviene de los neutros (**genu*, **medhu*) y que luego hay influjos recíprocos (lat. *pecus* de **peku*, gr. γόνυ). Pero más bien debe postularse que tampoco aquí triunfó totalmente la tendencia al vocalismo *o* de los nombres. Como no triunfó en los en *-o*: existen formas con *e* radical de los mismos.

9. En definitiva, debe postularse que la oposición *e/o* ya lexical, ya morfológica, viene de la vacilación no significativa *e/o* de raíces y morfemas, procedente a su vez de los efectos analógicos de las raíces con *e* sobre las con *o* y viceversa. La morfologización más antigua es una tendencia a oponer nombres radicales (luego temáticos) con *o* a verbos con *e* y verbos con *o* a verbos con *e*. Luego el grupo no anatolio fue elaborando estas oposiciones: en parte en forma coincidente (nombres temáticos, perfectos, denominativos, ciertos hechos en las desinencias); en parte, en forma innovada en griego (tipos en *-tér* y *-tor*, etc.). Pero el sistema nunca llegó a carecer de excepciones, sobre todo en el nombre. Y, además, en parte coincidía con el que oponía los vocalismos P/Ø y P/L. Todo ello en forma confusa: a veces hay vacilación entre *o* y Ø para oponer una forma a la con *e*, otras *o* y Ø entran en oposición entre sí, oponiéndose ambas a la forma con *e* (así en el perfecto frente al presente). Por otra parte, otras veces es el grado alargado el que hace de equivalente de *o*: así hay iterativos y perfectos con vocal alargada, al lado de los con *o*. Pero otras

veces la vocal larga tiene una función independiente, así cuando marca el N. sg. animado.

Todos estos sistemas de cronología y difusión varia, llenos de excepciones y usos neutros en que el vocalismo no es significativo, en relación cambiante unos con otros así como con el del acento, eran difícilmente manejables. De ahí su pronta decadencia y su sustitución por el que opone morfemas sin que ello afecte al vocalismo o acento. Ello creó una capa de formas sin apofonía, a veces difícil de separar de las excepciones antiguas; e hizo que incluso la regularidad morfológica del vocalismo se pierda de vista y sea difícil aislarla de los hechos puramente lexicales. La confusión de timbres por efecto de las laringales, la coincidencia de *e* y *o* en ai., la de *o* y el resultado de grados Ø de las sonantes en otras lenguas (así en het.), fueron otros tantos golpes para el sistema. Sólo unas cuantas alternancias en las desinencias, luego consideradas como formas sin relación entre sí, y la oposición de presentes básicos a iterativos y perfectos, se mantuvieron ampliamente; lo demás quedó reducido a meros restos. Sólo en griego mantuvo el sistema de oposiciones una cierta vitalidad en la formación de nombres, pero también aquí retrocedió desde pronto.

## 2. ALTERNANCIAS DE CANTIDAD

1. Junto a estas alternancias, en la flexión nominal y verbal hemos aprendido a conocer las que oponen *ĕ/ē* y *ŏ/ō*.

Concretamente, la declinación presenta desinencias *-ēd/-ōd* de Ab., *-ē/-ō* de I., *-ēm/-ōm* de G. pl. El reparto de timbres es secundario según las lenguas; y la adopción de la cantidad larga también debe ser secundaria, a juzgar por el hecho de que en G. pl. hay huella de *-ŏm* junto a

*-ōm*. Sin duda, la larga tiene valor distintivo: en G. pl. frente al Ac. sg., en Ab. sg. frente a formas pronominales de N.-Ac., en I. sg. frente a formas temáticas de tema puro (V. sg.). Lo mismo hay que pensar de la *-ō* de 1.ª sg. en el tipo **bherō*, que en ai. está en las tres primeras personas, de sg., pl. y du.

En cuanto a los temas, el vocalismo largo introduce igualmente distintividad frente al breve. Lo hemos explicado ampliamente a propósito del N. sg. animado de los temas en *-r*, *-n* y *-nt* allí donde no existe una característica *-s* (excepcionalmente, por redundancia, también allí donde existe, cf. lat. *uōx, uŏcis*). Se trata de un fenómeno posterior al anatolio: a juzgar por el hetita, el protoindoeuropeo no oponía N., Ac. y V. en estos temas, que eran pregenéricos. Existe, sin embargo, una irregularidad: los temas en *-r* no caracterizados como animados, que pasaron a ser neutros, no siempre llevan Ø en la final del tema, aunque es lo más frecuente: existen, efectivamente, grados alargados como el del gr. ὕδωρ.

Esta irregularidad de los neutros en *-r* inanimados es comparable con la de los D.-L. de temas en *-i* y *-u*, que a veces, según hemos visto, llevan el grado alargado y a veces, el pleno. Digamos que en estas dos formas el alargado es redundante.

En el verbo, el grado alargado aparece como un equivalente del *o*: hay iterativos y perfectos con *o* y otros con grado alargado. Pero también existe un sistema mixto, el que en germánico opone *ē* en pl. del perf. a *o* del sg.: equivale, en este caso, al grado Ø; en hetita sería comparable *šakki/šekkanzi* si tuviéramos garantía, que no la tenemos, de que se trata de una *ē* larga. Y existen los aoristos sigmáticos con vocal larga (ai. *ávaikṣam*, aesl. *věsъ*, cf. IV. V.1.8).

2. Vemos que, a diferencia de lo que ocurre con la oposición *e/o,* los usos no distintivos de ésta son escasos. Tampoco encontramos raíces que presenten sistemáticamente la vocal larga: una forma como lat. *rēx, rēgis,* pese a ai. *rājā,* es el resultado de una extensión secundaria del grado del N. sg., cf. gr. ὀρέγω. Por otra parte, en hetita existen formas con *a* < **o* mientras que no hay testimonio alguno de vocales largas no procedentes de alargamientos por laringal. En estas circunstancias, no parece haber base suficiente para postular un origen de la oposición que nos ocupa en antiguas vocales largas independientes secundariamente opuestas a otras breves también independientes. Menos es posible postular un antiguo carácter alofónico de la larga, condicionado por el acento.

Pero si en hetita, pese a ciertas reconstrucciones hechas sobre la base del grupo no anatolio, no hay huella de alternancia P/L ni de larga independiente, es preciso que en un momento dado se hayan creado largas no morfológicas que hayan suministrado el punto de partida para éstas. Dicho de otro modo: cuando **pHtér-* se escindió en **pHtḗr-* y **pHtĕ́r-* con la finalidad morfológica que sabemos, ello se realizó, sin duda, sobre un modelo que daba la posibilidad de oponer una larga a una breve. Es un modelo fonético, no morfológico, insistimos. Este modelo no puede encontrarse más que en la oposición de breve/larga, tratándose de una larga procedente del grupo vocal + laringal. Sólo por oposición a la larga de este origen pudo la antigua vocal indiferente a la cantidad ser considerada como breve, cf. ya *supra,* VI.V.2.2.

Postulamos, en definitiva, los siguientes estadios evolutivos:

*a*) Vocales *e* y *o,* indiferentes a la cantidad.

*b*) Desarrollo de vocales *ē, ō, ā,* de vocal + laringal.

*c*) La *e* y *o* aisladas, así como las seguidas de laringal heterosilábica, son, por oposición, concebidas como breves. Igual la *a* de varios orígenes.

Piénsese que no sólo se trata ahora de que haya en distintas posiciones, en una misma o en varias palabras, ya *ĕ*, *ŏ*, ya *ē*, *ō*, sino que *ĕ*/*ē*, *ŏ*/*ō* pueden alternar como alófonos libres en una misma posición y aun dentro de una misma palabra. Se trata de dos resultados del grupo vocal + laringal, con resultados hetero y tautosilábico (cf. II.I.4.9).

3. En definitiva, las alteraciones de cantidad que presentaban las antiguas vocales indoeuropeas, según el tempo de la pronunciación o los fonemas en contacto, se interpretaron en un momento dado como representaciones de dos fonemas diferentes, desde el momento en que había vocales largas autónomas, frente a las cuales las antiguas vocales eran un término negativo. Ahora bien, esas alternancias entre dos fonemas diferentes, breve y largo, pudieron correr dos suertes diferentes:

*a*) Mantenerse, así en el caso de los pronombres personales (**mē*/**mĕ*), de numerosas partículas (**u̯ē*/**u̯ĕ*), de los neutros (gr. ὕδωρ, pero ai. *ūdhar*, lat. *ūbēr*), en nombres como gr. σορός/σωρός, en el N.-Ac. sg. de los en *-i* y *-u*, en raíces diversas (gr. ἧπαρ, lat. *iĕcur* pero ai. *yákṛt* 'hígado'), en temas verbales (*ŏ* y *ō*, en perf. e iterativos, cf. IV. II.3.3), en desinencias (cf. III.IV.3.2).

*b*) Oponerse con función morfológica: tipos gr. πατήρ/πατέρα, εὐγενής/εὐγενές, ἠώς/γένος, ai. *váhati*/*ávākṣam*, lat. *fodio*/*fōdi*, gót. *nima*/*nēmum*, los desinenciales hechos diferenciales dentro del léxico (por ej., lat. *nē*/*nĕ*).

En realidad, estas oposiciones tienen dos orígenes diferentes: uno, la escisión de un mismo tema dentro ya del paradigma; otro, la inclusión de dos temas diferentes en

un mismo paradigma. Es decir, suponemos que dos formas en distribución libre, **bhŏdh* y **bhōdh*, **u̯ĕgh* y **u̯ēgh* se repartieron secundariamente procurando dos temas diferentes, presente/perfecto y presente/aoristo. Pero ello no sin que quedaran inversamente presentes con vocal larga (cf. IV.II.3.5) y aoristos con breve (cf. IV.V.1.6), así como, naturalmente, perfectos.

Estas alternancias tuvieron dentro del indoeuropeo una vida efímera. Tienden a alterarlas u obliterarlas hechos como los cambios de timbre ante laringal (II.II.2.1. y 9); la abreviación de largas finales (cf. II.II.8.8); la abreviación de diptongos largos; el carácter aislado y residual, no productivo, de algunas de estas alternancias; el sentirse las largas desinenciales como productos de contracción; etc. Y, como siempre, el carácter poco claro, ya coincidencia ya oposición, del sistema frente a las alternancias P/Ø, *e*/*o* y el acento.

# VI

# EVOLUCIÓN GENERAL DE LA MORFOLOGÍA INDOEUROPEA

## 1. FORMALIZACIÓN DE LAS CLASES DE PALABRAS Y CREACIÓN DEL PRIMER NIVEL DE LA FLEXIÓN

1. Sobre la base de los capítulos anteriores es ahora relativamente fácil establecer cuál debió ser el sistema de las unidades significativas en protoindoeuropeo y cuáles fueron, a partir de él, los desarrollos de la Morfología indoeuropea en sus diferentes etapas. En un momento dado de la exposición que vamos a hacer nos detendremos más despacio que hasta aquí en los recursos de fecha relativamente reciente, a saber, la derivación sufijal más ramificada, a veces independiente del vocalismo y acento, y la composición. Y también entraremos en fenómenos aún posteriores, como la pérdida del sentido de la raíz, la proliferación de formas denominativas y deverbativas, etc.

El protoindoeuropeo más antiguo que podemos vislumbrar es una lengua monosilábica y no flexiva. En él, raíz es equivalente a palabra; y existen dos clases de raíces o

de palabras. Las nominal-verbales, con los esquemas de dos, tres o cuatro fonemas, siempre terminadas en consonante y dotadas de una sola vocal, provistas además de determinadas restricciones de distribución y presentándose sobre los tres esquemas P, P/Ø y Ø/P; y las adverbial-pronominales, que llevan una consonante y comienzan y terminan en vocal pudiendo faltar ambas. Estas raíces sirven secundariamente como ampliaciones, con valores de insistencia o localización, a sí mismas y a las nominal-verbales, las cuales, a su vez, pueden reduplicarse o componerse unas con otras.

La frase indoeuropea está constituida por la combinación de palabras de uno y otro tipo, siendo las del segundo en muchísimas ocasiones enclíticas o también proclíticas; los diferentes tipos de frase se distinguen por su entonación (cf. VII.II.2.1). Ahora bien, el núcleo de la frase está constituido por las palabras nominal-verbales. Existen una serie de procedimientos para, en los grupos sujeto-verbo-complemento y nombre determinado-determinante, marcar, a partir de palabras formalmente iguales, las funciones sintácticas.

2. Vamos a tomar, sin embargo, desde más lejos el problema de la desambiguación de la frase y del establecimiento de las relaciones entre las palabras. La existencia del sistema deíctico o localizador que hemos llamado pronominal-adverbial y que tiene rasgos formales claramente diferenciales, resultaba muy útil a estos efectos. Desde muy temprano, hemos visto, ciertas palabras de esta clase se convirtieron en pronombres personales, que distinguían sujeto y objeto, singular y plural. Ello resolvía indirectamente en muchos casos el problema de la función (como sujeto u objeto) de un nombre que iba con el verbo; y era suficiente para indicar el número y persona en una fecha en que el verbo no las marcaba. Los pronombres demos-

trativos e interrogativo-indefinidos desambiguaban, al menos, la persona. E innumerables partículas marcaban el tiempo y la situación en el espacio, a más de ser utilizadas otras veces para indicar la insistencia o restricción y para relacionar las palabras de la clase nominal-verbal entre sí.

Por otra parte, el sistema de los numerales, más ciertos cuantificadores nominales o adjetivales, hacía que se pudiera prescindir en el verbo de la categoría del número; en lo cual, como acabamos de ver, los pronombres personales aportaban también una ayuda.

Dentro de la clase nominal-verbal el nombre y el verbo se distinguían funcionalmente, y también el adjetivo del nombre; pero incluso en época preflexional tendían también a distinguirse formalmente. Hemos indicado ya los procedimientos principales: vocalismo *o* del nombre y *e* del verbo, salvo determinadas excepciones; orden de palabras habitual determinante-determinado, que hacía que el adjetivo precediera al nombre y el complemento al verbo; hechos acentuales que oponían una forma tónica y una átona y luego introducían un determinante nominal con acento final; orden verbo-sujeto, acentuados ambos; determinación indirecta, cuando la presencia de un pronombre sujeto hacía que, por exclusión, un nombre quedara definido como complemento; determinación por las subclases de palabras, cuando de dos nombres que iban con el verbo uno no era susceptible de funcionar como sujeto o como complemento. El caso más notable, ya explicado por nosotros, es el de la existencia de una subclase de nombres inanimados incapaces de la función de sujeto y la de Vocativo. También la existencia del Vocativo, es decir, de un uso expresivo e impresivo del nombre caracterizado por una juntura especial y a veces por un acento retrotraído (gr. πάτερ, γύναι) resultaba útil: una frase Μῆνιν ἄειδε, θεά

implica que el primer nombre es complemento, pues el uso del Vocativo implica la ausencia de sujeto del verbo.

3. Por otra parte, en fecha muy antigua se comenzó a diferenciar nombre y verbo lexicalmente: ciertas raíces quedaron restringidas al uso nominal (**kuon* 'perro', **eku̯-* 'caballo', **u̯l̥ku̯* 'lobo', **ghom* 'tierra', **ped* 'pie', **kerH* 'cabeza') y otras al verbal, del mismo modo que otras todavía se habían hecho propias solamente de los numerales. También la distinción de animados/inanimados operó en fecha antigua mediante oposiciones léxicas: **egni/*pūr*, por ejemplo, son 'el fuego', pero concebido de dos maneras diferentes. Ésta es una base previa a partir de la cual se tendió a una diferenciación sistemática mediante rasgos fijos (diferencias de vocalismo). Se añadieron las marcas sintácticas que tendían a señalar la función en que aparecían las clases principales de palabras, definiendo de paso esas clases: las relativas al orden de palabras, a la presencia y ausencia del acento, al juego de las palabras nominal-verbales y las pronominal-adverbiales. Parece posterior una marca sistemática del nombre determinante (en función de adjetivo) como es el acento final y a veces un timbre vocálico especial.

Resulta claro que en época plenamente preflexional nombre, adjetivo y verbo existen, y existen las funciones de nombre determinante de nombre (Genitivo o adjetivo), nombre determinante de verbo (complemento) y nombre sujeto; existían a su vez funciones del nombre referidas a la totalidad de la frase y que podemos denominar adverbiales. Las marcas formales de estas clases de palabras y de las subclases (de que nos hemos ocupado más despacio en VI.VI.2) son a veces complicadas, pero existen. Con ayuda del sistema de pronombres, adverbios o partículas y numerales se llegaba al nivel de la oración; y las distintas entonaciones

marcaban los distintos tipos de oraciones, mientras que la presencia de dos nombres en función de sujeto denotaba que una oración simple era nominal.

4. A partir de aquí hay un desarrollo, que hemos estudiado en detalle, que lleva progresivamente a la diferenciación de nombre y verbo mediante recursos flexionales: al desarrollo de la flexión a base de sufijos y desinencias que fueron creándose en la clase nominal-verbal, pero en forma diferente en el verbo y el nombre (y luego en forma diferente en el adjetivo); también hubo un desarrollo flexional en la otra clase, si bien menor y muy influido secundariamente por el nombre y el adjetivo. De este modo, los antiguos recursos del protoindoeuropeo, a base de orden de palabras, acento y vocalismo, para marcar las clases y subclases de palabras y las categorías y funciones sintácticas entraron cada vez más en decadencia ante los recursos flexionales. Pero convivieron durante mucho tiempo, bien en distribución complementaria, bien en forma redundante.

En realidad, desde el momento en que el nombre oponía un vocalismo P/Ø a uno Ø/P, ambos con acento en el P, para distinguir determinado de determinante, hay ya una flexión incipiente: lo mismo si se trata de raíces que si su elemento final es ya un alargamiento. Este estadio, ya lo hemos dicho, debe considerarse protoindoeuropeo, pero posterior al que sólo utilizaba las oposiciones tónico/átono, los grados vocálicos *e/o* (que por lo demás son ya morfologización) y el orden de palabras.

Ahora bien, hay que advertir que siempre se conservaron diversas formas no flexionadas: ya formando clases de palabras sin flexión (adverbios, etc.), ya incluidas en una clase mixta (numerales); ya incorporadas como provistas de desi-

nencia Ø en los paradigmas flexionales; ya como primeros términos de compuesto.

Resumimos a continuación el origen de la constitución de la flexión mediante el uso, fundamentalmente, de alargamientos, pero también mediante la difusión de oposiciones marcadas por la colocación del acento y por la gramaticalización de la oposición *e/o* en otras funciones diferentes de la de oponer verbo/nombre.

*a*) Los morfemas segmentales proceden del influjo analógico de unas raíces sobre otras. Mientras ese influjo analógico produce alomorfos libres, que tienden al esquema de cuatro fonemas con variación de la consonante final, nos hallamos en el estadio en que una raíz es seguida de alargamientos no significativos; pero cuando al ir la palabra en una función determinada se atribuye la misma al alargamiento, éste se carga de significado y se convierte en un verdadero morfema. La generalización de unos u otros en determinadas funciones, la oposición de unos a otros para marcar funciones opuestas, crea las bases del sistema morfológico. Concretamente, ciertos alargamientos en su forma V + C, con el acento en la vocal, se convierten en relacionadores, base del posterior G. del nombre y el posterior adjetivo: sobre todo *-é/os, -é/om, -é/od*. Esto, cuando se añaden a una raíz que va en función nominal y determina a otra también nominal.

Cuando se añaden a una raíz en función verbal, *-om, -es, -et* se convierten en desinencias personales. Y cuando se añaden a dos raíces en función nominal que acompañan a una en función verbal, *-e/os* marca el N., *-e/om* el Ac. Junto a todas estas formas en que la consonante es precedida de vocal, hay otras sin vocal, sobre el esquema P/Ø.

*b*) La alternancia P/Ø y el desplazamiento del acento derivan del antiguo equilibrio silábico P/Ø y Ø/P, con acento

en el P. Por ello, en principio, el grado P y el acento final marcan las formas determinantes (G. y adjetivo). Pero el grado vocálico y el lugar del acento se han independizado del esquema en cuestión, con frecuencia alterado desde antiguo, y también entre sí, llegándose a determinadas utilizaciones morfológicas. El acento del G. ha suministrado el modelo para el de los casos oblicuos en general.

*c*) También es antigua la ampliación de las palabras con las vocales temáticas *-i*, *-u* y luego *-ē*, a partir de elementos radicales en laringal y, sobre todo, con *-e/o*, abstraída de los alargamientos con V-C y luego morfologizada variamente.

*d*) Arranca de fecha protoindoeuropea, pero en lo fundamental es posterior al anatolio el empleo morfológico de una alternancia *e/o*, utilizada para oponer temas verbales y formas flexionadas diversas. Procede de la existencia de raíces con *e* y otras con *o*, que se contaminaron analógicamente, llegándose luego a la morfologización de la alternancia.

*e*) Es posterior al anatolio la morfologización de una alternancia breve/larga. Parte de la escisión de las antiguas vocales, indiferentes a la cantidad, en dos fonemas, bajo la presión de las vocales largas creadas en el grupo vocal + laringal.

5. Todos estos elementos eran interdependientes: la forma de los morfemas determinaba la de la raíz y viceversa, también quedaba así determinado el lugar del acento. Pero la gramaticalización de cada uno de estos elementos tendía a hacerlo fijo, independiente de los demás.

Veamos primero más despacio el proceso de diferenciación de las clases de palabras y de la creación de las flexiones.

El primer paso para diferenciar flexionalmente el verbo del nombre consistió evidentemente en crear el sistema desinencial, para el nombre en sus casos N., V. y Ac. Tanto en el verbo como en el nombre, según hemos visto, este sistema procede de unos primeros alargamientos, al lado de formas radicales y de otras en que la raíz se adicionaba con la vocal temática, abstraída de la vocal que precedía a los alargamientos. Una misma forma radical o temática podía actuar como nominal o como verbal; e igualmente una misma forma alargada. No existía peligro de confusión, dado que el nombre y el verbo se distinguían ya mediante recursos a que hemos hecho referencia. Pero, por otra parte, los N. especialmente agentivos tendían al acento final; había al menos un alargamiento *-et/-t,* especialmente verbal, y había nombres que no eran susceptibles de aceptar el papel de N. La regularización de la oposición N./Ac. es más antigua que la de las personas en el verbo, que era redundante con el uso de sujetos pronominales y otros. Cf. VI.VI.1.2.

Pero la diferenciación máxima consiste en que los alargamientos *-(o)s, -(o)m* fueron empleados en el nombre en funciones de sujeto y complemento (el primero también de determinante de nombre), mientras que en el verbo indicaron la persona. O sea: si en principio podemos postular que una raíz **bhor* podía tener alomorfos libres **bhóros, *bhórom,* en un momento dado el alargamiento *-os* se especializó en el N., en el que era redundante al lado de las otras marcas que hemos mencionado, y *-om* paralelamente en el Ac. Pero las otras marcas tendieron a perderse, quedando *-os* y *-om* como marcas principales o únicas. El verbo se distinguía por el vocalismo radical *e* y por el vocalismo *e,* igualmente, de los alargamientos *-es* y *-et*; había también *-om.* Estos alargamientos, en principio redundantes con otras indicaciones de la persona, acabaron por clasificarse para

marcar las tres de sg. (mejor dicho, las tres personas: luego quedaron reducidas al sg. por crearse formas especiales de pl.). También se usaba *-ós* (tónico) en el determinante en distribuciones nombre-nombre; y *-e* en el caso de llamada (Vocativo). Una serie de funciones existentes desde el protoindoeuropeo son formalizadas ahora flexionalmente. Luego el sistema se expandirá mucho más, según hemos explicado en detalle.

6. Con esto estaban sentadas las bases de la diferenciación formal de nombres y verbos y de un tipo especial de nombre, provisto de relacionador, que es el esquema primero de lo que luego van a ser dos formas diferentes: el G. y el adjetivo. Pero nos hemos centrado solamente en la creación de las desinencias, siendo así que es característico de la morfología indoeuropea crear dos tipos de morfemas: a más de las desinencias, los sufijos. Tipos de morfemas que ya sabemos que formalmente sólo en parte son comunes al nombre y el verbo y significativamente son siempre diferentes (cf. VI.I.13).

Por lo que respecta al nombre, son los alargamientos *-s, -m, -d,* provistos o no de vocal precedente, los que son susceptibles del doble uso de características casuales de N. o Ac. y de relacionador; en la primera función continuaban también actuando los temas puros, ya como N., ya como incapaces precisamente del papel de sujetos.

Estos temas puros que se mantenían en uso en el nombre ya eran palabras-raíces, ya palabras-raíces alargadas: pues el que ciertos alargamientos adquirieran el nuevo papel de desinencias, no excluía en forma alguna que ésos y otros continuaran difundiéndose como tales alargamientos, ya creando palabras de cuatro fonemas sobre la base del equi-

librio silábico, ya palabras disilábicas con dos vocales, que lo rompían. En realidad, hay que distinguir dos casos:

*a*) Se crearon formas alargadas con *-r* para el Ac., en palabras no susceptibles de ir en N.; y en *-n* para el uso determinante. Había aquí un nuevo esquema de declinación y derivación adjetival, que coexistía con los anteriores. Pero no llegó a imponerse más que en la medida en que hubo luego un N.-V.-Ac. en *-r*. La forma con *-n* recibió las mismas desinencias que la sin *-n*.

*b*) A oscurecer la función mencionada de *-r* y *-n* en ciertas palabras contribuyó el hecho de que en otras *-n* y *-r*, así como *-s*, *-t* y *-H*, se usaran ampliamente como alargamientos fuera de las raíces de que eran originarias y recibieran, en consecuencia, desinencias. Estos primeros alargamientos acabaron por tomar sentidos especiales con ayuda de las diferencias de vocalismo y acentuales y de la contaminación de unos con otros hasta producir morfemas compuestos del tipo *-t-i*, *-t-er*, etc. que tendían a oponerse formando sistemas más o menos claramente estructurados.

7. El verbo, por su parte, completó el sistema de las desinencias. Junto a *-m* (1. sg.), *-s* y *-t* (2. y 3., en principio indiferenciadas) y Ø (especializado variamente según los sistemas), el verbo aceptó, seguramente en una segunda fase, desinencias de plural; también en el nombre la especialización de *-os*/*-om* como relacionador de sg./pl. y la creación de un N. y Ac. pl. son fenómenos secundarios: el N. *-es* se diferencia por un vocalismo fijo y un acento secundario, el Ac. *-m̥s* es una forma contaminada de *-m* y *-es*. En el verbo, son formas alargadas de *-m* y *-t* las que dan las personas 1.ª y 2.ª pl.; la 3.ª se crea con un alargamiento doble *-nt* convertido en desinencia, mientras que en el nombre es

al contrario un sufijo. Una desinencia *-r*, de impersonal o 3.ª pl., está también testimoniada.

Como sucedió en el nombre, algunos de los alargamientos que se convirtieron en desinencias siguieron funcionando y difundiéndose como tales alargamientos, hasta convertirse en características de temas verbales. Éste es el caso de *-s*, *-n*, *-t* (raro) y **-H*. También hay formas compuestas, creadas por contaminación, como *-sk* y **-n-eH*; pero mucho menos abundantes que en el nombre (cf. VI.I.13). De todas maneras, los elementos formales de ambos sistemas son fundamentalmente los mismos. Por supuesto, las diferenciaciones de significado son radicalmente diferentes.

8. Pero el sistema hasta aquí descrito precisó todavía de tres modificaciones importantes, todas dentro del sistema nominal:

*a*) El esquema de flexión N.-V.-Ac.-G. se amplió. La base está en la creación del G., que es sencillamente la forma con relacionador en cuanto incluida en el sistema del nombre; dio el modelo de vocalismo y acento de los demás casos, salvo, a veces, el D.-L. Pero esta forma tenía un significado muy amplio, del cual fueron recortadas, ya dialectalmente, vastas porciones con ayuda del otro relacionador *-d* y del mismo uso de temas puros. Fueron sobre todo los temas puros en *-i* < **-Hi̯* los que, en varios grados vocálicos, suministraron desinencias para esta ampliación del sistema casual: generalmente, los casos así creados se hicieron adverbiales, pero luego pasaron por transformación (e igual el Ac.) a determinar el nombre, cf. el detalle en VI.VI.2.2. El sistema casual se proyectó luego al plural en forma más o menos simétrica a la del singular, mediante la especialización de *-s* como marca de plural, el uso de un alargamiento *-bh*, etc. El dual es un desarrollo más reciente toda-

vía y que no alcanzó a todo el indoeuropeo. De todas maneras, la elaboración del sistema, que culminó sólo en las lenguas particulares y aun nunca llegó a oponer formas independientes para cada caso, procede de una época en que las laringales ya habían producido las vocalizaciones y alargamientos que son propios de ellas. Absolutamente lo mismo puede decirse del sistema verbal.

*b*) De la forma con relacionador se derivó un adjetivo, flexionado en los mismos casos y números que el nombre y siguiendo su modelo. Especializó a su servicio ciertos sufijos acentuados (*-tó*, *-nó*, etc.), sobre la base de la antigua forma con relacionador, con acento en la última sílaba (*-ós*, etcétera); y especializó incluso ciertos sufijos sin diferencia acentual.

*c*) Tanto en el nombre como en el adjetivo se llegó, ya antes de la escisión del anatolio, a oponer un género animado y otro inanimado. La base está en la incapacidad de ciertas palabras, las inanimadas, para usarse como sujeto. Cuando en una fase posterior llegan a usarse como sujetos puramente gramaticales, el N. mantiene las mismas marcas del antiguo Ac. (*-om* o tema puro). Pero sólo en el grupo no anatolio se marcó en los temas en *-r* y *-n* la oposición N./Ac.

9. La creación de la flexión en su primer nivel y su uso para la formalización de la diferencia entre las clases de palabras fue, pues, simultánea; pero fueron procesos sólo iniciados en el protoindoeuropeo y continuados luego en el grupo no anatolio, sin que pueda decirse que llegaran a culminar en un sistema formalizado de una manera regular. De todas maneras, todavía hay otro desarrollo del indoeuropeo que es preciso recordar.

Se trata de la creación de los pronombres. Aquí una clase especial de palabras-raíces, las que hemos llamado pronominal-adverbiales, se oponía en un principio a las nominal-verbales, suministrando una primera clave para la interpretación de las relaciones de los elementos de la frase. Esta clase se escindió: de ella se obtuvieron, de una parte, una serie de clases de palabras invariables, que recibieron ulteriores aportaciones a partir de formas flexionales fosilizadas; de otra, una contaminación de estas raíces con elementos de la línea central de la Morfología indoeuropea creó los pronombres.

En realidad, las raíces pronominal-adverbiales eran susceptibles desde siempre de añadirse a cualesquiera otras, del mismo tipo o del central, determinándolas. De otra parte, hemos visto que a partir del tipo central se crearon alargamientos y, luego, morfemas, susceptibles a su vez de añadirse a otras raíces o temas para determinarlos. A partir de aquí surgían dos posibilidades que fueron ambas aprovechadas:

*a*) Amplia combinación de las desinencias verbales con raíces pronominal-adverbiales, a veces también con la vocal temática *-e/o*. Lo mismo ocurre, en menor medida, con las nominales.

*b*) Adición a las raíces pronominal-adverbiales de alargamientos de origen nominal.

A todo esto se han añadido falsos cortes que han independizado las desinencias seguidas de los elementos mencionados. Se han creado de este modo formas independientes, que se añadían a las procedentes de ampliar las raíces nominal-verbales. Estas últimas formas independientes son los pronombres, de un lado los personales, de otro los demostrativos. Unos y otros han constituido una declinación sobre el modelo de los adjetivos, pero usando abundante-

mente alargamientos de origen pronominal-adverbial. El desarrollo de la declinación, por lo demás, es en buena parte posterior al anatolio y sólo culminó en las lenguas particulares.

### 2. EXCURSO SOBRE LA DERIVACIÓN Y COMPOSICIÓN NOMINAL

1. Al llegar a este punto, resulta conveniente profundizar en lo dicho hasta aquí al respecto de los morfemas no desinenciales, principalmente en lo relativo al nombre y adjetivo. Pues las características verbales, muy escasas, han sido utilizadas para crear temas opuestos entre sí en el segundo nivel, por lo que han sido estudiadas detenidamente en el capítulo del verbo y todavía nos han de ocupar en este mismo cuando hablemos de las oposiciones de segundo nivel. En cambio, los sufijos del nombre y adjetivo sólo mínimamente se han utilizado en el segundo nivel; constituyen un sistema complejo que sólo en una medida relativamente pequeña conserva diferencias formales (de acento, vocalismo y morfemas segmentales) que oponen temas nominales y adjetivales y, dentro de los primeros, «agentivos» y no agentivos; por otra parte, estos subsistemas nunca llegaron a formalizarse claramente.

Este repaso a los tipos de derivación no puede pretender reconstruir ningún estadio concreto del indoeuropeo. Las posibilidades teóricas que exponemos se cumplen ya aquí, ya allí, ya en una fecha, ya en otra. Concretamente, el anatolio carece de un buen número de los morfemas en cuestión. Sobre la mayor parte de ellos pasaremos rápidamente, dado que ya se han estudiado anteriormente, a propósito de diversas cuestiones; nos detendremos especialmente en la derivación adjetival sin marca de acento. No podemos,

por otra parte, llegar a las últimas complejidades formales de los morfemas compuestos, ni a las últimas especializaciones semánticas de éstos y los simples en tales o cuales lenguas.

También hemos de completar lo dicho anteriormente sobre la composición nominal, añadiendo a los datos acentuales los relativos a la forma de las palabras compuestas y a su sentido, sobre el cual, de todos modos, algo hemos adelantado.

2. Una exposición de algunos hechos de la derivación nominal del hetita puede poner de relieve hasta qué punto el panorama de la derivación indoeuropea a que estamos habituados sobre la base de los hechos del grupo no anatolio puede ser secundario. Entiéndase bien, también se puede dar el caso de que la falta de determinado sufijo en anatolio se deba a regularizaciones secundarias de éste.

El hetita presenta las vocales temáticas *-i, -u, -a* (< **o*), dando ya nombres, ya adjetivos; junto a esta última hay, aunque raramente, una forma *-ya* (*ḫartimm-iya-tt* 'ira', *išpant-iya-* 'nocturno') procedente de un falso corte **-Hi̯o*. Pero la flexión temática está, como sabemos, semidesarrollada y, además, la frecuencia de nombres y adjetivos en *-o* es escasísima. De todas maneras, tenemos ejemplos de **-so, *-lo, *-mo, *-no, *-ro* (*antuḫša-* 'hombre', *anna-* 'madre', *keššera-* 'mano', *tetḫima-* 'trueno', etc.); nada podemos juzgar sobre el acento.

Correspondiendo a la gran frecuencia de neutros heteróclitos con *-r/-n*, tenemos en hetita numerosas palabras neutras o pregenéricas ya en *-r* ya en *-n*. Aunque estas palabras existen igualmente, como sabemos, en el grupo no anatolio, la originalidad del hetita es que todos los temas en *-r* y *-n* —salvo unos pocos que hacen el N. en *-raš* (también *-araš*,

*-taraš*, cf. *ḫuppara-* 'terrina', *weštara-* 'pastor') con una innovación independiente de la posterior del resto del ide., cf. III.III.1.2— son de estos tipos. Pues bien, correspondientemente a este hecho existe una serie de sufijos compuestos en *-r* o *-n̥* desaparecidos posteriormente. Hay, efectivamente, *-tar* (*-atar*), *-eššar*, *-mar*, que dan generalmente abstractos, pero también concretos (cf. *ḫuitar* 'los animales', *ašeššar* 'sesión', *ḫilammar* 'construcción de una puerta'). Fuera del anatolio, la primera forma sólo da animados, las otras dos han desaparecido. En cambio, los temas correspondientes en *-n* no presentan sufijos con ampliación, como luego fuera del anatolio *-me/on*; cf., sin embargo, *-anni* en diminutivos, cf. *armanni-* 'pequeña hoz'.

Otro arcaísmo es, sin duda, la presencia de *-n̥t* como mero alargamiento; al lado, hay un *-nt* y un *-vant* adjetivales como los del resto del indoeuropeo y una innovación propia del anatolio, como es convertir *-nt* en marca de agente (cf. *infra*, 6). La gran difusión de *-l* para formar temas paralelamente a *-r* (nombres abstractos o de acción en *-ul*, cf. *aššul* 'curación'; de agente en *-ala*, *-talla*, cf. *karimnala-* 'servidor de un templo', *aršanatalla-* 'envidioso'; adjetivos en *-ala*, *-ili*, cf. *genzuwala-* 'amistoso', *karuili-* 'viejo') puede ser otro arcaísmo.

Al propio tiempo, hay que señalar la inexistencia o rareza de elementos frecuentísimos en el resto del indoeuropeo. La rareza de *-i̯o* la hemos atribuido a la de las tematizaciones, pues *-i* (y *-u*) son abundantes. Pero no hay *-ti* ni *-tu* apenas, ni tampoco **-es* u **-os*, solamente *-iš*. Todo esto resulta verosímilmente de innovaciones, pues hay *-eššar* (*ašeššar* ya citado, *ḫanneššar* 'acción legal'), *-ašši* (*ᵈḪlašši-* 'cortesano') y una forma compuesta *-ašti* (*palḫašti* 'anchura'): todo esto presupone antiguos temas independientes en *-e/os* y *-ti*. En cuanto a la difusión de *-t* en los nombres,

mayor que en el grupo no anatolio, puede pensarse, ya en una innovación, ya, más verosímilmente dado el papel del alargamiento en el verbo, en un arcaísmo.

3. Trazamos a continuación un cuadro esquemático de los alargamientos y sufijos del nombre y adjetivo indoeuropeos, cuadro que trata de ampliar el de VI.IV.3.12 y en cambio prescinde de datos ya estudiados en relación con el vocalismo y acento de los sufijos y de la sílaba precedente. Téngase en cuenta que este cuadro constituye un diasistema, no una reconstrucción del sistema de ninguna época concreta; y que, teniendo en cuenta los hechos de vocalismo y acento aludidos, algunos de estos sufijos pueden dividirse en varios. En cuanto al uso y significado, pueden variar de lengua a lengua y sobre ello diremos algunas cosas luego.

En el cuadro, una consonante o *i* o *u* iniciales representan los tres grados vocálicos: *t-* está por *t-*, *et-* y *-ot*; *e/o* indica posibilidad de *e*, *o* o *ø*; el acento no está marcado. En las formas temáticas *o* equivale a *e/o* y *-ā*. El paréntesis cuadrado indica que una forma no se usa para sufijos y alargamientos, aunque sí otras derivadas de ella.

El cuadro tiene cuatro columnas: la primera, para los alargamientos o sufijos simples; la segunda y tercera, para los dobles, según que el elemento estudiado sea el segundo o el primero; la cuarta, para los triples o cuádruples. Las columnas segunda y tercera repiten inevitablemente muchos sufijos: se trata de dejar claro el modo de formación desde el punto de vista de los dos componentes. En la columna cuarta, en cambio, cada elemento está dado en general sólo una vez y colocado arbitrariamente.

| EL. SIMPLES (A) | EL. DOBLES (B-A) | EL. DOBLES (A-B) | EL. COMPLEJOS |
|---|---|---|---|
| *-i* | *-ti, -ni, -li, -mi, -si* | *-i̯o, -i̯e/os* e *-is* | *-iko, -isko, -ino, -ti̯o* |
| *-u* | *-tu* | *-u̯o, -u̯e/os* y *-us, -u̯e/ot, -u̯or, -u̯e/on* | *-tut, -teu̯o, tu̯o, -teu̯ont -u̯e/ont* |
| *-r* | *-te/or, -sor, -mor, -u̯or* | *-ro* | *-tero, -tro, -tri̯o* |
| *-l* | *-tel* | *-lo, -li* | *-telo, -tlo* |
| *-n* | *-me/on, -u̯e/on* | *-no, -ni, -e/ont, -e/onk$^{u̯}$* | *-ino, -meno -me/ont, -u̯e/ont, -me/onto, -nk$^{u̯}$o, -sno, -meno* |
| [*-m*] | | *-mi, -mo, -me/on, -mor* | *-me/ont* |
| *-s* | *-is, -i̯e/os, -u̯e/os* | *-so, -si, -es-or* | *-smo, -ismo, -isto, -esti -ise/on, -isko* |
| *-t* | *-e/ont, -rt, -u̯e/ot* | *-to, -ti, -tu, -te/or* | *-ti̯o, -tu̯o, -tmo, -tero, -tro, -tri̯o, -ti̯e/on, tu̯e/on, -me/ont, u̯e/ont* |
| *-k* | | *-ko* | *-iko, -tiko* |
| *-bh* | | *-bho* | |
| *-dh* | | | *-dhro, -dhlo* |
| *-ā* | | *-tā, -nā,* etc. | *-tāt* |
| *-ē* | | | |

Estas dos últimas formas, *-ā* y *-ē* son en realidad, en el origen, grados plenos de las primeras (< *$*eH_2$*, *$*eH_1$*).

4. Son en definitiva las sonantes (incluidas las laringales) y la *-s* los fonemas que principalmente han servido de base al sistema de alargamientos y sufijos; en menor medida, la *-t*. Nótese que el verbo trabaja sustancialmente con los mismos elementos *-n*, *-s*, *$*\text{-}H^{i}$*, *$*H^{u}$*, combinaciones de los mismos y formas alargadas con *-e/o*, en las características; *-m*, *-s*, *-t*, *-r* y formas compuestas y alargadas, en las desinencias. Las desinencias nominales, según ha quedado expuesto, son *-m*, *-s*, *-d* e *-i*, de fecha más reciente. El sistema de alargamientos y sufijos nominales es, pues, el más completo; todo lo demás son especializaciones, aunque a veces puedan usarse fonemas como *-bh* y *-d* que son muy raros como alargamientos nominales.

Las formas de la primera columna, en grado Ø o pleno (*e/o*), se caracterizan por mantener el *status* de alargamientos, no tener prácticamente sentido propio, si se hace la excepción de *-ā*, convertida en el grupo no anatolio en marca del femenino, aunque con restos de la antigua indiferencia. Un uso notable de *-t*, sin embargo, es su especialización al final de los compuestos: lat. *sacerdōs* < **-ōts*, ai. *devastút-* 'que alaba a los dioses', pero es secundario, cf. gr. γυμνής/-ῆτος, ai. *sravát-* 'corriente', lat. *seges*, *-etis*. Es notable que no se encuentren *-m* ni otros alargamientos seguidos de *-m*: sin duda, se trata de que han quedado especializados como desinencias. Tal vez por eso mismo *-t* es raro, aunque son frecuentes *-ti*, *-tu*, *-ter*. En cuanto a *-l*, conservada sólo en het. salvo en **sāuel* 'sol' (*$*s^{o}l$* 'sal' es radical), sin duda fue eliminada secundariamente a favor de *-r*, lo mismo que ocurrió en los derivados: *-tel* es agente en vez de *-ter* en eslavo, de *-talla* en het. ya hemos hablado.

Todos estos elementos no cambian el sentido de la raíz; pueden ser nombres o adjetivos, animados o inanimados. Concretamente, hemos estudiado los procedimientos por los cuales el indoeuropeo tendía a distinguir, en los en *-i* y *-u*, el inanimado del animado, a saber, no sólo por la des. de éste, sino también por un desplazamiento del acento (III. I.1.3); y el adjetivo. También hemos visto los recursos de acento y vocalismo para lograr estas distinciones con *-s* (VI.IV.3.14) y nos hemos ocupado del uso nominal y el adjetival de *-ā*; dentro del primero el uso femenino es posterior a uno indiferente al género, que se trasluce todavía en su otra función como des. de n. pl. y en el hecho mismo de que muchos femeninos en *-ā* sean abstractos. *-t*, que es raro, da lo mismo nombres que adjetivos, sin que sea posible la distinción. *-r* ha quedado reservado a los nombres, y lo mismo *-n*, salvo rara excepción; mientras en het. ambos son agenéricos, el postanatolio ha reservado *-r* para el neutro (tipo gr. ἧπαρ, ai. *yákṛt*, etc.), salvo alguna excepción (gr. ἀνήρ, ai. *nṛ* 'varón') y *-n* para el animado. Hay, pues, desde fecha muy antigua unos primeros intentos de oponer clases de palabras y géneros mediante sufijos diferentes, al tiempo que con ayuda del vocalismo, acento y desinencias. En cuanto al sentido de los inanimados o neutros, hay que dejar constancia de que no existe distinción formal alguna entre los que nosotros llamamos abstractos y los nombres de cosa: esto se ve muy claramente en los en *-i*, *-u*, *-r*, *-n* y en los en *-ā* pasados al femenino.

5. En cuanto a los sufijos dobles de tipo B-A, se encuentran diferencias notables entre las lenguas. Se trata fundamentalmente de los alargamientos *-i*, *-u*, *-r*, *-n*, *-s*, pero repartidos muy desigualmente; *-l* sólo aparece en formas residuales ya mencionadas. *-i* y *-u* logran gran difusión tras

*-t*: *-ni, -li, -mi, -si* son solamente hetitas, probablemente innovaciones. También *-r* se difunde prácticamente sólo tras *-t*, pues *-sor, -mor, -u̯or, -u̯e/on* son sólo hetitas, innovación aislada o en todo caso dotada de poca vida. Es raro *-is* (het. *nepiš* 'cielo', ai. *kravís* 'carne', equivalente a gr. κρέας con otra vocalización de la *H*ⁱ) y *-rt* es anómalo: se usa a veces en los casos oblicuos de los nombres en *-r/-n* (gr. ἧπαρ/ἥπατος). En realidad, hay dos grupos fundamentales:

*a*) *-ti, -tu, -te/or, -me/on* son fundamentalmente nombres. *-ti* y *-tu* son pregenéricos en su uso en el infinitivo del ai., por lo demás son animados, dando ya nombres de cosa, ya de acción: palabras como **mn̥tis* 'pensamiento', **ghostis* 'huésped', **potis* 'dueño, esposo', **gʷentus* 'venida' (ai. *gántus*, lat. *con-uentus*), **gustus* 'gusto', lo testimonian; si bien, en realidad, el significado de acción es, en parte, una interpretación nuestra, en parte, desarrollo reciente. *-me/on* y *-te/or* dan, como pregenéricos, en het., nombres de cosa o abstractos (cf. III.III.1.2); en el grupo no anatolio, sólo **-mn̥*, neutro, ha continuado este camino: cf. lat. *sēmen*, aaa. *sāmo*, aesl. *sěmę*; lat. *nōmen*, ai. *nāma*, gr. ὄνομα, gót. *namo*. También aquí los usos más propiamente abstractos son desarrollo reciente, sobre todo en griego. Nótense las variaciones en el vocalismo final.

El grupo no anatolio ha impuesto el género animado para *-te/or* en todas las palabras, para *-me/on* en una parte de ellas. Entre las primeras hay el grupo de los nombres de parentesco, que se destaca de los demás; los otros son de agente y de agente también pueden calificarse los en *-me/on*. Pero recuérdese lo dicho en VI.IV.3.4 sobre los dos tipos de acentuación existentes y la clasificación en griego de los timbres *e* y *o* de acuerdo con ellos. Algunos eran sentidos como menos propiamente agentivos.

*b*) *-e/ont, -i̯e/os, -u̯e/os* han sido clasificados, en cambio, como sufijos adjetivales. Se trata de una clasificación secundaria, pero muy antigua. Para *-e/ont,* cf. VI.IV.3.15; en het. hay usos nominales o adjetivales en que *-nt* es puro alargamiento, otros en que indica agente en nombres animados y luego uso participial; éste es el que ha permanecido en el grupo no anatolio, con pocos ejemplos de adjetivos (cf. IV.VII.1.2). *-i̯e/os, -u̯e/os, -u̯e/ot* son postanatolios: el primero se ha especializado como comparativo, *-u̯e/os* y *-u̯e/ot* como part. de perfecto. Pero en uno y otro caso hay huellas del antiguo uso nominal, cf. IV.VII.1.3.

Hay, pues, una tendencia a clasificar los sufijos compuestos, ya como marca de nombre o adjetivo, ya, dentro del primero, de animado o inanimado; además, los inanimados derivaban a veces un sentido abstracto, los animados uno de acción, o bien de agente. A partir de aquí se habrían podido crear paradigmas complejos, de dos niveles, como en el verbo; pero no se llegó a ello. Para la oposición nombre/adjetivo hay, sin embargo, una cierta aproximación al sistema, con la utilización de los sufijos adjetivales de los otros grupos, ya que los de éste secundariamente pasan a indicar grado de comparación o participio. *-u̯e/os* conserva de su uso antiguo el llevar el acento, mientras que *-i̯e/os* se añade a la raíz del adjetivo sin provocar desplazamiento de acento: su incorporación al sistema es más radical.

6. Yendo ahora a la tercera columna de nuestro cuadro, la relativa a los elementos dobles de tipo A-B, y evitando repetir los que ya hemos estudiado a propósito de la primera, las formas en ella recogidas se nos quedan reducidas a los grupos de consonante o sonante + *o* (*ā*). Hay que advertir, de todas formas, de acuerdo con las convenciones

sobre las que está hecho dicho cuadro, que hay que contar también con las formas de grado pleno de la sonante o consonante, que a veces se estabilizan para dar un sufijo que en tal o cual lengua es sentido como diferente del de grado Ø. Es decir, una forma como *-to* recoge *-to, -tā, -eto, -etā*; y existe además la duplicidad de acento de que ya nos ocupamos, y que a veces tiene trascendencia para definir el uso.

En líneas generales, puede decirse que las formas átonas de estos sufijos se refieren a nombres animados o inanimados: nombres de cosa o de acción; y las tónicas a nombres de agente y a adjetivos. Pero el intercambio nombre/adjetivo hace que esta regla general tenga, probablemente desde fecha antigua, numerosísimas excepciones. Por otra parte, los sufijos han sufrido diversas especializaciones.

Hemos señalado, por ejemplo, especializaciones de *-tó* y *-nó* como participios pasivos, *-no* en adjetivos de color, *-bho* en nombres de animales (cf. IV.7.1.1 y VI.VI.2.11). No son las únicas, ni mucho menos. A veces en un mismo sufijo pueden verse todas las transiciones: por ejemplo, *-ko* es puro alargamiento en aesl. *novakъ*, 'nuevo', ai. *maryaka-* 'joven', pero convierte nombres en adjetivos en lat. *ciuicus*, aaa. *steinag* 'pétreo', gr. φυσικός; convierte cardinales en ordinales (lat. *sextus, unicus*, etc.); crea adjetivos verbales que en algunas lenguas pasan, según decimos, a participios pasivos. *-lo* es a veces puro alargamiento, de nombres o adjetivos y participios (cf. IV.VII.1.1), pero también da agentivos (lat. *figulus, bibulus*), diminutivos (lat. *porculus*, ai. *vr̥ṣalás* 'hombrecito'). *-i̯o* aunque también da nombres se especializa muy notablemente en adjetivos, cuya forma neutra, por otra parte, es un nombre: cf., por ejemplo, de **pHter, *pHtrios, *pHtrii̯os* (ai. *pítryas, pítriyas*, gr. πάτριος, lat. *patrius*); de **ped*, ai. *pádyas*, gr. πεζός. A veces estos

adjetivos se interpretan como verbales, así ai. *yájyas* 'uenerandus', mientras que gr. ἅγιος es 'santo'. *-i̯o, -ii̯o* se añade a veces quitando la vocal temática: ai. *áśvas/áśviyas*, gr. ἵππος/ἵππιος; la forma neutra con valor sustantivo se ve en lat. *somnium* frente a *somnus*. También hay *-o/-ei̯-o*: lat. *populus/-eus*, gr. λύκος/λύκειος.

Cuando el adjetivo está formado por el nombre + sufijo, o bien nombre y adjetivo añaden distintos sufijos a un mismo tema, nos hallamos ya ante un inicio de flexión en dos niveles. Pero el casuismo de la relación nombre/adjetivo es demasiado grande para permitir esquemas generales: más frecuentemente, continúan siendo idénticos, o bien unos mismos sufijos actúan como nominales o adjetivales, según el tema a que se añadan. Por otra parte, es normal que a un adjetivo respondan varios nombres de diversos tipos. Puede decirse que, si bien ciertos tipos opositivos son antiguos, la mayor parte de las veces las oposiciones y los significados que toman los sufijos son innovaciones de las lenguas particulares.

7. La cuarta columna de nuestro cuadro comprende en primer lugar una serie de formas ampliadas de las que acabamos de estudiar: hay *-iko, -tiko,* que crean innúmeros adjetivos (gr. πῶλος / πωλικός, lat. *dominus / dominicus*); *-ino, ino, -eino-* (lit. *áuksinas* 'de oro', lat. *fāginus* 'de haya'; lat. *dīuīnus*; ai. *sāmidhenás* 'de leña'); etc. Estas formas, más frecuentes que las dobles, se han extendido mucho para derivar adjetivos de nombres, pero también se encuentran dando nombres. Éstos son más frecuentes con otras ampliaciones diferentes: *-is-ko,* que da diminutivos en gr. (παιδίσκος) y esl. (pol. *drzewsko* 'arbolito'); *-tro, dhro, -tlo, -dhlo,* que en neutro dan nombres de instrumento: gr. ἄροτρον, lat. *arātrum* 'arado'; gr. βάθρον 'escalón'; lat. *cri-*

*brum* 'cedazo'. Hay luego otros derivados en *-terio, -torio* que indican medio y lugar.

Precisamente la forma *-tro* es un buen ejemplo del carácter secundario de las diferenciaciones de sentido: *-tero,* con un grado anómalo, ha pasado a usarse en los comparativos (cf. III.VII.2.3), aunque también hay huella de su uso en nombres con valor distintivo (lat. *matertera* 'madrastra' frente a *mater* 'madre'). Son varios más los sufijos de este grupo que se han especializado como adjetivos para formar los grados de comparación (*-smo, -ismo, -isto,* cf. III.VII.2.1), o también como participios: *-eno, -meno, -teu̯i̯o* (ai. *tavya*), cf. IV.VII.1.1. También *-u̯e/ont* y *-me/ont* adjetivales, significando 'provisto de': cf. VI.IV.3.15 sobre *-u̯e/ont* y, al lado, formas como ai. *paśumā̆n* 'que tiene ganado'. Se trata, a todas luces, de especializaciones; a su vez un derivado n. en *-o* da en lat. abstractos (*-mentum*).

8. Todo este complejo panorama, unitario en conjunto pero muy diversificado según las lenguas, se explica por el hecho de que el desarrollo de los temas nominales continuó durante mucho tiempo, incluso después de estabilizados los temas verbales y de fijado el esquema principal de la conjugación y declinación; también es gradual e incompleta la diferenciación formal de nombre y adjetivo.

De la misma manera, avanzó mucho más el desarrollo de la composición nominal que el de la verbal. La verdadera composición verbal es la de preverbio y verbo, que para las formas personales sólo se consolidó en las lenguas históricas y aun no del todo, pues quedaron abiertas posibilidades como el intercalar palabras entre preverbio y verbo: lat. *ob uos placo,* gr. ἀπό σ' ὀλῶ, véd. *sám nú vocāvahai* 'llamemos', air. *con-ro m·īcad* 'de modo que fui curado', lit. *pa-mums-dek* 'ayúdanos'; o como colocar el preverbio

tras el verbo, así en véd. *asṛját vi sindhūn* 'liberó los ríos', gr. φέροι πρό y todavía hoy en inglés (*to go out, away, on, up...*). La composición de verbo y nombre sólo raramente y sin duda en las lenguas individuales llegó a realizarse: lat. *crēdo*, cf. ai. *śrád dhā-*; *possum* de *potis sum*; gót. *faíhugeigan* 'ser codicioso'.

En cambio, la composición nominal era ya normal en indoeuropeo, a juzgar por la coincidencia de las diversas lenguas; además, por el hecho de que el primer término de los compuestos lleva el tema puro, que actúa ya como nombre en cualquier caso, ya como adjetivo, ya como verbo. Sin embargo, hay que observar que como tema puro figura ya, en los compuestos, el terminado en vocal temática, lo que representa un estadio relativamente avanzado; en cambio, es notable que tanto en el primero como en el segundo término aparezcan raíces puras que luego salieron de uso y sólo aquí se conservaron; además, raíces con alargamientos que tampoco se mantuvieron en las palabras simples. En realidad, el anatolio hace de la composición un uso menor que el otro grupo.

9. Ahora bien, así como las palabras compuestas, con las excepciones indicadas arriba, son nombres o adjetivos, en el interior de ellas la relación de los dos términos es de dos tipos: verbal y nominal. Hemos visto, en efecto, que los compuestos tienen un término determinado y otro determinante: pues bien, el determinante, que en fecha antigua decíamos que normalmente iba en primer lugar y era tónico, se comporta respecto al determinado como un complemento respecto a un verbo, en unas palabras; como un caso o adjetivo respecto a un nombre, en otras; como un nombre o adverbio respecto a un adjetivo, en otras todavía. En el primero hablamos de compuestos de rección verbal; en los

otros, de determinativos. En estos últimos el primer término determina al segundo, mientras entre los de rección verbal hay los dos tipos. Pues bien, los determinativos cuyo segundo término es nombre pueden usarse adjetivalmente, en el sentido 'que tiene...', 'que es...': se llaman posesivos y también exocéntricos y se caracterizan formalmente desplazando el acento al primer término, y modificando, si ello es preciso, el segundo, para poder flexionarlo como un adjetivo.

Formalmente, según hemos dicho, el primer término se caracteriza por llevar el tema puro: en sonante o consonante, si es atemático y en *-o* si es temático, salvo el tipo de rección verbal con primer término determinado, que lleva *-e*. A veces, decimos también, el alargamiento del primer término es diferente del de la palabra siemple: κυδιάνειρα frente a κυδρός.

El grado vocálico del final del primer término, si es atemático, es *ø*: *-i, -u, -r̥,* consonante; los en *-es,* sin embargo, conservan el grado pleno, como a lo largo de toda la flexión (gr. σακεσφόρος). Hay, por supuesto, alteraciones analógicas.

En cuanto al segundo término, hay casos en que cambia su vocalismo *e* por *o*; pero no son frecuentes (cf. VI.V.1.3). Aparte de esto, es de notar la frecuente conservación en él de palabras-raíces y las adaptaciones aludidas a la flexión adjetival: también, alargamientos *-o, -ā* en los nombres (gr. ἑκατόμπεδον, lat, *parricida*).

El hecho de que el primer término de los compuestos sea un tema puro que neutraliza las oposiciones casuales y adjetival/verbal ha sido considerado desde fecha antigua como prueba del carácter secundario de la flexión nominal. Asimismo, el hecho de que formalmente el término, primero o segundo, que lleva rección verbal, no se distinga de un

nombre o adjetivo, prueba igualmente el carácter secundario de la flexión verbal. La composición nominal hemos visto que hereda un procedimiento sintáctico muy arcaico, el de caracterizar la relación determinado/determinante con el orden de palabras y el acento. Los compuestos posesivos, por su parte, logran referir a un nombre el conjunto de otro nombre con su determinante, es decir, equivalen a las posteriores oraciones de relativo.

10. Tras las anteriores indicaciones sobre los compuestos nominales desde los puntos de vista significativo y formal y teniendo presente al tiempo lo referente al acento de los compuestos, conviene ejemplificar la anterior doctrina. Después de lo dicho, los ejemplos son fácilmente interpretables.

1) Compuestos de rección verbal.

*a*) Con el segundo término rigiendo al primero: ai. *nṛ-hán-* 'que mata a los hombres', gr. ἀνδροφόνος 'íd.'; lat. *iūdex* 'qui ius dicit'; aesl. *med-vědъ* (alargado) 'que come miel, oso'.

*b*) Inversamente: gr. ἀρχέκακος 'que comienza el mal', ai. *vidád-vasu-* 'que encuentra el bien'.

2) Compuestos determinativos nominales.

*a*) Con primer término nominal: gr. μητροπάτωρ 'padre de la madre', ai. *rāja-rṣi* 'un sabio que es rey', gót. *þiudan-gardi* 'corte del rey'.

*b*) Con primer término adjetival: gr. ἀκρόπολις 'ciudad alta', aesl. *dobro-godъ* 'tiempo oportuno', air. *find-airgit* 'plata blanca', lat. *angiportus* 'paso, calle estrecha'.

3) Compuestos determinativos adjetivales.

*a*) Con primer término nominal: gót. *gasti-gods* 'bueno para los huéspedes', gr. θεοείκελος 'semejante a un dios'.

*b*) Con primer término adverbial: ai. *ati-dūras* 'muy lejano', gr. ἄγνωτος, ai. *ájñātas* 'desconocido', lat. *permagnus.*

4) Compuestos posesivos. El primer término puede ser nombre, adjetivo o adverbio; también numeral o pronombre: ai. *tri-pád-*, gr. τρίπους, aingl. (alargado) *þri-féte* 'que tiene tres pies'; ai. *dur-manā́s*, gr. δυσμενής 'de mal espíritu, malévolo'; ai. *vájra-hastas* 'cuya mano lleva un hacha'; gr. ἀργυρότοξος 'el del arco de plata', lat. *magnanimus* 'de gran ánimo'; etc. Pueden hallarse en VI.IV.III.17 observaciones sobre el orden de los elementos y la acentuación de estos compuestos.

11. A estos compuestos habría que añadir los sin flexión. Los numerales no flexionados, efectivamente, se combinan desde el indoeuropeo en compuestos como ai. *dvā́daśa*, gr. δώδεκα, lat. *duōdecim*; y hay compuestos adverbiales con dos temas puros, del tipo de ai. *sa-kṛt*, gr. πέρυσι, junto a otros que proceden de la unificación de preposición y caso, con fosilización posterior (cf. VI.IV.3.18).

Por otro lado, desde un cierto punto de vista pueden considerarse compuestas las formas reduplicadas de la raíz, que en el verbo se morfologizan variamente, según hemos visto, y en el nombre aparecen más bien esporádicamente. No responden a ninguno de los tipos anteriores, sino a uno puramente repetitivo.

En cambio, los llamados compuestos copulativos no parecen existir en fecha antigua en indoeuropeo: en ἰατρόμαντις, γλυκόπικρος el primer término determina el segundo. Y son por supuesto innovaciones de cada lengua los compuestos cuyo primer término lleva formas casuales, del tipo ai. *gnā́s-patis* 'esposo de una diosa', gr. Διόσκουροι 'hijos de Zeus, Dioscuros'.

### 3. LA CREACIÓN DEL SEGUNDO NIVEL Y LAS NUEVAS TENDENCIAS EVOLUTIVAS

1. En un momento anterior a la escisión del anatolio, el protoindoeuropeo presentaba los siguientes rasgos comunes, con los cuales podían mezclarse algunos dialectales que sólo en la fase posterior se impusieron definitivamente en tal o cual área:

*a*) Existía una derivación asistemática de una serie de raíces, nominal-verbales sobre todo, pero también pronominal-adverbiales. Se había llegado así a una serie de oposiciones lexicales.

*b*) Existía una derivación de temas relativamente regulares, que se oponían entre sí tanto en el nombre como en el verbo; es decir, había tipos diferentes de nombres y de verbos, a veces tipos meramente formales, otras acompañados de diferencias de sentido. También, en cierta medida, se había desarrollado un sistema de temas adjetivales. Estos tipos de temas eran en principio independientes entre sí, aunque aplicando determinadas reglas de transformación podían derivarse unos de otros, proliferando así. Ello, dentro de cada una de las tres clases de palabras flexivas y también dentro de las no flexivas.

*c*) Existían temas pronominales, deducidos de las antiguas raíces pronominal-adverbiales. Personales, posesivos, demostrativos e interrogativo-indefinidos presentan en efecto, al menos en parte, formas comunes.

*d*) Existía una flexión de estos temas, que funcionaba con ayuda de heteroclisis, desinencias, alternancias vocálicas P/Ø (mínimamente *e*/*o*) y desplazamientos del acento: recursos todos que derivan de los ya utilizados en las fases *a*) y *b*) —sufijos y variaciones comparables de vocalismo y acento— y, en definitiva, de la fase más antigua que hemos expuesto antes. Esta flexión contiene numerosas amalgamas, sincretismos, hipercaracterizaciones, hipocaracterizaciones y, sobre todo, definiciones puramente opositivas de las formas. Esta flexión era fundamentalmente de dos tipos: nominal (nombre, adjetivo, pronombre) y verbal; en el primero, nombre y adjetivo han influido fuertemente en el pronombre.

α) Flexión nominal. Aunque en el detalle hay diferencia entre los pronombres y las demás formas, las coincidencias son mayores. En fecha protoindoeuropea estaban creadas las formas casuales de N.-V. y Ac. sg. (el V. en muy escasa medida), las de N.-V. y Ac. pl., la de G. (sólo en parte diferenciado en sg./pl.). Al lado, se mantenía el uso del tema puro con valores vagamente locales, pero era ya usual ampliarlo con desinencias procedentes de los temas en *-i*, esto es, *-ei*, *-i*, *-ōi*. Se abría paso una tendencia a caracterizar con *-ē*/*ōd* ciertos usos locales (Ab., I.) que otras veces se expresaban con la forma de G. o con la de D.-L. (tema puro o con *-ei*, etc.). En estos casos no había distinción sg./pl.

β) Flexión verbal. Se había llegado a crear desinencias para las tres personas de sg. y las tres de pl. Se habían incorporado al verbo ciertos temas nominales que funcionaban como participios, infinitivos, gerundios o supinos.

*e*) Un mismo tema podía ir acompañado alternativamente de dos series de desinencias, que se referían a una oposición gramatical que se interfería con el significado del tema. Concretamente, los casos tenían una forma de sg. y otra de pl. e igual las personas; en el nombre y adjetivo, se distinguían un género animado y otro inanimado con ayuda de las desinencias; en el verbo, un tiempo presente y otro pasado (o indiferente al tiempo), una voz activa y una media; un indicativo y un imperativo.

Pero sólo estas últimas oposiciones se obtenían mediante dos series simétricas de formas, gracias al alargamiento de las desinencias con una *-i* pronominal-adverbial para marcar el presente; a la caracterización de la voz media con *e/o*; a la des. Ø del imperativo. En el Ac. del nombre hay una situación idéntica (sg. *-m* / pl. *-m̥s*), recurso que luego se explotó con cierto sistematismo en la flexión nominal. Entre tanto, con las excepciones citadas, estas oposiciones con ayuda de dos series de desinencias no presentaban simetría formal. Las desinencias de número eran diferentes para sg. y pl., es decir, había alianza entre número y caso, número y persona; si alguna vez (1.ª sg. *-m* / 1.ª pl. *-me/os, -me/on*) había relación original, no se percibía al no ser sistemática. Tampoco había relación entre las marcas de género.

2. Lo que fundamentalmente caracteriza al grupo no anatolio respecto al protoindoeuropeo y al anatolio es el desarrollo de un segundo nivel de la flexión, en que un tema provisto de su flexión de primer nivel se opone a otro provisto también de una flexión de primer nivel; y ello en series sistemáticas y de tal forma que los dos temas se consideran como variantes de una misma palabra. Ello no quiere decir que sea ésta la única innovación. Dentro del primer nivel de la flexión tenemos otras que son importan-

tes: difusión (mayor o menor según las lenguas) de una flexión temática, distinción sg./pl. en los casos oblicuos, creación (no en todas las lenguas) del dual; generalización de una serie de procedimientos flexionales en los pronombres, en el nombre y en el verbo.

Pero, sin duda, es la creación del segundo nivel lo que tiene mayor trascendencia.

Efectivamente, mientras ni en el nombre ni en el adjetivo ni en la relación nombre/adjetivo se llegó a establecer relaciones sistemáticas entre series de formas de tal modo que cada término se derivara del otro mediante una transformación, el grupo no anatolio ha llegado a este estadio, al menos parcialmente, en tres casos; decimos «al menos parcialmente», porque se trata de innovaciones que no alcanzaron a todos los temas o a todas las áreas dialectales: por ejemplo, la oposición masc./fem. a base de dos temas opuestos, aunque las lenguas particulares extendieron a veces la oposición a ellos también; la oposición indicativo/subjuntivo no está testimoniada en balto-eslavo, que continúa a este respecto una situación conservadora, y falta en otras lenguas, a veces, en determinados temas o en determinadas personas de un cierto tema, según hemos estudiado en detalle.

3. Prescindiendo de estas discrepancias de las lenguas particulares, las oposiciones de segundo nivel que ahora se crearon fueron, resumiendo lo expuesto en su lugar, las siguientes:

*a*) En el adjetivo. Oposición de grados de comparación positivo/comparativo/superlativo, gramaticalizando determinados sufijos. Oposición masculino/femenino, oponiendo secundariamente *-o* y *-ā* y utilizando también un **-iH* feminizante. En los nombres esta oposición no lleva más que muy

parcialmente, en nombres de seres sexuados, a un sistema de dos niveles.

*b*) En el verbo. Al sistema protoindoeuropeo, en el que cada tema se flexionaba con ayuda de desinencias en tres personas y dos números, en tanto que variantes o ausencias de las desinencias creaban para cada una de las seis formas resultantes, en el caso máximo, oposiciones presente/pretérito, activa/media, indicativo/imperativo, sucede el sistema no anatolio en que todo este conjunto es completado, en cada verbo, con otro basado en la oposición de temas. Concretamente:

α) Al total de los temas que hemos llamado de indicativo y que en realidad eran temas modalmente neutros, se opone en cada verbo un tema de subjuntivo; luego a cada tema de indicativo se opone uno de subjuntivo.

β) De otra parte, se tienden a crear oposiciones de temas del tipo desiderativo/intensivo/iterativo-causativo/pasivo (éste sólo secundariamente), oposiciones que se desarrollaron más o menos según las lenguas, a veces con los mismos recursos morfológicos, otras con recursos diferentes. Frente a estos temas, otro no marcado como ellos era considerado básico, término negativo de la oposición respecto a cada uno: posteriormente se consideró como forma de la cual derivan las demás.

γ) Al propio tiempo, un tema podía oponerse a otro como pretérito frente a presente, creándose así un nuevo medio de expresión para la oposición temporal; en un área posiblemente restringida se creó a partir de aquí una oposición aspectual presente/aoristo de tipo equipolente, con lo que resultó un entrecruzamiento de tiempo y aspecto.

δ) Determinados temas se oponen a otros como perfecto frente a presente, oposición plenamente aspectual en la que el perfecto actúa como positivo.

ε) Ciertas lenguas adscriben a cada tema las formas nominales del verbo, con lo que resulta igualmente una oposición de segundo nivel, en que los sufijos nominales hacen de marca distintiva de uno de los términos.

ζ) Tiene igualmente una extensión restringida la conversión de los desiderativos con *-s*, *-si̯-* en futuros.

η) Finalmente, una oposición de temas muy difundida es la que se da entre indicativo y optativo: primero un optativo para todo el verbo, luego uno para cada tema. El optativo se caracteriza formalmente, de un modo muy claro, mediante el añadido de un antiguo elemento adverbial *-i̯e$H_1$ / *-i$H_1$.

Conviene, de todos modos, insistir en que el aislamiento que hemos realizado entre primero y segundo nivel tiene un fundamento histórico y otro metodológico; pero que la creación de oposiciones de segundo nivel se ha interferido con las del primero. La opos. masc./fem. se ha ensamblado con la antigua animado/inanimado; una oposición de temas no ha hecho, en principio, más que dar una nueva expresión a la antigua oposición presente/pasado. De otra parte, los temas opuestos dentro de una misma palabra seleccionan a veces desinencias (o grados vocálicos o lugares del acento) en forma diferente; y así sucede, por ejemplo, que hay diferencias en la flexión de los modos que no son sólo de tema, sino también de desinencia.

4. Al crearse el segundo nivel de la flexión, se repitió un fenómeno que ya se había dado al crearse el primero. Dado que está al servicio de la creación de nuevas categorías, es evidente que las marcas morfológicas que emplea no tenían desde el origen ese valor. Lo han adquirido en el curso de un proceso evolutivo que ha convertido, por ejemplo, *-ā* en marca de fem., *-i̯e/os*, *-tero* de comparativo,

*-i̯eH₁ / *-iH₁ de optativo, *-e/ont, -meno, -tó, -u̯e/os* primero de adjetivo, luego de participio. Del mismo modo anteriormente *-i,* partícula deíctica, se convirtió en marca de presente. Ello quiere decir que es siempre posible, al menos teóricamente (y generalmente en la práctica), hallar huellas del uso antiguo en que la misma forma no marcaba todavía esa categoría: en que *-ā* no marcaba femenino, ni *-tero* adjetivo comparativo, ni *-e/ont* participio, etc. En los lugares adecuados hemos expuesto el proceso por el cual estos sufijos adquirieron su nuevo significado gramatical; y también sabemos de los hechos de polarización, por los cuales *-o* se convirtió (no siempre) en marca de masc. o el adjetivo sin *-i̯e/os, -tero* en positivo.

Pero éste no es el caso más complejo: de todas maneras, los temas opuestos están caracterizados por un morfema bien claro o por muy pocos alomorfos; cuando tienen otro valor, ello se ve porque están fuera de sistema (*-o* y *-ā* en los nombres, lo mismo *-tero,* etc.; *-e/ont,* etc. unidos a un tema no verbal).

5. El caso más complejo tanto en lo relativo al primero como al segundo nivel de la flexión, ante el cual con demasiada frecuencia se tiende a cerrar los ojos como si fuera irrelevante, cuando es precisamente el más antiguo y el que explica toda la evolución posterior, es aquel en que sólo la oposición de las formas marca la oposición de las categorías. Es decir, en el nombre, un morfema *-s* en varios grados puede ser de N. sg. o N.-V. sg. o G. sg. o N. pl. y sólo la oposición de una forma con *-s* a otras formas o bien sin *-s* o bien con *-s,* pero con otras marcas diferenciales, es lo que indica el caso y el número.

Igual en el segundo nivel y muy concretamente en el verbo. Los mismos temas que en unos verbos funcionan

como de presente funcionan en otros como de aoristo: así los radicales atemáticos y temáticos, incluso en los mismos grados vocálicos (tipos **bhére/o* y **tudé/o*, **me/onH*$_1$ y **m°neH*$_1$). Los mismos temas que unas veces funcionan como de indicativo, otras funcionan como de subjuntivo: temas radicales atemáticos, temáticos, en *-s*, con vocal larga. Temas diferentes pueden especializarse como iterativo-causativos, como desiderativos. Se trata de una simple cuestión de oposición: lat. *dicis* es ind. «porque» *dicās* es subj. y viceversa; lat. *amās* es ind. «porque» el subj. es *amēs*. Y a veces subsisten restos de la etapa en que no había oposición: ai. *dắti*, *pṛnāti*, etc.

En definitiva, el segundo nivel del verbo indoeuropeo, pese a su sistematismo, tiene un carácter muy lexical. Ni siquiera existe algo correspondiente a las «declinaciones» del nombre. Dado el presente de un verbo no puede deducirse el aoristo ni viceversa. Sólo los participios, el optativo, el perfecto también, aunque no siempre exactamente, tienen un carácter más fijo. Para cada verbo hay que saber los temas relacionados; y además se trataba de una serie abierta, podían ocasionalmente introducirse en la flexión de un verbo nuevos indicativos o aoristos, etc.

6. Toda esta situación deriva de un proceso que hemos estudiado en cada caso. Si una raíz A podía llevar dos alargamientos *a* y *b* y no existía una oposición de categorías indicativo/subjuntivo, es comprensible que el tipo A + *a* se generalizara en ciertas distribuciones en que se percibió, a partir de un cierto momento, un sentido especial; e inversamente A + *b* en otras en que ese sentido especial no se percibía. Pero para otro verbo podía suceder exactamente lo contrario; usarse la raíz B + *b* para el sentido especial y B + *a* para el no especial. Otra cosa es cuando

previamente se estableció un ligamen con el sentido antiguo de un morfema: por ejemplo, cuando *-i* deíctica se usó como marca de presente o *-ā*, infectada en ciertos nombres como femenino, se usó luego en los adjetivos como marca de tal (cf. III.VII.1.5).

Pero esta situación, llevada a sus extremos, convertía la morfología indo-europea en algo inmanejable. En realidad, hemos expuesto el caso límite: desde el principio hubo formas preferidas para marcar ciertas categorías, especializadas en ellas; y todo el proceso evolutivo del verbo indoeuropeo tuvo lugar en el sentido de la predecibilidad: de buscar que a partir de cualquier forma se puedan predecir las demás. Con ello se llega, en el verbo, a lo que llamamos una conjugación. A partir de un cierto momento, por otra parte, de la conciencia de que hay transformaciones, es decir, que de un tema se deducen los demás mediante una serie de adiciones, eliminaciones o conmutaciones, se llega a la de que hay una derivación: de que, a partir de una forma privilegiada, se deducen las demás mediante un simple mecanismo. Y, efectivamente, comienzan a derivarse los tiempos a partir del presente, los modos a partir del indicativo. Así, las lenguas se van acercando al ideal de «a cada función una forma y a cada forma una función» y al de considerar cada forma como una aglutinación resoluble por análisis de morfemas independientes provistos de sentido propio. Pero a ese ideal no llegaron jamás totalmente las lenguas indoeuropeas.

7. Ya desde el indoeuropeo no anatolio y luego cada vez más se buscó, efectivamente, la predecibilidad de las formas mediante los siguientes recursos:

*a*) Especialización de las formas. Desde el indoeuropeo, por ejemplo, los temas en *-n* y en *-sk* han quedado reser-

vados para el presente. Otras veces se trata sólo de una tendencia: incluso en tocario, que presenta la máxima libertad en las oposiciones ind./subj., es más frecuente el ind. radical atemático frente al subj. temático y el ind. radical temático frente al subj. con vocal larga. El tema en *-s* se elimina del presente. Etc.

Las lenguas proceden por ese mismo camino, aprovechando las facilidades de sus sistemas respectivos. Así, el lit., que no tiene subjuntivo, especializa *-ē*, *-ā* para el pret., con restos en presente. El air. tiene *-s* en pretérito en temas en *-ā* que no oponen ind./subj. en fecha antigua, pero tienen *-t* en temas consonánticos en que la *-s* marca subjuntivo.

*b*) Ampliación de las formas, con oposición. Por ejemplo, junto a *-s* las diversas lenguas tienen *-sē*, *-sā*, *-si̯e/o*, que especializan muy variamente. Así, en lat. *-sā* es plusc. de ind., *-sē* impf. subj.; en gr. *-sē* es subj. aor.; en toc. *-sā* o *-sē*, pretérito. En realidad, ya el *sk* indoeuropeo es una especialización de *-s* usada para el presente (luego iterativo o causativo según las lenguas).

*c*) Especialización de grados vocálicos. Había, hemos dicho, raíces con *e* y otras con *o* y de ambas quedan huellas en los temas de presente; pero se tendió a especializar *o* para el perfecto. Otras veces es la vacilación breve/larga (cf. VI.V.2.1) la que se utilizó para aprovechar su fonologización empleando la larga en varios temas (iterativo-causativos, perfectos, sobre todo aoristos sigmáticos). No se trata, en un principio, de derivación, sino de explotación de determinados recursos con fines de crear oposiciones, mediante procesos de generalización.

*d*) Especialización fonética de las formas. Allí donde, por ejemplo, un tema en **-eH*$^{u̯}$ puede dar ya formas con *-u̯* ya sin *-u̯*, hemos visto que éstas se prefieren, en general, para el pretérito; inversamente sucede con las formas con

-*i̯* y sin -*i̯* de los temas en **-eHi̯*. Hay luego fenómenos de analogía que extienden -*i̯* en el presente y -*u̯* en el pretérito incluso donde no pueden ser etimológicas.

*e*) Utilización de desinencias. Secundariamente, un mismo tema puede funcionar como dos diferentes tomando desinencias o alargamientos diferentes. Así en ai. ind. *bhárāmi* / subj. *bhárāṇi*; ind. *bhárati* / *bhárat*, impv. *bhárasva*.

8. El paso más decisivo, sin embargo, se dio en época ya post-indoeuropea, independientemente en una serie de lenguas diversas. Consiste en el entrecruzamiento de las formas y en la derivación de unas a partir de otras.

Téngase en cuenta que mientras los temas son independientes se diferencian formalmente entre sí, en general, por más de un rasgo. Entran en juego el vocalismo, el acento, diversos alargamientos o morfemas, soluciones fonéticas diversas, desinencias en parte diferentes. Pero desde el momento en que los temas se entrecruzan, las diferencias se reducen normalmente a una sola y una forma es fácilmente concebible como derivada de la otra; con ello se crea un modelo que está en la base de una verdadera derivación.

En una serie de lenguas la tendencia, llevada más o menos adelante según los casos, es a que a cada indicativo respondan un subjuntivo, un imperativo, un optativo, un participio, un infinitivo. Las formas no indicativas son, entonces, el resultado de adicionar al indicativo un X; o al menos así son concebidas. Sabemos muy bien que un part. **likʷónt* (gr. λιπών) no es un derivado de un ind. **likʷó-*, ni siquiera es derivado **bhéront* de **bhérō*, pues en el nivel adjetival de los temas en -*nt* ya había el grado P/P: pero es bien claro que así eran concebidos y que, si para alguna raíz que daba un verbo, no había adjetivo en -*nt*, se creaba un participio sobre ese modelo. Y se crea-

ban, naturalmente, participios sobre toda clase de temas. Del mismo modo, no sólo ἴομεν es concebido como el resultado de añadir a ἴμεν una ο «de subjuntivo», sino que incluso lat. *dicās* es concebido como *dicis* con la adición de *-ā,* prescindiéndose del hecho de que hay que eliminar una vocal temática para ello. De ahí que luego se derive ya claramente *moneās* de *monēs*; o *amāuerim* de *amāui,* etc. Han quedado huellas de independencia de los temas aun dentro de estos entrecruzamientos, así, por ejemplo, el distinto vocalismo de los ind. y subj. en *-s* del ai.; pero en todas partes han tendido a borrarse.

El proceso que lleva a considerar las formas como derivadas unas de otras y, luego, a derivar unas de otras, se produce también fuera de los entrecruzamientos. Así, en la oposición de grados vocálicos dentro de diversos temas de presente, con la creación automática de aoristos sigmáticos, por ejemplo, alargando la vocal radical; en la oposición de diversos temas de presente. Aquí los llamados deverbativos no son en principio más que temas opuestos como otros tantos, pero luego el deverbativo se deriva, efectivamente, del verbo base. Lo mismo con los denominativos. En definitiva, todo esto nos lleva a una última tendencia de la flexión verbal indoeuropea, que culmina en las lenguas europeas: la flexión de todo verbo sobre dos temas, relacionados entre sí sistemáticamente e incluso por derivación y de cada uno de los cuales derivan a su vez los temas subordinados a ellos. Junto a este sistema, no permanecen como resto del estadio antiguo más que una serie de formas aisladas «irregulares». Es el sistema que inconscientemente llevamos como único dentro de nosotros todos los hablantes de lenguas indoeuropeas modernas y el que hace tan difícil la comprensión de estadios anteriores. La clave está en la idea de que tanto el primero como el segundo nivel de flexión

se originaron en oposiciones de formas independientes y toda derivación es un fenómeno secundario.

9. Pero la exposición de la problemática oposición/derivación nos arrastra a explicar otra serie de tendencias evolutivas del indoeuropeo, que arrancan de la fase posterior al anatolio y aun quizá de la anterior y que sólo culminan en las lenguas particulares, tendencias que nos harán ver el nacimiento de los procesos de derivación desde un punto de vista más amplio y ajustado; y ello tanto en el dominio del verbo como en el del nombre y adjetivo.

La claridad del sistema de formación de palabras indoeuropeas, basado en un estricto juego de raíces y morfemas de ellas derivados sobre la base de unos determinados grados vocálicos y acentos, se hizo cada vez menor. En realidad, lo hemos dicho, desde el principio mismo hay que aceptar irregularidades como los grados P/P. Pero hay una serie de razones que hicieron el sistema cada vez menos asequible al análisis.

En realidad, el indoeuropeo, que desarrolló una serie de procedimientos de formación y flexión de palabras a partir de la expansión de elementos que ya se encontraban en sus raíces monosilábicas, nunca llegó a una definición clara y sistemática de los mismos. Alternaron alargamientos o morfemas simples o complejos, que pronto se consideraban como simples; se independizaron formas alternantes como *-tero/-tro,* las des. *-ei/-i*; un mismo significado era expresado por varios morfemas y un mismo morfema expresaba varios significados; el desarrollo de la vocal temática oscurecía todo el cuadro, al sugerir la existencia de contracciones o hacer imposible separar limpiamente los morfemas unos de otros. Éstos estaban sujetos a amalgamas, sincretismos, hechos de alomorfismo; se combinaban redundantemente

unos con otros. El acento perdía relación con los grados vocálicos, al cargarse de varias significaciones.

Las distintas lenguas indoeuropeas, en vez de tender a clarificar el panorama, estableciendo relaciones claras entre raíz, sufijo y desinencia y sistematizando las relaciones, a partir de las mismas raíces, entre nombre, adjetivo y verbo, no hicieron más que continuar por el mismo camino, que oscurecía el sentido de la raíz y de su posterior equivalente, el tema, como punto central del que derivaban independientemente diversas formaciones que luego se oponían entre sí. Contribuyeron a ello fenómenos fonéticos. El cambio de timbre de las vocales en contacto con laringal oscurecía las alternancias *e/o*; la confusión de *a, e, o* en i.-i. en *a,* de *a* y *o* en muchas lenguas en *a,* obraba en el mismo sentido. La alternancia P/Ø era oscurecida al mismo tiempo por la vocalización de las sonantes, incluida *H,* que hacía el grado Ø irreconocible, y por la evolución de los grupos vocal + laringal, que hacía irreconocible el pleno. Allí donde, en el grupo no anatolio, se introdujo una oposición breve/larga, acabó por ser inutilizable por el fenómeno de la pérdida de las diferencias de cantidad, que antes o después alcanzó a casi todo el indoeuropeo. Por su parte, el acento tendió a hacerse intensivo y a fijarse mecánicamente; y allí donde subsistió una cierta libertad de acento, como en algunas lenguas eslavas y bálticas, su uso morfológico recibió innovaciones profundas.

10. La distorsión del antiguo equilibrio vocálico P/Ø — Ø/P con los nuevos grados P/P y Ø/Ø, así como la de los desplazamientos acentuales con él en conexión llevó en definitiva a una no utilización morfológia de ambos procedimientos. Si los hemos reconstruido, es sobre la base de arcaísmos de diversas lenguas, sobre todo del gr. e i.-i.;

pero incluso en griego las oposiciones de temas verbales con ayuda de grados de alternancia se conservaron sólo en pequeños sistemas cerrados que no proliferaron. Las demás lenguas, incluyendo el hetita, han tendido a obliterar el papel morfológico de las alternancias y han obliterado el del acento. En realidad, eran generalmente redundantes y se podía prescindir de ellos.

Pero hay que dejar bien claro que el impulso que llevó a la estabilidad de los temas, teniendo como tenía una base en fenómenos indoeuropeos muy antiguos y, luego, en procesos fonéticos, fue todavía en mayor medida un resultado de nuevas tendencias morfológicas que llevaron a imponer la idea de sistema, a relacionar formalmente de la manera más simple temas diversos, ya incluidos en una misma palabra, ya no. En definitiva, de la oposición de temas aisladamente (o sea, de palabras) y de la oposición de temas de determinados tipos formales y significativos, se pasó al estadio en que un tema se consideraba derivado del otro; y luego al otro estadio en que, efectivamente, unos temas se derivaron de otros mediante procedimientos simples a base de morfemas segmentales, es decir, sin alterar el vocalismo ni el acento del tema considerado como básico. Aunque en ocasiones también la alteración del vocalismo o acento puede considerarse como un procedimiento de derivación, a partir de un cierto momento. Pero este tipo de derivación es a su vez sustituido bien pronto por el anteriormente descrito, que no siempre implicaba un simple añadir, sino, a veces, también un previo eliminar un sufijo, como hemos visto a propósito de la derivación de adjetivos a partir de nombres. Con esto alcanzamos el punto en que habíamos abandonado nuestra exposición de las grandes tendencias de la evolución morfológica del grupo no anatolio.

11. Los modelos de relación entre temas que se tomaron como base para la derivación fueron siempre escasos, pues el interés del procedimiento era precisamente que suministraba unos pocos tipos formales bien definidos desde el punto de vista de la clase o subclase de palabras o del significado gramatical, sustituyendo así relaciones impredecibles entre temas aislados en absoluto uniformes; eliminando igualmente la ambigüedad de temas que, por ejemplo, son nombres o adjetivos según el contexto o la de aquellos otros que sólo por razones de sistema podían definirse como presentes o aoristos, indicativos o subjuntivos, Nominativos o Genitivos de singular. Toda esta ambigüedad y todas esas definiciones opositivas continuaban dándose, sobre todo en las lenguas más arcaizantes, pero el curso de la evolución fue en el sentido de imponer la relación unívoca de forma y función o significado y de derivar unas formas de otras mediante un corto número de morfemas bien definidos desde los puntos de vista formal y de contenido.

Si el indoeuropeo había llegado a caracterizar formalmente, aunque con ciertas deficiencias, nombres, adjetivos, pronombres y verbos, así como ciertos tipos de temas verbales y nominales que a veces en el segundo nivel constituían formas de una misma palabra, los tipos de derivación que alcanzó por generalización de algunos modelos simples de transformación fueron esquemáticamente los siguientes:

Nombre → Adjetivo
Adjetivo → Nombre
Nombre → Nombre
Verbo → Nombre (nombres postverbales)
Verbo → Adjetivo (participios)

Nombre → Verbo (verbos denominativos)
Verbo → Verbo (verbos deverbativos; temas verbales derivados).

Estas derivaciones difieren en una gran medida de lengua a lengua. Cuando tienen lugar, es a base de disminuir los tipos formales de cada clase o subclase de palabras, de los temas del verbo, favoreciendo unos a expensas de otros que aparecen si acaso como arcaísmos irregulares.

12. La relación entre nombre y adjetivo tendía a establecerse en fecha arcaica con ayuda de un desplazamiento del acento que, por otra parte, no era nada claro, dado que también una cierta categoría de nombres llevaba el acento final; a veces, por un cambio de timbre vocálico del sufijo; y, en principio y salvo excepciones que son ya antiguas, mediante un grado Ø de la raíz en el adjetivo con sufijo tónico. Todo esto tendió a cambiar: un tipo de relación como el de **génos/*eugenḗs, -és* o el de adj. en *-ís, -ús* frente a nombres con acento en la raíz, quedó como mero arcaísmo, o se obliteró no suministrando modelo alguno a la derivación de adjetivos.

En cambio, ciertos sufijos se especializaron como adjetivales, aunque generalmente manteniendo como huella de su antigua indiferencia usos no adjetivales; y ello ya manteniendo el acento tónico ya, más frecuentemente, no alterando en absoluto el vocalismo ni el acento del nombre base. Salvo unos pocos sufijos que luego se especializaron más todavía convirtiéndose en marca de grado de comparación o de participio (*-ei̯/os, -e/ont, -u̯e/os* y *-u̯e/ot*) y otros dos sufijos *-u̯e/ont* y *-me/ont,* la gran masa de los sufijos convertidos en adjetivales son sufijos temáticos, lo cual indica el carácter relativamente reciente del proceso. Pero

estos sufijos adjetivales como *-i̯o, -to, -no, -ro* mantenían también, como arcaísmo, algunos usos nominales: a veces con variación del acento o con género neutro en el nombre, pero otras veces no. De ahí que se fuera más lejos y que el deseo de lograr una diferenciación nombre/adjetivo fuera causa de la proliferación de sufijos compuestos. Mientras que *-tro, -dhro, -dhlo* dan nombres, proliferan para el adjetivo sufijos compuestos del tipo *-iko, -ino, -esno, -ei̯o,* etc. Así, mientras que la derivación de un adjetivo con una simple vocal temática es rara (cf. VI.III.12), la derivación de adjetivos con estos sufijos, a veces con previa eliminación de la *-o* o *-ā* del nombre, es frecuente. Cf. ejemplos en VI. VI.2.8.

De todas maneras, el adjetivo ha continuado siendo, en el fondo, un uso sintáctico especial del nombre que puede también expresarse de otros modos: con el G. o con un nombre en un uso adjetival de una forma indiferente a la oposición nombre/adjetivo. Nunca, por ello, se ha llegado a desarrollar un sistema exhaustivo en que a cada nombre responda su adjetivo. Además, hay adjetivos antiguos, que neutralizan la oposición entre nombres de diversos tipos. No existen, en definitiva, subclases de adjetivos como existen subclases de nombres. Ello con la excepción de los comparativos y superlativos, de un lado, y los participios, de otro.

13. El nombre tiende a dividirse, en indoeuropeo, en unos pocos tipos al servicio de cada uno de los cuales hay una serie de sufijos que, por otra parte, a veces son ambiguos. *Grosso modo* podemos hablar de nombres de acción, abstractos, de agente, de instrumento y lugar. Ahora bien, los de acción no son más que desarrollos de nombres de seres y objetos que, evidentemente, eran considerados como

animados, aunque otras veces pudieran también ser inanimados (neutros); los abstractos son un desarrollo de nombres de cosas inanimados, aunque secundariamente algunos de ellos (en *-ā, -tā*) hayan ido a parar al género femenino. Existen, de otra parte, nombres de seres animados y de cosa (incluso partes del cuerpo) que pertenecen a tipos formales que no han desarrollado los sentidos de acción y abstracto. Todo esto produce en el nombre un panorama bastante confuso, en el que se entremezcla la consideración de la aposición animado/inanimado. De ahí las dificultades para las transformaciones y luego derivaciones Adjetivo → Nombre, Nombre → Nombre y Verbo → Nombre.

Todo adjetivo puede automáticamente convertirse en nombre mediante procedimientos sintácticos que provocan la sustantivación. Pero como hay menos adjetivos que nombres y no hay subclases de adjetivos, no se puede pasar de un adjetivo a las diversas clases de nombres. Una excepción es la obtención de abstractos mediante la forma neutra del adjetivo. En lenguas particulares hay otros recursos que llevan a lo mismo: cf. gr. κακός → κακότης, νέος → νεότης, lat. *ciuis* → *ciuitas*, etc. Lo que sí se puede hacer es, invirtiendo los procedimientos de derivación de adjetivos a partir de nombres, reconstruir un nombre base a partir de un adjetivo.

A su vez, el sistema de las subclases de nombres ha permanecido, en lo fundamental, en el estadio antiguo de constituir formaciones paralelas a partir de una raíz, con cierta sistematización únicamente por reducción del número de morfemas empleados. Hay transformaciones que llevan de unas clases de palabras a otras con mayor o menor seguridad, pero rara y sólo secundariamente se derivan unas subclases de otras, como en el tipo griego πόλις → πολίτης → πολιτισμός.

Pues las relaciones más sistemáticas entre subclases del nombre se establecen derivando varias de ellas del verbo. Así como de una raíz-nominal verbal **men* podíamos deducir, añadiendo diversos sufijos y haciendo intervenir el vocalismo y el acento, diversas palabras pertenecientes a subclases diferentes (cf. VI.IV.2.2), el verbo ha heredado esta capacidad. Pues la ambivalencia nominal-verbal de la raíz y el tema se ha perdido en todas las lenguas, lo cual condenaba a muerte al antiguo procedimiento indoeuropeo que nominalizaba simplemente la raíz, con valor de agente, en los compuestos de rección verbal (cf. VI.V.2.11). Hay en diversas lenguas una serie de nombres de acción, de abstractos y de agente el detalle de cuya formación demuestra una derivación verbal; precisamente el considerarse derivados del verbo nombres que en realidad venían de raíces o temas nominal-verbales es lo que ha inclinado la balanza en el sentido de definir como nombres de acción o abstractos a muchos pertenecientes a formaciones que, en principio, incluían estrictamente personas o cosas: así los en *-ti* y *-mn̥*. Bastaba que una raíz o tema dejara de ser nominal-verbal para convertirse en puramente verbal, para que un tema nominal derivado de él se considerara postverbal.

En griego, que es donde más se ha desarrollado el sistematismo de los nombres postverbales, se pueden presentar modelos tan claros de derivación como μισθόω → μ'σθωσις/ μίσθωμα, λυμαίνω → λυμαντήρ, δανείζω → δανεισμός. Hay paralelos más o menos exactos en lenguas diversas. Y existe la derivación de infinitivos a partir de diversos temas verbales —allí donde se llegó a ello, cf. IV.VII.2.2—, que es otro proceso idéntico.

Paralelamente, y más desarrollado todavía, existe el sistema de los adjetivos verbales, convertidos con frecuencia en participios desde fecha indoeuropea. El origen es el mis-

mo: *-tó*, por ejemplo, se añadía a una raíz nominal-verbal por ej., **mn̥-tó-*), luego se consideraba añadido a un tema verbal y a continuación, efectivamente, se añadía a temas verbales (*amātus*, etc.) y derivaba a estos formalmente y desde el punto de vista del contenido. Ello en las lenguas que derivan los participios directamente de los distintos temas del verbo, manteniendo su vocalismo.

14. Pero cuando la derivación cobró desde fecha antigua mayor impulso es cuando se aplicó a derivar verbos de nombres, verbos de verbos o temas verbales unos de otros. Los modelos están, como siempre, según hemos expuesto ya en detalle (cf. IV.IV.2), en la antigua derivación a partir de palabras-raíces nominal-verbales. Bastaba que una de éstas o un tema de igual doble función quedara reducido en su uso autónomo a la función nominal, para que el tema verbal de él derivado se considerara denominativo. A partir de ahí se crean, efectivamente, por derivación de temas puramente nominales, verbos denominativos.

Es, efectivamente, un error, ya lo hemos dicho, considerar que gr. *μνάί̯ομαι viene de *μνά́ 'mujer' o ai. *bhiṣakti* de *bhisaj-* 'médico': originariamente, vienen de una raíz o tema nominal-verbal, no de un nombre. Pero éste es el modelo para verdaderos denominativos creados a partir de nombres, a veces con elementos morfológicos difundidos especialmente para este tipo de derivación. Cf. IV.IV.2.6.

El mismo es el caso de la creación de deverbativos, originalmente verbos deducidos de una misma raíz, los cuales en algunas ramas lingüísticas se constituyeron en sistemas de derivación a partir de un verbo base. No hay más que considerar que unos mismos elementos forman deverbativos y no deverbativos, incluso denominativos (así *-ei̯*, *-i̯*) y que un mismo elemento forma deverbativos diferentes (así *-sk*

en general iterativos, pero en het. causativos), para comprender que se trata de un proceso reciente. No en cuanto a sus bases, pero sí en cuanto a su sistematización y a su difusión por vía de derivación.

15. A la luz de todo esto hay que juzgar la derivación de temas verbales unos a partir de otros mediante procedimientos sistemáticos hasta constituir una conjugación, de que ya hemos hablado. En realidad, el grupo del griego e indo-iranio avanza bastante poco por este camino: lo más a que llegan es a, en líneas generales y salvo excepciones, derivar los subjuntivos, los optativos, imperativos, participios e infinitivos de los indicativos correspondientes; es el entrecruzamiento de temas de que hablábamos. Aparte de esto, el i.-i. construye un sistema muy claro de deverbativos y el gr. organiza sistemáticamente en los temas en *-H* los diversos temas como derivados del de presente. En cambio, el grupo occidental funda la conjugación toda en la oposición de dos temas, que se derivan el uno del otro mediante unas reglas simples, dando lugar a un corto número de «conjugaciones», al que hay que sumar una serie más o menos extensa de verbos irregulares, herederos de las antiguas oposiciones indoeuropeas. Por otra parte, el grupo del gr. e i.-i. conserva mucho más claramente el sentido de la raíz y los fenómenos de las alternancias vocálicas y los desplazamientos del acento.

No quiere esto decir, naturalmente, que la Morfología indoeuropea esté construida en tres escalones representados, respectivamente, por el anatolio, el grupo del griego e indo-iranio (al que a veces se añade el armenio) y el occidental. El anatolio presenta innovaciones y también las hay en el gr. e indo-iranio: formas con aumento, mayor integración en el verbo del participio e infinitivo, perfecto me-

dio, eliminación del tipo semitemático, etc. Esto hace que en ocasiones el arcaísmo del grupo occidental sea mucho mayor, coincidiendo así, a veces, con el anatolio. Aunque es bien evidente y esperamos que haya quedado claro a lo largo de este libro, que la gran división es la que establecen las innovaciones del grupo no anatolio, consistentes sobre todo, en Morfología, en la creación del segundo nivel y con él del género masc./fem., la comparación, el subjuntivo y optativo, los aspectos. Por otra parte, hay isoglosas morfológicas que cortan a través de estos bloques: el griego tiene un pretérito compuesto y otro con **-eH* frente a pres. en **-H* como las lenguas occidentales; el i.-i. y balto-eslavo e incluso el latín han desarrollado más el sistema de la declinación, en el que el griego está más próximo al germánico y celta (caso D.-L.-I.). Pero el gr. e i.-i. pueden ir también con el balto-eslavo, así en la creación del dual (en el verbo también en germánico). Otras veces hay innovaciones particulares de tal o cual lengua, por ejemplo el i.-i. ha llevado más lejos que ninguna el desarrollo del sistema de las desinencias verbales. O arcaísmos de una: así el subjuntivo sobre temas múltiples y la inexistencia de casos oblicuos autónomos en tocario. Pero también la Fonología ha de tenerse en cuenta para sentar un cuadro de la diferenciación dialectal del indoeuropeo, cuadro que tiene al tiempo importancia para sentar la cronología relativa de las innovaciones del indoeuropeo, dado que la elaboración de los distintos sistemas es de fecha diferente. Nos ocuparemos más comprensivamente de esta cuestión al final del libro.

16. En fases posteriores, la evolución de la Morfología indoeuropea ha sido muy varia, manteniendo a veces un tipo lingüístico semejante al descrito y avanzando otras más allá, sobre todo allí donde bajo el influjo de un acento

tónico no final las sílabas finales han estado expuestas a fenómenos fonéticos que las alteraban o a su completa desaparición. Así, mientras que el eslavo y algunas lenguas germánicas como el alemán han mantenido intacta, en buena medida, la flexión nominal, y lenguas como varias de la India moderna e incluso el lituano la han incluso desarrollado utilizando postposiciones, otras como las románicas y el inglés han eliminado el sistema de la declinación, salvo pequeños restos en el pronombre. No sólo fenómenos fonéticos, sino también sintácticos, como el hecho de la rección verbal y la preposicional de los casos, han contribuido a este resultado, por el cual, en cierto modo, se ha cerrado el círculo, volviéndose a una determinación de las funciones del nombre con ayuda de adverbios (preposiciones) y del orden de palabras.

En cuanto al verbo, se ha tendido en casi todas partes a mantener y desarrollar la tendencia a construirlo sobre solamente dos temas, relacionados entre sí mediante unos cuantos tipos fijos, y a derivar de esos dos temas las formas modales y demás. Pero ha desaparecido en todas partes el optativo y muy frecuentemente el subjuntivo, en todo caso reducido a un pequeño resto: y a veces el sistema desinencial, redundante en realidad, ha tendido a eliminarse. Así ocurre, por ejemplo, en francés, pese a la imagen falsa que una escritura tradicional nos presenta; en realidad, en esta lengua se ha llegado a una flexión verbal sobre prefijos, tipo bien lejano del antiguo del indoeuropeo. Pero el inglés, con su tendencia al monosilabismo por obra del acento de intensidad, ha llevado, a su vez, otro camino muy original: en cierta medida ha reconstruido la igualdad formal de nombre y verbo, que se distinguen sólo funcionalmente, como suponemos era el caso en el más antiguo indoeuropeo. También en la composición y formación de palabras hay grandes

diferencias: el alemán conserva la facilidad de composición, contra lo que sucede en otras lenguas; el español mantiene una gran facilidad de derivación, que el francés, en cambio, ha reducido grandemente.

Otras veces, recursos indoeuropeos desaparecidos se han reconstruido. Las lenguas germánicas y románicas, unas veces por el efecto del acento tónico, otras por hechos de asimilación o disimilación, han creado alternancias vocálicas comparables a las indoeuropeas (esp. *muevo/movemos*, ingl. *foot* 'pie' / *feet* 'pies'). Las lenguas que han mantenido la libertad de colocación del acento dentro de un campo intonable han morfologizado a veces, secundariamente, su colocación: esp. *cantara/cantará*.

17. En términos generales, puede decirse que hay unas determinadas líneas evolutivas comunes en todas las lenguas indoeuropeas, las cuales llevan a la disminución del papel de la flexión, sobre todo nominal, y a la creación de conjugaciones sobre la base de la derivación y a la mayor formalización posible de las clases de palabras y temas, sobre la base de relaciones de uno a uno, entre significante y significado. Con ello aumenta la facilidad de las transformaciones y el número de derivaciones, perdiéndose el sentido de la raíz y la independencia de las diversas formas. Son innovaciones comunes, formalmente independientes, las formas verbales perifrásticas y algunas categorías, como la pasiva. También en Fonología hemos reconocido unas evoluciones que marchan en una dirección común y que, por otra parte, han desempeñado un papel importante en la evolución de la Morfología; como hay tendencias comunes en el desarrollo de la Sintaxis, relacionadas éstas a su vez con las morfológicas y condicionadas al propio tiempo por influjos de unas lenguas sobre otras por razones sobre todo

de orden cultural y religioso. Toda esta *facies* común, pese a todo, de las lenguas indoeuropeas en los diferentes estadios de su evolución deriva en definitiva de unos planteamientos y una problemática que se nos mostraba a la vista desde el más antiguo indoeuropeo.

Pero al propio tiempo, y sin que en ello haya dificultad o contradicción, las lenguas indoeuropeas en sus distintos estadios y sus diversas plasmaciones dialectales nos presentan un muestrario de tipos lingüísticos distintos, a veces con reconstrucción parcial de los que parecían definitivamente evaporados. Tenemos estadios flexivos y nuevos estadios que tienden a perder la flexión, junto a otros en que son flexivas sólo determinadas palabras. Tenemos el uso de las alternancias y del acento en la Morfología y otras veces la falta de estos recursos morfológicos que, pese a todo, a veces vuelven a usarse renaciendo sobre una forma diferente. Vemos cómo nacen ante nuestros ojos las distintas categorías y funciones y cómo algunas de ellas desaparecen, a veces para reconstruirse después en forma más o menos próxima (así el subjuntivo). El tipo monosilábico y el flexivo alternan, cuando no coexisten; y dentro del segundo hay formas sintéticas, ya aglutinadas, ya oposiciones de formas distinguidas sólo en sistema, ya especializaciones y derivación. No es que en las lenguas indoeuropeas encontremos un muestrario de todos los tipos lingüísticos —por ejemplo, la oposición sujeto/objeto es constante en ellas—, pero sí contienen una gran variedad de tipos lingüísticos diferentes y de transiciones entre ellos.

PARTE VII

# SINTAXIS ORACIONAL



# I

## DE LA PALABRA AL SINTAGMA Y LA ORACIÓN

1. Ya el indoeuropeo previo a la escisión del anatolio, y por supuesto las distintas ramas que luego y sucesivamente se fueron creando, era una lengua cuyo elemento central era la palabra, no el morfema; con excepciones más bien escasas, la palabra provista de sufijos y flexionada con ayuda de la oposición de diversos temas y desinencias, Flexión que, hemos visto, presentaba a veces una formalización insuficiente: la determinación de categorías y funciones debía completarse bien con restos de un antiguo sistema (por lo demás reelaborado y ampliado) que utilizaba como marcas formales el lugar del acento y las alternancias vocálicas, bien con una atención a prestar ya a los hechos distribucionales, ya a los paradigmáticos.

De todas maneras, resulta claro que la flexión determina *grosso modo* las categorías y funciones del nombre (y adjetivo) y del verbo. En los capítulos precedentes hemos expuesto, por ello, conjunta o paralelamente, según los casos, lo relativo a la forma y contenido de estas diversas categorías y funciones. Con ello han quedado puestas las bases

fundamentales para la comprensión de los recursos que emplea el indoeuropeo para ensamblar las palabras en los conjuntos significativos y formales que son los sintagmas y éstos en las oraciones. Es claro, efectivamente, que las funciones de las palabras se refieren a las relaciones que contraen: así un nombre, por ejemplo, es sujeto o complemento de un verbo. E, indirectamente, igual ocurre con las categorías.

2. Éstas se refieren, en principio, a la situación del significado de los elementos gramaticales de la palabra dentro de un sistema de clasificaciones. Nos dicen que, por ejemplo, un cierto pronombre personal y una cierta forma verbal pertenecen a la segunda persona; o que tal nombre es singular o plural, masculino o femenino. Pero, indirectamente, las categorías afectan a la construcción de la frase. Dos palabras diferentes pueden llevar, en efecto, la misma categoría por razones dependientes de la situación de las mismas en la frase; pero, indirectamente, esa comunidad de categoría se convierte en marca formal de la comunidad de función, así cuando un sujeto en 2.ª pers. sg. lleva un verbo también en 2.ª pers. sg. Es más, llega a desarrollarse un sentido puramente gramatical de algunas categorías, uno de cuyos usos está precisamente al exclusivo servicio de la concordancia y la rección. Hemos visto, muy concretamente, cómo el género en parte es un mecanismo puramente gramatical que indica que tal adjetivo se refiere a tal nombre y lo mismo el número. Y también hemos indicado que en ocasiones se establece un uso solidario entre un verbo y un caso o entre una preposición y un caso también: hay una rección o dependencia que indica que tal nombre determina el significado de tal verbo de una manera diferente que el sujeto, y ello tanto si el caso es Ac. como D. o G.; o bien

que tal nombre forma sintagma con tal preposición y viceversa. Cuando se trata de una relación fija y exclusiva verbo-caso o preposición-caso, este último se vacía de contenido específico y es un puro indicio de la existencia del sintagma.

3. La fase del indoeuropeo a que nos estamos refiriendo se basa en la existencia de dos clases de palabras fundamentales, bien diferenciadas formalmente salvo excepciones: verbo y nombre. En segundo término hay un determinante del nombre que es el adjetivo y un determinante del verbo que es el adverbio. Hay, además, el pronombre y los numerales, equivalentes funcionalmente ya al nombre, ya al adjetivo. Y preposiciones.

Las dos palabras centrales, nombre y verbo, se combinan habitualmente como los dos elementos cardinales, a su vez, de la oración: sujeto y predicado, el primero en Nominativo, según sabemos. Bien que no es el único tipo de oración, punto en que insistiremos en seguida: pero sí el más frecuente. En lo que sí conviene insistir, aunque es un tema ya tocado en otro lugar' (cf. III.III.2.3), es en que el sujeto no es necesariamente el agente: sin duda sí en la fase más antigua, mientras que luego es una determinación que se tiende a colocar junto a cada verbo y cuya definición es negativa: una determinación relacionada con la categoría de la persona y diferente de la de los complementos, esto es, de las palabras que restringen el alcance de la acción verbal o la cuantifican o cualifican.

Ahora bien, los dos elementos centrales de la oración verbal, que es a la que nos estamos refiriendo, a saber, el nombre sujeto y el verbo, son sustituibles por sintagmas, que por definición desempeñan igual función. Estos sintagmas están constituidos por el nombre o el verbo más una

palabra que los determina: con lo cual resulta que el nombre indoeuropeo puede tener solamente una determinación, mientras que el verbo puede tener dos: la que lo convierte en sintagma verbal y el sujeto.

4. El nombre sujeto, en caso Nominativo, puede ser determinado, según hemos visto, ya por un nombre en Genitivo, ya por un adjetivo. Genitivo y adjetivo, derivados ambos del antiguo determinante único del nombre, especializan su sentido en ocasiones hasta usarse en distribuciones restringidas o con sentido especial: hay, por ejemplo, determinadas lenguas o dialectos que usan Genitivo para indicar el nombre del padre, mientras que otros usan el adjetivo. Ni que decir tiene que en vez del nombre en G. puede haber un pronombre en función de nombre en el mismo caso y también un pronombre o numeral en función de adjetivo. El adjetivo concuerda con el nombre determinado en género y número; también en caso, pues todo lo que acaba de decirse del nombre sujeto en N. puede decirse de cualquier nombre en el caso que sea que se integra en los sintagmas verbales.

Siendo la del G. y la del adjetivo una determinación universal del nombre, ello quiere decir que la restricción puede ser de cualquier orden: indicar, por ejemplo, material, origen, posesión, cualidad, precio, paternidad, etc. Sólo hay una mayor precisión en la determinación cuando, como queda apuntado, en una lengua o dialecto ciertos usos quedan reservados al G. y otros al adjetivo; o cuando se crean secundariamente otros tipos de determinación del nombre, por ejemplo el acusativo de relación del griego. También puede usarse como determinación el nombre en N.: lo cual es un resto evidente de la determinación de un nombre por otro sin intervenir diferencia de caso. Es decir, los hechos

de la época preflexional son calcados en la flexional, sólo que al ir el determinado en N. se pone el determinante también en ese caso.

Así, el nombre sujeto puede conmutarse en el esquema de la oración verbal indoeuropea por el sintagma nombre + nombre (en G.) o nombre + adjetivo (con concordancia). Pero el nombre determinante puede, análogamente, ser determinado por un nombre o un adjetivo; y el adjetivo, a su vez, puede determinarse por un nombre o un adverbio. Igual ocurre, claro está, con el nombre complemento.

5. En cuanto al verbo, puede llevar una determinación nominal, en principio en Ac., pero también secundariamente, según hemos explicado (cf. III.V.1.5) en otros casos. Estas determinaciones son más especializadas: excluyen por supuesto el tipo que se expresa por el nominativo, pero además, al haber varios complementos posibles, a veces, para un mismo verbo, el sentido de los distintos casos, sobre todo Ac., D. y G., ha tendido a especializarse y a restringirse a contextos distribucionales diferentes. Bien es verdad que otras veces se produce, por el contrario, una neutralización: el caso es simplemente «regido» por el verbo y el que se emplee uno u otro es, desde el punto de vista del significado, indiferente. Todo esto lo hemos expuesto en el lugar adecuado.

Pero el sintagma verbal no está constituido siempre o solamente por el grupo V + complemento. Otras veces el caso es precedido de una preposición (cf. V.III.1.3): con ello el significado del determinante se hace mucho más preciso que si éste consistiera en un solo nombre. Por ejemplo, en latín el Ac. de dirección que vemos todavía en sintagmas como *ire Romam* es precisado de varias maneras según le preceda *ad* (que indica aproximación), *in*

(que indica penetración), *apud* (cercanía, sin referencia explícita al movimiento), *ob* (pura dirección, luego causa, etcétera), *circum* (en torno a), etc. Pero también sucede el fenómeno de la rección: que se haga habitual el uso con un cierto verbo de una determinada preposición con un determinado caso.

Otras veces, el verbo es determinado por el adverbio. Y hay que recordar que en ocasiones el adverbio era puramente oracional y solamente en forma secundaria se ha considerado determinante del verbo (o del adjetivo): a veces es difícil decidir si nos hallamos ante un estadio o ante el otro. Y, también, que los casos del sistema marginal proceden de temas puros, sólo secundariamente alargados de diversas maneras: temas puros que determinaban a la oración en su conjunto, aunque luego tendieran a convertirse en determinantes del verbo, a veces incluso del nombre. Han quedado siempre usos ambiguos.

6. El sujeto con su determinante, que a su vez puede llevar un determinante y éste otro, en forma teóricamente ilimitada; y el verbo con el sujeto determinante y un segundo determinante cuando se sustituye por un sintagma verbal, determinante a su vez sometido a varias determinaciones, constituyen los dos pilares de la oración verbal del indoeuropeo clásico. Tenemos, pues:

*a*) Existencia de la relación sujeto-verbo, que crea la oración.

*b*) Existencia de la determinación, que precisa en varios escalones a uno y otro.

El nombre en sus diversos casos, el adjetivo (con el nombre), el adverbio (en principio con el verbo, también con el adjetivo), el grupo preposición + nombre (con el verbo) son los instrumentos de esa determinación, que admiten

matices de significados diferentes según se trata de determinación de nombre o de verbo y según cuáles sean los instrumentos de entre los mencionados que se empleen en cada caso particular.

Pero hay todavía un tercer hecho que ha contribuido a la expansión de la oración indoeuropea: expansión interna y paso a un grupo de oraciones relacionadas entre sí. En uno y otro caso hablamos en términos generales de expansión.

Una frase como lat. *senatus populusque romanus decreuit* nos presenta dos sujetos del mismo verbo. Son dos nombres en N. que hacen ambos la función de sujeto: la coincidencia en el caso es suficiente para denotar la identidad de la función, si bien aquí se añade la existencia de una partícula copulativa *-que* y otras veces se añade concordancia de número (verbo en pl. en ejemplos como éste). Análogamente, puede haber dos determinaciones del verbo que sean paralelas: construcción con doble Ac. de cosa o de persona, por ejemplo. Las expansiones no son por fuerza copulativas: pueden suponer una disyuntiva, adversativa, etc.; en estos casos, ya normalmente con partículas específicas, cf. VII. III.1.

También hay expansión en las determinaciones del nombre. Puede haber, efectivamente, dos G. o dos adjetivos (tipo lat. *Iuppiter Optumus Maximus*). Como en todos los demás casos, se exige la concordancia en el caso, resultado de la identidad de función; se tiende también a la de género y número.

Todo esto al nivel del sintagma y con una expresión formal que consiste en la igualdad en el caso y, cuando interviene un adjetivo, también en género y número, aunque se dan determinadas excepciones, resto de la antigua independencia de las palabras. Y con una segunda expresión formal, no imprescindible, sin embargo: la existencia de

palabras especiales, adverbios en fecha antigua, pero convertidas luego en conjunciones coordinativas, cuya mera existencia es prueba de la antigüedad del procedimiento en indoeuropeo.

7. Se trata de palabras que en el origen suponían una insistencia o restricción y sólo secundariamente se interpretaron como unitivas. En *Senatus populusque* se debía de entender en un principio algo así como «el Senado, también el pueblo», indicándose la existencia de una ampliación mediante el simple hecho de tratarse de dos nombres en Nominativo junto a un único verbo; pero luego se entendió «el Senado y el pueblo». Junto a **kᵘ̯e,* a que nos estamos refiriendo, hemos citado (V.III.1.1) partículas como **nŭ̄, *uĕ̄, *r̥* y **an,* que se han convertido en conjunciones con varios matices. Las lenguas individuales han creado muchas otras, a partir de adverbios o de casos usados adverbialmente: así, lat. *et,* primitivamente 'además' (cf. gr. ἔτι).

Como hemos indicado más arriba, este sistema de ampliaciones rebasa el sintagma: cuando un verbo es ampliado por otro verbo, sea asindéticamente (gr. βάσκ' ἴθι, lat. *ueni, uidi, uici*), sea mediante las conjunciones a que hemos hecho referencia, hemos pasado de la oración simple a la oración compuesta de tipo coordinativo. Pero esto queda para más adelante.

8. Éste es el complicado sistema por el cual un nombre sujeto y un verbo pueden determinarse y ampliarse, y sus determinaciones y ampliaciones determinarse y ampliarse a su vez, para unirse finalmente los dos sintagmas en la oración verbal: sólo quedan, aparte de estos dos elementos centrales, ciertos adverbios o casos nominales flotantes, que

determinan más la oración en su conjunto que palabras específicas, y un elemento extraoracional, el Vocativo (cf. III.III.3.2). El carácter recursivo del sistema es teóricamente inagotable, aunque en la práctica la determinación y ampliación encuentren unos límites que, por otra parte, no podamos fijar exactamente.

Hay tres elementos que le hacen especialmente fecundo para el porvenir:

*a*) Desde el momento en que existen varios casos o construcciones preposición + caso junto al verbo, éste puede tener simultáneamente varias determinaciones diferentes. No así el nombre, que debe normalmente elegir entre la determinación nominal y la adjetival, no usar ambas simultáneamente (pero puede emplearse excepcionalmente una determinación nominal en G. y otra en G. o D.). Esto es aparte de las ampliaciones de una misma determinación, en el verbo y en el nombre.

*b*) El hecho de que existan adjetivos y nombres verbales (participios e infinitivos), introduce dentro del sintagma nominal elementos del verbal (nombre + participio que a su vez es determinado por un nombre; infinitivo sujeto u objeto determinado por un nombre). Y el sintagma verbal se hace recurrente dentro del mismo tipo verbal (verbo + infinitivo + nombre).

*c*) El grupo del indo-griego ha desarrollado las oraciones de relativo, subordinadas que equivalen a una determinación del nombre: ello mediante la conversión de un demostrativo en un elemento con función doble, la de anafórico referido a un antecedente y la de nombre de una nueva oración. Así, los determinantes nominales no están reducidos al repertorio de los adjetivos y nombres de la lengua, sino que pueden crearse libremente: el relativo **i̯o-* refiere una oración entera, con su sujeto y verbo provistos de

determinaciones y ampliaciones, a un nombre, al que determina. Las otras ramas lingüísticas han acudido, en fechas diversas y a partir de recursos diferentes, al mismo procedimiento. Cf. detalles en VI.VII.3.6: se parte siempre, bien de pronombres demostrativos (lo que es precisamente el caso de *i̯-), bien de interrogativo-indefinidos.

9. Conviene insistir en que toda la anterior exposición está centrada en el contenido y no en la forma, aunque a hechos de forma hemos necesariamente hecho alusión en ocasiones. El lector podrá observar, si recuerda los datos de los capítulos anteriores, que la forma con que se expresan las determinaciones y las ampliaciones es múltiple y variable, pero los contenidos son muy fijos. En esta afirmación hay que hacer, de todos modos, algunas excepciones: al estudiar los casos, vimos que es secundaria la tendencia a convertir en casos de complemento verbal uno adnominal (el G.) y varios oracionales (los marginales), como es secundaria la ocasional conversión de estos últimos en casos adnominales; y que es relativamente tardío el uso de participios e infinitivos, siéndolo más su plena explotación en la sintaxis de la oración simple; y, también, el uso de determinaciones a base de oraciones de relativo. De todas maneras, todo esto existía ya, más o menos desarrollado, en la última fase del protoindoeuropeo.

Pero el núcleo del sistema remonta a fecha muy remota, en que ya existe oposición nombre/verbo, pronombres personales y los tres casos Nominativo / Genitivo / Acusativo, usándose como marcas formales de estas oposiciones, ya la derivación y la flexión, ya fenómenos de vocalismo y acento. Y a fecha más remota todavía, sobre la cual hemos hecho determinadas hipótesis, y en la cual toda la huella de flexión que puede descubrirse es la que supone la oposición de un

esquema P/Ø en el caso N. frente a otro Ø/P en el G., yendo el acento siempre en el P. No había distinción formal de tipo flexional entre nombre y verbo y distinción en absoluto entre G. y adjetivo. Hemos presentado (cf. VI.IV.3.16 ss.) una serie de hipótesis sobre cómo se formalizarían las relaciones sujeto/verbo y determinante/determinado en esta fecha: a base, sobre todo, del orden de palabras y de la exclusión de determinadas subclases del nombre de determinadas funciones; también, de la colocación del acento y del grado vocálico. Son precisamente las insuficiencias de este sistema las que promovieron el desarrollo del de tipo flexional, que no eliminó del todo al anterior ni adquirió tampoco un desarrollo completo, teniéndose que acudir en ocasiones a la desambiguación con ayuda de la distribución, así como al desarrollo de la concordancia y la rección verbal, hecha a base de hacer perder unidad interna y autonomía a las categorías y funciones del nombre (género, número y caso).

Pero incluso se puede retroceder más aún en el tiempo: hemos visto que incluso la mínima formalización flexional de la oposición N./G., a que aludíamos arriba, es un hecho secundario. Y que ha debido estar precedida de una determinación de un nombre por otro marcada solamente por recursos del orden de palabras y del acento. Absolutamente igual que en un momento dado hemos propuesto que tenía lugar la desambiguación del sujeto, verbo y complemento, en época preflexional (aunque aquí los pronombres personales ayudaban, pues ejercían por definición función de nombre). Lo notable es que, refiriéndonos ahora ya a la relación sujeto/verbo, el indoeuropeo llegó a desarrollar en éste marcas formales de la persona, que ayudaban a establecer la referencia del verbo a un determinado sujeto; mientras que no desarrolló marcas formales que le pusieran en conexión con un determinado complemento. Es decir, el

indoeuropeo desarrolló una conjugación subjetiva, no objetiva del verbo.

10. Sin embargo, por arcaico que sea este esquema básico de la oración verbal indoeuropea y de las determinaciones y ampliaciones de sus dos elementos, anterior desde luego a las diversas formalizaciones que alcanzó, hemos penetrado en una fase más arcaica aún, previa al mismo. Recordamos algunas cosas sobre ella.

Nuestra exposición sobre los orígenes y evolución semántica del N. (cf. III.III.2.2) deja ver bien claro que procede del hecho de la existencia en indoeuropeo de dos subclases del nombre: una incapaz de funcionar como sujeto (y como Vocativo), otra susceptible de estas funciones y también, al igual que la primera, de la de complemento. Si llamamos a estas dos subclases del nombre $N_1$ y $N_2$ y al verbo V, tenemos que había posibilidad de crear grupos $N_1$-V-$N_1$, $N_1$-V-$N_2$, V-$N_2$-$N_2$ (el orden de palabras no es relevante en estos esquemas). En ellos se distinguían dos funciones del nombre: una, desempeñada exclusivamente por $N_1$; otra, en que se neutralizaban $N_1$ y $N_2$. En posiciones en que $N_1$, los nombres animados, no eran conmutables por $N_2$, los inanimados, se distinguía una función agentiva, distinta de la función de complemento. En suma, nació de aquí el hecho de la doble determinación del verbo, frente a la simple determinación del nombre. Hemos explicado el proceso por el cual el sujeto-agente se difundió hasta perder su carácter de agente, desde el momento en que los inanimados entraron a funcionar como sujetos y en que en la oración nominal se empleó para el nombre y el predicado el mismo caso Nominativo. Es un proceso similar a otros por los que a partir de ciertas subclases del nombre se crean

géneros y números (cf. III.VIII.3 y 4). No ocurre lo mismo con el verbo.

Así, si el sistema indoeuropeo clásico, arcaico ciertamente, distingue sistemáticamente en la oración sujeto nominal y verbo e incluso en la oración nominal distingue igualmente un sujeto en Nominativo y un elemento equiparado al verbo (el predicado nominal, que tiende a llevar el verbo copulativo), hemos de postular que existió otro más arcaico todavía en que el tipo oracional de que hablamos era uno entre varios. Tenían que resultar frecuentes las oraciones sin sujeto nominal, sólo con verbo; y las oraciones nominales, en las que propiamente no había sujeto. En la medida en que éste existía junto al verbo, era propiamente un agente.

11. Por otra parte, el carácter secundario de la oposición nombre/verbo, que sólo gradualmente se distinguieron formalmente, hace evidente que en ausencia de un sujeto y un complemento lo que nosotros llamaríamos verbo no lo era en realidad. Debían ser frecuentes las oraciones de una sola palabra-raíz, o bien de ésta con una determinación que no fuera propiamente nombre ni verbo, interpretable si acaso en uno u otro sentido. Y ello no sólo en la función representativa de la lengua, sino también en la expresiva e impresiva: la proximidad de Imperativo y Vocativo en las lenguas indoeuropeas, en que siguen siendo con frecuencia temas puros, habla en este sentido. Pero aquí la indeterminación de las clases de palabras posteriores era aún mayor, pues la interjección no puede separarse tampoco claramente de esas oraciones.

Para esa época más arcaica hemos hablado de la existencia de raíces (palabras en realidad) nominal-verbales y de otras pronominal-adverbiales. Las primeras podían, según

razones funcionales, ser interpretadas verbal o nominalmente; en ambos casos, llevarían sin duda determinaciones, siendo propio del verbo el poder llevar un determinante-agente junto al determinante-complemento: fase previa a la que opone sujeto y complemento. Pero no existían evidentemente verbos copulativos y una amplia serie de palabras igualmente indeclinables de tipo deíctico y expresivo, las pronominal-adverbiales, constituía el segundo punto de apoyo de toda la Sintaxis, supliendo la falta de diversas categorías verbales y nominales de fecha posterior; también los numerales ayudaban en este sentido.

II

## CLASES Y TIPOS DE ORACIONES SIMPLES

1. Tras remontarnos a las más antiguas fases del indoeuropeo hasta las que podemos llegar, volvemos al esquema oracional del indoeuropeo clásico para interrogarnos sobre los restos de otros esquemas oracionales, así como sobre los influjos recíprocos de unos sobre otros y el desarrollo de todos ellos en las lenguas históricas. En realidad, pueden distinguirse varias clases de oraciones, de que nos ocuparemos previamente sin preocuparnos de los tipos (exclamativas, aseverativas, interrogativas, de mandato) en que algunas de ellas se distribuyen.

Existen, efectivamente, oraciones nominales y oraciones verbales y en uno y otro caso las hay unimembres (un solo sintagma nominal; un solo sintagma verbal) y bimembres (sintagma nominal + sintagma nominal; sintagma nominal + sintagma verbal). Así, el tipo normal de oración verbal, por mucho que se haya difundido, es sólo uno de los existentes. Y hay un paralelismo entre él y el tipo nominal bimembre, como la hay entre los dos tipos unimembres, que hemos dicho que no son claramente distinguibles en sus formas más elementales. Veamos primero estos tipos unimembres.

La coincidencia entre las diversas lenguas hace proponer para el indoeuropeo la existencia de oraciones unimembres nominales: ya exclamativas (del tipo esp. *¡fuego!*), ya en Vocativo, ya como respuesta a una oración interrogativa (*¿cuál es tu nombre? — Fulano*), ya los diversos términos de una lista, o bien nombres aislados en contextos extraverbales adecuados. Pese a que la indistinción formal nombre/verbo pudo ser durante algún tiempo, cuando se enunciaba una palabra aislada, también funcional, desde fecha muy remota existe la distinción incluso en este caso, distinción apoyada por hechos de vocalismos y lexicales. En definitiva, puede decirse que las oraciones nominales unimembres constan de un nombre o sintagma nominal que por causa unas veces de su función impresiva o expresiva, por causa otras del contexto verbal o extraverbal, constituyen una manifestación completa en sí misma. Estas oraciones, aparte de usar a veces un caso especial como es el Vocativo, se caracterizaban sin duda por hechos de entonación y por junturas oracionales, que impedían la interpretación del nombre como parte de una oración bimembre, al tiempo que el contexto, según queda dicho, facilitaba la interpretación adecuada.

2. Paralelas son las oraciones verbales unimembres. De un lado están las paralelas a las anteriores: verbos en imperativo y formas verbales que equivalen a una exclamación, otras que sirven de respuesta a una interrogativa. Como se ha dicho, en un origen muy remoto son indistinguibles, ya de las oraciones nominales, ya de las puras interjecciones. Hay luego toda clase de oraciones que diríamos normales en las cuales las lenguas indoeuropeas usan con frecuencia el verbo sin sujeto. Ello es tanto más explicable cuanto que el verbo provisto de desinencias comportaba ya, en realidad,

una indicación sobre el sujeto: y cuanto que, de otra parte, los pronombres personales y demostrativos sujeto sólo se empleaban como elementos enfáticos allí donde ello se hacía preciso.

Hay que destacar, sin embargo, algunos grupos de verbos que habitualmente carecían de sujeto, yendo el verbo en tercera persona. Son los llamados verbos impersonales: sobre todo los meteorológicos y los de sentimiento.

Como el esp. dice *llueve*, del mismo modo el hecho de la lluvia se expresaba en indoeuropeo con un verbo sin sujeto: cf. ai. *várṣati*, gr. ὕει, lat. *pluit*, gót. *rigneiþ*, etc. E igual *nieva* (gr.νείφει, lat. *ninguit*, lit. *sniñga*), 'truena' (ai. *stanáyati*, lat. *tonat*), etc. El fenómeno es considerado como un hecho que sucede, simplemente. En una fase anterior no había, seguramente, distinción entre 'lluvia' y 'llueve' (cf. ai. *varṣa-*, tema del nombre y del verbo).

En cuanto a verbos de sentimiento impersonales, remontan al indoeuropeo construcciones del tipo lat. *pudet*, *lubet*, etcétera ('tengo vergüenza, deseo'), gr. δοκεῖ μοι 'me parece'. En el origen, la concepción que subyace es que lo que nosotros consideramos como vida interior del hombre, sus afectos, temores, esperanzas, pensamientos, era algo que venía de fuera a dentro, algo inspirado por potencias divinas.

La frecuencia de estos tipos impersonales decrece generalmente en las lenguas históricas. Los verbos metereológicos han tendido a integrarse en la frase bimembre, poniendo como sujeto, ya un dios (gr. Ζεὺς ὕει), ya un nombre de la misma raíz (ai. *vâto vāti* 'el viento ventea'), ya un sujeto pronominal puramente formal (fr. *il pleut*). En el principio está una mentalidad que busca en todo fenómeno natural un sujeto y un objeto: una mentalidad de tipo mitificador y que lleva a lo que, en definitiva, viene a ser un puro mecanismo por el que la oración verbal bimembre tiende a

extenderse en todas partes, sin consideración ya de la noción de agente en el sujeto. De este mismo modo, en diversas lenguas se hace imposible, salvo en casos muy especiales como en imperativo, el uso de un verbo sin sujeto: así en francés o en inglés.

En cuanto a los impersonales de sentimiento, el desarrollo de la conciencia de la personalidad interior del hombre lleva a la tendencia a sustituirlos por oraciones bimembres también del tipo 'yo espero, temo, amo, pienso...': en vez de δοκεῖ μοι, se tiende a decir ἐγὼ δοκῶ.

3. Son, efectivamente, puros restos lo que queda de las oraciones unimembres, tanto nominales como verbales. Algo más favorable ha sido el destino de las oraciones nominales bimembres, si bien, con raras excepciones, sólo se han conservado tras haber sido drásticamente influidas por las bimembres verbales.

Estas oraciones, en el origen y en ciertos restos subsistentes, carecen de verbo: llevan solamente un nombre-sujeto y un nombre o adjetivo-predicado, ambos en nominativo. Éste era el tipo de construcción común en hetita (*attaš aššuš* 'el padre (es) bueno') y el que todavía hoy es normal en lenguas eslavas como el ruso; es relativamente frecuente en otras, sobre todo (aunque no exclusivamente) cuando la forma verbal que desde el punto de vista de nuestro sentido lingüístico se echa de menos, combinaría los términos negativos de todas las oposiciones (tercera persona de singular activa de presente de indicativo). Cf., por ejemplo, gr. κρείσσων γὰρ βασιλεύς, lat. *triste lupus stabulis*, esp. *año de nieves, año de bienes*; pero también, por ejemplo, ai. *tvám Váruṇaḥ* 'tú (eres) Varuna'.

Lo que aquí se ve en definitiva es que, junto a la función del nombre (y adjetivo) como determinante del nombre,

existía una función predicativa, que le era común con el verbo. La distinción de las dos funciones tenía lugar mediante una serie de hechos formales a los que apuntaremos. Pero sin duda presentaban a veces ambigüedad, aparte de ser incapaces de marcar tiempo, persona, modo, etc. La introducción del verbo copulativo **esti* 'es' devolvió al nombre y adjetivo no sujeto el papel de puros determinantes nominales, mientras que el **esti* lleva sobre sí la carga predicativa.

Funcionó para ello evidentemente el modelo de la frase verbal bimembre, aunque se conservó la peculiaridad de que el nombre incluido en el predicado va en el mismo caso que el sujeto y aunque, de otra parte, el verbo copulativo tiene el rasgo aparte de ser un predicado sin carga semántica alguna. Veremos cómo se produjo este proceso que luego se repitió en diversas lenguas. Pero hemos de adelantar que el mismo hecho de que el sujeto de estas oraciones vaya en Nominativo, es ya un influjo de la frase verbal bimembre. Sólo así se explica el que vaya en Nominativo un nombre que podemos calificar de sujeto, pero no de agente (cf. III.III.2.3). A su vez, el predicado pasó al Nominativo por puro paralelismo con el sujeto. Ambos eran sin duda en el origen temas puros, sin relación con los fenómenos que produjeron la diferenciación de los casos en la oración verbal bimembre.

4. No es fácil establecer cómo tenía lugar en protoindoeuropeo la diferenciación formal entre el nombre o adjetivo determinativos y los predicativos ni en la fase en que ambos, por imitación de la oración verbal bimembre, iban en Nominativo, ni en la anterior; y en ésta, menos todavía. Pues durante la vigencia del sistema casual es claro al menos que el nombre que determina a un nombre va en G.,

salvo cuando va excepcionalmente en aposición: la transformación de ese G. en N. hacía pasar al nombre de la función determinativa a la predicativa. No así el adjetivo, que iba siempre en el mismo caso Nominativo.

Hay que pensar que, fundamentalmente, se trataba de una determinación indirecta: dos nombres o un nombre y un adjetivo aislados del verbo por una juntura oracional, habiendo además datos para establecer la oración centrada en dicho verbo, eran sin duda interpretados como constituyendo una oración nominal bimembre. Se añadía sin duda también la existencia de una entonación oracional. En cambio, no hay dato alguno a favor de que el orden de palabras o el acento o atonía de las palabras contribuyeran a la distinción.

Tampoco los fenómenos de concordancia, que son los mismos que se dan en el sintagma nominal nombre + adjetivo. Si acaso, hay que notar que la de género e incluso número se dan en una menor medida en la oración nominal bimembre. Género y número se emplean autónomamente en cada miembro, en función del punto de vista del hablante sobre cada uno. Así, en el tipo que lleva adjetivo neutro junto a sujeto masc. o fem.: gr. οὐκ ἀγαθὸν πολυκοιρανίη, lat. *triste lupus stabulis, uarium et mutabile femina*; y en el mismo hetita con sujeto n. pl. y predicado sg.: *ke-ma tuppa ḪI.A... aniyan ĕsta* 'esas tablas habían sido terminadas'; y en el que lleva sujeto masc. o fem. pl. y predicado n. pl.: gr. εὐγένειαί τε δυνάμεις καὶ τιμαὶ... δῆλά ἐστιν ἀγαθὰ ὄντα.

Sin embargo, la formalización decisiva se produjo, como hemos dicho, cuando se introdujo un verbo copulativo 'es', que carga con la función predicativa que ahora se hace propia solamente del verbo, mientras que el nombre-predicado que implicaba también una determinación pierde dicha cua-

lidad de predicado y se queda sólo con la segunda. Ya en protoindoeuropeo es claro que el verbo de raíz **es*, que significaba 'existir', se desemantizó hasta convertirse en simple verbo cópula, que aparte de esto hacía posible la expresión del tiempo, modo, etc. de una manera directa y no contextual. Quedan rastros del sentido antiguo ciertamente; por otro lado, dado que el predicado nominal determina al sujeto muy variamente, dicho verbo indica relaciones muy varias, desde la identidad (*Madrid es la capital de España*) a la inclusión (*Sócrates es un hombre*), la restricción (*Juan es bueno*), etc.

Otro verbo cuya desemantización y uso como cópula son muy antiguos es **bheu* (< $*bheH^{u}_2$); aunque menos antigua sin duda, pues en lenguas como el ai. y el gr. tiene todavía un sentido específico de 'nacer, llegar a ser', mientras que en lat. *fui* es ya simplemente la forma de pretérito que corresponde al presente *est*.

En otras lenguas hallamos fenómenos de desemantización que han llegado a la creación de diversos verbos copulativos: cf., por ejemplo, gót. *wisan* 'ser' que corresponde al ai. *vásati* 'habitar', esp. *ser* < *sedēre*. Ahora bien, la desemantización total va precedida de una fase en que existe la oración nominal bimembre con verbo copulativo, manteniendo éste todavía un sentido propio, a veces ya muy difuminado. En griego vemos funcionar como tales a πέλομαι 'moverse', κυρέω 'encontrarse', etc.; en gót. a *wairþan* 'llegar a ser' (cf. lat. *uerto*), etc. Incluso verbos que significan 'nombrarse', 'parecer', 'ser considerado' son construidos de esta manera. En realidad, hay una zona de transición: lo mismo puede hablarse de influjo ejercido por la oración verbal en la nominal, que de lo contrario. Sobre esto volveremos.

5. Con esto llegamos, finalmente, a la oración verbal bimembre, que ha de suplantar a las oraciones unimembres e incluso ha constituido el modelo de las oraciones nominales con cópula, como acabamos de ver. En definitiva, la concepción de la oración que se impuso, como constando de un sujeto y un predicado que en todo caso incluye un verbo, responde a un tipo de organización de la frase que para nosotros es familiar, pero para otras áreas lingüísticas no lo es. El modelo ha sido, ya lo hemos dicho, el tipo sujeto agente - verbo de acción; pero es un modelo que ha sido desbordado, imponiéndose la oración bimembre verbal o de expresión verbal de una manera mecánica. Sobre sus rasgos esenciales ya hemos hablado; pero ahora hemos de añadir algo sobre las subclases que en ella pueden distinguirse, así como sobre sus ampliaciones y sus contaminaciones con la oración nominal bimembre.

Los sintagmas verbales tienen muchas posibilidades más que los nominales. Podemos suponer las siguientes fases:

*a*) El verbo o va solo o va con acusativo. Los verbos que no admiten complemento se llaman intransitivos; pero los transitivos pueden llevarlo o no llevarlo. Por lo demás, ha debido de ser siempre posible, igual que en las lenguas históricas, el doble Acusativo: de cosa y de persona, del todo y la parte, etc. En esta primera fase no existían las construcciones con preposición y los casos marginales determinaban la oración entera, no precisamente el verbo.

*b*) En una segunda fase, la de las lenguas históricas más antiguas, el complemento puede ser o en Acusativo o en Dativo o en Genitivo: ya con sentidos diferenciados, ya neutralizados. Puede haber dos Dativos o dos Genitivos o combinaciones varias. Los casos marginales y todos los casos no Nominativos con preposición tienden a convertirse en dependientes del verbo, aunque con grados diferentes de

dependencia. Dado que el complemento puede ser un infinitivo o un participio sustantivado, que a su vez llevan complementos, la oración se prolonga y amplía muy variamente.

6. Sería largo y a veces difícil precisar en qué medida las diversas construcciones son antiguas o son desarrollos paralelos o provienen en unas lenguas del influjo de otras. Conviene decir al menos que la oposición Acusativo/Dativo en el sentido de complemento directo/indirecto está en todas las lenguas posteriores al anatolio, aunque a veces con fuertes huellas del antiguo valor de dirección del Dativo (indistinto del de lugar en donde, cuando el caso es Dativo-Locativo): cf., por ejemplo, en ai. Rg-Veda I 1 *yád aṅgá dāśúse tvám, A'gne, bhadrám kariṣyási* 'el beneficio que (Ac.) tú (N.) harás al que ofrenda (D.)', con un claro complemento indirecto, junto a, unas líneas más adelante, *sácasva nas svastáye* 'llévanos a la felicidad', con uno directo. En cambió, en hetita apenas hallamos este uso del Dativo. A su vez, la conversión del Genitivo y de los casos marginales en casos de complemento, más o menos avanzada según las lenguas, parece proceder de desarrollos independientes de las mismas, o bien de influjo de unas sobre otras.

Pero el uso del doble Acusativo es, en cambio, muy antiguo: a los ejemplos griegos (οὐλήν, τὴν ποτέ μιν σῦς ἤλασε, *Od.* XIX 393), latinos (*rogare aliquem sententiam*) y de otras lenguas hay que añadir los hetitas (*takku A.ŠÀ-an ZAG-an kuiški paršiya* 'si alguien los límites un campo destruye', es decir, 'los límites de un campo'). Hay, ciertamente, varios tipos de doble Acusativo.

A uno de ellos remonta el origen de las oraciones de infinitivo con sujeto en acusativo: en *iubeo eum uenire* (cf. *doceo pueros grammaticam*) todavía es posible esta an-

tigua interpretación. Pero en *saluum te aduenire gaudeo*, con un verbo que lleva habitualmente Ablativo y no Acusativo, ya no hay duda de que el Acusativo es sujeto del infinitivo, que se interpreta como constituyendo el núcleo de una subordinada. En nuestro ejemplo, el predicado nominal de la oración nominal *tu saluus es*, transformada en dependiente de *gaudeo*, se pone en Acusativo, siguiendo el principio según el cual el predicado nominal sigue el caso del sujeto.

El desarrollo de estas subordinadas se ha producido en diversas lenguas europeas paralelamente, bajo el influjo de la tradición greco-latina. Pero también se ha desarrollado, por un proceso parecido, un infinitivo con sujeto en Dativo, así en eslavo: el punto de partida es la construcción verbo-Acusativo-Dativo.

7. No sólo existe un influjo, al que ya hemos hecho referencia, de la frase verbal bimembre sobre la nominal, sino también un influjo inverso. Al transformarse en verbal una oración nominal lat. *Cicero creatus est consul*, resulta *creauerunt Ciceronem consulem*, con un nombre de persona como complemento directo y un adjetivo predicativo también en acusativo, referido a él. Otras veces hay que imaginar un proceso más complejo. A partir de μέμνημαι σοῦ y de una oración nominal σὺ εἶ λέγων se deduce una oración verbal μέμνημαι σοῦ λέγοντος 'me acuerdo de ti (G.) que decías (part. en G.) esto'. Aquí se ve cómo el participio predicativo no sólo va en Acusativo, sino también en otros casos. Incluso en el Nominativo, en frases como ἀπείρηκα μαχόμενος, que pueden interpretarse lo mismo como oraciones verbales influidas por las nominales que inversamente. En todo caso, el participio puede llevar a su vez com-

plementos diversos. A estas oraciones las hemos denominado en otro lugar nominal-verbales.

En ellas el participio es ya un determinante del complemento y del verbo al mismo tiempo, o bien, otras veces, del sujeto y del verbo. En varias lenguas se producen tendencias a concebir el grupo verbo + participio como una forma verbal perifrástica. Pero, cuando no se llega a ello, la determinación participial, acompañada a veces, según decimos, de complementos, amplía enormemente las posibilidades de la oración simple; las amplía igualmente el uso del infinitivo (o, antes, el de nombres de acción ya con rección verbal y de los semi-infinitivos a que nos hemos referido en IV.VII. 2.2), aunque luego llegue a interpretarse como centro de una oración subordinada, según acabamos de decir.

8. Todo esto en relación con las clases y subclases de oraciones. En cuanto a los tipos, suelen establecerse como fundamentales los de las oraciones aseverativas, interrogativas, de mandato y exclamativas: se interfieren con las clases, es decir, en cualquiera de ellas puede haber oraciones de los cuatro tipos. La existencia de los mismos en las diversas lenguas indoeuropeas hace que deban proyectarse al protoindoeuropeo.

Los tres tipos se distinguen por rasgos diferenciales frente al aseverativo.

Podemos sentar sin temor que en indoeuropeo, frente a la entonación ascendente y luego descendente de las oraciones aseverativas, las interrogativas la tenían solamente ascendente. Una caracterización secundaria, propia de las interrogativas parciales, es la presencia de pronombres y adverbios interrogativos, tónicos, en posición inicial; y también de otros adverbios iniciales que no refieren la pregunta a ninguna persona o cosa o circunstancia concretas,

y que caracterizan una interrogativa total. Me refiero a adverbios o partículas como **nu* (ai. *nú*, gr. νυ, het. *nu*, ésta en el segundo término de las interrogativas dobles), **an* (lat. y gót.), etc. De todas formas, sigue habiendo interrogativas totales sin pronombre o adverbio interrogativo: cf., por ejemplo, gr. Ζεῦ πάτερ, οὐ νεμεσίζῃ ὁρῶν τάδε καρτερὰ ἔργα;, interrogativa negativa con negación objetiva, como es normal igualmente en las aseverativas negativas (para la negación objetiva lo antiguo en indoeuropeo es, sin embargo, **nĕ*): ai. *ná*, aesl. *ne*, lat. *nĕ* en *ne-scio*).

No hay datos a favor de que las oraciones interrogativas tuvieran un orden de palabras especial: las lenguas que usan en ellas el orden verbo-sujeto es porque han fijado en las aseverativas el sujeto-verbo.

Las oraciones de mandato se caracterizaban por el uso del imperativo, del subjuntivo voluntativo y del optativo cupitivo (cf. IV.VI.4.2); solían llevar con frecuencia en posición inicial interjecciones o imperativos, así como una entonación especial. Cuando eran negativas, llevaban la negación subjetiva, en indoeuropeo **mē* (gr. μή, ai. arm. *mi*, cf. het. *le*, lat. *nē*). Todo esto supone el desarrollo de los modos: es claro que en fecha anterior la diferencia con las aseverativas estaban en los otros rasgos mencionados.

Finalmente, las oraciones exclamativas debían tener, como en lenguas indoeuropeas modernas, características de entonación emparentadas con las de mandato: la curva melódica sube y luego baja como en las aseverativas, pero hay mayor tensión muscular y mayor intensidad y agudeza de la sílaba acentuada; pero también ciertas diferencias: hay mayor elevación y descenso de la entonación. Suelen ir acompañadas de interjecciones y llevan el indicativo y demás modos de las aseverativas.

III

## COORDINACIÓN Y SUBORDINACIÓN

1. Es posible que remonte a fecha antigua del indoeuropeo algún tipo de coordinación simple, a base de partículas como **k$^{u}$e, *uĕ, *nŭ,* a que hacemos referencia en VII. I.7: es decir, de partículas copulativas y disyuntivas. Si bien hay que advertir que el sistema no remonta al protoindoeuropeo, dado que en hetita no aparecen **k$^{u}$e* ni **uĕ* y en cambio en otras lenguas **nŭ,* que en hetita es copulativa, tiene otras funciones. O sea: el desarrollo de las coordinadas copulativas y disyuntivas (para las que el hetita usa *našma*) es un fenómeno paralelo del anatolio y del resto del indoeuropeo. Igualmente el desarrollo de otras coordinadas, aunque aquí el proceso ha sido más reciente, pues raramente se encuentra coincidencia formal entre unas lenguas y otras: cf., por ejemplo, 'pero' (en las adversativas, expresado en het. por *-ma,* en gr. por δέ, en lat. por *sed,* en gót. por *auk,* etc.).

En definitiva, podemos concluir que en la fecha más remota del indoeuropeo no existían conjunciones ni partículas coordinativas: hemos visto, en efecto, en el capítulo correspondiente (cf. V.III.5) que unos mismos elementos

pertenecientes a las raíces que hemos llamado pronominal-adverbiales quedaron secundariamente clasificados en adverbios, partículas, conjunciones y preposiciones. Muy concretamente, las conjunciones coordinativas que encontramos en las diversas lenguas, tanto las de fecha más antigua como otras de fecha más reciente, aparecen también coordinando dos nombres o dos adjetivos: la coordinación de verbos, es decir, de oraciones, no es más que una extensión del mismo uso. Hay que hacer una excepción para ciertas conjunciones coordinativas que se crearon en las lenguas individuales a partir de formas nominales: gr. ἀλλά 'de otra parte', 'pero'; lat. *uerum* 'es verdad', 'pero'.

2. Debe, pues, deducirse que el tipo oracional en que dos o más oraciones simples se relacionan entre sí coordinativamente mediante conjunciones de este tipo, es secundario respecto al tipo asindético (lat. *ueni, uidi, uici*) en que la relación entre las oraciones se fijaba, de una manera más bien vaga, a partir del contexto. Pues téngase en cuenta que incluso el uso de las conjunciones para unir nombres o adjetivos es secundario, posterior a un uso en que los dos nombres o adjetivos van en aposición y la raíz pronominal-adverbial convertida luego en conjunción tiene un valor de refuerzo de uno de los nombres o adjetivos: un valor de 'también', 'por su parte', 'al menos', etc. A ello hemos aludido ya arriba, VII.I.7 y en nuestra Parte V hemos hecho referencia a este valor deíctico y de insistencia de las raíces aludidas.

Esto se ve bien claro por el orden de palabras y, con frecuencia, por el acento. Es lo más frecuente, en efecto, que las partículas o conjunciones de que hablamos sigan, con frecuencia como enclíticas, a la segunda de las dos palabras coordinadas: tipos latinos *senatus populusque ro-*

*manus*; aunque también puede darse relieve a ambas repitiendo la partícula tras una y otra (ai. *ca*... *ca*, gr. τε... τε, lat. *-que*... *-que*). Por otra parte, es fácil encontrar casos todavía ambiguos en los que se puede proponer, ya el sentido coordinativo, ya el de simple refuerzo de una palabra. Así en gr.:

λίσσετο πάντας 'Αχαιούς
'Ατρεΐδα δὲ μάλιστα δύω, κοσμήτορε λαῶν.

Aquí puede traducirse bien 'suplicó a todos los aqueos, pero sobre todo a los dos Atridas', bien 'suplicó a todos los aqueos, precisamente a los dos Atridas sobre todo'. Por otra parte, es extremadamente frecuente que la partícula que en una determinada lengua tiene simple valor de refuerzo o restricción, en otra aparezca como coordinativa de palabras u oraciones. Así encontramos, por ejemplo, un *nu* de refuerzo en ai., gr. o gót., mientras que en het. es conjunción copulativa. Finalmente, unas mismas partículas, como se dijo antes, se especializan en las distintas lenguas con valores coordinativos diferentes; cf., por ejemplo, la unión de **ge* (que en varias lenguas actúa como refuerzo, cf. V.II.1.7) en gr. con **r̥* para dar la conjunción causal γάρ.

Hay que añadir la conversión en conjunciones de ciertos adverbios como **ti*, ya aludida en VII.I.7; aquí hay un desarrollo previo a partir de la misma fase deíctica o expresiva, o sea, que el caso es en definitiva el mismo. No así cuando hay fosilización y gramaticalización de formas nominales, cf. *supra*, V.III.3.

3. En definitiva, las conjunciones coordinativas no hacen otra cosa que formalizar, con una previa clasificación, las relaciones entre oraciones simples. La idea de que las oraciones coordinadas están en plano de igualdad y las subor-

dinadas no, dependiendo una oración de la otra, es en exceso simplista. Puede hablarse de igualdad tal vez cuando se trata de coordinación copulativa o disyuntiva, pero menos justificadamente cuando se trata de adversativa o causal. En el fondo se habla de coordinación cuando la formalización tiene lugar mediante partículas o conjunciones procedentes, salvo excepciones y hechos secundarios, de las antiguas raíces pronominal-adverbiales; y de subordinación cuando se usan temas pronominales, sean de función nominal, adjetival o adverbial; sean demostrativos o interrogativo-indefinidos. Aunque hay algunos raros tipos de subordinación que se despegan de este esquema: los que usan la negación prohibitiva y los que utilizan el infinitivo y el participio. Por otra parte, es claro que existen relaciones entre los distintos tipos de coordinadas, a veces servidos por las mismas conjunciones y difíciles de distinguir.

En el fondo hay que partir, como sustrato previo tanto a la coordinación como a la subordinación, de oraciones simples yuxtapuestas, cuya relación no estaba explicitada. Ciertamente, el tipo de juntura y la entonación daban seguramente indicios de que las dos oraciones debían interpretarse como un todo, con una determinada relación interna entre las partes: relación sugerida por el sentido mismo. Así, si en español decimos *hace frío, hoy no salgo* la relación es causal; y si en Homero la sombra de Patroclo dice a Aquiles θάπτε με ὅττι τάχιστα, πύλας ᾿Αΐδαο περήσω, la relación es final. Ahora bien, las diversas lenguas indoeuropeas, de un modo más o menos paralelo, fueron desarrollando una serie de recursos para formalizar las relaciones, tipificándolas. Hemos apuntado a cuáles son estos recursos en las llamadas coordinadas y algo hemos anticipado sobre los de las subordinadas. Pero hemos de penetrar más despacio en este tema.

4. Estos recursos son de varios tipos, pero el primordial consiste en la creación de nexos especiales que indican subordinación y tipo de la misma. Decimos creación en el sentido de que un determinado elemento toma esa función, aunque existiera en fecha precedente con otra.

Normalmente, los nexos subordinantes, de carácter adjetival o adverbial, tienen su origen en pronombres o adverbios anafóricos, que por su mismo carácter se prestaban muy bien al desarrollo de esa función de lazo de unión. Pero hay otros nexos de que nos ocuparemos previamente. Son fundamentalmente los siguientes tipos:

*a*) La negación prohibitiva llega a interpretarse como nexo de las oraciones finales negativas y de las de temor. El lat. *timeo ne moriatur* 'temo que muera' es, efectivamente, una interpretación como grupo oracional complejo de las dos oraciones *timeo* 'tengo miedo' y *ne moriatur* 'ojalá no muera': se suprime la juntura oracional, se crea una entonación propia de una oración compuesta y se interpreta el *ne* como una conjunción dependiente de *timeo*. Igual en el caso de las finales: τῶν δὲ βοῶν ἀπεχώμεθα, μή τι πάθωμεν 'respetemos las vacas, para que no nos suceda una desgracia' deriva de τῶν βοῶν ἀπεχώμεθα 'respetemos las vacas' y μή τι πάθωμεν 'no vaya a sucedernos una desgracia'. En ai. *néd* 'para que no' con subjuntivo tiene igual origen.

*b*) Ciertas partículas exclamativas llegan a interpretarse como condicionales. Una oración como *Il.* VII 28 ἀλλ' εἴ μοι τι πίθοιο, τό κεν πολὺ κέρδιον εἴη 'pero si me obedecieras, sería mucho mejor' procede de una oración 'ojalá me obedecieras' y otra 'sería mucho mejor'.

5. *c*) El interrogativo-indefinido, en sus formas pronominales y adverbiales, se convierte también en nexo de subordinación.

α) Del interrogativo dependen oraciones interrogativas indirectas en diversas lenguas. Así en diversas lenguas desde el hetita, que emplea *kuiš* como pronombre y *kuwapi* 'dónde', 'cuándo', *kuwat* 'por qué' como adverbios: cf., por ejemplo, ai. *etā́s ví pṛccha kím bhananti* 'pregúntales qué dicen', lat. *dic mihi quid uis* 'dime qué quieres' (cf. los adverbios *ubi* 'dónde', *ut* 'para qué', etc., de igual etimología), gót. *ni witum hwa qiþiþ* 'no sabemos qué dice'. El conjunto de derivados puede ser numeroso. El griego ha tendido a especializar ὅστις para las interrogativas indirectas, reservando τίς a las directas; pero también tiene ποῖος 'cuál', πόσος 'cuán', πότερος 'cuál de los dos' y adverbios como πῶς 'cómo', ποῦ 'dónde', πόθεν 'de dónde', etc.

β) El indefinido también ha sido convertido en nexo de subordinación. Las oraciones de relativo del hetita, latín, osco-umbro, albanés, germánico occidental, báltico y eslavo llevan como nexo el interrogativo-indefinido *$k^{u}o$-, *$k^{u}i$-: a veces quizá a partir de su uso interrogativo, pero más comúnmente del indefinido. El *urbem quam statuo uestra est* de Virg., *Aen.* I 573 'la ciudad que construya es vuestra', derivado de 'construyo una ciudad' + 'es vuestra', ayuda a interpretar construcciones hetitas en que precede la frase relativa, con *kuiš,* y sigue la principal, o rusas como *kto odolějet, tot i prav* 'el que es más fuerte tiene razón', es decir, 'uno es más fuerte' + 'tiene razón'.

6. El más frecuente origen de los nexos es, sin embargo, decíamos, el anafórico. Veamos primero el pronominal:

*a*) En griego e indo-iranio hay un relativo **i̯o-* que hemos identificado (cf. V.III.2.1) con un antiguo demostrativo, un anafórico. De aquí el relativo ai. *yás,* gr. ὅς; también el aesl. *jegda* 'quom' y *jak* 'qualis'. Sin duda, la

conversión de este anafórico en relativo es un hecho dialectal de un grupo del indoeuropeo.

*b*) El problema de si el relativo aesl. *iže*, lit. *jìs* viene de **i̯o-* o de *i-* tiene poco interés, ya que hemos establecido que la primera forma no es otra cosa que una tematización de la segunda (cf. V.III.2.1). Hallamos *i-* como relativo en gót. *iz-ei*, cf., por ejemplo, *iþ guþa awiliuþ, izei gaf unsis sigis* 'gracias a Dios, que nos concedió la victoria'.

*c*) En dialectos griegos (jonio; hay ya ejemplos homéricos dudosos), en germánico y en persa encontramos relativos derivados del anafórico **so, *sā́, *tod* y de la forma marginal **si̯o-, *ti̯o-*: en gr. hay ὁ, ἡ, τό, en gót. *sa-ei, sō-ei, þat-ei*, en pers. *hya, hyā, tya*. Cf., por, ejemplo, *Il.* I 125 ἀλλὰ τὰ μὲν πολίων ἐξεπράθομεν, τὰ δέδασται, gót. *atbaír giba, þōei anabauþ Mōsēs* 'di el regalo que ordenó Moisés'.

El mecanismo que hay que suponer en estas evoluciones es siempre el mismo. Se parte de dos oraciones, en una de las cuales el anafórico desempeña su función propia (de sujeto, complemento, etc.) y al tiempo hace referencia a un nombre de la otra oración, con frecuencia a un demostrativo, incluso de la misma raíz, que llamamos antecedente (aunque no siempre va en segundo término la oración de relativo). En una segunda fase, el anafórico es interpretado como un relativo. Así, los versos de Homero (*Il.* I 247 ss.)

τοῖσι δὲ Νέστωρ
ἡδυεπὴς ἀνόρουσε, λιγὺς Πυλίων ἀγορητής,
τοῦ καὶ ἀπὸ γλώσσης μέλιτος γλυκίων ῥέεν αὐδή

pueden entenderse como 'entre ellos se levantó Néstor... de cuya lengua...', pero todavía trasluce el sentido original: 'entre ellos se levantó Néstor... de la lengua de este...'.

7. Diversas formas del anafórico convertido en relativo se han interpretado secundariamente como conjunciones que introducen diversas clases de subordinadas. Por ejemplo, el neutro ai. *yád*, gr. ὅ, ὅτι, gót. *þatei* ha adquirido el sentido de 'qué'; pero no sólo éste. Por ejemplo, gr. ὅ, ὅτι es 'porque' tras verbos de sentimiento: *Od.* ὀλοφυρομένην, ὅ μοι αἰετὸς ὤλεσε χῆνας 'lamentándose de que (es decir, porque) un águila me mató los patos'. A esta forma neutra se le pueden añadir alargamientos diversos, cf., por ejemplo, gr. ὅπῃ. El ai. toma la forma neutra *yád* y no el tema *yá-* para formar conjunciones: *yadā́* 'cuando', *yádi* 'si'. Es decir: no siempre la conjunción ha existido previamente como adverbio, puede haberse derivado del tema del anafórico una vez convertido éste en relativo. Pero otras veces sí: así, el gr. ὡς 'que, para que, como, etc.' deriva directamente de un adverbio anafórico que significaba 'de este modo'. Ocurren cosas semejantes con la derivación de conjunciones a partir del interrogativo-indefinido.

Otras conjunciones parecen provenir de la raíz anafórica **e/o* (cf. V.II.5.9), así las condicionales gr. εἰ (y en alargamientos: ἐπεί, εἶτα), que llegó sin embargo, quizá, a esa función a través de un uso exclamativo (cf. VII.III.4) y gót. *ei*.

No entramos en el detalle del desarrollo formal y semántico de las conjunciones, porque se trata de hechos individuales de las diversas lenguas.

8. Pero no son los relativos ni las conjunciones los únicos medios de dar expresión formal a los diversos tipos de subordinación. Conviene apuntar algunos de los otros recursos.

Muy antiguo es el consistente en el desplazamiento de personas, aunque falta en ai. Consiste en que cuando el

verbo de la principal, en 3.ª persona, se refiere a manifestaciones o acciones del mismo sujeto en la subordinada, éste lleva la tercera persona en lugar de la primera: se dice, por ejemplo, ἅζετο... μὴ ῥέζοι 'temía... hacer (él mismo)', lat. *timent, ne excludantur* 'temen no ser admitidos' (en vez de 'no seamos admitidos').

En diversas lenguas se ha producido un desplazamiento de los modos y tiempos en la oración subordinada. Un primer caso, en realidad, es el de las oraciones de infinitivo, de cuyo origen nos hemos ocupado más arriba. Carecen de nexo, pero el llevar infinitivo con sujeto en acusativo en vez de forma personal con sujeto en nominativò, las caracteriza. En la medida en que los participios predicativos se consideran como núcleo de una subordinada, la caracterización formal de la misma reside precisamente en ellos.

Ahora bien, los desplazamientos a que acabamos de aludir no son los únicos rasgos del verbo de las oraciones subordinadas. Así como en el principio el uso de los modos y tiempos en subordinadas era el mismo de la oración principal, luego se tendió a especializarlo, bien por pérdida de diversos usos en la principal, bien por desarrollo de otros en la subordinada. Sin entrar en detalles, diremos que entre Homero y el Ático se desarrolló un proceso en virtud del cual el subjuntivo con ἄν (eventual) quedó limitado a la subordinada e igual el sin ἄν (voluntativo) con pequeñas excepciones en 1.ª persona. Llegó así un momento en que el subjuntivo fue comprendido como un modo de subordinación, que es lo que significa la palabra. En latín ocurrió algo semejante.

Tras verbo principal en pasado hay un desplazamiento de modos y tiempos en griego, latín, osco-umbro y germánico. En griego el optativo representa en la subordinada al indicativo y subjuntivo de la principal cuando ésta está en

tiempo pasado: aunque subsiste la posibilidad, cuando la relación entre las dos oraciones es menos estrecha, de que la subordinada conserve el modo que llevaría si fuera principal. En latín existe la llamada *consecutio temporum*: a oraciones como *dic qui sis, dic unde ueneris* tras verbos en presente, responden *dixit qui esset, dixit unde uenisset* tras verbos en pasado En gótico se usa tras pretérito el subjuntivo de pretérito: *frah hwa wēsi þata* 'ἐπυνθάνετο, τί εἴη τοῦτο'. Todos estos usos no son más que especializaciones tras verbo en pretérito de antiguas posibilidades generales.

Otras veces lo que se subordina es el tiempo: las subordinadas que llevan indicativo usan el pretérito del verbo principal, como en esp. *dijo que estaba bien.* Son diversos recursos, en definitiva, para marcar formalmente las subordinadas o ciertos tipos de subordinadas.

Otras lenguas han desarrollado otras marcas todavía: el védico lleva normalmente verbo átono en la principal, tónico en la subordinada; otras lenguas crean un orden de palabras diferentes en una y otra.

# EPÍLOGO

# LA DIFERENCIACIÓN DEL INDOEUROPEO

## 1. DEL INDOEUROPEO PRE-FLEXIONAL A LA ESCISIÓN DE LOS DOS GRANDES GRUPOS

1. Sobre la base de ideas generales expuestas en la Parte I y de datos concretos expuestos e interpretados a lo largo de todo el libro, vamos a dar una visión sumaria de la relación entre las lenguas y dialectos indoeuropeos, relación que a su vez supone una determinada concepción de la evolución histórica de toda la rama lingüística indoeuropea. Aprovecharemos para ello los datos e ideas a que, a veces insistentemente, hemos hecho alusión, pero no exhaustivamente, sino sólo en la medida necesaria para dar la idea general que pretendemos. Naturalmente, utilizaremos de preferencia aquellos que son de interpretación más clara: los que hemos declarado taxativamente arcaísmos o innovaciones y, entre éstas, las que son más claramente fechables al menos en cronología relativa: pues hemos de recordar que las coincidencias entre los dialectos pueden referirse a relaciones en épocas diferentes. Existe siempre el peligro, claro está, de que un desarrollo sea paralelo, independiente, en varias lenguas: cosa que a veces es posible hacer verosímil, otras no tanto.

Usamos tanto datos fonológicos como morfosintácticos; no en cambio datos lexicales, que a veces se han tenido en cuenta en forma muy principal. No es que sean recusables, pues a partir de ellos Porzig ha deducido sobre la diferenciación del indoeuropeo no anatolio conclusiones no lejanas de las nuestras. Pero, de una parte, nuestro libro se ha referido mínimamente a los problemas del Léxico, y, de otro, por más que también los rasgos fonológicos y morfosintácticos hayan podido extenderse de una lengua a otra en fecha reciente, los lexicales son más sospechosos siempre a este respecto. Entre los datos fonológicos y los morfosintácticos, son éstos los más útiles para marcar relaciones, sobre todo en fechas remotas: una gran parte de la evolución fonética es relativamente reciente. Y se añade que en el presente libro la evolución fonética de las diversas ramas está estudiada con menor detalle que la morfosintáctica. De todas maneras, ambas clases de datos son atendidas aquí simultáneamente. Pues, normalmente, isoglosas de ambos tipos se abrían paso en los mismos territorios y existe una interconexión entre todos los niveles de las lenguas; por más que no sea posible trazar descripciones estructurales de lenguas individuales en que se les atribuya un sistema absolutamente coherente en todos los niveles. Una lengua es más un agregado de sistemas combinados de una de las varias maneras posibles que un sistema absolutamente rígido.

No atendemos en cambio, en absoluto, a argumentaciones de tipo arqueológico o histórico. Sin despreciarlas, nos parece claro que un método riguroso debe proceder con materiales homogéneos, confrontando luego, y sólo luego, sus resultados, con los obtenidos a partir de materiales diferentes.

2. En nuestra Parte VI hemos descrito ya la estratigrafía de los distintos tipos lingüísticos que se han sucedido en el dominio indoeuropeo. Hemos hecho una descripción, tentativa y sumaria, del indoeuropeo preflexional sin que, naturalmente, hayamos osado penetrar en las diferencias dialectales que sin duda ninguna existirían dentro de este tipo. Aun así, hemos visto cómo la creación de alargamientos y, luego, su utilización morfológica para marcar relaciones de determinación en una época en que nombre y verbo aún no se distinguían formalmente, ha supuesto un largo proceso que sin duda consistió en una difusión de isoglosas que no tendría lugar sin discrepancias de las que dan origen a tipos dialectales diversos.

Cosas semejantes hay que decir del protoindoeuropeo flexional, que está en la base tanto del anatolio como del restante indoeuropeo. Es, por otra parte, difícil, a veces, aislar este protoindoeuropeo flexional de una parte del preflexional (sobre todo en Fonología), de otra del anatolio. De todas maneras, sus líneas generales están claras en Fonología: las sonantes continúan funcionando como tales, no se confunden los timbres de las vocales, pero éstas carecen de cantidades, se conservan las laringales y las sonoras aspiradas, las labiovelares. Y están claras también en Morfosintaxis: hay diferencia formal de nombre, adjetivo, pronombre y verbo; existen en sg. y pl. los casos centrales de la flexión nominal, adjetival y pronominal, mientras que el tema puro o provisto de ciertos alargamientos desempeña las funciones que luego se reparten los casos marginales; el verbo tiene tres personas en dos números, presente y pasado, indicativo e imperativo, voz activa y media; no se ha llegado al segundo nivel en la flexión, es decir, no se oponen gramaticalmente temas entre sí, sino solamente provistos de diversas desinencias o bien temas puros.

3. La reconstrucción del protoindoeuropeo flexional (protoindoeuropeo a secas, diremos en adelante) se realiza fundamentalmente a partir de aquellos casos en que el arcaísmo de los datos del anatolio se deduce del estudio de los demás dialectos.

Sucede muy frecuentemente, en efecto, que estos datos se repiten aquí o allá, dentro del otro grupo, o bien deben ser postulados como arcaicos al estar en la base de diversas evoluciones. Así en Fonología en el caso de las laringales, presupuestas, entre otras cosas, por hechos relativos a la cantidad y el timbre de las vocales en todo en indoeuropeo no anatolio, por otros relativos a la aspiración de oclusivas en varias lenguas del grupo, etc.

El tema debe ser tratado con alguna mayor detención en el dominio de la Morfosintaxis. Aquí encontramos estos casos principales:

*a*) El anatolio carece de rasgos presentes en el resto del indoeuropeo y que proceden de innovaciones en éste: hemos dicho en la Parte I que la coincidencia formal entre marcas de categorías muy diferentes supone una diferenciación secundaria de las mismas. Así, el hecho de que el anatolio no conozca la oposición masc./fem., marcada de un modo por lo demás irregular en el restante indoeuropeo, es sin duda un arcaísmo; como su falta de oposición pres./aor. e ind./subj., que utilizan temas que en el origen son los mismos, según hemos visto en detalle. Igualmente, si el hetita no posee una difusión de temas verbales en *-ā*, *-ē* con los valores que les asignaron las distintas lenguas o no conoce adjetivos comparativos (como tampoco, por lo demás, el celta y arm.), ello se debe a que todo esto depende de desarrollos recientes. De otra manera semejante, todas las lenguas, salvo el anatolio, distinguen en la declinación temática N. y G., mientras que en anatolio existe una forma común *-aš* <

*-*os*: resulta claro que esto es lo arcaico, mientras que las otras lenguas, cada una por su lado o en grupos, han utilizado varios recursos para romper esa molesta homonimia.

*b*) Inversamente, el hetita puede conservar formaciones que luego desaparecieron o se especializaron variamente. Éste es el caso, muy notablemente, de los temas en *-s*, que dan un presente y un pretérito como otros tantos temas, mientras que en otras lenguas, salvo excepciones, se usan para oponer un aoristo a un presente o un desiderativo a un verbo base o un futuro a un presente.

*c*) Más frecuente es el caso en el cual un arcaísmo del hetita aparece aquí o allá en otro dominio lingüístico. Esto sucede, por ejemplo, con la flexión verbal semitemática, con las desinencias verbales en *-r*, etc. Claro está, esto es hablar en términos generales: el detalle de las desinencias en *-r* varía del hetita al celta, latín, itálico, frigio, indio y tocario, porque a partir de un cierto punto ha habido desarrollos individuales.

4. Esto no quiere decir, por supuesto, que haya que identificar sin más al protoindoeuropeo con el hetita ni siquiera con el anatolio común, en la medida en que éste existiera. Hay ocasiones en que la comparación de las dos ramas fundamentales, más el estudio de las discrepancias dentro de una u otra o las dos, lleva a concluir para el indoeuropeo un estadio aparte, con frecuencia mal definido, sin duda lleno de diferencias dialectales debidas ya a la existencia de diversos desarrollos de un mismo proceso, ya a la de elecciones dobles o múltiples. Con esto volvemos al punto en que habíamos abandonado el hilo al hablar del protoindoeuropeo.

En ocasiones, la contradicción entre las dos ramas no se resuelve fácilmente atribuyendo el carácter arcaico a una

u otra de ellas. Por ejemplo, en el pronombre pers. de 2.ª el ide. en general opone N. **tŭ* / Ac. **tĕ*, **tuĕ*, mientras que el hetita procede al revés. Pero no puede concluirse sin más que ésta era la distribución arcaica, por más que fuera del hetita haya huellas de *ŭ* en otros casos que el N. Sencillamente, eran dos posibilidades que se empleaban, sin duda según las circunstancias y los dialectos del protoindoeuropeo, para distinguir esos dos casos. En la flexión del pronombre de 1.ª persona y en otros varios puntos de la flexión pronominal ocurren cosas semejantes.

Semejante es el caso de ciertos sufijos que tienen valores no coincidentes. Por ejemplo, no parece verosímil que el valor causativo de *-nu* en het. remonte al protoindoeuropeo: es sin duda un desarrollo de dicha lengua.

5. Pero ni siquiera es aceptable la proyección rigurosa al protoindoeuropeo de rasgos que están en ambas ramas principales, pero con variantes que discrepan. Por ejemplo, el sufijo verbal *-ske/o* aparece en ambas con frecuencia con valor iterativo; pero es causativo en tocario y muchas veces carece de valor definido o tiene matices múltiples. Una tendencia al valor iterativo existía ya, sin duda, en protoindoeuropeo: pero la gramaticalización uniforme del sufijo no se había producido todavía o tal vez era cosa dialectal.

En el fondo, el problema de las laringales es semejante. En hetita las encontramos ya en un estadio de decadencia, habiéndose perdido muchas veces, o bien morfologizado su conservación o pérdida. No sabemos en qué medida este panorama remonta ya al protoindoeuropeo: pero, dado que en el indoeuropeo no anatolio las laringales se han perdido, pero han dejado rastros semejantes a los que ya se ven en hetita, hay que pensar que el proceso había comenzado ya en protoindoeuropeo.

Otras veces las cosas se presentan de un modo algo diferente. Hemos visto que en la flexión verbal *-r* e *-i* compiten para marcar la voz media, aunque el origen de ambas formas y su esfera de uso sean diferentes. Por más que ciertas lenguas hayan escogido para esa finalidad una u otra forma, resulta evidente que ambas coexistieron en protoindoeuropeo. Los problemas de elección o de uso redundante de ambas formas que se presentaron a las lenguas individuales hubieron de presentarse ya, sin duda, en protoindoeuropeo: en él podían actuar *-r* e *-i,* ya como alomorfos libres, ya con distribución dialectal.

Pero no podemos reconstruir el detalle exactamente. Algo parecido hay que decir de las desinencias verbales. Si es cierto que no podemos hoy ya atribuir al protoindoeuropeo como única la serie *-mi, -si, -ti,* no resulta dudoso el uso de las formas de tema puro (en las que a veces el griego o el lit. van más allá del het.) o la difusión de una flexión precedente de la hetita en *-ḫi, -ti, -i.*

Igual habría que decir por lo que respecta a muchos hechos de elección. Esto representan, por ejemplo, los participios e infinitivos del het., que no hay por qué atribuir automáticamente al protoindoeuropeo. O bien por lo relativo al uso de las alternancias vocálicas. Aquí hemos establecido que la regulación y perfección del sistema en lenguas como el indo-iranio y el griego es cosa secundaria y que el hetita nos hace remontar a un estadio anterior, en que el uso de este recurso dentro de la flexión nominal y verbal era vacilante. Pero es posible también que en hetita hubiera una cierta degradación del mismo. Las raíces del procedimiento están en el más antiguo protoindoeuropeo: pero es siempre cuestionable la cronología de su difusión.

6. Y tampoco puede descartarse el caso de que, simplemente, el anatolio haya innovado. Esto ocurre evidentemente en múltiples detalles y no hay necesidad de insistir en ello. Pero a veces la situación es más compleja.

Así en lo relativo al desarrollo de los casos marginales de la flexión nominal. La indistinción de D.-L.-I., expresados por el tema puro o por formas obtenidas analógicamente de un tema puro, tal como se da en gr., germ. y celta y en algunos temas en otras lenguas, es sin duda lo más antiguo. Pero ciertas coincidencias del hetita de un lado y el latín y balto-eslavo de otro en el uso de temas en *-d*, nos hacen pensar que el protoindoeuropeo usaba ya, parcial y tentativamente, este alargamiento para formalizar ciertas relaciones.

Otras veces, son las discrepancias dentro del propio grupo anatolio las que nos orientan en el sentido de buscar una diferenciación interna dentro del protoindoeuropeo. No sólo hemos encontrado en hetita frecuentes ejemplos de indiferencia entre sg. y pl. dentro del nombre, sino que al pl. difundido en hetita, *-eš*, que coincide con el habitual en el resto del indoeuropeo, responde en luvita *-nẓi*, n. *-nẓa*. Este uso del sufijo *-nt* para marcar el pl. no es una simple innovación del luvita, a juzgar por el hecho de que en tocario tenemos un pl. n. A. *-nta*, B *-ntu*; por otra parte, dicho sufijo, que en resto del indoeuropeo ha quedado definido, con raras excepciones, como un participio, en hetita continúa dando adjetivos y aun nombres. O sea: el protoindoeuropeo tendía, indudablemente, a crear formas especiales para el pl. de los casos nominales, sin duda sobre el modelo del pronombre y el verbo; pero no había generalizado un procedimiento único y, aunque la tendencia general era a *-es*, era posible usar con el mismo fin *-nt*. Considerado a esta luz, el pl. en *-i* usado en los nombres temá-

ticos por diversas lenguas, no es más que una nueva posibilidad, paralela al uso de *-i* para el presente, la cual no es improbable que remonte igualmente el protoindoeuropeo.

Otras veces, sin embargo, las diferencias entre ambas ramas principales del anatolio se resuelven como provenientes de innovación de una u otra. Más frecuentemente del luvita: creación de casos aglutinado en el pl. (D.-L. *-nza*, Ab.-I. *-nzati*, Gen. quizá *-nzan*), difusión de la flexión nominal en *-i*, nivelación de la alternancia vocálica, desaparición de la heteroclisis.

7. En cuanto al resto del indoeuropeo, queda dicho que las diferencias entre las lenguas que forman esta rama nos hacen remontar en ocasiones al protoindoeuropeo: bien porque aquí o allá se conserve un arcaísmo notable, bien porque las discrepancias entre las lenguas deban interpretarse como el resultado de hechos de elección entre alomorfos libres. De todas maneras, resulta claro que todas las lenguas que la integran comportan innovaciones comunes que tradicionalmente eran interpretadas como procedentes del más antiguo indoeuropeo: tales como la flexión de segundo y tercer nivel, como la extensión del pl. a los casos marginales, etc. Pero a veces tal o cual lengua no ha participado en determinadas innovaciones: recuérdense hechos como la falta de subjuntivo o de comparativo en algunas, como las excepciones a la oposición N. **tū̆* / Ac. **tē̆* y tantas otras. O bien las lenguas han resuelto un mismo problema de maneras divergentes: así en lo relativo a la creación de una forma especial de G. en los nombres temáticos.

El problema más grave para caracterizar la forma antigua de esta rama del indoeuropeo consiste en determinar si ciertos rasgos propios del gr. e i.-i. nunca llegaron a existir en otros grupos o si, por el contrario, se perdieron. Así,

por ejemplo, no estamos seguros de si la oposición aspectual pres./aor. debe interpretarse de un modo o del otro; y tampoco es claro que el sistema tan perfeccionado de alternancias vocálicas del i.-i. fuera común. Claro está, ciertas coincidencias de lenguas occidentales con el hetita pueden suponerse resultado de innovaciones paralelas; pero es más verosímil que hechos tan notables como la existencia de una flexión semitemática en anatolio e indoeuropeo occidental sean un arcaísmo y que el gr. e i.-i. hayan eliminado esta flexión.

Todo lleva, en definitiva, a suponer que, cuando los portadores de las lenguas anatolias se separaron del núcleo central indoeuropeo, antes del año 2000 a. C., llevaron consigo un indoeuropeo no alcanzado aún por isoglosas que sí alcanzaron, en cambio, a todas o parte de las otras lenguas. Tipo de indoeuropeo, por lo demás, con diferencias internas, que se revelan por las contradicciones del grupo anatolio y por el estudio de su relación con el otro. Por lo demás, algunos de los arcaísmos del grupo anatolio siguieron viviendo dentro del núcleo principal y permanecieron en tal o cual rama del mismo.

## 2. LÍNEAS GENERALES DE LA FRAGMENTACIÓN DEL GRUPO NO ANATOLIO. EL GRUPO DEL INDO-IRANIO, GRIEGO Y ARMENIO

1. Hemos dejado ver en el Prólogo que la clasificación del indoeuropeo en *centum y satəm* tiene una importancia pequeña: se refiere a la difusión, en fecha relativamente reciente, de una isoglosa que, con grados variables de exhaustividad según las lenguas y las palabras, palataliza las

guturales en i.-i., arm., bált. y esl. Hay que afirmar que, si bien el bált. y esl. tienen relaciones estrechas con las otras dos lenguas, el i.-i. y arm. están unidos mucho más que dichas lenguas al griego, que es *centum* y no *satəm*: el i.-i., arm. y gr. forman un grupo dialectal que sólo en lo relativo a ciertas isoglosas se amplía hasta tener comunidad, ya con el bált. y esl., ya con otra lengua *centum*, el germ.; posiblemente también con el tracio y el albanés. Las relaciones a que nos referimos entre las tres lenguas del grupo estricto del i.-i., gr. y arm. son en general morfológicas y de fecha más antigua que la palatalización. También la confusión de timbres de las vocales, que por otra parte se cubre exactamente con la palatalización (*a* y *o* se confunden también en germ., en alb., en parte en toc., no se confunden en arm.), es sin duda de una fecha posterior a los hechos morfológicos. Como sin duda todos los rasgos fonéticos que configuran de una manera más o menos coincidente un grupo oriental y uno occidental del indoeuropeo: tratamiento del grupo **tt* (> *st* en ir., gr., bált., esl.), creación de las sordas aspiradas (en i.-i., gr., arm., esl., en parte lat.), etcétera.

Definimos, pues, desde un punto de vista morfológico un antiguo dialecto que llamamos indo-griego, como ya hemos hecho en páginas anteriores, y que comparte desde luego muchísimas de las innovaciones de todo el indoeuropeo no anatolio: sobre todo, el establecimiento de flexiones de segundo y tercer nivel, con coincidencia en categorías concretas como el aoristo o el subjuntivo (por otra parte, no universal). Pero sucede *a*) que posee innovaciones específicas, *b*) que presenta otras que comparte con la zona de transición a que hemos aludido (según los casos, el báltico, eslavo, germánico o tocario), *c*) que alguna de las lenguas del grupo puede alejarse en un determinado punto

de las otras para coincidir con las externas a él. Claro está, otras veces las tres lenguas del grupo divergen más profundamente, por causa de innovaciones varias; y también suele suceder que una tendencia común del grupo o de todo el indoeuropeo no anatolio se satisfaga en cada lengua de manera diferente, así la estructuración del sistema de los casos marginales de plural.

2. Repasemos algunas de las concordancias estrictas del indo-griego. Son claras sobre todo algunas concordancias de la flexión verbal: algunas son arcaísmos, tales la conservación del sentido de la raíz y la derivación de temas directamente a partir de ésta o el mantenimiento de una oposición pres./pret. marcada solamente con ayuda de las desinencias. Otras son innovaciones, bien de todo el grupo, bien al menos del i.-i. y gr. Así, el aumento, la eliminación de la flexión semitemática, la creación del perfecto medio (también en toc.) y del pluscuamperfecto, la oposición de un tema durativo **bhére/-o* y uno puntual **tudé/-o,* la tendencia (culminada en i.-i.) a establecer cuatro series completas de desinencias (con desaparición, salvo en los temáticos, del uso del tema puro), la eliminación (salvo excepciones en i.-i.) de la des. *-r,* etc.

Otras veces, como queda dicho, las isoglosas en cuestión rebasan la zona del indo-griego, que puede no ser unitario. Esto ocurre en el caso del sufijo de superlativo **-isto-,* propio del i.-i., gr. y germ. (pero el comparativo **-tero-* sólo está en i.-i. y gr.); en el de ciertas concordancias en la flexión de los pronombres personales (G. de 1.ª av. *mana,* aesl. *mene,* lit. *manè,* Ac. ai. *mā̃m,* aesl. *mę,* etc.); en el pronombre relativo **i̯o-* (en i.-i., gr., bált.-esl., frigio); en la negación prohibitiva *mē̃* (en i.-i., gr., arm.. alb.); en los participios en *-lo* (en arm. y esl.); en el mantenimiento de

la forma única de D.-L.-I. (gr., germ. y celta); en la difusión de temas verbales en *-ē* en gr. y arm. en varios usos, concordando con el toc. y el ide. occidental; en la creación de una flexión completa, fuera del i.-i., para los deverbativos y denominativos; en los temas compuestos del gr., comparables a los del ide. occidental; en el N. pl. en *-oi* de los nombres temáticos del gr., lat., aesl., lit. y, en parte, celta; en el dual, propio del i.-i., gr., balto-esl. y en parte germ. y celta; etc. En estos casos nos hallamos generalmente ante arcaísmos de una u otra de las lenguas del grupo indogriego; pero también otras veces ante innovaciones que rebasaron los límites del grupo, así en el caso del G. *mene*, del N. pl. en *-oi* o del dual.

Es notable que la coincidencia de una u otra de las lenguas del grupo con otras limítrofes (originalmente) a él, se dé también cuando se trata de innovaciones fonéticas. Citemos ejemplos como la palatalización de guturales, el tratamiento de *-tt-* y la confusión de *a* y *o* ya aludidos. Pero hay que añadir otros más: la confusión de *ā* y *ō*, de extensión paralela a la de las breves, pero con ciertos problemas en báltico (cf. II.II.7.2); la palatalización de guturales procedentes de labiovelares en las lenguas *satəm* en general (con la excepción del báltico); el paso de *s* a *ṣ*, *s*, *x* en contacto con *i*, *u*, *r*, *k*, proceso total en i.-i. y parcial en lit., arm. y esl.; la aspiración de oclusivas sordas, rasgo común al i.-i., gr., arm. y esl. (con huellas en lat., cf. II.II.4.11).

3. Todo este panorama produce la impresión de que las relaciones dialectales han variado históricamente. Ha habido en primer lugar una difusión de isoglosas propias de todo el indoeuropeo no anatolio. Después ha tenido lugar la difusión de otras propias del grupo del indo-griego, o bien la no aceptación por este grupo de isoglosas innovadoras o de

elección extrañas a él; es más bien raro que en los puntos comunes en que coinciden las tres lenguas del grupo haya concordancias con otras extrañas a él. Pero también ha sucedido que una parte del grupo acepte una innovación que encuentra igualmente eco fuera de él; el resto mantiene el estado arcaico. Nos hallamos, en este caso, ante fenómenos que hemos de considerar de un nivel cronológico relativamente reciente.

Las cosas son todavía más complejas en otras ocasiones en que hay discrepancias dentro del i.-i. o del griego: sólo una zona dialectal coincide con las otras lenguas del grupo; en ocasiones, también (o solamente) con lenguas extrañas a él. Así, para dar un rasgo fonético, en el caso de la aspiración en *h-* de la *s-*, propia del iranio, gr. y arm., pero no del ai.: la concordancia con el británico no es de creer remonte a evolución común. Aquí se trata de una innovación; en cambio, es un arcaísmo la coincidencia del iranio y el gr. en presentar una flexión en *-ēu* (cf. III.II.3.13). Hay, sobre todo en vocabulario, concordancias entre el iranio y el esl. que deben interpretarse como procedentes de una capa relativamente reciente.

Dentro del griego hay diferencias profundas que enlazan sus dialectos directamente con otros extraños al grupo. Así, en Fonología, el timbre *a* de la vocalización de las sonantes concuerda, en líneas generales, con el del indo-griego (pero el ai. tenía aún *ṛ, ḷ*); sin embargo, por no hablar de casos excepcionales de *u*, el timbre *o*, que tiende a ser general en micénico, aqueo y eolio, nos aleja de esta zona y nos aproxima a la occidental de timbres oscuros del lat. y germ. No es éste el único caso: la flexión verbal eolia del tipo τίμᾱμι, es decir, atemática, coincide con hechos del anatolio y de todo el indoeuropeo, a excepción del indo-iranio y del resto del griego. Se trata evidentemente de un arcaísmo

(aunque no siempre ha sido así reconocido). Es claro que no podemos seguir trabajando con la noción de un «griego común» absolutamente unitario: si bien hay, ciertamente, isoglosas griegas comunes y otras propias del indo-griego, en ocasiones el dominio del griego estaba cortado desde fecha antigua por isoglosas comunes con otras lenguas vecinas. Bien un fragmento del griego, bien otro, eran a ese respecto arcaizantes o innovadores o hacían elecciones diferentes en unión con otros dominios lingüísticos en contacto. Por supuesto, dentro de cada lengua hay otros hechos de fragmentación dialectal a los que no hacemos aquí referencia y que son sin conexión con otras lenguas.

### 3. EL GRUPO OCCIDENTAL Y LA ZONA DE TRANSICIÓN

1. Prácticamente, todas las lenguas no incluidas estrictamente en el indo-griego deben considerarse como derivadas de un antiguo dialecto común, el indo-europeo occidental, aunque esta denominación pueda resultar paradójica en el caso del tocario, cuyo parentesco más próximo es con el balto-eslavo, pero se ha desplazado al Asia, e incluso en el del propio balto-eslavo. Con todo, ya hemos dicho que existe una antigua zona de transición, constituida a veces por el balto-eslavo, a veces por el tocario, a veces por el germánico, por el albanés y hasta el latín incluso.

Todo este tipo de indoeuropeo debemos considerarlo, en una cierta medida, como arcaizante: sus rasgos comunes son con frecuencia arcaísmos que en el indo-griego (o en parte de él) han sido desplazados por innovaciones a que hemos hecho referencia. De ahí que encontremos coincidencias entre el indoeuropeo occidental y el anatolio: tales, la

flexión verbal semitemática, las desinencias con *-r*, etc. Coincidencias fonológicas como la conservación de las guturales (no en balto-eslavo, salvo excepciones) o la parcial de las labiovelares, tienen igual fundamento.

Pero en la flexión verbal sobre todo existen una serie de innovaciones que afectan a todas las lenguas del grupo o a la mayor parte de ellas. La principal es la fusión de imperfecto, aoristo y perfecto en un solo tema de pretérito, a veces con diferencias en el detalle, pero también con coincidencias notables (difusión de *-ē, -ā, -u̯* para marcar el pretérito, etc.). Está luego la difusión de los pretéritos compuestos, que faltan en tocario y celta, mientras que se dan en griego, como ya hemos apuntado; la existencia de verbos en *-ē* y *-ā* con valores especiales (de estado, etc.), que tienden a convertirse en deverbativos; etc. También en cuanto a innovaciones fonéticas hay rasgos más o menos comunes: así las alteraciones del timbre y las síncopas de las vocales interiores, por efecto de una acentuación intensa inicial, en latín, itálico, germánico, celta, albanés. Por supuesto, las distintas isoglosas más o menos comunes se refieren a fechas diferentes, al menos en parte.

2. Dentro del grupo en cuestión hay subgrupos dentro de los cuales las relaciones de comunidad son mucho más estrechas. Por ejemplo, el báltico y eslavo presentan, de una parte, rasgos comunes al germánico y otros comunes al tocario, por no hablar de los anteriormente reseñados comunes a unas u otras de las lenguas del indo-griego; pero, aparte de ellos, hay otros que unen estrechamente entre sí al báltico y eslavo, sin que esto quiera decir, por lo demás, que haya que postular una antigua lengua común.

Coincidencias del báltico y eslavo con el germánico se encuentran, por ejemplo, en el pronombre **k-*, en las desi-

nencias nominales en *-m,* en los numerales; a veces se aparta una zona del germánico (el pronombre **to, *tā, *tod* está en balto-eslavo y en alemán) o del balto-eslavo (los numerales 11 y 12 se forman igual en germ. y bált.). Pero son mucho más estrechas las relaciones internas de báltico y eslavo. Ahora bien, entre éstas hay diversos niveles cronológicos. Proceden de una fecha antigua rasgos como diversas innovaciones acentuales, la declinación con tema en **i̯o-* de los part. activos, hechos de la flexión pronominal, pretéritos en *-ē* y *-ā,* etc. Otros rasgos, como los verbos lituanos en *-áuju,* aesl. en *-ujǫ,* son más recientes. Sin duda, entre los dos grupos lingüísticos ha habido contacto durante mucho tiempo.

Ha habido, eso sí, una fragmentación progresiva de ambos grupos. Dentro del eslavo, por ejemplo, puede postularse una forma antigua del ruso, pero las demás divisiones dialectales revelan un entrecruzarse isoglosas de épocas diversas y de alcance variable. Panorama que, por lo demás, no debe extrañarnos: en el germ., por ejemplo, a una serie de isoglosas antiguas que unen el gótico con el nórdico suceden otras más recientes que unen el nórdico con el occidental.

3. Otro grupo que presenta numerosos elementos comunes es el del latín y las llamadas lenguas itálicas, el osco y el umbro; menos estrecha, aunque existente, es la relación con el venético. Pese a teorías que atribuyen todos los elementos comunes de las lenguas de la península italiana al contacto de poblaciones dentro de ella, no parece que deban interpretarse así todos los hechos, aunque sí los más recientes. Hay que tener en cuenta que ambas ramas coinciden en ciertos rasgos con el celta, como veremos luego, y que pertenecen al indoeuropeo occidental en el sentido

más estricto, que incluye también el germánico: es claro que, antes de entrar en Italia, sus portadores ya estuvieron en estrecho contacto.

Por otra parte, los rasgos comunes del latín y el osco-umbro son importantes, afectando al núcleo mismo de su sistema morfosintáctico. Así, la extensión del sufijo *-d* en la declinación, la existencia de cinco declinaciones y cuatro conjugaciones, el imperfecto con **-bhā*, la subordinación de los subjuntivos y futuros con *-s* y *-ā*, *-ē* a los dos temas del verbo; el imperfecto de subjuntivo con **-sē*, el gerundivo en *-nd*, el verbo **som*. Parece difícil que todo esto, así como diversas coincidencias fonéticas, por ejemplo, el tratamiento de las sonoras aspiradas en sus líneas generales, sea resultado de contactos secundarios.

Respecto al celta, sin embargo, sólo se puede hablar de comunidad de un número limitado de isoglosas: el superlativo en **-samo-*, el G. en *-i* de la 2.ª declinación, las desinencias impersonales y medio-pasivas en *-r*, la casi completa eliminación del sistema de las desinencias medias primarias en *-i*, los dos subjuntivos en *-s* y *-ā*. Algunas de estas innovaciones rebasan, ciertamente, el grupo: el G. en *-ī*, por ejemplo, está también en ilirio y mesapio; otras no, o al menos presentan en él características especiales (caso de la des. *-r*). También sucede, como es habitual, que ciertas isoglosas no afecten a todo el grupo: el fut. en **-bho* está en lat. y air., el pretérito en *-t* en osco y celta. O que el detalle varíe en parte, así en lo relativo al superlativo **-samo-* (sólo idéntico en atemáticos).

### 4. CONCLUSIONES

1. Ha habido, pues, una diferenciación escalonada del indoeuropeo, diferenciación que sólo en sus líneas funda-

mentales podemos reconstruir. La dificultad de los problemas de cronología relativa y el círculo vicioso a que constantemente nos llevan, más el insuficiente conocimiento de lenguas como el traco-frigio, ilirio o venético y el estado muy alterado en que nos han llegado otras como el albanés y las mismas lenguas célticas, todo esto hace que sea difícil detallar. Y más si se tiene en cuenta que el proceso de diferenciación ha ido acompañado de separaciones, a veces quizá sólo transitorias, entre las diversas poblaciones; separaciones que en ocasiones han hecho que las lenguas de transición hayan quedado dislocadas o desaparecido.

De todas formas, puede llegarse a un cierto panorama de la diferenciación del indoeuropeo, tal como la hemos trazado en las páginas anteriores, que deben completarse con las que más arriba hemos dedicado a las diversas tendencias que se han sucedido en la evolución de la tipología del indoeuropeo.

Tras el paso del tipo preflexional al flexional, el avance más notable en la evolución del indoeuropeo se dio cuando, en fecha en que ya se había separado el futuro anatolio, más conservador, se llegó al sistema de flexión de dos y aun de tres niveles. Con ello se trató de marcar al máximo dentro de la palabra las relaciones forma/contenido, ampliando al tiempo el sistema de categorías y funciones tanto en el nombre (dual, desarrollo de nuevos casos, oposición masc./fem.) como en el adjetivo (gradación) y en el verbo (optativo, subjuntivo, futuro, aspectos diversos, dual).

2. Dentro de esta dirección, el avance máximo fue el representado por el indo-griego, que desarrolló el sistema de las desinencias y el de las alternancias, eliminó la flexión semitemática, incluyó el perfecto en la oposición de tiempos y voces, tendió a dar a cada indicativo un imperativo,

subjuntivo, optativo, participio e infinitivo (esto sólo el griego), etc.

Algunas de estas innovaciones fueron parcialmente compartidas por las demás lenguas, las del que hemos llamado indoeuropeo occidental. Pero, en general, este tipo de indoeuropeo permaneció en un estado más estacionario para, luego, tender a eliminar el uso de las alternancias vocálicas y la oposición de temas dentro de un mismo tiempo. Las diferenciaciones dentro de él tuvieron lugar a todas luces en una fecha más reciente: mientras que el núcleo del indogriego debe darse por existente en el tercer milenio, en fecha no muy posterior a la separación del anatolio, el indoeuropeo occidental solamente en el segundo y, sobre todo, en el primero, se diferenció propiamente. La expansión de germanos, eslavos y celtas es un proceso que transcurre en época histórica, mientras que los pobladores de la península italiana llegaron a ésta antes de nuestras fuentes históricas, hacia el año 1000 a. C.

Pero este carácter relativamente reciente de la diferenciación, así como la fecha mucho más reciente todavía de los más antiguos documentos de estas lenguas (cf. I.II.2.9 ss.) no afectan en nada al hecho de que, a veces, conservan arcaísmos mayores que los del indo-griego. Nos es imposible, ciertamente, describir de manera cerrada el indoeuropeo de cada etapa y zona geográfica, como ya advertimos al comienzo; pero, de todos modos, hoy es posible modificar y dar más realismo, según lo hemos intentado, a la imagen del indoeuropeo: no dar una imagen plana y unitaria, sino la de una lengua en constante evolución, en medio de variaciones dialectales, a lo largo de un amplio período de tiempo y de una vasta extensión geográfica.

3. Efectivamente, si en el tercer milenio hay que colocar, sin duda, tanto el indoeuropeo flexional luego escindido en dos como las importantes innovaciones del indoeuropeo no anatolio, el indoeuropeo preflexional debe ser situado antes del año 3000 a. C.: en el cuarto milenio por lo menos, en una zona reducida, sin duda, de la Europa oriental. Es difícil penetrar más allá: si toda la Morfosintaxis indoeuropea de la etapa flexional es secundaria y la de la etapa preflexional es apenas objeto de conjetura, la comparación con otras ramas lingüísticas se hace extremadamente difícil.

Pero ya en el siglo v a. C. las lenguas indoeuropeas se hablaban en casi toda Europa en torno al Mediterráneo, el Báltico y el mar Negro, así como en Anatolia, el Irán y gran parte de la India. Luego, en la Edad Media y sobre todo después, en la época de las colonizaciones, lenguas indoeuropeas como el ruso, español, francés, portugués e inglés han ocupado una gran parte del globo: se hablan en Asia, América, África y Oceanía, o como lenguas únicas, o como segundas lenguas. La tipología ha variado enormemente de lengua a lengua y la distancia entre ellas se ha hecho muy grande. Pero, a pesar de todo, los rasgos procedentes del común origen continúan siendo claros y visibles.

# ÍNDICE

PARTE II

FONOLOGÍA

## PARTE III

## LA FLEXIÓN NOMINAL Y ADJETIVAL INDOEUROPEA

*Págs.*

*Págs.*

PARTE IV

LA FLEXIÓN VERBAL INDOEUROPEA

*Págs.*

PARTE V

PRONOMBRES, ADVERBIOS Y NUMERALES

## PARTE VII

## SINTAXIS ORACIONAL

## EPÍLOGO

# BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

· Dirigida por: DÁMASO ALONSO

## I. TRATADOS Y MONOGRAFÍAS

1. Walther von Wartburg: *La fragmentación lingüística de la Romania.* Segunda edición aumentada. 208 págs. 17 mapas.
2. René Wellek y Austin Warren: *Teoría literaria.* Con un prólogo de Dámaso Alonso. Cuarta edición. Reimpresión. 432 págs.
3. Wolfgang Kayser: *Interpretación y análisis de la obra literaria.* Cuarta edición revisada. Reimpresión. 594 págs.
4. E. Allison Peers: *Historia del movimiento romántico español.* Segunda edición. Reimpresión. 2 vols.
5. Amado Alonso: *De la pronunciación medieval a la moderna en español.* 2 vols.
9. René Wellek: *Historia de la crítica moderna (1750-1950).* 3 vols. Volumen IV, en prensa.
10. Kurt Baldinger: *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica.* Segunda edición corregida y muy aumentada. 496 págs. 23 mapas.
11. S. Griswold Morley y Courtney Bruerton: *Cronología de las comedias de Lope de Vega.* 694 págs.
12. Antonio Martí: *La preceptiva retórica española en el Siglo de Oro.* Premio Nacional de Literatura. 346 págs.
13. Vítor Manuel de Aguiar e Silva: *Teoría de la literatura.* 550 págs.
14. Hans Hörmann: *Psicología del lenguaje.* 496 págs.
15. Francisco R. Adrados: *Lingüística indoeuropea.* 2 vols.

## II. ESTUDIOS Y ENSAYOS

1. Dámaso Alonso: *Poesía española (Ensayo de métodos y límites estilísticos).* Quinta edición. Reimpresión. 672 págs. 2 láminas.
2. Amado Alonso: *Estudios lingüísticos (Temas españoles).* Tercera edición. Reimpresión. 286 págs.
3. Dámaso Alonso y Carlos Bousoño: *Seis calas en la expresión literaria española (Prosa - Poesía - Teatro).* Cuarta edición. 446 págs.
4. Vicente García de Diego: *Lecciones de lingüística española (Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid).* Tercera edición. Reimpresión. 234 págs.
5. Joaquín Casalduero: *Vida y obra de Galdós (1843-1920).* Cuarta edición ampliada. 312 págs.
6. Dámaso Alonso: *Poetas españoles contemporáneos.* Tercera edición aumentada. Reimpresión. 424 págs

7. Carlos Bousoño: *Teoría de la expresión poética.* Premio «Fastenrath». Quinta edición muy aumentada. Versión definitiva. 2 vols.
9. Ramón Menéndez Pidal: *Toponimia prerrománica hispana.* Reimpresión. 314 págs. 3 mapas.
10. Carlos Clavería: *Temas de Unamuno.* Segunda edición. 168 págs.
11. Luis Alberto Sánchez: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana.* Segunda edición corregida y aumentada. 630 págs.
12. Amado Alonso: *Estudios lingüísticos (Temas hispanoamericanos).* Tercera edición. 360 págs.
16. Helmut Hatzfeld: *Estudios literarios sobre mística española.* Segunda edición corregida y aumentada. 424 págs.
17. Amado Alonso: *Materia y forma en poesía.* Tercera edición. Reimpresión. 402 págs
18. Dámaso Alonso: *Estudios y ensayos gongorinos.* Tercera edición. 602 págs. 15 láminas.
19. Leo Spitzer: *Lingüística e historia literaria.* Segunda edición. Reimpresión. 308 págs.
20. Alonso Zamora Vicente: *Las sonatas de Valle Inclán.* Segunda edición. Reimpresión. 190 págs.
21. Ramón de Zubiría: *La poesía de Antonio Machado.* Tercera edición. Reimpresión. 268 págs.
24. Vicente Gaos: *La poética de Campoamor.* Segunda edición corregida y aumentada, con un apéndice sobre la poesía de Campoamor. 234 págs.
27. Carlos Bousoño: *La poesía de Vicente Aleixandre.* Segunda edición corregida y aumentada. 486 págs.
28. Gonzalo Sobejano: *El epíteto en la lírica española.* Segunda edición revisada. 452 págs.
31. Graciela Palau de Nemes: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez (La poesía desnuda).* Segunda edición completamente renovada. 2 vols.
34. Eugenio Asensio: *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media.* Segunda edición aumentada. 308 págs.
39. José Pedro Díaz: *Gustavo Adolfo Bécquer (Vida y poesía).* Tercera edición corregida y aumentada. 514 págs.
40. Emilio Carilla: *El Romanticismo en la América hispánica.* Tercera edición revisada y ampliada. 2 vols.
41. Eugenio G. de Nora: *La novela española contemporánea (1898-1967).* Premio de la Crítica. Segunda edición. 3 vols.
42. Christoph Eich: *Federico García Lorca, poeta de la intensidad.* Segunda edición revisada. 206 págs.
43. Oreste Macrí: *Fernando de Herrera.* Segunda edición corregida y aumentada. 696 págs.
44. Marcial José Bayo: *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento (1480-1550).* Segunda edición. 290 págs.

45. Dámaso Alonso: *Dos españoles del Siglo de Oro.* Reimpresión 258 págs.
46. Manuel Criado de Val: *Teoría de Castilla la Nueva (La dualidad castellana en la lengua, la literatura y la historia).* Segunda edición ampliada. 400 págs. 8 mapas.
47. Ivan A. Schulman: *Símbolo y color en la obra de José Martí.* Segunda edición. 498 págs.
49. Joaquín Casalduero: *Espronceda.* Segunda edición. 280 págs.
51. Frank Pierce: *La poesía épica del Siglo de Oro.* Segunda edición revisada y aumentada. 396 págs.
52. E. Correa Calderón: *Baltasar Gracián (Su vida y su obra).* Segunda edición aumentada. 426 págs.
53. Sofía Martín-Gamero: *La enseñanza del inglés en España (Desde la Edad Media hasta el siglo XIX).* 274 págs.
54. Joaquín Casalduero: *Estudios sobre el teatro español.* Tercera edición aumentada. 324 págs.
55. Nigel Glendinning: *Vida y obra de Cadalso.* 240 págs.
57. Joaquín Casalduero: *Sentido y forma de las «Novelas ejemplares».* Segunda edición corregida. Reimpresión. 272 págs
58. Sanford Shepard: *El Pinciano y las teorías literarias del Siglo de Oro.* Segunda edición aumentada. 210 págs.
60. Joaquín Casalduero: *Estudios de literatura española.* Tercera edición aumentada. 478 págs.
61. Eugenio Coseriu: *Teoría del lenguaje y lingüística general (Cinco estudios).* Tercera edición revisada y corregida. 330 págs.
62. Aurelio Miró Quesada S.: *El primer virrey-poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros).* 274 págs.
63. Gustavo Correa: *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós.* Reimpresión. 278 págs.
64. Rafael de Balbín: *Sistema de rítmica castellana.* Premio «Francisco Franco» del C. S. I. C. Segunda edición aumentada. 402 páginas.
65. Paul Ilie: *La novelística de Camilo José Cela.* Con un prólogo de Julián Marías. Segunda edición. 242 págs.
67. Juan Cano Ballesta: *La poesía de Miguel Hernández.* Segunda edición aumentada. 356 págs.
69. Gloria Videla: *El ultraísmo.* Segunda edición. 246 págs.
70. Hans Hinterhäuser: *Los «Episodios Nacionales» de Benito Pérez Galdós.* 398 págs.
71. Javier Herrero: *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento.* 346 páginas.
72. Werner Beinhauer: *El español coloquial.* Con un prólogo de Dámaso Alonso. Segunda edición corregida, aumentada y actualizada. Reimpresión. 460 págs.

73. Helmut Hatzfeld: *Estudios sobre el barroco.* Tercera edición aumentada. 562 págs.
74. Vicente Ramos: *El mundo de Gabriel Miró.* Segunda edición corregida y aumentada. 526 págs.
75. Manuel García Blanco: *América y Unamuno.* 434 págs. 2 láminas.
76. Ricardo Gullón: *Autobiografías de Unamuno.* 390 págs.
80. José Antonio Maravall: *El mundo social de «La Celestina».* Premio de los Escritores Europeos. Tercera edición revisada. 188 págs.
82. Eugenio Asensio: *Itinerario del entremés desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente (Con cinco entremeses inéditos de Don Francisco de Quevedo).* Segunda edición revisada. 374 págs.
83. Carlos Feal Deibe: *La poesía de Pedro Salinas.* Segunda edición. 270 págs.
84. Carmelo Gariano: *Análisis estilístico de los «Milagros de Nuestra Señora» de Berceo.* Segunda edición corregida. 236 págs.
85. Guillermo Díaz-Plaja: *Las estéticas de Valle-Inclán.* Reimpresión. 298 págs.
86. Walter T. Pattison: *El naturalismo español (Historia externa de un movimiento literario).* Reimpresión. 192 págs.
88. Javier Herrero: *Angel Ganivet: un iluminado.* 346 págs.
89. Emilio Lorenzo: *El español de hoy, lengua en ebullición.* Con un prólogo de Dámaso Alonso. Segunda edición actualizada y aumentada. 240 págs.
90. Emilia de Zuleta: *Historia de la crítica española contemporánea.* Segunda edición notablemente aumentada. 482 págs.
91. Michael P. Predmore: *La obra en prosa de Juan Ramón Jiménez.* Segunda edición ampliada. 322 págs.
92. Bruno Snell: *La estructura del lenguaje.* Reimpresión. 218 págs.
93. Antonio Serrano de Haro: *Personalidad y destino de Jorge Manrique.* Segunda edición, en prensa.
94. Ricardo Gullón: *Galdós, novelista moderno.* Tercera edición revisada y aumentada. 374 págs.
95. Joaquín Casalduero: *Sentido y forma del teatro de Cervantes.* Reimpresión. 288 págs.
96. Antonio Risco: *La estética de Valle-Inclán en los esperpentos y en «El Ruedo Ibérico».* Reimpresión, en prensa.
97. Joseph Szertics: *Tiempo y verbo en el romancero viejo.* Segunda edición. 208 págs.
98. Miguel Batllori, S. I.: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos.* 698 págs.
99. Emilio Carilla: *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina).* 200 págs.
100. Miguel Jaroslaw Flys: *La poesía existencial de Dámaso Alonso.* 344 págs.

101. Edmund de Chasca: *El arte juglaresco en el «Cantar de Mio Cid»*. Segunda edición aumentada. 418 págs.
102. Gonzalo Sobejano: *Nietzsche en España*. 688 págs.
103. José Agustín Balseiro: *Seis estudios sobre Rubén Darío*. 146 págs.
104. Rafael Lapesa: *De la Edad Media a nuestros días (Estudios de historia literaria)*. Reimpresión. 310 págs.
105. Giuseppe Carlo Rossi: *Estudios sobre las letras en el siglo XVIII*. 336 págs.
106. Aurora de Albornoz: *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. 374 págs.
107. Carmelo Gariano: *El mundo poético de Juan Ruiz*. Segunda edición corregida y ampliada. 270 págs.
108. Paul Bénichou: *Creación poética en el romancero tradicional*. 190 páginas.
109. Donald F. Fogelquist: *Españoles de América y americanos de España*. 348 págs.
110. Bernard Pottier: *Lingüística moderna y filología hispánica*. Reimpresión. 246 págs.
111. Josse de Kock: *Introducción al Cancionero de Miguel de Unamuno*. 198 págs.
112. Jaime Alazraki: *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges (Temas-Estilo)*. Segunda edición aumentada. 438 págs.
114. Concha Zardoya: *Poesía española del siglo XX (Estudios temáticos y estilísticos)*. Segunda edición muy aumentada. 4 vols.
115. Harald Weinrich: *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Reimpresión. 430 págs.
116. Antonio Regalado García: *El siervo y el señor (La dialéctica agónica de Miguel de Unamuno)*. 220 págs.
117. Sergio Beser: *Leopoldo Alas, crítico literario*, 372 págs.
118. Manuel Bermejo Marcos: *Don Juan Valera, crítico literario*. 256 páginas.
119. Solita Salinas de Marichal: *El mundo poético de Rafael Alberti*. Reimpresión. 272 págs.
120. Oscar Tacca: *La historia literaria*. 204 págs.
121. *Estudios críticos sobre el modernismo*. Introducción, selección y bibliografía general por Homero Castillo. Reimpresión. 416 páginas.
122. Oreste Macrí: *Ensayo de métrica sintagmática (Ejemplos del «Libro de Buen Amor» y del «Laberinto» de Juan de Mena)*. 296 páginas.
123. Alonso Zamora Vicente: *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de bohemia»)*. Premio Nacional de Literatura. Segunda edición ampliada. 220 págs.
124. Cesáreo Bandera Gómez: *El «Poema de Mio Cid»: Poesía, historia, mito*. 192 págs.

125. Helen Dill Goode: *La prosa retórica de Fray Luis de León en «Los nombres de Cristo»*. 186 págs.
126. Otis H. Green: *España y la tradición occidental (El espíritu castellano en la literatura desde «El Cid» hasta Calderón)*, 4 vols.
127. Ivan A. Schulman y Manuel Pedro González: *Martí, Darío y el modernismo*. Con un prólogo de Cintio Vitier. Reimpresión. 268 páginas.
128. Alma de Zubizarreta: *Pedro Salinas: el diálogo creador*. Con un prólogo de Jorge Guillén. 424 págs.
129. Guillermo Fernández-Shaw: *Un poeta de transición. Vida y obra de Carlos Fernández Shaw (1865-1911)*. X + 330 págs. 1 lámina.
130. Eduardo Camacho Guizado: *La elegía funeral en la poesía española*. 424 págs.
131. Antonio Sánchez Romeralo: *El villancico (Estudios sobre la lírica popular en los siglos XV y XVI)*. 624 págs.
132. Luis Rosales: *Pasión y muerte del Conde de Villamediana*. 252 páginas.
133. Othón Arróniz: *La influencia italiana en el nacimiento de la comedia española*. 340 págs.
134. Diego Catalán: *Siete siglos de romancero (Historia y poesía)*. 224 páginas.
135. Noam Chomsky: *Lingüística cartesiana (Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista)*. Reimpresión. 160 págs.
136. Charles E. Kany: *Sintaxis hispanoamericana*. 552 págs.
137. Manuel Alvar: *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*. Segunda edición ampliada. 266 págs.
138. Erich von Richthofen: *Nuevos estudios épicos medievales*. 294 páginas.
139. Ricardo Gullón: *Una poética para Antonio Machado*. 270 págs.
140. Jean Cohen: *Estructura del lenguaje poético*. Reimpresión. 228 páginas.
141. Leon Livingstone: *Tema y forma en las novelas de Azorín*. 242 páginas.
142. Diego Catalán: *Por campos del romancero (Estudios sobre la tradición oral moderna)*. 310 págs.
143. María Luisa López: *Problemas y métodos en el análisis de preposiciones*. Reimpresión. 224 págs.
144. Gustavo Correa: *La poesía mítica de Federico García Lorca*. 250 páginas.
145. Robert B. Tate: *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*. 360 págs.
146. Carlos García Barrón: *La obra crítica y literaria de Don Antonio Alcalá Galiano*. 250 págs.
147. Emilio Alarcos Llorach: *Estudios de gramática funcional del español*. Reimpresión. 260 págs.
148. Rubén Benítez: *Bécquer tradicionalista*. 354 págs.

149. Guillermo Araya: *Claves filológicas para la comprensión de Ortega.* 250 págs.
150. André Martinet: *El lenguaje desde el punto de vista funcional.* 218 págs.
151. Estelle Irizarry: *Teoría y creación literaria en Francisco Ayala.* 274 págs.
152. Georges Mounin: *Los problemas teóricos de la traducción.* 338 páginas.
153. Marcelino C. Peñuelas: *La obra narrativa de Ramón J. Sender.* 294 págs.
154. Manuel Alvar: *Estudios y ensayos de literatura contemporánea.* 410 págs.
155. Louis Hjelmslev: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje.* Segunda edición. 198 págs.
156. Emilia de Zuleta: *Cinco poetas españoles (Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Cernuda).* 484 págs.
157. María del Rosario Fernández Alonso: *Una visión de la muerte en la lírica española.* Premio Rivadeneira. Premio nacional uruguayo de ensayo. 450 págs. 5 láminas.
158. Ángel Rosenblat: *La lengua del «Quijote».* 380 págs.
159. Leo Pollmann: *La «Nueva Novela» en Francia y en Iberoamérica.* 380 págs.
160. José María Capote Benot: *El período sevillano de Luis Cernuda.* Con un prólogo de F. López Estrada. 172 págs.
161. Julio García Morejón: *Unamuno y Portugal.* Con un prólogo de Dámaso Alonso. Segunda edición corregida y aumentada. 580 páginas.
162. Geoffrey Ribbans: *Niebla y soledad (Aspectos de Unamuno y Machado).* 332 págs.
163. Kenneth R. Scholberg: *Sátira e invectiva en la España medieval.* 376 págs.
164. Alexander A. Parker: *Los pícaros en la literatura (La novela picaresca en España y Europa. 1599-1753).* 220 págs. 11 láminas.
165. Eva Marja Rudat: *Las ideas estéticas de Esteban de Arteaga (Orígenes, significado y actualidad).* 340 págs.
166. Ángel San Miguel: *Sentido y estructura del «Guzmán de Alfarache» de Mateo Alemán.* Con un prólogo de Franz Rauhut. 312 páginas.
167. Francisco Marcos Marín: *Poesía narrativa árabe y épica hispánica.* 388 págs.
168. Juan Cano Ballesta: *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936).* 284 págs.
169. Joan Corominas: *Tópica hespérica (Estudios sobre los antiguos dialectos, el substrato y la toponimia romances).* 2 vols.
170. Andrés Amorós: *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala.* 500 págs.

171. Alberto Porqueras Mayo: *Temas y formas de la literatura española.* 196 págs.
172. Benito Brancaforte: *Benedetto Croce y su crítica de la literatura española.* 152 págs.
173. Carlos Martín: *América en Rubén Darío (Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana).* 276 págs.
174. José Manuel García de la Torre: *Análisis temático de «El Ruedo Ibérico».* 362 págs.
175. Julio Rodríguez-Puértolas: *De la Edad Media a la edad conflictiva (Estudios de literatura española).* 406 págs.
176. Francisco López Estrada: *Poética para un poeta (Las «Cartas literarias a una mujer» de Bécquer).* 246 págs.
177. Louis Hjelmslev: *Ensayos lingüísticos.* 362 págs.
178. Dámaso Alonso: *En torno a Lope (Marino, Cervantes, Benavente, Góngora, los Cardenios).* 212 págs.
179. Walter Pabst: *La novela corta en la teoría y en la creación literaria (Notas para la historia de su antinomia en las literaturas románicas).* 510 págs.
180. Antonio Rumeu de Armas: *Alfonso de Ulloa, introductor de la cultura española en Italia.* 192 págs. 2 láminas.
181. Pedro R. León: *Algunas observaciones sobre Pedro de Cieza de León y la Crónica del Perú.* 278 págs.
182. Gemma Roberts: *Temas existenciales en la novela española de postguerra.* 286 págs.
183. Gustav Siebenmann: *Los estilos poéticos en España desde 1900.* 582 págs.
184. Armando Durán: *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca.* 182 págs.
185. Werner Beinhauer: *El humorismo en el español hablado (Improvisadas creaciones espontáneas).* Con un prólogo de Rafael Lapesa. 270 págs.
186. Michael P. Predmore: *La poesía hermética de Juan Ramón Jiménez (El «Diario» como centro de su mundo poético).* 234 págs.
187. A. Manent: *Tres escritores catalanes: Carner, Riba, Pla.* 338 págs.
188. Nicolás A. S. Bratosevich: *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos.* 204 págs.
189. Ignacio Soldevila Durante: *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969).* 472 págs.
190. Leo Pollmann: *Sartre y Camus (Literatura de la existencia).* 286 páginas.
191. María del Carmen Bobes Naves: *La semiótica como teoría lingüística.* 238 págs.
192. Emilio Carilla: *La creación del «Martín Fierro».* 308 págs.
193. Eugenio Coseriu: *Sincronía, diacronía e historia (El problema del cambio lingüístico).* Segunda edición revisada y corregida. 290 págs.

194. Óscar Tacca: *Las voces de la novela.* 206 págs.
195. J. L. Fortea: *La obra de Andrés Carranque de Ríos.* 240 págs.
196. Emilio Náñez Fernández: *El diminutivo (Historia y funciones en el español clásico y moderno).* 458 págs.
197. Andrew P. Debicki: *La poesía de Jorge Guillén.* 362 págs.
198. Ricardo Doménech: *El teatro de Buero Vallejo (Una meditación española).* 372 págs.
199. Francisco Márquez Villanueva: *Fuentes literarias cervantinas.* 374 págs.
200. Emilio Orozco Díaz: *Lope y Góngora frente a frente.* 410 págs. 8 láminas.
201. Charles Muller: *Estadística lingüística.* 416 págs.
202. Josse de Kock: *Introducción a la lingüística automática en las lenguas románicas.* 246 págs.
203. Juan Bautista Avalle-Arce: *Temas hispánicos medievales (Literatura e historia).* 390 págs.
204. Andrés R. Quintián: *Cultura y literatura españolas en Rubén Darío.* 302 págs.
205. E. Caracciolo Trejo: *La poesía de Vicente Huidobro y la vanguardia.* 140 págs.
206. José Luis Martín: *La narrativa de Vargas Llosa (Acercamiento estilístico).* 282 págs.
207. Ilse Nolting-Hauff: *Visión, sátira y agudeza en los «Sueños» de Quevedo.* 318 págs.
208. Allen W. Phillips: *Temas del modernismo hispánico y otros estudios.* 360 págs.
209. Marina Mayoral: *La poesía de Rosalía de Castro.* Con un prólogo de Rafael Lapesa. 596 págs.
210. Joaquín Casalduero: *«Cántico» de Jorge Guillén y «Aire nuestro».* 268 págs.
211. Diego Catalán: *La tradición manuscrita en la «Crónica de Alfonso XI».* 416 págs.
212. Daniel Devoto: *Textos y contextos (Estudios sobre la tradición).* 610 págs.
213. Francisco López Estrada: *Los libros de pastores en la literatura española (La órbita previa).* 576 págs. 16 láminas.
214. André Martinet: *Economía de los cambios fonéticos (Tratado de fonología diacrónica).* 564 págs.
215. Russell P. Sebold: *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España.* 294 págs.
216. Rosario Cambria: *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX.* 386 págs.
217. Helena Percas de Ponseti: *Cervantes y su concepto del arte (Estudio crítico de algunos aspectos y episodios del «Quijote»).* 2 vols.

218. Göran Hammarström: *Las unidades lingüísticas en el marco de la lingüística moderna.* 190 págs.
219. H. Salvador Martínez: *El «Poema de Almería» y la épica románica.* 478 págs.
220. Joaquín Casalduero: *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda».* 236 págs.
221. Cesáreo Bandera: *Mimesis conflictiva (Ficción literaria y violencia en Cervantes y Calderón).* Prólogo de René Girard. 262 páginas.
222. Vicente Cabrera: *Tres poetas a la luz de la metáfora: Salinas, Aleixandre y Guillén.* 228 págs.
223. Rafael Ferreres: *Verlaine y los modernistas españoles.* 272 págs.
224. Ludwig Schrader: *Sensación y sinestesia.* 258 págs.
225. Evelyn Picon Garfield: *¿Es Julio Cortázar un surrealista?* 266 páginas. 5 láminas.
226. Aniano Peña: *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes.* 318 págs.
227. Leonard R. Palmer: *Introducción crítica a la lingüística descriptiva y comparada.* 586 págs.

## III. MANUALES

1. Emilio Alarcos Llorach: *Fonología española.* Cuarta edición aumentada y revisada. Reimpresión. 290 págs.
2. Samuel Gili Gaya: *Elementos de fonética general.* Quinta edición corregida y ampliada. Reimpresión. 200 págs. 5 láminas.
3. Emilio Alarcos Llorach: *Gramática estructural (Según la escuela de Copenhague y con especial atención a la lengua española).* Segunda edición. Reimpresión. 132 págs.
4. Francisco López Estrada: *Introducción a la literatura medieval española.* Tercera edición renovada. Reimpresión. 342 págs.
6. Fernando Lázaro Carreter: *Diccionario de términos filológicos.* Tercera edición corregida. Reimpresión. 444 págs.
8. Alonso Zamora Vicente: *Dialectología española.* Segunda edición muy aumentada. Reimpresión. 588 págs. 22 mapas.
9. Pilar Vázquez Cuesta y Maria Albertina Mendes da Luz: *Gramática portuguesa.* Tercera edición corregida y aumentada. 2 vols.
10. Antonio M. Badia Margarit: *Gramática catalana.* 2 vols.
11. Walter Porzig: *El mundo maravilloso del lenguaje. (Problemas, métodos y resultados de la lingüística moderna.)* Segunda edición corregida y aumentada. Reimpresión. 486 págs.
12. Heinrich Lausberg: *Lingüística románica.* Reimpresión. 2 vols.
13. André Martinet: *Elementos de lingüística general.* Segunda edición revisada. Reimpresión. 274 págs.
14. Walther von Wartburg: *Evolución y estructura de la lengua francesa.* 350 págs.

15. Heinrich Lausberg: *Manual de retórica literaria (Fundamentos de una ciencia de la literatura)*. Reimpresión. 3 vols.
16. Georges Mounin: *Historia de la lingüística (Desde los orígenes al siglo XX)*. Reimpresión. 236 págs.
17. André Martinet: *La lingüística sincrónica (Estudios e investigaciones)*. Reimpresión. 228 págs.
18. Bruno Migliorini: *Historia de la lengua italiana*. 2 vols. 36 láminas.
19. Louis Hjelmslev: *El lenguaje*. Segunda edición aumentada. 196 páginas. 1 lámina.
20. Bertil Malmberg: *Lingüística estructural y comunicación humana*. Reimpresión. 328 págs. 9 láminas.
21. W. P. Lehmann: *Introducción a la lingüística histórica*. 354 págs.
22. Francisco Rodríguez Adrados: *Lingüística estructural*. Segunda edición revisada y aumentada. 2 vols.
23. C. Pichois y A.-M. Rousseau: *La literatura comparada*. 246 págs.
24. Francisco López Estrada: *Métrica española del siglo XX*. Reimpresión. 226 págs.
25. Rudolf Baehr: *Manual de versificación española*. Reimpresión. 444 págs.
26. H. A. Gleason, Jr.: *Introducción a la lingüística descriptiva*. 770 páginas.
27. A. J. Greimas: *Semántica estructural (Investigación metodológica)*. Reimpresión. 398 págs.
28. R. H. Robins: *Lingüística general (Estudio introductorio)*. 488 páginas.
29. I. Iordan y M. Manoliu: *Manual de lingüística románica*. Revisión, reelaboración parcial y notas por Manuel Alvar. 2 vols.
30. Roger L. Hadlich: *Gramática transformativa del español*. Reimpresión. 464 págs.
31. Nicolas Ruwet: *Introducción a la gramática generativa*. 514 págs.
32. Jesús-Antonio Collado: *Fundamentos de lingüística general*. 308 páginas.
33. Helmut Lüdtke: *Historia del léxico románico*. 336 págs.
34. Diego Catalán: *Lingüística íbero-románica (Crítica retrospectiva)*. 366 págs.
35. Claus Heeschen: *Cuestiones fundamentales de lingüística*. Con un capítulo de Volker Heeschen. 204 págs.
36. Heinrich Lausberg: *Elementos de retórica literaria (Introducción al estudio de la filología clásica, románica, inglesa y alemana)*. 278 págs.

## IV. TEXTOS

1. Manuel C. Díaz y Díaz: *Antología del latín vulgar*. Segunda edición aumentada y revisada. Reimpresión. 240 págs.

2. M.ª Josefa Canellada: *Antología de textos fonéticos*. Con un prólogo de Tomás Navarro. Segunda edición ampliada. 266 págs.
3. F. Sanchez Escribano y A. Porqueras Mayo: *Preceptiva dramática española del Renacimiento y el Barroco*. Segunda edición muy ampliada. 408 págs.
4. Juan Ruiz: *Libro de Buen Amor*. Edición crítica de Joan Corominas. Reimpresión. 670 págs.
5. Julio Rodríguez-Puértolas: *Fray Iñigo de Mendoza y sus «Coplas de Vita Christi»*. 643 págs. 1 lámina.
6. *Todo Ben Quzmān*. Editado, interpretado, medido y explicado por Emilio García Gómez. 3 vols.
7. *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas (Obras completas del poeta y textos íntegros de El Brocense, Herrera, Tamayo y Azara)*. Edición de Antonio Gallego Morell. Segunda edición revisada y adicionada. 700 págs. 10 láminas.
8. *Poética de Aristóteles*. Edición trilingüe. Introducción, traducción castellana, notas, apéndices e índice analítico por Valentín García Yebra. 542 págs.
9. Maxime Chevalier: *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*. 426 págs.

## V. DICCIONARIOS

1. Joan Corominas: *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Reimpresión. 4 vols.
2. Joan Corominas: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Tercera edición muy revisada y mejorada. 628 págs.
3. *Diccionario de Autoridades*. Edición facsímil. 3 vols.
4. Ricardo J. Alfaro: *Diccionario de anglicismos*. Recomendado por el «Primer Congreso de Academias de la Lengua Española». Segunda edición aumentada. 520 págs.
5. María Moliner: *Diccionario de uso del español*. Premio «Lorenzo Nieto López» de la Real Academia Española, otorgado por vez primera a la autora de esta obra. Reimpresión. 2 vols.

## VI. ANTOLOGÍA HISPANICA

2. Julio Camba: *Mis páginas mejores*. Reimpresión. 254 págs.
3. Dámaso Alonso y José M. Blecua: *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*. Segunda edición. Reimpresión. LXXXVI + 266 págs.
6. Vicente Aleixandre: *Mis poemas mejores*. Tercera edición aumentada. 322 págs.
7. Ramón Menéndez Pidal: *Mis páginas preferidas (Temas literarios)*. Reimpresión. 372 págs.

8. Ramón Menéndez Pidal: *Mis páginas preferidas (Temas lingüísticos e históricos).* Reimpresión. 328 págs.
9. José M. Blecua: *Floresta de lírica española.* Tercera edición aumentada. 2 vols.
11. Pedro Laín Entralgo: *Mis páginas preferidas.* 338 págs.
12. José Luis Cano: *Antología de la nueva poesía española.* Tercera edición. Reimpresión. 438 págs.
13. Juan Ramón Jiménez: *Pájinas escojidas (Prosa).* Reimpresión. 264 págs.
14. Juan Ramón Jiménez: *Pájinas escojidas (Verso).* Reimpresión. 238 págs.
15. Juan Antonio de Zunzunegui: *Mis páginas preferidas.* 354 págs.
16. Francisco García Pavón: *Antología de cuentistas españoles contemporáneos.* Segunda edición renovada. Reimpresión. 454 páginas.
17. Dámaso Alonso: *Góngora y el «Polifemo».* Sexta edición ampliada. 3 vols.
21. Juan Bautista Avalle-Arce: *El inca Garcilaso en sus «Comentarios» (Antología vivida).* Reimpresión. 282 págs.
22. Francisco Ayala: *Mis páginas mejores.* 310 págs.
23. Jorge Guillén: *Selección de poemas.* Segunda edición aumentada. 354 págs.
24. Max Aub: *Mis páginas mejores.* 278 págs.
25. Julio Rodríguez-Puértolas: *Poesía de protesta en la Edad Media castellana (Historia y antología).* 348 págs.
26. César Fernández Moreno y Horacio Jorge Becco: *Antología lineal de la poesía argentina.* 384 págs.
27. Roque Esteban Scarpa y Hugo Montes: *Antología de la poesía chilena contemporánea.* 372 págs.
28. Dámaso Alonso: *Poemas escogidos.* 212 págs.
29. Gerardo Diego: *Versos escogidos.* 394 págs.
30. Ricardo Arias y Arias: *La poesía de los goliardos.* 316 págs.
31. Ramón J. Sender: *Páginas escogidas.* Selección y notas introductorias por Marcelino C. Peñuelas. 344 págs.
32. Manuel Mantero: *Los derechos del hombre en la poesía hispánica contemporánea.* 536 págs.
33. Germán Arciniegas: *Páginas escogidas (1932-1973).* 318 págs.

## VII. CAMPO ABIERTO

1. Alonso Zamora Vicente: *Lope de Vega (Su vida y su obra).* Segunda edición. 288 págs.
2. Enrique Moreno Báez: *Nosotros y nuestros clásicos.* Segunda edición corregida. 180 págs.

3. Dámaso Alonso: *Cuatro poetas españoles (Garcilaso - Góngora - Maragall - Antonio Machado).* 190 págs.
6. Dámaso Alonso: *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas (Notas y artículos a través de 350 años de letras españolas).* Segunda edición. 294 págs. 3 láminas.
8. Segundo Serrano Poncela: *Formas de vida hispánica (Garcilaso - Quevedo - Godoy y los ilustrados).* 166 págs.
9. Francisco Ayala: *Realidad y ensueño.* 156 págs.
10. Mariano Baquero Goyanes: *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala).* 246 págs.
11. Luis Alberto Sánchez: *Escritores representativos de América.* Primera serie. Tercera edición. 3 vols.
12. Ricardo Gullón: *Direcciones del modernismo.* Segunda edición aumentada. 274 págs.
13. Luis Alberto Sánchez: *Escritores representativos de América.* Segunda serie. Reimpresión. 3 vols.
14. Dámaso Alonso: *De los siglos oscuros al de Oro (Notas y artículos a través de 700 años de letras españolas).* Segunda edición. Reimpresión. 294 págs.
17. Guillermo de Torre: *La difícil universalidad española.* 314 págs.
18. Ángel del Río: *Estudios sobre literatura contemporánea española.* Reimpresión. 324 págs.
19. Gonzalo Sobejano: *Forma literaria y sensibilidad social (Mateo Alemán, Galdós, Clarín, el 98 y Valle-Inclán).* 250 págs.
20. Arturo Serrano Plaja. *Realismo «mágico» en Cervantes («Don Quijote» visto desde «Tom Sawyer» y «El Idiota»).* 240 págs.
21. Guillermo Díaz-Plaja: *Soliloquio y coloquio (Notas sobre lírica y teatro).* 214 págs.
22. Guillermo de Torre: *Del 98 al Barroco.* 452 págs.
23. Ricardo Gullón: *La invención del 98 y otros ensayos.* 200 págs.
24. Francisco Ynduráin: *Clásicos modernos (Estudios de crítica literaria).* 224 págs.
25. Eileen Connolly: *Leopoldo Panero: La poesía de la esperanza.* Con un prólogo de José Antonio Maravall. 236 págs.
26. José Manuel Blecua: *Sobre poesía de la Edad de Oro (Ensayos y notas eruditas).* 310 págs.
27. Pierre de Boisdeffre: *Los escritores franceses de hoy.* 168 págs.
28. Federico Sopeña Ibáñez: *Arte y sociedad en Galdós.* 182 págs.
29. Manuel García-Viñó: *Mundo y trasmundo de las leyendas de Bécquer.* 300 págs.
30. José Agustín Balseiro: *Expresión de Hispanoamérica.* Con un prólogo de Francisco Monterde. Segunda edición revisada. 2 volúmenes.
31. José Juan Arrom: *Certidumbre de América (Estudios de letras, folklore y cultura).* Segunda edición ampliada. 230 págs.
32. Vicente Ramos: *Miguel Hernández.* 378 págs.

33. Hugo Rodríguez-Alcalá: *Narrativa hispanoamericana. Güiraldes Carpentier - Roa Bastos - Rulfo (Estudios sobre invención y sentido).* 218 págs.

## VIII. DOCUMENTOS

2. José Martí: *Epistolario (Antología).* Introducción, selección, comentarios y notas por Manuel Pedro González. 648 págs.

## IX. FACSÍMILES

1. Bartolomé José Gallardo: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos.* 4 vols.
2. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado: *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII.* XIII + 728 págs.
3. Juan Sempere y Guarinos: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III.* 3 vols.
4. José Amador de los Ríos: *Historia crítica de la literatura española.* 7 vols.
5. Julio Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y literatura castellana (Comprendidos los autores hispanoamericanos).* 7 vols.

# OBRAS DE OTRAS COLECCIONES

Dámaso Alonso: *Obras completas.*
- Tomo I: *Estudios lingüísticos peninsulares.* 706 págs.
- Tomo II: *Estudios y ensayos sobre literatura.* Primera parte: *Desde los orígenes románicos hasta finales del siglo XVI.* 1.090 págs.
- Tomo III: *Estudios y ensayos sobre literatura.* Segunda parte: *Finales del siglo XVI, y siglo XVII.* 1.008 págs.
- Tomo IV: En prensa.

*Homenaje Universitario a Dámaso Alonso.* Reunido por los estudiantes de Filología Románica. 358 págs.

*Homenaje a Casalduero.* 510 págs.

*Homenaje a Antonio Tovar.* 470 págs.

*Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa.* Vol. I: 622 págs. Vol. II: 634 págs. Vol. III: En prensa.

Juan Luis Alborg: *Historia de la literatura española.*
Tomo I: *Edad Media y Renacimiento.* 2.ª edición. Reimpresión. 1.082 págs.
Tomo II: *Época Barroca.* 2.ª edición. Reimpresión. 996 págs.
Tomo III: *El siglo XVIII.* Reimpresión. 980 págs.

José Luis Martín: *Crítica estilística.* 410 págs.

Vicente García de Diego: *Gramática histórica española.* 3.ª edición revisada y aumentada con un índice completo de palabras. 624 págs.

Graciela Illanes: *La novelística de Carmen Laforet.* 202 págs.

François Meyer: *La ontología de Miguel de Unamuno.* 196 págs.

Beatrice Petriz Ramos: *Introducción crítico-biográfica a José María Salaverría (1873-1940).* 356 págs.

*Los «Lucidarios» españoles.* Estudio y edición de Richard P. Kinkade. 346 págs.

Vittore Bocchetta: *Horacio en Villegas y en Fray Luis de León.* 182 páginas.

Elsie Alvarado de Ricord: *La obra poética de Dámaso Alonso.* Prólogo de Ricardo J. Alfaro. 180 págs.

José Ramón Cortina: *El arte dramático de Antonio Buero Vallejo.* 130 págs.

Mireya Jaimes-Freyre: *Modernismo y 98 a través de Ricardo Jaimes Freyre.* 208 páginas.

Emilio Sosa López: *La novela y el hombre.* 142 págs.

Gloria Guardia de Alfaro: *Estudios sobre el pensamiento poético de Pablo Antonio Cuadra.* 260 págs.

Ruth Wold: *El Diario de México, primer cotidiano de Nueva España.* 294 págs.

Marina Mayoral: *Poesía española contemporánea. Análisis de textos.* 254 págs.

Gonzague Truc: *Historia de la literatura católica contemporánea (de lengua francesa).* 430 págs.

Wilhelm Grenzmann: *Problemas y figuras de la literatura contemporánea.* 388 págs.

Antonio Medrano Morales: *Lingüística inglesa.* 408 págs.

Veikko Väänänen: *Introducción al latín vulgar.* Reimpresión. 414 págs.

Luis Díez del Corral: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea.* 2.ª edición. 268 págs.

Miguel J. Flys: *Tres poemas de Dámaso Alonso (Comentario estilístico).* 154 págs.

Irmengard Rauch y Charles T. Scott (eds.): *Estudios de metodología lingüística.* 252 págs.

Étienne M. Gilson: *Lingüística y filosofía (Ensayos sobre las constantes filosóficas del lenguaje).* 334 págs.